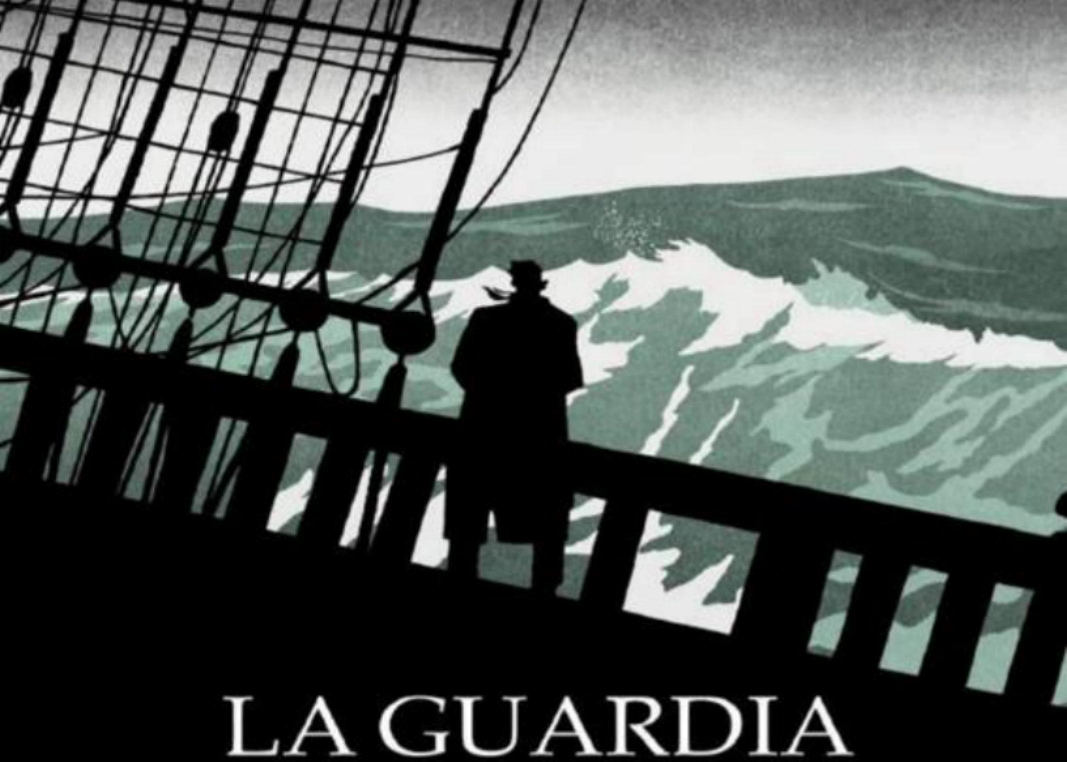
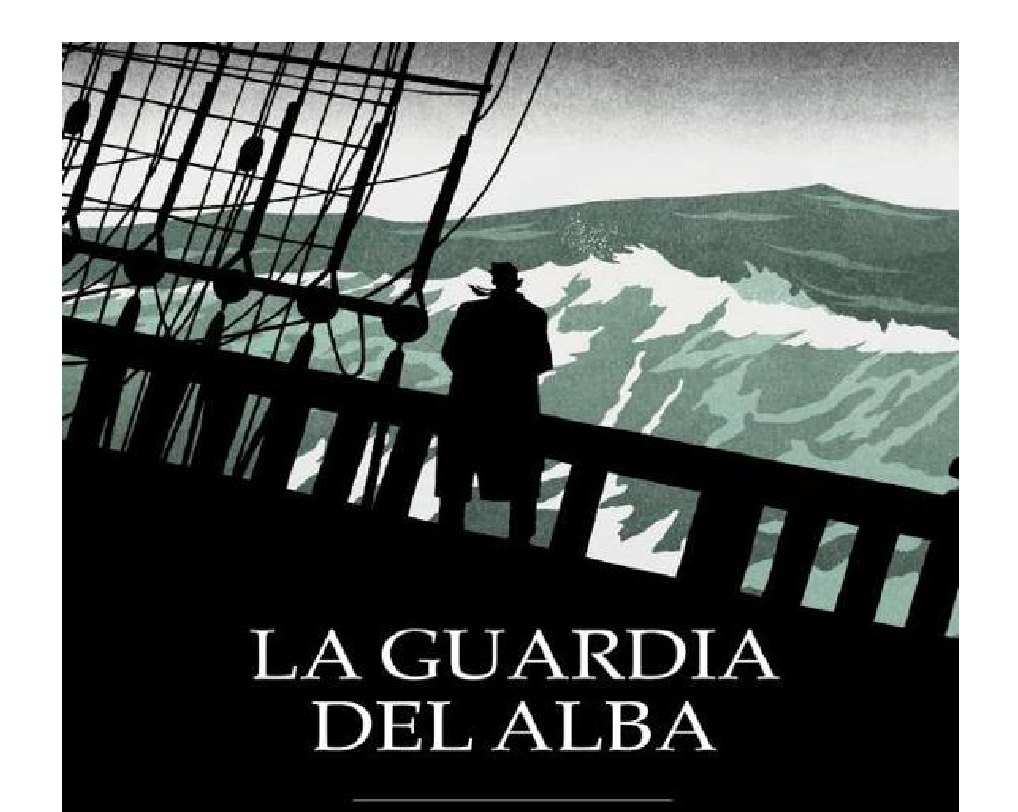


LA GUARDIA DEL ALBA

JOSEPH CONRAD en el nacimiento de un mundo global

MAYA JASANOFF

DEBATE



LA GUARDIA DEL ALBA

JOSEPH CONRAD
en el nacimiento de un mundo global

MAYA JASANOFF

DEBATE

La guardia del alba

Joseph Conrad en el nacimiento de un mundo global

Maya Jasanoff

Traducción de
María Serrano y Francesc Pedrosa

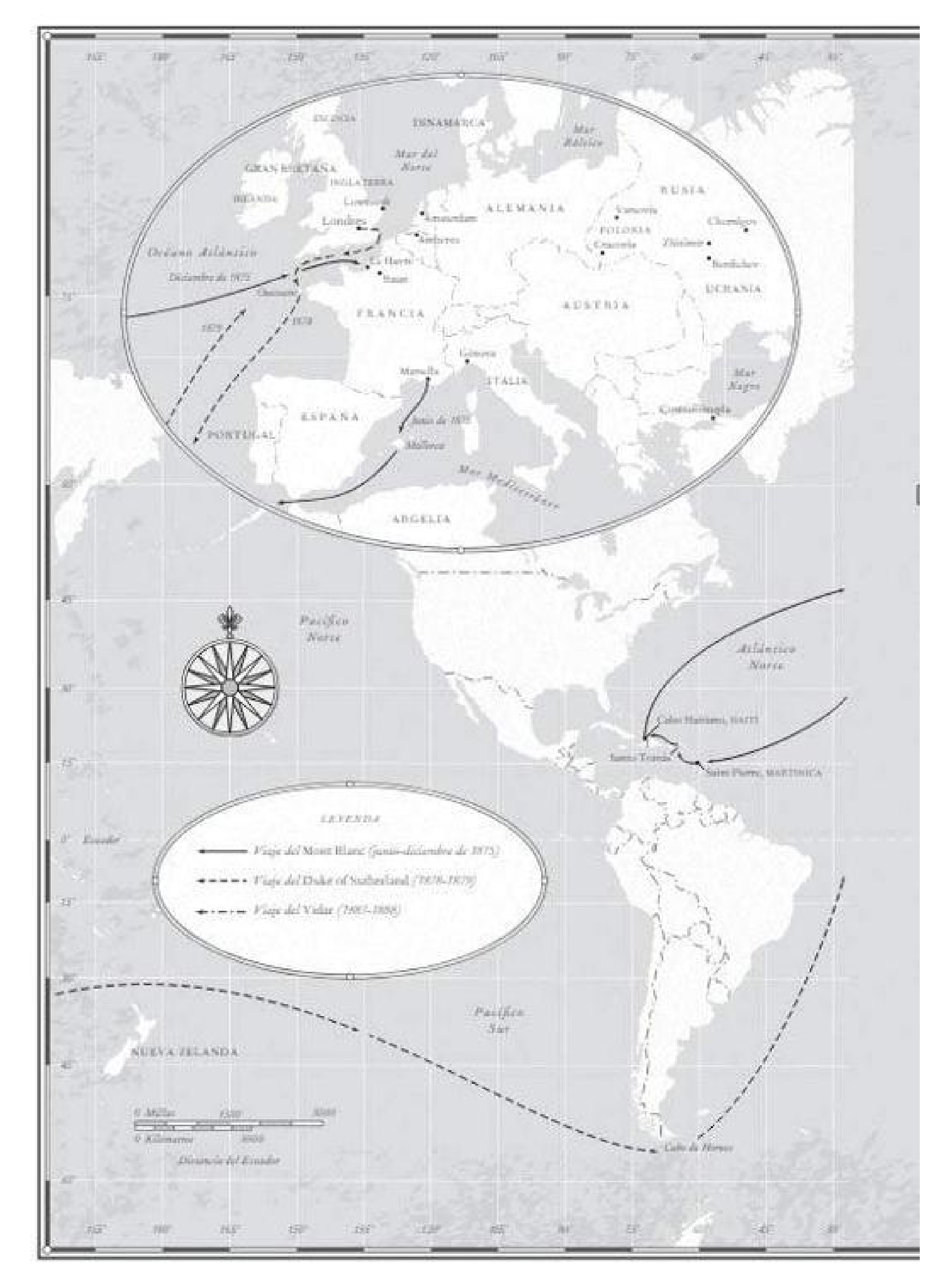
DEBATE

Para las amistades que han viajado conmigo

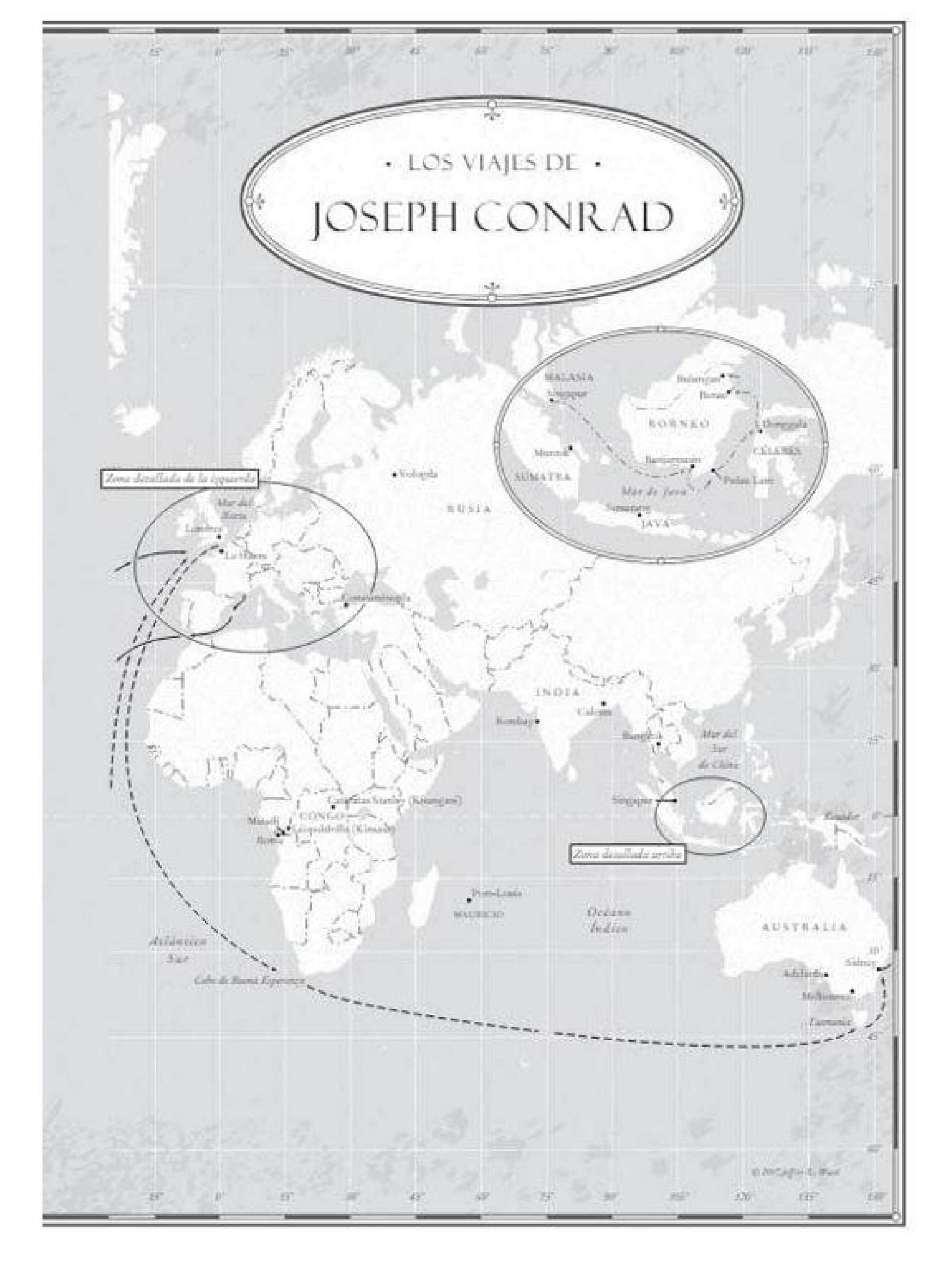
Soy el mundo mismo que viene a rendirle

una visita.

JOSEPH CONRAD , Victoria (1915)



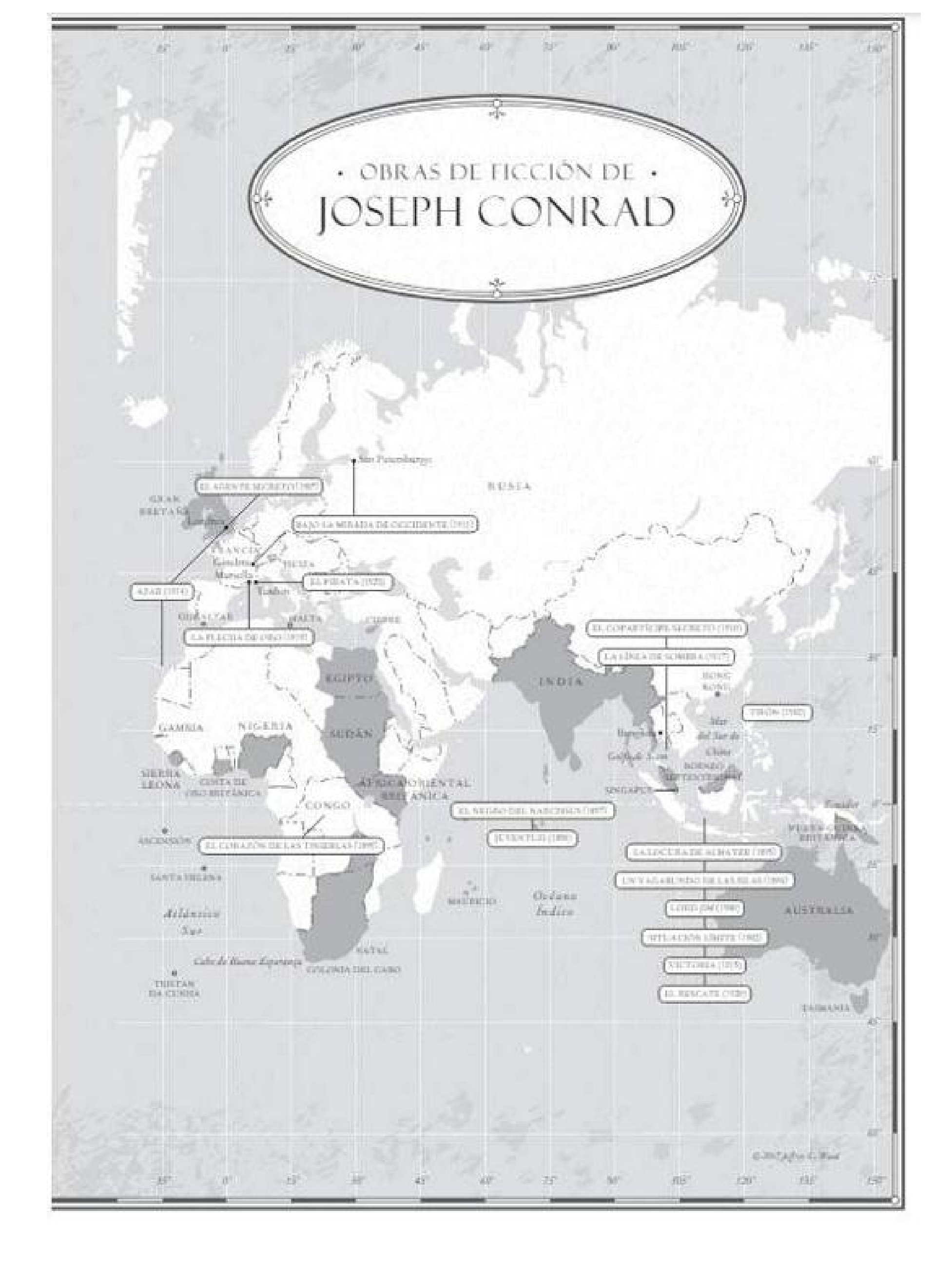
DINAMARCA
Mar del Norte
Mar Báltico
GRAN BRETAÑA
INGLATERRA
IRLANDA
Londres
Ámsterdam
Amberes
ALEMANIA
RUSIA
POLONIA
UCRANIA
AUSTRIA
Océano Atlántico
Diciembre de 1875
Le Havre
FRANCIA
1878
1879
Génova
Marsella
ITALIA
Mar Negro
Constantinopla
ESPAÑA
PORTUGAL
Junio de 1875
Mallorca
Mar Mediterráneo
ARGELIA
Pacífico Norte
Atlántico Norte
Cabo Haitiano, HAITÍ
Santo Tomás
Saint Pierre, MARTINICA
LEYENDA
Viaje del Mont Blanc (junio–diciembre de 1875)
Viaje del Duke of Sutherland (1878–1879)
Viaje del Vidar
Ecuador
Pacífico Sur
NUEVA ZELANDA
Millas
Kilómetros
Distancia del Ecuador
Cabo de Hornos



• LOS VIAJES DE •
JOSEPH CONRAD
Zona detallada de la izquierda
Mar del Norte
Londres
Le Havre
Constantinopla
Vologda
RUSIA
MALASIA
BORNEO
CÉLEBES
SUMATRA
Muntok
Banjarmasin
Pulau Laut
Mar de Java
Samarang
JAVA
INDIA
Calcuta
Bombay
Bangkok
Mar del Sur de China
Singapur
Zona detallada arriba
Ecuador
CONGO
Cataratas Stanley (Kisangani)
Leopoldville (Kinsasa)
Boma
Port-Louis
MAURICIO
Océano Índico
Atlántico Sur
Cabo de Buena Esperanza
AUSTRALIA
Sídney
Adelaida
Melbourne
Tasmania



CANADÁ
Pacífico Norte
Atlántico Norte
BERMUDAS
BAHAMAS
HONDURAS BRITÁNICAS
JAMAICA
BARBADOS
TRINIDAD
GUAYANA BRITÁNICA
LEYENDA
Territorios del Imperio británico, ca. 1900
Principales ciudades
Título y fecha de publicación
ISLAS PITCAIRN
NUEVA ZELANDA
Pacífico Sur
Millas
Kilómetros
Distancia del Ecuador
ISLAS MALVINAS
GEORGIA DEL SUR
Cabo de Hornos
ISLAS ORCADAS DEL SUR
ISLAS SHETLAND DEL SUR
GRAHAM LAND



Prólogo

Uno de los nuestros

No era fácil llegar al Congo. Con una guerra civil en el este, un

«gobierno en la sombra» títere de las multinacionales mineras en el sur, y la capital, Kinsasa, sumida en disturbios, la República

Democrática del Congo era, en una diversidad de indicadores, uno de los estados más disfuncionales del mundo. A pesar de que el país tiene una gran abundancia de recursos naturales, ocupa las últimas posiciones del índice de desarrollo humano de Naciones Unidas y ostenta el segundo menor ingreso nacional bruto estimado per cápita del mundo. [1] Según contaban las páginas de mi guía de viaje: «Es una enorme zona llena de rincones oscuros, tanto en un sentido geográfico como mental […] donde el hombre ha luchado sin cesar contra sus propios demonios y, más ampliamente, contra los elementos de la naturaleza». [2] Era, en otras palabras, el corazón de las tinieblas. Y precisamente por eso deseaba ir.

Lo primero que me hacía falta era un visado, y para obtenerlo precisaba una carta de invitación de parte de alguien del Congo. A través de un intermediario de Kinsasa, recibí finalmente un documento en papel amarillo plagado de sellos y firmas en violeta, verde y azul. Pude contar hasta dos docenas de ellos: del Ministerio del Interior, del Ministerio de Asuntos Exteriores, del director general de Inmigración, de la Oficina de Servicios Públicos, de la Policía de Inmigración, de la Alcaldía, y de múltiples notarios, administradores

y jefes de sección. Algunos de estos sellos tenían dibujos de panteras y lanzas. Tuve que pagar más de quinientos dólares para conseguirlo.

Envié mi solicitud de visado a Washington y reservé un billete de avión para más de dos meses después. Luego me puse a planear todo lo que iba a hacer allí. Me puse en contacto con toda la gente en la que pensé que tuviera alguna conexión con el Congo y, después, con todas las personas que estas me sugirieron. Organicé un itinerario con un intrépido turoperador que iba a llevarme al interior del país, hasta Kisangani, desde donde recorrería más de mil seiscientos kilómetros en barco, trazando la gran curva del río Congo hasta volver a Kinsasa. El viaje, a pesar de las condiciones extremadamente básicas, iba a costarme un montón de dinero, pero eso es lo que me habían dicho que necesitaba una turista occidental para viajar de forma segura (con acompañante todo el tiempo) a uno de los destinos menos turísticos del mundo.

Fui a una oficina de mi universidad llamada Global Support Services donde me recibió un hombre parapetado tras un escritorio cubierto con la bandera de Zimbabue. Me entregó un informe de seguridad y un plan de evacuación médica. Me aconsejó que comprobara dos veces que todo era realmente impermeable, que llevara el dinero sujeto al tobillo, que no bajara la guardia en ningún momento y que diera por hecho que me lo iban a robar todo.

Después abrió un armarito y regresó con un regalo: un mosquitero.

Finalmente, tenía todo preparado. Pero tras meses de trámites seguía sin tener mi visado. En la embajada de Washington me decían que estaban esperando la aprobación del Ministerio de Asuntos Exteriores, en Kinsasa; pagué para conseguir otro sello más.

Mis contactos presionaron a sus contactos. Ningún movimiento.

Alguien me contó que aquel retraso era deliberado y que no estaba entrando en el Congo nadie de Estados Unidos.

Cuando por fin llegó mi visado, gracias a un conocido que apareció de pura chiripa con una persona que trabajaba en la embajada congoleña, ya era el día que empezaban las clases, de modo que, para poder viajar, tuve que esperar a que terminara el semestre.

Mientras tanto, el Congo iba de cabeza a una crisis política. El mandato del presidente Joseph Kabila estaba llegando a su fin, pero este se negaba a convocar elecciones. Kinsasa se vio sacudida por protestas en contra del Gobierno y las fuerzas de seguridad mataron a casi cincuenta personas, por disparos, hachazos o quemadas vivas.

Los taxistas se negaban a hacer el trayecto desde el aeropuerto hasta el centro de la ciudad por temor a ser atacados. El Departamento de Estado de Estados Unidos ordenó a los familiares de los trabajadores del Gobierno que salieran del país, la Unión Europea anunció una serie de sanciones.[3] Si seguía decidida a hacer aquel viaje, me advirtió el turoperador, tenía que salir antes de que el presidente dejara el cargo (o más bien, antes de que no lo dejara, cosa que desencadenaría una violencia aún peor).

Eso me dejaba un plazo de exactamente tres semanas. Metí el mosquitero y la guía en la maleta, me embutí el dinero en los zapatos, me hice una playlist de rumba congoleña (soukous) y salí para el aeropuerto.

Más de cien años atrás, un marinero polaco de nombre Konrad Korzeniowski hizo también un viaje al Congo que, al principio,

parecía haberse estancado para siempre y de pronto se puso en marcha de forma inminente. En noviembre de 1889, el marino se había entrevistado con una empresa de Bruselas para ocupar el puesto de capitán en un vapor que hacía la travesía del río Congo.

Le prometieron el puesto, pero después no respondieron a ninguna de

las cartas que les envió preguntando por la marcha del proceso, y cuando volvió a preguntar en persona, le dijeron que había que esperar. Después de seis meses de incertidumbre y silencio, Konrad recibió una notificación de la empresa avisándole de que se había abierto una vacante. Tenía una semana para partir hacia África.

«¡Si supieras la prisa diabólica con la que tuve que actuar! —le escribió a uno de sus amigos—. Si vieras la cantidad de latas y revólveres, botas de caña alta y despedidas sentidas […] la cantidad de frascos medicinales y afectuosos buenos deseos que me llevé

conmigo».[4] En principio, Konrad iba a quedarse en el Congo por tres años, pero tras hacer su primer viaje río arriba y río abajo entre Kinsasa y Kisangani, renunció. Lo que vio en el Congo era un régimen europeo de inenarrable codicia, violencia e hipocresía, y se fue de África en un estado de absoluto descorazonamiento psicológico y moral. Nueve años más tarde, ya instalado en Inglaterra y cambiado su nombre por el de Joseph Conrad, canalizó aquella experiencia en una novela titulada El corazón de las tinieblas (1899).

Yo me disponía a viajar al Congo porque deseaba ver cuanto pudiera de aquello que había visto Conrad, porque lo que él había visto ha modelado, a su vez, lo que tantas otras personas han visto desde entonces. El corazón de las tinieblas sigue siendo una de las novelas más leídas en inglés; y la adaptación cinematográfica,

Apocalypse Now, ha llevado el relato de Conrad a un número aún mayor de gente. La propia frase ha cobrado vida propia. El libro de Conrad se ha constituido como una piedra angular para pensar acerca de África y Europa, la civilización y la barbarie, el imperialismo, el genocidio, la locura… sobre la naturaleza humana misma.

Y también constituye un punto de ignición. En la década de 1970, el novelista nigeriano Chinua Achebe declaró que El corazón de las tinieblas era «un libro ofensivo y totalmente deplorable», que estaba sembrado de estereotipos degradantes sobre África y los africanos.

[5] Conrad, decía Achebe, era «un condenado racista». No mucho después, un estudiante universitario mitad estadounidense mitad keniano de nombre Barack Obama se vio interpelado por sus amigos para que les explicara por qué estaba leyendo «este panfleto racista». «Porque… —balbuceó Obama—, porque este libro me enseña cosas […] Quiero decir, sobre los blancos. Mira, este libro no es realmente sobre África. O sobre los negros. Es sobre el hombre que lo ha escrito. Sobre los europeos. Sobre los americanos. Una manera concreta de ver

el mundo».[6]

La primera vez que yo leí El corazón de las tinieblas, en clase de Lengua inglesa en mi instituto de Ithaca, la mirada crítica y cínica que Conrad arroja sobre el imperialismo europeo me pareció excitante y valiente. Cuando, más tarde, volví a leerlo junto con el ensayo de Achebe y con mis propios alumnos, en Harvard, acabé apreciando la perspectiva de Conrad por los mismos motivos que Obama: no a pesar de sus puntos ciegos, sino precisamente por ellos. Conrad había captado algo sobre la forma en la que opera el

poder a lo largo y ancho de los continentes y las razas, algo que hoy parecía igual de urgente abordar que cuando él empezó a escribir.

Y El corazón de las tinieblas solo fue el principio. Según fui leyendo más y más libros de Conrad, ninguna vez dejaba de sorprenderme el alcance profético de su «manera concreta de ver el mundo». Después del 11 de Septiembre y con el crecimiento del terrorismo islamista, me vi recordando con sorpresa que el mismo autor que había condenado el imperialismo en El corazón de las tinieblas había escrito también El agente secreto (1907), que gira en torno a un complot terrorista y un atentado con bomba que sucede en Londres. Con la crisis económica de 2008, encontré al Conrad de Nostromo (1904) elaborando el retrato de un capitalismo de multinacionales entregado a los mismos trucos sobre los que yo estaba leyendo cada día en la prensa. Al tiempo que la revolución digital aceleraba el paso, yo descubría a Conrad escribiendo —en Lord Jim (1900) y muchas otras obras— de forma conmovedora sobre las consecuencias que había dejado la disrupción tecnológica en la industria que él mejor conocía: el transporte marítimo.

Mientras los debates en torno a la inmigración provocaban turbulencias en Europa y en Estados Unidos, yo no dejaba de maravillarme una y otra vez por cómo había sido capaz Conrad de escribir cualquiera de aquellos libros en inglés, su tercera lengua, idioma que no había aprendido hasta la edad adulta.

La pluma de Conrad era como una varita mágica con la que conjuraba a los espíritus del futuro. [7] ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo se las había apañado Conrad para —tal como observó una vez el escritor caribeño V. S. Naipaul— «estar en todas partes antes que yo»?

¿Cómo se las arregló, hace cien años, para «reflexionar sobre mi

mundo, un mundo que yo reconozco hoy»? [8] Si consiguiera

entenderlo, llegaría a aprender algo importante sobre su época… y sobre la mía.

Me encontraba en mitad del océano Índico cuando di con la respuesta. Iba desde Hong Kong hasta Inglaterra a bordo del CMA CGM Christophe Colomb, un carguero francés que hace una ruta de once semanas entre China y el norte de Europa llevando 13.344

contenedores de seis metros a bordo. Hoy no hay apenas viajeros que quieran pasarse cuatro semanas haciendo en barco un trayecto que en avión le llevaría menos de catorce horas. Yo había decidido hacer aquel viaje por mar como un deliberado salto al pasado, para lograr comprender mejor una parte fundamental tanto de la vida como de los escritos de Conrad.

Conrad, que nació en 1857 en la actual Ucrania de padre y madre polacos, dejó aquella tierra del corazón de Europa que carecía de salida al mar para hacerse marinero a los dieciséis años. Durante los veinte años siguientes, antes de escribir una sola palabra, trabajó como marino profesional y navegó por el Caribe, el Sudeste Asiático, Australia y África. Todos aquellos viajes inspiraron hasta tal punto su obra de ficción posterior que a menudo se le ha descrito como un

«escritor del mar», a la altura de Herman Melville.

En el Christophe Colomb dejé atrás la velocidad y la conectividad de mi existencia del siglo xxi (sin internet, ni teléfono, ni noticias) y me incorporé a una comunidad exclusivamente masculina no demasiado distinta de aquellas de las que Conrad había formado parte. El buque contaba con unos treinta oficiales europeos y

tripulantes asiáticos cuyas vidas a bordo se medían por una rotación de guardias y por la cuenta atrás de los días que faltaban hasta el siguiente puerto de escala. Íbamos siguiendo una de las rutas comerciales más antiguas del mundo, pero en vez del cargamento de té, porcelana, seda y especias de antaño, lo que llevábamos eran contenedores repletos de productos electrónicos baratos, artículos de plástico y comida ultracongelada. Atracamos en Singapur, donde estuve deambulando río arriba y río abajo y vi una placa dedicada a Conrad en el exterior de la antigua Oficina General de Correos.

Surcamos con suavidad el mismo océano cálido y sereno que solían navegar los barcos de vapor de hace un siglo, y a aproximadamente su misma velocidad, en dirección al canal de Suez, que fue abierto en 1869. Frente al Cuerno de África navegaban las patrullas antipiratería

de la Unión Europea, en unas aguas que en la época de Conrad estaban vigiladas por la Royal Navy británica.

Cuantos más paralelismos detectaba, más caía en la cuenta de que había planteado las cosas al revés. No se trataba tanto de que mi viaje en el Christophe Colomb fuera un anacronismo, sino más bien que Conrad había ido a la vanguardia. Desde la cubierta de un barco, había contemplado el surgimiento del mundo globalmente interconectado por el que yo navegaba hoy.

La historia opera como una terapia para el presente: le pone a hablar de sus padres. Dado que el término «globalización» se popularizó en la década de 1980, es fácil dar por sentado que la mayoría de las características que le asociamos datan también de esa misma época o de algún momento posterior: la

interdependencia económica, la apertura de fronteras, la diversidad étnica de unas poblaciones interconectadas, la internacionalización

de instituciones y estándares, lo compartido de las referencias culturales. Pero fue durante la juventud de Conrad, no de la mía, cuando «tres grandes logros del presente», en palabras de Walt Whitman, transformaron tanto la velocidad como el alcance de las conexiones globales: «En el Viejo Mundo, al oriente, el canal de Suez, *el Nuevo, atravesado por un ferrocarril formidable,* los mares incrustados de flexibles cables elocuentes». [9] Conrad atracó junto a unos buques de vapor transoceánicos que transportaban emigrantes de Europa y Asia en una escala nunca vista, ni antes ni después. Surcó las aguas sobre unos cables telegráficos transoceánicos que transmitían las noticias, por primera vez en la historia, a mayor velocidad de la que podían llevarlas las personas.

Entre sus viajes, estableció su hogar en Londres, el corazón de un mercado financiero global que, en vida de Conrad, estuvo más integrado de lo que volvería a estarlo hasta la década de 1980.[10]

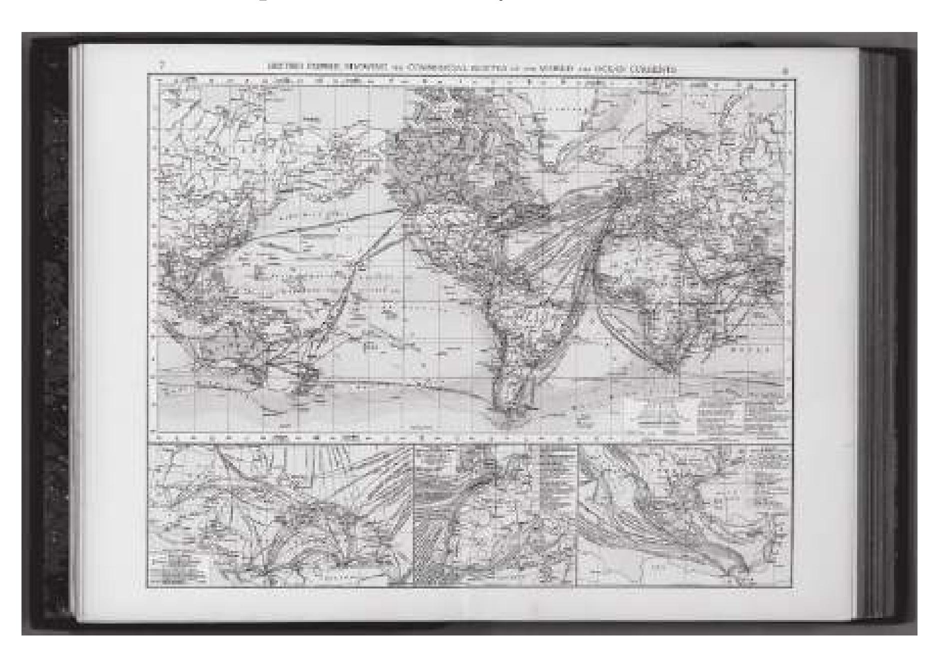
A Conrad no le habría sonado el término «globalización», pero con sus viajes, desde las provincias de la Rusia imperial, surcando los mares y hasta los condados de Gran Bretaña, fue su encarnación.

Volcó su perspectiva global en sus novelas basándose mayoritariamente en sus experiencias personales y en anécdotas reales. Ese don de Conrad lo describió a la perfección Henry James:

«Nadie ha conocido de verdad (para hacer de ellas uso intelectual) las cosas que tú conoces, y tienes, en tanto que artista de la materia, una

autoridad a la que nadie ha llegado ni a acercarse».

[11] Y esa es la razón por la que el mundo sobre el que Conrad escribe tiene un aspecto tan distinto al de sus contemporáneos. A Conrad se lo ha comparado con frecuencia con Rudyard Kipling, el poeta laureado extraoficial del Imperio británico, cuyos relatos



acontecen en aquellas zonas del mundo que estaban coloreadas de rojo en los mapas para señalar el dominio británico. Pero Conrad no situó ni una sola de sus novelas en una colonia británica, y hasta en las obras que transcurren en Inglaterra o en barcos británicos, los personajes, por lo general, no son británicos. Conrad extendió su red por Europa, África, América del Sur y el océano Índico y, después, se coló por sus agujeros. Llevó a sus lectores a lugares «más allá del final de los cables telegráficos y de las líneas de los buques», en veleros que navegan lentamente junto a los veloces vapores y entre los «humanos marginales que uno se encuentra en los rincones perdidos del mundo». [12]

Redes imperiales y globales en 1900.

Sombreadas en gris, las colonias británicas.

El Imperio británico desapareció hace mucho tiempo y ya no queda mucha gente que lea a Kipling. Pero el mundo de Conrad aún destella por debajo del nuestro. Hoy, los cables de internet discurren por el fondo del océano junto a los viejos cables telegráficos. Los personajes

de Conrad susurran al oído de las nuevas generaciones de manifestantes antiglobalización y de los paladines del libre comercio, defensores del intervencionismo liberal y terroristas radicales, activistas por la justicia social y nativistas xenófobos. Y no hay emblema de la globalización mayor que el barco portacontenedores, que ha abaratado tanto el transporte que, en pro de la reducción de costes, sale más a cuenta pescar en Escocia, enviar el pescado a China para filetearlo y volver a llevarlo después a Europa para su venta que contratar trabajadores in situ. El 90 por ciento del comercio mundial se transporta por mar, y esto hace que tanto los barcos como los marinos adquieran más centralidad hoy que nunca para la economía mundial.[13]

Lo que yo hallaba en la vida y en la ficción de Conrad era, en resumen, una historia de la globalización vista desde dentro hacia fuera. Lo siguiente era encontrar una forma de describirlo.

En este libro me dispongo a explorar el mundo de Conrad empleando una brújula de historiadora, la gráfica cronológica de una biógrafa y el sextante de navegación de una lectora de ficción. A través de la narración de la historia de su vida deseo entrelazar las historias de Europa, Asia, África y Latinoamérica —y los océanos entre ellas—, y reflexionar acerca de lo que Conrad explicó sobre

estas regiones en cuatro de sus novelas más conocidas: El agente secreto, Lord Jim, El corazón de las tinieblas y Nostromo.

«Todo lo que tiene que ver con mi vida en el ancho mundo puede encontrarse en mis libros», dijo Conrad en una ocasión.[14] Ya durante su vida, y con la aquiescencia de Conrad, los críticos Richard Curle y Gérard Jean-Aubry publicaron un recuento de sus primeros viajes en el que señalaban la influencia que cada uno de ellos había dejado en su obra. Posteriormente, los más sagaces conocedores de Conrad, Edward Said e Ian Watt, también supieron reconocer que la clave para interpretar su obra de ficción era hacer una lectura con perspectiva biográfica. No es que Conrad lo pusiera fácil. Permitió que la gente creyera que algunas historias eran autobiográficas cuando no lo eran, y ocultó otras partes de su pasado que sí habían influido en sus obras. [15]

No obstante, quien escribe una biografía a menudo no tiene mucho más en lo que basarse. La compilación de la correspondencia completa de Joseph Conrad —Collected Correspondence of Joseph Conrad— ocupa nueve volúmenes que han sido meticulosamente editados, unas cinco mil páginas en total. De ellas, apenas doscientas páginas

corresponden al periodo que va desde su nacimiento, en 1857, hasta la publicación de su primera novela en 1895. Es solo el 4 por ciento y se ocupa de documentar más del 50

por ciento de su vida, la totalidad de esa «vida en el ancho mundo»

que según él mismo dijo había inspirado toda su obra. En la década de 1960, el historiador literario Norman Sherry emprendió una labor heroica dedicándose a rastrear todas las fuentes concretas de sus obras de ficción.[16] Pero no es de extrañar que las muchas grandes biografías de Conrad —escritas por Jocelyn Baines, Frederick Karl,

Zdzisław Najder y John Stape— estén centradas, todas ellas, en los detalles mucho mejor documentados de su carrera literaria: su proceso de escritura (tortuoso), su situación económica (precaria), sus amistades literarias (cálidas), su vida doméstica (tranquila), sus relaciones con su agente y sus editores (ambivalentes), y su salud

física y mental (terribles ambas).[17]

En mi caso, para investigar la «vida en el ancho mundo» de Conrad, he seguido una pista distinta. «La historia es hecha por los hombres, pero no se hace en sus mentes», dice un filósofo de salón en El agente secreto. La frase parafrasea con un giro satírico la observación de Karl Marx acerca de que «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio». [18] La diferencia entre biografía e historia es que quienes escriben una biografía empiezan, generalmente, por la persona, y los que indagan en la historia empiezan, generalmente, por las condiciones. Si contemplar a Conrad como sujeto biográfico nos abre una historia de la globalización desde dentro hacia fuera, acercarme a él como objeto histórico me ha permitido trazar una biografía desde fuera hacia dentro, con la capacidad de distinguir entre las elecciones que hizo él y las que hicieron por él sus circunstancias.

Normalmente, la diferencia entre historia y ficción suele entenderse como una cuestión de hechos probados: los novelistas se inventan cosas y los historiadores no. Sin embargo, una forma mejor de plantear esa diferencia podría ser en términos de puntos de vista.

Los historiadores no entran allí donde las fuentes no los llevan, lo que significa que suelen detenerse a las puertas de la mente del sujeto. Aun en los casos en los que existen diarios y cartas que parecen «contarlo todo», los historiadores habitualmente tratan

aquello que sucedió como una cosa y la vivencia de esa persona como

otra distinta. Los novelistas, en cambio, flanquean esa puerta y deambulan con libertad por los sentimientos, impresiones y pensamientos del individuo. Lo que sucedió es en realidad tu experiencia de ello. Esto, según afirmaba Conrad, podría hacer que la ficción fuera el registro más verdadero de la experiencia humana.

«La ficción es historia, historia humana, o no es nada —afirmó—.

Pero es también mucho más que eso; se asienta sobre un terreno más firme, pues se basa en la realidad de las formas y la observación de los fenómenos sociales, mientras que la historia se basa en documentos […] en impresiones de segunda mano». [19]

Las novelas de Conrad también son mucho más que eso, y ese es el motivo por el que él detestaba que lo etiquetaran como un escritor del mar. (A Conrad no le gustaba Melville, tampoco, y tildó a Moby Dick de «rapsodia bastante forzada sobre la caza de ballenas sin una sola línea sincera en sus tres volúmenes»). [20] «Yo soy algo distinto, y quizá algo más, que un escritor del mar, o aun de los trópicos», insistía.[21] En todas sus obras, dondequiera que transcurrieran, Conrad indaga en las ramificaciones que comporta vivir en un mundo globalizado: los impactos morales y materiales de la dislocación; las tensiones y las oportunidades que entrañan las sociedades multiétnicas; las disrupciones que acarrean las transformaciones tecnológicas. Lo que Conrad creía —en lo que supone una enmienda implícita al ideal liberal occidental de la libertad individual— es que, en realidad, las personas no tienen en ningún caso escapatoria de las limitaciones que les imponen fuerzas mayores que ellas mismas, y que hasta el más libre de los libres albedríos puede verse constreñido por lo que él habría llamado

destino. Muy a menudo, sus libros giran en torno a personajes que deben hacer frente a una decisión crítica y acaban encontrándose con consecuencias de mucho mayor envergadura de lo que podían haber imaginado. Las novelas de Conrad son mandatos éticos.

Meditan acerca de cómo comportarse en un mundo globalizado en el que los viejos manuales están quedando obsoletos y aún no ha escrito nadie otros nuevos.

Todo gran escritor suscita un buen número de interpretaciones y recepciones diversas y Conrad no es una excepción. Se han escrito libros enteros acerca de facetas de su vida y de su ficción que yo apenas toco aquí, en concreto sobre sus influencias y sus relaciones literarias. Es muy posible que tu Conrad no sea el mismo que el mío.

A lo mejor es tu escritor favorito, a lo mejor no puedes ni verlo, a lo mejor nunca has oído hablar de él o no has leído ni una sola palabra suya.

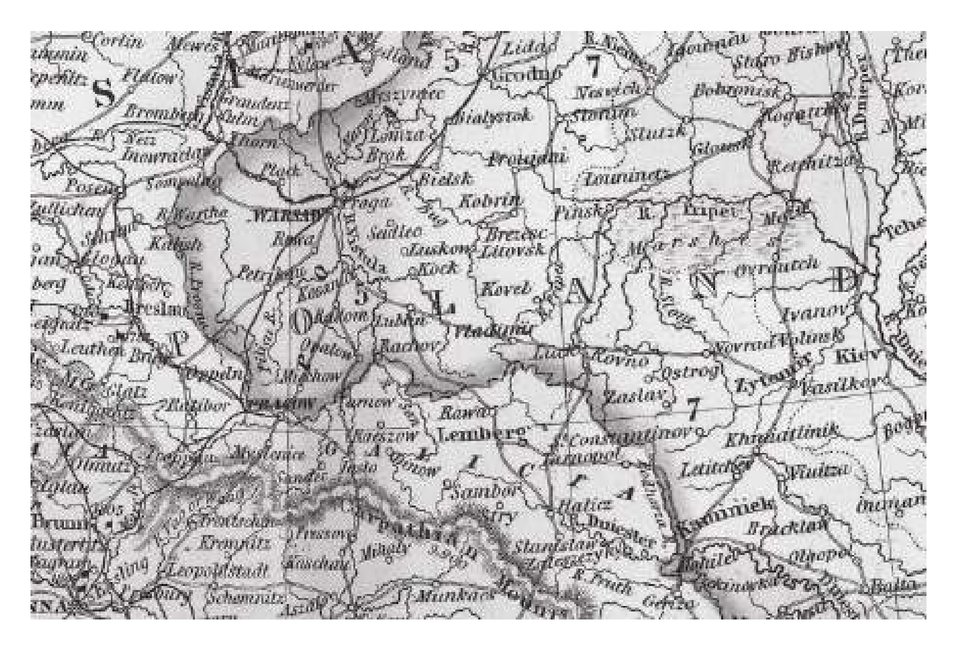
Yo misma me he cuestionado bastantes veces qué sentido tenía mi apego a este hombre blanco muerto: perpetuamente deprimido, irremediablemente cínico, alarmantemente prejuicioso para los estándares actuales. Como mujer, me problematizaba dedicar tanto tiempo a un autor cuya obra incluye tan pocos personajes femeninos creíbles que parece que apenas tenía consciencia de que las mujeres también son personas. En tanto que persona de ascendencia asiática, me generaban rechazo las representaciones exotizantes y, con frecuencia, denigrantes que hace Conrad de la gente asiática; como persona de ascendencia judía, me irritaba su ocasional pero innegable antisemitismo. En Polonia, me quedé coja yendo tras los pasos de Conrad y en un velero de mástiles altos que navegaba tras su estela me mareé terriblemente. Y todo eso fue antes de lo que

me esperaba en el Congo. Fracasé estrepitosamente en mi primer intento de leer Nostromo, y pasé tantas noches sin dormir intentando dar forma a este libro que temí que el mismo espíritu maligno que había hecho de la escritura una agonía para Conrad hubiera venido también a por mí.

Después, recordé los días cálidos y tranquilos que había pasado en el Christophe Colomb, cuando la mera belleza del amanecer sobre el mar me impulsaba a madrugar cada mañana para contemplarlo. Me imaginaba a Conrad a bordo de un barco, inteligente, ingenioso, erudito, observador, amigo generoso, devoto hombre de familia y, en ciertos aspectos, inusualmente tolerante para los estándares de su época. Esté o no de acuerdo con él, estar en su compañía siempre me ha merecido la pena. En sus páginas plasmó una diversidad de voces de carácter más internacional y multiétnico que cualquier otro escritor de su época que yo conociera. Igual que yo, Conrad fue un privilegiado por pertenecer a la clase media de la primera potencia mundial de su época, y sus libros encarnan un compromiso reflexivo con las responsabilidades y los desafíos que ello conlleva. No tenía miedo de enmendar clichés ni de denunciar la explotación, la tiranía y la hipocresía allá donde las encontrara. Recordé una frase que se repite como un mantra por todo Lord Jim: «Él era uno de los nuestros». Para bien y para mal, Joseph Conrad era uno de los nuestros: un ciudadano de un mundo global.

Primera Parte

Nación



Partición de Polonia el año del nacimiento de Conrad.

1

Ni hogar ni país

Tres semanas antes de la Navidad de 1857, un monje del monasterio carmelita de Berdichev, en Ucrania, caminó sobre la tierra escarchada con sus sandalias para bautizar a un primogénito. [22]

Roció al niño tres veces con agua bendita, y lo cristianó con los nombres del padre de su madre, Józef, el padre de su padre, Teodor, y uno de los héroes de la literatura patriótica polaca, Konrad. Dios te ha regenerado, le dijo el sacerdote a Józef Teodor Konrad Korzeniowski, ungido con la historia y las esperanzas de toda una familia.[23]

El padre del niño, Apollo Korzeniowski, se sentía henchido por una sensación de acontecimiento. El nacimiento de un primer hijo es histórico para cualquier progenitor, y Apollo lo vivía también de forma profundamente política: como un momento de reflexión acerca del destino de su país, Polonia, que había dejado de existir como Estado. Berdichev había formado parte de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, una organización política independiente que, a finales del siglo xviii, fue engullida por sus vecinos en tres grandes bocados. Desde entonces, Austria gobernaba la provincia meridional de Galitzia, Prusia gobernaba el noroeste, y Rusia se había apoderado

de todo lo demás, un territorio de enorme extensión que abarcaba casi toda Lituania, Bielorrusia y Ucrania: según Catalina la Grande, eran tierras rusas recuperadas; según los polacos, «tierras

robadas». [24] Casi de un día para otro, los polacos de Ucrania se convirtieron en una piedra en el zapato del imperio más autocrático de Europa.

Apollo era un escritor vocacional; lo político lo transformaba en poético. Compuso una canción con ocasión del día del bautizo. «A mi hijo —comenzaba—, nacido en el año 85 de la opresión moscovita»: Hijito mío, duerme sin miedo.

Canción de cuna, el mundo está oscuro,

No tienes ni hogar ni país…

Hijito mío, dite esto,

estás sin tierra, sin amor,

sin país, sin gente,

mientras Polonia, tu Madre, yace en su tumba.

La alegría, el orgullo, el alivio o cualquier otro sentimiento dichoso que cabría que un padre expresara ante la llegada sin contratiempos de un niño sano brillan por su ausencia. La nana de Apollo era un canto fúnebre para un bebé que nacía huérfano, ya en duelo antes de haber tenido siquiera oportunidad de vivir. Apollo contemplaba el futuro como a través de un túnel. Había unos muros restrictivos, la dominación imperial rusa; había una luz al final, la independencia polaca; y el reto estaba en seguir adelante hasta alcanzar esa luz.

Por eso le gustaba el lema «ubi crux, ibi poesia»: donde hay una cruz, hay poesía, o tal como él lo usaba, donde hay una causa, hay esperanza. Le inspiraba valentía y resiliencia, devoción y paciencia.

«Llegará el momento, pasarán los días», concluía, y por la gracia de Dios, Konrad vería a Polonia resucitar.[25]

Apollo deseaba que sus versos fueran una inspiración. Pero, mientras acunaba a aquel cálido fardito de puñitos apretados y ojos cerrados, no podía anticipar la resonancia que acabarían teniendo sus palabras: el modo en el que la oscuridad psicológica torturaría a Konrad, cómo lo perseguiría la soledad, lo lejano de las tierras a las que habría de

viajar antes de encontrar cualquier clase de hogar.

Apollo no podía imaginarse que, en retrospectiva, su estímulo podría leerse más como una maldición.

Hay una antigua expresión polaca que tiene que ver con la ciudad en la que nació Konrad Korzeniowski el 3 de diciembre de 1857. Cuando le dices a alguien «manda una carta a Berdichev», lo que le estás diciendo es «manda una carta a ninguna parte», no me va a llegar

nunca.[26] El dicho juega con la posición que, en el siglo xix, había ocupado la ciudad en calidad de «alguna parte», en particular para la entonces mayoría de población judía que vivía allí. Berdichev acogía cada año un buen número de ferias comerciales, lo que convertía la localidad en parada habitual para los vendedores ambulantes, sin dirección establecida. Cuando decían «manda una carta a Berdichev», querían decir envíala a un sitio al que sin duda voy a ir, me llegará sin falta.

El mundo está hecho de lugares que son «ninguna parte» y lugares que son «alguna parte», pero su clasificación en una de las dos categorías depende de desde qué «parte» se esté mirando. La historia de la vida de Konrad y del mundo en el que vivió es una historia en la que las ningunas partes y las algunas partes colisionan.

Por la época en la que nació, la quiebra de un banco de Ohio desató

un pánico financiero que hizo quebrar a negocios de Hamburgo. [27]

Los soldados británicos luchaban para reprimir una rebelión en la India. Las tropas indias navegaron hasta Cantón para amenazar a los funcionarios imperiales chinos. [28] Los colonos chinos se rebelaron en un río en Borneo, un Estado malayo gobernado por otro europeo. [29] En la cuenca del Congo, aldeanos que no habían visto nunca a una persona blanca intercambiaban telas y armas europeas por marfil. [30] Un filibustero estadounidense fue expulsado de Nicaragua. Barcos de vapor de fabricación estadounidense surcaban los ríos de América del Sur y una locomotora construida en Leeds tiraba del primer tren de Buenos Aires. [31]

Aunque después Konrad acabaría siguiendo rutas en creciente extensión y aceleración para el comercio, el dinero y las personas por todos los continentes, su viaje se inició en un lugar, Polonia, que no estaba, literalmente, en ninguna parte en los mapas de Europa, pues había sido borrada por las particiones de 1772, 1793 y 1795.

[32] Pero para los padres de Konrad, Apollo y Ewa, fervientes nacionalistas, Polonia era la única «alguna parte» que importaba. Y

la visión del mundo que transmitieron a su hijo era semejante a una especie de visión de túnel.

La historia se asienta pesadamente sobre algunas espaldas y la familia de Konrad entró en el siglo xix bajo su peso. Pertenecían a una clase privilegiada de nobleza terrateniente, la szlachta, que remontaba su ascendencia a los fundadores míticos de la nación polaca. Los miembros de la szlachta —a la que pertenecían uno de cada diez polacos— podían ser ricos como un príncipe o pobres como un campesino, pero todos ellos disfrutaban de una serie de

derechos que iban desde la tenencia de un escudo de armas hasta quedar libres de arrestos arbitrarios. Todos los varones szlachcic podían ser elegidos para ocupar cargos gubernamentales y tenían derecho a votar para elegir a los miembros del Parlamento, que, a su vez, elegía al rey. [33] Con el Imperio ruso, la szlachta, que en su momento se consideraba el pilar vertebral cívico de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, una «república de nobles», perdió todos sus privilegios y sintió una responsabilidad particular de restaurar un Estado polaco independiente.

Los padres de Konrad crecieron bajo la sombra de una derrota. En 1830, los nacionalistas se habían alzado en una gran insurrección en el núcleo de mayoría polaca que formaban los territorios en torno a Varsovia (la llamada Polonia del Congreso), pero, en 1831, fueron derrotados por el ejército ruso. El zar abolió el Parlamento de la provincia, instauró una ocupación militar e impuso políticas de rusificación en la educación, la religión y las leyes. El régimen confiscó las propiedades de cinco mil szlachta, deportó a ochenta mil civiles a Siberia y algunos territorios del este y obligó a cien mil soldados polacos a realizar un servicio militar brutal en el Cáucaso.

Más afortunados fueron los aproximadamente diez mil insurrectos que emigraron y pasaron a engrosar las filas de la nación polaca en el exilio: capital, París. Allí, los políticos planeaban su regreso entre la resonante cadencia de la poesía del refugiado Adam Mickiewicz y las melodías de las mazurcas y polonesas del emigrado Fryderyk Chopin. [34]

¿Qué se puede hacer cuando tu historia ha sido secuestrada, tu lengua, suprimida, tu religión, marginada y tu forma de vida, despreciada y constreñida? Los dos hombres más importantes de la

vida de Konrad (su padre Apollo Korzeniowski y su tío materno Tadeusz Bobrowski) dieron dos respuestas distintas. Por el lado Bobrowski de la familia, Konrad conoció a los antepasados que habían intentado jugar lo mejor posible una mala mano. Su abuelo materno había considerado que la insurrección de 1830 era «el colmo de la locura» y se quedó en Ucrania mientras sus amigos, más temerarios, se apresuraban a unirse a ella. [35] Su recompensa fue una relativa riqueza. A su muerte, en 1850, dejó dos mil quinientas hectáreas y trescientos sesenta siervos varones para compensar sus deudas, así como una destilería, una taberna, molinos y un establo con unos caballos de elegancia excepcional. [36] El tío de Konrad, Tadeusz, que entonces solo contaba veintiún años, asumió el papel de cabeza de familia de los Bobrowski. Tadeusz odiaba a los rusos tanto como los demás, pero aceptaba la autoridad zarista como una dura realidad e invertía su energía política en cuestiones prácticas como la reforma agraria o la emancipación de los siervos.[37]

Por el lado Korzeniowski, Konrad conoció a la parte de su familia que daba la batalla. En 1830, su abuelo paterno, veterano de las guerras napoleónicas, reunió por su cuenta un regimiento de caballería y partió a luchar contra los rusos. Su castigo fue la ruina económica. La familia tuvo que dejar su espléndido hogar ancestral e instalarse en otro distrito, donde el abuelo de Konrad se las apañaba como podía trabajando para el Gobierno como gestor de las tierras confiscadas a otro polaco.

El padre de Konrad, Apollo, que no tenía más que once años cuando, en 1831, fracasó la rebelión, vivía la derrota nacional como una calamidad personal. Buscaba consuelo en los versos de poetas románticos como Mickiewicz, que cantaban a Polonia refiriéndose a

ella como «el Cristo de las naciones» y colmaban a toda una generación de jóvenes szlachta de odas a la fe, el valor, la resistencia y el amor.[38] Durante su veintena, Apollo fue estudiante de lenguas en la Universidad de San Petersburgo, y allí se incorporó a una próspera clandestinidad literaria en la que los estudiantes polacos se pasaban unos a otros textos censurados en reimpresiones extranjeras de contrabando (llamadas «ediciones de papel secante») o en copias que realizaban laboriosamente a mano. [39] Apollo empezó a publicar sus propios textos: una obra de teatro, un volumen de poemas y una traducción de su autor francés favorito, Victor Hugo. [40] La literatura le daba lo que el ejército había dado a su padre: un lugar en el que encontrar su sentido, actuar según sus creencias, cumplir un deber. Si no tenías poder político, podías emplear el poder de los poemas, y si los autócratas trataban de censurar tus palabras, podías

plantarles resistencia hablando en páginas silenciosas, escondidas en cubiertas falsas y distribuidas furtivamente entre las amistades.

Tadeusz Bobrowski, siempre pragmático, detectó en Apollo los signos del utopismo fantasioso que había sido la ruina de su padre,

«siempre dispuesto, sin pensarlo un momento, a montar en su caballo para expulsar al enemigo de nuestra tierra […]. Todo el mundo sabía que, un tiempo atrás, este szlachcic había luchado bien, pocos se paraban a preguntarse si era capaz de pensar bien».

[41] Para Tadeusz, pertenecer a la nobleza era heredar una fantasía política. El deber de uno era hacerse cargo de la realidad. Se burlaba de Apollo por ir pregonando su condición de szlachta en toda ocasión, incluyendo «de forma más bien pretenciosa» el nombre de su noble clan, Nałęcz, cada vez que firmaba su nombre.[42] Pero si

lo hacía así no era por mero esnobismo. Para él, pertenecer a la nobleza era heredar una tradición de libertad política. Y el destino de uno era reclamarla. [43]

En 1846, Apollo volvió de San Petersburgo al tedio cotidiano de la administración de una hacienda en la Ucrania rural. Aborrecía la vida entre unos provincianos rústicos que no estaban politizados. [44] «A veces creo haber aterrizado en los bosques salvajes de América, donde hordas de monos se mofan del ser humano que se extravía»,

se lamentaba.[45] Dos objetos de amor lo sostenían.

El primero de ellos era Ewa Bobrowska, hermana de Tadeusz.

Nacida en 1831, cuando se conocieron no tenía más que dieciséis años, pero mostraba ya una gran belleza y además estaba «educada en un nivel superior de lo que era común en nuestras mujeres durante su época». Se enamoró fulminantemente. Ella era «su Beatriz […], rebosante de encanto e inteligencia, una refinada muchacha ucraniana con un corazón de ángel».[46] Apollo, con su conversación aguda, sus gustos urbanitas y su llamativa apariencia (algunos decían fea), llamaba la atención en los salones provinciales.

Pero una cosa era invitarlo a tomar el té y otra muy distinta dejar que cortejara a tu hija. La madre de Ewa «sospechaba que era un hombre de temperamento frívolo y hábitos inconstantes», y su padre le «encontraba falto de practicidad y de ingenio», con toda probabilidad más tendente a perder el tiempo «leyendo, escribiendo y montando a caballo que trabajando». Para distraer a Apollo de la pista de Ewa, el

padre lo llevaba de visitas sociales por el distrito, con la esperanza de que se enamorara de otra joven, pero el hijo

«siempre manejó las cosas con suficiente inteligencia para que ni la chica ni sus padres se ofendieran». Aunque su familia aún no lo




había detectado, Ewa también había quedado cautivada por Apollo y

«rechazó todas las insinuaciones de los demás pretendientes» por él. [47]

Izquierda: Ewa Korzeniowska, de soltera Bobrowska. Derecha: Apol o Korzeniowski.

Apollo se mantuvo igual de firme en el empeño con respecto a su otra gran pasión: Polonia. Escribió, observó y aguardó el momento del levantamiento. ¿Sería en 1848, cuando las revoluciones democráticas se extendieron por toda Europa? Aún no. ¿1854, cuando Gran Bretaña y Francia lanzaron una campaña de guerra contra Rusia en Crimea? Apollo instó entonces a una insurgencia liderada por los szlachta en Ucrania, dando por hecho que los siervos se pondrían del lado de sus terratenientes polacos. Todavía no, fue la orden de los poderosos emigrados polacos en París. [48]

Años de paciencia le concedieron el primero de sus objetivos. Ewa

Bobrowska había mantenido las distancias por respeto a los deseos de

su familia, pero para cuando entró en la veintena su añoranza de Apollo era tan manifiesta que su madre y su hermano Tadeusz temieron que «su salud y su futuro se vieran amenazados». Si no se casaba con Apollo, no se casaría con nadie. La familia concedió tácitamente a Apollo el permiso para reemprender su cortejo y la pareja se casó en la primavera de 1856.[49] Él tenía treinta y seis años, ella veinticuatro y habían demostrado su compromiso mutuo durante toda una década de distancia. Cogidos de la mano, caminaron hacia una causa compartida: una Polonia libre.

Cuando nació su hijo, en diciembre de 1857, Apollo y Ewa honraron a sus padres respectivos poniéndole sus nombres en primer lugar, pero el tercero, Konrad (que era, en realidad, por el que todos lo llamaban), manifestaba su posicionamiento con respecto a la dominación rusa. Habían sacado el nombre de la obra de Adam Mickiewicz que, en su poema Konrad Wallenrod, de 1828, narra la venganza de un guerrero lituano sobre los conquistadores teutónicos infiltrándose en su más alto rango y haciéndolos marchar deliberadamente a una muerte segura. [50] Mickiewicz volvió a usar el nombre de Konrad también en 1832, en la tercera sección de su obra Dziady, «La víspera de los antepasados». «Ahora mi alma está encarnada en mi país —canta Konrad—, y en mi cuerpo habita su alma. *Mi patria y yo somos un gran todo». Mira a Polonia «como miraría un hijo* a su padre destrozado en la rueda» y grita:

«¡Sálvanos, Señor!».[51]

Durante el primer año o dos de la vida de Konrad, Apollo hizo el papel de terrateniente szlachta llevando la gestión de una finca que había arrendado a una familia más acaudalada. Sin embargo, tal

como sospechaba su cuñado Tadeusz, Apollo no era muy ducho en aquella actividad. «Los poetas —declaró Tadeusz, siempre presto a emitir su juicio—, hombres de imaginación e ideales, no son capaces de formular planes claros y concretos para la vida; harían mejor en no involucrarse en esos asuntos y dejar estos trabajos a otras almas menos puras e ideales, más conscientes de las cuitas y las necesidades de la vida mundana».[52] Salía el dinero y no entraban demasiados ingresos, y volvía a salir más dinero. Para 1859, los Korzeniowski habían perdido toda su inversión y también parte del dinero de la madre de Ewa.

Apollo se llevó a su familia a la ciudad de Zhitómir, donde intentó ganarse la vida como escritor. «Tengo que escribir porque, por el momento, no hay otra cosa que pueda hacer». [53] Sus traducciones

del francés al polaco (más Victor Hugo y una versión de Chatterton de Alfred de Vigny) le reportaron algo de dinero. Mientras, él vertía su nacionalismo romántico en poemas, obras de teatro y artículos periodísticos. Con Alejandro II, zar de mentalidad reformista, la emancipación de los siervos se estaba volviendo una cuestión política de calado, y la szlachta aprovechó la «cuestión campesina»

como una posible herramienta para impulsar los intereses polacos.

Los grandes de Varsovia fundaron la Sociedad Agrícola para debatir los asuntos relacionados con la gestión de las tierras que no tardó en convertirse en una coordinadora de la szlachta nacionalista. [54]

Es muy posible que el vínculo entre política y asuntos agrarios fuera la razón por la que, cuando Apollo y Tadeusz Bobrowski, en un raro momento de colaboración, propusieron la publicación de un boletín agrícola semanal destinado a la nobleza local, las autoridades rusas les negaron el permiso. [55]

Apollo estaba perdiendo la fe en la reforma agraria. Le desesperaba ver que los terratenientes iban abandonando en número creciente la agricultura en favor de las refinerías industriales de azúcar de remolacha. «Pongamos la agricultura y todo lo que a ella compete por delante de todo lo demás —insistía en un artículo que escribió para un periódico de Varsovia—. La manufactura, la industria y el comercio no deberían opacar a nuestra agricultura sino mantenerse como sus humildes servidores».[56] Acusaba a sus pares de emular sin pudor las costumbres de la Inglaterra industrial y vaticinaba un empobrecimiento y una degeneración física y moral generalizados. [57] Canalizó su amargura en la escritura de una obra de teatro titulada Por amor al dinero —una sátira sobre la szlachta codiciosa y mezquina— que contó con representaciones en Kiev y Zhitómir.[58] Poco a poco, Apollo empezó a decantarse por soluciones más radicales para el problema de la opresión polaca.

No estaba solo. En Varsovia, los nacionalistas habían empezado a organizar grandes manifestaciones públicas en los aniversarios históricos polacos. Las multitudes coreaban himnos patrióticos.

«Polonia aún no ha perecido», cantaban, y «Dios proteja a Polonia», con un nuevo estribillo: «¡Devuélvenos la libertad y la patria, oh, Señor!». En febrero de 1861, cuando la Sociedad Agrícola celebraba su reunión anual en Varsovia, se formó en la calle una concentración masiva. Soldados rusos abrieron fuego contra la multitud y mataron a cinco civiles. Los patriotas respondieron declarando un «luto nacional»

y vistiendo totalmente de negro en señal de protesta. Las iglesias de todas las provincias polacas celebraron servicios en memoria de las víctimas. Después, en abril, hubo otra manifestación y otro tiroteo. Un centenar de civiles (niños, mujeres y hombres)

vertieron su sangre o murieron en los adoquines ante el Castillo Real. [59]

Las perturbadoras noticias de lo ocurrido en Varsovia tuvieron eco en todas las provincias. En Zhitómir, Ewa también se vistió de luto nacional y alentó a los demás a que hicieran lo propio. Apollo, que para entonces ya era «un conocido agitador» entre sus pares y estaba «sin duda sometido a vigilancia policial», organizó una reunión política en su casa para debatir la formulación de una petición al zar. En el instituto de bachillerato, los estudiantes cantaron himnos nacionalistas. Los activistas movilizaron a los terratenientes para que contribuyeran con su dinero a formar un ejército en la Polonia del Congreso, prometiendo «marcar las fronteras con sangre». [60]

Cundía una sensación de que los muros se estaban cerrando, los caminos estrechándose, la luz al final del túnel haciéndose más refulgente y atractiva cada vez. Los Korzeniowski echaron a correr hacia ella.

Konrad correteaba por el jardín de la mansión de su abuela Bobrowski en Terekhove, a unos ocho kilómetros de Berdichev, en el campo. «Aquí estoy bien —informó a su padre—, corro por el jardín, aunque cuando me pican los mosquitos no me gusta mucho». [61]

La abuela lo llevaba a pasear y le contaba historias. La madre impartía las lecciones y lo llevaba a la iglesia y, después, lo dejaba salir a dar limosna a los mendigos que esperaban en la puerta.

Konrad hablaba con ellos todo lo que podía y, de camino a casa, le contaba a su madre todo lo que le hubieran contado, y todo lo que

sabía sobre caballos y osos. «Sospecho que nuestro querido Konradzio llegará a ser un hombre excepcional con un gran corazón», declaró su consentidora abuela.[62]

Era la primavera de 1861 y, con tres años y medio, Konrad estaba en la edad en la que se empiezan a formar unos recuerdos que perduran para toda la vida. La memoria de un niño atrapa las cosas de refilón. Es posible que las impresiones más vívidas que Konrad guardase de aquella época en Terekhove fueran la imagen de un mosquito que se posa sobre su suave pierna amelocotonada, o estar jugando con el

látigo que le regaló un amigo, vestido con su nuevo traje negro para la iglesia.

Probablemente no recordaría las cosas sobre las que su madre se esforzaba por dejar registro: que ella le hizo aquel traje negro, especialmente, porque Konrad no dejaba de insistirle en que quería

«ponerse de luto», como toda la gente que veía a su alrededor; de luto por la Polonia asesinada; y que todos los días preguntaba:

«¿Cuándo vamos a ver a papá?». [63]

En mayo de 1861, Apollo había sido «llamado a servir en Varsovia por los hombres del movimiento».[64] Su misión oficial era publicar una revista llamada Dwytygodnik (La Quincenal), inspirada en la influyente revista francesa de política y cultura, Revue des deux mondes.[65] Pero «su objetivo principal», tal como contaba uno de sus amigos más cercanos, un colega escritor y compañero patriota llamado Stefan Buszczyński, era contribuir a la coordinación de los esfuerzos nacionalistas en Varsovia, «y así dotar al movimiento de una dirección común». [66]

Hasta entonces, polacos de todo el espectro religioso y social habían mostrado su apoyo a una mayor autonomía, pero ahí era

donde la «dirección común» acababa. Apollo se sumergió en un laberinto de organizaciones clandestinas, cada una de ellas con visiones distintas de la liberación nacional y de los distintos medios para lograrla. Algunos de sus viejos amigos pertenecían a los

«blancos», un grupo compuesto en su mayoría por notables szlachta, que apoyaban más una «revolución moral» que una literal.

Apollo apoyaba a los «rojos», una facción radical que defendía, además de la independencia, la revolución social radical.

Manifestaba sus simpatías paseándose por Varsovia tocado con un sombrero de campesino y se ganó el apoyo de los radicales más jóvenes y de los estudiantes que habían estado implicados en la organización de las manifestaciones callejeras de principios de aquel año. [67] Tampoco en el seno de los mismos rojos era fácil el consenso. Algunos apostaban por participar en las elecciones municipales, mientras que otros deseaban boicotearlas; algunos querían aprovechar las redes revolucionarias rusas, y otros estaban a favor de los atentados terroristas. Apollo se adhería a una versión idealizada de una «república de nobles» liderada por la szlachta, en la

que se aboliría la servidumbre y se restauraría la histórica Mancomunidad de Polonia-Lituania. «El pueblo de Polonia —

proclamaba en uno de sus muchos panfletos— sigue de luto; rueguen por la misericordia de Dios en la iglesia; guarden cada centavo y acumulen fondos para tenerlos listos cuando llegue el momento». [68]

Ewa y Konrad se quedaron en Ucrania, rotando entre las casas de distintos parientes, hasta que Apollo les hizo llegar un mensaje para que fueran a reunirse con él. En unas cartas enviadas con la mayor frecuencia posible por medio de mensajeros, para evitar los ojos

indiscretos de los censores postales, Ewa ponía al día a Apollo acerca de la situación política local. «El duelo se está extendiendo», contaba con orgullo, y en la iglesia se entonaban himnos patrióticos.

También se extendía la represión. Las autoridades rusas cerraron el instituto de bachillerato de Zhitómir durante un año y deportaron a los estudiantes problemáticos, enviándolos a servir en el ejército. La policía acosaba a los clérigos, llevaba a cabo arrestos por supuestos discursos sediciosos y cerraba la vigilancia sobre los activistas.

Si la policía zarista fuera a registrar su casa, decía Ewa: «Estoy preparada para ello, no lo dudes». Desde el momento de la marcha de Apollo, las autoridades habían estado hostigando a los vecinos y sirvientes para que revelaran su paradero. El propio jefe de policía de Berdichev «apareció disfrazado, sin tocar el timbre, por la puerta de Terechowa e interrogó a los trabajadores de los establos», haciéndose pasar por amigo de Apollo. «Por último, explícitamente»

preguntó «si ya había regresado a Varsovia». Ewa daba consejos a su marido acerca de cómo mantener su paradero en secreto. Debía utilizar un nombre falso para comunicarle dónde estaba, enviarle las cartas a través de otras ciudades. Aunque ambos sentían la separación como si se tratara de un miembro fantasma —«me extrañas, y no quiero hablar de mi añoranza porque sé que aun sin palabras debes de sentirla»—, él debía tener paciencia con ella por no escribirle muy a menudo, pues «la gente con experiencia dice que de ese modo la seguridad para ti es mayor».[69]

Las cartas de Ewa laten con pasión y determinación. «Dime cómo amar para protegerte de la desgracia. Dime cómo hacer que mis oraciones sean escuchadas para que Dios te inspire y proteja». [70]

Ella estaba impaciente por reunirse con él, por volver a encontrarse

juntos en una causa común: «Mi alma anhela esa "Joven Polonia" de nuestros sueños, que tú crearás, despertarás a la vida y llevarás hacia el futuro». [71] Los días sin él se hacían un lento goteo. «Dame algo que hacer mientras estamos separados —le rogaba—. He intentado ponerme a practicar con el piano, pero desde hace seis meses faltan treinta cuerdas […] Dame alguna traducción [del francés], algo nuevo y legible». [72] Ingenió una forma de distribuir sus pertenencias entre sus amistades, de forma que Konrad y ella pudieran partir en el momento en que él los llamara.

A principios de octubre de 1861, Ewa y Konrad se reunieron con Apollo en Varsovia, en un pequeño apartamento alquilado en Nowy Świat. Faltaban solo unas semanas para el lanzamiento del periódico, que se esperaba fuera la voz del movimiento. El 15 de octubre se convocaron manifestaciones con motivo del aniversario de la muerte del héroe nacional Tadeusz Kościuszko que, en la década de 1790, había liderado la última resistencia de Polonia contra las potencias particionistas. Las tropas cosacas irrumpieron en las iglesias para interrumpir las misas; sacaron a rastras a los fieles y detuvieron a más de mil quinientas personas en su batida.

[73] Apollo congregó a un grupo de unos dieciocho activistas rojos en su apartamento para debatir los siguientes pasos que habría que dar. Se constituyeron en un Comité de Acción, y se declararon prestos para una insurrección, «para actuar como si el levantamiento fuera a ocurrir mañana y a alzarnos cuando podamos estar seguros de la victoria; hacer mucho y hablar poco». [74]

Algunas noches después, ya a altas horas, Ewa y Apollo estaban despiertos, leyendo y escribiendo en silencio, y Konrad debía de estar durmiendo. Era más de medianoche. Se oyó un golpe seco en

la puerta. En el apartamento entraron unos hombres uniformados.

Acusaron a Apollo de conspiración, lo arrestaron y se marcharon con él bajo su custodia. «Seis minutos después de que sonara el timbre, ya no estaba en casa», contaba Ewa. Le parecía «una acción de bandidaje». [75]

Apollo fue detenido bajo una acusación de cuatro cargos: formar una organización conspirativa llamada Los Rojos de Mierosławski, con estudiantes de la Escuela de Arte y el Gimnasio; provocar peleas en el café Wedel; publicar un panfleto incendiario llamado ¡Nación, atenta!, y actividades de agitación en Zhitómir a principios de año, donde «había organizado […] plegarias colectivas por las personas

asesinadas en Varsovia» y donde «su esposa se encargaba de distribuir crespones negros como signo de luto». Los cargos demostraban una curiosa combinación de conocimiento e ignorancia por parte de la policía. Apollo sí había conspirado con activistas estudiantiles rojos, había publicado panfletos nacionalistas anónimos y había apoyado el duelo y las plegarias nacionales en Zhitómir. Pero su grupo no se llamaba Los Rojos de Mierosławski, no se había dedicado a alborotar en los cafés, no había escrito el panfleto del que le acusaban y tampoco está claro si había sido el principal organizador de los disturbios de Zhitómir. Negó su culpabilidad de los cuatro cargos.[76]

Lo llevaron a la Ciudadela de Varsovia y lo encerraron en el Pabellón X, célebre sección reservada para los prisioneros políticos.

«La Ciudadela de Varsovia es la máquina de destrucción siempre a punto de la ciudad y, al mismo tiempo, una inmensa mazmorra donde el zarismo entierra el patriotismo polaco —escribiría después Apollo—. Ahoga a una generación tras otra de patriotas polacos». El

simple hecho de estar un tiempo en aquellas celdas frías y húmedas suponía una sentencia de muerte para muchos reclusos que enfermaban durante la espera de un veredicto. Periódicamente, sacaban a Apollo de su celda para interrogarlo. Pero, una semana tras otra, seguía preso, sin indicación alguna de en qué momento podría abrirse su caso. La reclusión le carcomió el cuerpo. Le sangraban las encías, se le inflamaron las articulaciones y sufría dolores a causa del reumatismo y el escorbuto. Desde su litera podía oír el golpe metálico de las puertas de las celdas, los chasquidos y chirridos de los cerrojos de hierro, el arrastrar de las cadenas. Podía escuchar los pasos de los nuevos prisioneros políticos detenidos en las incesantes redadas y, finalmente, podía oírlos también salir en dirección al exilio, hacia los trabajos forzados en las minas, hacia la muerte en la horca, hacia el pelotón de fusilamiento…, o, «lo peor, por ser la condena más infame de todas», a servir en el ejército ruso, vistiendo el uniforme del enemigo.[77]

Fuera de la Ciudadela, Ewa se quedó con Konrad en Nowy Świat, tratando de averiguar qué estaba sucediendo con su marido. La policía volvió al apartamento, lo registró y se incautó de los papeles de Apollo y de las cartas que ella le había escrito desde Zhitómir.

También se llevaron a Ewa para interrogarla y le preguntaron por el contenido de las misivas. Esa no es mi letra, insistió. Yo no he escrito esas cartas.[78] Igual que Apollo, permaneció «en completa ignorancia del destino [de su familia]».[79]

La madre de Ewa llegó a toda prisa desde Berdichev para prestar su ayuda. Con toda probabilidad se quedaría cuidando de Konrad cuando Ewa marchaba cada día a la Ciudadela para unirse a la multitud de mujeres que se congregaba ante las puertas en busca

de noticias sobre sus familiares allí presos. Todos los días se veían rechazadas. «A veces nos quedamos allí el día entero, bajo la lluvia y el frío, aguardando una breve nota, alguna noticia, y otras veces esperamos en vano. Una vez, para entrar en calor y para pasar el tiempo, nos contamos: éramos bastantes más de doscientas». La multitud iba creciendo a medida que los arrestos continuaban: sacerdotes, rabinos, pastores, «personas de todos los estamentos, riqueza, edad y situación; entre ellas varias mujeres», encerradas todas tras los sordos muros de ladrillo. Sin poder ver a su marido, Ewa insistía a los guardias para que le dieran actualizaciones sobre su salud. Le enviaba sábanas limpias y comida y, después de muchas gestiones, se le permitió entregarle «un libro de oraciones y el manual de Robertson para aprender inglés». Cada diez días se le permitía escribirle una breve nota; si los censores la aprobaban, él podía leerla y escribirle a ella una línea.

Nochebuena de 1861, dos meses después de la detención. En casa se habían ido acumulando cartas para Apollo, regalos de amigos y familiares, oraciones y bendiciones. Ewa atravesó las calles

«tristes, negras y silenciosas» de la ciudad para realizar su visita diaria a la fortaleza. Encontró el recinto de la Ciudadela, como de costumbre, abarrotado con los familiares de los presos, pacientes, impacientes. En el último mes, aproximadamente, a Ewa le habían permitido ver a Apollo un par de veces, cinco minutos a través de una tensa alambrada y flanqueados por guardias —guardias con uniforme corriente, guardias con uniforme de gala, guardias sin ningún uniforme en particular—, todos ellos diciendo a gritos «no permitido» cada vez que se decía algo sustancial. Ewa y Apollo pasaron su tiempo asignado riendo y bromeando, porque «no es de

gusto ver lágrimas», y además era lo mejor para mantener altos los ánimos.

Aquel día iba a ser distinto. Como concesión navideña, a las familias se les brindaba la oportunidad de verse brevemente sin valla de por medio. Ewa escudriñó la multitud de hombros tapados con chales y cabezas cubiertas con pañuelos para ver salir a Apollo. Ahí estaba… ahí, ¿era él? Se le veía muy delgado, la cara hinchada y enrojecida, la barba como un manojo de fresas. Se tomaron de las manos,

atravesando la línea invisible de la libertad. Partieron una hostia sacramental, bendecida por un sacerdote, y rezaron.[80]

Konrad acababa de cumplir cuatro años. Mucho más tarde recordaría que «en el patio de aquella Ciudadela empiezan —algo característico de nuestra nación— mis recuerdos de infancia». [81]

En abril de 1862, un tribunal militar declaró a Apollo Korzeniowski culpable de todos los cargos. No hubo juicio. Los investigadores usaron las cartas que Ewa había enviado desde Zhitómir, donde le advertía de una posible detención, como prueba «de sus actividades y de su modo de pensar extranjero».

Un par de semanas después, a primera hora de la mañana, en la celda de Apollo entró uno de los guardias escoltando a un funcionario ruso.

—Por favor, tenga la amabilidad de ponerse en pie para escuchar la lectura de la sentencia —dijo el funcionario, en ruso. Se aclaró la garganta—. ¿Su nombre, señor?

—Apollo Nałęcz Korzeniowski.

—Incluso dentro de la Ciudadela puede ser engañado el Gobierno

—continuó el funcionario, explicando pomposamente por qué le había pedido su nombre—. Podían haberle sustituido a usted por otro que, aun siendo inocente, fuera sometido a castigo. Un Gobierno justo no desea que esto suceda.

—La justicia del Gobierno es bien conocida por todos —replicó Apollo en polaco.

El funcionario desplegó el veredicto, un manuscrito de abundantes páginas, y comenzó a leer:

—Las autoridades tienen conocimiento […] el principal líder de todo el movimiento rebelde […] aunque la comisión de investigación no está en posesión de prueba alguna […] teniendo en cuenta las respuestas descaradas […] que es polaco, que siempre ha luchado y siempre luchará por la felicidad de Polonia […] ordenó la deportación

[…] bajo constante vigilancia policial en el lugar de su exilio. Es todo

—dijo, deteniéndose abruptamente. Aún quedaban varias páginas más del veredicto por leer—. Debe firmar el documento para demostrar que lo ha escuchado.

Apollo protestó arguyendo que ni siquiera lo había escuchado entero. Pero una frase lo resumía: «Se ha dado orden de que Korzeniowski y su esposa sean enviados a establecerse en la ciudad de Perm bajo una estricta supervisión policial». Eso era a más de dos mil quinientos kilómetros al noreste, a las puertas de Siberia. La palabra rusa que dictaba su castigo (ссылка) significa exilio o, tal como Apollo lo describiría más tarde en sus memorias,

«encarcelamiento en tierras salvajes, entre animales salvajes y sin medios de defensa». [82]

Para la familia Korzeniowski, el exilio se convirtió, en realidad, en una cadena perpetua de traslados y enfermedades. Llegar hasta

Perm suponía un largo camino, y la primavera, época en la que los caminos se descongelaban y se volvían zanjas llenas de surcos de denso barrizal, era la peor estación para recorrerlo. La familia partió hacia el este escoltada por unos gendarmes rusos. [83] Los guardias

«se mostraron inmensa y despreciablemente educados» mientras aún seguían en el ámbito de la Polonia del Congreso, pero en el momento en que abandonaron las tierras de mayoría polaca, se volvieron «despreciablemente descorteses» en la misma medida. [84]

La primera víctima de aquella sentencia que había caído sobre la familia fue Konrad. En las afueras de Moscú, empezó a mostrar una fiebre peligrosamente alta. En una posta de carruajes, un médico lo trató con sanguijuelas y aconsejó a los Korzeniowski que no prosiguieran el viaje «pues […] si lo hacemos el niño puede morir».

Sin embargo, «justo en ese momento», los soldados «comenzaron a guarnecer los caballos» para seguir adelante. El pánico se apoderó de los padres. Apollo se negó a ceder. Obligadme a hacerlo, desafió a los soldados. «¡Salven a mi hijo, se lo ruego!», imploraba Ewa. Su

«resistencia pasiva» les granjeó un aplazamiento de «en torno a una docena de horas» antes de que un funcionario local los obligara a seguir el viaje, con el escalofriante veredicto de que «los niños nacen para morir».

El carruaje traqueteaba y resbalaba por el camino barroso hacia el este. En el interior a oscuras, Ewa y Apollo rezaron por su hijo enfermo hasta que bajó la fiebre. «Dios debe de haberme concedido su bendición […] pues ha mantenido al niño con vida en este duro viaje», dijo Apollo. [85] Entonces enfermó Ewa. Temblaba en el interior del inestable vagón tendida sobre una cama improvisada.

Cuando llegaron a Nizhny Novgorod estaba tan débil que tuvieron

que cargarla los guardias. De nuevo, los Korzeniowski se negaron a continuar; de nuevo, los rusos se negaron a interrumpir el viaje.

Pero, esta vez, el comandante local, que resultó ser conocido de uno de los hermanos de Ewa, intervino en su favor y telegrafió a Moscú pidiendo autorización para dejarlos descansar unos días. El telegrama de respuesta llegó con un inesperado alivio adicional. Les anunciaba que, gracias a la amable intervención de otro conocido, se había cambiado su destino de exilio a un lugar más cercano y más amable llamado Vólogda, a unos quinientos kilómetros al noreste de Moscú.

«Vólogda es un enorme cenagal que se extiende a lo largo de tres verstas, seccionado por líneas paralelas y perpendiculares de puentes de madera podridos que se tambalean bajo los pies», escribió Apollo en una carta a unos primos en junio de 1862, poco después de su llegada. Vólogda era un lugar notoriamente húmedo e insalubre; Apollo decía en broma que el nombre del río era Escrófula, por la enfermedad glandular que allí parecía ser endémica. La ciudad apestaba a «fango, alquitrán de abedul y aceite de ballena». «Aquí el año tiene dos estaciones: el invierno blanco y el invierno verde —decía—. Ahora estamos al comienzo del invierno verde: lleva veintiún días lloviendo continuadamente y así seguirá hasta que se acabe». Cuando llegó el invierno blanco, con sus vientos árticos que entraban desde el mar Blanco, llenaron las estufas de costosa leña en una batalla perdida contra el frío invasor de las heladas. Tenían por compañía a otros veinte exiliados polacos, para los que su «llegada fue como unas pocas gotas de agua caídas sobre cal viva». Los Korzeniowski «fundaron una capilla» con estos



FOTOGRAFIA
POLSKA
STANISŁAWA KRAKÓW
w Wołogdzie

otros católicos, «el centro de nuestras vidas. Oramos mucho, con dedicación y sinceridad». [86]

Konrad Korzeniowski en Vólogda y una de las primeras muestras de su escritura.

Uno de los polacos dirigía «un taller de fotografía en el que revelaba imágenes de las escrófulas de la localidad». [87] Ahí fue donde, en torno a la época de su quinto cumpleaños, Konrad posó para que le tomaran su retrato. Sus padres le repeinaron el cabello hacia atrás, le pusieron una chaqueta con alamares y le abrocharon un cinturón ancho de cuero en torno a la cintura. Konrad se encaramó a la silla del estudio, embutió una pierna debajo de la otra, abrió un libro sobre su regazo y miró hacia la gran cámara cubierta con una cortinilla negra, solemne como un cuervo. En el reverso de la foto, Konrad escribió, unas semanas después, una dedicatoria con letras grandes y temblorosas: «A mi querida abuelita, que me ayudó a enviar pasteles a mi pobre papá a la prisión: tu nieto, polaco-católico y szlachcic, Konrad».[88]

Polaco, católico, szlachcic. Tres etiquetas que Apollo y Ewa no querían que su hijo olvidara jamás, especialmente aquel invierno de 1863, cuando le dijeron lo que debía escribir. Acababan de recibir noticias insoportables de la Polonia del Congreso. Después de que los Korzeniowski dejaran Varsovia, el Comité de Acción que había empezado a reunirse en su apartamento se reorganizó y creció. Con un nuevo nombre y bajo un nuevo liderazgo, planearon un gran levantamiento para la primavera de 1863. Pero las maniobras del Gobierno (liderado por un «blanco» conciliador) les obligaron a adelantar sus planes y el comité se lanzó a actuar antes de tiempo.

En enero de 1863, se autodesignó como Gobierno Nacional de Polonia y emitió un manifiesto proclamando la libertad de los siervos y llamando a los pueblos de la mancomunidad histórica (judíos,

lituanos y rutenos, aparte de los polacos) a alzarse contra los rusos.

El hermano menor de Ewa, Stefan, se hizo cargo del comité en Varsovia y trató enérgicamente de unir a los civiles a la causa. Desde las fronteras de Prusia hasta ciudades del interior de Lituania, Bielorrusia y Ucrania, miles de insurgentes lanzaron incursiones contra las guarniciones zaristas.

Una y otra vez, las tropas rusas rechazaron sus ataques. A pesar de que se produjeron más de mil enfrentamientos aislados con los rusos, los insurgentes —mal organizados y mal armados— no fueron capaces de ganar terreno. Si bien el Gobierno Nacional prosperó en la clandestinidad —con una sofisticada red de correos, alias y un código

indescifrable basado en el poema Pan Tadeusz de Mickiewicz

—, a la luz del día, el levantamiento nunca llegó a recibir el apoyo crucial de Francia, Gran Bretaña o Austria. En pleno levantamiento, también el zar socavó hábilmente las posibilidades de que los campesinos respaldaran a los rebeldes al extender los decretos de emancipación a los siervos de las provincias polacas, liberándolos del trabajo forzado y del pago de rentas. [89]

En Vólogda, Apollo y Ewa abrían cada boletín con dedos temblorosos: «Los periódicos son como opio; sabemos que van a matarnos y, sin embargo, no dejamos de leerlos». Las cartas eran aún peor. En solo un año, la familia de Apollo quedó prácticamente aniquilada: su hermano mayor murió en los enfrentamientos; su hermana y su hermano menor fueron detenidos y enviados al exilio; y su padre, tantas veces el primero en luchar, murió en medio del estrés. Los Bobrowski también sufrieron. El hermano de Ewa, Kazimierz, fue encerrado en prisión en Kiev, y Stefan (el adorable Stefan, «indescriptiblemente» atractivo, «dotado de elocuencia e



ingenio natural, de un buen corazón conmovedor y adorable»), el cabecilla de la clandestinidad de Varsovia, murió por un disparo en un duelo con un rival político.[90] Solo Tadeusz, el pragmático, mantuvo su libertad. Le correspondió, igual que a su padre antes que él, cuidar de los hijos de los amigos y familiares implicados en la insurrección.

[91]

Artur Grotter, Tristes noticias (1863).

«Toda vida en nuestro interior ha llegado a su fin, estamos pasmados por la desesperación», manifestó Apollo.[92] Los Korzeniowski se habrían reconocido sin duda en un grabado del artista romántico polaco Artur Grottger titulado Tristes noticias, que forma parte de una serie que ilustra los acontecimientos de 1863.

[93] En él se ve un grupo de personas vestidas de negro medio desvanecidas en torno a una mesa, sobre la que reposa un periódico

como una maldición. Las mujeres ahogan sus lágrimas entre pañuelos y un hombre se cubre la cara con una carta en gesto de desesperación. Otro hombre se mantiene acechante en un rincón: la mano en un puño, el ceño fruncido y la mandíbula tensa, listo para la venganza…, pero ese puño cuelga de un cabestrillo y, bajo su ceño feroz, tiene los ojos cerrados por causa del dolor. Solo una de las figuras del cuadro observa lo que está pasando: un niño pequeño, de pie entre los dolientes, mantiene los ojos muy abiertos, inquieto, confundido.

Apollo desahogó toda su rabia por lo sucedido en una diatriba convertida en panfleto titulado Polonia y Moscovia. En ella yuxtaponía su experiencia en prisión con la larga historia de la opresión zarista. «Nosotros, los polacos, hemos sufrido masacres, conflagraciones, robos, violaciones y torturas a manos de Moscovia

—empezaba—. Hemos perecido a causa de sus sables, bayonetas y armas de fuego. Conocemos sus porras, sus knuts y sus sogas».

«Toda Moscovia es una prisión», continuaba, lanzado a la metáfora.

Poco más adelante, las imágenes empiezan a sucederse tan rápido que se confunden en una furiosa bruma enrojecida. Moscovia es

«una manada de pacientes chacales». «Innumerables enjambres»

de insectos «corruptos e infestados de alimañas». Es una bestia voraz que «mastica a esta Polonia viva como si estuviera muerta».

Moscovia es una máquina de matar, cuyas «ruedas y engranajes»

trituran a Polonia, «aplastan, destrozan, rompen, torturan y roban».

Moscovia es «la plaga más sórdida y letal», es «un mar de lodo

inmundo vertido sobre los frutos de la tierra», es una «barbarie, ignorancia, perjurio» que devora «la civilización, la luz, la fe en Dios

y en el futuro de la humanidad». [94] El túnel se derrumba. Todo se vuelve negro.

Ni Apollo ni Ewa habían estado bien en Vólogda, «un reloj de arena por el que discurre la escrófula en vez de la arena». Tras repetidas solicitudes para que los trasladaran a otro lugar más cálido, por el bien de su salud, las autoridades les permitieron mudarse a Chernígov, Ucrania, a unos ciento cincuenta kilómetros de Kiev y mucho más cerca de casa. Ewa, que era la que estaba más enferma de los dos, obtuvo además permiso para pasar tres meses visitando a su hermano Tadeusz en su hacienda, y llevándose con ella a Konrad, que entonces tenía cinco años. [95] Ewa insistía en que su enfermedad no era otra cosa que «nervios», causados por «los repetidos golpes que caen sobre los miembros de nuestras dos familias», y que se le pasarían pronto. No fue así: Ewa tenía tuberculosis en un estado avanzado.

Para el invierno de 1865, tres años después de empezado su exilio, Ewa, «terrible… gravemente enferma», se había convertido en un espectro. «La desesperanza ha ido corroyendo su constitución física muy lentamente, como el óxido», contaba Apollo, y «no tiene fuerzas apenas para mirarme y hablar con una voz hueca». «Me humillé, supliqué, rogué» a las autoridades «que cambien nuestro destino de exilio» para poder obtener mejor atención médica. El médico de la familia acudió desde Zhitómir para tratarla, pero Ewa estaba demasiado débil para someterse a la operación que él recomendaba. Apollo se convirtió en enfermero a tiempo completo, a pesar de su mala salud, leyéndole, rezando con ella, levantándola de la cama y volviéndola a acostar, actuando todo el tiempo con un

talante alegre y animado para que Ewa pudiera «creer que nuestra separación es inconcebible; de lo contrario, quizá no tuviera fuerzas para soportar nada». No obstante, en su cabeza, Apollo ya estaba componiendo panegíricos. «Nunca hemos sido ciegos con respecto del otro; nos amábamos no porque fuéramos perfectos el uno ante el otro, sino con todas nuestras faltas y defectos […] Creo […] que hasta el día de hoy hemos vivido en un fulgor de felicidad superior».

En aquel drama emocional solo había dos papeles. «Konradek está, por supuesto, desatendido». [96]

Ewa se fue volviendo cada vez más débil y más frágil, y un día de abril de 1865 se extinguió. «Su muerte fue el golpe definitivo, mortal,

para Apollo —contaría Stefan Buszczyński, su viejo amigo—.

En este mundo no hay más que unos pocos matrimonios tan bien combinados. Él la adoraba y, a ojos de ella, él era un hombre incomparable, un ideal». [97] Apollo se enterró vivo en el dolor.

«Paso la mayor parte de mis días junto a la tumba», confesó, y las noches en vigilia, cuestionándose su fe, imaginándola aún a su lado, escribiendo cartas a su fantasma. Asumió que su propia muerte estaba cerca y la habría agradecido si eso significaba volver a reunirse con ella.

Pero estaba el «pequeño», que seguía viviendo: Konrad, que tenía siete años. Ewa, su madre, yacía en su tumba. Y si Apollo moría también (más bien, cuando muriera), Konrad necesitaría de alguien que lo cuidara. «Ella vaciaba en el niño su corazón y su alma, y dejarlo ahora sin ninguna seguridad o despedirlo sin ninguna esperanza me parecería una deslealtad a su corazón y a su alma».

Apollo instó a un antiguo amigo de Varsovia a que actuara como tutor de Konrad, y «arregló que Konradek tenga una provisión hasta

el final de su escolarización, pequeña pero suficiente para su manutención y educación […] He hecho todos los sacrificios necesarios hoy para asegurar su mañana».[98]

En los meses posteriores a la muerte de Ewa, Konrad aparece en las cartas de Apollo como una interrupción en su ocupación de sufriente. Apollo pidió a su amigo de Varsovia que le enviara un programa de estudios y libros escolares y que vendiera su viejo escritorio para pagarlo; «Era uno de los favoritos de Ewa, pero ya nunca me verá detrás de él». Apollo sabía que no era una compañía adecuada para su hijo. «El pobre niño […] contempla la decrepitud de mi tristeza y quién sabe si esa visión no hace que su joven corazón se apergamine o su alma que recién despierta se vuelva canosa […] El pequeño bichito está creciendo como en un claustro; la tumba de nuestra Inolvidable es nuestro memento mori». [99] Se convenció de que lo mejor que podía hacer era enviar a Konrad a otro lugar, honrando «la esperanza de un futuro protegido para su hijo» que había albergado Ewa. [100] «Mi Konrad se humanizará en un entorno humano». [101]

Por mucho que lo deseara, Apollo no murió. Así que siguió escribiendo. El libro que Ewa le había enviado a la cárcel, las lecciones de inglés de Robertson, le habían hecho un servicio magnífico al antiguo estudiante de lenguas de la Universidad de San

Petersburgo, y sabía el inglés suficiente como para traducirlo al polaco. No podría haber elegido un título más evocador para estrenarse: Tiempos difíciles, de Charles Dickens. Y gradualmente, Konrad pasó de ser una preocupación latente guarecida en las sombras de su duelo a un nuevo foco de atención, su única razón para seguir adelante. «Empiezo a abordar mi vida de nuevo, que, en

el presente, está limitada exclusivamente a Konradek».[102] Al crecer, el niño se iba «pareciendo mucho a su madre».[103] «Mi querido bichito cuida de mí», señalaba Apollo con orgullo. «Su corazón… lo ha heredado […] de su madre, pero su cabeza no es de envidiar: es mía».[104] El padre adaptó el fiable método de Robertson para enseñar francés a su hijo, «y ahora puedo maravillarme de los excelentes resultados que ha arrojado con el chico». [105]

En la primavera de 1866, Apollo envió a Konrad al campo, a vivir con su abuela y su tío Tadeusz. Ellos tenían mucho más que ofrecerle: una institutriz francesa para sus lecciones —que quedó

«sorprendida por su conocimiento del francés con solo un año de clases»—; un primo de su misma edad con quien jugar, y ellos mismos como padres sustitutos, una abuela que lo adoraba y «un tío indulgente que ha transferido todo el amor que guardaba por su hermana hacia el hijo de esta».[106] Pero Konrad ya había sufrido las dificultades del exilio y padecía neuralgias, a veces ataques de epilepsia, y un brote de sarampión alemán; sus familiares lo llevaron a Zhitómir, Kiev y Odesa para que recibiera tratamiento. «Me siento solo», admitía Apollo desde Chernígov, donde se zambulló en el trabajo de traducción «para hacer que el futuro de mi hijo tenga más seguridad económica».[107] Sin embargo, «imagino», reflexionaba, que Konrad «también me extraña», aun cuando «todo lo que veía era mi rostro nublado y las únicas distracciones de su vida de nueve años eran unas áridas lecciones».[108]

Konrad llevaba más de un año sin ver a su padre cuando este apareció de visita en la hacienda de Tadeusz Bobrowski, descuidado como un matorral de zarzas. Apollo había desechado sus viejas

chaquetas y corbatas y vestía un sencillo blusón de campesino. Su bigote y su barba, antes cuidadosamente rizados y encerados, le cubrían la cara como una mata de liquen.[109] En lo más profundo de su ser, sus pulmones se hundían entre fosas y pus. Le habían concedido un pasaporte para viajar al clima más cálido y saludable de Argel o Madeira; lo habían liberado de su exilio justo cuando se encontraba ya demasiado enfermo para sobrevivir mucho tiempo más

y demasiado pobre como para viajar tan lejos.

Apollo usó aquel visado para salir por fin, junto con Konrad, del Imperio ruso. Juntos viajaron a Leópolis, en la Galitzia austriaca, donde «aquella ruina de ser humano acompañada por un niño sin madre» le pareció a una de sus vecinas «una imagen digna del lápiz de Grottger».[110] Se movían como si fueran un par de hombres con una sola pierna, incapaces de mantener cada uno el equilibrio por sí mismo, pero capaces de ponerse de pie cuando se apoyaban uno en el otro. «Los dos vagabundos sin hogar se necesitan mutuamente —dijo Apollo—, yo como su miserable protector, él como la única fuerza que me mantiene sobre esta tierra». Padre e hijo pasaron el verano de 1868 en un balneario en las montañas del distrito de Sambir, donde trataron a Konrad por «piedras urinarias

[…] en la vejiga, lo que le ocasiona unos calambres incesantes», y donde Apollo medicaba su tuberculosis «bebiendo suero de oveja

[…] con tal determinación que cuando la […] policía me preguntó qué estaba haciendo en Galitzia, pude responder con la conciencia tranquila: "Estoy bebiendo suero de oveja"».[111]

Rodeado de nuevo por la lengua, la cultura y la fe polacas, Apollo se sentía como «despertado de mi largo sueño». La poesía nacía en su interior por primera vez en años. En unos versos de 1868

inspirados en su amado Victor Hugo, Apollo comparaba el pueblo polaco con el mar. A veces puede parecer un océano en marea baja, plano y en calma, pero esperen y verán, advertía. La marea cambiará, el pueblo volverá a alzarse. [112]

A principios de 1869, Apollo aceptó un trabajo en Cracovia, en una revista llamada Kraj que editaba su viejo amigo y colega escritor Stefan Buszczyński. En su opinión, aquella ciudad era el lugar perfecto «para educar a Konradek no como demócrata, aristócrata, demagogo, republicano, monárquico ni sirviente y lacayo de esos partidos, sino solo como un polaco». [113] Los días se fueron haciendo más largos con la proximidad de la primavera. El rango de movimiento de Apollo se fue reduciendo: del apartamento al dormitorio, del dormitorio a la cama. El ama de llaves de un vecino le ayudaba con la cocina y la limpieza. Después llegaron las monjas enfermeras, con sus rígidas cofias blancas, deslizándose cual cisnes por los suelos de madera pulida. En una de sus visitas, Buszczyński encontró a su amigo contemplando febrilmente «su anillo de bodas y el retrato de su esposa». Era hora de llamar al sacerdote. A finales de mayo de 1869,

«rodeado de sus seres queridos», la marea de Apollo Korzeniowski se retiró del todo.[114]

Probablemente, sus últimos deseos no habían cambiado desde aquellos meses vacíos posteriores a la muerte de Ewa: «No desearía más que ayudar a Konrad a mantener una posición firme entre la gente decente; soldar su cuerpo y su alma que empieza a despertar al cuerpo de nuestra sociedad», había dicho, y «sacar las cenizas de Ewa de ese cementerio extraño para llevarlas a la tumba familiar».

Para él, lo único que esperaba era «poner el pie en mi tierra natal,

respirar su aire, mirar a los ojos de los que amo y gritar: ahora, por favor, Dios, recibe a tu siervo, que está muy muy cansado». [115]

La noche después de su muerte, según informó Kraj, se reunieron

«enormes multitudes» en la calle adoquinada frente a la casa de los Korzeniowski «para rendir un último tributo al gran hijo de Polonia».

Había «clérigos, miembros de los gremios de la ciudad con sus estandartes, profesores universitarios y maestros de escuela, estudiantes de universidad y escolares», todo el mundo menos «lo que se denomina alta sociedad». Con «profundo dolor y reverencia», escoltaron el coche fúnebre cruzando la plaza del mercado, dejaron atrás las agujas de Santa María, salieron por la Puerta de San Florián y llegaron al cementerio Rakowicki, donde Apollo Korzeniowski fue enterrado como «una víctima del martirio moscovita». Junto a la tumba, un coro cantó «Salve regina» y los congregados no dejaron de llorar.[116]

«A la cabeza de la enorme procesión» caminaba Konrad, huérfano a los once años. Después, Stefan Buszczyński se llevó al chico a su casa de la calle Floriańska y cuidó de él hasta que llegó su abuela, Teófila Bobrowska, desde Ucrania. Buszczyński le contó cómo su

«amado huérfano» había «rodeado a su pobre padre de la más tierna atención y rezado por su alma, entre lágrimas, arrodillado entre el sacerdote y las monjas» junto a la cama. Todos estaban tan conmovidos por el sentimiento de Konrad que pasó algún tiempo

«antes de que recobraran el sentido y llamaran al señor Buszczyński, que acogió al niño y lo amparó en su corazón».[117]

Esa es la única mirada contemporánea que alguien pudo ofrecer de los sentimientos de Konrad. Tendrían que pasar más de cuarenta años

para que él mismo pusiera por escrito algo sobre su infancia.

2

El punto de partida

«De acuerdo con los deseos de su padre», Teófila Bobrowska matriculó a su nieto Konrad en una pequeña escuela de la calle Floriańska, justo delante de la casa de los Buszczyński, cuyo director era un veterano de la insurrección de 1863. Antes de morir, Apollo había expresado su preocupación por que Konrad «no ha adquirido aún el gusto por aprender y carece de estabilidad», aunque «bien es cierto que no tiene más que once años. Gusta de criticarlo todo desde una perspectiva empática. Es, además, tierno y bondadoso en una medida indecible». [118] La falta de sistematicidad de la educación casera de Konrad y su «ignorancia de las lenguas alemana y latina» hicieron que estuviera por detrás de sus compañeros, pero

«los maestros elogian su laboriosidad, su entendimiento y su aplicación».[119]

Teófila y Konrad vivieron en Cracovia la mayor parte de los cuatro años siguientes. La abuela era consciente de que «para el huérfano de un exiliado sin hogar ningún afecto humano es excesivo» y lo mantuvo siempre «cerca de su corazón». Tadeusz Bobrowski (que no tuvo hijos propios) asumió el papel de padre y sustento económico. [120] En septiembre de 1869, escribió la primera de lo que se convertiría en toda una vida de cartas al «pequeño Konrad».

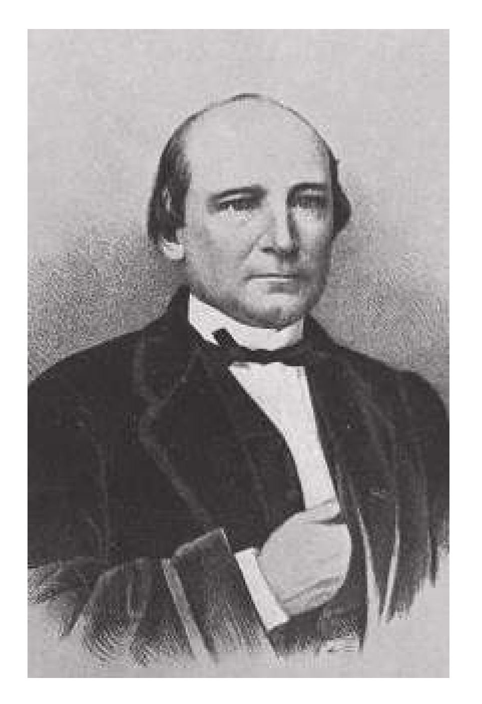
«Ha sido designio de Dios afligirte con la mayor desgracia que puede caer sobre un niño: la pérdida de sus padres —empezaba

solemnemente—. Pero, en su bondad, Dios nos ha hecho la gracia a tu bondadosa abuela y a mí mismo de cuidar de ti, de tu salud, de tus estudios y de tu destino futuro». Tadeusz establecía a continuación una lista de prioridades. «Sin una educación completa no valdrás nada en este mundo», así pues, «adquiere dominio de los principios de cada materia» con «trabajo y determinación». Estudia

«no lo que te resulte fácil y atractivo […] sino aquello que sea útil», por mucha dificultad que presente, «pues un hombre […] que no sabe trabajar y guiarse a sí mismo, deja de ser hombre y se convierte en un títere inútil». La familia se haría cargo de todas las necesidades y gastos de Konrad, le aseguraba Tadeusz. «A ti te corresponde aprender y estar sano, e incluso a ese respecto […] si escuchas el consejo de tus mayores, es posible que te recuperes por completo, sin dar cabida a

sentimientos y pensamientos que no son en verdad propios de tu edad». [121]

Tras sus estentóreas instrucciones había un subtexto. Tadeusz quería convertir a Konrad en un pragmático Bobrowski, no en un Korzeniowski soñador como había sido su padre. Para sus amistades, Apollo había sido el tipo ideal de noble y romántico patriota que había criado a su hijo para, ante todo, «¡ser un polaco!».[122] Quizá Konrad no había aprendido ni alemán ni latín, pero era capaz de recitar innumerables versos de Mickiewicz, y no había otro niño (juraba Stefan Buszczyński) con «un corazón tan noble como el suyo». A juicio de Tadeusz, Apollo había sido un irresponsable, quijotesco y fatalmente incapaz de mantener a su familia. A lo largo de los años, cada vez que Tadeusz había ido viendo a Konrad, había observado a un niño que con demasiada frecuencia estaba enfermo



y perdido en ensoñaciones melancólicas. ¿Ser un polaco? Primero había que ser práctico.

Apollo, hombre de letras, había conmemorado el nacimiento de su hijo escribiendo un poema patriótico. Tadeusz, hombre de números, señaló su asunción de la tutela de Konrad abriendo un libro de contabilidad. Pensaba presentárselo a Konrad «cuando alcances la madurez». «Es mi deseo que lo conozcas todo acerca de las relaciones de tus padres con el resto de los miembros de tu familia; deseo que

sepas cómo se estableció el pequeño fondo que tiene el designio de servirte en tu futuro trabajo y en tu independencia», y

«que sepas que todos amábamos a tu madre y, a través de ella, a ti y a tu padre». [123] A lo largo de los veinte años siguientes, Tadeusz registró todos los créditos y débitos de la cuenta de Konrad en su

«Documento», anotado con evaluaciones sardónicas sobre el comportamiento de su sobrino.

Tadeusz Bobrowski, tío y tutor de Conrad.

Este «Documento» de Tadeusz es el único registro contemporáneo a Konrad que nos indica cómo y dónde pasó los siguientes cinco años de su vida. Durante doce meses, permaneció con el maestro de la escuela de la calle Floriańska, después estudió tres años con un tutor privado, Adam Pulman, estudiante de medicina de la Universidad Jaguelónica de Cracovia. [124] El otoño anterior a que Konrad cumpliera dieciséis años, «debido al cólera que entonces prevalecía en Cracovia», Tadeusz envió a Konrad a la pensión de una prima en Leópolis, «para que contribuya a endurecerte, que es algo que todo hombre necesita en esta vida». El libro de cuentas registra también unos viajes anuales de Konrad por motivos de salud: una visita a «las aguas de Wartemberg» con su abuela en 1869, tres estancias de verano en el balneario polaco de Krynica y un viaje de seis semanas a pie con Adam Pulman por Suiza «por indicación médica», en la primavera de 1873.[125]

Sobre lo que al huérfano le parecieron todas aquellas medidas, no ha sobrevivido ni una sola palabra que nos lo cuente directamente.

No hay más que indicios, entre las líneas escritas por otras personas, de la persistencia de aquellos «sentimientos y pensamientos»

inadecuados: un desfile de enfermedades indefinidas, neuralgias y

«ataques de nervios». [126] Como si fueran sondeos en el fondo del océano, sugieren la existencia de las profundidades, pero no revelan nada sobre el aspecto que en realidad tenía ese fondo.

Cuando Konrad habló, finalmente, por sí mismo, lo hizo mediante una acción. Transcurría el otoño de 1874 y acababa de regresar a Cracovia después de su año en Leópolis. Para aquel niño frágil y solitario que, varios años antes, había atravesado la plaza principal



con el cortejo fúnebre de su padre, el luto había sido una costumbre.

Cracovia en la época de infancia de Konrad: plaza del mercado e iglesia de Santa María.

Ahora era un joven que empezaba a probarse el traje de hombre. Se peinó el cabello hacia atrás con una capa de pomada, se metió un monóculo en el chaleco y salió de casa. Conocía la retícula urbana de altos muros de yeso y piedra vieja de Cracovia desde sus muchos rincones. El piso en el que murió su padre, en la calle Poselska, la pequeña escuela de la calle Floriańska, el apartamento que compartía con su abuela en la calle Szpitalna, donde el hijo de Stefan Buszczyński y él se asomaban por la ventana a tirar globos de

agua «a los caftanes negros de los judíos que pasaban por debajo».

[127] Desde una de las torres de Santa María, un cornetín solitario tocaba la hejnał, serenata tradicional de Cracovia que terminaba abruptamente en la quinta nota, himno para una nación abortada.

[128]

Tras cruzar uno de los parques que enmarcaban el centro de la ciudad, Konrad entró en el mejor estudio de fotografía de Cracovia para hacerse un retrato. [129] Posó tal como le indicaron, desviando

ligeramente la mirada de la lente. Tenía ese tipo de redondez en la barbilla y los labios que a veces hace que los adolescentes parezcan hoscos cuando solo intentan aparentar seriedad. Pero sus ojos eran propios de otra edad, bordados por un halo oscuro como la marca que deja la marea en las rocas del océano.

Con casi diecisiete años y terminados los estudios, Konrad estaba en la edad perfecta para asentarse en Cracovia y asumir el mandato de Tadeusz de buscarse algún tipo de ocupación. Esta ciudad era también el lugar donde su padre había deseado que estuviera, para

«¡Ser un polaco!» vinculado a su herencia. Pero lo único que Konrad quería, y era su deseo desde hacía años, era marcharse lo más lejos posible de allí. Y, milagrosamente, su tío estuvo dispuesto a permitírselo.



Konrad Korzeniowski de adolescente.

Tadeusz anotó este hecho en su libro de contabilidad, en la entrada correspondiente a septiembre de 1874: «Llegué a Cracovia y a Leópolis para despedirte en tu marcha a la marina mercante, con lo que llevabas insistiéndome de continuo durante dos años». El joven se

había ido obsesionando con la idea de hacerse marino.

Tratándose de un joven que se había criado a cientos de kilómetros del mar parecía una idea absolutamente fantasiosa. Pero Konrad había permanecido toda su vida a la deriva, hacerse a la mar tan solo terminaba de oficializarlo.

Tadeusz hizo los preparativos necesarios para enviar a su sobrino a Marsella, donde, gracias a la diáspora polaca en Francia, conocía a un polaco que tenía un conocido que tenía un primo propietario de una compañía naviera. [130] (Konrad, por supuesto, hablaba ya francés con fluidez). Tadeusz sufragó los cuantiosos gastos del chico en Galitzia, el viaje y «parte del coste del equipamiento» del aspirante a marinero.

Una vez ordenadas las cuentas, preparado el baúl con el equipaje, puestos los papeles en orden y billete de tren en mano, Konrad empezó a despedirse. A Tadeusz le prometió que se mostraría responsable dondequiera que fuera. A Stefan Buszczyński, el amigo de su padre, le hizo la promesa de mantenerse fiel a su lugar de origen. «Siempre recuerdo lo que me dijiste al marcharme de Cracovia», le contaría muchos años después. «“Recuerda —dijiste—,

¡allá donde navegues, siempre estarás navegando hacia Polonia!”

¡Eso jamás lo he olvidado y jamás lo olvidaré!». [131]

En alguna rara ocasión, mucho después de que Konrad se hubiera convertido en Conrad con la C en inglés, volvería a pasar hacia atrás las páginas del siglo para escribir acerca de sus primeros años en Polonia. Un libro de memorias, Crónica personal, publicado en 1908, a sus cincuenta años, y uno o dos ensayos en los que aplicaba las palabras de un hombre maduro a los pensamientos y sentimientos de su yo más joven. En un conmovedor texto, Conrad recuerda haber entrado de puntillas en la «terrible quietud» de la habitación de su padre enfermo en Cracovia. Besaba al cuerpo postrado debajo de las sábanas, volvía a salir con sigilo y, a menudo, no siempre,

lloraba hasta quedar profundamente dormido». «Pero cuando llegó el inevitable» momento de la muerte, contaba Conrad, «creo que no hallé ni una sola lágrima que derramar». Todos lo consideraron «el desgraciado más insensible de la tierra». [132]

«No sé qué habría sido de mí si no hubiera sido un niño lector —

reflexionaba—. Supongo que de una manera inútil e infantil me habría

vuelto loco». En contraste con una vida diaria agobiada por el exilio, el aislamiento y el dolor, los libros le permitían viajar por el mundo. Leyó relatos de expediciones en el Ártico y en África.[133]

Tuvo su «primera incursión a la literatura del mar» hacia los ocho o nueve años, sentado a los pies de la cama de su padre y leyendo en voz alta las pruebas de su traducción de Los trabajadores del mar (1866), de Victor Hugo. A partir de ahí navegó por las historias marítimas del capitán Frederick Marryat y las novelas del mar de James Fenimore Cooper.[134] Y decidió que, de mayor, se haría marinero.

En Crónica personal, Conrad describe cómo fue madurando aquella idea. Quiero ser marinero, murmuraba. «Al principio […] mi declaración pasó desapercibida [entre sus familiares]», pero

«después de intentar expresarla en diversos tonos conseguí concitar aquí y allá una atención perpleja y momentánea, es decir, los "¿Qué ha sido eso?"». Cuando sea mayor, quiero ser marino, repitió. «¿Has oído lo que ha dicho el chico? ¡Qué extraordinaria ocurrencia!».

«Una onda de escandalizada perplejidad» se extendió por la familia.

Cuando la noticia le llegó a Tadeusz en Ucrania, viajó expresamente a Cracovia para quitarle la idea a Konrad.

«Piensa despacio, muchacho, lo que ha de significar tu decisión en las cuestiones de mayor envergadura —me advertía—. Entretanto,

procura conseguir el mejor puesto que puedas en los exámenes anuales». [135]

Conrad se fue en sus vacaciones de senderismo a los Alpes con Adam Pulman. Era evidente que a este le habían encomendado «la misión confidencial de apartarme a toda costa de mi romántico capricho», porque «esgrimió sus argumentos en los viajes en ferrocarril, en los transbordadores de los lagos», e incluso mientras contemplaban el célebre amanecer desde el monte Rigi, una de las actividades turísticas imprescindibles en Suiza.

«¿Qué recompensa podrías esperar de una vida como esa?», planteaba Pulman a su pupilo. Era una «pregunta sin respuesta», admitía Conrad. Tuvo la sensación de que «aquel mar espectral, deseado e inalcanzable, que veía de continuo en mis sueños» se desvanecía.

Y, de pronto, la marea cambió. «Se encontraron nuestras miradas, y en

la suya detecté una visible emoción, así como en la mía. Y

entonces todo aconteció de súbito. De repente, agarró su mochila y se puso en pie».

«Eres un Quijote incorregible y sin remedio, eso es lo que eres», le dijo Pulman.

No hablaron más del asunto. Los jóvenes terminaron su viaje en Venecia y visitaron el Lido. Tras ellos parpadeaban la laguna y el horizonte de cúpulas plateadas. Y enfrente refulgían la playa, las olas rompientes y el ancho mar. Hasta ese momento, contaba Conrad, «ni él ni yo habíamos visto nunca el mar». [136]

Cada uno de los testigos de una historia puede contarla de un modo distinto, y nadie percibe las emociones y las ideas de la misma manera que aquella persona que las siente. No obstante, casi nada

de lo que contó Conrad coincide con otros relatos. Los adultos que lo apartaron, sollozante, del lecho de muerte de su padre hablaban de un niño roto por el dolor, todo lo contrario de ese «desgraciado más insensible de la tierra». El mar lo vio por primera vez en Odesa y no en Venecia, en un viaje que hizo con su abuela en 1866. Tadeusz no menciona en absoluto haber viajado especialmente a Cracovia para disuadir a su sobrino de su idea de hacerse a la mar (y, conociéndolo, si lo hubiera hecho, lo habría anotado en su libro de registro). El libro que, según Conrad, lo inspiró a convertirse en marino, Los trabajadores del mar de Hugo, resulta también una elección curiosa. No hay mucho tema marinero en esa historia, la de un inadaptado social que intenta conquistar a la mujer que ama y acaba ahogándose mientras contempla cómo zarpa con otro hombre. El océano que Conrad pudo encontrar en aquellas páginas es un mar de sueños rotos, un mar de suicidios.

Las memorias permiten a la gente transformarse en unos personajes que desean que otras personas —cuando no ellos mismos— acepten. Conrad elaboró una versión literaria de su persona juvenil como un soñador despreocupado, navegando alegremente sobre las turbulentas aguas de los traumas infantiles. El personaje que retrataron aquellos que lo conocieron, sin embargo, no se parece en nada a esa versión, sino más bien a la clase de personaje problemático y complicado que reaparece una y otra vez en las novelas de Conrad. Y «toda novela», admite el autor en Crónica personal, «contiene elementos autobiográfícos». [137] Sus personajes se enfrentan al desplazamiento, la alienación y la desesperación. Diecisiete de ellos se suicidan.

Hay otros elementos de los primeros años de la vida de Conrad

que se deslizaron sigilosamente, desapercibidos, en su obra. Se hizo adulto mientras en su interior se libraba un combate por la preeminencia entre el idealista Korzeniowski y el pragmático Bobrowski. A primera vista, el joven Conrad de Crónica personal podría parecer un digno hijo de su padre, soñador y escritor, igual que Apollo. «Quienes me leen saben de mi convicción de que el mundo […] descansa […] sobre la idea de fidelidad», dice en el prefacio, un valor modelado por el inquebrantable compromiso de sus padres con la causa de la independencia polaca.

Pero Conrad desdeñaba el «empecinado, absoluto optimismo» del

«espíritu revolucionario» con tanto ardor como cualquier Bobrowski.

Y cuando realmente describió Polonia, lo hizo a través de la voz de su tío. De las memorias en polaco de Tadeusz, publicadas en 1900, derivó Conrad la única obra de ficción que ambientó en Polonia, «El príncipe Román», el perfil de un insurreccionalista de 1830 que había conocido durante una estancia en la casa de Tadeusz. [138] En Crónica personal hay fragmentos enteros que salen directamente de la misma fuente. Es de su tío de quien Conrad sacó la descripción de su abuelo Korzeniowski como uno de «esos caballeros polacos cuyo único ideal respecto de la acción patriótica era “montar a caballo y echarlos a patadas”». Fue de Tadeusz de quien sacó una imagen de su madre como «el ideal de la feminidad polaca», una «presencia adorable, silenciosa y protectora, en cuyos ojos había una especie de dulzura en parte imperiosa». [139]

En cuanto a su padre, el objetivo del proceso de contraprogramación de Tadeusz, Conrad describe una escena curiosa que tuvo lugar un par de semanas antes de que Apollo muriera.

Entró en la habitación del enfermo y encontró a su padre «sentado

en un sillón respaldado por varios almohadones. Fue la última vez que lo vi fuera de la cama». Una enfermera arrodillada junto al hogar «alimentaba las llamas de la chimenea». Estaba quemando (por orden de Apollo) todos sus manuscritos y Conrad lo contempló con horror. «Aquel acto de destrucción me afectó profundamente por lo que había en él de rendición incondicional». [140]

Aquello que Conrad vio echar al fuego, fuera lo que fuera, no eran los papeles de Apollo, que sobrevivieron bajo la custodia de sus albaceas. Pero ese error de percepción resulta revelador. Conrad veía a su

padre, al menos en retrospectiva, como «un hombre vencido», cuyas palabras e ideales acabaron siendo, finalmente, incapaces de defenderse del ataque mortal de fuerzas mucho mayores que él.

Conrad no olvidó ni perdonó jamás la «sombra opresiva del gran Imperio ruso» que arruinó su infancia. Le inspiró un sentido fatalista del mundo como un lugar donde, por mucho que uno intentara labrarse su propio camino, jamás conseguiría desviarse de las vías del destino. Apollo había descrito a Rusia como una maquinaria, cuyas «ruedas y engranajes» trituraban a Polonia. [141] Conrad describió el mismo mundo como una máquina. La vida, decía en una carta a un amigo, es como un telar mecánico. «Nos teje y nos desteje. Ha tejido el tiempo, el espacio, el dolor, la muerte, la corrupción, la desesperanza y todas las ilusiones…, y nada importa».

Por mucho que desees que borde, o teja algún brocado, o simplemente que la máquina se detenga un rato, «no puedes interferir», «ni siquiera puedes destrozarla». Lo único que se podía hacer es, simplemente, «contemplar horrorizado» cómo los bastidores prosiguen con su repiqueteo en un «proceso implacable».

[142]

La ficción de Conrad suele ordenarse en torno a unos momentos determinados en los que una persona toma una decisión crítica. Son los momentos en los que puedes o bien engañar al destino o bien sellarlo para siempre. Puedes quedarte a bordo de un barco que se hunde o saltar a un bote salvavidas. Puedes herir a alguien con la verdad o consolarlo con una mentira. Puedes proteger un tesoro o robarlo. Puedes hacer estallar algo o delatar a los conspiradores.

Podrías pasarte toda la vida en el lugar donde te criaste o podrías marcharte y no volver nunca más.

Marsella, ciudad de aceite de oliva, naranjos, vino dulce y sacos de especias, con la boca abierta hacia el Mediterráneo y la vista vuelta hacia el Atlántico; ciudad de cruzados, de revolucionarios, del conde de Montecristo. Konrad descendió por la colina desde su alojamiento hasta el Vieux Port. Los mástiles sobresalían por encima de los tejados como varas de trigo sin espigas. Pasó ante los cafés con su repiqueteo de fichas de dominó y centelleantes sus copas de vermú, las campesinas con sus alforjas llenas de queso de cabra para vender, un viejo del norte de África que tocaba su organillo por encima del chirrido disonante de los tranvías. De las oficinas de embarque entraban y salían los capitanes, con los rostros arrugados como papel

viejo. Unos nudillos de sol golpeaban el agua del puerto.

—¡Monsieur Georges! —gritó un piloto y farfulló «Korzeniowski»

con su boca francesa.[143]

Konrad había logrado escapar. No escribió nunca a Stefan Buszczyński ni a Adam Pulman, a pesar de la insistencia de su tío.

De Cracovia se había llevado un baúl lleno de libros polacos y una

fotografía familiar. Desapareció. Tadeusz le envió a regañadientes otra fotografía, acompañada de una «reprimenda». «Tu desorden y la ligereza con la que te tomas las cosas […] me recuerda a la familia Korzeniowski —le reprendía—, siempre estropeándolo y desperdiciándolo todo, y no a mi querida hermana, tu madre…

¿Acaso necesitas una niñera?».[144]

El dinero desaparecía casi sin que Konrad se diera cuenta. La asignación de ocho meses se esfumó en cuestión de semanas y, ante las interrogaciones, apenas pudo explicar en qué se la había gastado: en el coste de la vida diaria, en préstamos a amigos o en otras cosas de las que, en verdad, prefería no hablar. Pero necesitaba más dinero, y eso suponía que debía abordar a su tío una vez más. De Ucrania llegó una carta sembrada de signos de exclamación y plagada de sumas. Tadeusz criticaba su despilfarro, su descuido y hasta la fórmula con la que le pedía ayuda. «Debo decir francamente que no me ha agradado el tono en el que te refieres a lo sucedido […] Sin duda, no hay razón para que uno se mate o se meta en un monasterio cartujo por una tontería cometida […] pero tampoco estaría de más mostrar un poco más de contrición». Sin embargo, «por primera y última vez», «solo por esta vez», Tadeusz le envió el dinero. [145]

Según se acercaba a cumplir veinte años, a Konrad se le iba haciendo cada vez más urgente (y cada vez más difícil) desaparecer para los rusos. Según la legislación francesa, al ser ciudadano extranjero debía obtener un permiso de su cónsul para poder embarcarse en un barco francés, pero aquel no iba a concedérselo jamás porque Konrad estaba en edad de reclutamiento militar. Hasta ese momento había podido ir convenciendo al inspector del puerto

de Marsella para que pasara por alto el asunto, y había hecho tres viajes de ida y vuelta a las Indias Occidentales. Pero en el verano de 1877, cuando Rusia acababa de entrar en guerra con Turquía, Konrad apareció un día en el puerto para embarcarse y los inspectores lo

examinaron con más detalle. Comprobaron que no tenía los documentos adecuados y se negaron a dejarlo salir. Si quería volver a navegar, tendría que encontrar un barco que no fuera francés o bien dejar de ser ruso y naturalizarse en otro lugar.

Tadeusz sopesó todas las opciones. Había muchos lugares a los que Konrad podía trasladarse: Suiza, Estados Unidos, Latinoamérica.

Una vez había hablado de que había conocido al cónsul japonés en Marsella, así que quién sabe: «¿Quizá acabes convirtiéndote en almirante en Japón? En realidad, una vez que te has embarcado en una carrera cosmopolita como es la tuya en la marina mercante, dónde estés no tiene importancia». [146] Lo único que Tadeusz le desaconsejaba era la idea que tenía el propio Konrad: marcharse a Gran Bretaña y buscar trabajo en la mayor flota mercante del mundo. ¿Era realmente práctico aquello? «Mi primera pregunta sería: ¿hablas inglés?». [147]

Desesperado por la falta de barcos, Konrad se fue hundiendo aún más en deudas. Un encuentro fortuito con el capitán de su primer barco, el Mont-Blanc, pareció ofrecerle una salida. Tengo en marcha un buen negocio llevando contrabando a España, le contó el capitán a Konrad. Invierte conmigo, le dijo, y te devolveré unas buenas ganancias. Le dio mil francos y el capitán volvió con mil cuatrocientos, así que Konrad le entregó el resto de su dinero. El capitán volvió sin nada. El joven estaba totalmente arruinado.

Incapaz de enfrentarse a su tío Tadeusz, pidió un préstamo a uno de

sus amigos, un alemán llamado Richard Fecht. Se fue con el dinero a los casinos de Montecarlo, con la esperanza de recuperar su fortuna en las mesas de juego, pero acabó perdiéndolo todo. Hundido, regresó a Marsella e invitó a Fecht a tomar el té para comunicarle la

noticia.[148]

A finales de febrero de 1878, Tadeusz se encontraba en una feria comercial de Kiev cuando recibió un preocupante telegrama desde Francia: «Conrad blesé envoyez argent-arrivez» («Conrad herido envíe dinero. Venga»). [149] Tadeusz embaló sus cosas y salió a toda prisa para Marsella, donde encontró a su sobrino recuperándose de una herida de bala en el pecho.

Antes de que Fecht llegara a su cita del té, Konrad había sacado una pistola, se apuntó al pecho y apretó el gatillo.

Para inmenso alivio de Tadeusz, su sobrino no había acertado a dispararse en el corazón (¿a propósito?) y se estaba recuperando satisfactoriamente. Como asunto de honor, acordaron contarle al resto de la gente que había sido herido en un duelo. [150] Tadeusz, no obstante, le conocía lo suficiente como para intuir que el problema tenía unas raíces más profundas. Tadeusz permaneció dos semanas en Marsella para «estudiar al individuo» y volver a encarrilar a Konrad en la senda correcta. Veía en él demasiado de los Korzeniowski: romántico, irresponsable, «sensible en extremo, engreído, reservado y, para suma, excitable». Pero, con todo, «no era mal chico». A diferencia de gran parte de los marinos, no bebía mucho y, en general, no jugaba; tampoco mostraba signos evidentes de ser veleidoso con las mujeres. Era «capaz y elocuente», bien educado, «guapo» y «afortunado con la gente». Aunque «nosotros los polacos, especialmente cuando somos jóvenes, mostramos un

gusto natural por los franceses y por la República», Tadeusz se alegraba también de ver que Konrad era «un imperialista», un partidario del antiguo régimen de Napoleón III.

La alternativa evidente, a juicio de Tadeusz, era que Konrad abandonara el mar y volviera a Cracovia. El joven se negó,

«sosteniendo que ama su profesión, no desea cambiarla ni lo hará».

Juntos, tío y sobrino, «decidieron que debería enrolarse a la Marina mercante inglesa, donde no existen tantas formalidades como en Francia».[151]

Sus heridas apenas habían cicatrizado cuando Konrad se embarcó en un vapor de bandera británica llamado Mavis. La coincidencia no fue la mejor: a Konrad no le agradaba el capitán y a la tripulación no le gustaba Konrad. Cuando el Mavis hizo puerto en la costa de Norfolk, Konrad decidió despedirse. Hubo una pelea con el capitán; Konrad dejó el barco y perdió parte del depósito que había hecho para embarcarse, y huyó a toda velocidad hacia Londres.[152]

Nunca escribiría la verdad de lo que ocurrió en Marsella.

3

Entre extraños

Corría la primera semana del otoño de 1878 y la ciudad más grande del mundo giraba sobre su eje global: producción, consumo, actividades financieras, innovación, pecado, comercio, quienes

prosperaban y quienes trampeaban. Con cuatro millones y medio de habitantes, y en rápido crecimiento, Londres era una urbe que se estaba asentando con solidez en su propia grandeza. Las cuadrillas de construcción derribaban las barriadas miserables, los patios mugrientos y las raquíticas viviendas de las que estaban pobladas las novelas de Charles Dickens para abrir nuevas arterias: Shaftesbury Avenue, Charing Cross Road, Piccadilly Circus… En la orilla del Támesis —en época de Dickens un terraplén fangoso poblado por chatarreros y marginados de la sociedad—, los ingenieros colocaban la Aguja de Cleopatra en el majestuoso Victoria Embankment. [153] Río abajo, los promotores de la zona portuaria canalizaban el agua en una cuadrícula de cuencas y muelles. Al norte y al sur, un mosaico de casitas adosadas ornamentaba las zonas suburbanas como los castillos del hombre común. Los trenes subterráneos l evaban a los viajeros dentro y fuera del corazón de la ciudad por toda una red de túneles excavados en la tierra.

Londres, una araña en la red mundial de las «alguna parte», atrapaba la atención del mundo en líneas de noticias. De allí zarpaban los vapores hacia Calcuta, Adelaida, Buenos Aires y

SEA.—WANTED, respectable YOUTHS, for voyage or term, in two splendid ships for Australia, and others for India, &c.—W. Sutherland, 11, Fenchurch-buildings, Fenchurch-street, near rail. Established 1851.

Yokohama. En las naves que atracaban llegaban noticias de huracanes en las Indias Occidentales, disturbios en el sur del Perú, una plaga de langostas en El Salvador. Los estibadores llenaban los almacenes de algodón americano, lana australiana y cacao caribeño.

En los mercados financieros, subían y bajaban los precios de las acciones turcas, brasileñas y suecas, de las participaciones de minas latinoamericanas, el té indio y los ferrocarriles norteamericanos. En el Ayuntamiento de Woolwich se desarrollaba una investigación acerca del desastroso naufragio en el Támesis de un ferry abarrotado de pasajeros. En el Crystal Palace, los jueces entregaban sus galardones en la Feria de la Fruta y la Exposición Internacional de la Patata. En Newington, siete mil personas escuchaban a un prohibicionista estadounidense perorar sobre los peligros de la bebida. En el West End, el teatro se abarrotaba de público para disfrutar de la nueva opereta de W. S. Gilbert y Arthur Sullivan, H. M.

S. Pinafore.

En la estación de Liverpool Street, un joven se apeó de un tren

procedente de Norfolk. Había estado leyendo el Times y practicando su inglés de principiante con aquellas páginas repletas de anuncios.

Tutores e institutrices buscaban estudiantes, cocineras y criadas buscaban buenos hogares, «la Alta Dama de Negro» buscaba «al caballero que tanta amabilidad le mostró a bordo del Lyon». Un elemento, encajado entre seis columnas, parecía buscarlo a él: Anuncio aparecido en el Times, 25 de septiembre de 1878. MAR. — SE BUSCAN.

Jóvenes respetables para travesía o temporada en dos espléndidos barcos para Australia y otros para India. — W. Sutherland, 11. Edificios Fenchurch, Fenchurch Street, cerca del tren. Fundado en 1851.

Konrad Korzeniowski quería el trabajo y había ido hasta Londres para buscarlo. Con el anuncio metido en el bolsillo, consultó un mapa, calculó sus coordenadas y se perdió entre la multitud.[154]

«¡Accedí a que te embarcaras en un barco inglés, pero no a que te quedaras en Inglaterra ni a que viajaras a Londres y te gastaras allí mi dinero! —tronó Tadeusz, el tío de Konrad, desde la otra punta del continente cuando supo dónde había acabado llevando la marea a su descarriado sobrino—. Viajas a Londres Dios sabe por qué, siendo plenamente consciente de que no podrás arreglártelas solo, sin tener nada y sin conocer a nadie». [155] Aunque no lo dijera, Konrad podría intuir por qué había ido allí. Londres era el mejor lugar del mundo para desaparecer. Lo que les había ocurrido a sus padres y a él en el Imperio ruso jamás podría sucederle allí.

Londres ofrecía respuestas sin hacer preguntas. No había restricciones con respecto a quiénes podían entrar en el país: no se exigían pasaportes ni visados, ni había que demostrar que se contaba con medios de sustento. A nadie se le podía obligar a servir en el ejército. Nadie podía acabar preso simplemente por pronunciarse o escribir algo en contra del sistema. No se extraditaba a nadie por motivos políticos. La libertad hacía de Londres el colector de Europa, recogía a todos los refugiados que se veían arrastrados hasta allí por las diversas oleadas de cambios políticos: los polacos de la insurrección de 1830-1831, alemanes y húngaros en 1848, los italianos que habían luchado junto a Garibaldi en las décadas de 1850 y 1860, radicales franceses de la Comuna de París en 1871, e

incluso el exemperador de Francia, Napoleón III. Los británicos sentían un orgullo patriótico por el papel del país como «asilo de las

naciones», un faro de libertad. Tan solo Suiza era igual de permisiva, pero esta no rebosaba de todas las posibilidades que ofrecía la ciudad más grande del mundo. [156]

Al salir de la estación de tren, Konrad se incorporó a la población de más de cincuenta mil europeos del continente que vivían en Londres, una cifra mayor que la de la población de Cracovia entera.

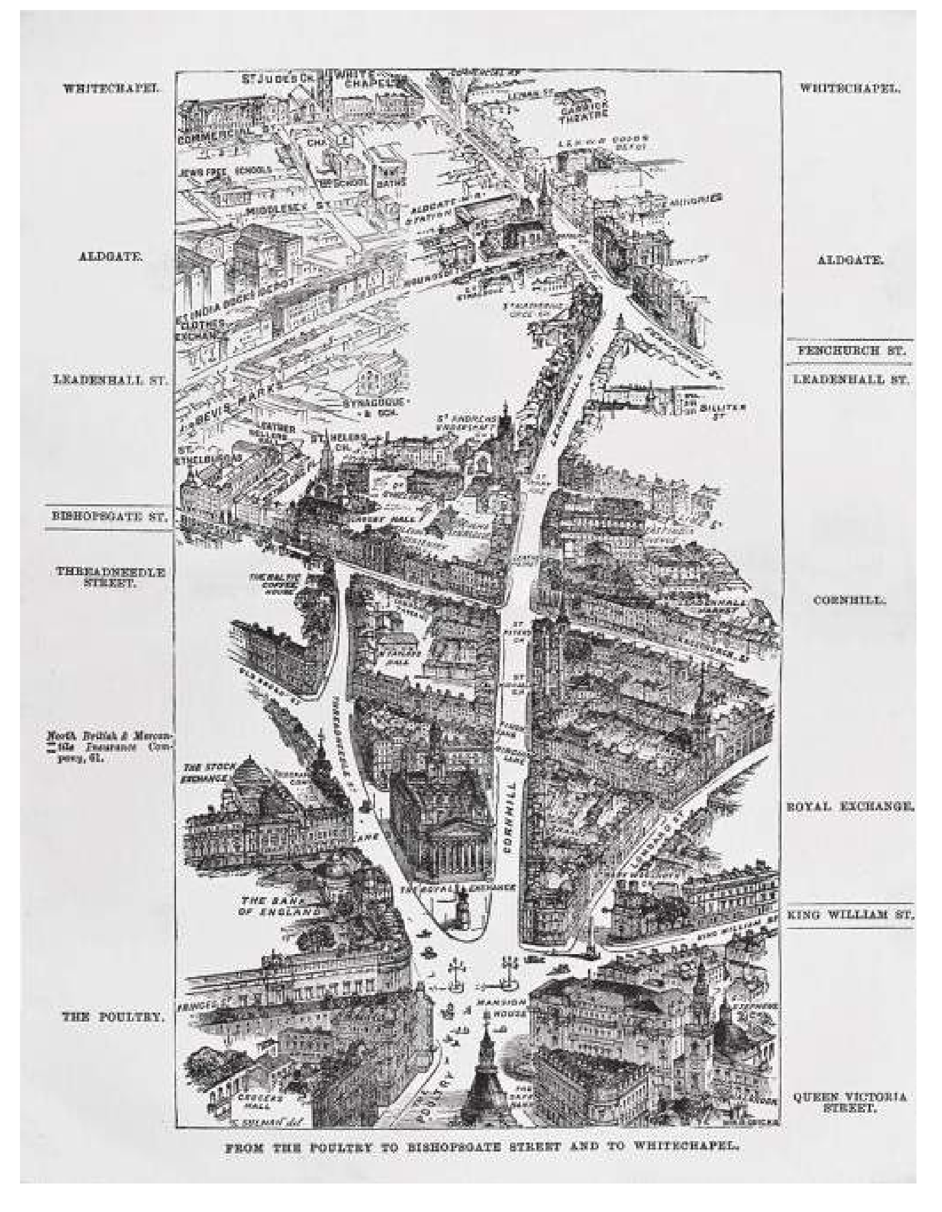
Desde Liverpool Street, caminando en dirección al este, se encontraría con algunos de los otros siete mil «rusos y polacos rusos» de la ciudad, aunque la mayoría de ellos eran judíos que habían huido de la persecución zarista. Hacia el oeste entraría en

«Little Italy», en Clerkenwell, un laberinto de callejones de ladrillo gris donde hombres y mujeres abastecían sus carritos de helado y desempolvaban sus organillos. El italiano iba dando paso al francés a medida que se continuaba caminando hacia Holborn, un verdadero

«Little Paris» en el corazón de lo que las guías turísticas llamaban

«Dickensland». [157] Desde allí solo había un paseo corto hasta el Soho, la capital del Londres extranjero, es decir, la capital del Londres alemán. En la ciudad vivían más de veinte mil germanos, aproximadamente una cuarta parte de ellos empleados de tienda; otros, camareros, panaderos, carniceros, profesores, algún que otro príncipe de la realeza y un grupo de revolucionarios exiliados, como aquel hombre barbudo que cualquier día podías encontrarte garabateando sus notas en una mesa de la British Library, Karl Marx.

[158]



Vista cenital de la City de Londres en 1880.

En una avenida lindante con el Soho atestada de carruajes y carretas, Konrad pudo subirse a un traqueteante ómnibus verde, instalarse en su piso superior, donde los pasajeros se acomodaban

en un largo banco central y prepararse para un largo viaje hacia el

norte.[159] En Londres, el sol, más que brillar tendía una pálida veladura detrás de un frente ennegrecido por el hollín. Desde el piso superior del vehículo Konrad contemplaría el desfile de fachadas

ornamentadas y observaría a los vendedores ambulantes con sus carretillas por las calles, a los revisores del ómnibus con sus bombines y a las mujeres con sus faldas de polisón perseguidas por salpicaduras de barro. Más allá del Regent's Canal, la ciudad se extendía en manchas de tejados ondulados adornados de chimeneas. Los parques y zonas verdes respiraban libres, sin verjas de hierro que los cercaran. El ómnibus terminaba en Stoke Newington. Konrad tendría que doblar la esquina en la calle principal y caminar por Dynevor Road, una larga hilera de ventanas con alféizares color crema titilando en las fachadas de ladrillo. En el número 6 abriría una pequeña puerta, subiría hasta un pequeño pórtico, abriría otra estrecha puertecita verde y desaparecería dentro. Esa fue la primera dirección que pudo considerar de forma permanente como su «hogar».

Más de treinta años después, cuando rememorara su llegada a Londres, Joseph Conrad la describiría como si se hubiera adentrado en una novela de Charles Dickens. Todo lo que sabía sobre la capital inglesa lo había aprendido de Dickens. De niño, había devorado sus obras traducidas al polaco, impresionado por «qué bien parloteaba, y de qué forma tan inconexa, la señora Nickleby en polaco, qué bien se expresaba el colérico y siniestro Ralph en esa misma lengua».

[160] Conrad sale de la estación de Liverpool Street y se encuentra a

su agente de transporte en «un escondrijo dickensiano», sentado en una oficina «dickensiana», comiéndose una chuleta de cordero comprada «en algún dickensiano restaurante de la zona». [161]

En realidad, el Londres de Dickens ya estaba desapareciendo (demolido para hacer espacio a calles más grandes y viviendas mejores) cuando, en 1878, llegó Konrad Korzeniowski, pero eso daba igual. Al contar su historia a través de Dickens, Conrad convertía el relato de su llegada en una historia de devenir.

Alumbraba la trayectoria que iba de Konrad Korzeniowski, hijo de un escritor polaco, a Joseph Conrad, novelista inglés aclamado por la crítica. Y también mantenía convenientemente en la sombra algunos episodios de su vida temprana: las enfermedades y ansiedades de su inestable adolescencia, el intento de suicidio en Marsella.

En las raras ocasiones en las que Conrad escribió sobre sus primeras épocas, eran estos primeros años en Londres los que con mayor frecuencia rememoraba. Durante su infancia en el Imperio ruso, su familia le había hecho ser perpetuamente consciente de las diferencias que había entre él (polaco, católico, szlachcic) y los rusos, los judíos y

el campesinado ucraniano de su entorno. Su identidad estaba afilada por la espada de la diferencia. En Londres, como joven extranjero, la diferencia se convertía en un punto de entrada. «En una tierra libre y hospitalaria, incluso los más perseguidos de nuestra raza pueden hallar aquí una relativa paz y una cierta felicidad —escribió, en inglés, a un conocido polaco de Cardiff en 1885—. Al hablar, escribir o pensar en inglés la palabra

“hogar” siempre ha significado para mí las costas hospitalarias de Gran Bretaña».[162] En 1886 solicitó (y obtuvo) la naturalización

británica.[163] Nunca más volvió a vivir a más de una o dos horas de Londres.

También en la capital inglesa, como escritor maduro, Conrad veía

«lugar suficiente» en esta «enorme ciudad [...] una monstruosa ciudad, más populosa que algunos continentes [...] para desarrollar cualquier historia, profundidad suficiente para cualquier pasión, suficiente variedad para un marco ambiental, oscuridad suficiente para sepultar cinco millones de vidas».[164] Sin embargo, no situó íntegramente en Londres (o en Inglaterra) más que una novela y, cuando lo hizo, la historia que eligió contar era una historia sobre extranjeros. El resultado fue un libro, ambientado en el Londres de 1886 y publicado en 1907, que desvelaba más cosas acerca de su vida previa a su llegada a esta ciudad de lo que jamás había hecho explícitamente. La llamó El agente secreto.

La novela empezaba con un hombre que sale de una tienda del Soho, temprano en una mañana de primavera, bajo el ojo de «brillos sangrientos» del «peculiar sol londinense». Desde lejos, la tienda aparentaba vender artículos de papelería, y el hombre, regordete y elegante con una levita herrumbrosa, parecía la encarnación misma de la respetabilidad burguesa. Reparó en la excentricidad de la numeración de las calles de Londres, donde el número 9 está al lado del número 1, el número 37, al lado del número 9. Uno advertía esos

«misterios topográficos» cuando era extranjero, pero Adolf Verloc se enorgullecía de ser «lo suficientemente cosmopolita para no dejarse

engañar».[165] Esa era la primera pista de que nada en el mundo de El agente secreto iba a ser exactamente lo que parecía. Lo que conoces depende de cuánto profundices.

Verloc se calificaba a sí mismo como un «súbdito británico nato»,

pero era de ascendencia europea (francesa) y durante periodos indeterminados de su vida había vivido en lugares indeterminados de Francia. Parecía un padre de familia «ancho, bondadoso», pero su vida doméstica se sustentaba sobre compromisos tácitos. La joven esposa de Verloc, Winnie, de «ojos cargados», profesaba su amor a Verloc, pero solo porque este podía proveerla de un hogar estable para su madre enferma de gota y su hermano Stevie. El hermoso y dulce Stevie parecía «delicado y hasta buen mozo en su fragilidad», pero «el labio inferior le colgaba» indicando algún tipo de discapacidad intelectual. El negocio de los Verloc daba la apariencia de ser una papelería, pero tras una inspección más detenida del escaparate podrías darte cuenta de que era una tienda de pornografía, repleta de «fotografías de bailarinas más o menos desvestidas» y libros lascivos. Los hombres se levantaban los cuellos de sus sobretodos antes de entrar con prisas al local. [166]

Por la noche, era frecuente que hombres que parecían clientes de pornografía entraran y se dirigieran directamente al mostrador, levantaran la tapa plegadiza que había en el extremo y pasaran a la trastienda. Se apiñaban en torno a la chimenea de Verloc, se bajaban los cuellos y se ponían a hablar de revolución. Todos ellos, al igual que Verloc, venían del extranjero. El príncipe filósofo del grupo, Michaelis, había pasado quince años en la cárcel, de donde salió obeso de comida del Gobierno para convertirse en el favorito de las anfitrionas de la sociedad londinense, en cuyos salones predicaba una imagen «optimista» de la caída del capitalismo: «El futuro es tan seguro como el pasado: esclavitud, feudalismo, individualismo, colectivismo». En ocasiones, el estudiante de medicina Alexander Ossipon actuaba como propagandista,

seduciendo a los lectores con sus panfletos revolucionarios y a las mujeres con la mirada lánguida de sus ojos almendrados, su cabello dorado y sus rasgos «de tipo negroide». Luego estaba el calvo y flaco Karl Yundt, un autodenominado «terrorista» y «veterano de la guerra dinamitera», que defendía las matanzas en masa a través de sus encías desdentadas. Un cuarto, un «hombrecito sucio» conocido como el Profesor, completaba el aquelarre. La filosofía no contaba para él en absoluto. «El terrorista y el policía, ambos provienen de la misma bolsa. Revolución, legalidad: los opuestos se mueven dentro del mismo juego; formas de inutilidad que en el fondo es la misma».

Lo que le interesaba eran los mecanismos de la revolución. «Estoy tratando de inventar un detonador que se ajuste por sí mismo a todas las condiciones de acción [...] Un detonador realmente inteligente». Debajo del abrigo, llevaba explosivos que podía hacer estallar

apretando una perilla de goma. [167]

En cuanto a Adolf Verloc, el público lo conocía como un tendero.

Todos estos «amigos políticos» europeos lo conocían como un anarquista. En Chesham Square —por donde caminaba «con sistemática persistencia» aquella mañana de primavera—, llamó a la puerta de una embajada extranjera y lo hicieron pasar, lo conocían, simplemente, como Δ. La embajada pertenecía a Rusia (no haría falta ni decirlo), y Verloc llevaba once años en nómina como informante. [168]

El nuevo primer secretario de la embajada, Vladimir, lo había convocado para una misión. Vladimir expresó su pesar por la forma en la que Gran Bretaña, con su «absurda […] consideración sentimental por las libertades individuales», daba refugio a todo tipo de

alborotadores

continentales:

anarquistas,

socialistas,

revolucionarios. Deseaba que los británicos tomaran medidas enérgicas y quería que Verloc lo ayudara a conseguirlo. Hay que provocar «un lindo susto», le ordenó. «El ataque deberá tener el sinsentido de una blasfemia gratuita», reflexionó. «Una bomba en la National Gallery podría hacer algún ruido», pero se le ocurrió que una mejor opción sería atentar contra algún icono de la ciencia y la industria, que «ellos creen […] está en la raíz misma de su prosperidad material». «Ataque el primer meridiano» en Greenwich, decidió Vladimir, el lugar a partir del cual se fijaban la longitud y los husos horarios del mundo. «Todo el mundo civilizado sabe de la existencia de Greenwich —sentenció, decidiendo felizmente su elección—. Nada mejor y nada más fácil, me parece».[169]

La explosión sucede fuera de escena, en el salto entre un capítulo y otro. Ossipon y el Profesor están tomando unas cervezas en un pub del Soho cuando el primero se hace eco de la noticia: «Volaron a un hombre en Greenwich Park esta mañana». Se saca un diario del bolsillo. «Enorme agujero en la tierra, bajo un árbol […] Alrededor, trozos del cuerpo de un hombre que voló en pedazos. […] Sin duda, un inicuo intento de volar el Observatorio, dicen».[170]

«Hummm… —murmura Ossipon—. Es dif ícil de creer». ¿Quién podría ser el responsable?

«Se lo voy a describir en una sola palabra —le responde el Profesor—. Verloc». No hacía mucho, el Profesor le había entregado algunos explosivos. Por lo que parecía, se habían detonado por accidente antes de que Verloc llegara a alcanzar su objetivo. El Profesor maldijo el fallo de su detonador. Salió furtivamente del café rumiando cómo hacer una bomba mejor. Al girar por un callejón, vio a una figura que caminaba hacia él. Reconoció al instante los

andares del hombre y sus bigotes sedosos. Era el inspector jefe Heat, de Scotland Yard.

Heat llevaba años siguiendo la pista de aquellos revolucionarios y podía decir «qué hace cada uno de ellos hora por hora». Cuando aquella mañana recibió la noticia sobre Greenwich, le aseguró confiadamente a su jefe que «ninguno del grupo que conocemos tuvo que ver con esto». [171] Pero cuando fue al escenario de los hechos a investigar, las pruebas apuntaban indiscutiblemente al círculo de Verloc. Los testigos decían haber visto a dos hombres que llegaban desde la dirección en que se encontraba la casa de Michaelis, y del cuerpo que yacía en la mesa del médico forense —y cuyos pedazos habían tenido que recoger con una pala—, Heat recogió algunas pistas de lo que una vez había sido un hombre: unos cabellos rubios, un zapato en un pie amputado, una etiqueta de tela de algodón con una dirección escrita y arrancada del cuello de un abrigo. Decía 32 Brett Street. La tienda de Verloc.

Heat quería arrestar a Michaelis, el cabecilla ideológico del grupo, pero su superior en Scotland Yard le dio una contraorden. El subcomisario se había formado en el trabajo policial en el Asia tropical, rastreando y desarticulando bandas criminales. Con este caso, tenía la oportunidad de hacer lo mismo en Londres. Había llegado el momento de expulsar a «estas personas a sueldo de gobiernos extranjeros». [172] Obviamente, era a Verloc a quien debía arrestar. El subcomisario emprendió él mismo la investigación y se dirigió al Soho.

Sabía que para adentrarse en el corazón de Londres lo mejor era disfrazarse de extraño. Se vistió con ropa humilde, ajustó su comportamiento y se deslizó por las calles como si fuera «uno más

de los sospechosos extraños que se ven de noche, merodeando por los rincones oscuros» del barrio. Tomó una cena rápida en «un pequeño

restaurante italiano», donde «la gente estaba tan desnacionalizada como los platos que les servían». Al contemplarse en el reflejo de la ventana «lo impactó su extraña apariencia», se retorció las puntas del bigote, se subió el cuello y se dirigió a la tienda de los Verloc.[173]

En Brett Street, la familia Verloc había estado pasando por un proceso de adaptación a un cambio. La madre de Winnie había decidido trasladarse a un asilo para viudas, con lo que dejaba a Winnie completamente al cuidado de Stevie. Este se deprimió en ausencia de su madre. Winnie instó a Verloc a sacarlo y animarlo.

«Tú podrías hacer algo con ese muchacho, Adolf. [...] Atravesaría las llamas por ti». Decidieron enviar a Stevie a quedarse un tiempo con Michaelis en los suburbios, contando con que el cambio de escenario le haría bien. «Podrían ser padre e hijo», pensó Winnie, cuando Verloc y Stevie se alejaban.[174]

Verloc volvió a casa después de visitar a Stevie bajo una lluvia sucia, con el ala del sombrero goteando, los ojos y la nariz congestionados y los dientes castañeteando. Mal tiempo, mal humor.

Farfullando, habló a Winnie. Debían retirar del banco todo su dinero.

Marcharse a otro país. Francia, California. Winnie preparó su té y lo convenció. «Me gustaría saber quién te obliga. No eres un esclavo.

Nadie necesita ser un esclavo en este país, y tú no hagas uno de ti mismo». De manera inusual y afectuosa, ella lo besó en la frente.

«Si no hubiera confiado en ti, no me habría casado contigo».

Sonó la campanilla. Verloc fue a atender. Regresó al salón con una expresión «aturdida y hostigada» y le dijo a Winnie que tenía que

salir. Ella no reconoció a quien llamaba, pero su bigote puntiagudo y su cuello levantado lo hacían parecerse a todos los demás amigos políticos de su marido. «Mi marido lo acompañará», le aseguró, y los hombres salieron a la noche sucia.

Volvió a sonar la campanilla. Winnie fue a atender. A aquel visitante de bigotes caídos sí lo reconoció. Era el policía que rondaba siempre por la esquina.

«¿Está su marido, Mrs. Verloc?».

«No. Ha salido».

¿Sabe dónde ha ido? Sin respuesta.

¿Sabe quién soy? Sin respuesta.

¿Reconoce esto? Sacó la etiqueta de tela con la dirección que había tomado del cadáver de Greenwich. Por supuesto que sí. Ella misma la había escrito y cosido en el abrigo de Stevie. ¿Qué estaba haciendo eso allí?

Mientras ella intentaba entender aquella pista, Verloc regresó. El inspector Heat lo siguió al salón. Winnie escuchó su conversación por el ojo de la cerradura.

«Voló en pedacitos: piernas, brazos, grava, ropa, muslos, astillas…

todo mezclado. Tuvieron que usar una pala para juntarlo».[175] De pronto, Winnie sintió que los fragmentos se juntaban. El muerto era Stevie. Stevie llevaba una bomba. Stevie tropezó con un árbol.

Stevie, «el pobre Stevie», a quien prácticamente había criado ella misma, inocente, tierno, sencillo, volado en pedacitos, lo único que quedaba que pudiera identificarlo era un pedacito de tela.

Verloc insistió en que si lo llevaban ante un juez diría la verdad: que la embajada lo empujó a hacerlo como agente provocador, que la bomba estalló por accidente. Heat no deseaba nada parecido:

«Esto dejaría incólume a Michaelis; en cambio sacaría a la luz la industria casera del Profesor; desorganizaría todo el sistema de supervisión» y «no se podría poner fin a la discusión en los diarios».

Una vez más, a Heat se le adelantó su jefe. Para el subcomisario, la belleza de la explosión de Greenwich era que «nos da un excelente punto de partida para un trabajo que me ha parecido muy necesario encarar… me refiero a limpiar este país de todos los espías extranjeros, policías y ese tipo de… de… perros». Arrestar a los agentes provocadores, argumentó, y hacer la vida tan imposible a los diplomáticos extranjeros que los tenían a sueldo que no volverían siquiera a contemplar ese tipo de acciones.[176]

El subcomisario veía a los Verloc como un daño colateral. «Es evidente que él no había pensado en la muerte de ese chico infeliz, su cuñado», informó a un ministro del Gobierno. Verloc tenía «Una genuina mujer y una relación marital genuina y respetable […]

Desde cierto punto de vista aquí tenemos nada más que un drama

doméstico». [177]

Verloc «quedó moralmente hecho pedazos». «No creí que le pasara nada malo al muchacho —le dijo a Winnie—. Comprende, nunca creía que habría de pasarle algo malo a ese muchacho». La embajada lo había obligado a dar aquel paso después de haberles sacrificado once años de su vida, de haber actuado como agente doble a riesgo «de que me claven un cuchillo en cualquier momento, en estos siete años que hemos estado casados». [178]

Los pensamientos de Winnie se arremolinaban. «Este hombre se llevó al chico para asesinarlo. Se llevó al niño de su casa para asesinarlo. ¡Me quitó al niño para asesinarlo!». «Este hombre, con el que ella había vivido […] el hombre para el que había crecido

adaptándose en cuerpo y alma; el hombre en quien había confiado

¡se llevó al muchacho para matarlo!». Verloc «se arrojó sobre el sofá con pesadez», resoplando y agotado. Oyó acercarse a Winnie y vio su sombra alargarse en la pared. En el techo vio elevarse la sombra de su brazo. Empuñaba el cuchillo de trinchar. Antes de que pudiera moverse, el cuchillo ya estaba profundamente hundido en su pecho.

[179]

«Se había convertido en una mujer libre, con un grado perfecto de libertad, que no le dejaba desear nada, ni hacer nada en absoluto».

[180]

La sangre de Verloc serpenteó por el suelo. Lo único en lo que Winnie podía pensar en ese momento era en que iban a atraparla y colgarla en la horca. Salió a la calle trastabillando, asustada, confundida, desesperada, completamente «sola en Londres».[181]

Caminando con la cabeza gacha se chocó con Alexander Ossipon.

Ossipon había pasado las últimas dos horas en un pub de las cercanías, pensando cómo esquivar a la policía. Aquella situación —

una mujer en apuros— la manejó por instinto. «Estoy loco por usted más allá de las palabras desde que puse los ojos en su cara», le espetó, abrazándola. Sin embargo, en las dispersas confesiones de Mrs. Verloc, él reconstruyó una historia que ni siquiera había sospechado. De matrona en apuros, Winnie se transformó en su mente en una loca, una asesina, una «degenerada» como su maldito hermano. Ossipon le

prometió llevarla a un lugar seguro en París.

Esa misma noche la llevó al barco-tren. Pero cuando el convoy salió de la estación, Ossipon saltó del vagón y abandonó a Winnie. Todo el dinero que ella tenía (todo el sueldo de Verloc en la embajada) se lo había guardado él en una cartera dentro de su abrigo.[182]

La novela termina en el pub del Soho donde Ossipon y el Profesor se encuentran de nuevo entre cervezas. Desde el episodio de Greenwich, Ossipon había estado abatido (ni siquiera era capaz de encontrar energía suficiente para coquetear), por lo que el Profesor lo alegró con un brindis: «Por la destrucción de lo que existe». Su interlocutor, nervioso, manoseó un periódico muy arrugado que llevaba en el bolsillo. Fechado diez días antes, hablaba del «Suicidio de una pasajera de un vapor que cruzaba el Canal. Un impenetrable misterio parece destinado a ocultar para siempre este acto de locura o desesperación». Uno de los marineros había encontrado su alianza sobre el asiento de un banco. Era el anillo de Winnie. Las palabras

«locura o desesperación» resonaban en los oídos de Ossipon. Pero las últimas frases de El agente secreto siguen los pasos del Profesor.

Caminaba por los callejones del Soho, acariciando pensamientos de exterminio. Entre los millones de inocentes de la ciudad «avanzó insospechado y mortífero, como una peste, a través de las calles llenas de hombres».[183]

El agente secreto era el homenaje de Conrad a su amado Charles Dickens. Conrad utiliza sustantivos y epítetos para nombrar a sus personajes (Heat, el Profesor). Igual que Dickens, refleja la personalidad en el aspecto físico: un Michaelis cebado, un Karl Yundt consumido, un Verloc «con el andar de un corpulento cerdo gordo».

El Londres de Conrad, como el de Dickens, se traga la luz, se atraganta de fango, tose hollín y se ahoga en la niebla. Con pinceladas de magia dickensiana, es posible que un personaje que deambula por la bulliciosa metrópolis acabe topándose con la

mismísima persona que mueve la trama: el Profesor, «perdido en la muchedumbre», dobla la esquina de un callejón y se encuentra con el inspector Heat; Winnie se arrastra de la tienda hacia la calle «a ciegas, con un miedo terrible a caerse» para toparse directamente con Ossipon. De las novelas de Dickens, Casa desolada era la favorita de Conrad, la había leído «innumerables veces, tanto en polaco como en inglés», con «intenso e irracional aprecio», y aquí asomaba entre

líneas. [184] El inspector Bucket de Dickens, «un hombre robusto, de aspecto sólido, mirada aguda, vestido de negro», se roza el hombro con el inspector Heat de Conrad, un

«hombre fornido […] con un sobretodo oscuro» y una mirada que hacía «brillar los ojos en forma penetrante». Jo, el inocente y maltratado barrendero de Dickens, podría ser un primo del pobre infeliz de Stevie. Si Casa desolada incluye un episodio de combustión espontánea, El agente secreto tiene su explosión de dinamita.

Konrad Korzeniowski leyó a Dickens y Joseph Conrad lo reescribió.

[185]

A primera vista, El agente secreto parece ser un thriller policiaco.

Toda novela policiaca es una novela histórica: se emplean pistas del presente para descubrir cómo ocurrieron las cosas en el pasado.

Ambientada veinte años antes de cuando se escribió, El agente secreto también era explícitamente una novela histórica. Conrad basó la trama en un suceso real que había tenido lugar en Greenwich en 1894. Ese incidente, a su vez, se engarzaba en un linaje de intrigas políticas que conectaba de forma laxa el Imperio ruso que Conrad había dejado con el Londres victoriano que llegó a considerar su hogar.

La verdadera historia de El agente secreto empezaba en San

Petersburgo en 1881. El zar Alejandro II regresaba al Palacio de Invierno tras asistir al pase de revista militar semanal. A ambos lados del canal de Catalina, los peatones se apiñaban al paso del séquito real. Uno de los viandantes agarró un paquete que llevaba debajo del brazo y lo arrojó entre las patas de los caballos. Hubo un fogonazo, humo, gritos, relinchos, cosacos caídos en la nieve. El carruaje, blindado, estaba intacto; el zar, ileso, se apeó de él para ver lo que había pasado. Desde el otro lado de la calle, otro hombre tiró algo a los pies del zar. Cuando se levantó la nube de humo y nieve pudo verse el amasijo sangrante que quedaba de Alejandro II.

Las piernas reventadas, las tripas abiertas, la mano destrozada por fragmentos de su propio anillo de bodas. Murió pocas horas después. La bomba letal la había arrojado un szlachcic polaco apenas un año mayor que Konrad Korzeniowski. [186]

El zar que había castigado a los padres de Konrad estaba muerto.

Konrad escribió emocionado a su tío Tadeusz, expresándole sus esperanzas por una confederación paneslava. «Me complaces enormemente» con «tu interés en nuestras cuestiones nacionales», le respondió Tadeusz. «Cierto, ese es tu deber y yo contaba con que te mantuvieras fiel a él, pero hay mucha gente que, a pesar de vivir en su propio país, no le dedican ni un pensamiento».[187]

Los padres de Conrad eran nacionalistas y habían luchado para derrocar a un Estado concreto, el régimen imperial ruso, para liberar a la nación polaca. Los asesinos del zar, un grupo social revolucionario llamado Voluntad del Pueblo, pertenecían a una nueva generación de radicales que lo que deseaban era derrocar al Estado, en general. Surgieron de una unión de grupos radicales que pretendían reorganizar la sociedad en torno a «el pueblo». Karl Marx

propugnaba una visión, la propiedad estatal de los medios de producción, es decir, el comunismo. Su colega ruso Mikhail Bakunin

—modelo del orondo Michaelis de El agente secreto— ambicionaba más. Siempre que hubiera un Estado, decía Bakunin, habría

«dominación de una clase sobre otra y, como resultado, esclavitud».

Como «el Estado sin esclavitud es impensable», era necesario eliminar el Estado, es decir, era necesario el anarquismo.[188] Los fines radicales exigían medios radicales. «Debemos difundir nuestros principios, no con palabras sino con hechos», insistía Bakunin,

«porque esta es la forma de propaganda más popular, más potente y más irresistible». [189]

Unos meses después del asesinato del zar, anarquistas de toda Europa se congregaron en un pub próximo a la estación londinense de Euston para asistir al primer Congreso Anarquista Internacional, su respuesta a la Internacional Comunista, que también se había reunido por primera vez en Londres en 1864. [190] Excitados ante los acontecimientos en Rusia, el congreso adoptó formalmente la estrategia de «la propaganda de los hechos». «En unos pocos días», dijo el teórico político anarquista Peter Kropotkin, un solo asesinato o una sola bomba podrían «hacer más propaganda que miles de panfletos». [191]

Los hechos eran cartuchos de dinamita. Patentada en 1867, la dinamita brindó a la gente común medios de destrucción masiva. En Viena en 1848, en Varsovia en 1863 y en París en 1871, los revolucionarios habían sido abatidos por un número superior de

soldados que blandían armas también superiores. Ahora lo único que había que hacer era robar algunos cartuchos de dinamita en una mina o una fábrica, o fabricarlos personalmente en un laboratorio de

química, y solo con eso, uno mismo podía producir un gran impacto y sembrar la destrucción. Voluntad del Pueblo había elegido deliberadamente emplear la dinamita en lugar de pistolas en el asesinato del zar debido a su impacto dramático.[192] Kropotkin instaba a los anarquistas a estudiar química para aprender a fabricar bombas; el radical alemán Johann Most fue un paso más allá y escribió un manual de fabricación de bombas, La ciencia de la guerra revolucionaria.[193] En este tipo de explosiones, Most veía el amanecer de una nueva era: «Estaba en el poder de la dinamita destruir el régimen capitalista igual que al alcance de la pólvora y del rifle estuvo borrar el feudalismo de la faz de la tierra». [194]

La propaganda mediante la dinamita llegó a Inglaterra una brumosa tarde de invierno de 1881: hubo un atentado con bomba en el cuartel del ejército en Salford y un niño resultó muerto.[195]

Explosiones sucesivas destrozaron otro cuartel en Chester; después, una comisaría de policía en Liverpool, donde los agentes hallaron un alijo de «máquinas infernales fabricadas con mecanismo de relojería, dinamita y nitroglicerina».[196] Una vez que los terroristas empezaron a atentar en Londres, en 1883, pocas veces lo hicieron de forma aislada. En marzo de 1883, estallaron de forma coordinada dos bombas, una en la sede del periódico The Times y otra en un edificio de oficinas gubernamentales en Whitehall. En octubre, viajeros de un tren de la Línea Metropolitana salían estremecidos de la estación de Praed Street después de que una explosión destrozara los vagones y cubriera el túnel de vidrio hecho añicos. Diez minutos más tarde, los pasajeros que se encontraban esperando el metro en Charing Cross se vieron arrojados al andén por la fuerza de otra

explosión.[197] A finales de mayo de 1884, la policía descubrió

dieciséis bloques de dinamita en la base de la Columna de Nelson en Trafalgar Square. Esa misma noche, menos de treinta minutos después de que los detectives salieran de Scotland Yard, una bomba echó abajo toda una esquina del edificio.[198] Durante el invierno de 1884-1885, una serie de atentados culminaron un sábado de enero con la explosión simultánea de bombas en la Torre de Londres y en la cripta que se encuentra bajo Westminster Hall. Una tercera irrumpió en la Cámara de los Comunes (que estaba vacía), destrozó las bancadas de cuero y cubrió la sala con el relleno de crin de caballo de los asientos.

[199] «En este momento, un único caminante, con dinamita en el bolsillo, siembra en las ciudades de Inglaterra un terror mayor del que provocaría un ejército de cien mil hombres que desembarcaran en Dover», pregonaba el periódico The Anarchist. [200]

No obstante, ninguno de aquellos «Dynamite Outrages», como titulaba el Illustrated Police News, lo habían planeado los anarquistas. Todos eran obra de unos militantes nacionalistas irlandeses conocidos como fenianos, que operaban desde Estados

Unidos.[201] Matar civiles mientras se hallaban en el curso de sus rutinas diarias, atacar lugares simbólicos, coordinar los atentados para maximizar su impacto…, los fenianos escribieron el guion del terrorismo moderno. Como reacción, el Gobierno británico fue pionero en contraterrorismo. El Parlamento se apresuró a aprobar una Ley de Sustancias Explosivas, que hacía ilegal que cualquier persona poseyera explosivos con la intención de hacer daño, y la Policía Metropolitana creó la Special Branch, una división dedicada exclusivamente a investigar delitos políticos. [202]

Ya fuera debido a una estricta vigilancia policial, como alardeaban

los agentes de la ley, o a cambios en la política angloirlandesa, el terrorismo feniano cesó en 1885.[203] Pero en otras partes del mundo, los atentados anarquistas —o de autoría presuntamente anarquista— empezaron a multiplicarse. [204] En Haymarket, Chicago, en 1886 estalló una bomba en una manifestación de trabajadores. En Rusia hubo más intentos de asesinato; en Roma, bombas en una iglesia y en una plaza. En el Liceu de Barcelona, un anarquista se asomó por la barandilla de la balconada durante una representación del Guillermo Tell de Rossini y arrojó una bomba sobre el público.[205]

En París, un presunto asesino llamado Ravachol escapó de la custodia policial y colocó bombas en las puertas de varios magistrados. Cuando la policía volvió a atraparlo, sus seguidores volaron un restaurante, después las oficinas de una empresa y luego arrojaron una bomba en la Cámara de Diputados. Los franceses, aterrorizados, acuñaron el término ravacholisé: muerte por dinamita.

[206]

Cada uno de los incidentes provocaba más arrestos y expulsiones del país, y al refugio seguro que era Londres llegaban cada vez más refugiados europeos. La gran mayoría de ellos, judíos rusos, que en

general no tenían nada que ver con el anarquismo pero que sirvieron de chivo expiatorio tras el asesinato del zar y fueron víctimas de los pogromos. Pero un pequeño número de refugiados eran ciertamente revolucionarios. Un anarquista francés escribió una «Guía práctica para el exilio en Londres» destinada a servir a sus compañeros recién llegados, que incluía un rudimentario glosario de expresiones:

[207]

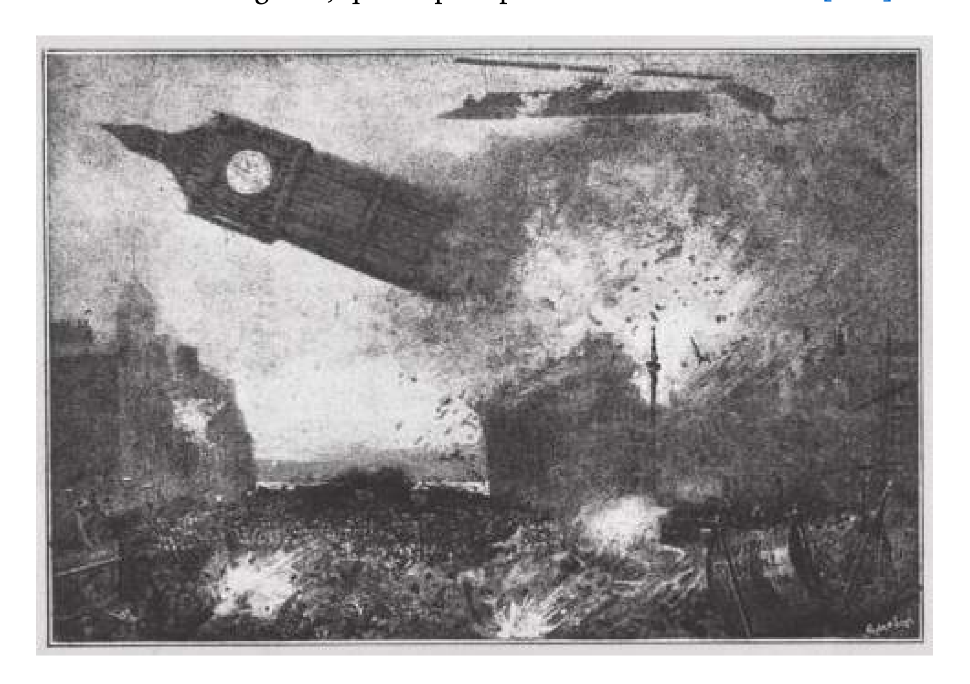
FRANCÉS	INGLÉS ESCRITO	INGLÉS HABLADO
Est-il vrai qu'en Angleterre, il y ait eu des hommes politiques honnêtes?	*Is it true that in England there have been some honest politicians?*	*Iz it trou date ine Ingelen'de der hêve bine some honest politichanese? . . .*
Ma jolie fille?	*My pretty girl?*	*Maille prêté guile? . . .*
Sacré étranger!	*Bloody foreigner!*	*Bladé forégneur! . . .*
Allons boire un verre.	*Let us have a drink.*	*Leteusse hêve é drin'ke.*

Los radicales recalaron en diversos escondites en Londres. En Berners Street, en el East End, había un club para anarquistas judíos que tenía ejemplares del periódico revolucionario yidis de Londres.

En el Autonomie Club del Soho, la «habitual madriguera anarquista», los recién llegados dormían en los sofás bajo fotografías de Ravachol y se arrasaban la garganta con ginebra inglesa barata.[208] En una casa próxima a Regent's Park, dos adolescentes inglesas les daban la bienvenida. Olivia y Helen Rossetti. Nietas de emigrados italianos (y sobrinas de la poeta Christina Rossetti y del poeta y pintor Dante Gabriel Rossetti), las hermanas se habían convertido al anarquismo a través de la lectura de un panfleto de Peter Kropotkin y fundaron, en su sótano, un periódico anarquista, The Torch.[209] La redacción subterránea de las Rossetti no tardó en convertirse en un centro para «extranjeros de todas las lenguas […] Rusos, italianos, franceses, españoles, holandeses, suecos que en poco tiempo habían prácticamente inundado el elemento inglés […] Los anarquistas auténticos que hay aquí son, en su mayoría, extranjeros».[210]

Los fenianos que sí ponían bombas de verdad hicieron crecer el temor de los británicos hacia los anarquistas, que más bien hablaban de

poner bombas. «Estamos cobijando a una serpiente en nuestro pecho cuando en este país albergamos los desechos anárquicos de todo el mundo», advertía The Pall Mall Gazette. [211] Que el propio Londres se convirtiera en un objetivo parecía solo una cuestión de tiempo. Los novelistas captaron el ambiente de pánico. En 1893, la novela Hartmann the Anarchist, or, the Doom of the Great City, de Edward Fawcett, hablaba de un revolucionario alemán que había inventado un avión para bombardear Londres y «perforar el ventrículo del corazón de la civilización […] que bombea la sangre del capital a todas partes, por las arterias de Rusia, de Australia, de la India, por los capilares de las compañías peleteras de América del Norte, las empresas plantadoras de Ecuador y los vapores comerciales que surcan los ríos africanos». «Si paralizamos este corazón —decía— paralizaremos el crédito y el mecanismo financiero casi universalmente». [212] El impactante frontispicio del libro mostraba la imagen de una explosión en la torre del Big Ben, que se precipitaba hacia el Támesis. [213]



Frontispicio de Hartmann the Anarchist, de Edward Fawcett (1893).

La paranoia se tendió en Londres como una niebla. Inspectores de policía y anarquistas jugaban al perro y al gato. «Todo anarquista aprende con el tiempo a distinguir a un policía a primera vista», afirmaban algunos, pero todos sabían que «las filas de la anarquía están literalmente plagadas de espías».[214] Los investigadores de la Special Branch, reclutados en principio para seguir el rastro de los fenianos, acabaron dedicándose a tiempo completo a la «Caza de

anarquistas». [215] «En esa época, se puso de moda considerar a casi cualquier delincuente como un anarquista», y también a casi cualquier extranjero que pareciera sospechoso. [216]

Ya había oscurecido cuando, a última hora de una tarde de febrero de 1894, el guarda del parque de Greenwich oyó un estruendo cerca del observatorio. Corrió colina arriba y vio una figura de rodillas. La forma resultó ser un hombre, un hombre joven, un joven delicado y

bien vestido de ojos claros y cabello rubio y sedoso, con el abdomen desgarrado y las entrañas saliéndosele del cuerpo. Por la hierba había salpicados trozos de trozos de su mano izquierda. «Lléveme a

casa», jadeó, y murió.[217]

El hombre llevaba una botella explosiva que había detonado accidentalmente. «¡Volado en pedazos! Víctima y anarquista (?)», voceaban los tabloides.[218] Fue identificado como Martial Bourdin, francés y miembro del Autonomie Club. Era evidente, dijo la policía, que iba de camino a poner una bomba en el Observatorio de Greenwich. El meridiano cero, el centro del mundo. Hubo quienes mostraron más escepticismo. Un autor de panfletos anarquistas sostenía que Bourdin había sido inducido a ir a Greenwich por su cuñado, que operaba como agente provocador. Nadie pudo aclarar nunca la verdad.

Revolucionarios, ideólogos, inspectores de policía, agentes dobles; un cuñado, una bomba, un accidente. El misterio de Greenwich señala con una flecha hacia El agente secreto. El mismo Conrad ofreció una explicación igualmente clara acerca de su elección del tema. La idea le llegó, cuenta en una nota del autor en el prefacio de la edición de 1920, «en la forma de unas pocas palabras pronunciadas por un amigo en una conversación informal sobre anarquistas». [219] El amigo era otro colega novelista, Ford Madox Ford, primo hermano de las jóvenes radicales Olivia y Helen Rossetti.

Conrad colocó su periódico, The Torch, en el escaparate de la tienda de los Verloc. [220] Y así, sin más, aquella historia entró en la ficción.

O al menos eso es lo que Conrad deseaba que pensaran sus lectores.

En el Londres de Conrad, las apariencias literarias engañaban. Podría acabar resultando, como en los best sellers de Marie Corelli y Hall Caine, que aquel amigo rico, afable y extraordinariamente apuesto fuera Satán de incógnito, o que tus visiones estuvieran inspiradas por los demonios y no por Dios.[221] Podía ocurrir que te pasearas por la

ciudad con el aspecto de un apuesto caballero que no envejece jamás, mientras perdido en un rincón de un ático tu retrato se va volviendo viejo, feo y arrugado (Oscar Wilde, El retrato de Dorian Gray). Podía ser que hubieras preparado un bebedizo que te permite convertirte en un alter ego malvado, y que después no pudieras recuperar la fórmula para volver a ser bueno (Robert Louis Stevenson, El Dr. Jekyll y Mr. Hyde). En la revista The Strand podías descubrir que ese disoluto fumador de opio o aquel caballero borracho era, en realidad, Sherlock Holmes, de incógnito trabajando en un caso. Pero si leías los periódicos, sabrías que Jack el Destripador merodeaba por el East End, anónimo y sin ser capturado, y que podía hacerse pasar por cualquiera.

Como novela histórica sobre el anarquismo, El agente secreto empezaba por el final. La botella de Bourdin fue el único artefacto explosivo que se sospechara de autoría anarquista que estalló en Gran Bretaña. Inmediatamente después del incidente de Greenwich, Helen y Olivia Rossetti pudieron comprobar que el «sentimiento público» se volvía «contra los anarquistas». [222] Cientos de manifestantes acosaron el cortejo fúnebre de Bourdin entre abucheos y cánticos de «¡Bombas no!» y «¡Volveos a vuestro país!».

Uno de los oradores del cortejo inició su panegírico con un «Amigos y anarquistas» y fue ahogado entre gritos de «¡Linchadlo!». [223] La policía hizo una redada en el Autonomie Club y lo cerró. Los agentes

de la Special Branch detuvieron a dos italianos acusados de conspiración por fabricar explosivos empleando el manual de fabricación de bombas de Johann Most. Muy pronto, antiguos defensores de la «propaganda por el hecho», como Peter Kropotkin, repudiaron una doctrina que parecía poco más que una excusa para que cualquier insatisfecho justificara la violencia. Las Rossetti cerraron The Torch y escribieron sobre sus aventuras en el anarquismo en una novela autobiográfica medianamente crítica titulada A Girl Among the Anarchists (Una chica entre los anarquistas).

Para el momento en que Conrad empezó a escribir El agente secreto, en 1906, el anarquismo en Inglaterra ya era un anacronismo. El Soho estaba transformándose de antiguo pozo de pobreza y peligrosidad a moderno núcleo bohemio de la vida nocturna. [224] Los novelistas sensacionalistas se aplicaban en la dramatización de otras amenazas más inminentes —como una guerra con Alemania— y G. K. Chesterton parodiaba el género del thriller anarquista en El hombre que era Jueves (1908), donde todos los miembros de un círculo revolucionario secreto acaban resultando ser policías encubiertos. Más que golpes, el

anarquismo daba entonces risa.

«No creas que me he dedicado a hacer sátira del mundo revolucionario. Todas esas personas no son revolucionarias: son una farsa», le dijo Conrad a un amigo cuando El agente secreto l egó a las librerías en 1907.[225] Le disgustó que sus editores estadounidenses promocionaran el libro como «Una historia de intriga diplomática y traición anarquista». «No deseo que se malinterprete la historia como si tuviera algún tipo de intención

social o polémica», protestó. [226] «Mi idea no era hacer una consideración política del anarquismo».[227] En todo caso, si algo le había impulsado a escribir sobre Bourdin era precisamente la total ausencia de sentido político. Sobre el episodio declaró que era «una inanidad sangrienta, en tal medida fatua que era imposible comprender su origen mediante ningún proceso de pensamiento racional o incluso irracional [...] Uno no dejaba de estar ante el hecho de que un hombre había volado en pedazos por nada que se pareciera lo más mínimo a una idea, anarquista ni de cualquier otro

tipo».[228]

«A mi juicio», dijo Conrad, la novela era «un texto de tratamiento irónico que funciona bastante bien (y es sincero) aplicado a un tema especial». [229] La ironía es al estilo literario lo que el misterio a la trama. Depende de un disimulo: una persona dice una cosa, pero realmente quiere decir otra.[230] La ironía depende de los secretos: los lectores saben cosas que los personajes desconocen.

Puede que toda novela policiaca sea una novela histórica, la cuestión es que la historia interna de El agente secreto no tenía mucho que ver con los anarquistas. Lo que por fuera parecía un libro sobre «un agente secreto» (Verloc) era en realidad, según afirmó el propio Conrad, «la historia de Winnie Verloc». Lo que daba la apariencia de ser un libro sobre una conspiración política era en realidad, tal como observa el inspector de policía de Conrad, «un drama doméstico», en el que lo que hace girar la trama son las relaciones familiares. Verloc acepta hacer de agente provocador para proteger a su familia; Stevie sigue a Verloc, su padre sustituto, hasta Greenwich porque su madre había dejado la casa; Winnie mata a su marido para vengar a su hermano. Lo que Conrad presentó como un

libro inspirado en «una conversación informal sobre anarquistas» era en realidad un libro escrito por alguien que no tenía necesidad de que ningún informante le contara cómo podía trastornar a toda una

familia la militancia revolucionaria. Y esto se debe a que lo que por fuera tenía la apariencia de ser una novela de Joseph Conrad era también una novela de Konrad Korzeniowski.

Más que ninguna otra cosa que Conrad llegara a escribir, El agente secreto dibujaba el contorno de sus primeros años de vida. Hay una familia que incluye los papeles de padre, madre, hijo y, a veces, abuela: Apollo, Ewa y Konrad Korzeniowski, a los que a veces se unía Teófila Bobrowska. Hay un aquelarre de revolucionarios que pasan por la casa familiar, igual que el que Conrad recordaba vagamente haber visto «aparecer y desaparecer en aquel espacio inmenso» que era el apartamento de la familia en Nowy Świat en 1861, durante las semanas anteriores a que la policía fuera a buscar a su padre.[231] Hay organizaciones revolucionarias, periódicos y panfletos, como el Comité de Acción de su padre, Dwytygodnik y Kraj. Hay un acontecimiento de impacto que ocurre demasiado pronto y acaba con la vida de la persona equivocada, igual que las insurrecciones polacas de 1863 tuvieron su contraefecto. Hay una potencia extranjera siniestra y autócrata, obviamente Rusia. Hay un refugio para los exiliados: Inglaterra. Y hay una figura central que lleva una doble vida, como Joseph Conrad Korzeniowski.

«Tanto en el mar como en tierra mi punto de vista es inglés —

decía Conrad de sí mismo—, de lo cual no se debe sacar la conclusión de que me he convertido en inglés. Ese no es el caso. En mi caso, Homo duplex tiene más de un significado». [232] Cambió de nombre y de nacionalidad. Escribió en inglés, no en polaco. Contó

que los papeles de su padre se habían quemado y que él mismo había quemado las cartas de sus padres.

Sin embargo, no podía destruir aquello que tenía grabado a fuego en la mente. «Vivir con recuerdos es un asunto cruel —meditó—. Yo, que tengo una doble vida, una de ellas poblada únicamente por sombras que se vuelven cada vez más preciosas a medida que pasan los años, sé bien lo que es eso». [233] De vez en cuando, cuando alguien le preguntaba sobre su familia, contaba algún recuerdo. Habló de estar sentado junto al lecho de su padre enfermo leyéndole las pruebas de sus traducciones. Recordaba a su padre como «un hombre de gran sensibilidad; de temperamento exaltado y soñador», profundamente religioso «y de temperamento lúgubre».

Lo recordaba como un hombre con «un don tremendo para la ironía». [234]

Conrad no escribió nunca explícitamente sobre el fracaso de los objetivos políticos de su padre, pero hay una sensación que se repite a lo largo de sus escritos de que los ideales se verán siempre aplastados por la fuerza (y de que los ideales dejan víctimas).

Precisamente cuando escribió El agente secreto, Conrad pudo haber detectado la existencia de otra víctima más del entusiasmo revolucionario. Aunque en Gran Bretaña los atentados y el terror fueran abrumadoramente obra de súbditos británicos (fenianos y nacionalistas indios, entre otros), la amenaza del anarquismo acrecentó las hostilidades nativistas hacia los inmigrantes europeos.

El número de estos inmigrantes había aumentado exponencialmente.

Los siete mil «rusos y polacos rusos» que había en Londres en la época en la que llegó Conrad, a finales de 1870, habían pasado a más de cien mil cuando, en 1906, escribió El agente secreto. Casi

todos ellos eran judíos. Si llevabas un nombre como Korzeniowski, lo primero en lo que iban a pensar los británicos no sería en los heroicos luchadores polacos por la libertad. Sería en judíos, y su forma de pensar en los judíos sería bien unos seres como pobres y sucios, o bien como ricos y codiciosos, tan incapaces de encajar como poco dispuestos a ello. Una «invasión extranjera» estaba consumiendo Londres, advertían los activistas antiinmigración.

Aseguraban (contrariamente a lo que demostraban las estadísticas) que esos inmigrantes eran los culpables de que bajaran los salarios y subieran los alquileres, y que con ellos llegaban el vicio y el crimen.

[235]

Cuando piensas que un extranjero puede quitarte el trabajo, protestas. Si piensas que un extranjero puede matarte, te entra el pánico. No habría medida policial que pudiera mantener la seguridad en Gran Bretaña, advertía la policía, mientras se siguiera permitiendo

«llegar hasta nuestras costas prácticamente “sin hacer preguntas”»

a personas «con tendencias muy inseguras».[236] Poco después de la bomba de Greenwich, el conservador marqués de Salisbury presentó un proyecto de ley en el Parlamento para restringir la inmigración y expulsar a los extranjeros sospechosos. A los británicos «siempre les ha agradado considerar esta isla como el asilo de aquellos que han sido derrotados en las luchas políticas», reconoció, pero «el curso de los acontecimientos ha provocado un giro total en esa idea del derecho de

asilo». En 1905, los colegas de Salisbury aprobaron una Ley de Extranjería que, por primera vez en la historia británica, ponía límites a la inmigración. Los liberales intentaron conservar las disposiciones que más capacidad dejaban para el asilo político, admitiendo la entrada de cualquiera que

estuviera ante un «peligro para la vida, la integridad física y la libertad». Según los estándares británicos, ¿no se hallaban casi todas las personas del resto del mundo ante un peligro para la libertad?, refutaron los conservadores. Puesto que Inglaterra no podía admitir a cualquier persona, se eliminó la palabra «libertad».

[237]

Unas semanas después de que la ley entrara en vigor, Conrad empezó a escribir El agente secreto. El año en el que eligió ambientar el libro, 1886 —y no 1894, cuando tuvo lugar el incidente de Greenwich—, fue el mismo en que se naturalizó como súbdito británico.

En cada una de sus páginas, Conrad sudaba debido a su propia duplicidad, un doloroso recordatorio de que «el inglés sigue siendo para mí una lengua extranjera cuyo manejo exige un esfuerzo terrible». [238] Pluma en mano, se esforzaba por doblar la barra de hierro del lenguaje para crear una ficción pensada exclusivamente para «los ingleses», calculando «el efecto que tendrá en un lector inglés». Cuando terminó El agente secreto, fue consciente de que el libro marcaba «un punto de partida claramente nuevo en mi obra».

[239] Hasta entonces, los críticos lo habían recibido siempre como un «escritor del mar» que había publicado una serie de novelas inteligentes que hablaban de marinos y navíos. Pero este era un libro

«sin una gota de agua, salvo por la lluvia, lo cual es bastante natural teniendo en cuenta que todo sucede en Londres».[240] Esperaba, con el cambio de tema, ganar lectores nuevos, distintos.

Pero, por el contrario, las cifras de ventas fueron decepcionantes.

Lo único que obtuvo fueron unos críticos que lo catalogaron como

«una especie de bicho raro, un increíble extranjero que escribe en

inglés».[241] «Supongo que tengo algo con lo que el público general no simpatiza […] La condición de extranjero, imagino». [242] No mucho después, un crítico «imbécil» escribió en el Daily News «solo Dios sabe qué provocación de que soy un hombre sin patria ni

lengua».[243] El insulto escoció a Conrad como ninguna otra crítica que hubiera recibido hasta entonces. «Es como abusar de un hombre mudo. Pues ¿qué se puede decir?… Cualquier respuesta implicaría demasiados sentimientos de la vida interior de uno, removería demasiada amargura secreta y complicada lealtad como para siquiera intentarlo con esperanza alguna de ser comprendido».

[244] Pero unas semanas más tarde encontró una manera de responder a las acusaciones que se habían formulado contra él, el autor «extranjero» de El agente secreto. Empezó a escribir sus memorias, Crónica personal.[245]

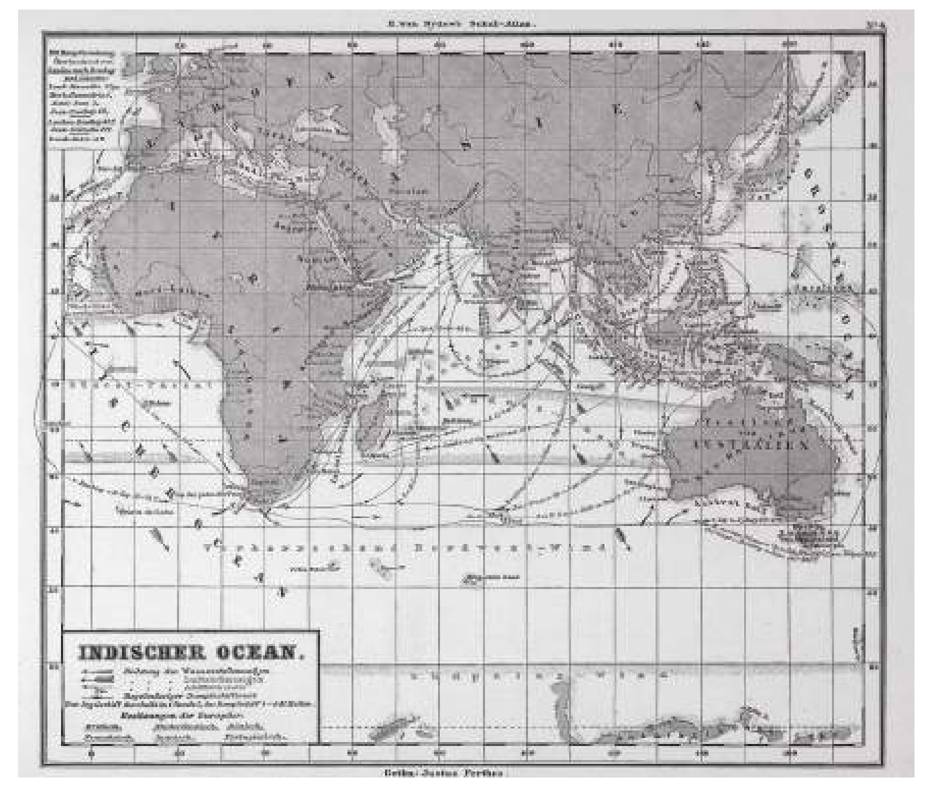
El agente secreto refleja una trágica ironía de la vida de Conrad.

Lo habían criado para pertenecer a un país, Polonia, en el que jamás podría llegar realmente a estar, porque no existía formalmente.

Había adoptado un país al que nunca podría pertenecer plenamente, porque en ciertos aspectos seguiría siendo un extranjero y, hasta cierto punto, por elección propia. «He vivido entre extraños, pero no con extraños, y en mi deambular por el mundo jamás he abandonado “El país de los recuerdos”». [246] No hay ningún sitio como el hogar.

Segunda Parte

Océano



Rutas de navegación en el océano Índico, 1872.

4

Siguiendo al mar

«¡Guardia de estribor, a cubierta!». Un grito en la oscuridad, golpetazos en el portillo. «¿Habéis oído, durmientes?».[247] El marinero aprendiz Konrad Korzeniowski abrió sus legañosos ojos y contempló el montón de literas y cuerpos medio dormidos. Una luz tenue caía de un prisma de vidrio sobre sus cabezas. Respiró el olor a moho y mal aliento y reconoció dónde estaba. A bordo del Duke of Sutherland, hacía seis semanas que habían zarpado de Londres, cuatro días que habían cruzado el ecuador, y siete toques de campana desde el turno de guardia del amanecer. [248]

Sacó las piernas por el borde de la litera y subió por la escalerilla, tenía los talones doloridos del roer nocturno de las ratas. [249] Un lavoteo rápido con un paño y directo a la cocina para servirse unos cucharones de las gachas grises que hacía el chaval de la cocina.

Para comer, se apoyó contra el arcón donde se guardaban las velas,

bebió su café de un trago en una taza de latón. Con el sol de primera hora, el mar resplandecía con un fulgor blanco.

Ocho campanadas, ocho de la mañana: inicio del turno matutino de guardia. Estaba a las órdenes del contramaestre Mayers, un hombre mezquino y fanfarrón oriundo de Barbados. A esas alturas, Konrad tenía ya antigüedad suficiente como para que no le correspondiera hacer los trabajos más sucios (lavar los platos, limpiar los mástiles), pero a él y a Pitterson, el sueco, les tocaba

barrer y limpiar la cubierta. Con movimientos rápidos, enrolló los cabos en las cabillas para asegurarlos y empezó a pasar la escoba hacia popa.

No había estado nunca en un barco tan grande como el Duke of Sutherland, ni tampoco había hecho un viaje tan largo: con destino a Australia bordeando el cabo de Buena Esperanza. [250] A esas alturas ya no notaba la forma en la que la embarcación se escoraba suavemente a barlovento. En la mar llana de la calma ecuatorial, era difícil creer todo lo que se había ladeado y agitado cinco semanas antes, frente a Ouessant, donde se encontraron con una tempestad de furia tal que hasta para los marineros más veteranos había sido memorable. Konrad se había desplazado tambaleándose por una cubierta que subía y bajaba mientras las olas lo golpeaban en el pecho y lo arrastraban con su fuerza. Todos los tripulantes se afanaron frenéticamente en amarrar los aparejos, recoger las velas y arrizar la mayor. Los dedos ardiendo, en carne viva, se aferraban al cordel de los flechastes. El viento aullaba y rugía de tal modo que podía hacer que un hombre llegara a desear quedarse sordo. [251]

Pero a partir de ese momento toda la travesía había sido suave, sin alisios de noreste. El Duke of Sutherland navegó despacio hacia la zona de calmas ecuatoriales, esperando a que arreciaran los alisios del sureste. Arriaron las robustas velas de lona que se usaban con los vientos fuertes e izaron otras más finas y desgastadas para captar la brisa superficial de las latitudes cálidas. La ronda de guardias en sucesión describía su ciclo a lo largo de días intercambiables. Cerca de las Azores llegaron volando a bordo alondras y estorninos, y un búho real.[252] Los marineros los

metieron en una jaula para tenerlos como compañía, un recordatorio de tierra en el espacio sin costas del mar.

Habían pasado cuatro años desde el primer viaje de Konrad en el barco francés Mont-Blanc. Aquella había sido su primera vez en el mar

y había impactado todos sus sentidos. En un barco estabas en movimiento sin moverte, en movimiento mientras dormías, en movimiento de una forma en la que no te habías movido nunca antes: te balanceabas, te zarandeabas, salías despedido, rodabas, virabas. En alta mar, puedes verte sacudido hasta el punto en que no eres capaz de distinguir entre abajo y arriba, te palpitan los ojos dentro de la cabeza, la boca se te inunda de sal y te doblas sobre la barandilla de sotavento para vomitar. Llegó a conocer el hedor particular de bajo cubierta, un olor pegajoso y húmedo cuya mejor manera de combatir era fumando una pipa o aprendiendo como él a bloquear por completo la nariz. [253] Se adaptó al ritmo de una vida que se medía en turnos. Descubrió las infinitas cualidades de la luz sobre el agua. Rara vez hay algo que mirar, pero siempre hay algo que ver. La gente siempre está dormida, la gente siempre está despierta. Nunca estás solo, siempre estás aislado.

En otros dos viajes más, zarpando desde Marsella, había aprendido los nombres de los cabos en francés. Ahora estaba volviendo a aprenderlos en inglés. Una cuerda era un cabo, una vela era un paño, la velocidad, nudos, y hacer nudos, ayustar. En un día de calma como aquel, Konrad podría practicar su habilidad con el material de protección antirrozaduras. Se decía que un marinero se probaba verdaderamente en lo que podía hacer con un pasador en la mano. Si se lo mira con atención, un cabo puede parecer algo muy poco prolijo: raído, adujado, despuntado, ayustado. Primero

guiñó el cabo, asegurándolo con un cordel por las partes en las que la cuerda estaba raída. Luego lo forró, envolviéndolo en lona alquitranada para protegerlo de la lluvia. Por último, lo enfajó, enrollando un cordel delgado bien prieto en torno al cabo. [254]

Siete toques de campana: cena para la guardia saliente. Ayer fue carne de cerdo con guisantes, así que la de hoy sería carne de ternera —con un picadillo de pan para aumentar volumen y cantidad

— bañada en zumo de limón endulzado con azúcar para combatir el escorbuto. Las «bebidas espirituosas» no estaban permitidas a bordo. [255] Las únicas cosas espirituosas que Konrad había visto hasta entonces eran metafóricas, pocos días antes, al cruzar la línea del ecuador. Siguiendo una antigua costumbre, uno de los marineros se vistió de «rey Neptuno» y acosó a los «terrapines», novatos que, como él, no habían cruzado nunca el ecuador. Un brusco afeitado, un estrepitoso bautismo en agua de mar y un brindis con una taza de grog convertían al terrapín en un «lobo de mar» recién nacido.

[256]

Ocho campanadas, mediodía: inicio de la guardia de la tarde.

Volvió a bajar por la escalerilla en busca de lo que pasaba por algo de privacidad. Algunos hombres se tiraron en sus literas y se quedaron dormidos; otros remendaban su ropa o hacían tallas de recuerdo en madera o en hueso. Konrad sacó un libro. [257] Los libros habían despertado su interés por el mar, pero pocos marinos deseaban leer sobre el mar una vez metidos en él. En su equipaje había metido poesía.

Ocho campanadas, cuatro de la tarde: primera guardia de la tarde. Más recoger cabo, estibar material, barrer y fregar. Los hombres que no estaban de guardia se hallaban tumbados en la

cubierta de popa. Muchos de ellos ya habían navegado antes juntos y, para bien o para mal, compartían una agradable tranquilidad.

Durante la guardia, oficialmente, no se hablaba, cosa que a Konrad le convenía bastante. No se llevaba bien con aquel grupo. [258] No tanto porque no fuera inglés: la mitad de ellos tampoco lo eran. De los veinticinco tripulantes había cuatro escandinavos, tres canadienses, dos heligolándicos, dos barbadenses, un neoyorquino y un polaco (él). Pero Konrad se creía de otra clase y así lo demostraba. Al firmar el registro de tripulación en la oficina de embarque de Londres, cinco de sus miembros ni siquiera sabían escribir sus nombres y firmaron con una simple X. Él se inscribió con distinción como «Conrad de Korzeniowski», metiendo el aristocrático

«de» para reflejar su origen szlachta. En la d hizo una elegante floritura ascendente y, en la z, otra descendente. [259]

Los oficiales se mantenían en su propia compañía, en popa. El primer oficial, Baker, dependía del mar para mantenerse sobrio (una vez en puerto se ahogaba en el alcohol), pero eso no le hacía más alegre. Era corpulento, con un cuello robusto y una mata de rizos negros. Siempre puntual, siempre correcto, y siempre sardónico. El segundo oficial, Bastard, era más amable que su nombre, un viejo marino de Nueva Escocia que tenía una esposa en tierra y la jubilación en perspectiva. Konrad apenas veía al capitán, John McKay, que pasaba la mayor parte del día encerrado en su camarote. McKay había logrado hacer anteriormente el viaje Sídney-Londres en solo setenta y dos días, y debía de estar maldiciendo la lentitud de aquella travesía. [260]

Cuatro toques de campana, seis de la tarde: segundo turno vespertino

de guardia. En el cómputo del tiempo de la navegación,

el comienzo de un nuevo «día». Era gracias a ese turno que un día se distinguía del siguiente. Duraba dos horas en vez de cuatro, rompiendo el ciclo de turnos para que los hombres no repitieran la misma rotación de veinticuatro horas dos veces seguidas. Konrad tomó su cena al anochecer, observando el agua quedarse tras el barco y alejarse haciendo franjas de espuma.

Ocho campanadas, ocho de la tarde: primera guardia nocturna. Le tocaba hacer un turno de dos horas al timón. Cubrió con las palmas unas manijas suavizadas por los miles de manos que antes las habían asido, sintiendo la ligera tensión de la caña del timón. Era más fácil mantener el rumbo guiándose por el horizonte que por la brújula, lo que dificultaba mantener el rumbo de noche. Mantenerse despierto era otro reto. «Ojos pastosos», lo llamaban. [261] Se centró en la hoja de la brújula, un punto brillante perforado en la oscuridad por la lámpara de bitácora. Cabeceó; volvió a erguirse.

Para mantenerse despiertos, algunos hombres recitaban las tablas de multiplicar, o listas de reyes y papas. [262] Se le nublaba la vista, parpadeó para aclarar su visión. Recitaba versos de memoria. Los poetas de su infancia, Mickiewicz y Słowacki, le hacían buena compañía en la noche tranquila y luminosa del océano austral.

El toque simple de la campana pequeña marcaba la medianoche: segundo turno de guardia nocturna.[263] Bajó a la cubierta cortada y se subió a su litera. En la oscuridad, los hombres buscaban sus gorras y sus zapatos. Oyó el crujido de las escalerillas, el zapatazo de los pies sobre la cubierta y el sonido del agua rompiendo contra el casco. Otro día hecho: el 3 de diciembre de 1878, su vigésimo primer cumpleaños.

«Había pensado que, decidido a ser marino, iba a ser un marino británico —declaró Joseph Conrad treinta años después—. Fue un asunto deliberado».[264] Del Duke of Sutherland pasó a trabajar en una docena más de barcos, ascendiendo por las filas de la Marina mercante británica hasta llegar a ser capitán, antes de desembarcar de su última nave en 1894, exactamente veinte años después de haber salido de Cracovia. (La Marina mercante, a diferencia de la Royal Navy, está formada por barcos comerciales que transportan mercancías y pasajeros. Sus oficiales eran civiles que obtenían una licencia de la Junta de Comercio).

Conrad había prometido al viejo amigo de su padre, Stefan Buszczyński, que siempre «navegaría hacia Polonia», haciendo honor

al sueño nacionalista de sus padres. Pero si durante aquellos veinte años Conrad navegó hacia algún lugar, fue hacia Inglaterra. En el mar, Konrad Korzeniowski se convirtió en Joseph Conrad. Aprendió a hablar inglés en barcos británicos, encontró un nicho profesional y un papel social, se naturalizó como súbdito británico y, en algún momento, hacia finales de la década de 1880, empezó a escribir ficción: iniciando toda una vida de escritura sobre marineros, buques y el mar. En manos de Conrad, el autor, aquellos temas biográficos se transmutaron en materia alquímica. Transformó el velero británico en el patrón oro de la conducta moral. Se convirtió para él en lo que Polonia había sido para sus padres, un ideal romántico que le servía de guía para la vida.

En Crónica personal, Conrad describe su conexión con Gran Bretaña igual que lo haría con un nuevo romance, como una serie de preciadas «primeras veces». En un hotel de los Alpes se encuentra admirando a un grupo de corpulentos ingenieros escoceses; «Aquel

fue mi primer contacto con los británicos, dejando a un lado los turistas». Cuenta cómo, mientras su tutor trataba una vez más de quitarle la idea de hacerse marino, un «inolvidable caballero inglés»

ataviado con unos bombachos, «la cara muy enrojecida» y las pantorrillas muy pálidas, pasó junto a ellos como «el embajador de mi futuro, enviado a saber por quién para inclinar el fiel de la balanza en un momento decisivo».[265] Cuenta que pasó junto a un gran vapor de carga británico de casco negro en el puerto de Marsella, y «por primera vez en toda mi vida se dirigió a mí alguien en inglés: el idioma de mi secreta elección […] ¡de mis mismísimos sueños!». Lo que sigue le emocionó como una consumación: «al hacer presión contra el liso costado del primer buque inglés que había tocado yo en toda mi vida, lo sentí palpitar bajo la palma de la mano». Se quedó mirando la insignia británica en su mástil, «de colores vivos —inflamados, intensos—» como el «reflejo concentrado de un gran fuego». «La Roja Insignia, el vislumbre simbólico, protector de las banderolas que ondean sobre el mar abierto, destinado durante muchísimos años a ser el único techo bajo el que

había de cobijarme».[266]

Cuando ofreció este relato del proceso por el que llegó a convertirse en un marino británico, Conrad era consciente de que también estaba ocultando otro: el «asunto deliberado» que fue dejar Francia después de su intento de suicidio. No había hecho más que empezar a instalarse en Inglaterra, en 1878, a bordo de un pequeño bote costero

que hacía trayectos transportando carbón desde Lowestoft a Newcastle, cuando recibió una mordaz carta de su tío Tadeusz.[267] Eres «un holgazán y un derrochador», leyó Conrad.

«Has estado sin ocupación durante casi un año entero, te

endeudaste y te pegaste deliberadamente un disparo. ¡Has superado con creces los límites de estupidez permitidos a tu edad!». Tadeusz juraba que no le enviaría ningún dinero adicional. «Búscate alguna ocupación y gana algo de dinero, porque no recibirás de mí ni un centavo […] Te empeñaste en hacerte marino […] Lo querías, lo hiciste, lo elegiste voluntariamente. Apechuga con los resultados de tu decisión […] Piensa en tus padres, en tu abuela […] Recuerda mis sacrificios […] refórmate, trabaja, calcula, sé prudente y persigue tenazmente tu objetivo. Y con hechos, no con palabras». [268]

Fue entonces cuando Conrad respondió al anuncio del Times. El agente marítimo al que fue a ver en Londres le ofrecía unas condiciones pésimas (un salario insignificante —un chelín por semana— que se le iba descontando de un anticipo de veinte libras), pero un trabajo absolutamente esencial. En el Duke of Sutherland, Conrad flotaba a miles de kilómetros de distancia de las reprimendas de Tadeusz.

A veces, decisiones que en apariencia son muy personales (qué hacer, dónde vivir, con quién vivir) pueden estar en realidad determinadas por condiciones que resultan muy remotas, o incluso invisibles, para la persona que las toma. Es posible que ni el propio Conrad fuera consciente, cuando dio su explicación sobre por qué se había convertido en «un marino británico», de lo estrechamente ligada que había estado su carrera a las condiciones históricas que hicieron que, en ese momento, Gran Bretaña fuera el mejor lugar del mundo para que un marinero europeo encontrara trabajo. Ni siquiera hacía falta que su elección fuera un «asunto deliberado».

Durante su infancia, en la década de 1860, Conrad soñaba con hacerse a la mar en una época en la que los veleros eran más

rápidos, glamurosos y populares que nunca, tal como atestiguan los elegantes clípers de varios mástiles que cada año navegaban desde China hacia el oeste llevando el té más fresco de la temporada.[269]

Sin embargo, cuando Conrad llegó a hacerse a la mar, en la década de 1870, el auge del barco de vapor estaba suponiendo una perturbación en el mundo marítimo. Aunque al principio resultaban demasiado

poco fiables y costosos como para poder competir con los veleros, en la década de 1850, las mejoras en el diseño de los motores empezaron a hacer de los vapores oceánicos una propuesta rentable. [270] La apertura del canal de Suez en 1869 brindó a los barcos de vapor una ventaja definitiva sobre los veleros en la concurrida ruta entre Europa y Asia, debido a los célebres vientos del mar Rojo, predominantemente adversos. En la década de 1870, los barcos de vapor eran más rentables, cómodos y numerosos que nunca. Las carreras del té impulsadas a vela terminaron en 1873; en diez años, los vapores transportaban internacionalmente un cargamento mayor que los buques de vela. [271]

Si a mediados de siglo Estados Unidos se había configurado como la potencia marítima en ascenso, el auge de los barcos de vapor fue favorable a las considerables ventajas competitivas de Gran Bretaña: su preeminencia en la producción de acero, su excelencia en el ámbito de la ingeniería y su dominio sobre una red de yacimientos carboníferos por todo el imperio. Además, entre 1840 y 1880, la implementación de las políticas de libre comercio hizo que la importancia del comercio global para la economía británica prácticamente se duplicara. [272] Cuando Conrad se unió a la tripulación del Duke of Sutherland en 1878, la Marina mercante británica era, en todos los aspectos, la mayor potencia comercial

marítima. Los buques británicos superaban en cinco veces la capacidad de tonelaje de la siguiente flota mercante. [273] Los armadores de Gran Bretaña tenían el control de en torno al 70 por ciento del comercio mundial. [274] Y sus astilleros mantenían una posición dominante en la construcción de buques.[275] Casi la mitad de los barcos del mundo industrializado estaban registrados en el Lloyd's Register de Londres, el organismo certificador más importante del sector del mar. [276] Sus volúmenes anuales funcionaban como una especie de censo marítimo, traduciendo sistemáticamente cada buque a un código de cifras y símbolos.

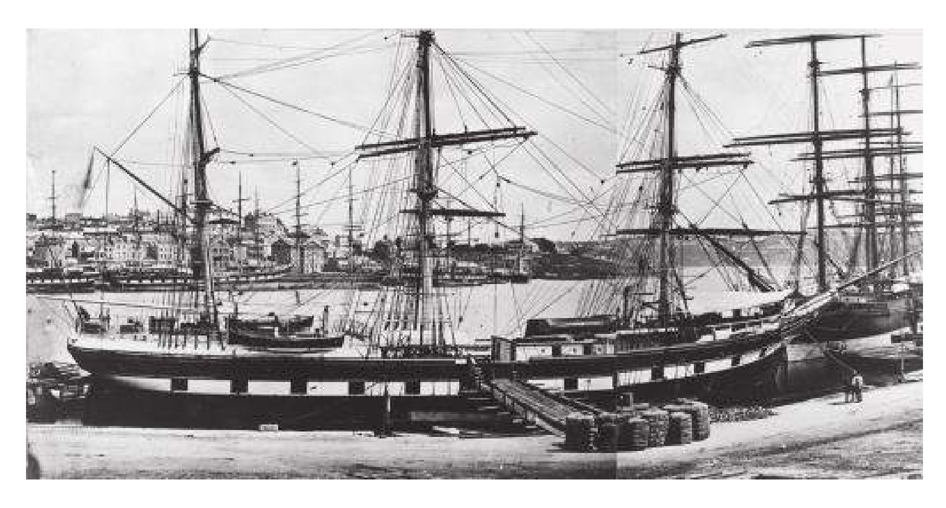
Número 45.590, condición «A1» (la más apta para la navegación marina), «S F. & Y M.65 c.f.» (barco con el casco protegido por fieltro y recubrimiento metálico amarillo en 1865, con elementos de fijación en cobre): el Duke of Sutherland.[277]

A un marino no le hacía falta conocer las estadísticas para saber que en Gran Bretaña había más trabajo que en cualquier otro lugar del mundo y también una gama más amplia de barcos en los que trabajar. Tampoco necesitaba ningún libro de registro que le señalara las diferencias entre estos buques. Una nave podía estar contagiada de un

«diabólico hábito de desprecio por el mar que hace de ella una morada miserable para su tripulación», podía estar infestada de ratas o goteras bajo cubierta durante todo el viaje. O, alternativamente, podía navegar con «maneras agradables» y serenas.[278] Si uno tenía suerte, se encontraría con «una nave feliz», bien sellada contra las filtraciones, sin demasiado latón que fuera necesario bruñir y con una comida pasablemente buena: el Duke of Sutherland. [279]

1866–67. DUC

No.	Ships.	Masters.	Tons.	Dimensions. Length.	Breadth.	Depth.	Build. Where.	When.	Owners.	Port belonging to.	Port of Survey and Destined Voyage.	Classification. No. Years first assigned.	Character for Hull&Stores
301	Duchess of Sutherland Bk	R Scaddan	349	105·0	26·5	17·0 Drp.59Srprs61 &67	Sndrl'd	1851	Redway&	Exm'th	Lon. S Leone	9 C. 8	A 1 1,64
2	Dudbrook Bk F.&l.62 F.&Y.M.	W. Deacon	572	137·1	25·7	20·1 w.ptTSdsF.&d.62	D'ndee	1848	W. Deacon	London	Lon. Rest.62–	12 8	A 1 4,63
3	Dudley Sew Sr (Iron) MC.	T. Robson	696 536	198·5	28·0	16·0 Drp.66	NShlds Smith	1865 10mo.	T.&W. Smith	Nwcstle 3 Blk Hds	Shl. London (A.&C.P.)	—	A 1
4	Duke Sw I.B.	J. Bayley	150	77·4	22·6	12·8 ND.pt48pt63Drp.54&55Srprs63	Lynn	1841	Bayley&c	Lynn	Lyn. Coaster	9	Æ 1 10,66
5	—of Argyll S (Iron)	G. M'Lean	960	199·7	33·2	20·9	Dmbtn Rankin	1865 10mo	Montgmerie	London 2 Blk Hds	Lon. India (A.&C.P.)	—	A 1 12,66
6	—of Athole S (Iron)	Dlrymple	963 2D.	199·2	33·2	20·9	Dmbtn Rankin	1865 2mo.	Montgmerie	London 2 Blk Hds	Lon. India	—	A 1 12,66
7	—of Newcastle S ptF.&s.65F.&Y	M'Kenzie M.65ptI.B.	993	170·6	34·9	22·2 w.F.&s.62	Quebec Lee	1861 8mo.	Baines&C.	Liverp'l	Liv. Austral.	7	A 1 6,65
8	—of Northumberland Bk F.&Y	J. Brunton M.62	463	125·0	27·5	19·2 Srprs53&56Drp.60	Sndrl'd	1851			Sws. W. Inds	10 C. 3	2,62
9	— S (Iron)	E. Brown	558	130·3	29·0	18·9 Srprs58	Nwcstl	1852	Brooks&C	London	Lon. India Rest.52–	6 4	A 1 8,62
310	—of Rothesay Bkptr &s.62F.&Y	Puscltal M.65ptI.B.	575	139·6	30·1	18·7 w.ptF.&s.62	St. Jhn Anderson	1861 1mo.	W H Owen	Liverp'l	Liv. India	7	A 1 7,63
1	—of Sutherlnd S F.&Y.M.65c.f.	T. Louttit	1047	201·6	34·2	21·8	Aberdn Smith	1865 6mo.	Louttit&C	Wick	Abn. Austral (A.&C.P.)	9	A 1 7,65



Entrada correspondiente al Duke of Sutherland en el Lloyd’s Register of British and Foreign Shipping (1867).

El Duke of Sutherland amarrado en el Circular Quay de Sídney, 1871.

«Toda alma viviente embarcada en el puerto de Bombay comenzó a comprender que la nueva tripulación del Narcissus llegaba a bordo». Alcanzaban el barco salpicando el agua en «botes, cuyos remeros, asiáticos vestidos de blanco, reclamaban con irritados gritos su salario» mientras los marineros borrachos subían a trompicones por la pasarela. «En el interior del castillo de proa, los recién llegados, de pie, tambaleantes entre las cajas encordeladas y los atadijos de ropas de cama, trababan amistad con los antiguos, que, sentados en las dos filas de literas, examinaban a sus futuros camaradas con ojo crítico pero amistoso». El último en subir a bordo fue un corpulento antillano, «tranquilo, frío, dominador, soberbio».

Guardó sus «ropajes de tierra» y «vestido convenientemente para el trabajo de a bordo», se sentó sobre su cofre para contemplar su nuevo alojamiento.

«¿Qué clase de barco es este? No es malo, ¿eh?», preguntó.

El tripulante de más edad estaba apoyado en el umbral, sentía el aire fresco de la noche en la espalda. Tenía el pecho «tatuado como un jefe caníbal» y «con sus gafas y su venerable barba blanca, parecía un docto patriarca salvaje».

Tras un largo silencio, aquel marino de edad contestó: «¿El barco?

Todos los barcos son buenos. Pero son los hombres…».[280]

La escena inicial de la novela breve El negro del Narcissus, que Conrad publicó en 1897, refleja la impresión del marino de que lo que definía de verdad la calidad de una travesía era la calidad de su tripulación. Pero a medida que el dominio marítimo de Gran Bretaña iba en aumento, la cuestión de quién podía tripular todos aquellos barcos en concreto —y con qué condiciones de trabajo— se convirtió en un asunto de urgente interés público.

El lado oscuro de la navegación británica se hacía visible en los mapas anuales de naufragios que elaboraba la Junta de Comercio, y en los que los puntos señalados de los naufragios rodeaban las islas británicas como una soga. Durante la década de 1860, morían en el mar cada año al menos quinientos marineros, y en un solo año se alcanzó un pico de 1.333 muertos. [281] Las cifras escandalizaron al editor de un periódico que retó activamente a la industria naviera por sus lamentables estándares de seguridad. Una lectora indignada alertó a su marido del problema. El marido, Samuel Plimsoll, diputado liberal del Parlamento por Derby, emprendió una cruzada por mejorar

las condiciones de trabajo de los marinos. [282]

En 1873, Plimsoll publicó un panfleto titulado Our Seamen: An Appeal, atacando a los navieros por la sobrecarga de las naves, la falta de personal y el mantenimiento inadecuado de sus buques.

Plimsoll utilizó creativamente una serie de ilustraciones para apoyar su postura: fotografías de pernos de mala calidad y piezas de hierro corroído de barcos mal construidos, reproducciones de documentos de seguros marcados con tantos nombres de aseguradores que ningún individuo podría procesar razonablemente un presunto delito.

«¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —clamaba Plimsoll—. Lector que lea esto, quienquiera que sea, ayude a los pobres marinos, por el amor de Dios. Si se niega […] antes de que otro año haya seguido su curso, al menos […] ¡quinientos hombres!, ahora con vida, sembrarán el fondo del mar». [283]

Los críticos se quejaron de que el sermón de Plimsoll, Appeal, estaba plagado de errores, pero eso no fue óbice para que cientos de miles de copias impresas conmovieran los corazones británicos.

En la Cámara de los Comunes, Plimsoll no dejó de arengar a sus

colegas —en una ocasión hasta fue expulsado de la cámara por acusar a los parlamentarios de ser personalmente responsables de la muerte de los marineros— hasta que estos aprobaron un importante proyecto de ley de reforma. [284] La Ley de la Marina Mercante de 1876 exigía que los barcos llevaran pintada en el casco una marca que señalaba la línea de francobordo, conocida popularmente como

«línea Plimsoll», que indicaba el calado máximo hasta el cual se podía cargar un buque con seguridad.[285] Otra cosa de igual importancia para el bienestar de los marinos que logró la campaña fue el reconocimiento de que estos también eran población trabajadora y merecían la misma protección en su entorno laboral que sus pares en las fábricas, molinos y minas.

Para Plimsoll, los marinos eran «hombres buenos, leales y valientes que sacrificamos por nuestra negligencia homicida».[286]

Pero había quienes guardaban de ellos otra imagen distinta. En 1869, la Junta de Comercio pidió a los cónsules británicos de las ciudades portuarias de todo el mundo que pasaran informe sobre «el estado general de los marinos británicos que lleguen a su demarcación». [287] De Esmirna a Mobile, de Montevideo a Riga, rebotaron las

respuestas. Borrachos, analfabetos, débiles, sifilíticos, borrachos, deshonestos, borrachos, incompetentes, insubordinados, borrachos, el marinero británico se veía, en términos generales, como «un simple animal, útil únicamente para beber y trabajar».

[288] ¿Quién no había oído la expresión «beber como un marinero», o estar «bolinga» o «como una vela al viento»? Tanto los bienhechores como el Gobierno intentaron «mejorar el carácter de los marinos mercantes» por medio de diversas leyes de «abuelita»

diseñadas para hacer que Jack (apelativo que coloquialmente se

daba a los marineros británicos) fuera mejor chico, como la prohibición del alcohol a bordo o la creación de un sistema de ahorro (el Seaman's Savings Bank) para fomentar la mejora de los hábitos

económicos de los marinos.[289]

Los riesgos de la mala marinería eran claros. Los malos marinos comprometían la seguridad y la fiabilidad. Los malos marinos ponían en peligro el suministro de alimentos de la nación, que dependía de las importaciones.[290] Los malos marinos ponían en peligro la seguridad nacional, porque los marinos mercantes eran, de hecho, la reserva naval de la nación, susceptible de ser reclutada en el supuesto de una guerra. Los malos marinos daban mala fama a Gran Bretaña. «Nuestros buques han sido […] pomposamente nombrados como "heraldos de la paz, el cristianismo y la civilización"», se jactaba uno de los armadores, pero «con mayor frecuencia han llevado consigo hasta otras tierras vicios que allí eran desconocidos».

[291]

Lo que resultaba más difícil de precisar era por qué no eran aptos los marineros y qué es lo que se podía hacer al respecto. Hubo quienes señalaron como causa a las transformaciones tecnológicas.

Durante generaciones, los jóvenes de las costas británicas habían aprendido los rudimentos de la navegación trabajando en barcos costeros como aquel de Conrad en Lowestoft en 1878. Veinte años más tarde, el escritor recordaba con afecto el Skimmer of the Seas como una «buena escuela para un marino», su acogedora tripulación, todos los hombres primos y hermanos, «todos ellos con una constitución hecha como para durar para por siempre con el color como de una tarjeta de Navidad. Bronceado y rosado: ¡cabello dorado y ojos azules con esa mirada norteña tan franca!». [292] Pero

para entonces aquella «guardería de los marinos británicos» había echado el cierre debido al auge de los vapores regionales.[293] El Gobierno intentó salvar la brecha mediante la creación de unos buques escuela especiales: dos de ellos para los aspirantes a oficiales y otros quince dirigidos a jóvenes pobres o delincuentes, lo que acabó teniendo el efecto de caracterizar a la marinería como

«un reconocido refugio general de indigentes». [294]

Otro problema más obvio era, sencillamente, que la paga de un marinero no era buena. Un marino capacitado que se embarcara, como lo hizo Conrad, en 1800 en un velero de Londres a Australia, podía ganar unos cincuenta chelines al mes, manutención aparte. En una ruta transatlántica, podía ganar cinco o diez chelines más al mes, y de cinco a quince chelines más en un vapor transoceánico, que también era, además, más confortable. [295] Pero trabajando como minero de carbón en Glasgow o como hilandero en una fábrica textil de Huddersfield, hubiera ganado al menos el doble por solo una fracción de las horas de trabajo de un marino (y, a pesar de todas las consabidas penalidades de las fábricas y minas, también habría tenido, en última instancia, un mejor entorno de trabajo).

[296] Francamente, admitía el lord civil del Almirantazgo, «habría sido imposible conseguir hombres ofreciendo salarios tan bajos, a menos que la imaginación de los muchachos estuviera interesada en la perspectiva de un viaje lejano» y el romántico atractivo de la mar.

[297]

De modo que, ¿a quién se podría encontrar que estuviera dispuesto a navegar en los barcos británicos? La respuesta era a extranjeros como Konrad Korzeniowski. Es posible que los salarios de los marinos fueran bajos para los estándares británicos, pero aún

estaban por encima de los que se pagaban en el continente, y los buenos marinos de las zonas más pobres de Europa, como Escandinavia, se enrolaban de buen grado. Los patrones británicos estaban igual de encantados de contratarlos. Uno tras otro atestiguaban la mayor sobriedad, competencia y obediencia que mostraban los extranjeros. [298] Durante las décadas que Conrad trabajó en el mar, el número de europeos continentales enrolados en los barcos británicos aumentó desde aproximadamente 23.000 a más de 30.000, o en torno a un 20 por ciento de todas las tripulaciones de los buques británicos juntas. En los veleros de larga distancia, que tenían los salarios más bajos y las peores condiciones de trabajo, el

porcentaje de marineros extranjeros era sustancialmente mayor, y en 1891 superaba el 40 por ciento.[299]

En el océano Índico fue teniendo lugar un proceso paralelo que dejó a los barcos británicos tripulados en sus rangos más bajos, cada vez en mayor número, por marineros asiáticos —denominados lascares—

bajo los términos de un «Contrato de Acuerdo Asiático» especial.

[300]

A finales de siglo, parecía que «casi ningún barco sale de Londres ni de cualquiera de nuestros grandes puertos sin que un porcentaje considerable de su tripulación esté formado por "holandeses", término con el que los marinos designan a los extranjeros, cualquiera que sea su nacionalidad. Suecos, noruegos, fineses, daneses, franceses, españoles…, para Jack todos son holandeses».

[301] Mientras que otras naciones marítimas europeas exigían que un alto porcentaje de los miembros de la tripulación fueran ciudadanos del país (por lo general, dos tercios o tres cuartos, más el ciento por ciento de los oficiales), en Inglaterra no existían tales

cuotas. En principio, un barco británico (que fuera de propiedad y bandera británicas y tuviera su puerto base en Gran Bretaña) podría

«estar enteramente capitaneado y tripulado por hombres no británicos». [302] Los entusiastas del libre mercado aplaudían. «Si los marinos británicos quieren mantener sus puestos a bordo de los barcos británicos, deben afanarse por mostrarse no solo iguales, sino superiores en todos los aspectos al extranjero. Es simplemente una cuestión de la supervivencia del más apto».[303]

Pero había quienes temían que la solución a un problema de mano de obra no hiciera más que crear otro. Quizá las tripulaciones extranjeras fueran algo bueno para los barcos británicos, pero ¿lo eran también para Gran Bretaña? Los sindicalistas denunciaban que los extranjeros estaban quedándose con los puestos de trabajo británicos y ocasionando una reducción de los salarios. Abogaban por el establecimiento de cuotas para proteger a los marinos británicos de los recortes salariales de los armadores. [304] Su reivindicación encontró apoyo entre los nativistas, que planteaban preocupaciones relativas a la seguridad nacional. Inspirándose en el libro del historiador marítimo estadounidense Alfred Thayer Mahan, The Influence of Sea Power upon History, publicado en 1890, diversos países industriales emergentes (Alemania, Estados Unidos y Japón) comenzaron a

reforzar sus flotas, lo que desencadenó en Gran Bretaña un ejercicio de autoexamen sobre su preparación naval. Había quienes se lamentaban de «cuán insiduosamente [sic]

el trabajador asiático del océano está desplazando al europeo en su propio terreno», pero al menos los lascares eran «súbditos británicos» y (se suponía) permanecerían leales a Gran Bretaña en la eventualidad de una guerra. [305] No sería el caso de los

«holandeses», en particular los alemanes. «Deseo ver la Marina mercante libre de extranjeros», dijo el popular escritor marítimo Frank Bullen, «no porque odie al extranjero [...] sino porque esta nación nuestra, peculiar y particularmente marítima, no puede permitirse, frente al indudable odio manifestado hacia ella por prácticamente todos los pueblos continentales, permitir que la vida de sus ciudadanos dependa de la buena voluntad de los extranjeros».[306]

En 1894, se reunió un comité parlamentario para estudiar en detalle cuál sería la mejor manera de tripular los barcos británicos.

Durante dos años, el comité visitó los puertos de todo el país y entrevistó a 176 testigos: organizadores sindicales, armadores, aseguradores y marinos de todos los rangos. Guardando el equilibrio sobre la delgada línea entre los intereses de los trabajadores (en gran medida a favor de las cuotas) y los de la dirección (en gran medida en contra), el comité incluyó una pregunta sobre el número específico de marineros británicos en el marco de otra pregunta más amplia sobre si, de entrada, la tripulación contaba con suficientes miembros.

Uno de aquellos testigos era un capitán con dieciséis años de experiencia en el servicio británico que compareció ante el comité en Whitehall en julio de 1894. Hicieron un repaso por toda la lista de los barcos en los que había servido, y el comité deseaba saber si, en cada caso, el capitán «consideraba que el buque contaba con la tripulación suficiente». Pidieron al capitán más detalles acerca del número apropiado de tripulantes que debía tener un barco, pero en ningún momento le preguntaron cuántos de ellos eran extranjeros ni cómo, en su opinión, podía compararse la competencia de los

marineros extranjeros con la de los nativos británicos. Quizá parecía innecesario. El testigo era «Mr. J. Conrad Korzeniowski», y había llegado muy lejos desde su llegada a Inglaterra en 1878. [307]

Sobre el papel, la transformación del marinero ordinario Konrad Korzeniowski en el capitán J. Conrad Korzeniowski, «un marino

británico», se produjo por medio de unos pocos certificados simples.

En la Marina mercante británica, no así en la Royal Navy, cualquier marinero ordinario podía ir ascendiendo de rango hasta llegar a patrón simplemente con cumplir unos mínimos requisitos de servicio y demostrándose apto en los exámenes de calificación que elaboraba la Junta de Comercio. [308] Conrad obtuvo su título de segundo oficial en mayo de 1880, el certificado de primer oficial en diciembre de 1884 y el certificado de master (patrón) en noviembre de 1886, pocos meses después de haberse naturalizado como súbdito británico.[309] Lo cierto es que había falsificado sus credenciales para el examen de segundo oficial, haciendo que pareciera que había pasado los necesarios cuatro años en el mar cuando en realidad no habían llegado a tres. También es cierto que había aprobado los exámenes de primer oficial y de capitán al segundo intento. Con todo, resultaba un verdadero logro para alguien que, dos años antes de obtener su primera certificación, ni siquiera hablaba una palabra de inglés. «¡¡Viva el capitán Novato de la Marina mercante británica!!», le jaleó Tadeusz Bobrowski desde Ucrania. «¡Larga vida! ¡Que le acompañen siempre la salud y el éxito en todas sus empresas, tanto en mar como en tierra!». [310]



By The Lords of the Committee of Privy Council for Trade.

Certificate of Competency

MASTER.

To Conrad Korzeniowski

Whereas it has been reported to us that you have been found duly qualified to fulfil the duties of Master in the Merchant Service, we do hereby, in pursuance of the Merchant Shipping Act, 1854, grant you this Certificate of Competency.

By Order of the Board of Trade,

this 11th day of November 1886

Countersigned

Registrar General

One of the Assist. Secretaries to the Board of Trade.

Registered at the Office of the Registrar General of Shipping and Seamen

Certificado de aptitud de Conrad como capitán, 1886.

Conrad se había convertido, según sus propias palabras, en «un noble polaco recubierto de alquitrán británico». [311] («Alquitrán», como «sal», era un denominativo en jerga para referirse a un marinero). Hay una fotografía en la que podemos ver al marino en su labor. Es de principios de la década de 1890 y Conrad era primer oficial del Torrens, un barco de pasajeros solo de primera clase conocido por el confort y placidez de sus travesías de ida y vuelta a Australia. J. Conrad Korzeniowski, nombre con el que él mismo firma, está en cubierta rodeado por los aprendices del barco: uno con pose chulesca, despatarrado como una estrella deportiva; uno desgalichado que es todo orejas, y otro, un niño, envuelto en un abrigo grande de relucientes botones. Conrad tiene las mejillas



curtidas por el sol, la barba grisea en algunas zonas; llevaba más años navegando que algunos de los aprendices con vida. Su autoridad se halla colgada al cuello en forma de silbato y una gorra con visera que le hacía parecer más alto de lo que era. Está levemente inclinado hacia un costado, como si tan solo se hubiera detenido un momento de camino hacia otro lugar.

El primer oficial Konrad Korzeniowski con los aprendices a bordo del Torrens, ca.

1893.

Una vez consolidada su segunda profesión como escritor, Conrad volvió la mirada hacia su carrera marítima con orgullo justificado.

«Fui concienzudo, superé todos los exámenes necesarios y me gané

el respeto de la gente (en mi modesto entorno) que, sin duda no por afecto, atestiguaron que yo era un “buen marino y un oficial de buque digno de confianza” —le escribió a un amigo polaco. Y añadía

—: Lo cual, hay que admitir, no está mal para un extranjero sin contactos influyentes. Eso nunca lo busqué, y he de conceder a los ingleses lo que les corresponde, nunca me hicieron sentir un extranjero».[312]

Pero bajo la superficie se movían otras corrientes más turbulentas que hicieron que la transición de Korzeniowski a Conrad no fuera tan fluida. Primero, las peleas. En 1878, se peleó con el capitán del barco que lo había llevado a Inglaterra y lo abandonó en un arranque de enfado. Más tarde, ese mismo año, en el Duke of Sutherland se quejó de que la tripulación se le había puesto en contra porque no hablaba bien inglés. A su juicio, el capitán del barco era un «chalado», y dos barcos más tarde, en el Palestine, protestó por las dificultades de su trabajo. [313] «¿Acaso es porque estar en una “barca” toca tu honor? —se preguntaba Tadeusz—.

Entonces, claro está que cuatro libras al mes es una falta de respeto a tu bolsillo y, por último, el capitán te parece poco más que una

“criatura”».[314] En el barco posterior al Palestine tuvo tal pelea con el capitán, borracho y malencarado, que lo echaron en Madrás en 1884 sin darle referencias.[315] Indistintamente de las provocaciones, la frecuencia de sus disputas nos deja entrever un alma espinosa e irascible, reacia a mantenerse en un lugar.

También estaba, y en primer lugar, el problema de encontrar trabajo. A juzgar por las estadísticas de tonelaje, un joven que se uniera a la Marina mercante británica cuando lo hizo Conrad estaba incorporándose a una industria que se encontraba en un momento

de apogeo histórico. Pero, visto desde la perspectiva de un marino, el auge del vapor tenía menos importancia que la decadencia de la vela. Puesto que los barcos de vapor tenían mucha más capacidad de carga

que los buques de vela, el número total de naves que zarpaban hacia el extranjero se estaba reduciendo (en un 30 por ciento, exactamente, durante la época de servicio de Conrad), y la Junta de Comercio inscribía cada año a mil seiscientos nuevos oficiales en busca de trabajo.[316] Conrad habló después de la frustración de «esforzarse con denuedo por conseguir un camarote de oficial sin otro aval que un certificado recién expedido. Es pasmoso cuán inútil llega a resultar ese pedazo de piel de asno por el que tantos jaleos se arman». [317]

Aun contando con la relativa fortuna de la asignación del tío Tadeusz para mantenerse entre un puesto y otro, Conrad no había sido totalmente inmune al estrés de verse ante un mercado laboral cada vez más limitado.[318] En verano de 1881, había vuelto a gastarse toda su asignación. Podía imaginar las recriminaciones de Tadeusz: «Búscate alguna ocupación y gana tu dinero, porque de mí no vas a recibir ni un céntimo». En esta ocasión no se apuntó con un arma al pecho; tomó su pluma y articuló una mentira elaborada.

Conrad le dijo a su tío que se había enrolado en un barco llamado Annie Frost, que había naufragado, que con él había perdido todas sus pertenencias, que había acabado en el hospital, que los propietarios del barco se negaban a pagarle una compensación y que, por tanto, necesitaba dinero. Esta primera incursión de Conrad en la ficción dio sus frutos. Tadeusz le envió diez libras y una advertencia sobre cómo gastarlas con prudencia. [319] Como si de

un quid pro quo cósmico se tratara, Conrad naufragó en su siguiente barco, el Palestine.

Los buenos puestos, con los mejores salarios y las mejores condiciones de trabajo, no estaban en los barcos de vela, sino en los vapores; no en los cargueros, sino en los barcos de pasajeros; no en los trayectos de semanas por el Pacífico o el Índico, sino en las travesías del Atlántico. Por lo general, en estos conseguían enrolarse como tripulación los hombres que ya tenían algún vínculo personal con los armadores, los fletadores o los patrones. Si, como era el caso de Conrad, eras un extranjero «sin contactos, conexiones, ni amigos influyentes», dependías del azar, del boca a boca y de intermediarios relativamente dudosos como Wil iam Sutherland, el agente de Conrad, que fue procesado varias veces por proveer aprendices sin licencia.[320] Es posible que tuvieras que esperar largos meses en tierra, sin cobrar un salario, antes de conseguir otro trabajo. Lo normal era que tuvieras que aceptar empleos que estaban por debajo del rango de tu certificado, y Conrad lo hizo así casi siempre; fue capitán de barco únicamente una vez. [321] Y

cuando conseguías enrolarte, solía ser en esos veleros de larga distancia en los que tus compañeros de tripulación eran, en número desproporcionado, extranjeros como tú. Todo un tercio de los compañeros que tuvo Conrad en los barcos británicos no eran británicos. [322] No fue hasta 1894 que consiguió entrar en la clase de barco más buscada, un vapor transatlántico, y tampoco fue un logro completo. Aunque ya tenía el certificado de capitán, tuvo que aceptar la humilde posición de segundo oficial, y el Adowa estaba lejos de ser un transatlántico británico de primera. Fletado para transportar a los emigrantes franceses desde Ruan hasta Quebec, el

viaje se canceló cuando resultó que no había nadie que deseara ir.

[323] Ya no volvería a trabajar como marinero.

Conrad perteneció a la última generación de marinos que se empleó principalmente en barcos de vela y, a medida que navegaba por un mercado laboral en transformación, llegó a compartir con sus pares la impresión de que las velas y el vapor encarnaban algo más que simplemente tecnologías distintas. Eran el signo de dos modos de vida diferentes. Los barcos de vapor necesitaban ingenieros en lugar de fabricantes de velas; bomberos que echaban carbón a las calderas bajo cubierta en lugar de ágiles marinos que pudieran reparar los aparejos en lo alto.[324] Los hombres que habían probado su maestría con las velas pensaban que embarcarse en un vapor no era realmente hacerse a la mar, y por eso uno de los personajes de Conrad dice «abandonaría el mar para siempre y se embarcaría en un steamer».[325]

A principios de 1900, los escritores del mar estaban escribiendo sobre el declive de la era de la vela con el mismo tono entristecido con el que podría recordarse a una querida abuelita. Conrad, con problemas de liquidez y detectando una oportunidad comercial, empezó a escribir en 1904 una serie de medio meditaciones medio reminiscencias sobre los barcos de vela, que finalmente se publicaron en 1906 con el título de El espejo del mar. Habla del libro como de «el registro de una fase, ya casi desaparecida, de un cierto tipo de actividad con la que simpatizaban los habitantes de esta isla». [326] Su tono elegiaco conmovió a algunos lectores hasta las lágrimas. [327]

No obstante todo lo que intentó sacar provecho del mercado de las historias del mar, Conrad siempre se resistió a verse encasillado

en la ficción de género. Los relatos ambientados en el mar eran, para él, historias de vida. El espejo del mar «no es el tipo de libro que escribiría un escritor marino profeso —insistía a su agente—.

Puede gustarle hasta al público en general, pues su interés no es exclusivamente marítimo, sino en gran medida humano».[328]

Conrad describía los barcos de vela como «la aristocracia de los barcos», operados por hábiles artesanos, aristócratas del trabajo (y en su caso, un miembro de la nobleza polaca recubierto de alquitrán británico).[329] Los veleros fomentaban la construcción de una comunidad anclada en los valores de la lealtad, la determinación, el valor y el compromiso. Los veleros representaban un sentido ético muy distintivo (y distintivamente británico). Su desaparición señalaba un momento de profunda significación humana, social y moral.

Muchos de los textos de El espejo del mar hacen uso de la metáfora para vincular algunos aspectos de la práctica marítima con la condición humana. «Recaladas y partidas», los términos que marcan el final y el comienzo de un viaje, representan el nacimiento y la muerte. Las anclas, asociadas con la estabilidad y el regreso a casa, son «emblemas de esperanza». Un velero es una construcción etérea de «telarañas e hilo», y la navegación a vela es «el bello arte». En sus pasajes más floridos, Conrad retrata el velero como el único lugar de la naturaleza donde los humanos se tocan con lo sobrenatural. Un buque impulsado por el viento «parece extraer su fuerza del alma misma del mundo», se desliza sobre las aguas y

«parecía llevar, misteriosamente, una especie de existencia extraterrenal, lindante con la magia de las fuerzas invisibles». [330]

Pero para navegar hacía falta algo más que magia; hacía falta

pericia humana. Para Conrad, un velero encapsulaba esa combinación de oficio, arte, técnica y maestría que en inglés se define como craft. Navegar exigía la capacidad de observar, interpretar y aprovechar la naturaleza. Exigía experiencia, aprendizaje, valor, percepción, creatividad, adaptabilidad y buen juicio. [331] «Llevar por el mundo un moderno barco de vapor […]

no tiene la misma calidad de intimidad con la naturaleza —explicó Conrad—. No tiene esos grandes momentos de seguridad en uno mismo, ni esos otros, no menos grandes, de duda y examen de conciencia […] No posee la calidad artística de un combate singular con algo mucho más grande que uno mismo; no es la laboriosa, absorbente práctica de un arte cuyo definitivo resultado queda de la

mano de los dioses».[332]

No es casualidad que Conrad, un marinero convertido en escritor,

caracterizara la marinería como un arte. O que lo más parecido a un manifiesto literario que produjo fuera el prefacio del único libro que escribió sobre los marinos comunes y corrientes de «delante del mástil» (no los oficiales, que se mantenían en popa), El negro del Narcissus. En el prefacio, Conrad define su propósito diciendo que desea despertar «el sentimiento de una inquebrantable solidaridad»

entre sus lectores.[333] La novela representaba el velero ideal como un crisol de solidaridad, como, literalmente, una «fraternidad».

Hablaba a menudo de la «fraternidad del oficio» que se forjaba entre los hombres en los veleros. [334] Que todos eran hombres no hay casi ni que decirlo. Conrad contrarresta cualquier posible sospecha de homosexualidad presentando a los marinos como los muchos maridos de una misma mujer, unidos entre sí por el amor a su nave, a la que se refieren siempre en femenino. Y puesto que un

barco «se diferencia, a pesar de tener atributos femeninos y ser amado de un modo muy irracional, [...] de una mujer», su amor se mantenía casto, puro y seguro.[335]

Los miembros de la fraternidad eran hombres comunes

«familiarizados con el trabajo, la privación, la violencia y el libertinaje, desconocedores del miedo e incapaces de abrigar odio en sus corazones. Duros de manejar, pero fáciles de inspirar, mudos siempre, pero bastante viriles para despreciar en su alma la sensiblera garrulería de los que deploraban la dureza de su suerte».

[336] Los disidentes de esta comunidad eran hombres parecidos a uno de los personajes de la novela, un follonero malcontento del Narcissus de la ficción, «el hombre incapaz de gobernar un timón o ayustar dos cabos; el hombre que esquiva el trabajo en las noches oscuras [...] El hombre incapaz de hacer tres cuartas partes de su oficio y que no desea hacer la otra». Este tipo de hombre «celoso de todos sus derechos, pero que nada quiere saber [...] del tácito pacto de buena fe que liga a los miembros de una tripulación». [337] En el desprecio de Conrad resuena un perdurable desagrado ante la organización sindical y la política radical. «¿Dónde está el hombre capaz de detener esta avalancha de ideas socialdemócratas? —había clamado en 1885—. Inglaterra era la única barrera ante la presión de las doctrinas infernales nacidas en los barrios marginales del continente. ¡Ahora ya no queda nada!».[338]

Ningún marino encarnaba mejor que los británicos la «fraternidad del

oficio» de Conrad. El concepto lo invocó por primera vez en su relato «Juventud», que empieza con estas palabras: «Esto solo podía haber ocurrido en Inglaterra, donde los hombres y el mar se compenetran, por decirlo así: el mar influye en la vida de la mayoría

de los hombres, y los hombres saben algo o todo acerca del mar».

[339] Basado en su época de servicio como segundo oficial del Palestine entre 1881 y 1883, «Juventud», según insistía Conrad, apenas era una obra de ficción. Más bien «un ejercicio de memoria»,

«un registro de experiencias».[340] Así que es notable que uno de los cambios que aplicara en el Palestine para crear su homólogo ficticio, el Judea, fuera reemplazar a la tripulación absolutamente internacional del Palestine (irlandeses, holandeses, noruegos, australianos, antillanos, de Cornualles) por una tripulación de «tipos duros» que «nos mandaron […] completa desde Liverpool».[341] El segundo oficial del Palestine había sido el polaco Konrad Korzeniowski, pero en el Judea, el papel de segundo oficial y narrador lo desempeñaba Charles Marlow, inglés de la cabeza a los pies, en la primera de sus diversas apariciones en la obra de ficción de Conrad.

«Un profano los hubiese tomado por un grupo de redomados inútiles, sin posible redención», decía Marlow de sus hombres, pero

«aquella tripulación de tipos duros de Liverpool estaba hecha de buena madera». Se ven puestos a prueba cuando el barco, cargado de carbón, se incendia de repente en el mar. Marlow ordena a los hombres que trepen por los mástiles abrasadores y enrollen las velas. «¿Qué les hizo comportarse así? ¿Qué los llevó a obedecerme?», se pregunta, si sabían que los mástiles podían venirse abajo en cualquier momento… «No era el sentido del deber, todos sabían perfectamente cómo evadirse, holgazanear y escurrir el bulto […] ¿Eran las dos libras y diez chelines al mes lo que los había llevado hasta allí? Estaban convencidos de que su paga no era ni la mitad de lo que merecían. No; era algo que había en su interior, algo

innato, sutil y permanente. No pretendo decir que la tripulación de un mercante francés o alemán no lo hubiese hecho, pero dudo que lo hubiese hecho de la misma manera». Esto, esta disposición a sacrificarse por una causa mayor, «esto solo podía haber ocurrido en Inglaterra». Eso era el «algo secreto», asegura Marlow, «que marca la diferencia racial, que modela el destino de las naciones».[342]

Aunque Conrad definía la «diferencia racial» tan a menudo por la

etnicidad (anglosajona, eslava, etcétera) como por el color de la piel, no es necesario que señalara que la marinería era, literalmente, si no figuradamente, blanca. Dos décadas más tarde, casi las mismas palabras exactas aparecerían en un texto de propaganda que Conrad escribió para el Almirantazgo acerca del servicio de la Marina mercante durante la Gran Guerra. [343]

Conrad sella las asociaciones de Gran Bretaña con la marinería (y la blanquitud) al final de El negro del Narcissus (cuyo mismo título se apoya crudamente en la contraposición entre blanco y negro y en Estados Unidos, para evitar ofensas, se publicó inicialmente como The Children of the Sea). El libro hablaba de una tripulación que se encuentra en su trayecto de regreso a casa desde Asia, y cuya solidaridad se ve perturbada por la enfermedad (o, como sospechan muchos de ellos, su simulación) de un miembro de la tripulación originario de las Antillas. Justo cuando el Narcissus se aproxima a aguas de su tierra natal, el antillano muere, lo que supone una bofetada de realidad a la cara de los hombres que habían creído que mentía. «Su muerte, como la muerte de una vieja creencia, conmovía las bases de nuestra sociedad. Desaparecía un lazo común: el poderoso, efectivo y respetable lazo de una mentira sentimental». En ese momento de vulnerabilidad, rota su fraternidad

y agotada su paciencia por la larga travesía de regreso, los marinos ven emerger de las olas a la propia Gran Bretaña «como un barco temible constelado de fuegos vigilantes». «Su masa se levantaba inmensa y fuerte como una torre, custodiando tradiciones sin precio y dolores sin historia, asilo de gloriosos recuerdos y de olvidos degradantes, de innobles virtudes y de rebeliones sublimes. ¡Barco venerable! [...] Arca histórica, madre de las aguas y las naciones, gran barco almirante de la raza, más fuerte que las tempestades y anclado en alta mar».[344] «Inmensa como una torre» y bastión de la «tradición», aquella nave nodriza —aquella madre patria— no puede ser otra cosa que un velero, que acoge a sus súbditos en una comunidad enriquecedora.

La navegación a vela significaba oficio. Significaba arte.

Significaba compañerismo. La navegación a vela significaba lo británico en contraposición a Europa, lo blanco en contraposición a lo asiático y lo negro. Para Conrad, la navegación a vela significaba lo mejor de un mundo que operaba en contra de ella, el ideal que había de ser siempre perseguido, aunque no volviera a recuperarse nunca. Todas estas asociaciones explican por qué, cuando Conrad quiso reiterar su apego a Gran Bretaña ante los críticos de El agente secreto,

lo hizo escribiendo acerca de su carrera como marinero en Crónica personal. Y explican también por qué habla del «asunto deliberado» que fue su elección de que «decidido a ser marino, iba a ser un marino británico», en una Marina mercante que en realidad era menos «británica» que nunca. Y explican por qué, en Crónica personal, insiste en mostrar su apego a la navegación a vela frente a los aparentes atractivos del vapor.

Aparece en un largo relato de su examen de patrón en la Junta de

Comercio en 1886, un recurso literario que le permite demostrar de nuevo su dominio del oficio, esta vez ante el lector. (No habla de las dos veces que había suspendido los exámenes). Cuenta cómo camina por Tower Hill en dirección al examen, preparado para el interrogatorio más duro hasta ese momento. Las salas estaban equipadas con «una parafernalia ya familiar, a saber, las maquetas de barcos y de aparejos, un tablero de señalizaciones en la pared» y

«un mástil desaparejado adherido al borde» de una mesa. [345] Un rollizo capitán de bigotes grises lo recibe.

«Mmm… Veamos —comienza el examinador—. Supongamos que me cuenta usted todo lo que sepa de las cartas de fletamento».

[346] Conrad repasa de memoria sus libros. Cartas de fletamento:

«Un contrato escrito por el cual se arrienda un buque para uno o más viajes». [347]

«¿Qué idea tiene de una espadilla de fortuna?», a Conrad no le había ocurrido nunca perder el timón en alta mar, pero había memorizado algunos ejemplos de timones improvisados. Se empieza por «quitar vela del barco» para reducir la velocidad. Luego se instala un timón temporal con un mástil de repuesto. «Se suspende con una cadena uno de los extremos del mástil por el tronco del timón… y el otro extremo debería tener una pala como un remo; unas pesas para hundirlo, un aparejo para levantarlo […] y muchachos para guiarlo entre los bloques del extremo de la popa, y desde allí hasta el cilindro de la rueda del timón». [348]

Repasaron los detalles de la gestión de un barco y el examinador le habló de sus propias aventuras de «antes de que usted naciera».

«Es usted de extracción polaca», observó el capitán.

«Soy nacido en Polonia, señor».

«Pues diría que no hay muchos hombres de su misma nacionalidad a nuestro servicio […] Son ustedes gente de tierra adentro, ¿no es así?».

«Sí, en efecto». [349]

«Desconozco cuáles puedan ser sus planes —concluye el examinador—, pero debería enrolarse en un vapor. Una vez obtenido el título de patrón, es el momento de enrolarse en un vapor. Yo en su caso no lo dudaría». [350]

Conrad sale de aquella sala, explica, sopesando con seriedad su logro. «Era un hecho, me dije, me había convertido en patrón de la Marina mercante británica […] Era una respuesta a cierto escepticismo no del todo expresado, e incluso a ciertas calumnias en modo alguno placenteras». Había coronado con éxito sus sueños de la infancia. ¿Y después qué? «Es menester darse cuenta de que, en mi vocación, no existía la menor idea de lo que por entonces se consideraba "una carrera"», asegura Conrad al lector.[351] Era un concepto muy poco romántico, por no decir declassé. Si ser un patrón titulado significaba abrazar una carrera profesional como marino, y si una carrera significaba meterse en el vapor, entonces era hora, para él, de hacer otra cosa.

Por eso, explicaba Conrad, «Nunca he servido en vapores; mejor dicho, casi nunca. Si viviera el tiempo suficiente, me convertiría en una extravagante reliquia, una especie de monstruosa antigualla, pues probablemente llegaría a ser el único marino de la edad oscura que nunca hubiese servido en un vapor… o casi nunca».[352] La transición de la vela al vapor, en sus palabras, marcó su paso de la juventud a la edad adulta. Lo transformó de marino en escritor.

Todo esto construía una bella retórica, pero también una historia

engañosa. Al declarar que «Nunca he servido en vapores; mejor dicho, casi nunca», Conrad daba a entender que le volvió la espalda al vapor por elección propia. De hecho, dadas las dificultades para encontrar trabajo, es posible que fuera más exacto decir que el vapor, al menos en lo relativo a transatlánticos británicos de última generación, se le escapaba.

Y después está la verdad biográfica. Porque, después de aprobar el examen de patrón, Conrad sí sirvió en vapores, primero en Asia, después en África, y lo hizo como una elección consciente. Pero si bien el velero británico representaba las formas de humanidad, sociedad y ética que más admiraba, en la estela del vapor iba a navegar por aguas

más turbias.

5

Meterse en el vapor

En febrero de 1887, Konrad encontró Ámsterdam apresada por una intensa helada. Los canales estaban bloqueados por el hielo. Los barcos, «como cadáveres de negros bajeles en un mundo blanco», permanecían a la espera de recibir su cargamento inmovilizado. El capitán del Highland Forest no había llegado aún, de modo que Konrad estaba temporalmente al mando. Dormía a bordo, bajo un pesado montón de mantas. Durante el día, tomaba un tranvía para ir al centro de la ciudad y se acomodaba en las elegantes sillas tapizadas de felpa roja de un «lujoso café» que tenía relucientes dorados en el techo y luz eléctrica. Desde allí escribía a los navieros de su barco, en Glasgow, contándoles las actualizaciones y casi todos los días recibía, a su vez, una carta, «ordenándome ir a ver a los fletadores para reclamarles el cargamento del barco; […]

exigirles que pusieran inmediatamente en manos del ferrocarril aquel surtido de mercancías diversas, agarrotado en medio de un paisaje de hielo y molinos de viento en algún lugar tierra adentro, para írselo suministrando al barco en cantidades regulares cada día». Con obediencia, llamaba al fletador, un tal Mr. Hudig, pero antes de que Konrad pudiera dar inicio a su arenga, el holandés lo silenciaba con un enorme puro, un fuego crepitante y una fluida conversación en un inglés excelente sobre los rigores del tiempo. [353]

Llegó el deshielo. Gabarras y schuyts empezaron a deslizarse por

unos canales llenos de sedimentos transportando artículos de algodón y provisiones con destino a las Indias Orientales. Una de las responsabilidades fundamentales de un primer oficial era la supervisión de la carga. Todos y cada uno de los artículos debían mantenerse protegidos durante su largo viaje hacia los cálidos mares y, en su conjunto, la carga tenía que estar equilibrada para permitir que la travesía fuera segura y rápida. Un barco con demasiada carga en la parte superior hacía «palanca», se balanceaba en exceso, lo que aumentaba el riesgo de volcar bajo vela. Un barco con demasiada carga en la parte inferior se quedaría «rígido», dando sacudidas con movimientos bruscos, con lo que los mástiles, aparejos y palos tendrían que soportar demasiada tensión. Konrad sabía que cada embarcación tenía unas peculiaridades distintivas, pero no conocía el Highland Forest, así que lo cargó siguiendo las indicaciones del

manual de la estiba: On the Stowage of Ships and Their Cargoes, de Robert White Stevens. Los quesos debían

«embalarse en cajas con separaciones internas» y «no deben apilarse en más de dos alturas». La cerveza embotellada debía ir en la parte delantera del barco, que es la que se mantenía más fresca, los barriles de cerveza tenían que mantenerse lejos de cualquier elemento que pudiera provocar su calentamiento, para evitar que siguiera fermentando. Las balas de textil «deben estibarse por su parte plana si se encuentran en el centro del barco y por sus extremos si van en las alas». La avena «debe embalarse con mucha seguridad o se perderá una cantidad considerable de flete; pues por lo general los sacos suelen ser pateados».[354]

Acababa de terminar de cargar el barco cuando llegó el capitán John McWhir para tomar el mando. McWhir era un irlandés cuatro

años mayor que Konrad que había capitaneado el Highland Forest dos veces más con anterioridad y sabía bien que era «una arpía extraordinariamente cosquillosa a la hora de cargarla». El capitán caminó por el muelle de un lado a otro estudiando su asiento en el agua. «Le ha cogido bastante bien el asiento de proa a popa», dijo McWhir a su nuevo compañero. «¿Qué hay de los pesos?». Konrad le explicó que había colocado un tercio de la carga en la parte superior de la bodega, «por encima de los baos», y dos tercios por debajo, según aconsejaba el manual.

McWhir lanzó un silbido. El Highland Forest tendía a la rigidez, por lo que necesitaba llevar mucho más peso en la parte alta del que Konrad había cargado. Pero ya era demasiado tarde para cambiar algo. «Pues me parece que nos vamos a divertir durante esta travesía», dijo el capitán, riéndose.

Se balancearon abrupta y violentamente hasta Java. Konrad no había experimentado nunca nada similar. «Cada vez que empezaba»

el vaivén «uno tenía la impresión de que ya nunca pararía […] Había días […] en los que no había posición fija que pudiera adoptarse sin sentir una tensión constante en todos los músculos del cuerpo». Se balanceaban sin cesar mientras trabajaban: «que esta urca maldita me golpee hasta sacarme los sesos si se le antoja», proclamó maldiciendo uno de los miembros de la tripulación en su lucha por mantener el equilibrio. Se balanceaban durante las comidas. «Eso es su tercio por encima de los baos», gruñía McWhir, aferrándose a la mesa para estabilizarse. Se balanceaban mientras dormían. Algunos de los palos

menores comenzaron a agrietarse y a soltarse. «No fue sino justicia poética» que uno de los palos saliera volando desde lo alto de la jarcia, le diera un golpetazo a Konrad en la espalda y lo

tirara arrastrándolo por la cubierta. [355] Por las piernas le bajaban puñaladas de ciática; los músculos dorsales se le volvieron como de goma. [356] Cuando llegaron a Semarang, en la costa de Java, un médico europeo le aconsejó que dejara el barco y se dedicara a recuperarse. Cruzó el estrecho de Malaca hasta Singapur e ingresó en un hospital europeo.

En aquella cama, durante los días malos se sentía acalorado, empapado de humedad, herido, malcontento. Aquel tendría que haber sido un buen año. Naturalizado como súbdito británico.

Titulado como patrón de la Marina mercante. Y, además, un nuevo pasatiempo. Durante sus doce años en el mar había ido acumulando una buena cantidad de historias y cuando vio que la revista Tit-Bits organizaba un concurso de relatos escritos por marinos, se había puesto a escribir uno.[357]

¿Y qué importaban todas esas cosas? Estaba «completamente harto de navegar por poco dinero y aún menos consideración».[358]

Se había mantenido en la profesión por más tiempo del que nadie en su familia hubiera esperado, había obtenido todas las credenciales y justo cuando parecía que había entrado en «el buen camino» y podía «sostenerme por mí mismo»… un porrazo. «Pas de chance».

[359] El examinador de la Junta de Comercio le había aconsejado que se metiera en un vapor, pero no le salía ningún puesto que fuera bueno. Su tío Tadeusz le aconsejó que se dedicara a los negocios, pero no conseguía ahorrar dinero. Era un capitán titulado incapaz de encontrar una capitanía, un marino veterano que había resultado herido en su propio barco, un inválido desempleado y varado a miles de kilómetros de su lejano hogar. Se preguntaba: ¿Y ahora qué?

[360]

En los días buenos, Konrad paseaba cojeando por el jardín del hospital. Este estaba en una loma y desde allí podía ver el puerto, salpicado de barcos «como de juguete» sobre una alfombra de

nudos.[361] Algunos islotes arrancados al mar, el inicio de un archipiélago que se extendía casi hasta Australia. «Amo el mar —

pensaba en esos momentos—. Amo el mar, y si pudiera tan solo ganarme el pan con ello […] Debería ser relativamente feliz». [362]

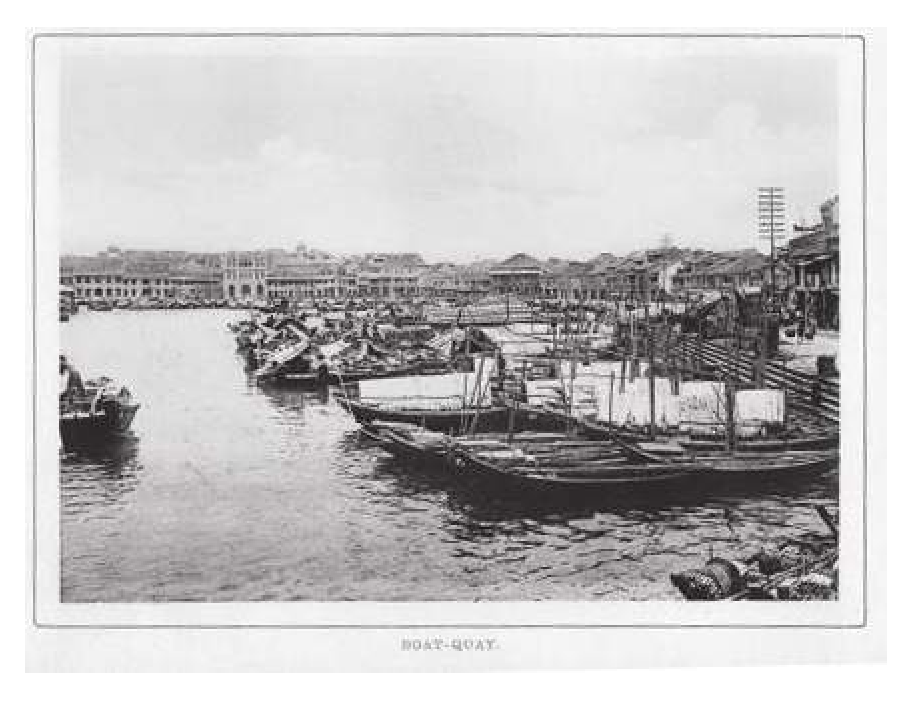
Cuando pudo volver a caminar sin molestias, Konrad pidió el alta del hospital y bajó por la colina hasta la ciudad. Había estado ya dos veces en Singapur, pero en aquellas dos visitas anteriores se había quedado por las proximidades del Hogar del Marino, un bungalow situado en un jardincito «extrañamente parecido a un jardín de arrabal» que supervisaba un tipo mojigato, apóstol de la templanza, desde una oficina que estaba repleta de encajes y de butacas con relleno de crin, como si fuera un «respetable salón del East End londinense». [363] Si no fuera por el sirviente chino que balanceaba con desgana un punkah, en la sala de estar no pensarías que estabas en Asia. [364]



Una calle de Singapur.

Conrad deambuló por el centro de la ciudad, caminando bajo los aleros de la techumbre de los comercios adosados. Sus frentes eran como una versión tropical de las terrazas de Islington que había dejado atrás. Pasó ante los dinteles rotulados en chino de los que se balanceaban farolillos rojos: casas de té, banqueros, caldereros, sastres. De las tabernas, anunciadas con rótulos toscos que rezaban the silver anker o the original madras bob, salían los marineros.

Observó el interior del patio de un templo taoísta nublado de incienso; vislumbró los minaretes de color verde guisante de una mezquita. Junto a él pasaban al trote los tiradores chinos de rickshaws y los porteadores tamiles llevando fardos en equilibrio sobre sus turbantes. Aquí y allá atisbaba de vez en cuando algún europeo espectral vestido completamente de blanco, desde el



BOAT-QUAY.

salacot hasta los zapatos embarrados. [365] El hedor a cebolla de los durians acompañó a Konrad calle abajo.[366]

Al l egar a la orilla del río, se quedó contemplando la magnitud del sólido horizonte del poder británico. La oficina del puerto, el puesto de correos y los edificios Flint, con su laberinto de oficinas, se alineaban sobre el dique, demasiado robustos y sobreornamentados en aquel calor. Un puente colgante de hierro se tendía sobre el río como un policía con las manos apoyadas en las caderas.

El Boat Quay en el río Singapur.

Desde el puentecillo, Konrad contempló el puerto interior del río.

[367] Algunos juncos con aletas de vela plisadas, barcos de pesca con aparejo de queche, las gabarras de anchas vigas rematadas con cobertizos, los perahus, con su forma de colmillo y unos ojos pintados que emergían del agua mirando por encima de la línea de flotación. [368] Konrad desconocía los nombres de todos aquellos

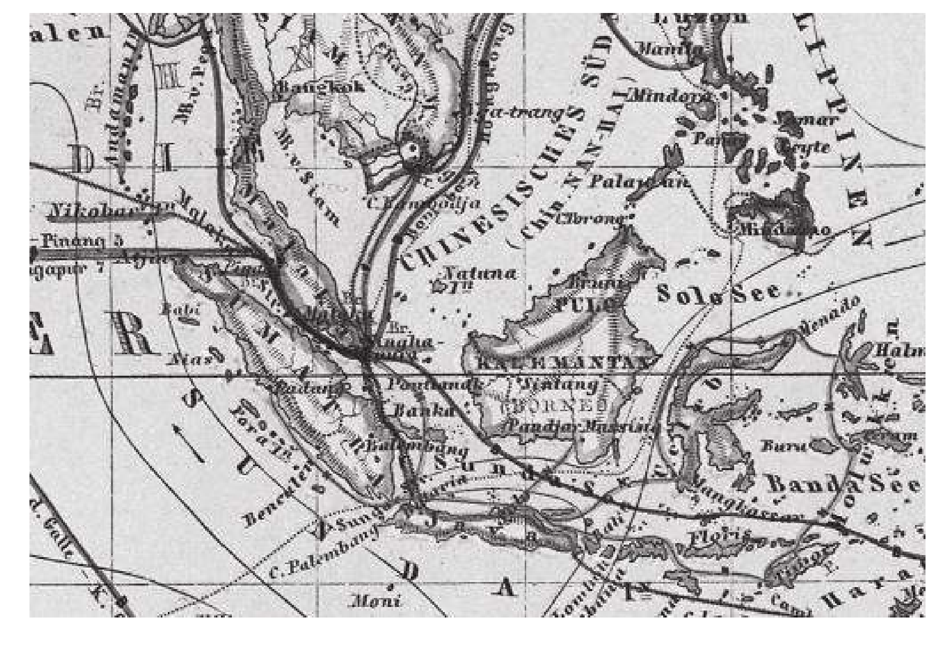
barcos y los lugares de donde procedían, pero sabía reconocer que aquella variedad era la promesa de un mundo marítimo único.

A medio camino entre la India y China, en la bisagra entre la península y el archipiélago malayos, Singapur parecía estar geográficamente predestinado a ser un crisol de culturas.[369] Más malayo que Hong Kong, más indio que Batavia (Yakarta), más chino que Calcuta, más europeo que Bangkok, para los occidentales era la encarnación misma del «Oriente». «En ningún otro lugar puede contemplarse mezcla tal de razas —dijo el magnate del acero Andrew Carnegie, que pasó allí diez días en 1879—: la mitad […]

chinos, el resto malayos, tamiles, javaneses, hindúes y todo el resto de razas orientales bajo el sol, creo, y unos pocos europeos. Aquí la lucha por la "supervivencia del más fuerte" se desarrolla bajo la protección de la bandera británica». (Carnegie consideraba que era

«solo cuestión de tiempo que los chinos acabaran arrinconando a todas las demás razas»). [370] Conrad recordaría siempre las «caras oscuras, bronceadas, amarillas, los ojos negros, el resplandor, el color de la muchedumbre oriental».[371]

Pero la mezcla «oriental» de Singapur era en gran parte resultado de la tecnología y el imperialismo europeos. La ciudad fue fundada en 1819 por el agente de la Compañía Británica de las Indias Orientales, Stamford Raffles, con el objetivo de entrar en un mercado que entonces dominaban los holandeses. Para debilitar a sus competidores, Raffles designó a Singapur como puerto de libre entrada, sin aranceles ni restricciones aduaneras al comercio. Eso lo convirtió en un imán para las poblaciones de la diáspora que durante



mucho tiempo habían entrelazado las zonas costeras del océano Índico, bien como comerciantes, bien como inmigrantes, entre ellos los fujianos de China, los tamiles del sur de la India, los árabes de Hadramaut (hoy Yemen) y los bugis del archipiélago malayo.

Rutas de navegación en Singapur, ca. 1880.

«La apertura del canal que cruza el istmo de Suez —escribiría más tarde Conrad—, como rompiendo un dique, había lanzado al Oriente una avalancha de nuevos buques, nuevos hombres, nuevos métodos comerciales». [372] Entre 1870 y 1890 el valor de las exportaciones y las importaciones que pasaban por Singapur llegó casi a triplicarse.

[373] Compañías navieras británicas, holandesas, francesas, austriacas y españolas establecieron allí sus agencias, la mayor de ellas, con diferencia, la British India Steam Navigation Company, que contaba con cincuenta y siete vapores y operaba diecisiete rutas

distintas. [374] Hacían de la ciudad, tal como en 1885 lo expresó un visitante estadounidense, «el gran ganglio central del archipiélago malayo y del Sudeste Asiático, el centro del Lejano Oriente. Los radios son las líneas de los vapores que salen casi en todas direcciones, hacia Bangkok, Saigón, China y Japón, Manila, Sarawak, Pontianak, Batavia, Sumatra, Ceilán, Calcuta, Rangún y Malaca».

[375]

Pocos puertos al este de Suez tuvieron un crecimiento tan extenso y tan rápido, y la razón, paradójicamente, tuvo que ver con una limitación tecnológica. El canal solo podían utilizarlo eficazmente los barcos de vapor, pero el coste del carbón hacía que estos no fueran aún competencia para la vela en rutas de más de tres mil quinientas millas. (Una de las razones por las que Konrad Korzeniowski viajó con tanta frecuencia a Australia durante las décadas de 1870 y 1880

fue que, durante sus veinte años en el mar, esa ruta siguió siendo más rentable para los barcos de vela que para los vapores).[376]

Desde el norte de Europa, un buque de vapor podía cruzar el Atlántico o bordear el Mediterráneo. Desde Singapur, el radio del vapor abarcaba China, India y todo el conjunto de las Indias Orientales, algunas de las rutas comerciales de mayor riqueza del mundo. Singapur prosperó como centro de comercio. La mitad de todo lo que llegaba a la ciudad se descargaba y se embarcaba en distintos buques para su distribución por la región. [377]

En torno a los «radios» del comercio a larga distancia, que estaba dominado por empresas europeas, navegaban flotas de pequeños vapores propiedad de los transportistas árabes y chinos de Singapur.

Además de sus escalas en los puertos menores del archipiélago malayo, también prestaban servicio a los florecientes mercados

regionales de pasajeros. La familia Al Sagoff, propietaria de la Singapore Steam Ship Company, la mayor compañía regional de la década de 1880, operaba como intermediaria en el tráfico anual de peregrinos a La Meca. Diversos armadores chinos, entre ellos el comerciante de Fujian Wee Bin, dieron servicio al floreciente

«comercio de culíes» de mano de obra china.[378]

El elevado número de barcos de vapor existente hacía que Singapur fuera un lugar popular entre los oficiales que deseaban acumular experiencia para sus exámenes de patrón y para que Konrad Korzeniowski encontrara un barco. [379] Incluso si había «el doble [de hombres] de los puestos disponibles en el mercado local», la competencia por los puestos de oficiales era menor que en Gran Bretaña, donde Konrad aún no había conseguido encontrar una oferta a la altura de su rango.[380] Lo que un ingeniero había descrito como el «sentimiento de camaradería de toda la comunidad de Singapur» facilitaba la tarea de estar al tanto de las oportunidades laborales. Era posible enterarse de algo durante una estancia en el Hogar del Marino

o tomando una cerveza en Emmerson's Tiffin Rooms, en el paseo de la ribera, «guarida habitual de todos y cada uno». O tan solo con pasar por la Oficina del Puerto, que estaba unas puertas más allá, y hablar con el jefe de operaciones portuarias, Henry Ellis, un irlandés con un redomado sentido de su propia importancia.

El 22 de agosto de 1887, pocas semanas después de salir del hospital, Konrad se enroló en un vapor de 206 toneladas llamado SS

Vidar en el puesto de primer oficial. Encontró el barco atracado en los muelles de Tanjong Pagard, un complejo de almacenes, carboneras y talleres. Por el puerto revoloteaban los tongkangs y los

champanes cargados de mercancías y de gente. Los culíes entraban y salían de las bodegas; carros de bueyes cargados con sacos de yute avanzaban pesadamente hacia la ciudad. [381]

En la medida en que el Vidar se había construido en Tyneside y enarbolaba la Insignia Roja, era un barco británico, pero a ojos de Konrad era también «un buque oriental». El armador era un árabe hadramita de nombre Syed Mohsin bin Salleh al Jooffree, que en sus mejores épocas había sido uno de los hombres más ricos de Singapur y había tenido despachos en Adén, Yeda y Suez.[382]

Aunque tenía ya setenta años y estaba perdiendo la vista y gran parte de su fortuna, el «excelente (y pintoresco) armador árabe»

todavía inspiraba respeto cuando aparecía por el muelle, tal como después lo describiría Konrad, «vestido con una túnica inmaculada y calzado con babuchas amarillas» y rodeado por «una turba de peregrinos malayos [que] le besaba las manos gravemente». Los británicos recurrían a árabes como Al Jooffree en calidad de intermediarios con la comunidad musulmana malaya y, a su vez, consideraba Konrad sobre el armador, «difícilmente se habría encontrado al este del canal de Suez un súbdito más fiel del complejo Imperio británico».[383]

Konrad compartía el comedor de oficiales con otros tres europeos: el capitán James Craig y los ingenieros James Allen y John Niven, presumiblemente escoceses, como lo eran casi todos los ingenieros del estrecho. La tripulación estaba formada por trece miembros, todos ellos lascares asiáticos. [384] Los oficiales europeos tendían a clasificar a los lascares según su origen étnico. «La mejor combinación que yo he podido encontrar es la siguiente: chinos en cubierta y como cocineros y asistentes; indios en la caldera de

combustible y malayos o filipinos en la intendencia», aseveró un oficial, convirtiendo el barco en un microcosmos del divide y vencerás. [385] En cuanto oficial blanco en Asia, Konrad pertenecía a una minoría privilegiada tanto por raza como por rango. Pero en cuanto extranjero enrolado en barcos británicos, también sabía lo que era no hablar el mismo idioma que sus oficiales y compañeros de navío. A bordo del Vidar aprendió algo de malayo para hacer más fácil la comunicación básica con la tripulación malaya.[386]

El Vidar hacía un circuito de aproximadamente cuatro semanas por puertos pequeños de Borneo y Célebes, un tipo de ruta que tan solo un vapor podría recorrer con eficacia, casi ajeno a los vientos y a las corrientes fluviales.[387] Impulsado por el vapor, el Vidar podía salir del abrazo húmedo del puerto de Singapur y adentrarse en el mar de China Meridional.

Para un marinero, aquellas aguas suponían una cosa: piratas.

Salían navegando de las calas de la costa norte de Borneo, surcaban las olas desde las ensenadas de Célebes y avanzaban rumbo al sur desde el archipiélago de Joló. Británicos y holandeses emplearon la piratería como chantaje contra los sultanes; les obligaban a firmar acuerdos que prohibían su práctica y, cuando no lo hacían, intervenían. Las patrullas y las expediciones navales de británicos, holandeses y españoles habían reducido aquel peligro, pero la piratería seguía siendo una amenaza demasiado viva como para haberse convertido aún en pasto inocente de los libros de cuentos infantiles.

El primer puerto de escala del Vidar era Banjarmasin, en la costa sur de Borneo. Aquella era la primera vez que Konrad veía un lugar que no conocía más que por libros y mapas. La isla, del tamaño de

Gran Bretaña y Francia juntas, estaba poblada por decenas de grupos étnicos indígenas, llamados dayaks, y gobernada por sultanes musulmanes malayos («Borneo» es una derivación del nombre del único sultanato que sigue siendo un Estado soberano, Brunéi); y dividida en zonas de influencia por agentes británicos y holandeses ambiciosos de hacerse con una parte de su economía.

[388] Esto hizo que Borneo ser convirtiera en un foco de rebeliones, guerras de sucesión y disputas fronterizas. Y también lo convirtió en un lugar perfecto para los saqueadores y contrabandistas en busca de fortuna.

Lo que Konrad sabía sobre Borneo probablemente había llegado a conocerlo a través de sus lecturas sobre James Brooke, el más famoso británico que hubiera dejado su huella en aquellas islas.

[389] A finales de la década de 1830, Brooke se había comprado una goleta y navegó hacia el Sudeste Asiático en busca de ocasiones para obtener fama y fortuna, como su héroe, Stamford Raffles. Las encontró en la región de Sarawak, en el extremo noroeste de Borneo, donde una rebelión amenazaba con provocar el derrocamiento del sultán de Brunéi. Brooke contribuyó a la restitución del soberano y en 1842 fue recompensado con el título de rajá (rey) de Sarawak. Como «rajá blanco» de Sarawak, Brooke quiso «civilizar» la provincia según los dictámenes británicos, acabando con las prácticas tradicionales de los cazadores de cabezas dayaks y tomando enérgicas medidas contra la piratería. Además, reclutó a inmigrantes chinos para trabajar en las minas de oro, misioneros anglicanos para el cultivo de almas y a sus propios sobrinos ingleses para apuntalar su autoridad personal. Aunque no llegó a hacer realidad el sueño de su vida, transferir Sarawak a Gran

Bretaña como un protectorado, Brooke estableció en su lugar una dinastía y fue sucedido como rajá por su sobrino Charles en 1868.

El Vidar se detuvo para repostar carbón y siguió remontando el estrecho de Macasar entre Borneo y Célebes, con destino al puerto de Donggala. En aquellas estrechas aguas la piratería se entremezclaba con el contrabando y otra práctica ilícita: el comercio de esclavos. Los holandeses habían prohibido la esclavitud en sus colonias en 1863, pero el trabajo no libre seguía estando muy extendido en diversas formas a lo largo de toda la ruta del Vidar.

[390] Los piratas de Joló raptaban a sus cautivos en unas incursiones que se extendían por todas las costas desde Nueva Guinea hasta Filipinas y los llevaban a las Indias Orientales para venderlos.[391]

«Con toda seguridad, el traficante de esclavos más activo debe de estar en Donggala» —puerto de escala del Vidar—, decían los informes del cónsul general holandés en Singapur. Desde allí «la mayoría» de los esclavos eran «trasladados hasta la costa noreste de Borneo». Algunos serían sometidos a trabajos forzados, bien buceando en busca de perlas, trabajando en la extracción de carbón o recolectando productos de la selva (nidos de pájaros, cera y gutapercha). Otros eran vendidos a las tribus dayaks del interior y sufrían un destino aún más siniestro. Los dayaks los maniataban, los envolvían en telas y los mataban a lanzazos, como sacrificios humanos en algunos rituales

funerarios.[392]

En esa pugna entre británicos y holandeses por la primacía moral y material en las Indias Orientales, los británicos se jactaban de su compromiso con la lucha contra la piratería y la esclavitud, y acusaban a los holandeses de no estar haciendo lo suficiente por

frenar la trata de personas. Pero los holandeses tenían otra opinión.

El cónsul holandés señaló diez vapores distintos que llevaban bandera británica y estaban implicados en el tráfico de armas y el comercio de esclavos desde Donggala, y de ellos un barco en particular: «Este transporte lo realiza casi exclusivamente en estos momentos el SS Vidar, que navega bajo bandera inglesa». [393]

A Konrad le correspondía, como primer oficial, supervisar la carga y descarga de pasajeros y mercancías en el Vidar. Cumplimentaba los documentos de conocimiento de embarque que llevaban estampada la bandera verde y roja de la empresa, en los que especificaba el cargamento recibido y los gastos de flete, y que los destinatarios debían refrendar en el momento de la entrega. Diez sacos de dátiles de Singapur a Pulau Laut, cincuenta y ocho sacos de resina de Donggala a Singapur: diez dólares, cuarenta dólares; escritura en árabe y en chino. [394]

En un velero, tal como había comprobado en sus propias carnes en el Highland Forest, la estiba era un asunto de alto riesgo que exigía cuidado, cálculo y habilidad. «El moderno buque de vapor», contó más tarde, se carga «con estrépito, prisas y confusión y calor, en medio de una nube de vapor y una llovizna de polvo de carbón».

[395] Eso sugiere que el primer oficial de un vapor no tenía por qué saber demasiado acerca de lo que realmente se estaba metiendo en la bodega, y eso implica que, como primer oficial del Vidar, hubiera sido posible que Konrad no supiera nada acerca de su cargamento de contrabando de armas y esclavos. Pero está claro que sabía lo suficiente sobre lo que transportaba la nave como para admitir, en 1897, que «hasta 1888 se desembarcaban armas en la costa de esa isla [Borneo], eso, que yo sepa personalmente».[396] En cuanto a

los esclavos —«registrados […] a bordo» con la connivencia del jefe de operaciones del puerto «como pasajeros o sirvientes de los pasajeros»—, Konrad no llegó a decir nunca nada tan directo. Pero en su ficción retrató una sociedad malaya atravesada por la esclavitud, junto a una serie de personajes blancos que parecen en gran medida ignorarla. [397]

Documento de conocimiento de embarque (bil of lading) del SS Vidar.

Cargado de armas, pólvora y esclavos escondidos entre el arroz, el ratán y el pasaje, el Vidar navegó por el estrecho de Macasar entre Célebes y Borneo. Milla a milla, la costa de Borneo se desplegaba a su lado como un cordón verde raído. Aquí y allá, los ríos seccionaban la jungla con «diversas fracturas limpias y resplandecientes». Los ríos eran líneas de vida que atravesaban las densas selvas y montañas de Borneo, y muchos de los mayores núcleos de población se encontraban enclavados en sus desembocaduras, cincuenta o



sesenta kilómetros río arriba. A pocos días de navegación desde Donggala, el Vidar se adentró en el río Berau para recalar en el puerto de Tanjung Redeb. El barco navegaba «surcando un líquido pardo, tres cuartas partes agua y una cuarta parte tierra negra, por entre bajas costas, tres cuartas partes tierra negra y una cuarta parte agua salada». [398] El mar fue retrocediendo y la tierra cerrándose, el fango se hizo más denso y en el río emergió un kampong (una aldea) alzada sobre postes de bambú que sostenían hileras de casas apiñadas sobre el agua. Una neblina rodeaba con sus brazos los hombros de la aldea. Una selva negra y húmeda la disipaba. El Vidar se detuvo con un resoplido en un embarcadero desvencijado.[399]

Un río de Borneo en la época de Conrad.

Los estuarios son espacios liminales entre la ría y el mar, y en los estuarios de Borneo, Konrad se encontró con personajes liminales que vivían entre culturas: uno o dos europeos entre los asiáticos,

algún grupo de árabes o chinos entre los malayos, refugiados de otras islas, «mestizos» de ascendencia mixta. En Berau, el Vidar navegó en la estela de un capitán británico de nombre Wil iam Lingard, cuya influencia perduraba aún en el asentamiento. Lingard llevaba comerciando por la zona algunos años cuando, igual que James Brooke en Sarawak, ayudó al sultán a derrotar a un rival en una batalla naval. En 1862, el sultán le recompensó otorgándole el título de rajá Laut («Rey del Mar»), una concesión de tierras para que instalara un puesto comercial en Berau y un título honorífico para su «ama de llaves nativa», término con el que habitualmente se designaba

a las esposas no blancas.

Las frecuentes apariciones de Lingard «en público con el atuendo de un gobernante nativo» y su «gran influencia sobre el sultán»

preocuparon al delegado holandés destinado en Berau, que «veía en él a un segundo James Brooke».[400] Sin embargo, una vez analizada la situación con más detalle, el holandés entendió que aquel Lingard británico no resultaba una amenaza para los intereses imperiales. No deseaba otra cosa que construir su propio negocio. El rajá Laut adquirió dos barcos que utilizaba para comerciar entre Singapur y su enclave en Berau. Como marino de la vieja escuela, se negaba a meterse en el «condenado buque de vapor, en vez de los buenos viejos veleros». Así, quien al final resultó ser su némesis fue el Vidar y no los holandeses. El rechazo de Lingard al vapor supuso una oportunidad para Syed Mohsin al Jooffree, el armador del Vidar, que, en la década de 1870 empezó a hacer escala en Berau. La velocidad y la regularidad del Vidar le otorgaban ventaja sobre los veleros de Lingard. Para 1885, Lingard había vendido sus dos barcos.[401]

En 1887, en el embarcadero de Berau, Konrad conoció a un hombre que llegó a encarnar a sus ojos las inusitadas convergencias culturales de aquellos remansos. Charles Olmeijer, un holandés nacido en Java, había sido agente de Lingard en Berau durante casi veinte años; allí se le había unido, en 1876, un sobrino adolescente de Lingard, Jim. Durante un tiempo, Olmeijer había florecido como magnate local, pero en 1887 la influencia comercial de la empresa había decrecido sustancialmente, desplazada por el Vidar. Olmeijer representaba un sistema comercial en declive, arrinconado por el vapor, y, en consecuencia, la influencia que mantenía entre los sultanes de Berau también había disminuido. Como práctica sustitutiva, solicitó los permisos del Gobierno holandés para dedicarse a la minería y la pesca de perlas, actividades para las que, como súbdito holandés, resultaba elegible, no como su jefe, Lingard, que era inglés. Pero las autoridades coloniales holandesas no concedían permiso alguno sin la aprobación previa de los sultanes locales, y los sultanes no prestaban ayuda a Olmeijer porque este había perdido toda la importancia económica que tenía para ellos, de modo que se encontró atrapado entre gobiernos, atrapado en la obsolescencia. [402]

Fiel o no a su memoria —y no digamos a la vida—, Konrad describiría después a Olmeijer como la tragicómica personificación de una descabellada noción europea de «progreso». Había oído hablar de Olmeijer en cada una de las paradas de la ruta del Vidar, contaba, y llegó a Berau intrigado por la perspectiva de conocer a un hombre de

relativa importancia. El personaje que allí vio llegar hasta el embarcadero, en pijama, ni siquiera alcanzaba a mostrar una grandeza descolorida, sino únicamente delirios de la misma. Olmeijer

se había acercado al barco para supervisar la descarga de un poni que había encargado que le trajeran de Bali. Konrad no podía imaginar la razón por la que habría comprado aquel animal, puesto que «en toda la colonia ante la cual a diario blandía impotente el puño cerrado no [había] más que un solo sendero» practicable para un poni, y la verdad era que Olmeijer tampoco parecía muy capaz de montarlo. Lo más plausible, imaginó, era que aquella «ambiciosa»

compra tuviera algún papel en una «intriga en la que hubiese depositado sus más altas esperanzas» para restaurar su fortuna. La tripulación sujetó al animal con una cincha de lona y lo sacó del barco elevándolo con la grúa de carga. En el momento mismo en que el caballo tocó el suelo, salió trotando hacia la jungla.[403]

Navegando de nuevo los ríos de Borneo, dejando una neblina detrás de él, el Vidar llegó a agua salada y puso rumbo de regreso a Singapur. Volver a la ciudad era volver a un mundo recto y bien ordenado. El Vidar atracó junto a una larga hilera de barcos que transportaban otras mercancías, otras historias. Allí estaba el Nanshan, un vapor que traía culíes chinos desde Shantou. Allí estaba el Ranee, el único buque de la Sarawak Steamship Company, llegado desde Kuching. Allí estaba el Sissie, el vapor que había llevado a Konrad a Singapur por primera vez en 1883, después del naufragio del Palestine. Estaba el Tilkhurst, un clíper que se elevaba sobre las columnas de vapor y en el que Konrad había atracado en Singapur por segunda vez, en 1885. [404] Y aquel barco de allí era el SS

Celestial, que también figuraba en la lista de presuntos traficantes que guardaba el cónsul holandés, el barco que Konrad había tomado desde Semarang hasta Singapur el mes anterior. Estuvo «de



compadreo» con el primer oficial, yerno de Wil iam Lingard, en Emmerson's Tiffin Rooms.[405]

El Johnston Quay, Singapur.

Durante el tiempo en el que sirvió en el Vidar como primer oficial, Konrad Korzeniowski cumplió treinta años y 1887 se convirtió en 1888. La embarcación hacía su ruta de Banjarmasin a Pulau Laut, de Donggala a Berau, de Bulungan a Singapur, de regreso a Banjarmasin y Bulungan y vuelta a empezar. Mes tras mes, una ronda detrás de otra. De revelación pasó a ser algo conocido y, de ahí, a un hábito. Un día, Conrad escribiría acerca de un viejo capitán

«que había servido en compañías famosas, al mando de barcos famosos […]; que había realizado travesías famosas», y que ahora

comandaba un viejo vapor como aquel, en una «monótona ruta de vendedor ambulante, estrechos arriba y estrechos abajo».

La monotonía era la salvación de aquel capitán de ficción, pues guardaba el secreto de que se estaba quedando ciego. Podía ocultarlo porque conocía muy bien la ruta y, cuando era necesario, podía pedirle a su serang (oficial), «un viejo malayo muy despierto», que mirara y le describiera lo que veía. [406] Para Konrad no habría tal remanso. Después de hacer la ruta cuatro veces, en enero de 1888

abandonó el Vidar y se registró de nuevo en el Hogar del Marino. Ya había visto suficiente.

6

Cuando tu barco te falla

Más de cuarenta años después de que Conrad se despidiera del Vidar, su primer biógrafo, Gérard Jean-Aubry, localizó a su antiguo capitán, James Craig, que tenía ya setenta y muchos años y este le contó que «cada vez que bajaba al camarote a hablar con su primer oficial, por lo general se lo encontraba escribiendo». [407] De las cartas que Conrad escribió sobre el Vidar, ninguna ha llegado hasta hoy, tampoco los diarios, si es que existieron. Pero, de una forma u otra, Konrad Korzeniowski guardó los paisajes, personajes y tramas que Joseph Conrad iría desembalando en las décadas siguientes. Los cuatro meses y medio que pasó en el Vidar inspiraron un mayor porcentaje de la ficción de Conrad que ninguna otra época de su vida.

Casi la mitad de los textos que Conrad llegó a publicar están ambientados en el Sudeste Asiático: seis novelas, más de una docena de cuentos y novelas cortas, algunas piezas autobiográficas.

Su ficción asiática adopta por lo general dos formas distintas. Una de ellas —que se inaugura con su primera novela, La locura de Almayer (1895), y resurge recurrentemente hasta Victoria, publicada en 1915

—, transcurre principalmente en tierra, en los enclaves de estuarios como los que había navegado a bordo del Vidar, entre los europeos que allí pudo contemplar, y los malayos y «mestizos» entre los que estos habitaban. La otra, incluidos sus célebres cuentos «Juventud»,

«El copartícipe secreto» y «Tifón», transcurre principalmente en barcos que navegan por aguas asiáticas y presenta a marineros europeos que deben enfrentar algún desafío: cómo sobrevivir a un naufragio, cómo manejar a un polizón, cómo atravesar una tempestad.

De entrada, esta decisión de Conrad de escribir tan frecuentemente sobre Asia podía parecer una hábil jugada comercial. Tanto Robert Louis Stevenson con sus relatos sobre los mares del Sur como H. Rider Haggard, sobre África, y el decano de los escritores «exóticos», Rudyard Kipling, sobre la India, se habían granjeado un gran éxito de crítica y público escribiendo sobre lugares remotos. Con la Federación Malaya, Conrad presentaba al público británico un lugar sobre el que muy pocos habrían leído nunca un relato de ficción. (La novela más conocida sobre las Indias Orientales era la holandesa Max Havelaar,

una condena del imperialismo holandés, que fue traducida al inglés en 1868).[408]

«Borneo es un campo nuevo para la literatura inglesa», señaló uno de los críticos de La locura de Almayer. [409] «Los lectores de Mr.

Conrad procederán a anexionarse el Borneo que presenta con el mismo deleite con el que las potencias se dividen el África geográfica», apuntó otro.[410] Según The Spectator, si continuaba con el buen trabajo, Conrad «podría convertirse en el Kipling del archipiélago malayo». [411]

Conrad se esforzó por hacer que su interpretación del ámbito malayo fuera precisa, e incluso le pidió a su editor que le enviara un diccionario malayo-inglés para no errar con el vocabulario: «pues descubro que he olvidado muchas palabras». [412] Con excepción de los nombres de los lugares, que por lo general modificaba o

anonimizaba (por ejemplo, refiriéndose a Singapur como «un puerto oriental»), Conrad aderezó sus páginas con los nombres verdaderos de los buques y los hombres reales que había conocido, como el fletador y el patrón del Highland Forest, el armador y los ingenieros del Vidar y el jefe de operaciones del puerto de Singapur, Henry Ellis.

En un trío de novelas ambientadas en Borneo, Wil iam Lingard se convirtió en Tom Lingard, que hacía negocios comerciando por un río ignoto; Charles Olmeijer pasó a ser Kaspar Almayer, el agente venido a menos de Lingard; un comerciante de Donggala, Babalatchie, que había consignado sus mercancías en el Vidar, reapareció como un astuto cortesano de la zona. Conrad se enfureció cuando un antiguo administrador británico en la Federación Malaya, Hugh Clifford, declaró que aquellas obras «solo podían denominarse malayas desde la perspectiva del señor Conrad». «Bien, nunca me he presentado como una autoridad en Malasia —replicó Conrad—. Todos los pequeños detalles sobre hábitos y costumbres típicos […] los he extraído (por seguridad) de fuentes indudables: libros aburridos y sabios». [413]

Clifford estaba en lo cierto. Sus propios textos sobre los «pueblos de color sepia» de Malasia querían describir las culturas indígenas que estaba viendo desaparecer bajo la influencia del dominio colonial británico. [414] Conrad había visto Asia solo desde sus fronteras, la zona donde se encontraban europeos y asiáticos. Sabía más sobre la rivalidad angloholandesa, comerciantes, piratas y lascares que acerca de la soberanía malaya, la naturaleza del islam o las sociedades dayaks de Borneo. Su obra de ficción pocas veces se aventura más allá

de las mentes de los personajes europeos.

Pero Conrad también tenía razón. «Los hechos pueden confirmar

mi historia —dijo—, pero dado que lo que estoy escribiendo es ficción y no historia secreta, los hechos no importan». [415] Conrad escribió sobre el archipiélago malayo tal como él lo había visto: desde la cubierta de un buque de vapor. Había visto a europeos fracasados en su intento de enriquecerse, estrategias industriales fallidas y objetivos elevados que terminaban encallando. Si el velero británico combinaba todas las cosas que Conrad más admiraba, Asia se convirtió en el escenario ideal para la crítica a las formas más rudas del vapor. Por eso la mejor novela de las que Conrad ambientó en Asia, Lord Jim (1900), era también una novela sobre un marino, y su novela más desafiante sobre un marino era también un libro sobre un europeo que intenta triunfar en Asia.

Las primeras líneas de Lord Jim nos presentan a un inglés apuesto y de «contextura poderosa» con un aire tan decidido que «avanzaba hacia uno en línea recta, con […] una mirada fija, de abajo hacia arriba, que hacía pensar la embestida de un toro». Hijo de un párroco rural, Jim se había inspirado tras «un ligero curso de literatura de vacaciones» con ensoñaciones de hacerse a la mar. Se imaginaba llevando una «vida agitada en el mundo de la aventura», luchando contra piratas, rescatando náufragos, reprimiendo motines,

«ejemplo siempre de la dedicación al deber y héroe tan impávido como los de los libros».[416]

Pero una vez que se hizo marino, «las regiones tan bien conocidas por su imaginación» le parecieron «extrañamente estériles de aventuras». «Una sola vez» sintió de verdad el poder furioso de una tempestad en el mar. Rápidamente quedó «incapacitado por la caída de un palo» y tuvo que desembarcar en un «puerto oriental» para recuperarse. Tan pronto como pudo volver a caminar, Jim bajó al

puerto en busca de un pasaje de regreso a casa. De repente cambió de opinión y decidió enrolarse como primer oficial en un vapor del Índico llamado Patna.

El Patna hacía una travesía entre Singapur y Yeda transportando pasajeros musulmanes en su peregrinación a La Meca. Con solo mirarlo ya se podía averiguar que el barco presentaba algunos problemas. «El Patna era un vapor local tan viejo como las colinas, esbelto como un galgo y corroído por el óxido mucho más que un

condenado tanque de agua. Era propiedad de un chino, fletado por un árabe y comandado por una especie de renegado alemán de Nueva Gales del Sur», un barco dudoso desde el casco hasta el puente. Pero una mano de cal consiguió que el Patna pareciera aceptable para navegar, y «subieron a bordo alrededor de ochocientos peregrinos» para el largo viaje hacia el oeste.

«En la quietud circular del agua y el cielo», el Patna navegó sobre un mar plano y cálido, con humo saliendo siseante de las chimeneas y el motor, un «condenado montículo de basura compleja, podrida y condensada» que ensordecía con su «maldito estrépito». Jim trazó el rumbo del barco con una línea negra sobre los mapas. Las familias de peregrinos, instaladas entre cajas, esteras y alfombras, dormitaban bajo el sol ecuatorial.[417]

De pronto, una noche, un rugido los detuvo en seco «como si el trueno hubiese gruñido en las profundidades del océano». El barco, como «una serpiente que reptase sobre un palo», rozó algo por debajo. Jim bajó a cubierta y vio que entraba agua. De alguna manera, en algún lugar, algo había atravesado el casco. Solo un mamparo oxidado contenía toda la fuerza del mar. Sus pensamientos oscilaron entre dos imágenes aterradoras. Frente a él vio el

mamparo abultado, a punto de estallar, y se quedó esperando que

«la acometida del agua […] lo arrojase hacia atrás, como a una brizna de paja»; era seguro que el barco se hundiría. Por encima de él podía imaginar a los pasajeros como una gigantesca «multitud de cuerpos, tendidos para la muerte». «Ochocientas personas y siete botes; ochocientas personas y siete botes», se repitió. No había manera de sacarlos de allí a todos con vida.[418]

Jim corrió a cubierta para ayudar a todos los pasajeros que pudiera salvar. Encontró al capitán y a los ingenieros luchando por liberar uno de los botes salvavidas, pero para ellos, no para los peregrinos. Jim cerró los ojos y volvió a imaginar a los pasajeros, durmiendo inocentemente al borde del desastre. Aquí estaba la oportunidad que había estado esperando. Podría ser el único europeo que permaneciera a bordo y estabilizara el barco, rescatara a los peregrinos o muriera en el intento. Podría ser un héroe.

Jim abrió los ojos y vio a los oficiales subiendo al bote. Se soltaron y le gritaron a uno de sus colegas que se uniera a ellos. «¡Salta!

¡Oh, salta!», aullaban. Jim recordó el mamparo tenso y el mar agitado,

«ochocientas personas y siete botes». [419] Saltó.

Desde su fascinación por el mar inducida por los libros hasta su estancia en un hospital de Asia, Jim seguía los pasos de Konrad Korzeniowski. A su vez, la travesía del Patna seguía de cerca una historia real que Konrad habría oído contar en Singapur.

Era el tipo de historia que circulaba por las tabernas del muelle como las huellas de posos de vino tinto. En julio de 1880, un vapor llamado Jeddah había partido de Singapur con destino a La Meca

llevando a bordo a 953 peregrinos. Una semana después de zarpar, con climatología adversa, las calderas de la sala de máquinas se soltaron de sus anclajes y el barco empezó a hacer aguas. Los pasajeros colaboraron con la tripulación para mantener las bombas funcionando frenéticamente, pero al segundo día a la deriva, el capitán ordenó a la tripulación que preparara los botes salvavidas.

No había en ellos espacio más que para, aproximadamente, una cuarta parte de las personas que viajaban a bordo. El capitán, su esposa y dos ingenieros subieron a toda prisa a uno de ellos.

Cuando los pasajeros vieron lo que estaba pasando, dejaron de bombear y corrieron hacia los botes, arrojando en ellos apresuradamente ollas, sartenes y cajas en un desesperado intento por evitar que los oficiales abandonaran el barco. El primer oficial, Augustine Wil iams, que era hijo de un párroco, hizo descender a toda prisa el bote salvavidas al mar, saltó por la borda hasta él y los oficiales soltaron amarras. Si el Jeddah se hundía o flotaba, sería sin ellos. [420]

La mañana después de que los oficiales abandonaran el barco a punto de hundirse, su bote salvavidas fue descubierto por un vapor británico, el Scindia, que recogió a los náufragos. Estos informaron de que el Jeddah se había hundido y que en el tumulto de sus últimas horas los pasajeros habían asesinado al segundo oficial y al maquinista. El Scindia los llevó hasta Adén, desde donde el capitán Clark telegrafió a los armadores la terrible noticia: «Jeddah hundido.

Yo, esposa, Syed Omar y 18 más a salvo». Unos impactantes titulares dieron a conocer la tragedia al público británico: «Desastre en el mar. Casi mil vidas perdidas». [421]

Al día siguiente, el Jeddah llegó a Adén, con 992 personas a

bordo, entre pasajeros y miembros de la tripulación.

Lo que los oficiales rescatados no sabían era que en las horas posteriores a que abandonaran el barco, los pasajeros se organizaron. Bombeando furiosamente, lograron contener la mayor parte de las vías de agua. El Jeddah navegó a vela hacia aguas tranquilas y emitió una señal de socorro. A solo unas pocas millas de la costa fue avistado por un barco de pasajeros británico, cuyo primer oficial se encontró una situación en la que «a bordo todo era confusión y todas las personas se encontraban presa del pánico», pero organizó «a los peregrinos en grupos para bombear y achicar agua», y llevó el Jeddah a remolque sin problemas hasta Adén. [422]

El abandono de la embarcación por parte de sus oficiales violaba el principio más básico del código de honor de los marinos británicos: un capitán debe ser el último en abandonar el barco. ¿Por qué no habían evacuado a más pasajeros? ¿Por qué no le habían indicado al Scindia que fuera a rescatarlos? Las autoridades portuarias de Adén abrieron inmediatamente una investigación. Las únicas personas que salían bien paradas, a juicio del tribunal, eran los peregrinos, que en general se habían mostrado «preparados y dispuestos a ayudar», y tan solo habían mostrado el grado de desorden que «naturalmente se podría haber esperado de cualquier cuerpo de seres humanos, europeos incluidos» cuando se ven en circunstancias de tal dificultad. [423]

SECOND EDITION, 2 o'clock.

TERRIBLE DISASTER AT SEA

LOSS OF OVER NINE HUNDRED LIVES.

(REUTER'S TELEGRAM.)

ADEN, August 10.—The steamer *Jeddah*, of Singapore, bound for Jeddah, with 953 pilgrims on board, foundered off Cape Guardafui, on the 8th inst. All on board perished excepting the captain, his wife, the chief engineer, the assistant-engineer, and sixteen natives. The survivors were picked up by the steamer *Scindia* and landed here.

(LLOYD'S TELEGRAM.)

ADEN, August 11, 3.15 A.M.—The *Jeddah*, steamer, from Singapore to Jeddah, with pilgrims, foundered at sea off Guardafui on the 8th of August. Upwards of 1,000 of the crew and passengers drowned.

[The *Jeddah* was a screw steamship, built of iron at Dumbarton in 1872, and was registered in Singapore in 1876 by her owners, the Singapore Steamship Company, Limited. Her dimensions were as follows :—280 feet in length 33 feet in breath, 23 feet depth of hold, her gross tonnage being 1,541, and net tonnage 992, and her engines of 200 horse power.]

Noticia del hundimiento del Jeddah en The Pall Mall Gazette, 11 de agosto de 1880.

Todos los demás recibieron duras críticas. El jefe de máquinas había calculado terriblemente mal «el alcance del riesgo y la peligrosidad» en la sala de máquinas. En cuanto al capitán Clark, si hubiera manifestado una «muestra ordinaria de firmeza» y un «poco de tacto en su trato con los nativos, para quienes no es ningún extraño, podría haberse asegurado su cooperación y gratitud, y haber evitado una pérdida considerable para sus armadores». Sin embargo, había «mostrado una penosa falta de agallas, así como del juicio más común, [...] permitiendo que sus emociones dominaran sobre el sentido del deber del que todo capitán de barco británico debe hacer gala con orgullo». Las autoridades suspendieron por tres

años el certificado del capitán Clark. Wil iams, el primer oficial, se ganó una reprimenda especial por atosigar al capitán con «malos consejos oficiosos». El tribunal determinó que había «instigado y secundado» la vergonzosa decisión con su «comportamiento oficioso y conducta impropia de un marino» y, añadía el asesor del puerto,

«no se le debería permitir embarcarse de nuevo». [424]

El escándalo de Jeddah resonó desde Singapur hasta Londres. El Daily News, el Daily Chronicle y el Globe manifestaron su escándalo con un «sentimiento de indignación y horror ante lo que parece una cobarde deserción» de los oficiales. «Una indeleble mancha de descrédito» debía pender sobre aquellos «hombres cobardes y faltos de principios que deshonran las tradiciones marinas». [425] Muchos consideraron que el capitán Clark se había librado con un castigo demasiado leve. ¿Por qué no había sido «condenado a penas más severas que la suspensión temporal de su certificado?…», se preguntó un diputado de la Cámara de los Comunes. Joseph Chamberlain, secretario de la Junta de Comercio, coincidía en que el

«castigo de Clark era totalmente inadecuado», pero consideró inviable la apertura de un proceso penal «debido a la ausencia de testigos y al hecho de que el capitán se había marchado a Singapur, y probablemente a Nueva Zelanda». Para Chamberlain, solo cabía esperar que «el estigma asociado a su carácter» supusiera en adelante que «el capitán no podrá conseguir nunca más un empleo como patrón de buque». [426]

La carrera de Clark se vio, efectivamente, afectada. Aunque por un momento, y para sorpresa de muchos, fue designado de nuevo al mando del Jeddah, renunció antes de que zarpara. Pero Wil iams, el

primer oficial del barco, sí logró encontrar otro puesto como primer oficial en un vapor que zarpaba de Singapur. Era el SS Vidar.[427]

«Era como si hubiese saltado dentro de un pozo. Era un agujero profundo y eterno», dice Jim.[428] El Patna, igual que el Jeddah, era remolcado hasta un lugar seguro y sus oficiales, caídos en desgracia, llevados ante una investigación oficial. Quizá se deba a que Conrad navegó en la estela de Wil iams, al sucederlo como primer oficial del Vidar, que, cuando reelaboró la historia del Jeddah en Lord Jim, lo que realmente sucede en el barco de peregrinos es simplemente el preludio que antecede a cuatro breves capítulos. La mayor parte de la novela sondea la vergüenza de Jim y su pugna por volver a salir a la superficie.

Para contar la historia de Jim, Conrad volvió a recurrir al veterano capitán inglés Charles Marlow, a quien había presentado por primera vez en el cuento «Juventud». Marlow estaba en el «puerto oriental»

donde tenía lugar la investigación, y desde el momento en que vio a

Jim en las puertas del tribunal con los otros oficiales de Patna, no pudo imaginar cómo aquel «joven erguido, de anchos hombros»

podría haber terminado implicado en un asunto tan sórdido. Escuchó con impaciencia mientras los fiscales interrogaban a Jim sobre los hechos. «¡Hechos! ¡Le exigían hechos, como si los hechos pudiesen explicar algo!». Lo que Marlow realmente quería descubrir era el

«porqué fundamental» detrás del «superficial cómo». Con la esperanza de encontrar «una causa profunda y redentora, una explicación piadosa» para la conducta de Jim, Marlow lo invita a cenar para que se lo explique él mismo. [429]

Un juicio termina con una sentencia: esto es lo que hicieron. Jim dio un giro de guion. «¿Qué habría hecho usted?», pregunta. Marlow había sentido instintivamente que Jim «era de los buenos; era uno de los nuestros». Por «los nuestros», Marlow se refería a esa comunidad de marineros que veneraba como la «fraternidad del oficio» (como la había descrito en «Juventud»), un «oscuro grupo de hombres unidos por una comunidad de inglorioso trajín y por una fidelidad a determinadas normas de conducta». Sin embargo, ninguno de los atributos que Marlow admiraba (blanco, británico, fraternal, trabajador) podían encontrarse ni entre los anónimos y mudos pasajeros asiáticos del Patna ni entre sus horribles y volubles oficiales europeos. Y el Patna no se parecía en nada al barco ideal de Marlow. Nadie supo exactamente qué era lo que había golpeado el navío, pero Jim sorprendió al capitán murmurando una explicación: «Solo escuché unas pocas palabras que parecían ser

“¡maldito vapor!” y “¡vapor del demonio!”…, algo sobre el vapor».

[430]

«Cuando el barco le falla a uno, parece fracasarle todo el mundo», dice Marlow, y lo mismo atañe a la ética del oficio en la era del vapor. Si Jim no podía mantenerse fiel al código en tales condiciones,

¿quién podría hacerlo? No los marinos europeos que habían hecho de Singapur su puerto base: hombres de confianza perezosa

«siempre al borde del despido, siempre al borde del compromiso, servían a chinos, árabes, mestizos, y habrían servido al demonio si este les hubiera facilitado las cosas». «Amaban las travesías breves, las buenas sillas de cubierta, las grandes tripulaciones nativas y la distinción de ser blancos». No el capitán alemán del Patna, un bufón contoneante que se burlaba de los valores británicos: «Eso es lo que

siempre hacen ustedes los ingleses; hacen un maldito alboroto.

Porque yo no nací en tu país. Me sacan la licencia. Sáquenmela. No quiero la licencia. Le escupo encima […] Me haré ciudadano

norteamericano».[431] No la tripulación asiática del Patna, invisible, salvo por dos timoneles malayos. [432] A la única persona que está cerca de ello, un asesor que investiga lo sucedido, la desesperación acaba llevándole al suicidio.

Al principio, Marlow «deseaba verlo [a Jim] retorcerse por el honor del oficio». Sin embargo, mientras le observaba desesperadamente luchar «tratando de salvar del fuego su idea de cuál debería ser su identidad moral», Marlow vislumbró una chispa, una «característica redentora en su abominable caso». [433] Y consiguió un trabajo para él en Java, un nuevo comienzo.

Pero pronto llegó también la noticia del escándalo y Jim huyó. La historia volvió a alcanzarlo; nuevamente huyó. «Retrocedía con orden hacia el sol naciente, y el hecho lo perseguía, con negligencia pero de manera inevitable». «Y yo le dije que la tierra no sería lo bastante grande para contenerlo», dijo un empleador. Finalmente, con la ayuda una vez más de Marlow, Jim acepta un empleo en «un distrito remoto en un Estado gobernado por nativos», «más allá del final de los cables telegráficos y de las líneas de los buques», donde las noticias no llegarían a alcanzarlo.[434]

Se llamaba Patusan, y «es como algo que se lee en los libros», dice Jim efusivamente, y fue buena cosa que se llevara consigo las obras completas de Shakespeare, porque aterrizó de cabeza en un torbellino de intrigas políticas. Nada más llegar, el sultán malayo de la localidad lo toma prisionero. «¿Llegaban los holandeses a apoderarse de la región? —quiso saber el sultán—. ¿Le gustaría al

hombre blanco volver río abajo? ¿Cuál era el objeto de su llegada a tan miserable región?». Jim logra escapar saltando una empalizada («el segundo salto desesperado de su vida») y encuentra refugio entre una comunidad de bugis, refugiados de una guerra civil en Célebes. Allí entabla amistad con el gobernante, Doramin, y con su hijo, y cuando ellos, a su vez, se ven envueltos en un conflicto, Jim los ayuda a derrotar a sus enemigos. En respetuosa gratitud lo llaman «Tuan» («lord») Jim, un título de honor. [435]

En Patusan, todos esperaban que Jim acabara regresando al mundo del hombre blanco. Doramin ya lo había visto antes: «La tierra

permanece donde Dios la puso; pero los blancos vienen a nosotros, y un poco después se van». Pero nadie sabía que Jim, siempre contaminado por el escándalo del Patna, «nunca más podría volver a casa». Allí se enfrentó a la eterna desgracia; aquí, «su oportunidad se sentaba a su lado, velada, como una novia oriental que esperase ser descubierta por la mano del amo». Tuan Jim se lanzó a su nueva vida. «Tenía pensado intentar allí una plantación de café [...] Él intentaría siempre muchos experimentos». [436] Se enamoró de una verdadera «novia oriental», una mujer en parte asiática y en parte europea a la que apodó Joya.

Entonces, un día, apareció otro inglés en el río. Su nombre era Brown («el caballero Brown», decía, con mirada torva) y había atravesado el Pacífico occidental robando, asaltando, saqueando y batiéndose en duelo. Buscando provisiones para su ominoso cargamento, el amenazador Brown «entra en la historia de Jim, ciego cómplice de los Poderes de las Sombras».[437] Doramin quiere matar al pirata antes de que este llegue a causar ningún estrago en Patusan. Pero Brown asegura que no tiene intención de

hacer daño alguno y Jim desea creerle, y convence a Doramin para que deje a Brown marchar en paz.

Pero cuando Brown vuelve a navegar río abajo, al pasar por el asentamiento de los bugis, rompe su palabra y abre fuego, tal como había temido Doramin. El propio hijo de Doramin muere. El prestigio de Jim se derrumba. «Se había retirado de un mundo, por una pequeña cuestión de un salto impulsivo, y ahora el otro, obra de sus manos, caía en ruinas sobre su cabeza». No había vuelta atrás. Jim se presenta ante el afligido Doramin con pleno conocimiento de lo que va a suceder a continuación. Y el líder lo mata de un disparo en el pecho.

«Dicen que el hombre blanco envió, a derecha e izquierda [...] una mirada orgullosa e inflexible» mientras caía: un mártir de «un brumoso ideal de conducta», el héroe de un libro. [438]

Peligros en alta mar, combates en la jungla, piratas despreciables, una doncella fascinante y un joven en busca de honor: Lord Jim parecía incluir todos los ingredientes que cualquier novela imperial de aventuras hubiera necesitado para ser un gran éxito.[439]

Publicada primero como serie, entre 1899-1900, y en tapa dura en 1900, Lord Jim fue la novela de Conrad que mayor éxito de crítica había obtenido hasta la fecha, y siguió siendo la más popular por tanto tiempo que, veinte años más tarde, Conrad se quejaba de que los

críticos siguieran comparando con ella sus libros más recientes.

«La verdad es que no veo por qué tienen que ir dándome con Lord Jim en la cabeza a cada ocasión —refunfuñó ante su agente literario

—. No podría seguir escribiendo Lord Jim toda mi vida y tampoco creo que a nadie le hubiera gustado que así lo hiciera».[440]

Lord Jim apareció en un momento en el que Europa y Estados Unidos habían colonizado prácticamente toda África y Asia. Y se expresaba a través de una metáfora que cualquier imperialista podía apreciar. Lo blanco, o lo claro, señalaba la bondad. La blancura envuelve a Jim como un aura desde su primera aparición, «llevaba ropas impecablemente blancas», hasta la última, a través de ojos asiáticos, como «el hombre blanco». El incidente del Patna cae

«como una sombra en la luz». Cuando Marlow visita a Jim en Patusan, lo ve como la encarnación simbólica «de razas […] que han surgido de la oscuridad», y cuando se aleja de él navegando, observa a Jim cada vez más lejos en la orilla convirtiéndose en «un diminuto puntito blanco que en apariencia reflejaba toda la luz que quedaba en un mundo oscurecido». Tamb' Itam, el sirviente de tez

«muy oscura» de Jim, seguía a su «"señor blanco" […] como una sombra lúgubre». El amigo de Jim, Dain Waris, «que lucha como un hombre blanco» y «también tenía una mentalidad europea», pero

«no tenía el prestigio y la reputación raciales de Jim […], seguía siendo uno de ellos en tanto que Jim era uno de nosotros». En un florecimiento dickensiano, el amor de Jim, que aparece como el

«aleteo de una forma blanca», lleva el resplandeciente nombre de Joya, mientras que el pirata blanco con un «rostro ennegrecido por el sol» era, de hecho, Brown [marrón].[441]

Pero Lord Jim no llegó a ser un éxito comercial. Hacía un retrato de los europeos en Asia no desde la perspectiva de la terraza de un bungalow colonial británico, aún menos desde un sillón de un club londinense, sino tal como Conrad los había contemplado, desde la

cubierta de un vapor. Jim estaba lejos de ser el héroe inmaculado de una obra imperial como Ella (1887) de H. Rider Haggard: «uno de ellos, sin disputa, el joven más bello que mis ojos habían visto, era muy alto y ancho de hombros, muy vigoroso al parecer, y me recordaba la del ciervo montés la gracia natural de su porte». En todo caso, Jim se parecía más al personaje principal de un libro que Conrad

admiraba enormemente: la novela de Stephen Crane sobre la Guerra Civil, La roja insignia del valor (1895), que después de haber «soñado con batallas toda su vida», deserta corriendo del campo de batalla la primera vez que lucha. Lejos de proyectar la confianza y el aplomo de un orden mundial que se encuentra en su apogeo bajo liderazgo europeo, Lord Jim constituye una reflexión sobre unos valores en crisis: la desaparición del oficio de la gente de mar en la era del vapor.

Lord Jim no satisfaría tampoco a los lectores que buscaban «un ligero curso de literatura de vacaciones» como la que le gustaba al propio protagonista de la novela. Uno de sus críticos comparó la estructura del libro con la de una tela de araña, «con hilos secundarios que no parecen conducir a ninguna parte, e hilos entrecruzados que se reinician o adquieren nuevos comienzos y vuelven a terminarse». «Lord Jim es tedioso, excesivamente elaborado y bastante difícil de leer», juzgó otro. [442]

La serpenteante forma narrativa de la novela también le debe mucho a la perspectiva marítima de Conrad. En un barco en alta mar, se está aislado de casi todo aquello que, en un día de la vida en tierra, constituye un incidente. En la sociedad humana moderna no es habitual que haya gente tan aislada en grupos tan pequeños, con tanta regularidad y durante tanto tiempo. Sin separación entre el

lugar de trabajo y el hogar. Sin nadie nuevo a quien ver o con quien hablar, ni encuentros casuales, ni transeúntes. Sin periódicos ni cartas. Sin novedad alguna, excepto, por supuesto, las que presente la meteorología, pero aun ella sigue unos determinados patrones de estacionalidad y climatología medianamente predecibles. El diario de navegación de un barco refleja la peculiar cualidad de la estabilidad en movimiento, registra cada uno de los días en una secuencia de dígitos: fechas, grados, rumbos, profundidades. Una bandada de pájaros, un signo de tierra, puede ser lo bastante inusual como para merecer unas palabras.

Al marino en alta mar, esto le confiere una relación particular con la temporalidad. El tiempo transcurre de forma cotidiana en un patrón de franjas de dos y cuatro horas en ciclos que discurre independientemente de que sea de día o de noche. La mayor parte de las conversaciones tienen lugar en los intervalos de guardia, en medio de silencios que se mantienen durante todo el día. En el barco, los compañeros van construyendo su familiaridad por fragmentos, a lo largo de semanas. Sin ninguna novedad en el presente de la que hablar, el pasado y el futuro se vuelven dominios imaginativos de extraordinaria riqueza. Los marineros comentan a menudo lo que

harán en el futuro: lo qué harán en tierra, lo que les espera en casa, lo que harán cuando dejen de navegar por completo. Y es sabido que los marineros tejen unas historias sobre sus aventuras y encuentros del pasado, que, igual que los cabos que enrollan y reparan, se extienden largas y llenas de giros y revueltas.

Si contamos todos sus meses en el mar, Conrad pasó varios años de su vida en algunas de las rutas más largas por las que hacían regularmente su travesía los veleros, con tripulaciones pequeñas, sin pasajeros y pocas escalas. Él, igual que Jim, «conocía la mágica monotonía de la existencia entre el cielo y el agua». [443] Aprendió a ver multitudes en los colores y contornos cambiantes del mar y el cielo, lo que le brindaba una sensibilidad hacia la «atmósfera» que los críticos elogiaron habitualmente de sus novelas. También conoció el modo en que los marinos poblaban su rutinario presente con historias del pasado y la forma en que llenaban sus días, con apenas variaciones, ante la expectativa de futuros distintos. En cada barco había escuchado las aventuras y esperanzas de distintos grupos de hombres. Había oído a la misma persona contar historias que abarcaban toda una vida de aventuras y había escuchado los mismos célebres incidentes de parte de bocas distintas.

Lord Jim presentaba el resultado de todo ello: un relato compuesto con el sentido de la temporalidad de los marinos. Con saltos hacia delante y hacia atrás, con voces que cambiaban, repleto de relatos y textos hilvanados entre medias. Marlow hilaba, tejía y recortaba: a veces era un actor en la historia de Jim; a veces actuaba como su comisario, reconstruyéndola a partir de lo que otras personas le contaban; a veces era un intérprete que intentaba desentrañar su sentido.[444] Ninguno de los sucesos de la historia acontece en el presente. Todo sucede en capas solapadas de un tiempo pasado, como si se tratara de las fichas de un archivo que Marlow está hojeando, que va trayendo sucesivamente al frente, una detrás de otra. Todos esos pasados, más lejanos o más cercanos, mantienen durante toda la novela la impresión de que Jim siempre tendría un futuro, lleno de esperanzas y de sueños.

Conrad creía que «el efecto general de una novela debe ser el efecto general que produce la vida en la humanidad».[445] Una persona no procesa las cosas como «un relato, un informe», poniendo sus observaciones e interpretaciones alineadas, unas junto a otras, como si fueran los dos costados de una cremallera. Más bien vamos percibiendo impresiones, sentimientos y sensaciones. Quizá podamos

entrever un patrón, quizá no; quizá solo podamos reconocer las cosas mucho más tarde. En realidad, lo que vemos a primera vista puede no contarnos gran cosa acerca de su significado, del mismo modo que el juego de luces y sombras sobre el agua puede hipnotizarnos y no decirnos nada sobre lo fría o lo salada que pueda estar.

Lord Jim proyectaba las ideas de Conrad acerca de la percepción sobre los conceptos de «Oriente» y «Occidente». Asia, tal como él la describía, empleando los perennes estereotipos europeos sobre «el Oriente», era un lugar al margen del tiempo, ámbito inescrutable de la fe y la superstición. Pero en sus confines, sugería, «quinientos kilómetros más allá del final de los cables telegráficos y de las líneas de los buques», se podía encontrar una especie de autenticidad honesta que Occidente había perdido hacía tiempo.[446] Conrad se hacía eco del filósofo alemán Arthur Schopenhauer, quien se apoyaba en textos hindúes para sostener que el «velo de maya»

(que, en sánscrito, significa «ilusión») nos oculta a la vista la verdad, el sentido y la realidad. [447] «Los ojos de Occidente, tan a menudo preocupado por las simples superficies», dice Marlow, se perdían

«las posibilidades ocultas de razas y tierras sobre las cuales pende el misterio de siglos y siglos». En Patusan, Marlow ve cómo «las macilentas mentiras utilitarias de nuestra civilización se marchitan y mueren». Por eso Jim podía reencontrar allí su sentido del honor, y abrigar sueños que, por poco realistas que fueran, sostenían «la

profunda veracidad oculta de las obras de arte». [448] «Bajo la oscura superficie» de Patusan, Marlow encuentra también lo que estaba buscando: «la verdad revelada en un momento de ilusión».

El sacrificio de Jim le demuestra que siempre había estado en lo cierto con respecto a él. Jim era «uno de los nuestros». «Patusan», podría haber añadido, es un anagrama de Patna y «us», ‘nosotros’

en inglés.[449]

Incluso los detractores de Lord Jim reconocieron la «notable originalidad» de la novela. «Si [Conrad] continúa escribiendo la misma clase [de ficción] —predecía un crítico estadounidense—, es posible que alcance la distinción única de contar con pocos lectores en su propia generación, y una buena posibilidad de tener muchos de ellos en la siguiente».[450] Su innovadora forma narrativa inspiró a escritores más jóvenes como Ford Madox Ford (que conoció a Conrad poco antes de que este empezara a escribir Lord Jim) para emplear la

técnica del impresionismo literario, tal como él mismo lo denominó, en su novela El buen soldado, de 1915.

Obviamente, no todo el mundo pensaba lo mismo. E. M. Forster señaló con acierto que Conrad «siempre parece prometer que se avecina algún tipo de declaración filosófica sobre el universo, y después, con una declaración arisca, se abstiene de hacerla».

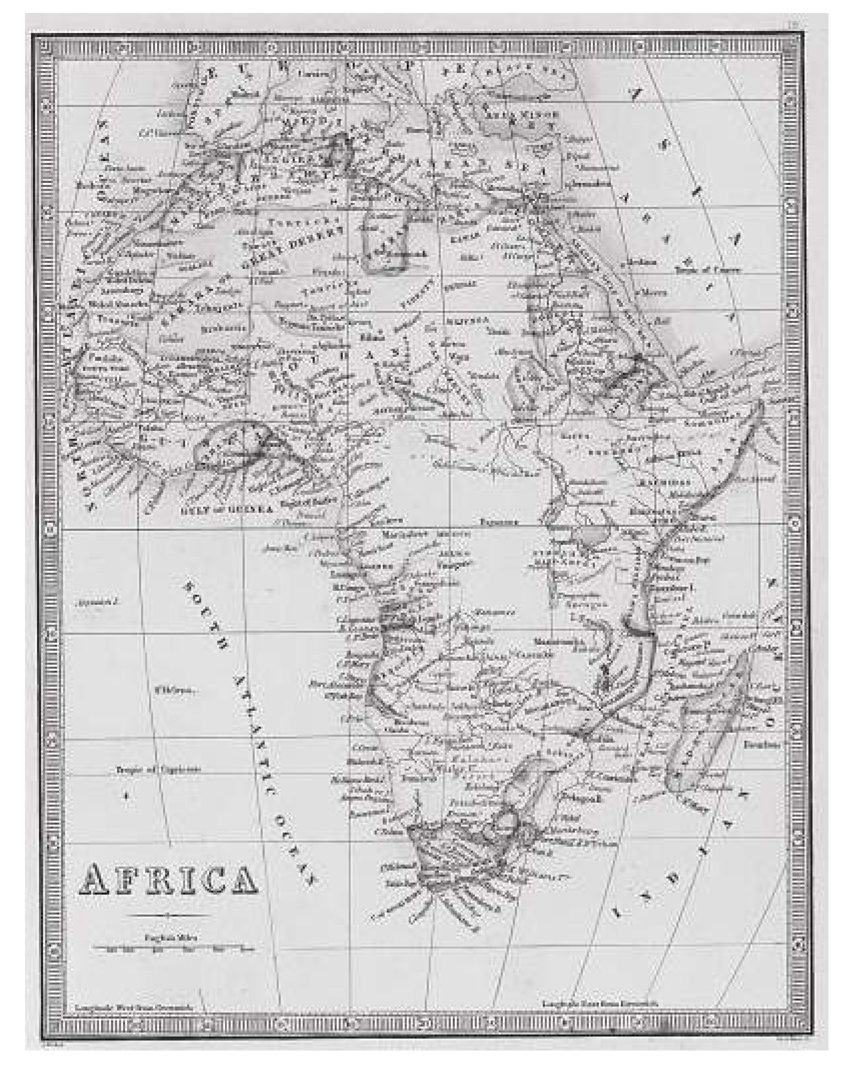
Forster sospechaba que «el cofre secreto de su genio contiene más bien vapor y no tanto una joya».[451] Pero lo cierto es que, para Conrad, el vapor era precisamente la joya. Desde el nacionalismo romántico polaco del que se había impregnado de niño hasta el velero británico, pasando por un rincón intacto de una Asia imaginaria, Conrad atesoraba un vago ideal del honor personal, el

compromiso con el deber, y una comunidad de personas dispuestas a sacrificarse por algo más grande que ellas.

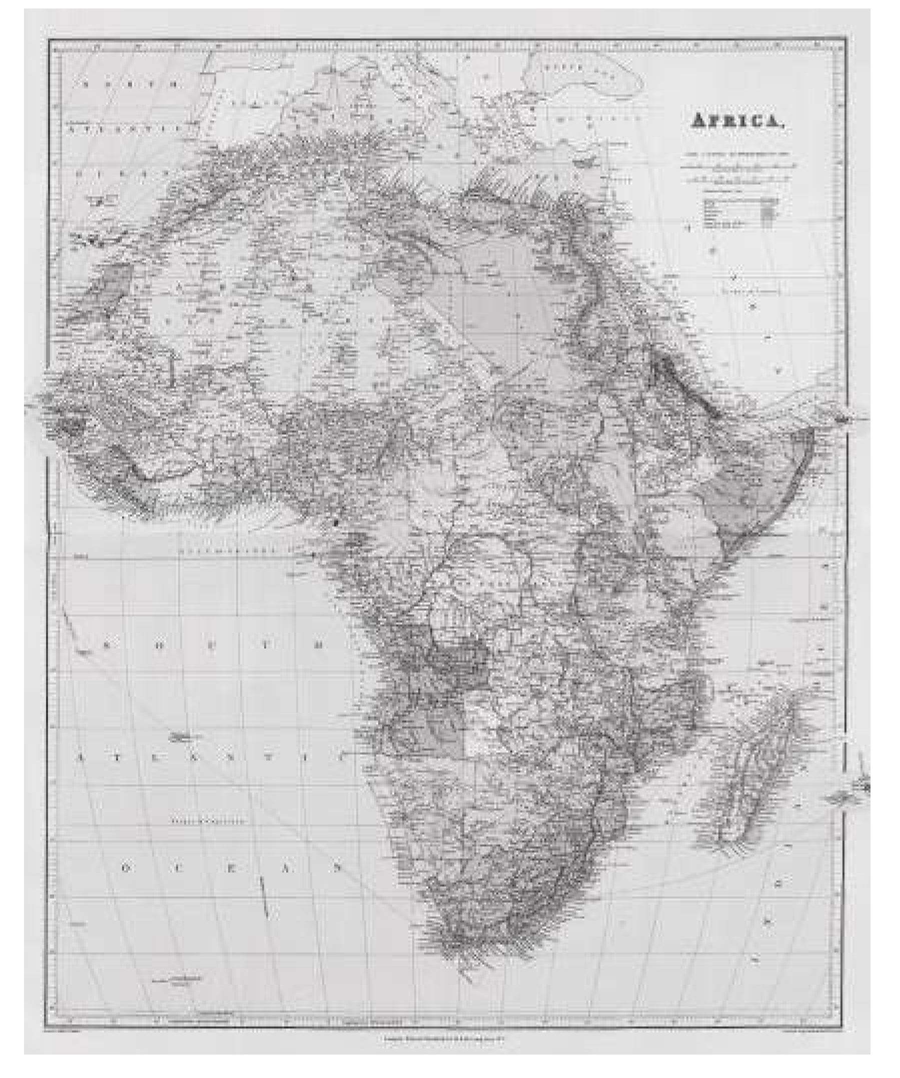
La tragedia de Lord Jim era precisamente la llegada a Patusan de lo que pasaba por «civilización». El vapor relegaba al velero. La hipocresía, el egoísmo y la codicia triunfaban sobre la honestidad y el trabajo duro. Las comunidades se fracturaban. La gente rompía sus promesas. La tragedia residía en que el «atributo oscuro y horrendo de nuestra naturaleza […] no está tan por debajo de la superficie como gustamos creer».[452]

Tercera Parte

Civilización



África en la época de juventud de Conrad.



África en la época de adulto de Conrad, dividida en colonias europeas.

7

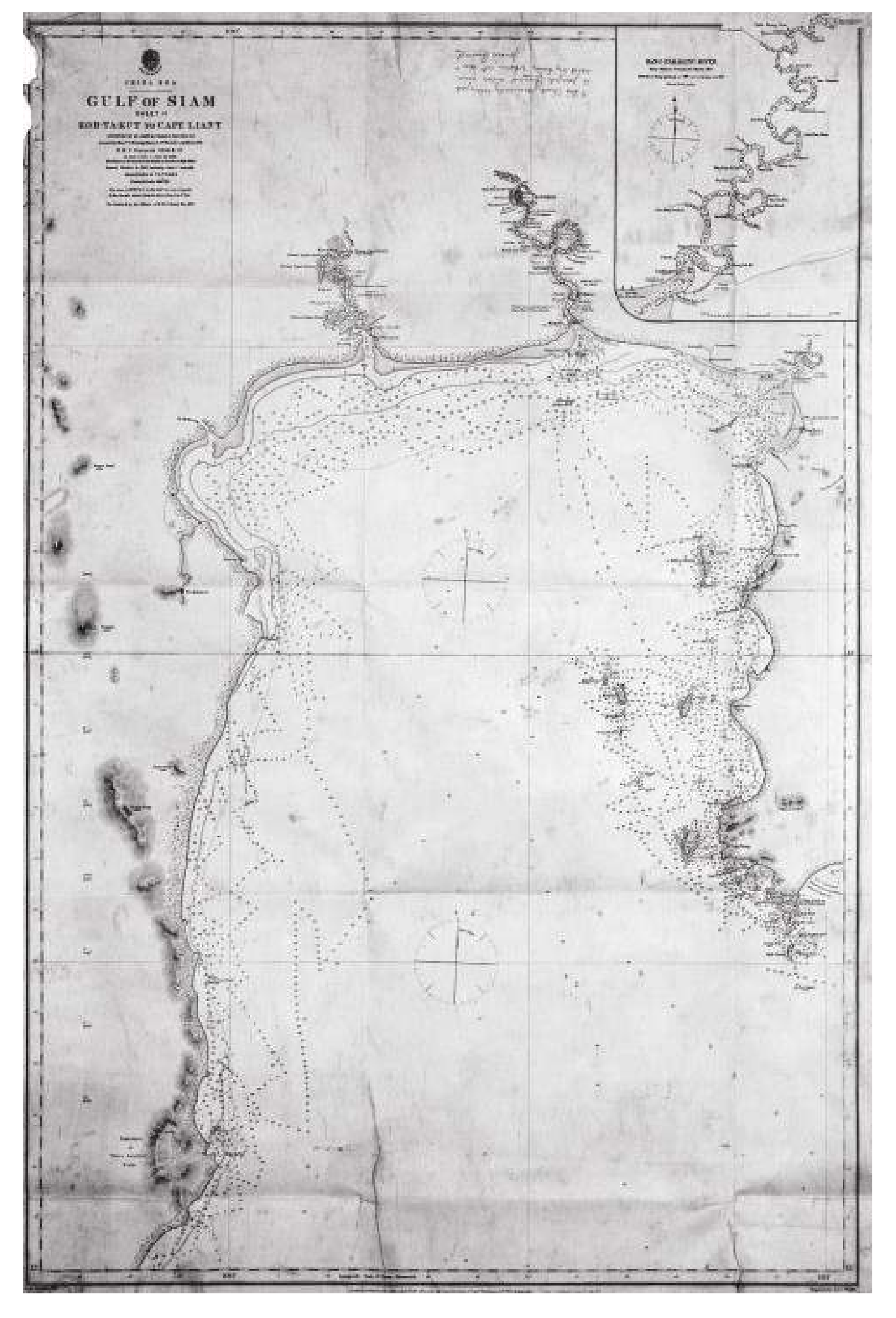
De corazón a corazón

Después de cincuenta y cuatro días de viaje desde Melbourne a través del estrecho de Torres, el Otago llegó a Mauricio en noviembre de 1888, descargó un cargamento de jabón, sebo y fertilizante, y dejó desembarcar a nueve tripulantes cansados para que disfrutaran de un tiempo en tierra. El capitán Konrad Korzeniowski había ido allí para comprar azúcar, el principal producto de exportación de la isla.

Se tropezó con aquel barco, su primer mando, apenas dos semanas

después de abandonar el Vidar, cuando el capitán del puerto de Singapur, Henry Ellis, recibió un telegrama del cónsul británico en Bangkok solicitando un capitán para un barco cuyo patrón había muerto en alta mar. Konrad se hizo con el puesto.

Cuando más tarde escribió sobre ello en su novela La línea de sombra, dijo que ninguno de los otros capitanes había querido aceptar el trabajo. «Miedo a las velas. Miedo a una tripulación blanca. Demasiados problemas. Demasiado trabajo. Demasiado tiempo fuera. Más amigos de vida fácil y tumbonas». Su yo ficticio acogió al Otago como a una amante. «Su casco, su aparejo me llenaron los ojos de felicidad. Esa sensación de vacío vital que me había tenido tan inquieto durante los últimos meses… se disolvió en un flujo de jubilosa alegre emoción». [453] Para demostrar su



dominio del mar, Konrad condujo deliberadamente el Otago hacia Mauricio por una ruta complicada.

Carta de navegación de Conrad del golfo de Siam.

Muchos llamaban a Mauricio «la perla del océano». Algunos decían que el mismísimo cielo había sido copiado de la isla. [454] Aunque era una colonia británica, la población blanca descendía sobre todo de los franceses que habían colonizado Mauricio en el siglo xviii, lo que significaba que, por primera vez desde que salió de Marsella, Konrad se hallaba en una sociedad francófona. Lo hizo a través de uno de sus viejos conocidos de la Marina mercante francesa, el capitán Gabriel Renouf, que presentó a Konrad a sus hermanos y hermanas. Cuando resultó que los sacos de yute que necesitaba para forrar la bodega del barco habían resultado destruidos en un incendio y que tendría que quedarse varias semanas más de lo previsto, Konrad se alegró, de hecho, del retraso.

Todos los días iba a la ciudad a preguntar por los sacos al agente de transportes. Se inclinaba el bombín y marcaba el paso con un bastón con el pomo de oro. Los otros capitanes que esperaban en la oficina con gorra y abrigos de pluma de pato, las manos mugrientas y sin guantes, lo llamaron con desprecio «el conde ruso», y tenían razón: pertenecía a una clase social diferente.[455] Los Renouf eran más próximos a sus orígenes: hombres profesionales y mujeres educadas y con buenos modales. Llevaba a las hermanas Renouf a pasear en carruaje por las avenidas bordeadas de palmeras del Jardin des Pamplemousses y las invitaba a tomar el té a bordo del Otago. En particular, quedó prendado de Eugenia, de veintiséis años.

Le hacía sentirse ligero, atractivo, desenvuelto, como el hombre que deseaba ser.

Un día, las damas le propusieron un juego de salón, una especie

de juego de las veinte preguntas. Le pasaron hojas de papel con cuestiones escritas en francés. Él escribía las respuestas en hojas separadas, en inglés, lo que aumentaba las burlas.[456]

—¿Qué hace para entretenerse? —preguntaron las hermanas.

—Desaparecer.

—¿Qué nombre hace que su corazón lata rápido?

—Está a punto para latir por cualquier nombre —objetó.

—¿Cuál sería su sueño de felicidad?

Difícil.

—Nunca sueño con ella; quiero la realidad —respondió.

—¿Dónde vive la persona que ocupa sus pensamientos?

Una trampa resbaladiza. Escribió:

—En un castillo en España.

¿Su color de pelo favorito? ¿Color de ojos favorito? Le gustaban por igual las morenas y las rubias, y los ojos grises, los que más.

—¿Qué le gustaría ser?

—Me gustaría no ser —bromeó.

—¿En qué país le gustaría vivir?

—No lo sé. Quizá Laponia.

—¿Cuál es su distracción favorita?

—Perseguir gansos salvajes.

—¿Qué don natural le gustaría haber tenido?

Esa pregunta fue un golpe que no esperaba. La sinceridad interrumpió la chanza.

—Confianza en uno mismo.

—¿Cree que alguien le quiere?

Se sonrojó interiormente.

—Me niego a declarar.

Al cabo de unas seis semanas llegaron los sacos de yute, Konrad forró la bodega y cargó quinientas toneladas de azúcar. Era hora de ponerse manos a la obra. Llamó a un aparte a uno de los hermanos Renouf y le pidió permiso para proponerle matrimonio a Eugenia. El hermano le miró sorprendido, avergonzado. ¿No sabe que ya está prometida?

Konrad recordaría la «perla del océano» como una «migaja de la tierra», poblada por provincianos que mantienen una apariencia de caballerosidad en un estado de «decadencia apagada y de señorial dignidad». «Casi todas las chicas son guapas, ignorantes del mundo, amables y agradables y generalmente bilingües; parlotean

inocentemente tanto en francés como en inglés. La vacuidad de su existencia es increíble», escribiría más tarde.[457]

Los Renouf recordarían al capitán inusualmente culto que hizo un breve acto de presencia en su mundo. Podía ser una compañía maravillosa cuando quería, pero a veces caía de forma desconcertante en silencios profundos, como si les hubiera abandonado de repente.[458]

«Por suerte —dijo el capitán Charles Marlow—, la gente, ya sea madura o no (¿y quién lo es realmente alguna vez?), es, en general, bastante incapaz de comprender lo que les ocurre».[459] Marlow —

como su creador— había envejecido mucho cuando dijo esto en la novela de Conrad, Azar. Había visto suficiente mundo como para saber que, por mucho que pensara que él tomaba las decisiones sobre el curso de su vida, en realidad no era más que una bola de billar en un juego en el que el taco estaba en manos del destino.

Solo se podía entender lo que había sucedido a posteriori, y menos mal, porque si uno sintiera todos los golpes en el mismo momento, no podría seguir viviendo.

Konrad regresó a Londres en mayo de 1889, tras casi dos años y medio de ausencia. Alquiló una habitación en Pimlico, tan cerca del Támesis que, en las mañanas cálidas, la bruma del río difuminaba la vista desde su ventana. Nunca dijo por qué había vuelto de Asia, y no tenía ningún plan para el futuro.

El tío de Konrad, Tadeusz, estaba encantado de tenerlo de vuelta en Europa, y le presionó para que le visitara. «Mi mecanismo de sesenta años me está decepcionando constantemente. O son mis dientes, o mis ojos, que me han servido fielmente hasta ahora… Y

mi consejo es que aplaces el llegar a esta edad el mayor tiempo posible —le escribió—. Sea como sea, le ruego a Dios que, sano o enfermo, pueda ver a mi amado capitán al menos una vez más, en casa o en el extranjero, según sea el caso». [460] Como ciudadano británico, Konrad podía por fin viajar a Ucrania sin miedo al reclutamiento militar (o a ser procesado por evitarlo), aunque primero tenía que ser liberado oficialmente de su condición de súbdito ruso y luego obtener un visado. Desde su alojamiento hasta la embajada rusa en Chesham Square había un corto paseo, pero tardó mucho tiempo en llegar allí.

Mientras esperaba a que llegaran sus papeles, Konrad volvió a

contactar con sus dos amigos más antiguos de Londres. Adolf «Phil»

Krieger, a quien conocía desde que se habían alojado juntos en Dynevor Road ocho años antes, era socio de una empresa llamada Barr, Moering & Co. que importaba vajilla de plata y otros bienes de consumo de Alemania.[461] Unos años antes, Konrad había invertido

trescientas cincuenta libras en la compañía (con la ayuda de Tadeusz Bobrowski), una inversión que ahora le generaba suficientes ingresos para mantenerse entre amarres. Cuando estaba en ultramar había confiado en Barr, Moering & Co. como agentes comerciales, e incluso utilizaba su membrete para la correspondencia.[462]

También estaba George Fountaine Weare Hope, su primer amigo inglés, a quien había conocido en la oficina de su agente marítimo en 1879. Hope había navegado una vez en el Duke of Sutherland, y aunque hacía tiempo que había abandonado el mar por el matrimonio y un trabajo de oficina, se pasaba a menudo por la agencia «para ver si había algún conocido». «He aquí un joven caballero que ha estado en su antiguo barco», dijo el agente, presentándoselo a Konrad. Hope examinó al joven extranjero con su gorra plana y su traje de sarga, «vio enseguida que era un caballero» y le invitó a comer. «Nos vimos varias veces antes de que por fin consiguiera un barco, y cuanto más le veía, mejor me caía».

[463]

En aquel tiempo, Hope, director de una empresa en la City, tenía un yate de crucero para navegación de recreo bautizado como Nellie. Un fin de semana de verano, Konrad le acompañó a navegar por el río Medway, en Kent. Embarcaron una pata de cordero, una botella de salsa de menta y una caja de cerveza, y soltaron amarras con un buen viento del suroeste a favor. Era un día fantástico para navegar, y Konrad pensó que el Nellie era una embarcación

«espléndida». La primera noche se unieron a un grupo de marineros para tomar una copa y charlar en la posada Lobster Smack de Hole Haven, y Konrad los superó a todos con una historia (exagerada) de tráfico de armas en la costa española. Al día siguiente, prosiguieron

su viaje hacia Chatham. Hope señaló con entusiasmo las características que hacían de Chatham un bastión del poder naval británico: majestuosos buques de guerra, enormes astilleros, un castillo en lo alto de una colina que protegía el lugar. Para Konrad, sin embargo, aquello era sobre todo la tierra de Charles Dickens (pues

había vivido en Chatham de niño), y le encantaba ver lugares sobre los que había leído en sus novelas favoritas. Su siguiente escala fue Margate, donde se reunieron con otros amigos de Hope y pasearon entre la multitud de excursionistas del East End, intercambiando historias sobre el Duke of Sutherland. El mal tiempo persiguió al Nellie durante todo el viaje de vuelta a Londres, pero no hizo sino aumentar la sensación de aventura y camaradería. «La verdad es que hay que ser muy aficionado al mar para disfrutar de un viaje así», dijo Hope; y Konrad verdaderamente lo disfrutó.

Sin embargo, una distracción así solo le ocupaba unos días, y con su visado ruso pendiente de un mes para otro, Konrad tenía mucho más tiempo disponible. Recordaba su estancia en el Vidar, y pronto se encontró también escribiendo sobre ella. Conjuró al «hombre Almayer» —Charles Olmeijer, de Berau—, de pie en el muelle mientras el Vidar se acercaba, «vestido simplemente con un pijama que ondeaba, con estampado de cretona… una camiseta fina de algodón de manga corta» y un par de «zapatillas de paja».[464]

Recordó los nombres de otros europeos de los que había oído hablar en Borneo, como Wil iam Lingard, el rajá Laut, y especuló sobre qué los había llevado allí, y sobre cómo y con quién vivían. La escena se alargó dos o tres capítulos, una historia sobre un agente europeo río arriba, su esposa malaya y su hija. Llamó al asentamiento Sambir, en honor a la región de Galitzia donde él y su padre habían disfrutado

del último periodo de buena salud y alegría antes de la muerte de Apollo. [465]

Muchos años después, Conrad diría que la «niebla opalina» de aquellas mañanas de Pimlico le había recordado a Borneo. Toda escritura es un acto de traducción. Convierte algo que ves o percibes en algo que dices. Para Conrad, escribir ficción sería también con frecuencia una traducción de experiencias pasadas, una forma de encontrar el sentido a todos esos sucesos de la vida cuyo significado una persona no acaba de comprender en el momento. Como el hecho de que la historia que empezó a escribir en el verano de 1889

acabaría convirtiéndose en su primera novela publicada, La locura de Almayer.

Konrad escribía y esperaba el visado para Ucrania, que nunca llegó. El dinero escaseaba. Tendría que encontrar otro trabajo.

Preguntó a agentes y amigos, pero había pocas capitanías disponibles

y más candidatos cualificados que nunca. Perdido en Londres, Konrad siguió el consejo de Phil Krieger para acercarse a las compañías navieras de Amberes con las que Barr, Moering & Co.

hacía negocios.

Gran Bretaña y Bélgica eran dos naciones distintas, pero desde el punto de vista de un marino o de un comerciante de la Marina mercante, Londres y Amberes eran ciudades gemelas, separadas solo por una delgada franja de mar. Cuando Konrad llegó a Amberes en noviembre de 1889, la ciudad se había convertido en uno de los puertos más grandes y de más rápido crecimiento de Europa.

Glamurosos transatlánticos atracaban en los muelles cercanos al centro de la ciudad, donde los turistas curiosos podían subir a bordo para contemplar los resplandecientes y lujosos interiores. Al norte se

extendían ocho vastos embarcaderos, con más de diez kilómetros de muelles entre ellos. Nuevas grúas hidráulicas sacaban la mercancía de las bodegas y la cargaban directamente en vagones de ferrocarril.

Las cintas transportadoras zumbaban bajo las aceras del recién inaugurado Africa Dock, transportando sacos de grano. El contiguo America Dock estaba rodeado de tanques de almacenamiento de un producto cada vez más codiciado, el petróleo.

Algunos belgas quizá interpretaban este poder marítimo como la culminación del destino de Amberes. Según el folclore local, en la Antigüedad un gigante había bloqueado la desembocadura del río Escalda, que discurría por la ciudad, y exigía peaje a los capitanes que entraban. Si alguien se negaba a pagar, el gigante le cortaba la mano y la arrojaba al río. Un ficticio soldado romano llamado Silvio Brabo mató al gigante, le cortó la mano y la arrojó al mar, liberando el Escalda y fundando la ciudad. Se dice que el nombre «Amberes», o Antwerp en neerlandés, deriva de «hand werpen» («arrojar mano»). Konrad cruzó la Grote Markt para contemplar la flamante fuente de bronce de Brabo sobre el cadáver del gigante, sosteniendo en alto la mano amputada. El agua brotaba del miembro y de las heridas abiertas del cuerpo tendido en el pavimento. [466]

En Amberes, Konrad encontró una compañía naviera que tenía una posible vacante en un buque que viajaba a las Indias Occidentales y México. [467] A continuación, visitó Bruselas, donde entró en contacto con otra empresa, la Compagnie du Congo pour le Commerce et l’Industrie (CCCI). [468] Se trataba de una empresa creada no hacía

mucho para explotar los recursos del mayor mercado emergente de Bélgica: el Estado Libre del Congo, una vasta región de África Central que administraba personalmente el rey



belga Leopoldo II. Konrad acudió a la sede de la CCCI, en un edificio de oficinas con estucados de color marfil, justo detrás de las puertas de hierro del Palacio Real. [469] Puede que en la pared de la oficina viera un mapa del campo de operaciones africano de la empresa, como un globo apretado en la costa atlántica que se inflaba hacia el corazón del continente. El río Congo atravesaba el territorio, con un extremo tocando el Atlántico y el otro curvándose más de mil quinientos kilómetros tierra adentro hacia los Grandes Lagos de África Oriental.

Fuente de Silvio Brabo en Amberes, inaugurada en 1887.

Konrad se entrevistó con el director de la empresa, Albert Thys, un oficial militar con un corte de pelo hirsuto al estilo militar y pétreos ojos. Thys dirigía dos filiales de la CCCI.[470] Una de ellas, con el

objetivo de construir un ferrocarril desde Matadi, cerca de la desembocadura atlántica del Congo, hasta el primer punto navegable del río, Léopoldville (actual Kinshasa), a unos cuatrocientos kilómetros río arriba. La otra consistía en poner en marcha una línea

de barcos de vapor entre Léopoldville y Stanley Falls (actual Kisangani), mil setecientos kilómetros río arriba, que harían escala en varias estaciones de la CCCI a lo largo del trayecto para recoger mercancías comerciales, sobre todo marfil. Esta rama de la empresa, llamada Société Anonyme Belge du Commerce du Haut-Congo (SAB), estaba ampliando su flota de buques de vapor y buscando capitanes para dirigirlos. Konrad le dijo a Thys que, si tenían una plaza de capitán disponible, estaría encantado de

aceptarla.[471]

Konrad se marchó con el compromiso de Thys, pero sin saber cuándo se materializaría el trabajo. Cuando escribió para hacer un seguimiento del proceso, no obtuvo respuesta. Mientras tanto, todo el papeleo necesario para visitar a su tío en el Imperio ruso finalmente dio sus frutos. El 4 de febrero de 1890, Korzeniowski puso el manuscrito de su libro en la maleta y emprendió el viaje de varias etapas desde Pimlico a Ucrania.

Primero hizo parada en Bélgica, donde visitó de nuevo la oficina de la CCCI y presionó para que le dieran una fecha de inicio. Le dijeron que volviera en abril. También visitó a un primo lejano sobre el que le había hablado hacía poco su tío Tadeusz. Aleksander Poradowski se había establecido en Europa Occidental tras la insurrección de 1863. Konrad le conoció justo a tiempo: Poradowski estaba gravemente enfermo y no se esperaba que viviera mucho más tiempo.

Fue en la tensa atmósfera de una casa a la espera de la muerte donde Konrad conoció a una mujer como nunca había conocido: Marguerite, la esposa de Poradowski, de cuarenta y dos años.

Marguerite procedía de una familia francesa de eruditos (su primo hermano, el Dr. Paul-Ferdinand Gachet, trataría a Vincent van Gogh esa misma primavera) y era una destacada escritora de ficción.[472]

Su novela Yaga: A Sketch of Ruthenian Manners, basada en una década de vida en Ucrania con Poradowski, se había publicado recientemente en la prestigiosa Revue des deux mondes de París.

Era glamurosa, realizada, cosmopolita y culta, y se movía con soltura en un ambiente que Konrad admiraba. Pero también comprendía perfectamente de dónde venía él: los pueblos del interior de Ucrania, la diáspora europea de sus primos polacos, el dolor hereditario del patriotismo insatisfecho. Justo cuando él empezaba a escribir ficción, ella era la primera autora seria que conocía, después de su propio

padre. Konrad se marchó de Bruselas con el nombre de un editor con el que contactar en Varsovia, un ejemplar de la novela Yaga de Poradowska y un poderoso sentimiento de conexión personal con su nueva «tía». Aleksander Poradowski murió dos días después.

Konrad siguió yendo hacia el este. Tres días con unos parientes en Varsovia, dos días con unos primos en Lublin, luego un tren a la estación de Kalynivka y un día de trineo sobre la nieve hasta la finca de Tadeusz, Kazimierówka. [473] Muchos años después, Conrad describió este momento en Crónica personal como un tríptico de su vida. «El manuscrito de La locura de Almayer descansaba en la bolsa bajo nuestros pies», recordaba, y «volví a ver el sol poniéndose en las llanuras tal como la había visto de viaje, en mi niñez. […] Se puso el sol, nítido y rojo, […] tal como si se hundiese en el mar».

[474] En una sola imagen congeló las tres partes de su personalidad: el marinero, el escritor y el polaco nativo.

Sin embargo, cuando en febrero de 1890 trotó por las carreteras heladas —inseguro sobre su próximo amarre y sobre la forma de su escritura— vio el paisaje a través de las imágenes literarias de Marguerite Poradowska. Había leído Yaga dos veces en cuestión de días. Escribía a «ma chère Tante» en cada parada. «Te escribo en francés porque así es como pienso en ti; y estos sentimientos, tan mal expresados, vienen del corazón, que no conoce ni la gramática ni la ortografía de una estudiada afinidad».[475] Sus compasivas cartas de pésame marcaron el comienzo de una correspondencia efusiva y cargada de emociones entre ambos. Ocho años mayor que él, una especie de pariente, la nueva viuda era un depósito «seguro»

para las confesiones íntimas de Konrad, que en los años siguientes las vertió en, a veces, docenas de cartas al año. Marguerite se convirtió en la primera mujer con quien el Konrad adulto entabló una relación emocional duradera. [476]

Konrad pasó dos meses en Ucrania, deslizándose por los surcos de una sociedad, una lengua y una cultura que se habían ablandado con la edad. Volver a ser acogido por la familia y sentirse en un entorno familiar le habría hecho tomar consciencia de lo que había perdido al marcharse. Sin embargo, verlos a todos allí —los amigos szlachta de Tadeusz, con sus horizontes provincianos y sus inalcanzables ideales políticos, como si nada hubiera cambiado—

también le recordó lo feliz que era por haberse marchado. La gente con la que se encontraba pensaba que hablaba polaco con acento

extranjero y que se había convertido en un esnob londinense.[477]

Mientras estaba en Ucrania, Konrad recibió por fin noticias de

Bruselas: habían matado a uno de los capitanes de los vapores del Congo de la empresa, y necesitaban un sustituto de inmediato.

Konrad prometió presentarse en abril, y escribió a Marguerite dándole las gracias por hacer consultas en la empresa en su nombre. «Espero con impaciencia el momento en que podré besarle las manos y darle las gracias en persona». Se apresuró a regresar a Bruselas, firmó un contrato con la SAB durante tres años y recibió instrucciones para zarpar hacia África en menos de una semana.

A menudo, Conrad afirmaba en años posteriores que fue a África debido a una fascinación infantil. «Fue en 1868 —declaró—, cuando tenía nueve años o por ahí, que mientras miraba un mapa de África de la época y ponía el dedo en el espacio en blanco que entonces representaba el misterio sin resolver del continente, me dije a mí mismo con absoluta seguridad: “Cuando sea mayor, ¡iré allí! ”».[478]

Marlow hizo una declaración similar en El corazón de las tinieblas. En realidad, Conrad nunca se había propuesto encontrar trabajo en África: lo consiguió por casualidad y por circunstancias personales.

Contaba con contactos con transportistas belgas a través de otros inmigrantes en Londres. Tenía un idioma, el francés, para comunicarse con ellos. Su «tía» Marguerite Poradowska, bien relacionada socialmente, era una especie de agente recién descubierta en Bruselas. Era el único trabajo que había tenido que dependía de cada uno de sus rasgos distintivos, como capitán nacido en Polonia, francófono y británico.

Konrad «recorrió a toda velocidad» la distancia entre Londres y Bruselas a fin de prepararse para su viaje, aprovisionándose, despidiéndose de su gente. A principios de mayo de 1890 volvió a ponerse bajo el brazo el manuscrito de La locura de Almayer, visitó

Bruselas para una última despedida de Marguerite Poradowska y continuó hasta Burdeos, donde embarcó en el vapor francés Ville de Maceio para emprender el largo viaje hacia el sur.

Mientras Konrad navegaba hacia África, su cabeza y su corazón estaban en otra parte: en Borneo, con los personajes de su incipiente novela, y en Bruselas, con Marguerite. «La hélice gira y me lleva hacia lo desconocido —le escribió desde Tenerife, primera escala de su viaje —. Por fortuna, hay otro yo que merodea por Europa, que está contigo en este momento… Otro yo que se mueve con gran facilidad; que puede incluso estar en dos sitios. ¡No te rías!

Creo que ha sucedido de verdad. Así que no te rías».[479] «Has dotado a mi vida de un nuevo interés, de un nuevo afecto —

escribiría de nuevo, semanas más tarde—. Ahora miro a lo largo de dos avenidas cortadas a través de la espesa y caótica jungla de nocivas plantas. Durante mucho tiempo no me interesaba la meta a la que conduce mi camino. Lo recorría con la cabeza baja, maldiciendo las piedras. Ahora me interesa otro viajero; así olvido las pequeñas miserias de mi propio camino». [480]

Todo lo que Konrad sabía sobre lo que encontraría en el Congo era que «tengo un destino al mando de un barco de vapor, perteneciente al grupo de exploración del Sr. Delcommune. Me gusta mucho la perspectiva, pero no sé nada con certeza, ya que se supone que todo se debe mantener en secreto». Había oído que «el 60 por ciento de los empleados de nuestra empresa regresan a Europa antes de cumplir seis meses de servicio. ¡Fiebre y disentería!», y también nostalgia, suponía. [481] Sin embargo, sin darse cuenta, Konrad había visto señales en sus visitas a Bélgica —la fuente con la mano cortada, la sede de la empresa a las puertas del

Palacio Real, el capitán muerto— que apuntaban a un dominio más violento y perturbador de lo que jamás había imaginado.

Que Konrad Korzeniowski acabara trabajando en un barco de vapor en el río Congo en la década de 1890 dependió de una serie de acontecimientos históricos que, en menos de una generación, transformaron una vasta franja de África Ecuatorial, de ser un lugar apenas abordado por forasteros a una de las colonias más brutalmente explotadas de la Tierra. Visto a través de los ojos de un aldeano del curso superior del río Congo, el barco de vapor tenía el carácter de algo sobrenatural, si no apocalíptico.

Makulo, hijo de Ahalo y Boheheli de la tribu turumbu, nació en una selva tropical cerca de la bifurcación de los ríos Aruwimi y Congo.

Tenía cinco o seis años cuando llegaron los primeros rumores. Los

aldeanos que vivían en el río les contaron a los padres de Makulo que habían visto una especie de fantasma flotando en el agua. Era una barca que parecía propulsarse sola, y en su interior había un hombre blanco como un albino, totalmente cubierto salvo por la cabeza y las manos. Cinco o seis años después, Makulo escuchó otra serie de rumores. Ahora, un ejército entero descendía por el río en busca de marfil y esclavos. [482] Venían del este; vestían ropas blancas, no llevaban amuletos ni fetiches y hablaban otra lengua. Lo que sí llevaban, le contaron los vecinos, era «una especie de palo hueco, y cuando lo golpean, se oye un ruido, PAM, PAM, y salen bolas que hieren y matan a las personas». Las armas dieron nombre a los asaltantes, «Batambatamba». Cuando se acercaban, lo único que se podía hacer era apartarse de su camino.[483]

Makulo y sus parientes huyeron a otra aldea, pero un día, mientras nadaban, los batambatamba los rodearon. Cogieron al primo de Makulo, un bebé, de los brazos de su madre, lo arrojaron sobre un nido de hormigas rojas y llevaron a todos los demás a la fuerza al campamento de su jefe, Tippu Tib (otro nombre que evocaba el sonido de una pistola). Los parientes de los rehenes acudieron con colmillos de marfil para comprar la libertad de sus familiares. El tío de Makulo fue liberado, su tía también, pero por un chico joven y sano como Makulo, los esclavistas exigieron dos colmillos más. Antes de que su padre pudiera regresar con el pago, los batambatamba trasladaron al chico y al resto de cautivos en barco a otra base, demasiado lejos como para que la familia de Makulo pudiera encontrarlo. Los esclavos abandonaron su territorio entre «gritos, lágrimas y lamentos». Aun así, cuando el muchacho llegó al nuevo campamento, se dio cuenta de que, en cierto modo, había tenido suerte. Un mwalimu (maestro islámico) se lo llevó a él y a los otros niños aparte y les dio lecciones sobre el Corán, mientras que a su alrededor se amontonaban los esclavos adultos, encadenados por el cuello en grupos de veinte, apestando a excrementos y sudor, golpeados y mutilados a voluntad de los

batambatambas.[484] Tippu Tib pasaba a verlos de vez en cuando, para asegurarse de que estaban bien, y les dio a todos nombres nuevos. Makulo pasó a llamarse Disasi, que significa «cartucho».

[485]

Un día, durante sus clases, Makulo vio al mismo fantasma que había presagiado su infortunio. Río arriba se deslizaba una gran barca que parecía moverse sola. En su interior viajaba el hombre blanco. Los keles le llamaban Bosongo, o albino. [486] Salió de la

barca y habló largo y tendido con Tippu Tib. Poco después, Makulo vio que traían dos fardos de tela y sacos de sal de la embarcación, y Bosongo empezó a cortar la tela en trozos. Con cada uno se compraría un niño. Cuatro metros por un niño pequeño, ocho metros por uno mayor. El hombre blanco compró a Makulo y a otros veintidós y los subió a su barco.[487]

A bordo, Makulo sintió que el ambiente se animaba. Todos se sentían ligeros y libres; reían, intercambiaban historias; no había ni una cadena a la vista. Mejor aún, los barcos se dirigían hacia la bifurcación del río de donde él venía. Se veían lugares familiares, lenguas conocidas que hablaba la gente de la ribera. Los niños empezaron a gritar: ¡volvían a casa! Pero las naves seguían avanzando. ¿Por qué no se acercaban a la orilla? Las embarcaciones no paraban. Los ánimos de los niños cayeron como piedras en la estela. Seguían siendo cautivos.

Bosongo reunió a los niños y se dirigió a ellos a través de un intérprete. «No os he comprado para haceros daño —insistió—, sino para daros verdadera felicidad y prosperidad. Todos habéis visto cómo tratan los árabes a vuestros parientes e incluso a vosotros, niños. No puedo dejar que volváis con vuestras familias porque no quiero que os volváis como ellos, salvajes y crueles, que no conocen al Buen Dios». Las promesas aplacaron a Makulo, al menos. Cuando desembarcó en Kinsasa, muchas semanas después, ya consideraba al hombre blanco como un «libertador». También es posible que para entonces supiera el nombre de pila de Bosongo: Henry Morton Stanley. [488] Makulo había sido cazado, literalmente, por uno de los hombres con mayor responsabilidad en el avance de la colonización europea en África Central.

Los europeos habían dejado de venir a África en busca de esclavos en 1808, mucho antes de que naciera Makulo. Ahora venían en nombre del fin de la esclavitud. En África Oriental, los zanzibaríes de ascendencia árabe —los batambatambas de los recuerdos de Makulo

— dirigían una red de esclavitud que se extendía desde el océano Índico hasta la cuenca del Congo. Los zanzibaríes introdujeron las armas y el islam, crearon nuevas ciudades y rutas comerciales y devastaron las poblaciones locales. Una nueva oleada de exploradores europeos llegó tras sus huellas, buscando vías para «la civilización, el comercio y la cristiandad», en palabras del célebre misionero explorador David Livingstone. [489] Pero, al igual que los zanzibaríes, llevaban armas, y mejores, y acabaron devastando aún más la región.

El «libertador» de Makulo, Stanley, marcó la pauta. Cuando

Livingstone perdió el contacto con Europa en una expedición para encontrar las fuentes del Nilo, el New York Herald envió a Stanley como corresponsal para ir a buscarlo. Este siguió la pista de Livingstone hasta un gran puesto de comercio de esclavos a orillas del lago Tanganica y escribió sus aventuras en un libro que fue un éxito de ventas. Fue un golpe extraordinario para Stanley, que —

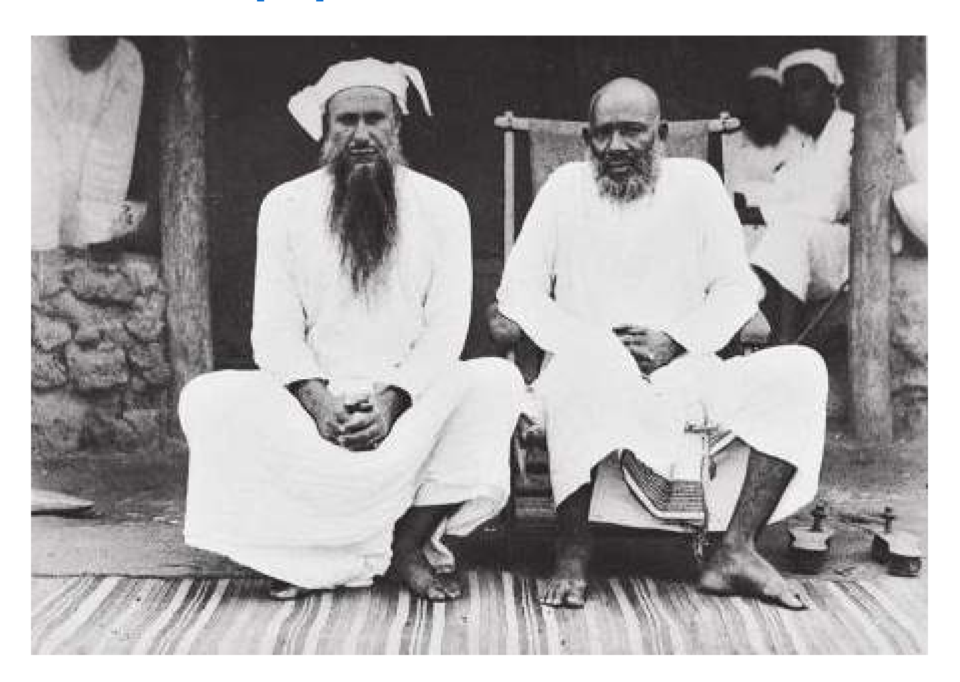
aunque ninguno de sus lectores lo supiera— había pasado toda su vida adulta intentando borrar la vergüenza de sus orígenes, nacido bastardo y criado en un hospicio galés. El libro selló su nueva identidad. Fortalecido por la aclamación, Stanley decidió regresar a África en 1874 como explorador por derecho propio. ¿A dónde, se preguntaba, conducía realmente el sistema fluvial que emanaba del lago Tanganica? ¿A las fuentes del Nilo, como pensaba Livingstone?

¿Podía ser el río Níger? ¿O era el Congo?



Stanley emprendió una expedición para averiguarlo. Tras un año y medio cartografiando los Grandes Lagos, se dirigió al oeste, al río Lualaba. Era el lugar más interior que nadie había cartografiado, y la capital de los dominios de Tippu Tib. Stanley fue recibido por este

«hombre notable», que tenía «el aire de un árabe bien educado y era casi cortesano en sus modales». Stanley era abolicionista, y se hallaba frente al que quizá fuera el mayor traficante de esclavos del mundo. Pero sabía que no podría viajar más lejos sin ayuda local, así que llegó a un acuerdo. Pagaría a Tippu Tib para que le acompañara, con una numerosa escolta armada, durante los siguientes sesenta días de marcha.[490] Con la protección asegurada, Stanley dirigió su columna de unos doscientos veinte hombres, mujeres y niños hacia la «oscuridad desconocida», jurando seguir al Lualaba «hasta el océano, o hasta la muerte».[491]



Henry Morton Stanley en Londres después de «encontrar» a David Livingstone.

Tippu Tib (derecha) en el Congo.

Para más de un centenar de los compañeros de Stanley, el viaje supondría la muerte: por viruela, disentería, escorbuto, úlceras, malaria, neumonía, tifus. Los supervivientes se enfrentaron a serpientes, hipopótamos, cocodrilos y hormigas rojas, humedad asfixiante, vegetación estranguladora, hambre constante y frecuentes ataques humanos. Stanley informó haber sido atacado no menos de treinta y dos veces por aldeanos a lo largo del Lualaba.

«Salvajes delante, salvajes detrás, salvajes a ambos lados». Contra esta sucesión de «feroces caníbales» armados con flechas y lanzas, Stanley

apuntó sus armas para sembrar «terribles ejecuciones». «Es un mundo asesino» —dijo tras una batalla con los vecinos de Makulo en el Aruwimi— y, por primera vez, sentimos que odiamos a los asquerosos y carroñeros demonios que lo habitan». [492] Sin

embargo, los congoleños tenían una razón de mucho más peso para odiar a los invasores blancos.

En agosto de 1877, Stanley llegó al asentamiento europeo de Boma, en la costa atlántica, con una caravana de «demacrados, desventurados inválidos». Había recorrido más de once mil kilómetros en dos años y medio, dejando atrás cientos de muertos, asesinados, traumatizados; pero había seguido el río como había prometido, hasta «¡el amplio portal hacia el océano, el dominio azul de la civilización!». Había comprobado que el Lualaba fluía hacia el Congo y se extendía desde la región de los Grandes Lagos hasta el Atlántico. Los comerciantes de Boma le recibieron y felicitaron «con calurosos sentimientos». «Muy emocionado», Stanley les estrechó solemnemente la mano, dándoles las gracias en inglés y en «muy mal francés». [493]

La noticia del éxito de la travesía de Stanley por África Central electrizó al público occidental lector de periódicos, y el relato de su viaje en dos volúmenes, Viaje en busca del Dr. Livingstone al centro de África —1.092 páginas escritas en ochenta días—, se convirtió en otro éxito de ventas. El libro consolidó en Occidente la imagen de África Central como una zona de «tinieblas», poblada por salvajes y caníbales, «bestias humanas de presa» que debían ser sometidas por la fuerza. [494]

Stanley esperaba que el Gobierno británico sacara partido de sus descubrimientos para promover el desarrollo comercial de la cuenca del Congo. Pero sus francos informes sobre el exterminio de la oposición africana, por no hablar de sus negociaciones con el traficante de esclavos Tippu Tib, conmocionaron la sensibilidad liberal. Una investigación oficial del vicecónsul británico en Zanzíbar

condenó sus «atrocidades» y puso fin a cualquier apoyo por parte de Londres. Así que, cuando Stanley recibió una invitación del rey Leopoldo II de Bélgica para cenar en el Palacio Real y hablar del desarrollo del Congo, aceptó encantado.[495]

El rey Leopoldo llevaba años buscando a alguien como Stanley. El rey era un hombre de tamaño exagerado, normalmente el más alto de la sala, con una nariz como la ladera de una montaña y una barba como una cascada espumosa sobre su pecho, y estaba decidido a

desempeñar un papel de su mismo tamaño en el mundo.

[496] Pero era el rey de uno de los estados más pequeños y limitados de Europa. Formada en 1830 para reconciliar los intereses franceses y holandeses, Bélgica era una nación ratificada por comité.

Los términos de su tratado fundacional establecían una monarquía constitucional que limitaba la autoridad del monarca y comprometía al país a una neutralidad permanente para proteger el equilibrio de poder europeo.

Como heredero del modesto trono belga, Leopoldo se obsesionó con expandir las fronteras de la nación. Cuando miraba al norte, veía a los holandeses gestionando las lejanas Indias Orientales. Cuando miraba al sur, veía un Imperio francés que llegaba hasta África.

Hacia el oeste, su prima hermana, la reina Victoria (casada con otro de sus primos hermanos, el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo), presidía un imperio que abarcaba todo el globo. Leopoldo también quería una parte del mundo para Bélgica. Viajó a Egipto, la India y China en busca de colonias. En la década de 1860, decidió que tenía buenas posibilidades en el Sudeste Asiático. Investigó sus opciones en Tonkín, presionó a la reina de España para que le concediera las Filipinas y se puso en contacto con el aventurero británico James

Brooke para convertir la provincia de Sarawak, en Borneo, en una colonia belga. [497] Si alguna de esas transacciones hubiera funcionado de forma diferente, Konrad Korzeniowski podría haberse encontrado navegando entre belgas por el Sudeste Asiático y no haber visitado nunca África.

En la década de 1870, el rey Leopoldo II dirigió su atención al continente africano. Las muy publicitadas exploraciones europeas habían convertido África en la próxima gran atracción para los inversores coloniales. En 1876, el rey reunió en Bruselas a un grupo de académicos, diplomáticos, empresarios y exploradores para celebrar una Conferencia Geográfica sobre África. El objetivo, dijo Leopoldo a los delegados, era «abrir a la civilización la única parte del globo en la que aún no ha penetrado, para atravesar la oscuridad en la que están envueltas poblaciones enteras». [498] Leopoldo y sus colegas utilizaban «civilización» como sinónimo de sociedades industrializadas, cristianas y de mayoría blanca. Cuando hablaban de llevar la «civilización» a África, normalmente se referían a tres cosas: introducir una economía de mercado, acabar con la esclavitud y el comercio de esclavos, y expandir el cristianismo. Leopoldo, al igual

que Stanley, utilizaba el término «oscuridad» para referirse a todo lo que consideraba incivilizado en la sociedad africana: canibalismo, esclavitud, poligamia, animismo, desnudez y, por supuesto, la piel oscura de sus habitantes. Cuanto más invocaban él y sus seguidores la «civilización» como opuesta a la «oscuridad», más racistas eran sus connotaciones.

La conferencia dio lugar a una organización llamada Asociación Internacional Africana, encargada de establecer puestos en el África tropical dedicados a la investigación, el comercio y la «difusión de la

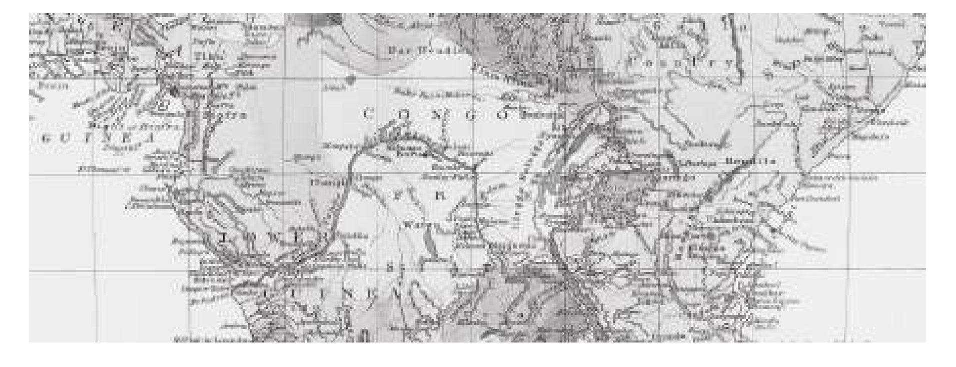
luz de la civilización entre los nativos».[499] Bajo la presidencia de Leopoldo, la organización tenía delegaciones en Europa y Estados Unidos, presididas por príncipes, duques y generales. Lo que necesitaba a continuación era un lugar en el que empezar. Cuando el rey supo que Stanley había seguido con éxito el Congo hasta el Atlántico, quiso que la cuenca del río fuera ese lugar. No se podía aspirar a algo más grande que aquello.

Stanley llegó al Palacio Real de Bruselas una tarde de junio de 1878 y se encontró con «varias personas de cierta importancia en el mundo comercial y financiero, de Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica y Holanda» reunidas «para considerar la mejor manera de

[…] estudiar lo que se podía hacer con el río Congo y su cuenca».

[500] Formaron otra organización con este fin, el Comité para el Estudio del Alto Congo, y Stanley aceptó volver a África para trabajar en él, a sueldo del rey Leopoldo.

Stanley regresó a la desembocadura del Congo en 1879, con el mandato de «sembrar a lo largo de sus orillas asentamientos civilizados», según sus propias palabras, «para conquistarlo y someterlo pacíficamente, para remodelarlo en forma de estados nación en armonía con las ideas modernas, dentro de cuyos límites el comerciante europeo irá de la mano con el oscuro comerciante africano, y la justicia, la ley y el orden puedan prevalecer, y el crimen, la anarquía y el cruel trueque de esclavos cesen para siempre». [501]



Mapa del Estado Libre del Congo.

La frase contenía todas y cada una de las palabras clave del proyecto. «Civilizado», «moderno» y «pacífico» frente a «oscuro»,

«cruel» y «sin ley», y excluía otros términos notables. El sistema político imaginado a orillas del Congo no sería un imperio, sino un conjunto de estados nación. No una colonia que explotar, sino un mercado que desarrollar. No un proyecto belga para promover los intereses nacionales, sino un esfuerzo internacional para promover la civilización en su conjunto. La jugada maestra del rey Leopoldo II fue utilizar la posición neutral de Bélgica en Europa como base para una nueva visión del colonialismo. En el Estado Libre del Congo fomentó un concepto de «civilización» como ideal internacional capaz de trascender el nacionalismo proteccionista y provinciano.

[502]

Stanley se puso a trabajar en el establecimiento de enclaves. La parte del río Congo más difícil de atravesar fue, con diferencia, el tramo de cuatrocientos kilómetros lleno de rápidos entre Matadi, cerca del Atlántico, y Léopoldville. Pasó tres años supervisando un proyecto de construcción de carreteras entre estos puntos,

ganándose el apodo de Bula Matari —«rompedor de rocas»—, un apelativo que acabó convirtiéndose en una etiqueta general para el Gobierno colonial. Siguiendo las órdenes del rey, se dirigió unos mil seiscientos kilómetros río arriba, de vuelta a los dominios de los traficantes de esclavos, para establecer un puesto en Stanley Falls.

(Probablemente fue en este viaje cuando Stanley compró a Makulo y a los otros niños a Tippu Tib). Dondequiera que fueran el galés y los empleados de la asociación, celebraban palavers (negociaciones) con los jefes locales y les entregaban tratados para que los «firmaran»

con una X. Según muchos de estos documentos, los jefes acordaron

«libremente y por su propia voluntad, para sí mismos y para sus herederos y sucesores y para siempre, renunciar a la soberanía y a todos los derechos soberanos y de gobierno de todos sus territorios». También «prometían apoyar a dicha asociación en su labor de gobernar y civilizar este país [...] y ayudar, con su trabajo o de otro modo, a cualquier obra, mejora o expedición» que emprendiera. En total, los agentes recopilaron unos cuatrocientos tratados en cuatro años.

Mientras tanto, en Europa, el rey Leopoldo II y sus agentes se entrevistaban con representantes de las grandes potencias en busca del reconocimiento diplomático del Estado en ciernes. Aplacó a los franceses con un «derecho de tanteo» sobre el territorio en caso de que la asociación fracasara financieramente, asegurando de este modo el interés de Gran Bretaña en que no fuera así. Contrató a un antiguo diplomático estadounidense para que presionara al Congreso, y en abril de 1884 Estados Unidos se convirtió en la primera nación en reconocer a la asociación como entidad soberana.

La agenda diplomática del rey culminó en Berlín en noviembre de

aquel año, cuando el canciller alemán Otto von Bismarck invitó a representantes de las grandes potencias para hablar de las reivindicaciones territoriales en África. Stanley regresó del Congo con su cargamento de tratados justo a tiempo para asistir a la Conferencia de Berlín como «asesor técnico» de la delegación estadounidense. La conferencia aprobó la reivindicación de Leopoldo sobre el Congo y, con ello, su misión civilizadora como principio internacional. En mayo de 1885, Leopoldo bautizó al territorio —

setenta y cinco veces más grande que Bélgica— como Estado Libre del Congo y se autodeclaró su rey soberano». Había dejado su huella en el mapa. [503]

Al igual que Bélgica, el Estado Libre del Congo era un dominio ratificado por un comité. Adquirido pacíficamente por tratado, abierto al comercio y a la inversión libres, consagrado a los más altos estándares de lo que más adelante se llamarían «derechos humanos», respaldado por los líderes de la incipiente comunidad internacional y las convenciones del derecho internacional, sobre el papel parecía lo más correcto y atractivo posible.

Sin embargo, quienes respaldaron el proyecto del rey Leopoldo no

tenían una idea clara de lo que estaban aprobando exactamente.

Para su público europeo y estadounidense, el rey presentó la iniciativa del Congo como un ejercicio filantrópico, que trascendía el imperialismo nacionalista en favor de amplios objetivos humanitarios. Tenía su sede en Bruselas, decía, precisamente por el estatus neutral de Bélgica. [504] Pero, en realidad, utilizó un complicado juego de organizaciones para enmascarar una enorme toma de poder personal. La Asociación Internacional Africana se convirtió en el Comité para el Estudio del Alto Congo, luego en la

Asociación Internacional del Congo, y finalmente en el Estado Libre del Congo. Por el camino, lo que había empezado como un proyecto filantrópico avalado por los grandes de Europa se transformó en un Estado administrado personalmente, sin supervisión constitucional por parte de Bélgica, ni siquiera un comité de dirección ni responsabilidad alguna ante los accionistas.[505] El resultado, señalaba un crítico contemporáneo, fue «una anomalía y una monstruosidad desde el punto de vista internacional». [506] Lo único

«libre» del Estado Libre del Congo fue la libertad que le dio a Leopoldo II para dirigirlo a su antojo.

En África, la hipocresía era previsible, y previsiblemente peor.

Ninguno de los jefes que pusieron su X al pie de los tratados de la asociación sabía leerlos. Incluso si hubieran podido, no habrían comprendido la idea de «soberanía» o de «derechos de gobierno».

[507] Desde luego, no compartían una escala de valor económico, que era la forma en que los europeos podían entregar jarras de ginebra, rollos de tela y mitakos (alambre de latón o cobre que se utilizaba como moneda) a cambio de concesiones de tierras y recursos que valían, eso lo sabían, mucho más en el mercado internacional.

En cuanto a que los jefes firmaran «libremente y por voluntad propia», la asociación tenía medios para garantizar su cumplimiento.

Los europeos de África Ecuatorial eran inherentemente vulnerables, una población pequeña y propensa a las enfermedades que dependía por completo de la población local para alimentarse, y que aprovechaba sus ventajas tecnológicas para salir adelante. Un comerciante belga cerca de Boma, cuando se enfrentaba a un jefe que intentaba imponer condiciones al comercio, le dijo: «Pondré tu

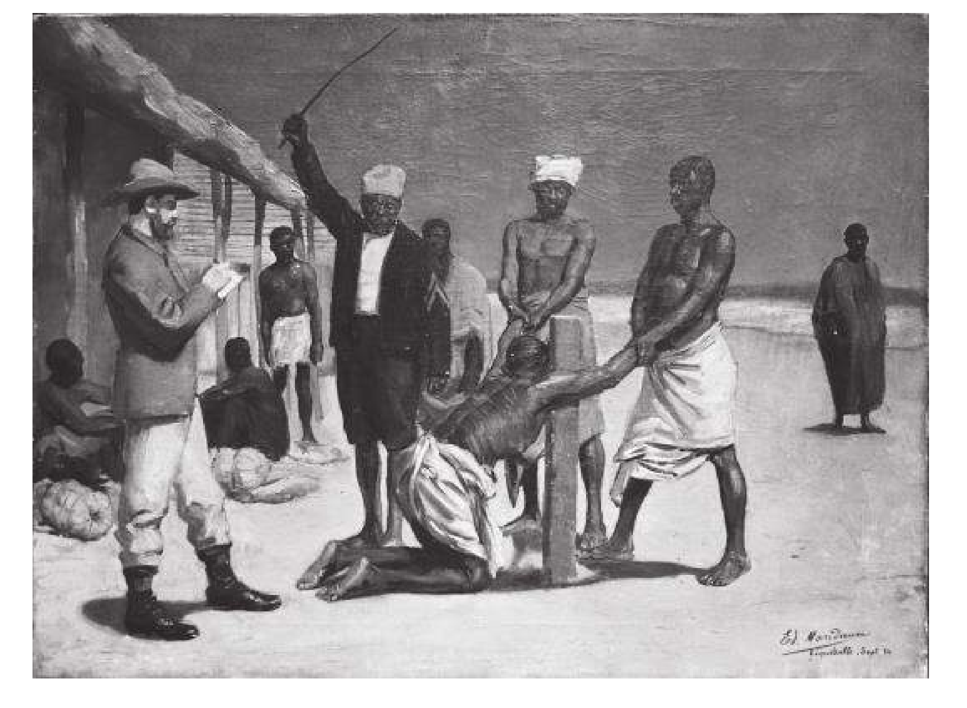
cabeza en las mismas condiciones que la botella que ves ahí», apuntó

su pistola e hizo trizas la botella de un disparo. [508] Un miembro de la asociación podía esconder una pila en la palma de la mano y, cuando estrechaba la mano de un africano, le daba una descarga eléctrica, demostrando que «el hombre blanco podía arrancar árboles y realizar las más prodigiosas proezas de fuerza».

Podía utilizar una lupa para encender un cigarro y luego decir al público que «su íntima relación con el sol» le permitiría quemar toda la aldea si quisiera. Podía fingir que cargaba un rifle y pedir a un africano que le disparara, para luego sacar una bala escondida en la manga y afirmar que era sobrehumano. [509]

Ya en 1885, un empleado de la asociación y consumado artista amateur, Édouard Manduau, se había dado cuenta de qué quería decir realmente «civilización» en el Congo. Pintó una escena en el paseo marítimo de Léopoldville de un hombre blanco que toma notas con aire despreocupado en un cuaderno, mientras un ayudante africano golpea a otro africano en la espalda desnuda con un chicotte, un filoso látigo de piel de rinoceronte. Manduau tituló su cuadro La Civilisation au Congo. [510]

Konrad Korzeniowski se encontraba en el Vidar, en Borneo, a finales de mayo de 1887, cuando otro barco atracó en Boma, con consecuencias para su futuro. A bordo del Vlaanderen viajaba un francobelga de treinta y un años llamado Alexandre Delcommune, que había recibido el encargo de establecer puestos de la CCCI en el curso superior del río Congo. Delcommune había llegado por primera vez a África siendo un adolescente en 1874, atraído, según decía,



por la aventura, por la ficción —como su contemporáneo Konrad—, en su caso, de las novelas de James Fenimore Cooper y Walter Scott. Con solo veintiún años, Delcommune se había convertido en gerente del puesto comercial francés de Boma, y allí había permanecido desde entonces.

Édouard Manduau, La Civilisation au Congo (1884-1885).

Para llevar a cabo su misión, Delcommune necesitaba una embarcación capaz de enfrentarse a la fuerte corriente del río. La CCCI había encargado un barco de vapor de ruedas de veintiún metros de eslora, con una rueda de paletas en la popa, del tipo utilizado en el Mississippi. Se llamaba Roi des Belges, y se hallaba desmontado en la bodega del Vlaandereen. Chapa de acero para el

casco, piezas de madera para la cabina, paneles para el techo, tuercas, pernos, arandelas, remaches, tubos… La mayor parte se había empaquetado en fardos que un solo hombre fuerte podía levantar. La caldera, de cuatro mil kilos, se dividió en seis partes; el sistema de refrigeración y la rueda de paletas se ataron a carros especialmente diseñados. Un equipo de mecánicos de la empresa de ingeniería viajó con el Roi des Belges para montarlo una vez que llegaran a Stanley Pool. Pero antes, cada una de estas cargas tuvo que ser transportada por los rápidos hasta Léopoldville.[511]

A Delcommune le gustaba presumir de fuerza y astucia, y se lanzó con energía a la tarea de averiguar cómo hacer para transportar el navío. En primer lugar, mandó un convoy de doscientos cincuenta porteadores africanos para l evar las partes más ligeras del Roi des Belges por el camino de carro que Stanley había construido de Matadi a Léopoldville. Todas las mañanas enviaba a un ayudante con un equipo de sirvientes para montar el campamento para la noche.

A continuación, iba la larga fila de porteadores, avanzando penosamente a través del «calor tórrido» como caracoles bajo conchas de acero. Delcommune iba en la retaguardia, montado en una gran mula española, encargándose de los rezagados. Durante veintitrés días viajaron así, trepando por colinas, bajando por escarpaduras, atravesando pantanos y cauces de ríos.

Aquella era la parte fácil. Trasladar el motor, la rueda de paletas y otra maquinaria pesada planteaba retos de una escala completamente distinta. En cinco enormes carretas viajaban componentes de acero de hasta 4.500 kilos cada uno, sujetos con cables y cadenas, que también había que llevar a Léopoldville.

Delcommune asignó equipos de trescientos hombres a cada carreta,

alineados a lo largo de gruesos cables sujetos a los costados del vehículo que, a una señal, agarraban los cables y tiraban. Los carros avanzaban perceptiblemente. Tiraban de nuevo y los carros se deslizaban unos centímetros más. Los músicos bailaban alrededor de los equipos de trabajo, cantando. Los obreros respondían al unísono, trabajaban en armonía y arrastraban las máquinas un poco más allá.

Era algo que valía la pena ver, se maravilló Delcommune: la fuerza muscular moviendo la fuerza del vapor.

Los equipos tardaron diecisiete días en recorrer una distancia que normalmente les llevaría uno. Cada jornada era una nueva prueba: ejes rotos, ruedas atascadas y la constante fuga de trabajadores, hartos del agotador trabajo. El decimoctavo día, la caravana tuvo que superar una pronunciada pendiente cuesta abajo. Delcommune reorganizó a los porteadores para que se colocaran detrás de los carros, tirando hacia atrás para frenar su descenso, pero los frenos de uno de los vehículos fallaron y este se precipitó sin control al lecho de un río. Un hombre murió aplastado y otros dos resultaron gravemente heridos. A las pocas horas, casi todos los trabajadores abandonaron sus puestos y desaparecieron en la espesura.

Durante una semana, Delcommune fue de pueblo en pueblo con la «lenta y fastidiosa» tarea de reclutar más obreros mientras esperaba refuerzos de Léopoldville. Con una nueva fuerza de trabajo, sustituyó los grandes carros por cargas más pequeñas suspendidas de postes, que se debían transportar en relevos. Cuatro semanas más tarde, la caravana llegaba a Léopoldville, «animada por los alegres cantos de nuestros porteadores», y los ingenieros empezaron a montar todas las piezas. En marzo de 1888, el Roi des Belges se adentró en el río Congo, dejando tras de sí una estela de



heridos, muertos y un sinfín de esfuerzos y sudor. Delcommune acogió a los oficiales europeos del puesto en el vapor para un crucero inaugural alrededor de Stanley Pool, y luego partió para cartografiar diferentes ramales de la cuenca del río y situar nuevos puestos comerciales en el mapa.

El Roi des Belges.

Puede que el Estado Libre del Congo naciera en la presuntuosa imaginación del rey Leopoldo II, pero la hazaña de Delcommune demostró que la traslación del plan del rey a un Estado tangible y

funcional dependía de agentes sobre el terreno, comprometidos como él. Entre 1890 y 1898, el número de europeos en el Congo se triplicó hasta llegar a unos mil setecientos, de los cuales cada vez

más (unos dos tercios) eran belgas.[512] Tras el telón de ideales filantrópicos, estos hombres (y todos eran hombres) llevaban a cabo el trabajo diario y violento de imponer el orden y buscar beneficios.

Los ideales no los llevaban muy lejos cuando se trataba de encontrar, organizar y disciplinar la mano de obra; de abastecer, operar y proteger sus instalaciones, y, en última instancia, de hacer pagar al Estado Libre del Congo. Para ello necesitaban persuasión, bienes comercializables y fuerza.

El duro trabajo de construcción del Estado recayó sobre los africanos obligados a trabajar. Al principio, los europeos habían importado equipos de trabajadores de Zanzíbar y África Occidental, pero a medida que se ampliaba el alcance y la extensión de los proyectos, también lo hacía la necesidad de mano de obra. Los jefes que habían firmado los tratados de Stanley en los que aceptaban

«ayudar» a la asociación «con mano de obra o de otra forma»

descubrieron que lo que esto significaba, en la práctica, no era tan distinto de la esclavitud. Los agentes iban de pueblo en pueblo reuniendo trabajadores. Delcommune hablaba con franqueza de cómo se aseguraba de que estos hombres cumplieran las normas: golpeando sus manos con una «palmeta», azotándolos con el chicotte o atándolos en grupos encadenados.[513] En 1888, el Gobierno formalizó su propio ejército, llamado la Force Publique, que asumió el papel de principal ejecutor y pronto empezó a obtener su personal principalmente mediante reclutamiento. [514] La Force Publique introdujo una forma grotesca de ajuste de cuentas en su labor policial: los soldados tenían que presentar manos cortadas de cadáveres para demostrar que las balas no se habían desperdiciado, un extraño eco de la leyenda fundacional de Amberes.

Las cosas habían cambiado mucho desde la infancia de Makulo en la década de 1870, cuando un barco que se moviera solo sobre el agua parecía algo sobrenatural. En 1890, había veintinueve embarcaciones de vapor en el río Congo, diecinueve de las cuales pertenecían a la CCCI o al Estado. [515] Recogían marfil en la cadena de puestos que había entre Léopoldville y Stanley Falls y paraban a menudo en otros lugares para obtener comida y leña. El propio Makulo se estaba convirtiendo en modelo parangón del proyecto civilizador tal y como

lo concebían sus defensores europeos.

Después de que Stanley se lo comprara a Tippu Tib, lo transfirió a uno de sus agentes favoritos en Léopoldville, y cuando este murió, Makulo se convirtió en alumno de un misionero baptista, George Grenfell. Se convirtió al cristianismo y adoptó una vida enmarcada por el catecismo y el capitalismo. Makulo fue, en cierto modo, afortunado. Al tiempo que se le «civilizaba», el Estado empezó a crear «colonias infantiles» dedicadas a formar a niños «liberados»

como él para la Force Publique.[516] Los residentes de la cuenca del Congo tenían más motivos que nunca para temer a los barcos de vapor y a sus oficiales blancos, y para presentar resistencia.

En enero de 1890, el buque Florida del SAB se detuvo en Tshumbiri, una población de cierto tamaño donde el río Congo se estrecha en un canal de ciento sesenta kilómetros que desciende hacia Kinsasa. Mientras la tripulación conseguía provisiones mediante trueque y cortaba leña, hubo una riña y uno de los tripulantes resultó herido. El capitán, un danés llamado Johannes Freiesleben, desembarcó para investigar y pedir una compensación.

«No quiero forasteros en mi pueblo —declaró el jefe—. Seguro que han venido para saquearnos; regresen a su barco o los mataremos a

todos». [517] Freiesleben detuvo al jefe y un aldeano le disparó con un mosquete en las tripas. El maquinista del barco encendió la caldera y alejó el Florida a toda velocidad. El capitán murió en el acto. Durante semanas, según contó un testigo al misionero Grenfell, su cuerpo permaneció insepulto. Le cortaron las manos y los pies. Se vio a los aldeanos con el abrigo, las zapatillas y el reloj del muerto. «La seguridad del hombre blanco exige que se repriman enérgicamente los ultrajes de este tipo», proclamó el Bulletin Officiel del Estado Libre.[518] Siete semanas después, dos vapores cayeron sobre Tshumbiri con trescientos setenta soldados a bordo, que acribillaron a tiros a la resistencia, se llevaron el cadáver y quemaron la ciudad infractora hasta los cimientos.

Poco después, el sustituto de Freiesleben, Konrad Korzeniowski, recibió órdenes de zarpar.

8

Los lugares oscuros

Descendiendo por los rápidos desde Kinsasa hasta el Atlántico, el río

Congo se precipita fuera de África con tal fuerza que se pueden ver sus sedimentos penetrar cientos de kilómetros mar adentro, tiñendo de marrón el azul del océano. Esa sería la primera violencia de la que Konrad fue testigo al aproximarse al Estado Libre del Congo en el Ville de Maceio en junio de 1890. Incluso antes de desembarcar, uno de sus compañeros, un agente de una empresa belga llamado Prosper Harou, que había vuelto al Congo después de un grave ataque de disentería el año anterior, le habló de los muchos peligros que temían los europeos: las enfermedades, el clima, los salvajes, las serpientes. [519]

El Ville de Maceio atracó en Boma, muy cerca de la desembocadura del río. La antigua estación europea de trata de esclavos tenía ahora el honor de ser la capital nacional, y aquí y allá ondeaba la bandera del Estado Libre del Congo, una estrella amarilla sobre campo azul. Las oficinas de las empresas y el Gobierno daban al agua, apoyadas sobre pilares de hierro para protegerlas de las hormigas y la podredumbre. Había una oficina de correos, donde Konrad podía enviar sus cartas a Europa, y una pequeña capilla católica, con gloriosa decoración de catedral, construida con planchas de hierro prefabricadas. El gobernador y los directivos de la compañía vivían en una meseta algo más fresca por encima de los

muelles, conectada por un tranvía de vapor de vía estrecha.[520]

Era un despliegue impresionante si se tiene en cuenta que no había más de ochocientos europeos en todo el Estado Libre del Congo.

[521]

«Temperatura muy soportable aquí, y salud muy buena», escribió jovialmente Konrad a Marguerite Poradowska desde Matadi, adonde él y Harou se dirigieron al día siguiente. Este era el último punto al que se podía llegar en el río antes de enfrentarse a rápidos infranqueables, así que la siguiente etapa de su viaje sería a pie, hasta Léopoldville. Konrad empezó a anotar sus impresiones en un diario, el único que había llevado hasta entonces.[522] Aunque hablaba francés con sus colegas del Congo, tomaba sus notas en inglés, el idioma del otro manuscrito que llevaba consigo, la novela La locura de Almayer. Quizá Konrad ya intuía que esta travesía también podía hallar su camino hasta la ficción. Lo que no sabía era que el viaje sería el más duro de su vida, y que casi todos los detalles de los cuales tomó nota acabarían en su crítica literaria a la empresa del Estado Libre, El corazón de las tinieblas.

El jefe del puesto estación de la Société Anonyme Belge alojó a Konrad

y Harou antes de su viaje por los rápidos del Congo. Por

«alguna razón que solo él conocía, les hizo esperar en Matadi una semana, que se alargó a dos, lo que dio a Konrad tiempo suficiente para evaluar el poblado y a sus habitantes. Apenas era una aldea, descubrió, solo «cuatro o cinco casas y los talleres del ferrocarril», que justo estaba empezando a construirse. [523] Los habitantes también le parecieron como una obra en proceso de construcción.

Aparte de un puñado de misioneros idealistas y vigorosos exploradores como Alexandre Delcommune, que estaba preparando



una expedición a Katanga (a la que Konrad había pensado que le destinarían), la mayoría eran comerciantes de marfil, funcionarios del Gobierno, maquinistas ferroviarios y oficiales de la Force Publique: hombres duros en trabajos duros, ambiciosos, agresivos, quejicas. «Acabo de pensar que mi vida entre la gente (blanca) de por aquí no puede ser muy cómoda —observó Konrad—. Trato de evitar en lo posible a la gente que conozco […] La característica más notable de la vida social local: gente hablando mal unos de otros».

La excepción era un joven irlandés larguirucho llamado Roger Casement, que trabajaba como supervisor en el ferrocarril Matadi-Léopoldville. Al conocerle, Konrad dijo: «En cualquier circunstancia, debería considerarlo un gran placer, y ahora es nada menos que un golpe de suerte. Piensa, habla bien, es muy inteligente y simpático».

Casement le mostró a Konrad el cobertizo y los barracones que acababan de construir un millar de obreros traídos de África Occidental y Zanzíbar. Konrad los oía dinamitar las colinas no lejos de Matadi. Se preveía que el proyecto duraría cuatro años. [524]

Construcción de la vía férrea cerca de Matadi.

En Matadi, Konrad también manipuló marfil por primera vez. Los colmillos llegaban en vapores desde el interior; se medía su peso y se marcaban los precios; a continuación, se empaquetaban en toneles para enviarlos a Boma y luego a Europa. Konrad lo consideraba un «empleo idiota», [525] pero sin él no habría podido estar allí. El marfil era, con diferencia, la exportación más valiosa del Congo, y la demanda parecía ilimitada. En 1890, el comercio de marfil en Amberes superaba al de Liverpool, con algo más de 75.000

kilogramos. Cinco años más tarde, casi se había cuadruplicado, convirtiéndose así en el mayor del mundo.[526] Aquello representaba los colmillos de varios miles de elefantes, y a los comerciantes de marfil les era cada vez más difícil conseguir más.

El 28 de junio de 1890, Konrad emprendió el camino hacia Léopoldville con Harou. Fue una marcha agotadora de tres semanas en torno a los rápidos del río Congo. La «llamada carretera de las caravanas no es más que un camino de herradura de unos pocos centímetros de ancho»; el sendero serpenteaba por las laderas de las colinas, subía, bajaba y volvía a subir, a través de herbáceas que podían duplicar la altura de una persona. [527] Stanley, grandilocuente, había afirmado que este tramo del valle del río era el más hermoso del mundo, aplicándole la expresión apasionada de

«danza salvaje de la tierra».[528] Albert Thys, sin embargo, captó quizá la opinión de la mayoría de los europeos que se esforzaban por aquellas montañas: «Uno piensa que está en una tierra maldita, una verdadera barrera que parece haber sido creada por la naturaleza para detener el progreso». [529] Al menos Konrad lo tenía

más fácil que el equipo de treinta y un porteadores africanos con los que marchaba. A falta de animales de carga, los europeos contrataron a hombres y niños de la etnia bakongo, a veces de solo ocho o nueve años, como «bestias de carga» humanas. Con cargas de hasta cuarenta y cinco kilos cada uno, y más de treinta kilómetros al día, los porteadores acarreaban más de cincuenta mil bultos al año entre Matadi y Léopoldville.[530]

Konrad solo había hecho viajes largos por tierra en tren, y nunca se había movido tan regularmente, ni tan lento, por tierra como lo había hecho por mar. En las anotaciones de su diario captaba el paisaje tropical con ojos de hombre de mar. Prestaba atención al aire y al tiempo: «Nieblas blancas a mitad de las colinas. Los efectos del agua son muy bellos esta mañana. Por lo general, las neblinas se levantan antes de que el cielo se despeje».[531] Acostumbraba registrar la dirección de las montañas y la del viento, y anotaba si caminaban hacia arriba o hacia abajo, por bosques cerrados o por valles abiertos, como si estuviera trazando corrientes o sorteando bancos de arena.

Después de solo dos días, el agotamiento se hizo notar: «Harou se rinde. Me preocupa. Campamento malo. Agua lejos. Sucio». El humor de Konrad empeoró. No tenía más que palabras de irritación, e incluso de cólera, para los africanos que obtenían y preparaban sus comidas, levantaban el campamento y llevaban su equipaje —y a veces los cargaban a ellos mismos—. «Me caí en un charco de barro —refunfuñaba un día—. Repugnante. Culpa del hombre que me llevaba […] Ya me estoy hartando de toda esta guasa».

Tanto él como Harou se pusieron tan enfermos que tuvieron que interrumpir el viaje a mitad de camino en un poblado llamado

Manianga, donde acabaron pasando dos semanas. Harou seguía tan débil que hubo que llevarlo en camilla durante las últimas etapas del viaje, lo que provocó una «pelea con el personal que duró todo el trayecto». «Esperando muchos problemas con los porteadores mañana», Konrad «los hizo l amar a todos y les dio un discurso que no entendieron. Prometieron portarse bien».[532] Las palabras más amables de Konrad durante el viaje fueron para una misión baptista,

«sumamente civilizada y muy reconfortante, después de montones de casuchas destartaladas en las que los funcionarios del Estado y de la empresa se conforman con vivir». Tuvieron una «hospitalaria recepción por parte de la Sra. Comber», la única mujer blanca que había conocido en África. Todo lo que vio de la vida africana, aparte de los porteadores, solo dejó un tenue rastro. «Poblados más bien invisibles. Se deduce su existencia por las calabazas colgadas de las palmeras para el “malafu” (vino de palma)». Una noche no pudo dormir por el sonido de «gritos y tambores en poblados lejanos».

[533]



Porteadores en el camino de Matadi a Léopoldvil e.

Además de todas las tensiones físicas, el diario de Konrad captaba algo más siniestro, totalmente ajeno a su experiencia hasta la fecha.

El sexto día: «Vi en un lugar de acampada el cadáver de un bakongo. ¿Le dispararon? Olor espantoso». Al día siguiente: «Vi otro cadáver tendido junto al camino en actitud de reposo meditativo».

Más tarde: «Pasé junto a un esqueleto atado a un poste. También la tumba de un hombre blanco, sin nombre. Un montón de piedras en forma de cruz».[534] No dijo nada más, pero las yuxtaposiciones eran sorprendentes en sí mismas. Cada una de ellas asociaba un signo de violencia —un hedor, un cadáver, un esqueleto— con un emblema de civismo: un campamento, una conciencia, una cruz.

El último día de su viaje, en una casa de reposo del Gobierno cerca de Kinsasa, en el diario de Konrad no quedaba más que violencia y asco. Konrad vio una «bronca entre los porteadores y un

hombre que decía trabajar para la Administración, por una colchoneta. Llovían los golpes con palos», e intervino para detenerla.

El mismo día, «un jefe llegó con un joven de unos trece años con una herida de bala en la cabeza». Examinó al chico y le dio «un poco de glicerina para ponerse en la herida de salida de la bala». El viaje, y el

diario, concluían lacónicamente: «Mosquitos. Ranas.

Asqueroso. Me alegro de ver el final de esta estúpida caminata».

[535]

La prolongada estancia en Manianga hizo que Konrad se presentara al servicio mucho más tarde de lo previsto. El subdirector del SAB, Camille Delcommune (hermano menor de Alexandre), le regañó por el retraso. A Konrad, Delcommune le cayó mal desde el primer momento. Estando en Léopoldville, escribió una carta amarga y malhumorada a Tadeusz. Tuvo suerte, dado su estado de ánimo, de tardar meses en recibir la respuesta de «te lo dije» de su tío:

«Veo […] que sientes un profundo resentimiento hacia los belgas por haberte explotado de manera tan despiadada. […] Puedes decirte a ti mismo: "Tú lo has querido…"; si hubieras prestado alguna atención a mi opinión sobre el asunto cuando lo comentaste conmigo, sin duda habrías detectado la falta de entusiasmo por ese proyecto por mi parte». [536]

Konrad había sido contratado para sustituir al capitán del Florida, pero descubrió que el barco estaba varado por reparaciones. En su lugar, le dijeron que embarcara en otro vapor de la compañía, el Roi des Belges, para que se familiarizase con la ruta hacia las cataratas Stanley. A pesar de todo el esfuerzo que había costado transportarlo y construirlo, el Roi des Belges era un cascarón de hojalata diminuto en comparación con cualquier otro barco en el que hubiera

navegado antes. Con apenas quince toneladas, un casco rectangular y un endeble toldo abierto por todos los lados, parecía tan marinero como una caja de fruta. Konrad compartía su minúsculo camarote con tres agentes de la empresa y, para su disgusto, con el subdirector Delcommune, además de una tripulación de unos veinticinco africanos, un maquinista belga y el joven capitán danés Ludvig Koch. [537]

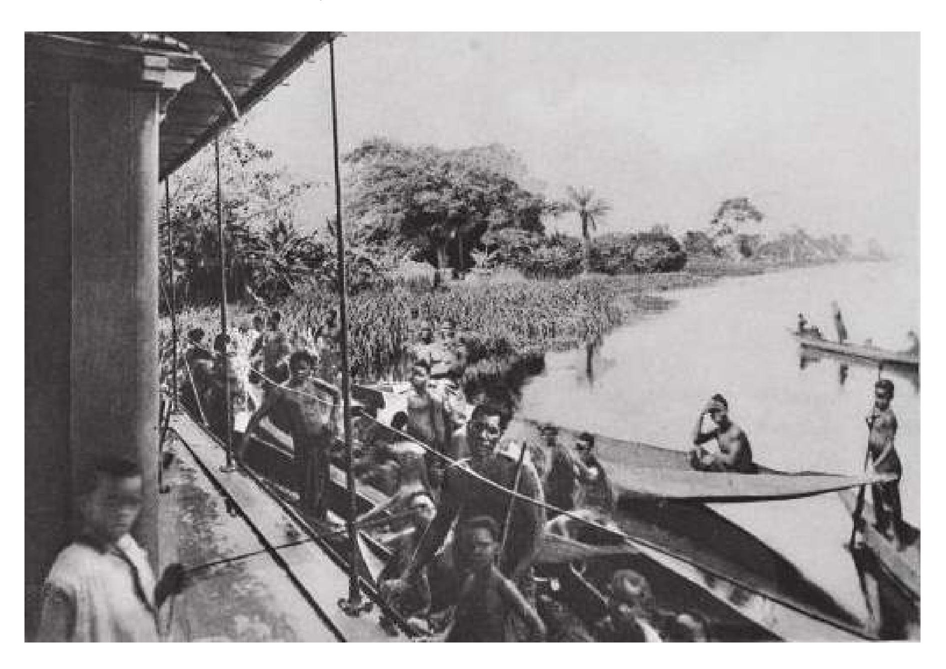
Zarparon de Léopoldville el 3 de agosto de 1890. El viaje se inició remontando el canal, enfrentándose a una fuerte corriente entre altas colinas. A la altura de Tshumbiri, a unos ciento sesenta kilómetros río arriba, el Congo se ensanchaba y en él brotaban islas rodeadas de riberas cubiertas de hierba. Más arriba, el agua corría como el mercurio; en la cercanía, sin embargo, revolvía tanto cieno que dejaba una película arenosa en el fondo de los cubos de lavar. A veces, grandes frentes negros de lluvia avanzaban hacia el barco, lo

pisoteaban como diez mil botas y se alejaban con velocidad.

Prácticamente se podía poner en hora el reloj a la puesta de sol ecuatorial, que dejaba caer su persiana cada día a las seis de la tarde. Konrad se dormía con el chirrido y la matraca de ranas y bichos.

Konrad solo observó seis aldeas en los primeros ochocientos kilómetros: grupos de techos de paja y palos, y quizá algunas pirogues (canoas hechas de troncos vaciados). Nunca supo si alguna pirogue se acercó a ellos —como había ocurrido cuando Alexandre Delcommune navegaba en el Roi des Belges dieciocho meses antes

—, o si se escabulleron al ver acercarse el vapor. Si tuvo alguna interacción con la gente de la orilla, o incluso con la tripulación africana a bordo, no dijo ni una palabra al respecto. Más tarde,



expresaría en la ficción la paranoia europea de que cualquier trozo de selva podía esconder a un grupo de atacantes, que incluso la tripulación podría ser caníbal.

En realidad, los ritmos de la vida fluvial exigían una interacción diaria entre el barco y la orilla, entre blancos y negros. El barco se detenía con frecuencia para que la tripulación pudiera cortar leña en la orilla a fin de alimentar a la voraz caldera. De vez en cuando necesitaban comida, ya que las latas requerían ser complementadas; quizá adquirían plátanos o pescado, aunque Konrad no podía entender el chikwangue, un alimento básico hecho con mandioca, que veía comer

a los tripulantes africanos y que a él le parecía

«masa a medio cocer, de un sucio color lavanda… envuelta en

hojas».[538]

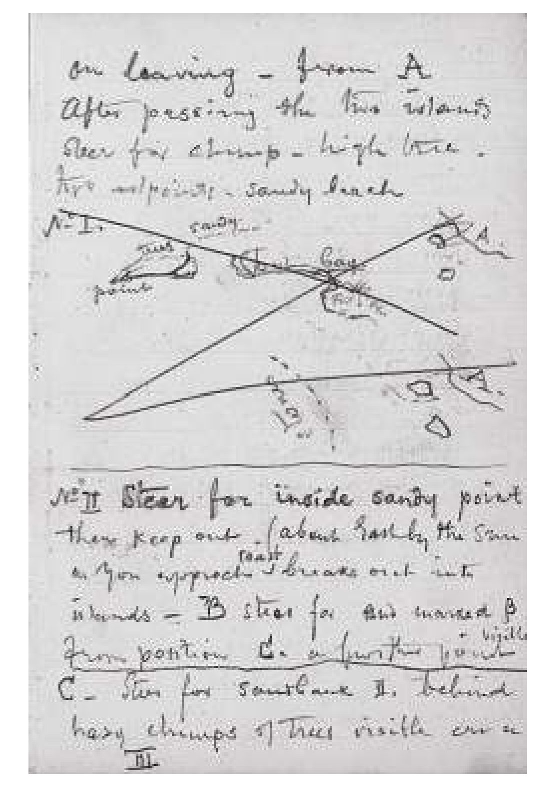
Pirogues junto al Roi des Belges.

Aunque se podría pensar que un río es lo más fácil que un marinero puede navegar —una línea que va de aquí a allá—, todos los ríos guardan secretos y trampas. La fuerza, la anchura y las variaciones del Congo lo situaban en una liga distinta a la de los ríos que Konrad había conocido en Borneo. (De hecho, el Roi des Belges se dirigía a toda velocidad a auxiliar a otro vapor que se había quedado atrapado en un obstáculo). Durante todo el día, Konrad se quedó en el puente de mando con Koch para observar y familiarizarse con la vía fluvial. Abrió un nuevo diario, escribió en letras grandes «Libro de río arriba» en la primera página y fue registrando sus notas de navegación a medida que avanzaban. Las anotaciones habrían parecido estar cifradas para alguien que no supiera lo que eran, pero para quien sí lo supiera, eran la clave para navegar por el río.

Konrad identificó puntos de referencia, recogió rumbos, distancias y profundidades, observó dónde se podía cortar leña para el motor y trazó algunos canales para indicar la forma y los sondeos.

«Navegando hacia una pequeña mancha blanca cuadrada. Mantener el rumbo. Pasar junto a la arena. ¡Con cuidado!». «Un grupo de árboles notables, según la carta, y muchas palmeras en la orilla baja». «Las colinas de la oril a izquierda presentan un aspecto rojizo.

Toda la orilla derecha bordeada de árboles». «Pasamos pegados, no muy alejados. Después de navegar junto a dos islotes se ve el tronco muerto de un árbol y empiezan las aldeas». Usaba la descripción solo cuando tenía una función en la navegación. «Dos islotes en el recodo. En uno de ellos hay un árbol muerto delgado y alto con una rama verde. Parece un asta de bandera con una rama atada a ella en ángulo recto». [539]



Una página del «Libro de río arriba» de Conrad.

A lo largo de un periodo de varios años, Konrad plasmaría lo que vio en una majestuosa prosa descriptiva: «Remontar aquel río era como retroceder a los orígenes del mundo, cuando la vegetación se extendía por la tierra y los grandes árboles eran los reyes». [540] Su diario no recogía nada de lo que pensaba del paisaje en aquel momento. En cambio, sus observaciones se introdujeron en el otro manuscrito que llevaba, La locura de Almayer. Un río recorría también este texto. Cuando Konrad llegó a África, la novela constaba de cuatro capítulos. El quinto resonaba con ecos del «Libro de río arriba». «Donde acaban las palmeras de agua y las ramitas cuelgan bajo el árbol torcido», escribió Konrad sobre su río ficticio en Borneo.

«Dirígete hacia la gran rama verde». Amarra «donde el gran tronco encallado […] en ángulo recto con la orilla, formando una especie de

embarcadero». Llega hasta la gran rama que cuelga y sigue bajo

«un arco de enredaderas densamente enmarañadas que da acceso a una minúscula bahía». Observó un amanecer que se abría paso a través del «blanco dosel de niebla […] que revela la ondulada

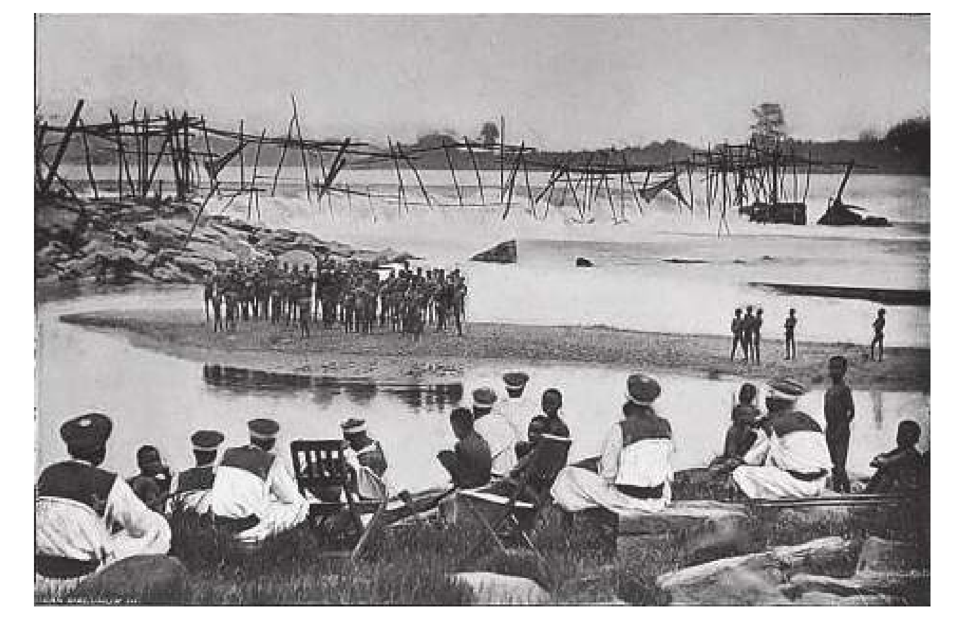
superficie del río centelleante», y «nubes negras e intensos aguaceros» que se aproximaban desde la distancia, «el río furioso bajo el azote de la tormenta, avanzando hacia el mar». [541]

La rueda de paletas golpeaba y chorreaba, la chimenea soplaba su cinta de humo hacia el cielo, el agua se desprendía de los costados de la embarcación. El río era más ancho en su curso superior que en el canal cercano a Léopoldville; en algunos lugares, parecía un lago.

Pero cuanto más remontaban el río, más frondosos y altos eran los árboles: espumoso bambú y barbudas palmeras, ébano y caoba con gloriosas copas como la bóveda de una catedral. Nunca olvidaría aquellos «árboles, árboles, millones de árboles, colosales, inmensos, altísimos», cuya regia estatura y gracia empequeñecían al jadeante Roi des Belges. [542]

El vapor navegaba a buen ritmo, y recorrió mil seiscientos kilómetros hasta las cataratas Stanley en cuatro semanas.[543] No se podía llegar más lejos antes de toparse con otro grupo de rápidos; lo máximo que había llegado la «civilización» europea en

«el continente oscuro». Konrad estuvo enfermo la mayor parte de la semana que pasó en el asentamiento, pero aun así no tardó mucho en hacerse una idea del lugar y de la forma de hacer negocios allí. El puesto había sido saqueado por los árabes de Zanzíbar hacía muy poco, en 1886.[544] En un intento por mantener la paz, Stanley había nombrado gobernador del distrito nada menos que a Tippu Tib, siempre y cuando este se comprometiera a mantener la



esclavitud fuera del entorno inmediato. Tippu Tib vivía en una gran casa de adobe «decorada al más puro estilo oriental, […] rodeada de una alta empalizada, con un jardín anexo de notable belleza».[545]

Frente a tales estructuras de esplendor oriental (que casi con toda seguridad habrían incluido una mezquita, la primera que Konrad habría visto fuera de Asia), un nuevo equipo de administradores belgas se había ocupado de establecer la arquitectura del poder occidental: oficinas de la compañía, viviendas para los europeos y los «muchachos» africanos que los atendían, cárcel, polvorín y cuarteles. [546]

Pescadores en las cataratas Stanley.

Stanley Falls era el epicentro del comercio de marfil, y aunque ese comercio era, en cierto sentido, «libre» —abierto a cualquiera que quisiera participar en él—, también estaba sujeto a fuertes impuestos, recientemente aplicados por el Gobierno del Estado

Libre. [547] Eso daba a los europeos más incentivos que nunca para hacerse con colmillos de elefante a los precios más bajos posibles.

Dadas las dificultades que suponía adentrarse en la selva, los agentes de marfil europeos hacían buenos negocios comprando a través de un intermediario: era un acuerdo excelente para ambas partes, siempre y cuando nadie hiciera demasiadas preguntas sobre cómo se obtenía realmente el marfil.[548]

Por mucho que Konrad supiera de los tratos entre europeos y zanzibaríes a costa de los congoleños, siempre recordaría una cosa de Stanley Falls: por toda la ciudad se oía de fondo el rugido de los rápidos, como el redoble de tambores de un ejército lejano, recordándote que era el río el que mandaba. [549]

Puede que Konrad no se hubiera recuperado del todo cuando el Roi des Belges zarpó de nuevo, pero el agente local del SAB, que debía viajar con ellos de vuelta a Léopoldville, estaba mucho más enfermo, al igual que el capitán Koch. De hecho, el capitán estaba tan enfermo que Camille Delcommune encargó a Konrad que se hiciera cargo del barco en el ínterin, redactando una carta formal de nombramiento: «Capitán: tengo el honor de solicitarle que se haga cargo del vapor Roi des Belges desde hoy y hasta que se recupere el capitán Koch». [550]

Konrad tomó el timón y viró la nave río abajo. Se apresuraron a regresar a Léopoldville al doble de velocidad que en su viaje río arriba, cabalgando la lodosa corriente entre las altas barreras de árboles. A su debido tiempo, el capitán Koch se recuperó lo suficiente como para reanudar su mando, pero no así el agente del SAB. Unos diez días después de partir de Stanley Falls murió a bordo, con solo veintisiete años. Lo enterraron en Tshumbiri, el

mismo lugar donde habían matado a Freiesleben a principios de año.

[551]

Konrad regresó a Léopoldville el 24 de septiembre de 1890; allí le esperaba un paquete de reconfortantes cartas, entre ellas tres de Marguerite Poradowska. «Pobre Conrad —le escribía—, espero que no pienses que tienes que responder largo y tendido a todas mis cartas. Sé que eres marinero, que hace calor y que escribir es aburrido. En cuanto a mí […] primero, es mi profesión, y además de mi voluntad de complacerte siento gran satisfacción al añadir palabras a este pequeño cuaderno cuando me apetece. Contesta solo cuando tu buen corazón te lo pida, y cuando tú mismo te sientas impulsado a charlar con tu tía». [552] Konrad, por supuesto, quiso contestar de inmediato, y con todo lujo de detalles. «Al leer tus preciadas cartas me he olvidado de África, del Congo, de los negros salvajes y de los esclavos blancos (como yo mismo lo soy) que lo habitan —decía—. ¡¿Ante quién puedo aliviar mi corazón si no es ante ti?!». La ira y la angustia contenidas durante los tres meses que pasó en el Estado Libre del Congo se desbordaron.

«Sin duda alguna, me arrepiento amargamente de haber venido aquí»,

empezaba. «Todo aquí me repele: los hombres y las cosas, pero los hombres por encima de todo», se lamentaba. «Y yo soy repelente para ellos, también. [...] El gerente [Delcommune] es un vulgar traficante de marfil de bajos instintos que se tiene por comerciante aunque no es más que una especie de tendero africano». Peor aún, Konrad se había enterado de que no le iban a dar el empleo de capitán que le habían prometido —de hecho, no había suficientes vacantes—, lo que le devolvía a la situación de siempre de trabajar por debajo de su rango, solo que esta vez

condicionado por un contrato de tres años. Culpaba a Delcommune, que «detesta a los ingleses, y aquí, claro está, me consideran como tal. No puedo tener esperanza de ascensos ni de aumentos de sueldo mientras él esté aquí». Por último, para colmo de males, había padecido disentería y depresión durante toda su estancia en África. «Mi salud dista mucho de ser buena [...] Me siento débil físicamente y no poco desmoralizado; y además creo que siento nostalgia del mar», de la «llana extensión de agua salada que tantas veces me ha arrullado», y de «remolinos de espuma blanca azotada por el viento bajo el oscuro cielo de diciembre». «¿Cuándo volveremos a vernos? —se preguntaba, quejumbroso—. Por desgracia, el encuentro conduce a la despedida, y cuantas más veces nos encontramos, más dolorosas son las separaciones». [553]

Konrad estaba determinado a encontrar alguna salida, por débil, enfermo y abatido que se sintiera. Tras un par de semanas en Léopoldville, decidió romper su contrato, después de cumplir solo cinco meses de los tres años que duraba. Era un paso importante, como el tío Tadeusz fue el primero en señalar: «Te expondrías a considerables pérdidas económicas y, sin duda, a una acusación de irresponsabilidad que podría ser perjudicial para tu futuro profesional».[554] Pero para Konrad se trataba casi de una cuestión de vida o muerte.

A principios de octubre de 1890, escribió a Tadeusz para decirle que se marchaba. Su mano temblaba por la enfermedad y el esfuerzo. Volvió a recorrer la ruta de las caravanas hasta Matadi,

«siempre enfermo de disentería y fiebre», probablemente cargado en una hamaca durante parte del trayecto, sin duda una forma horrible de viajar, aún más dura que hacerlo a pie.[555] En Boma,

en diciembre de 1890 o enero de 1891, encontró un barco de vapor con destino a Europa y zarpó hacia el norte.

Puede que fuera en Boma donde Konrad recibió una carta de su tío, escrita durante su viaje de ida, cuando esperaba llegar al Congo con una ilusión más o menos ingenua. «Probablemente estés mirando a tu alrededor a la gente y las cosas, así como a la

"civilización" (maldita expresión) de la maquinaria de la que tú no eres más que un engranaje, antes de sentirte capaz de adquirir y de expresar una opinión propia. No esperes [...] a que todo cristalice en frases claras —le instó Tadeusz—. Cuéntame algo sobre tu salud y tus primeras impresiones». [556]

La experiencia africana tardaría otros ocho años en confluir en un relato coherente en la mente de Konrad. Para entonces, tanto él como el Estado Libre del Congo habían envejecido y cambiado de forma. Sin embargo, cuando lo hizo, Konrad le puso un título que reflejaba su estado emocional durante aquellas últimas semanas en el Congo.

Un río es la línea argumental de la naturaleza: te lleva de un lugar a otro. Cuando Conrad empezó a escribir una historia basada en su viaje al Congo, El corazón de las tinieblas fluyó sin obstáculo.

Iniciada en diciembre de 1898, tardó menos de siete semanas en terminarla —casi un récord para él—, el mismo tiempo que había tardado en subir y bajar por el propio río.

En líneas generales, El corazón de las tinieblas coincidía casi paso a paso con la experiencia personal de Conrad. Pero la novela era cualquier cosa menos general. Conrad puso la historia del viaje

fluvial africano en boca de Charles Marlow, acabado de salir de la historia «Juventud», escrita hacía solo seis meses. Marlow narra el viaje a un grupo anónimo de amigos en Londres, uno de los cuales se lo cuenta a su vez al lector. Mientras que el viaje río arriba de Conrad no tenía otro objetivo que ayudar a otro barco a salir de los bajíos de Stanley Falls, en El corazón de las tinieblas el escritor ponía en manos de Marlow un objetivo dramático: ir a buscar a un agente rebelde de la compañía llamado Kurtz. El resultado fue un texto que generaba un urgente sentido de propósito al tiempo que ocultaba su significado, una narración tan complicada de navegar como el propio río Congo.

La historia comenzaba en el estuario del Támesis, en la cubierta

«del Nellie, una yola de crucero», nombre del barco propiedad del amigo de Conrad G. F. W. Hope. Todas las personas a bordo del ficticio Nellie habían sido marinos alguna vez, pero solo Marlow

«todavía “seguía el mar”». Mientras el crepúsculo se cernía sobre el Támesis, uno de ellos se puso a cavilar sobre la majestuosidad del río, su gloriosa tradición de barcos y exploradores que partían hacia el mundo. Marlow rompió el silencio. «“Y este también —dijo Marlow de repente—, ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra”».

Describió cómo los invasores romanos habían remontado el río para penetrar en «el salvajismo, el más absoluto salvajismo» de la antigua Gran Bretaña. Le recordó su única experiencia como

«marinero de agua dulce», unos años antes.

Deambulando por Londres «después de mucho océano Índico, Pacífico y mares de la China» e incapaz de encontrar un buen amarradero, Marlow decidió seguir su impulso infantil de visitar África. Los mapas mostraban un río parecido a «una inmensa

serpiente enroscada con la cabeza en el mar, el cuerpo ondulante a lo largo de una amplia región y la cola perdida en las profundidades del territorio». Una compañía europea del continente había comenzado hacía poco a comerciar en ese río, y Marlow presionó a

«una tía, un alma querida y entusiasta» que vivía en el continente —

como Marguerite Poradowska— para que le ayudara a obtener la capitanía en alguno de sus barcos de vapor. «Al parecer la compañía había recibido noticias de que uno de los capitanes», un danés llamado Fresleven (es decir, Freiesleben), «había muerto en una riña con los nativos». Marlow se apresuró «como un loco a prepararse», se reunió con el director de la compañía, «un hombre de baja estatura, sin afeitar y con una levita raída», y firmó un contrato por el que se comprometía, «entre otras cosas, a no revelar ningún secreto comercial». [557]

Desembarcó en un rudimentario puesto de la compañía en «la desembocadura del gran río», sembrado de «piezas de maquinaria desmantelada». A lo lejos, oyó a unos obreros dinamitando peñascos para construir una vía férrea. Más cerca, vio a un grupo de obreros que trabajaban, de manera literal, hasta la muerte: «Morían lentamente… eso estaba claro. […] solo sombras negras de enfermedad y agotamiento, que yacían confusamente en la tiniebla verdosa». En un almacén vio, como Conrad, la razón de ser de la compañía: «una corriente de productos manufacturados, algodón de desecho, cuentas de colores, alambres de latón, eran enviadas a lo más profundo de las tinieblas, y, a cambio de eso, volvían preciosos

cargamentos de marfil». Empezó a aborrecer a los hombres blancos que le rodeaban y que habían venido a «arrancar tesoros a las

entrañas de la tierra […] no tenía detrás otro propósito moral que el de la acción de unos bandidos que fuerzan una caja fuerte». [558]

Marlow, al igual que Conrad, emprendió la subida de los rápidos con un colega blanco, gordo y enfermizo, caminando penosamente

«a lo largo de amplias praderas, praderas quemadas, a través de la selva, subiendo y bajando profundos barrancos, subiendo y bajando colinas pedregosas asoladas por el calor». «Tuve dificultades sin fin con los cargadores», recordaba, y divisó espeluznantes monumentos conmemorativos, extraídos casi palabra por palabra del diario de Conrad: «un hombre muerto tirado en medio de los altos yerbajos a un lado del sendero», «el cuerpo de un negro de mediana edad con un balazo en la frente». Llegó a la Estación Central solo para descubrir que su vapor había naufragado en un banco de arena, y que tendría que esperar varios meses entre los «intrigantes y rencorosos» blancos que vivían allí hasta que llegasen los remaches para poder repararlo. [559]

Mientras esperaba, Marlow supo más cosas del «muy notable»

señor Kurtz, el agente de la Estación Interior al que debía —

supuestamente— rescatar. Mitad inglés, mitad francés, «Toda Europa participó en la educación de Kurtz». Un espléndido comerciante, que

«enviaba tanto marfil como todos los demás agentes juntos», Kurtz era también algo más: «un emisario de la piedad, la ciencia y el progreso», «un “genio universal”», la encarnación de la misión civilizadora europea. Pero Marlow también oyó otras cosas. Kurtz estaba haciendo «más daño que bien a la Compañía», decían algunos; había adoptado un «método inadecuado». Ya fuera porque se había vuelto un rebelde, había enloquecido, había enfermado o

las tres cosas a la vez, los funcionarios de río abajo querían destituirlo. Marlow se dirigió río arriba a su encuentro.

Navegar por el río requirió todas las habilidades de Marlow como marino, al igual que las de Conrad. Lo que en el diario de Conrad había sido una búsqueda de rutas se convirtió, como se relata en El corazón de las tinieblas, en una búsqueda de sentido. «Era tan fácil perderse en aquel río como en un desierto, y tratando de encontrar el rumbo se chocaba todo el tiempo contra bancos de arena, hasta que

uno llegaba a tener la sensación de estar embrujado […] Debía estar todo el tiempo tratando de adivinar el cauce del canal; tenía que adivinar, más por inspiración que por otra cosa, las señales de los bancales ocultos, descubrir las rocas sumergidas». [560] Para colmo de males, lejos de la «camaradería del oficio» de la que Marlow había disfrutado en el mar, solo tenía como compañía a vulgares pasajeros blancos y a una tripulación africana a la que apenas reconocía como semejantes.

Aunque Conrad había visto por sí mismo cómo el río Congo se ensanchaba rumbo a las cataratas Stanley, Marlow describió su travesía como si los muros de la jungla se estuvieran cerrando como un embudo, haciendo retroceder a los viajeros en el tiempo.

«Penetramos más y más espesamente en el corazón de las tinieblas

[…] vagabundos en medio de una tierra prehistórica».[561]

Cincuenta millas antes de llegar a la estación interior, llegó a «una cabaña de juncos» en la orilla, con un asta de bandera tambaleante al frente. En el interior, Marlow «pudo deducir que allí había vivido no hacía mucho tiempo un blanco». El objeto revelador era un libro.

«Fue un hallazgo extraordinario. El título era Una investigación sobre algunos aspectos de náutica, y el autor un tal Towsen o Towson,

capitán al servicio de su majestad», y «tenía una antigüedad de unos sesenta años», lo que lo convertía en una reliquia de la era de la navegación a vela. [562] Para Marlow, «El sencillo y viejo marino, con su disquisición sobre cadenas y tuercas, me hizo olvidar la selva y los peregrinos, en una deliciosa sensación de haber encontrado algo inconfundiblemente real».[563] Hablaba el lenguaje de la navegación a vela dentro del loco y salvaje mundo del vapor.

Pocos kilómetros más allá de la Estación Interior, la niebla envolvió el barco. Era como estar atrapado dentro de una perla. Desde las invisibles orillas oyeron un «clamor quejumbroso» de voces humanas. Entonces se produjo un ataque. Las flechas volaron hacia el barco; una lanza atravesó el pecho del timonel. Marlow vio la

«penumbra enmarañada» de la orilla «plagada de pechos desnudos, brazos, piernas, ojos brillantes». [564] Tiró del silbato de vapor y se alejó a toda velocidad. El complejo de Kurtz estaba poco más allá.

Marlow divisó la casa con sus prismáticos. Estaba situada en el claro de una colina, rodeada por una hilera de postes «con la parte superior

decorada con unas bolas redondas y talladas». Marlow esperaba que el encuentro con Kurtz, esa «criatura extraordinaria», redimiera su viaje, si no toda la empresa europea en África. Kurtz había expuesto su visión civilizadora en un informe escrito para una asociación humanitaria europea, la «Sociedad para la Eliminación de las Costumbres Salvajes». Era una maravilla de elocuencia, un canto a la «benevolencia augusta», «una apelación patética a todos los sentimientos altruistas». Pero cuanto más se acercaba Marlow, más podía distinguir.

Un hombre blanco llamó a Marlow desde la orilla, vestido con un traje de «parches brillantes, azules, rojos y amarillos», como si

estuviera vestido con un mapa del África colonial.[565] Era un joven ruso discípulo de Kurtz; el manual de marinería que Marlow había encontrado le pertenecía, y las notas al margen que había pensado que estaban «cifradas» eran en realidad texto en cirílico. Cuando Marlow observó más de cerca las bolas «ornamentales» que había alrededor de la casa de Kurtz, descubrió que en realidad eran cabezas reducidas, «negras, secas, consumidas, con los párpados cerrados».[566]

En cuanto a Kurtz, Marlow descubrió que aquel profeta de la civilización se había convertido en un caudillo salvaje. Estaba rodeado por una endiablada muchedumbre de «cuerpos escarlata»

pintados y enmascarados, con «cabezas cornudas», y acompañado por una «salvaje y deslumbrante figura femenina», evidentemente su amante, «feroz y soberbia», que «debía de tener encima objetos con valor de varios colmillos de elefante» en tobilleras y brazaletes de alambre, y portaba «objetos estrambóticos, amuletos, presentes de hechiceros». Incluso la piel blanca de Kurtz se había vuelto nativa: parecía «como tallado en marfil viejo». Al pie de su visionario panfleto, había garabateado una orden enloquecida: «¡Exterminad a estos bárbaros!».[567]

El poderoso Kurtz albergaba fantasías de sí mismo «en el umbral de grandes cosas», pero se estaba consumiendo, moribundo a todas luces. Marlow le persuadió para que partiera en el barco apelando a su vanidad: «Su éxito en Europa está asegurado en todo caso». Se dirigieron deprisa río abajo, ayudados por la corriente; la vida de Kurtz se apagaba a medida que avanzaban. Delirante, recordaba sus logros e imaginaba escenas magníficas en su regreso a casa. Pero en sus últimos momentos, su rostro se agarrotó de terror y

desesperación. En su estertor final, Kurtz lanzó «un grito que no era

más que un suspiro: ¡Ah, el horror! ¡El horror!». [568]

Las palabras colgaban como epitafios sobre las contradicciones de Kurtz: el mejor de los agentes, que había prometido civilización mientras se apropiaba del marfil; el hombre blanco que adoptó

«costumbres salvajes» —y mujeres «salvajes»— mientras presionaba para «¡exterminar a estos bárbaros!».

Marlow abandonó África, como Conrad, enfermo y agotado. De vuelta en «la ciudad sepulcral» de Europa, se deshizo de los restos escritos de Kurtz: documentos oficiales a un agente de la compañía; cartas familiares a un primo; el «famoso Informe» de Kurtz a un periodista curioso y, por último, un paquete de cartas y una fotografía a su prometida.

Esta recibió a Marlow vestida de luto, en un apartamento que parecía «un sombrío y pulido sarcófago». Le presionó para que le dijera cuáles habían sido las últimas palabras de Kurtz. Marlow recordó el timbre de la voz de este desde la oscuridad, susurrando

«¡El horror! ¡El horror!». No se atrevió a revelarle la verdad.

—La última palabra que pronunció fue… tu nombre. [569]

Marlow se quedó en silencio. En la cubierta del Nellie, la marea había bajado. Río arriba acechaba la gran y monstruosa ciudad bajo su «melancólica penumbra». Río abajo, el río corría «hacia el corazón de una inmensa oscuridad». Sin viento, sin marea, el Nellie no podía moverse en ninguna dirección.[570]

El corazón de las tinieblas se publicó en la revista literaria Blackwood's Magazine en 1899, y en forma de libro en 1902. A

primera vista, parecía la quintaesencia de las historias fluviales, que van de aquí para allá: una travesía de Europa a África, con viajes metafóricos superpuestos del presente al pasado, de la luz a la oscuridad, de la civilización al salvajismo, de la cordura a la locura. El corazón de las tinieblas también parecía, en cierto modo, un claro pasaje de la verdad a la ficción. Desde el punto de vista biográfico, ninguna otra obra de ficción de Conrad se ajustaba tanto a los registros contemporáneos de su experiencia. Y para sus primeros lectores, la descripción del Congo como un «corazón de tinieblas»

que enloquecía a los hombres blancos también parecía ajustarse a la realidad; porque, en los años transcurridos entre la visita de Conrad y

la publicación de El corazón de las tinieblas, el Estado Libre del Congo se había convertido en un «horror» de la explotación imperial, con sus principios idealistas hechos trizas por el régimen colonial más abiertamente abusivo del mundo.

El rey Leopoldo II había estado inyectando dinero en el Congo desde su creación, construyendo puestos y creando la Force Publique, financiando el ferrocarril Matadi-Léopoldville, pero con escasos resultados. Para 1890, el año de la visita de Conrad, los ingresos cubrían menos del 15 por ciento de los gastos. [571] A finales de 1891, el rey dio con una solución novedosa a su problema de la deuda: declaró grandes extensiones del territorio del Congo como domaine privé, en las que solo el Gobierno podía cosechar y exportar productos. De un plumazo, había sustituido el espíritu librecambista del Congo por un sistema casi feudal de prerrogativas reales. El patrón de Conrad, Albert Thys, entre otros, se enfureció ante una política «diametralmente opuesta» a los principios fundacionales del Estado Libre.[572] Pero el rey, a través de

abogados, hizo elaborar defensas jurídicas de su reclamación (basadas en la idea de terra nullius, o «tierras vacantes») y encontró un nuevo grupo de financieros para invertir, a cambio de derechos de monopolio. [573]

El rey y sus agentes se dispusieron a exprimir beneficios de sus concesiones por varios métodos. En primer lugar, se apoderaron de más territorio. El propio Conrad estaba en el Congo cuando Alexandre Delcommune partió en una expedición hacia Katanga en 1890, expedición que terminó con la anexión de la región. La Force Publique realizó incursiones en el sur de Sudán y, en el este del Congo, lanzó una campaña para derrocar a los árabes zanzibaríes.

La toma de la capital de los árabes, Nyangwé, en 1893, fue anunciada por los propagandistas belgas como el cumplimiento triunfante de la promesa europea de «reemplazar los horrores de la esclavitud y el canibalismo por las ventajas de la civilización».[574]

Sin embargo, para quienes seguían el rastro de los ejércitos, la lucha trajo «horrores de los que no se había oído hablar desde los peores días de los españoles en América Central, o de los ingleses u holandeses en el sur de Asia».[575] Los congoleños como Disasi Makulo podían hallar un paralelismo aún más próximo: la Force Publique parecía una nueva venida de los merodeadores batambatambas a los que había desplazado. [576]

La segunda forma en que los hombres del rey sacaron más beneficio del Congo fue con la recaudación de más impuestos de la población. Los congoleños no podían pagar impuestos con dinero porque, deliberadamente, en el Estado Libre aún no existía una economía monetaria: los europeos intercambiaban objetos importados como rollos de tela, mitakos, armas y alcohol por

alimentos, marfil y caucho. Pero como, bajo el domaine privé, todos los «frutos de la tierra» ya pertenecían al Estado, también se había despojado a los propietarios indígenas del Congo de su riqueza en productos básicos. ¿Cómo iban a pagar? El Gobierno propuso una respuesta: los congoleños podrían trabajar para pagar sus impuestos. [577]

Se estableció un amplio sistema de trabajos forzados. Los agentes del Estado viajaban de poblado en poblado para reclutar a personas para trabajar, equipados con censos de hombres sanos, chicottes y armas. A lo largo de la ruta entre Matadi y Léopoldville, los hombres huían a la selva para evitar ser reclutados como porteadores, por lo que las autoridades adoptaron un método novedoso para obligarles a cumplir la ley, tomando a mujeres y niños como rehenes hasta que los hombres regresaran.[578] En algunas zonas, los agentes animaban a la población a asaltar las aldeas vecinas y entregar los cautivos al Gobierno. [579] La Force Publique, originalmente formada por reclutas de África Occidental, también ocupaba sus filas mediante la coacción. Muchos de sus «voluntarios» eran libérés adquiridos a árabes, como Disasi Makulo, y fundamentalmente empujados a otra forma de cautiverio. [580]

Makulo, por su parte, tuvo una inusual experiencia positiva con los colonizadores blancos, que le educaron, le vistieron y le convirtieron al cristianismo. Se bautizó en 1894 y regresó a su poblado natal por primera vez desde que había sido secuestrado, hacía alrededor de una década. Su propio padre no podía creer que aquel extraño hombre con pantalones fuera realmente su hijo; Makulo demostró su identidad recitando su ascendencia y mostrando las cicatrices. El pueblo estalló en festejos. Mataron cabras y perros para celebrar un

festín en su honor, y sugirieron matar y asar también a dos esclavos.

Makulo retrocedió. «¡No lo hagáis!», insistió, horrorizado por las

«bárbaras costumbres de esclavitud y canibalismo». Intentó predicarles el Evangelio, pero a sus compatriotas no les interesó.

«No queremos que los blancos vengan aquí para quedarse —decían

—. Son gente malvada. No les enseñes el camino; si no, nos esclavizarán y nos matarán. ¡Solo hay que ver el ejemplo de los batambatamba, que cometieron atrocidades por todas partes, matando a hombres, mujeres y niños, y capturando a otros, como tú mismo!». [581] Las cosas ya habían ido bastante mal enfrentándose a los merodeadores árabes. Luego vinieron los blancos, que se parecían a los árabes, y en todo caso eran peores. Ahora había aquí un negro que hablaba como los blancos. Un círculo de violencia se cerró alrededor del Congo como una pitón, a punto de estrecharse.

Leopoldo y sus agentes habían descubierto una tercera forma de sacar beneficios del Congo: un nuevo recurso natural que extraer.

Las damas o caballeros europeos ociosos de finales del siglo xix, que pasasen las manos por las teclas del piano o golpeasen bolas en una mesa de billar, es posible que tocaran un trozo de marfil del Congo.

Es probable que, si era uno de los millones de personas de todo el mundo que empezaron a montar en bicicleta en la «locura de las bicicletas» de 1890, se desplazara sobre un cojín de caucho del Congo. La rueda neumática de bicicleta, patentada por John Boyd Dunlop en 1888, contribuyó a una enorme demanda mundial de caucho. Los mejores lugares para satisfacerla se encontraban en las profundidades de las selvas tropicales del Amazonas y África, donde los árboles y las trepadoras del caucho crecían sin control. Casi de la noche a la mañana, el caucho se convirtió en el producto de

exportación más codiciado del Congo. En 1890, el año en que Conrad viajó allí, el Estado exportó unos modestos 133.666 kilos de caucho. En 1896, exportó diez veces más (1.317.346 kilos), suficiente para ser el mayor productor de este material de África. Los beneficios de la venta de caucho superaron a los del marfil en la Bolsa de Amberes, alcanzando los 6,9 millones de francos.[582]

El auge del caucho no pudo llegar en mejor momento para el rey Leopoldo. En 1895, aún al borde de la bancarrota, el rey había instado brevemente a Bélgica a anexionarse directamente el Estado, y acabó rescatándose a sí mismo con otro préstamo al Estado Libre del Congo por parte del Gobierno belga, envuelto en turbias negociaciones. [583] Las existencias de marfil estaban disminuyendo.

Ahora, solo un año después, los beneficios del caucho iban camino de convertir el Congo en un negocio rentable.[584] El rey no tenía más

motivos para renunciar al Estado Libre que para abdicar del trono. En realidad, tanto él mismo como sus socios querían sacarle todo lo posible, lo antes posible.

El caucho crecía en la selva y uno podía llevárselo sin más, pero extraerlo era un asunto desagradable. Había que adentrarse en la selva, hundir los pies en el barro y el agua estancada, con la esperanza de no pisar una serpiente, y aguzar el oído para poder oír el rumor de los leopardos a un salto de distancia. Había que elegir una planta de caucho entre la maraña vegetal y subir por el tallo hasta un punto lo bastante blando como para poder cortar y liberar la savia. Era más rápido cortar la planta por la mitad, pero como eso mataba la vid, el Estado lo tenía prohibido. Había que esperar a que el cremoso líquido goteara en el recipiente previamente colocado y luego esperar de nuevo a que se espesara y se convirtiera en látex.

Lo más fácil era untarse el cuerpo con la savia. Una vez seca, podías arrancártela de la piel (llevándote con ella el pelo o la propia piel, si era necesario) y enrollarla en bolas. Podías tardar días en llenar la cesta con suficientes bolitas duras y grises para satisfacer al agente estatal o de la compañía. [585]

Era un trabajo lento, penoso y arriesgado, y nadie se ofrecía voluntario para hacerlo, de modo que los europeos desarrollaron un arsenal de métodos coercitivos. A partir de entonces, el Estado exigió a los africanos que recogieran caucho en lugar de pagar impuestos. Los funcionarios de distrito fijaban cuotas para cada región y enviaban a la Force Publique a las aldeas para obligar a los hombres a trabajar. En los territorios de las concesiones, los agentes belgas establecían puestos aproximadamente cada cien kilómetros, hacían listas de los hombres de los poblados de su distrito y utilizaban equipos de centinelas armados para obligarlos a ir a los bosques a punta de pistola. Estos soldados convertidos en recaudadores de impuestos (normalmente africanos) cobraban por entregar caucho a sus jefes blancos, así que tenían un incentivo para utilizar cualquier medio necesario para obligar a las personas a ir a buscarlo. Si te negabas a trabajar, te castigaban. Si no alcanzabas tu cuota (e, incluso trabajando a tiempo completo, era posible no rendir lo suficiente), te castigaban. [586] Si te pillaban cortando trepadoras, te castigaban. Si intentabas huir, te castigaban. «En todas partes oigo las mismas noticias sobre las acciones del Estado Libre del Congo —informaba uno de los antiguos socios de Stanley

—: caucho y asesinatos, esclavitud en su peor forma».[587]

Desde el distrito de Équateur, en el centro del Congo, llegaban noticias de una forma de ajuste de cuentas particularmente

espantosa. Un misionero sueco estaba a punto de empezar su sermón dominical cuando un centinela irrumpió para apresar a un hombre que no había salido a por caucho. El centinela le disparó a bocajarro. Luego ordenó «a un chiquillo […] que fuera a cortarle la mano derecha al hombre al que había disparado. Este no estaba del todo muerto, y cuando sintió el cuchillo trató de apartar la mano. El niño, no sin esfuerzo, acabó por cortarle la mano». Por todo el distrito, los centinelas recogían las extremidades cortadas de sus víctimas para llevárselas «como trofeos al comisario [europeo] […]

Estas manos —de hombres, mujeres y niños— se colocan alineadas ante el comisario, que las cuenta para comprobar que los soldados no han malgastado los cartuchos». Para evitar que se pudrieran, los agentes las ponían «en un pequeño horno y, una vez ahumadas, las colocaban sobre las cestas que se usaban para recoger el caucho».

Las manos cortadas se convirtieron en una forma de que los guardias justificaran los déficits de recogida de caucho. Si no se había recogido suficiente, los soldados mataban a los nativos simplemente para cortarles las manos. A veces, para ahorrar balas, se las cortaban mientras aún estaban vivos.[588]

Este repugnante método les podría haber sonado a los europeos contemporáneos como el tipo de acción que uno esperaría de un soldado caníbal. Pero la idea no fue de los africanos. La costumbre encajaba incómodamente con la leyenda fundacional de Amberes, recientemente revivida por los nacionalistas belgas. Solo que, en este caso, el terrorífico gigante recaudador de impuestos del río Congo era el propio Gobierno de Bélgica.

Cuando El corazón de las tinieblas apareció por primera vez en Blackwood’s Magazine en 1899, muy pocos europeos conocían «el

horror» que se estaba desarrollando en África Central. Solo veían lo que el rey Leopoldo les mostraba, y este estaba ocupado en convertir en piedra sus beneficios: un palacio que superara a Versalles, un arco del triunfo que fuese más allá de la Puerta de Brandeburgo, un paseo marítimo que convirtiera a Ostende en la Cannes del norte. Para la Exposición de Bruselas de 1897, gastó el equivalente actual a 350.000 euros en un pabellón africano en Tervuren. En su interior, los mejores diseñadores belgas crearon una jungla modernista de madera, que recordaba la torsión de las trepadoras del caucho y los colmillos y las

trompas de los elefantes.

Llamaron a su nuevo look «estilo latigazo», ingenuamente ajenos al terror lacerante del chicotte. [589]

Pero cuando en 1902 se volvió a publicar El corazón de las tinieblas en el volumen Youth–and Two Other Stories, un joven empleado naviero anglofrancés llamado Edmund Dene Morel había sensibilizado —casi por sí solo— a la opinión pública sobre lo que estaba ocurriendo en el Estado Libre del Congo. Perplejo por los libros de contabilidad de la compañía, que mostraban toneladas de importaciones del Congo y prácticamente ninguna exportación, Morel se había topado con la magnitud del trabajo forzado en lo que de repente comprendió que era el «Estado Esclavista del Congo», lo que le hizo lanzarse a una campaña para acabar con el régimen de

«caucho rojo» del Congo, manchado de sangre africana. En mayo de 1903, seis meses después de que apareciera en las librerías el volumen que contenía El corazón de las tinieblas, la Cámara de los Comunes aprobó una ley que acordaba luchar por «suprimir los males» en el Congo. El Ministerio de Asuntos Exteriores envió a su cónsul en el Congo para recabar pruebas.





Ese cónsul no era otro que Roger Casement, el topógrafo de ferrocarriles a quien Conrad había conocido en Matadi en 1890.[590]

Casement regresó a Gran Bretaña de su misión con unos cuadernos llenos de testimonios condenatorios, listo para redactar su propio informe sobre la supresión de las salvajes (europeas) costumbres.

Una de las primeras personas con las que se puso en contacto para apoyar la causa fue su viejo conocido Joseph Conrad.

Atrocidades en el Congo, del libro de E. D. Morel, King Leopold's Rule in Africa (1904).

Porque ¿no lo había visto y narrado todo en El corazón de las tinieblas? Como había señalado recientemente un crítico: «El

"cambio a primitivo" del hombre civilizado ha sido tratado con bastante frecuencia en la ficción […] pero ningún autor ha apreciado nunca el "porqué" como lo hace aquí el Sr. Conrad, y nunca […]

ningún escritor ha conseguido hasta ahora […] enfrentar a la gente

protegida con ello».[591] Aquí estaba Conrad llamando a la

«conquista de la tierra» por lo que era: «arrebatársela a quienes tienen una tez de color distinto o narices ligeramente más chatas que las nuestras». [592] Supo ver más allá de la hipocresía de los aspirantes a civilizadores de África, concediendo un pase solo a los dominios británicos, «porque se sabe que allí se está haciendo algún verdadero trabajo». Incluso captó el «demente método» con sádico detalle, llegando incluso a describir las cabezas colocadas en postes alrededor de la casa de Kurtz, que Conrad pudo haber basado en un informe del jefe de puesto belga de Stanley Falls, que había colocado «veintiuna cabezas» de víctimas africanas «¡como decoración alrededor de un parterre de flores frente a su casa!».

[593]

Casement entregó a Conrad uno de los panfletos de Morel, en el que se detallaban los últimos abusos. «Es como si el reloj moral se hubiera retrasado un montón de horas —dijo Conrad, horrorizado—.

Y el hecho es que… setenta y cinco años después de la abolición del comercio de esclavos (porque era cruel) existe en África un Estado del Congo, creado por la acción de las potencias europeas, donde la crueldad sistemática hacia los negros es la base de la administración». [594]

A pesar de todo lo que Conrad había visto y escrito sobre «el horror» en el Congo, nunca se unió a la Asociación para la Reforma del Congo fundada por Casement y Morel. «No es mi naturaleza —

admitió—. No soy más que un miserable novelista que inventa

historias miserables y ni siquiera estoy a la altura de ese miserable

juego».[595] Después de todo, se había criado a la sombra de una cruzada idealista contra el salvajismo que no llevó a ninguna parte

más que a una muerte prematura: la lucha de sus padres contra la Rusia zarista. [596] Casement había malinterpretado a su hombre.

En potencia, Casement había malinterpretado su libro. En la medida en que El corazón de las tinieblas era una descripción precisa de lo que ocurría en aquella región de África, presentaba el Congo que Conrad había visitado en 1890, no el Congo de 1898. En 1890 no había monopolio gubernamental. No había recaudación de impuestos. No había Force Publique. No había caucho. No había manos cortadas. («Durante mi estancia en el interior, con los ojos y los oídos bien abiertos, nunca he oído hablar de la supuesta costumbre de cortar manos entre los nativos —le dijo a Casement—.

Estoy convencido de que tal costumbre nunca existió a lo largo de todo el curso del río principal al que se limita mi experiencia».[597]

Casement y otros creían que había una forma de limpiar el Congo y de civilizar correctamente. Pero Conrad había detectado «el horror»

incluso en el Estado Libre del Congo de 1890, en parte porque, para él, el problema no era una traición hipócrita a la civilización, sino la idea europea de civilización como un bien en sí mismo.

Al rechazar el llamamiento de Casement, Conrad también reafirmó la brújula imaginativa de su obra. El corazón de las tinieblas era algo más que un panfleto de protesta. El hombre que escuchaba a Marlow en el Nellie advertía al lector contra el literalismo cuando señalaba que, para Marlow, «el significado de un episodio no estaba dentro como un hueso, sino fuera como una bruma».[598] Conrad había utilizado los detalles de su propio viaje como peldaños hacia lo que él llamaba la «neblina del C de las T». Eludía los nombres propios para casi todo lo que aparecía en el libro (el río, el Estado, incluso la propia África), ocultaba su significado con adjetivos

imprecisos —«inescrutable», «inconcebible», «impenetrable»,

«impalpable»— y retorcía la línea narrativa de un viaje fluvial para convertirla en una espiral que ninguna voz podía contener.[599]

Marlow tenía constantemente visiones, pero solo más tarde conseguía averiguar lo que significaban. [600] «El horror» era deliberadamente

enigmático, y podía interpretarse tanto como una condena de la «civilización» como un ajuste de cuentas con la capacidad primigenia y universal para el «salvajismo». El significado de El corazón de las tinieblas había que buscarlo no solo en las realidades concretas del Congo y en el viaje de Conrad hasta allí, sino en las experiencias y pensamientos que rodearon su elaboración.

9

Salvajes blancos

Konrad Korzeniowski regresó a Londres desde el Congo a principios de 1891, con un cargamento de heridas y de fantasmas. Sus piernas estaban tan hinchadas —probablemente a causa de la gota, el principio de una afección de por vida— que su viejo amigo Phil Krieger le ingresó en el hospital alemán de Dalston para que recibiese tratamiento. Peor aún, su mente estaba sumida en la desesperación. «Llevo un mes en cama —escribió a Marguerite Poradowska desde el hospital—, y creo que ha sido el mes más largo de mi vida […] Lo veo todo con tanto desánimo… todo negro». Dos semanas después: «El hecho es que mis nervios están trastornados, lo que resulta en palpitaciones y en falta de aliento». Diez días después: «Sigo sumido en la noche más profunda y no sueño más que pesadillas». [601] En el mundo mental de Konrad, la depresión era sinónimo de oscuridad. Desde su crisis de 1878 en Marsella, esta era el peor brote que había descrito.

Tadeusz Bobrowski, que recordaba bien el intento de suicidio de Konrad, se estremeció ante las cartas de su sobrino. «Por tu descripción, a la que tratas de hacer cómica, veo que sigues muy débil y agotado. […] Tengo razones para suponer (como has insinuado de forma indirecta) que has agotado tus fuerzas durante tu estancia en África». [602] «Atormentado» por una carta de Konrad

«llena de tristeza y desaliento», Tadeusz se ofreció a enviar dinero

para «una estancia de un mes en una Maison de Santé» en Suiza, donde su sobrino pudiera recibir una cura hidropática. [603] «Ya sabes que no soy generoso en exceso, pero si hay necesidad de ello sacaré lo necesario para salvar tu salud». [604]

Tres semanas en un balneario suizo le sentaron bien a Konrad, pero nada más regresar a Londres le atacó un brote de malaria y la depresión se apoderó de él. Demasiado enfermo para encontrar un puesto de atraque, trabajó como encargado de almacén para sus

amigos de Barr, Moering & Co. Encontró el empleo tan tedioso como una «sentencia penal», sin «ni siquiera el consuelo de pensar en el placer de cometer el crimen». «Por la noche, después de volver a casa, me siento tan perezoso que miro las plumas con horror», así que aprovechaba el tiempo que podía «en la vasta (y polvorienta) soledad de este almacén» para escribir.[605]

«Le parecía que llevaba muchos años cayendo por un profundo precipicio —escribió Konrad—. Día tras día, mes tras mes, año tras año, había estado cayendo, cayendo, cayendo; era un objeto liso, redondo y negro, y las negras paredes se habían precipitado hacia arriba con una rapidez agotadora». [606] El ritmo y la repetición de su prosa captaban la desesperanza succionadora y rastreadora de la depresión. Konrad no escribía explícitamente sobre sí mismo, sino sobre Almayer, el personaje que daba título a la novela que había llevado de ida y vuelta a África consigo. En las horas muertas de sus días en el almacén, revisó lo que había escrito y añadió dos o tres capítulos más.

Konrad había remontado el río Congo pensando en Borneo. Ahora volvía al manuscrito de La locura de Almayer con los recuerdos del Congo frescos. Describió el deseo de Almayer de explotar una fuente

secreta de tesoros en el interior, una «montaña de oro».[607] La promesa de esas fabulosas riquezas se hacía eco de la economía del Estado Libre del Congo, donde las reservas más ricas de marfil se encontraban río arriba. De la misma manera que los europeos del Congo estaban dispuestos a renunciar a sus principios para obtener beneficios, comerciando con el notorio traficante de esclavos Tippu Tib, Konrad hizo que Almayer cerrase un trato con un viejo rival en Borneo, el rajá malayo local.

También profundizó en la novela en el retrato de la esclavitud, que persistía tanto en el Congo como en Borneo, a pesar de estar oficialmente prohibida. En La locura de Almayer, todos los personajes ricos tenían esclavos. En uno de los capítulos que Konrad escribió poco después de su regreso de África, trató de entrar en la mente de una esclava, una «mente a medio formar, salvaje, esclava de su cuerpo, igual que su cuerpo era esclavo de la voluntad de otro». A través de sus ojos esbozó una visión fatalista de la vida que se hacía eco de su propia perspectiva desde la depresión. «La esclava no tenía esperanza ni conocía el cambio. No conocía otro cielo, ni otra agua, ni otro bosque, ni otro mundo, ni otra vida».

[608]

Konrad había vuelto del Congo más amargado que nunca por la tensión entre «civilización» y «salvajismo». Mucho antes de escribir sobre ello en El corazón de las tinieblas, plasmó sus cavilaciones sobre la división en La locura de Almayer. «Hay situaciones en las que el bárbaro y el llamado hombre civilizado se encuentran en el mismo terreno», escribió. Aunque Almayer había nacido en Java y nunca había visitado Europa, vivía con la esperanza de volver a Europa con su hija «mestiza» Nina y casarla con un hombre blanco.

En lugar de eso, la joven se enamoró de un príncipe malayo y, con la bendición de su madre, se propuso establecerse con él en Bali.

Almayer maldijo los largos años «de trabajo, de decepción, de humillación entre aquellos salvajes» de Borneo.[609] Sus sueños de civilización se desvanecieron.

Según su propia percepción, Konrad seguía sacando fuerzas de una fuente: su relación con Marguerite Poradowska. Le escribía a menudo y con actitud íntima: «Si hay alguien en el mundo que consuela los corazones rotos, esa eres tú. [...] Te admiro y te quiero cada vez más».[610] También escribía regularmente a su tío Tadeusz. Tranquilizado por lo que parecía ser una mejora en el estado de ánimo de su sobrino, reanudó su antigua queja sobre la falta de rumbo en la vida de Konrad, señalando «ciertos defectos»

en su carácter. Konrad no aceptó la insinuación e insistió en que Tadeusz la aclarase.

«Pues bien —dijo Tadeusz, aprovechando la ocasión—, considero que siempre te ha faltado entereza y perseverancia en las decisiones, lo cual es consecuencia de tu inestabilidad en tus objetivos y en tus deseos. Te falta aguante, Panie Bracie

[literalmente, «señor hermano», un tratamiento de los szlachta], ante los hechos; y supongo que también ante las personas».

Tadeusz, su tío materno, culpaba del talante de Konrad a su padre,

«un soñador idealista». Los hombres de la familia Korzeniowski estaban «siempre involucrados en muchos proyectos, de la más diversa naturaleza», refunfuñaba Tadeusz, «los urdían en su imaginación e incluso se ofendían cuando alguien los criticaba, calificando a sus oponentes de “idiotas”, pero los hechos, la mayoría de las veces, refutaban sus sueños».

Tadeusz aconsejó a su sobrino que abandonara un sueño en particular:

el de la amada «Tante Margot» de Konrad. Tadeusz también recibía cartas de ella, que le hacían reflexionar. «Me parece que ninguno de los dos ve que solo coqueteáis entre vosotros [...]

como pájaro viejo y amigo de ambos os aconsejo que abandonéis este juego, que no acabará en nada sensato». Desechó a la viuda como «una hembra gastada» que estaría mejor aceptando una proposición de un viejo pretendiente, Charles Buls, alcalde de Bruselas, «que le daría amor y posición social». Que Konrad se casase con Marguerite supondría «una piedra al cuello para ti, y también para ella. Si sois sabios, dejaréis esta diversión de lado y os separaréis simplemente como amigos; si no, ¡habéis sido advertidos!, y no podréis decir más tarde que no lo fuisteis». [611]

Konrad respondió enseguida a Tadeusz, con la esperanza de echar de lado su preocupación, pero fracasó por completo. «Si "el habla (en este caso, la palabra escrita) nos fue dada para ocultar nuestros pensamientos", entonces, Panie Bracie, has cumplido la tarea con la mayor eficacia —respondió Tadeusz— al hablarme en cinco páginas enteras de todas las mujeres inglesas, jóvenes y viejas, feas o guapas, que conoces, que te importunan para que flirtees con ellas con éxito o sin éxito... y todo esto para omitir a La Única de la que sospecho que realiza tales prácticas contigo: ¡¡¡y no es una inglesa de pies planos, sino una tal Margaret, bien conocida por mí!!!». El

«viejo pájaro» Tadeusz no se dejó engañar. «Tengo ojos para ver (en este caso, para leer) y oídos para oír, y sé lo que he leído y ahí se quedará siempre». [612]

Pero quizá la respuesta más ponderada de Konrad vendría de boca de Marlow, muchos años después, en El corazón de las tinieblas,

cuando, frustrado por la imposibilidad de narrar una experiencia a quienes no la han compartido, Marlow se resigna a la idea de que

«vivimos, como soñamos, solos».[613] Aunque Konrad siguió flirteando con Marguerite —«Esta tarde me siento como si estuviese tirado en un rincón, con la columna rota y la nariz en el polvo.

¿Serías tan amable de tomar en tus manos al pobre diablo, ponerlo tiernamente en tu delantal, presentarlo a tus muñecas, invitarlo a cenar con los demás?»—, [614] reconoció ante ella que carecía de

«perseverancia, fidelidad y constancia», y evitó visitarla.[615]

Empezó a buscar otro trabajo en el mar.

En noviembre de 1891, Konrad aceptó un puesto como primer oficial del Torrens, un hermoso clíper que transportaba pasajeros de primera clase a Australia. El puesto estaba por debajo de su rango certificado de capitán, pero era un barco muy conocido y el capitán era amigo de G. F. W. Hope, que era a su vez amigo de Konrad. Este escribió inmediatamente a Marguerite, contando los días que faltaban para poder volver a escribirle. «Durante este tiempo, acuérdate de mí amablemente; reserva un rinconcito de tu corazón, y a mi regreso (dentro de nueve o diez meses), si estás dispuesta, intentaremos vernos. Pero ¿de qué sir ven los planes? ¡El destino es nuestro amo!». [616] Firmó, como solía hacerlo ahora, con el nombre de «J. Conrad».

Conrad hizo dos viajes de ida y vuelta a Australia en el Torrens. Era el mejor barco en el que había trabajado, y como primer oficial socializaba con sus pasajeros, cultos y adinerados. Uno de ellos, recién licenciado en Cambridge, fue la primera persona que leyó la

obra de ficción de Conrad, aún manuscrita, y le animó a seguir con ella. Otros dos se hicieron amigos para toda la vida: un maestro de escuela, Edward «Ted» Sanderson, y un joven abogado, John Galsworthy. «El primer oficial es un polaco llamado Conrad, y es un tipo estupendo, aunque de aspecto más bien raro —escribió Galsworthy a sus padres—. Es un hombre que ha viajado y vivido en muchos lugares del mundo, y tiene un fondo de relatos del que me sirvo libremente. Ha estado en el Congo, en Malasia, en Borneo y en otros lugares remotos, por no hablar de un poco de contrabando en sus años jóvenes». [617] Ni el pasajero ni el oficial se imaginaban que este último llegaría a ser un gran novelista.

Pero ser primer oficial del Torrens era un trabajo sin futuro mientras el capitán no diera señales de retirarse. En julio de 1893, Conrad abandonó el barco y fue a visitar —durante cuatro semanas

— a su tío Tadeusz en Ucrania, de vuelta en la primera frontera entre civilización y salvajismo que había conocido. Cuando regresó a Londres, el mejor trabajo que pudo encontrar fue el de segundo de a bordo en un viejo vapor de peregrinos. Había sido fletado para transportar emigrantes de Ruan a Quebec, pero los fletadores se pelearon con los armadores y no hubo pasajeros. [618] Conrad pasó las Navidades de 1893 y el Año Nuevo a flote en el puerto de Ruan, retocando La locura de Almayer, a la espera de volver a Inglaterra y firmar el contrato. Con una justicia cuya poesía reconocería en retrospectiva, este barco que no iba a ninguna parte puso el punto final a su carrera marítima. Nunca volvería a trabajar como marino.

Conrad llevaba pocas semanas de vuelta en Londres cuando le llegó un telegrama de Ucrania. Lo abrió y leyó: «Lamento informarle

de la triste y dolorosa noticia de la muerte de su tío […] el difunto Tadeusz Bobrowski». [619]

La cadena del ancla de Conrad se rompió. El hombre más cercano a él en la vida se había ido. Ya no tenía a nadie que le ayudara, le aconsejara, le regañara, le fastidiara, le amara como a un hijo. Nadie que le llamara Konradek, «Panie Bracie» o «Mi querido muchacho».

«Parece como si todo hubiera muerto en mí. Es como si se hubiera llevado mi alma con él». [620]

Tadeusz Bobrowski dejó a Conrad una herencia de unas mil seiscientas libras, suficiente para mantenerle durante muchos años, pero Conrad solo sentía el vacío. El mejor alivio que pudo encontrar fue lanzarse una vez más al manuscrito de La locura de Almayer, decidido a terminarlo. Es «¡una lucha a muerte!, le dijo a Marguerite Poradowska. «Si me suelto, estoy perdido». [621] La muerte acechó los últimos capítulos. Nina Almayer se preparó para seguir a su amante por el océano encantador y mortal, cuya «superficie era siempre cambiante […] mientras que sus profundidades eran siempre las mismas, frías y crueles, y llenas de la sabiduría de la vida destruida. […] Los hombres caían, esclavos de su encanto durante toda una vida y luego, a pesar de su devoción, se los tragaba». Almayer vio partir a su hija y luego enterró sus huellas en la arena, formando «una línea de diminutas tumbas hasta el agua».

[622] Las últimas páginas describían sus desesperados esfuerzos por olvidarla. Quemó su casa, se refugió en el opio y murió.

«Lamento informarle del fallecimiento del Sr. Kaspar Almayer, ocurrido esta mañana a las tres en punto —escribió Conrad con falsa solemnidad a Marguerite en abril de 1894—. ¡He terminado! […] De repente, toda esta compañía de personas que me han hablado al

oído, gesticulado ante mis ojos, vivido conmigo durante tantos años, se convierte en una cuadrilla de fantasmas. […] Me parece haber enterrado una parte de mí mismo en las páginas que yacen aquí ante mis ojos. Y, sin embargo, soy (solo un poco) feliz».[623] Hizo mecanografiar el manuscrito, lo llevó triunfalmente al despacho de su amigo Hope, lo empaquetó y lo envió, sin siquiera una nota de presentación, al editor T. Fisher Unwin. Eligió a Unwin porque le gustaba una serie que este estaba publicando con seudónimos de

autores; para sí mismo había elegido el nombre de Kamudi, «una palabra malaya que significa “timón”».[624]

Sin embargo, Conrad rara vez había estado tan desorientado.

Libro terminado, sin amarradero a la vista, llorando a su tío, «¡mi trastorno nervioso me tortura, me hace desgraciado y paraliza la acción, el pensamiento, todo! Me pregunto por qué existo. Es un estado espantoso». [625] Buscó empleo en barcos y no encontró ninguno. Probó otra cura en Suiza, y mejoró lo suficiente como para bromear diciendo que «como es obvio que no puedo morir, debo aplicarme a vivir, lo cual es muy tedioso». Terapéuticamente, empezó a escribir una nueva novela, una precuela de La locura de Almayer, en la que aparecían algunos de los mismos personajes y que giraba en torno a «dos parias como los que uno encuentra en los rincones perdidos del mundo. Un hombre blanco y un malayo.

¡Ya ves cómo se aferran los malayos a mí! Soy un devoto de Borneo». [626]

La depresión perseguía sus días. «El trabajo va muy lento. Estoy desanimado. Las ideas no llegan —escribió a Marguerite—. Me siento inclinado a quemar lo que tengo. ¡Es muy pobre!». De todos modos, unos días más tarde añadía: «Aunque hablo así, luego me

falta valor. Hay quien habla así de suicidio. […] ¡Dios santo! ¡Qué negro, negro, negro es todo!».[627]

Se apoyó en ella en busca de intimidad y consuelo. «Mi querida tía», «mi muy querida y encantadora tía», «querida y amable Marguerite», escribía. «¡No puedes llegar a saber lo precioso que es tu afecto para mí!». «Tu carta […] me hace desear estar cerca de ti

[…] Que te comprendan hasta ese punto es una bendición, y tú me has comprendido de principio a fin». «Eres la única persona en el mundo a quien puedo contárselo todo, y tu compasión es, por tanto, aún más preciosa». «Pienso tanto en ti! Cada día». «Te beso en ambas mejillas […] Espero carta de ti cada día». «Tuyo de todo corazón», firmaba, «siempre tuyo», «tu J. Conrad». [628]

Una noticia vino a romper la desesperación de Conrad. En octubre de 1894, Unwin se ofreció a publicar La locura de Almayer y a pagarle veinte libras, un mísero adelanto (menos de tres semanas de sueldo del Torrens), pero «el mero hecho de la publicación es de gran importancia». «Ahora solo necesito un barco para ser prácticamente feliz». [629] Conrad fue a conocer a sus nuevos editores y fue recibido

tan calurosamente por los lectores que habían examinado su manuscrito que temió que se estuvieran burlando de él; pero, por el contrario, uno de ellos, Edward Garnett, se convertiría al instante en un amigo íntimo. Le hicieron pasar a presencia del mismísimo «gran hombre» Unwin, que saludó a su nuevo autor con una desenfadada autoridad. Le daremos atención crítica y «un hermoso volumen a seis chelines», prometió Unwin.

«Escriba algo más corto —del mismo tipo— para nuestra Biblioteca de Seudónimos», añadió, «y, si nos gusta, estaremos encantados de poder darle un cheque mucho mejor». [630] Pero, por supuesto,

«Joseph Conrad» ya era una especie de seudónimo, al convertir al capitán Konrad Korzeniowski en un novelista inglés.

La locura de Almayer (Almayer's Folly: The Story of an Eastern River en original, esto es: «La locura de Almayer: historia de un río oriental») salió a la venta en abril de 1895. Estaba dedicada «a la memoria de T. B.», ocultando el nombre polaco de Bobrowski bajo iniciales, igual que «Joseph Conrad» ocultaba «Konrad Korzeniowski». Quizá el título de la novela también escondía algo.

Aunque Conrad ambientó el libro en un «río oriental», se esforzó por distanciarlo de fuentes reales concretas. Sí, dijo a sus editores, la novela transcurría en Borneo, pero «ni el río ni las gentes tienen nada de verdad —en el sentido habitual— salvo los nombres». ¿Qué es una novela, después de todo, sino una obra de la imaginación?

«Cualquier crítica que buscara la descripción real de lugares y acontecimientos sería desastrosa para esa partícula del universo, que no es nadie ni nada en el mundo salvo yo mismo».[631]

Además, señaló, estaba escribiendo sobre algo más amplio. «¿No podría decir algo sobre que es "una historia civilizada en un entorno salvaje"? Algo con ese sentido, aunque no use esas mismas palabras». [632]

Conrad desarrollaba sus ideas sobre la civilización y el salvajismo en una «Nota del autor» del libro. [633] Respondía a un ensayo que había calificado recientemente todas las obras ambientadas en lugares «exóticos», así como a «las gentes extrañas y los países remotos», como «incivilizados».[634] «El crítico […] parece pensar que en todas esas tierras lejanas la alegría consiste siempre en gritos y danzas de guerra —replicaba Conrad—, todo el pathos es un aullido y una espantosa mueca de dientes limados, y que la solución

de todos los problemas se encuentra en el cañón de un revólver o en la punta de una azagaya». Las imágenes eran sorprendentes, dado que el libro de Conrad estaba ambientado en Asia: una azagaya es un tipo de lanza del sur de África, y la «espantosa mueca de dientes limados» evocaría de inmediato caricaturas racistas de los africanos, en particular de los congoleños que practicaban el afilado de dientes. [635] Conrad concluía con una defensa del parentesco esencial de toda la humanidad. «Hay un vínculo entre nosotros y esa parte tan lejana de la humanidad —afirmaba, y añadía—: Me contento con simpatizar con el común de los mortales sin importar dónde vivan; en casas o en tiendas, en las calles bajo la niebla o en los bosques tras la oscura línea de tétricos manglares que bordean la vasta soledad del mar».

En el libro que Conrad escribió más tarde acerca del Congo, puso a prueba el sentimiento del libro que había escrito en parte en el Congo. Marlow describía a un grupo de africanos con crudos estereotipos racistas, como «un torbellino de miembros negros, una masa de manos aplaudiendo, de pies golpeando el suelo, de cuerpos balanceándose, de ojos en blanco». Para Marlow, era inconcebible que pudiera haber un Disasi Makulo entre ellos, que los africanos pudieran tener una conciencia, por no hablar de una historia, una sociedad o una fe. (Todo lo cual Marlow concedía a los asiáticos, aunque en términos igualmente estereotipados). Aun así, un sentimiento de reconocimiento hacía que Marlow se detuviera. «No, no eran inhumanos —se daba cuenta— […] lo que en verdad producía estremecimiento era la idea de su humanidad, igual que la de uno, la idea del remoto parentesco con aquellos seres salvajes, apasionados y tumultuosos».[636] Marlow hizo lo mismo cuando

descubrió que algunos de los miembros de su tripulación eran caníbales: se escandalizó, no por el hecho de que esa gente se comiera a otra gente, sino de que no se lo comieran a él.[637]

Marlow «los miraba como miraría a cualquier ser humano, con curiosidad por sus impulsos, sus motivos, sus capacidades, sus debilidades». Se daba cuenta de que tenían un sentido de la moderación, un sentido de la ética. Tenían precisamente lo que se suponía que la «civilización» debía imbuirles, mientras que Kurtz, implícitamente, no lo tenía.

El desfase de Conrad entre Borneo y el Congo, entre reinos visitados e imaginados, y su reconocimiento de la humanidad a través de una línea de salvajismo que él mismo había hallado por primera vez en Rusia, tuvo el efecto de vincular su lenguaje racista a una sugerencia

potencialmente radical. Lo que marcaba la diferencia entre salvajismo y civilización, decía Conrad, iba más allá del color de la piel, e incluso trascendía la ubicación. Para él, la cuestión no era que los «salvajes» fueran inhumanos: era que cualquier ser humano podía ser un salvaje.

En el sentimiento de Marlow de «emocionante […] parentesco»

con los africanos «salvajes y apasionados» había otra corriente, menos reconocida, pero no menos desafiante, sobre la idea de que el salvajismo y la civilización habitaban reinos distintos y separados.

Se trataba de la atracción del deseo sexual. En la ficción «exótica»

de Conrad, la atracción sexual hacía acto de presencia donde no lo hacía lo que se suponía que era la «civilización». Estaba ahí, en la atracción del barco de vela feminizado frente a la maquinaria estéril de vapor. Fue en Patusan, fuera del alcance de telégrafos y barcos de vapor, donde Jim se enamoró de Joya. Estaba allí, en la trama

central de La locura de Almayer, en la disputa de Almayer con su propia esposa asiática acerca del matrimonio de su hija, el futuro reproductivo de ambos. Y estaba vívidamente presente en El corazón de las tinieblas, en la amante «feroz y soberbia» y sexualmente deseable de Kurtz, una mujer negra vestida con los beneficios obtenidos del marfil, en contraste con la frígida prometida de Kurtz, una mujer blanca vestida de luto en la «ciudad sepulcral».

Sustituyendo ingeniosamente «tu nombre» por «el horror», Conrad vinculó a las dos mujeres a través de los canales subterráneos del deseo de la novela. Marlow explicó la mentira diciendo a sus oyentes que «las mujeres […] deberían permanecer al margen. Las deberíamos ayudar a permanecer en este hermoso mundo que les es propio y asumir nosotros la peor parte». [638] Suena en sí mismo como un fragmento de sexismo irreflexivo, pero al igual que con las descripciones racistas de Marlow sobre los africanos, Conrad la incorporó en una historia que subvertía los prejuicios tanto como los reforzaba.

Este trasfondo de anhelo —por lo incivilizado, por lo otro, por lo prohibido— se ubicaba en una tentadora relación con la propia vida amorosa de Conrad. Si es que mantuvo relaciones sexuales con alguna mujer, en Europa o fuera de ella, nunca hubo la menor pista contemporánea. Resulta tentador interpretar ese silencio más como un reflejo de secretismo, vergüenza o simplemente discreción que como la realidad de su experiencia. Pero había abundantes pruebas del

ferviente apego platónico de Conrad a su «tía» viuda de Bruselas. Formado en vísperas de su viaje al Congo, abrió un nuevo capítulo inesperado inmediatamente después de que se convirtiera en un autor publicado. [639]

Al día siguiente de la publicación oficial de La locura de Almayer, Conrad decidió volver al balneario de Suiza «para reparar mis desdichados nervios con agua fría y aire puro». [640] Su ánimo mejoró en las montañas, hasta el punto de que pronto se puso a flirtear con otra huésped, una joven francesa llamada Emilie Briquel.

Conrad le dijo a la familia Briquel que era inglés, ocultando sus orígenes polacos hablando con ellos en francés. Emilie quedó encantada con el capitán, cuyos finos modales estaban impregnados del brillo de la aventura tropical. Él, a su vez, la encontró encantadora, tanto como para no hablar de ella a Marguerite Poradowska, a quien prometió visitar en París de regreso a casa.

Pero Conrad se marchó de Suiza sin hacer propuesta romántica alguna a Emilie. Regresó a Londres en junio de 1895 reflexionando abiertamente, de forma inusual, sobre el amor. El amor podría darle un muy necesario motivo para vivir, escribió a su nuevo amigo Edward Garnett. «Aun así, uno debe tener algún objeto al que dedicar su afecto, y yo no lo tengo».[641]

¿Y qué hay de Marguerite Poradowska? Pocos días después le escribió una breve nota. «Me llevé un recuerdo tan bueno y encantador de ti, alegre y tranquila en tu nido entre los pájaros», decía, evidentemente refiriéndose a un encuentro reciente, y terminaba, como de costumbre, con un cálido «abrazo». [642] Lo importante de la misiva no era lo que decía, sino lo que omitía.

Después de docenas de cartas de Conrad desde 1890 —efusivas, confesionales, palpitantes de amor platónico—, esta fue la última que Marguerite conservó, y quizá recibió, durante cinco años. ¿Qué había ocurrido? ¿La había visto Conrad en París? ¿La había evitado?

¿Había ido demasiado lejos uno de los dos? ¿Alguno no fue lo

suficientemente lejos? El misterio ganó en intriga, visto lo que ocurrió a continuación.

En marzo de 1896, Conrad se enteró de que Emilie Briquel estaba prometida y escribió a su madre para felicitarla. «A ella le deseo paisajes bañados por la luz del sol, sombra fresca y tranquila en los senderos de su vida y las brisas suaves de una eterna primavera».

Luego soltó una bomba: «Yo también me caso —concluyó—. Pero esta es una larga historia que, si me lo permite, contaré en mi

próxima carta».[643]

La noticia conmocionó a todos los que le conocían. Dio más explicaciones a un primo en Polonia: «Anuncio solemnemente […]

que voy a casarme. Nadie puede estar más sorprendido que yo mismo.

Sin embargo, no me asusta en absoluto, pues, como sabes, estoy acostumbrado a una vida aventurera y a enfrentarme a terribles peligros». Aún más sorprendente era la mujer que había elegido. «Jessie es su nombre; George su apellido. Es una persona pequeña, de aspecto nada llamativo (a decir verdad, ¡más bien corriente!), pero que me resulta muy querida. Cuando la conocí, hace un año y medio, se ganaba la vida en la City como

“mecanógrafa” en una oficina americana de la empresa Caligraph».

Después de su boda, prevista para dos semanas más tarde, tenía la intención de trasladarse a Bretaña y «empezar a trabajar en mi tercera obra, porque hay que escribir para vivir. Hace unos días me ofrecieron el mando de un velero —la idea le había gustado a mi Jessie (a quien le gusta el mar)—, pero las condiciones eran tan poco satisfactorias que al final lo rechacé. La profesión literaria es,

pues, mi único medio de subsistencia».[644]





Izquierda: Jessie George, el día de su boda con Joseph Conrad. Derecha: Joseph Conrad, el día de su boda con Jessie George.

El 24 de marzo de 1896, Joseph Conrad y Jessie George acudieron al registro civil de St. George Hanover Square para «unir nuestras dos humildes fortunas y afrontar juntos el calor y el polvo de la carretera».[645] Él era católico y ella protestante, así que una boda civil sirvió para arreglar las diferencias. Conrad no tenía parientes, y solo acudieron por su parte sus viejos amigos Phil Krieger y G. F. W.

Hope. La extensa familia de Jessie —tenía ocho hermanos— asistió en

masa. La nueva Sra. Conrad estuvo todo el día desconcertada por el peculiar comportamiento de su marido. Él se mostraba distante con la familia de ella, y cuando se quedaron solos esa noche, se quedó hasta tarde escribiendo cartas, que insistió en salir a enviar a las dos de la madrugada. Al día siguiente, los recién casados se retiraron (en palabras de él) «de las vistas y sonidos de la civilización y se adentraron en las tierras salvajes de Bretaña». [646] Mientras el tren atravesaba a toda velocidad un túnel, Jessie se sobresaltó con un destello de luz. Con una sacudida de terror, pensó que su nuevo

y extraño marido había lanzado una bomba, como los terroríficos anarquistas del continente. [647]

¿Quién era en realidad ese hombre al que Jessie George estaba ahora repentinamente unida? Conrad (como ella le llamaba) no se parecía en nada a nadie que hubiera conocido antes; no solo era el primer extranjero al que conocía bien, sino «el primer hombre adulto que parecía interesarse por mí». Era «complejo», «hipersensible y melancólicamente reservado», y ella no esperaba entenderle de verdad nunca. Su extrañeza podía ser desconcertante. Por ejemplo, cuando le propuso matrimonio. Habían pasado la mañana en la National Gallery. Al salir, se volvió hacia ella y le dijo: «Mira, no me queda mucho tiempo de vida, y no planeo tener hijos. Pero si te sirve de algo —se encogió de hombros—, creo que podríamos pasar unos cuantos años felices juntos». Ella aceptó. Comprometidos. Ya estaba hecho. Fueron a almorzar para celebrarlo. Acallados por la incomodidad, comieron casi en silencio. Conrad se marchó con prisas y una «expresión de agudo sufrimiento» y no volvió a ponerse en contacto durante varios días, dejando a su atónita prometida con el temor de que «ya se hubiera arrepentido de su oferta». [648]

La extrañeza puede ser atractiva. Estaban sus ojos almendrados y abiertos, las fascinantes historias que contaba, cada vez ligera y dinámicamente diferentes. Ella se sentía atraída por «algo inquieto en él, […] una especie de fuego interior que me quitaba casi todas mis facultades de expresión». No necesitaba palabras para leer su desesperanza interior. Ella respondió al instante con un «sentimiento maternal por aquel hombre solitario, que apenas había conocido los cuidados de una madre, y no tenía experiencia de ningún tipo de vida hogareña». [649] Y ella intuyó pronto, con razón, que él

también cuidaría de ella. Cuando Jessie enfermó en la primera semana de su luna de miel, él revoloteó atentamente a su alrededor.

Un ciclo de enfermedad y cuidados —la enfermedad de ella, los

cuidados de él, la enfermedad de él, los cuidados de ella— darían forma a su vida en común.

¿Quién era esta mujer con la que Conrad vivía ahora de repente?

La había conocido en 1894, probablemente cuando estaba mecanografiando La locura de Almayer para su publicación, y la había visto puede que cinco veces más antes de declararse en 1896.

Todas las demás mujeres de su vida habían sido damas ociosas, elegantes y afrancesadas. Jessie era una chica de clase trabajadora de Peckham. Tenía dieciocho años. Su padre, un mozo de almacén, murió joven, así que trabajó como mecanógrafa para ayudar a mantener a su manada de hermanos pequeños. [650] Nunca había estado en el extranjero. No hablaba francés. En su noviazgo no hubo flirteos con juegos de salón, coqueteos alrededor de la mesa de billar ni lánguidos paseos en carruaje por jardines botánicos. Si él había compartido alguna declaración y confesiones en cartas desde Suiza, quería que fuesen borradas. Antes de la boda, Conrad le dijo que quemara todas sus cartas, y vio cómo ella obedecía.[651]

Sus amigos no podían creer que se hubiera casado con una persona tan inculta y poco refinada; su tío Tadeusz, de haber estado vivo, seguramente se habría sentido horrorizado. Sin embargo, era evidente que Conrad había intuido que Jessie tenía cualidades que él necesitaba y anhelaba: un carácter ecuánime, buen humor, paciencia y un impulso por cuidar. Ella estaría encantada de dedicar su vida a cuidar de la de él. Escribió alegremente a Edward Garnett desde su luna de miel que ella era «una camarada muy buena y nada

molesta. De hecho, me gusta tenerla conmigo». [652] Ella respetaba sus silencios y estados de ánimo, y se ocupaba de sus necesidades diarias. Si Tadeusz hubiera estado vivo, debería haber felicitado a su sobrino por haber abandonado por fin los sueños románticos y haberse establecido en una unión que funcionaba. «Vivimos, como soñamos, solos», diría Marlow en El corazón de las tinieblas.

Después de años de soñar solo, Conrad eligió vivir con otra persona.

Los recién casados alquilaron una casita de piedra en la península de Île Grande, «en realidad toda una casa», la primera que Conrad había tenido desde su infancia. Desde un lado de la vivienda podía ver la costa que se extendía a lo largo del agua, «rocosa, arenosa, salvaje y llena de lúgubre expresividad», y por el otro contemplaba el horizonte, «verde y sonriente y soleado». En el piso de abajo había una

gran cocina embaldosada, donde «la chimenea es lo bastante grande para que [Jessie] pueda vivir en ella». Arriba había dos dormitorios. De ellos, Conrad no dijo ni una palabra, pero Jessie se quejaba de las toscas sábanas de lino que cubrían la cama con dosel, con rústicas costuras en el centro. [653]

Los ritmos del matrimonio se fueron acelerando. El Sr. y la Sra.

Conrad alquilaron un cúter de cuatro toneladas llamado La Pervenche (El Bígaro). Conrad enseñó a su esposa a manejar el timón, y navegaron alrededor de las agujas de roca mientras ella alternaba sus labores como timonel y vigía. A veces daban largos paseos. En un campo de flores silvestres amarillas, Jessie se agachó para recoger un ramo. Conrad sacó su pitillera nueva, regalo de boda de Ted Sanderson, y fumó un acre cigarrillo francés. Volvieron a su casita, dejaron las gorras y los bastones en la cocina y Jessie preparó la cena. Conrad se puso a trabajar en su tercera novela, El

rescate, un nuevo capítulo de las aventuras del capitán Lingard en Malasia. Cuando terminaba sus páginas, se las pasaba a Jessie para que las mecanografiara.

«Fue una época feliz —recordaba Jessie en sus memorias—. No me cabe duda de que fue una época feliz». [654] Pero los demonios de Conrad descendieron sobre él. A los dos meses de su estancia, confesó a Edward Garnett que «tengo largos ataques de depresión, que en un manicomio se llamarían locura. […] Surgen de la nada. Es espantoso. Duran una hora o un día; y cuando se pasan, me dejan una sensación de miedo».[655] El reumatismo le hinchaba y agarrotaba la mano, y le dolía escribir. La novela en la que estaba trabajando se encalló. «Es como si algo en mi cabeza hubiera cedido para dejar entrar una fría niebla gris. Doy palos de ciego en ella hasta que me siento real y físicamente enfermo, y me pregunto si me estoy desmoronando mentalmente. Tengo miedo».[656]

Encontró una vía de escape de la novela escribiendo un relato.

[657] «Es una historia del Congo —dijo—. Toda la amargura de aquellos días, todo mi desconcertado asombro por el significado de todo lo que vi (toda mi indignación por la filantropía enmascarada) han estado conmigo de nuevo, mientras escribía». Lo tituló Un puesto avanzado del progreso, y algunos de sus detalles demostraban que había leído el canto a la misión civilizadora de Henry Morton Stanley, The Congo and the Founding of Its Free State.[658] Describía un remoto puesto comercial en África, dirigido por dos europeos

llamados Carlier y Kayerts (el nombre de alguien con quien había viajado por el Congo), con «un negro de Sierra Leona» llamado Makola como contable. Le compraban la comida y el

marfil al jefe local, «un salvaje de cabeza gris» al que saludaban con una cariñosa pregunta: «“¿Qué tal, viejales?”». [659]

Tras unos meses en el puesto, llegaron unos forasteros armados con «mosquetes de percusión». Eran «malos tipos», explicó Makola a sus jefes. «Se pelean con la gente y apresan a mujeres y niños.

Son malos y tienen armas». Pero también tenían marfil. Con la autorización de Kayerts, Makola intercambió a diez africanos que trabajaban en el puesto por «seis espléndidos colmillos». Pero los esclavistas también se apoderaron de algunos aldeanos, y el jefe cortó el suministro de alimentos al puesto como represalia.

Desamparados, suspendidos en mitad de un «salvajismo puro sin paliativos», Kayerts y Carlier cayeron en el hambre y la locura.

Hablaban de «la necesidad de exterminar a todos los negros antes de poder hacer habitable el país»; «maldecían a la Compañía, a toda África y el día en que nacieron». Con el tiempo empezaron a pelearse entre ellos. En una riña por unos terrones de azúcar, Kayerts mató a Carlier de un disparo y luego se suicidó. Cuando «el director general de la Gran Compañía Civilizadora» se presentó por fin para ver cómo estaban, descubrió el cadáver de Kayerts colgando de la cruz sobre la tumba de un hombre blanco. De una cara hinchada y morada asomaba su «lengua tumefacta» señalando

«irreverentemente» hacia su jefe. [660]

Era lo más cínico y desesperado que Conrad había escrito nunca.

Jessie recordaba cómo, las mañanas en que «estaba de buen humor», él la saludaba con una frase del relato: «¿Qué tal, viejales?». Pero ella sabía que estaba «de un humor algo salvaje»

cuando escribió Un puesto avanzado del progreso. Fue el único relato que no le dejó leer hasta que estuvo completamente

terminado. Le entregó el manuscrito final para que lo mecanografiara. Hazlo rápido, le ordenó. «¡Lo quiero fuera de esta casa!». [661]

¿Por qué Conrad imaginó su regreso al Congo en plena luna de miel? Una respuesta puede hallarse en el baúl metálico de viaje que Conrad

había traído a Francia. Hurgando en su interior, Jessie encontró «dos pequeños cuadernos de seis peniques con relucientes tapas negras» que contenían sus diarios del Congo. Conrad quiso quemarlos de inmediato, dijo ella, pero se distrajo antes de poder hacerlo. [662]

Otra respuesta puede haberse alojado en su propia perspectiva depresiva, ya que una sensación de desesperanza y nihilismo le empujó a escribir sobre un lugar en el que se había sentido de la misma manera. Un puesto avanzado del progreso habla desde un universo emocional en el que el dolor es la única verdad. «Hablamos de opresión, crueldad, crimen, devoción, abnegación, virtud, y no sabemos nada real más allá de las palabras. Nadie sabe lo que significan el sufrimiento o el sacrificio, excepto, tal vez, las víctimas».

[663]

El 1 de junio de 1898, el ferrocarril Matadi-Léopoldville, cuyas primeras etapas de construcción había visto Conrad en 1890, fue declarado oficialmente abierto «a las empresas humanitarias y comerciales del mundo civilizado».[664] Entre la delegación de personalidades que había viajado a África para verlo se encontraba Charles Buls, alcalde de Bruselas e histórico pretendiente de Marguerite Poradowska.[665] El proyecto ferroviario, que había

durado ocho años en lugar de los cuatro previstos, y había costado ochenta y dos millones de francos en lugar de los veinticinco millones presupuestados, se había convertido en un infierno dentro del infierno. Uno de cada cinco obreros había muerto de agotamiento y enfermedad en los dos primeros años, «se multiplicaron las deserciones, estallaron las revueltas y se produjo una desmoralización total entre las filas de los trabajadores». La empresa ferroviaria importó culis barbadenses y chinos para completar la plantilla de trabajadores, pero acabaron muriendo o huyendo en un número aún mayor. A mil kilómetros, en la selva, las personas se tropezaban con los cadáveres de trabajadores chinos caídos mientras huían desesperadamente «hacia el sol naciente», hacia el este, en dirección a casa. [666]

Después de la ceremonia, Buls viajó en vapor a Stanley Falls y de vuelta, siguiendo «la enorme serpiente líquida que se extiende cuatro mil kilómetros, con sus sinuosos pliegues», tal y como Conrad había hecho en 1890.[667] Escribió sus impresiones en un breve libro titulado Congo Sketches. Fue un notable complemento del viaje de Conrad, y no solo porque mostraba cómo el Estado Libre del Congo había cambiado materialmente desde 1890. Buls fue el primero de una

larga lista de forasteros que vieron el Congo, en parte, a través de los ojos de Conrad. Animado por Marguerite Poradowska, su mutua conexión, Conrad había enviado a Buls una copia de La locura de Almayer. El alcalde lo leyó «de un tirón» y escribió para felicitar al autor. «Ahora imagino perfectamente» las selvas de Borneo y «la vida interior de la raza amarilla. […] Con usted, uno se va adentrando poco a poco en su carácter y capta las profundas diferencias que existen entre su manera de contemplar el

ideal de la vida y la nuestra». [668] Cuando Buls describía la selva del Congo, se hacía eco de uno de los pasajes que más admiraba en La locura de Almayer, un pasaje que Conrad escribió durante su

viaje al Congo o poco después.[669]

En el límite de Stanley Falls, en medio de una hilera de

«miserables» chozas de trabajadores, a Buls le llamaron la atención unas cuantas viviendas que parecían más bonitas que las demás.

Miró más de cerca y vio mujeres en los porches, vestidas con collares y pulcras batas, meciendo a sus bebés. Entonces advirtió que los bebés tenían un «color amarillo», el signo revelador de la

«fraternización entre las razas» y; en el universo moral de Buls, de que algo ha ido mal en la civilización.

Y los padres blancos de los bebés, descubrió el alcalde alarmado,

¡estaban realmente orgullosos de ellos! Claramente, decidió, se necesitaba una gran fuerza interna para resistir la «depresión moral y física» en un lugar como este. Cuando los hombres más débiles,

«y por desgracia se ven muchos en el Congo, se hallan en contacto con el salvajismo puro, la naturaleza primitiva, el hombre bárbaro», ceden a «brutales instintos que ya no están limitados por la influencia de la sociedad civilizada». Para saber más sobre esta contaminación social, mental e incluso biológica, Buls remitía a su lector al «fino análisis psicológico» del hombre blanco en la jungla realizado por un capitán de barco de vapor llamado Joseph Conrad, en su relato Un puesto avanzado del progreso. [670]

No sin cierto humor, Conrad anunció el nacimiento de su primer hijo, en enero de 1898, como la llegada de un híbrido. El niño fue bautizado con el nombre de Alfred Borys, y «el principio por el que se eligió su nombre» fue «que deben respetarse los derechos de las

dos naciones [inglesa y polaca]. Así, mi esposa, en representación de los anglosajones, eligió el nombre sajón Alfred», mientras que Conrad «quería tener un nombre puramente eslavo», pero también uno que los angloparlantes pudieran pronunciar, y se decidió por Borys. [671] El bebé Borys apareció a partir de entonces en las cartas de su padre como otra carga que sobrellevar durante un año especialmente oscuro y difícil.

Conrad pasó el año de 1898 acosado por las presiones financieras y los plazos de entrega, que si bien resultaban estimulantes para algunos autores, a él le parecían fatigosos. Había perdido la mayor parte de su herencia en una mala inversión (en una empresa minera sudafricana), así que dependía por completo de los pequeños ingresos que obtenía escribiendo: veinte libras por aquí, treinta y cinco libras por allá, lo suficiente para cubrir el alquiler (veintiocho libras al año), pero no mucho más.[672] Aunque Conrad consiguió escribir «Juventud» en el verano de 1898, se suponía que estaba terminando su novela El rescate (The Rescue, como había rebautizado The Rescuer en su original inglés), y le parecía una tarea más imposible que nunca. [673] Desesperado por hallar una vía de salida, incluso fue a Glasgow a buscar un barco, a pesar de no haber trabajado como marino en cinco años. «Hacerse a la mar sería la salvación. Me encuentro en un estado mental deplorable. Me siento totalmente desgraciado. No tengo valor para enfrentarme a mi trabajo».[674]

Un contrato de doscientas cincuenta libras por los derechos para publicar El rescate en forma de serial prometía sacarle del apuro económico, pero el plazo de entrega le aterrorizaba. «Atrás quedaban aquellos días de La locura de Almayer, cuando escribía

con la serena audacia de un tosco mentecato».[675] Al no poder avanzar en la novela, en diciembre de 1898 Conrad comenzó una nueva historia para cumplir un encargo de la prestigiosa revista Blackwood's Magazine.[676] Volvió al mismo tema que le había atraído durante su luna de miel. «Es una historia muy parecida a mi Un puesto avanzado del progreso —explicaba Conrad al editor—, pero, por así decirlo, "abarca" más, es un poco más amplio, se concentra menos en los individuos». «El título en el que estoy pensando es El corazón de las tinieblas, pero la narración no es sombría. La criminalidad de la ineficacia y del puro egoísmo a la hora de abordar la labor civilizadora en África es una idea justificable».

[677]

«Kayerts» estaba a un diptongo de «Kurtz». Muchas personas

interpretarían El corazón de las tinieblas del mismo modo que Buls leyó Un puesto avanzado del progreso. Edward Garnett, a quien Conrad elogiaba como «el vidente de las figuras de la alfombra» en su obra, describió El corazón de las tinieblas como «el análisis más agudo del deterioro moral del hombre blanco, cuando se le libera de las ataduras europeas y se le suelta en los trópicos como un

“emisario de la luz” armado hasta los dientes, para sacar provecho comercial de las “razas sometidas”».[678] Ambos hicieron de África el telón de fondo, si no el agente, del colapso psicológico del hombre blanco.

Sin embargo, como actos de creación literaria, ambas historias africanas ayudaron en realidad a salvar a Conrad de un colapso psicológico inducido por su novela El rescate, de título más bien irónico. Del mismo modo que su viaje al Congo en 1890 fue una breve anomalía en una carrera marítima que transcurrió

mayoritariamente en veleros de largo recorrido, El corazón de las tinieblas fue una breve anomalía durante años de escribir sobre el mar y el Sudeste Asiático. No es solo que la escribiese justo después de «Juventud» y en medio de El rescate. Cuando terminó, incapaz aún de enfrentarse a El rescate («que parece no tener fin y cuyo principio declaro haber olvidado. […] La sensación de pesadilla africana que he tratado de poner en El corazón… no es más que una bagatela»), Conrad retomó una historia que había comenzado a principios de año, en las páginas en blanco de un viejo álbum de poesía de su abuela, y que había titulado «Jim: A Sketch».[679]

Conrad introdujo el personaje de Marlow, recién salido de El corazón de las tinieblas, transformando «Jim: A Sketch» en la novela Lord Jim.

¿Dónde, en la imaginación de Conrad, terminaba Borneo y empezaba el Congo? Tal vez, cuando Conrad escribía acerca de las cabezas clavadas en estacas alrededor de la casa de Kurtz, había leído sobre el jefe del puesto de Stanley Falls que había colocado cabezas cortadas en su jardín. O tal vez había leído, en uno de los únicos libros ingleses sobre el Congo disponibles entonces, acerca de una aldea río arriba «rodeada por una empalizada», «la copa de cada árbol» de la cual «estaba coronada con un cráneo humano».

[680] Por otra parte, tal vez Conrad había estado pensando en el lugar donde la caza de cabezas era la práctica «salvaje» que más empeñados estaban los europeos en erradicar, a saber, Borneo.[681]

Quizá recordase que en su primer viaje al Este, en 1881, su tío Tadeusz le transmitió la petición de un conocido antropólogo de Cracovia de «recoger durante sus viajes cráneos de nativos, escribiendo en cada uno de ellos de quién era y el lugar de origen».

[682] Aunque la empalizada de Kurtz evocaba la caza de cabezas, la práctica «salvaje» arquetípica de Borneo, cuando Conrad escribió más tarde una historia («Falk») sobre la práctica «salvaje»

arquetípica del Congo —el canibalismo—, la ambientó en Asia. En ambas historias, los salvajes eran blancos.

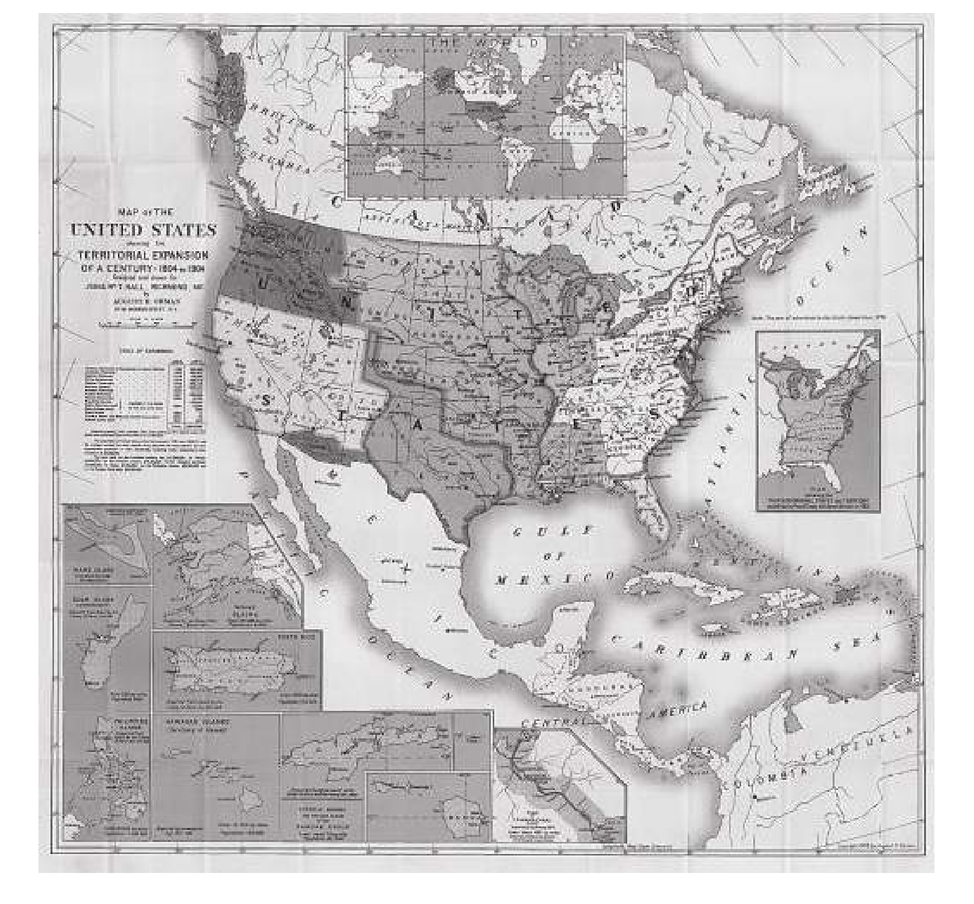
No se puede saber dónde está el nacimiento de un río examinándolo a mitad de su curso, pero sí se puede medir su caudal. La imaginación de Conrad, al igual que su experiencia, recorría continentes enteros. Puede que fuera ese juego de influencias, el alcance global de su experiencia, lo que le permitió dar el giro esencial del libro, de África a Europa. Porque así como los ríos de Borneo desembocaban en el Congo, el Congo entraba y salía del Támesis. Conrad dobló la línea narrativa del viaje fluvial de Marlow y la convirtió en un bucle.

Cuando el Támesis le recordaba el Congo a Marlow, no estaba diciendo simplemente: Mira, África es más primitiva que Inglaterra.

Lo que decía era que la historia es como un río. Puedes subir o puedes bajar. Puedes dejarte llevar por la corriente para avanzar, pero la misma fuerza puede hacerte retroceder. Al anidar la experiencia de Marlow en África dentro de la narración de su historia en Inglaterra, Conrad advertía a sus lectores contra cualquier idea complaciente de que el salvajismo estaba tan lejos de la civilización como allí lo estaba de aquí. Lo que ocurría allí y lo que ocurría aquí estaban fundamentalmente conectados. Cualquiera podía ser salvaje. En todas partes podía oscurecer.

Cuarta Parte

Imperio



Mapa del Imperio estadounidense, 1904

10

Un nuevo mundo

Día de San Esteban en Pent Farm, Kent, 1903. Con los regalos desenvueltos y las aves digeridas, Nellie Lyons, la criada, se afanaba en arreglar su «especie de ínfima existencia» de modo que fuera escrupulosamente respetable. [683] El frío del invierno había debilitado a Jessie, que descansaba en el piso de arriba. Borys, de cinco años, jugaba con sus juguetes mecánicos. Escamillo, el perro, yacía tumbado en el suelo, como un montón desgreñado y blanco.

Conrad escribía cartas de Navidad. Gracias por el plumier que le enviaste a Borys. Gracias por el libro que le regalaste. Borys dice que

«la pistola es de primera».[684]

Pent Farm hacía honor a su nombre; «pent» era una antigua palabra

usada en el condado de Kent, que significa «pendiente», y la granja tenía un tejado a dos aguas que se dibujaba como un sombrero de piel impermeabilizada sobre el rostro de un anciano.

[685] Desde la parte trasera de la casa, Conrad podía ver la pendiente de los Downs zigzagueando hacia el mar. Él trabajaba en la parte delantera, frente a la granja. El invierno recortaba en negro los edificios de las dependencias —los silos del diezmo infestados de grajos, el granero, el cobertizo de los carros— que los hermanos Finn habían administrado durante casi una generación. Borys distinguía a los hermanos por el color de sus envejecidas barbas, Finn el Castaño y Finn el Gris. [686]



Conrad había subarrendado Pent Farm en 1898 a otro escritor, Ford Madox Ford. Este gozaba de una distinguida herencia cultural

—era nieto del pintor Ford Madox Brown, y sobrino del pintor prerrafaelita Dante Gabriel Rossetti y de la poetisa Christina Rossetti

—, igual que Pent. «Todo el viejo edificio está lleno de reliquias tontas de los Brown y los Rossetti», cuenta Conrad. Se instaló a trabajar en «el escritorio de Christina Rossetti».[687]

Pent Farm, Kent, la casa donde vivieron los Conrad de 1898 a 1907.

Mudarse a Pent fue como entrar en la profesión de escritor. Pocos

años antes, Conrad era soltero y marino en busca de un empleo de capitán. Llegó a Pent en 1898 como escritor aclamado por la crítica, con Jessie y el bebé Borys, para unirse a un círculo de colegas escritores que vivían a corta distancia. Henry James era el eje del

grupo, venerado entre los autores más jóvenes como «el Maestro».

James había recibido, agradecido, un ejemplar dedicado de Un paria de las islas y había dado a Conrad su imprimátur correspondiéndole con un libro propio. También estaba cerca H. G. Wells, uno de los escritores más populares de Inglaterra, con quien Conrad había entablado amistad después de que Wells reseñara favorablemente Un paria de las islas.[688] Aún más próximo estaba Stephen Crane, el precoz autor estadounidense de La roja insignia del valor. Crane había calificado El negro del Narcissus de «excepcional» y había estrechado lazos con Conrad durante un almuerzo organizado por su editor. El más cercano de todos, en cuerpo y espíritu, era Ford.

Media generación más joven que Conrad, era un discípulo, un amanuense y, por sugerencia de Conrad, un colaborador. En 1903

publicaron su segunda novela en coautoría, Romance, aunque a juzgar por la primera, Los herederos —un exagerado intento de ciencia ficción popular—, la suma de sus talentos estaba más cerca de cero que de dos. [689]

Fue en Pent donde Conrad se convirtió también en escritor profesional en el aspecto material. Todos los miembros de su círculo estaban representados por el mismo agente literario, James Brand Pinker, que colocaba sus escritos en las mejores editoriales y al mejor precio. En 1901, tras la finalización de Lord Jim, Conrad se había unido también a Pinker. Este se convirtió rápidamente en algo más que el agente de Conrad; era banquero, mentor, capataz, amigo. El escritor ya nunca volvió a buscar una capitanía en el mar.

Lo primero que Conrad había escrito en Pent, en diciembre de 1898, era El corazón de las tinieblas. Ahora, cinco diciembres más tarde, Roger Casement entraba para comentarlo. Durante un día y

una noche, Conrad le escuchó describir nuevos horrores en el Estado Libre del Congo. Cuerpos embadurnados de caucho, cestas llenas de manos. Aunque no se atrevía a unirse a un movimiento reformista organizado, sí conocía una forma discreta de ayudar a Casement.

Conrad tomó una hoja nueva de papel de carta y la dirigió al escritor y activista social Robert Bontine Cunninghame Graham.

«Le envío dos cartas que recibí de un hombre llamado Casement», le escribía Conrad a Graham. Léalas, le instaba, y vea los horrores que se han desatado en África. Una horda de «conquistadores modernos» estaba expoliando el continente. «Leopoldo es su Pizarro, Thys su Cortés». Conrad sospechaba que el propio Casement tenía «un toque de conquistador, porque le he visto adentrarse en una jungla indescriptible blandiendo un bastón como arma, con dos bulldogs […] pisándole los talones y un muchacho de Luanda llevando un fardo como única compañía». Pero Casement tenía la conciencia y el valor de un santo. «Siempre he pensado que una partícula del alma de De Las Casas había encontrado refugio en su cuerpo infatigable», concluía Conrad, comparando a Casement con el crítico más feroz de los conquistadores.[690]

Conrad sabía que Graham captaría de inmediato las analogías entre Latinoamérica y África. Se habían hecho amigos en 1897, cuando Graham leyó Un puesto avanzado del progreso e, impresionado por la inquebrantable crítica de Conrad a la «misión civilizadora», le escribió para hacérselo saber. En su sillón junto al fuego, Conrad acababa de leer el último libro de Graham, una biografía del conquistador Hernando de Soto. Los británicos llegarían a ese libro bien enterados de la leyenda negra que demonizaba a los invasores españoles del Nuevo Mundo. Pero Graham abría con una

advertencia a sus lectores. Antes de condenar a los conquistadores, decía, echen un vistazo a su alrededor. ¿La codicia y la violencia que los españoles desataron en Sudamérica? «Las masacres en el África alemana se pueden comparar con las peores hazañas de Cortés, y la inhumana práctica de las cestas llenas de manos humanas introducida en el Congo belga supera las atrocidades de cualquier español en toda la conquista de América». [691]

Y había otra razón por la que Conrad pensaba en Latinoamérica cuando oía hablar de África. Él mismo había estado explorándola durante todo el año, con el manuscrito de una novela creciendo a su lado.

Desde su escritorio, Conrad prácticamente podía ver Sulaco.

Enclavada en un recodo de la costa sudamericana, se alcanzaba la ciudad portuaria navegando entre un par de islas rocosas y sobre una bahía serena y protegida. En los tiempos de la vela, pocas embarcaciones podían cruzar el golfo Plácido, donde no soplaba el viento, pero ahora Sulaco era un puerto de escala habitual para los transatlánticos de la Occidental Steam Navigation Company. Los

pasajeros veían ante ellos la República de Costaguana, una llanura bañada por el sol que se extendía hacia el este, y las montañas coronadas de nubes de la cordillera, que se alzaban sobre el oeste.

Detrás de las montañas había una mina de plata, motor de la economía de Costaguana, y tras ella, una telaraña de intereses políticos y comerciales que determinaron el destino de este lugar.

En la vida real, nadie iba a ver nunca Costaguana, porque Conrad se había inventado el país. Y Costaguana fue una creación del Nuevo Mundo en más de un sentido. Hasta entonces, Conrad había urdido sus ficciones a partir de las hebras de su propia experiencia,

basándose en los viajes que había emprendido, las regiones que había visto y las personas que había conocido. Pero de Sudamérica, le dijo a Graham, «solo eché un vistazo hace veinticinco años, y uno breve», cuando su barco atracó uno o dos días frente a Venezuela en 1875 o 1876.[692] Por primera vez, Conrad escribía una novela sobre una parte del mundo que nunca había realmente visitado.

La invención de Costaguana fue la declaración de independencia de Conrad como escritor. Tenía un agente que administraba sus ingresos, elogios de la crítica que reforzaban su confianza, un círculo de amigos escritores que le recordaban que se había convertido en eso, en un novelista profesional. Era uno de ellos, lo que liberó su imaginación. «Nunca he trabajado tanto antes, con tanta ansiedad

—dijo Conrad a Pinker sobre el incipiente libro—, pero el resultado es bueno». «Es un Conrad genuino. Al mismo tiempo, es una novela más pura y simple que cualquier otra cosa que haya hecho desde La locura de Almayer». [693] Lo primero que Conrad decidió fue su

«título, que creo que será: NOSTROMO».[694]

A menudo se pone nombre a los libros, como a los bebés, antes de conocer su personalidad. Conrad imaginó Nostromo, en primera instancia, como una historia sobre inmigrantes italianos en Sudamérica. Aún no sabía que esta obra recorrería una serie de fuentes y luego otras, llegando a convertirse en la novela más larga que jamás escribiría. Aún no sabía que su novela del Nuevo Mundo sería la crónica de la llegada de un nuevo orden mundial.

Lo que sí sabía era que, para escribir Nostromo, tendría que contar, más que nunca, con otras fuentes y otras personas. Tendría que contar, en primer lugar, con su querido amigo e informador

sobre todo lo relacionado con Latinoamérica, Cunninghame Graham.

[695]

Cuando Graham fue a visitarlo irrumpió, enardecido, en Pent como una cerilla encendida, con el pelo de color rubio fresa erizado y un pañuelo ondeando alrededor del cuello. Todo el mundo se iluminó.

Borys, su ahijado, adoraba a Graham porque era muy divertido; el niño lo llevaba a rastras hasta el jardín y lanzaba manzanas y ciruelas al aire para que Graham las disparara con su pistola.[696]

Jessie le daba la bienvenida porque (a diferencia de Ford) siempre ponía a Conrad de buen humor. Los dos hombres se quedaban sentados hasta altas horas de la noche hablando, riendo y fumando cigarrillos brasileños hasta que Conrad sentía como si le hubieran

«raspado la garganta […] [con] cuchillos oxidados». [697]

Atlético, carismático, elegante, capaz de sentirse a gusto en un entorno femenino y como en casa a lomos de un caballo, Graham era como el hermano mayor (por cinco años) que Conrad nunca tuvo

—o la versión modificada que Conrad podría haber escrito de sí mismo—. Graham se declaraba descendiente de Roberto I Bruce por un lado y tenía una abuela española por el otro, lo que le daba a la vez una sensación de privilegio hereditario y la sensibilidad de un forastero. Había pasado gran parte del tiempo entre los veinte y los treinta años en Latinoamérica, la década siguiente sobre todo en la Cámara de los Comunes y la siguiente aún luchando por diversas causas radicales fuera del Parlamento. «Don Roberto», le llamaban los muchos amigos de Graham, expresando así su extravagante hispanofilia. «Don Quijote», pensaban otros, burlándose de su

apego a las grandes ideas imposibles. El artista Wil iam Strang utilizó a Graham como modelo del hombre de la Mancha, todo ángulos y

puntas.[698] Sin embargo, lo que realmente atrajo a Conrad hacia Graham fue lo que se escondía detrás del aspecto elegante. Este sufría un sentimiento de pérdida ancestral que Conrad conocía bien.

Para él, Polonia era como para Graham, Escocia, cuya independencia luchó por restaurar. También había perdido a su padre joven, en su caso por las inquietantes alteraciones debidas a una enfermedad mental. El mayor de los Graham fue trasladado a vivir aislado bajo supervisión médica, y las propiedades familiares —lo que quedaba de

ellas, frente a las crecientes deudas— fueron puestas en manos de un fideicomisario. Al igual que Conrad, Graham se había criado en un vacío de pérdida y desplazamiento. Conrad sintió por él una afinidad que lo convirtió en un alma gemela epistolar, como lo había sido Marguerite Poradowska, alguien a quien podía confiar sus pensamientos más oscuros.

Donde el adolescente Conrad había anhelado el mar, Graham, con su afición a los caballos y su español cuasinativo, soñaba con

Sudamérica.[699] En 1870, a pocos meses de cumplir los dieciocho años, se embarcó rumbo a Argentina para convertirse en vaquero.

Lo que vivió allí dio forma profundamente a su perspectiva de la política y los asuntos sociales y, a su debido tiempo, a la imagen que Conrad ofrece de Sudamérica en Nostromo.

Los angloparlantes conocían las aguas limosas del Río de la Plata con el insulso nombre de «River Plate». Un diplomático británico sostenía que deberían haberlo llamado por su traducción literal,

«Silver River», pues Argentina —la tierra de la plata (del latín argentum)— estaba en condiciones de convertirse en «uno de los



países más prometedores del globo».[700] La riqueza de Argentina

residía en las vastas praderas del interior, ideales para la ganadería.

En la lengua andina quechua se llamaban, simplemente, «espacio»: pampas. «Todo pasto y cielo, y cielo y pasto, y aún más cielo y pasto», como escribió Cunninghame Graham, las pampas se extendían en el continente como un gran océano interior, olas de espuma marrón ondeando al viento. [701]

R. B. Cunninghame Graham sobre su caballo Malacarita.

Uno se echa a la pampa a caballo igual que se hace a la mar en una barca, y Graham, de dieciocho años, les tomó cariño al instante a los caballos de aquel lugar, pequeños como ponis ingleses pero fogosos y llenos de resistencia. [702] Con la silla de montar acolchada con una piel de oveja y los pies colgando suavemente de los estribos metálicos, en un día podía cabalgar ciento cincuenta

kilómetros o más, oteando el horizonte en busca de manadas de ciervos que saltaban como delfines y de curiosos ñandúes, primos del avestruz en el Nuevo Mundo, que asomaban sus calvas cabezas como periscopios por encima de la línea de hierba. [703] En una estancia de la provincia de Entre Ríos, en el límite con Uruguay, Graham se formó como gaucho —vaquero de las pampas— en el pastoreo, la guía, la cría y la marca. Aprendió a lanzar las boleadoras, tres pesadas bolas con peso sujetas por una larga correa de cuero, que se hacían girar sobre la cabeza y se lanzaban contra las patas de un animal que correteaba para derribarlo.[704]

En las pulperías (almacenes generales), que hacían las veces de centros sociales, bebía transparente caña brasileña con gauchos de manos duras y pies descalzos, medio admirado, medio en guardia.

«Nunca se siente a la izquierda de un gaucho, porque tendrá ventaja cuando saque el cuchillo». [705] «Si juega al monte con un gaucho, tenga cuidado de que la baraja no esté marcada». Graham visitaba a las chicas «chinas» que le llamaban desde los portales cubiertos de piel de yegua de sus burdeles: «Oye, si quieres algo, aquí lo conseguirás a buen precio». [706]

Allí fue donde el nacionalista italiano Giuseppe Garibaldi se ganó sus galones de luchador por la libertad, allá por la década de 1840, defendiendo a los «colorados» uruguayos en una guerra civil contra los «blancos» argentinos. Garibaldi llevó consigo un toque gauchesco a Europa, donde lideró el Risorgimento italiano con un poncho echado sobre los hombros. Dejó en Sudamérica a muchos de sus seguidores

italianos, que alimentaron sus ideales románticos.

[707]

Pero la realidad política de la región del Río de la Plata, como

descubrió Graham, se había alejado mucho de la visión garibaldina.

Apenas unos meses antes de que llegase a la provincia de Entre Ríos, un caudillo gaucho había tomado el poder, y el presidente de Argentina, Domingo Sarmiento, envió un ejército para ponerlo a raya. «Las revoluciones en las repúblicas de América del Sur son demasiado frecuentes», se quejaba el ranchero escocés compañero de Graham, que sabía lo que podía significar la guerra civil que se desencadenaría. [708] Colorados o blancos, las diferencias apenas importaban cuando la estancia se interponía en su camino. Bandas rivales saqueaban y asaltaban las áreas rurales, devastando las llanuras hasta el punto de que los caballos se quedaban en los puros huesos de hambre y los cadáveres hinchados del ganado flotaban en el río entre matojos de maleza.

Desde las arruinadas tierras de los vaqueros, Graham decidió viajar a Paraguay para explorar la posibilidad de comerciar con yerba mate, el equivalente local del té. De nuevo se encontró con una tierra asfixiada y bloqueada por el desgobierno. El presidente de Paraguay, Francisco Solano López, había intentado revertir décadas de aislamiento contratando a ingenieros, técnicos, asesores y médicos extranjeros para construir las infraestructuras del país.[709]

Sin embargo, cuanto más se adentraba Graham en Paraguay, más extraño le parecía todo. No se trataba solo de los guacamayos que echaban risotadas desde los árboles, ni de que se hablara guaraní en lugar de español, ni de que todo el mundo, incluso los niños, fumara verdes cigarros. Era que casi todos los adultos que veía eran mujeres. La población masculina de Paraguay había sido prácticamente aniquilada en una de las guerras más mortíferas que el mundo había conocido, librada por Solano López contra la Triple

Alianza de Brasil, Argentina y Uruguay. Algunos europeos describían al Paraguay de Solano López como una pequeña y valerosa Polonia de Occidente, que se enfrentaba a un coloso imperial (Brasil).[710]

Graham solo vio en Solano López «sadismo, patriotismo mal entendido, inmensa ignorancia del mundo exterior, megalomanía llevada casi a la locura, total desprecio por la vida o la dignidad humanas, [y] una abyecta cobardía» sin precedentes en los anales de

la barbarie. El recuerdo de aquel país devastado le persiguió mientras vivió. [711]

Graham regresó a Argentina solo para encontrarse con un tercer y exhaustivo asalto a su ideal de libertad, en la forma del ambicioso plan de modernización del presidente Domingo Sarmiento para Argentina. En su libro de 1845 Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas, ampliamente elogiado por los liberales europeos y americanos, Sarmiento describía su país como una sociedad dividida entre dos tipos de personas, uno «español, europeo y culto» y el otro «bárbaro, americano y casi totalmente

[…] nativo». [712] La barbarie, para Sarmiento, llegó a caballo, tanto en la «horda salvaje» de indios que caían sobre los intrusos «como manadas de hienas» como en los gauchos, «salvajes de piel blanca

[…] en guerra con la sociedad y proscritos por las leyes».[713]

Enarbolaba banderas rojas y exhibía cintas rojas, «porque el rojo es el símbolo de la violencia, la sangre y la barbarie». [714] La civilización, por el contrario, viajaba en barco de vapor, vivía en ciudades, iba a la escuela y trabajaba en oficinas y tiendas. La civilización llevaba levita. Cuando Sarmiento y sus sucesores lo consideraron necesario, la civilización empuñó armas de última

generación y exterminó a los indios o gauchos que se interpusieron en su camino.[715]

Si Konrad Korzeniowski, en sus tiempos de marino, hubiera conseguido empleo en uno de los elegantes vapores transatlánticos que transportaban emigrantes al Río de la Plata, habría visto con sus propios ojos cómo tomaba forma la Argentina de los sueños de Sarmiento. Europa, especialmente Italia, aportaba las personas. En Argentina, entre el primer censo de 1869 y el segundo de 1895, la población se duplicó con creces hasta alcanzar los cuatro millones.

Gran Bretaña, en particular, inyectó capital, financiando préstamos del Gobierno, ferrocarriles, fábricas y servicios públicos.[716] Los cables telegráficos unían las ciudades. Las líneas de tren ceñían la pampa. Buenos Aires empezó a parecerse al París del Nuevo Mundo, con majestuosos edificios públicos, una excelente red de tranvías y cafés repletos de «una perfecta macédoine de razas». [717]

Así las cosas, Conrad vio la América hispanohablante a través del filtro de Graham, y este, a su vez, vio Latinoamérica a través de un filtro de creciente aversión por todo lo que pasaba como

«progreso». Ambos regresaron de sus viajes al otro lado del mundo con los ojos ablandados y la cabeza endurecida, más románticos, más cínicos. Afincado en Gran Bretaña desde principios de la década de 1880, Graham canalizó sus creencias hacia el floreciente movimiento socialista. Durante seis años fue miembro del Parlamento —el primer socialista de la cámara—, donde se hizo inolvidable tanto por sus discursos radicales como por su costumbre de llegar a Westminster montado en un caballo negro argentino llamado Pampa. En 1887, Graham adquirió notoriedad nacional como uno de los cabecillas de una manifestación proobrera y proirlandesa

en Trafalgar Square, conocida como el «Domingo Sangriento» por los enfrentamientos entre manifestantes y policía. Cuando conoció a Conrad, Graham había ayudado a fundar el Partido Laborista Escocés y era el precursor del Partido Nacional Escocés (del que más tarde sería el primer presidente); además, se había convertido en un enemigo acérrimo del capitalismo y del imperialismo.[718]

En una serie de libros y apuntes publicados a partir de 1895, Graham retrataba Sudamérica como un lugar arruinado por la codicia. Lamentaba la desaparición de Arcadia (como tituló una de sus obras, A Vanished Arcadia) en las misiones jesuíticas del Paraguay colonial, donde los sacerdotes protegían a los indios guaraníes de la casi segura esclavitud por parte de los colonos españoles y formaban un asentamiento semicomunista,

compartiendo los productos de la hacienda y el campo. [719] Se lamentaba por «una raza en extinción» de gauchos, rudos individualistas que estaban quedando apartados «por desmañados vascos, vulgares canarios e italianos, con grasientos trajes de terciopelo». En las libres y rasas pampas de su juventud, Graham ya veía trenes «bufando y resoplando» donde una vez «correteaba el avestruz», capitalistas que «robaban con pluma y libro, en las casas de préstamos y cambio, en lugar de en la carretera» a punta de cuchillo. Veía cómo «la civilización […] plantaba su lata de sardinas vacía como una marca en la faz de la tierra […] y el horrible manto de penumbra e hipocresía que generalmente la acompaña» asolaba las pampas. [720]

En sus momentos más brillantes, Graham esperaba que llegara un día en que el «sentido común […] amaneciera en el mundo» y la gente «reconociese que es mejor dejar que los demás decidan su

destino como mejor les plazca». Pero imponer «el progreso, que para ellos significa tranvías y luz eléctrica», determinó Graham, «es un

crimen contra la humanidad». Todo defensor de la civilización podía acabar siendo otro imperialista, todo imperialista podía convertirse en un conquistador. El capitalismo era extracción, la extracción era saqueo. Algún día «la posteridad […] nos juzgará abominables, como nosotros hoy, en nuestra hipocresía, maldecimos como beatos las memorias de Pizarro y Cortés».[721]

«Quería hablarle del trabajo que estoy realizando ahora. Apenas me atrevo a confesar mi osadía, pero lo sitúo en América del Sur, en una república a la que he llamado Costaguana —confesó Conrad a Graham en la primavera de 1903—. Sin embargo, trata sobre todo de los italianos». [722] Al principio, el escritor utilizó su nuevo y colorido escenario como telón de fondo de un tema recurrente en su obra: la futilidad de los ideales nacionalistas.

Conrad presentaba al lector a un viejo posadero de pelo blanco llamado Giorgio Viola, «a menudo llamado simplemente "el Garibaldino"». Viola había luchado con Garibaldi y admiraba su

«espíritu de abnegación, la devoción simple a una vasta idea humanitaria». Harto de las monarquías del Viejo Mundo, había decidido establecerse en América con su esposa e hijas porque quería vivir en una república. Eligió Costaguana por la importante presencia económica británica en el país. Viola «tenía en gran consideración a los ingleses […] porque ellos también amaban a Garibaldi». [723]

A continuación, Conrad presentaba a otro genovés, que trabajaba

para la compañía de vapores como jefe de estibadores (capataz de cargadores), dirigiendo a un «montón de marginados de sangre muy mezclada, principalmente negros». Su nombre de pila era Gian'

Battista Fidanza —fidanza significa «confianza», pero casi todo el mundo le llamaba Nostromo, apodo que le pusieron sus jefes ingleses —. «¡Vaya nombre! ¿Qué es eso? ¿Nostromo?», se burló la mujer de Viola. Tenía algo de pomposo. «Lo único que le importa»

es «ser el primero en alguna parte… de alguna manera», refunfuñó.

«Para ser el primero ante estos ingleses […] tomaría un nombre que no fuera propiamente una palabra suya». Tal vez su oído italiano oyó un eco entre «Nostromo» y nemo, o «nadie». De hecho,

«Nostromo» era lo que una torpe boca inglesa hizo con las palabras italianas nostro uomo, «nuestro hombre».[724]

Conrad esbozó estas escenas suponiendo que «acabaría en algo tonto y vendible». Imaginó una historia corta de treinta y cinco mil palabras, organizada en torno a la tensión entre Viola, el romántico, y Nostromo, el pragmático. [725] Para el personaje de Viola se inspiró en las anécdotas de Graham acerca de un tabernero garibaldino en la frontera con Paraguay, al que le gustaba interrumpir las peleas de bar lanzando botellas vacías a la refriega.

Para ayudar a completar los antecedentes de los italianos, Conrad pidió a Ford Madox Ford que le enviara una biografía de Garibaldi y

«algún libro que me proporcione locuciones pintorescas, modismos, palabrotas… frases, en fin, sugestivas sobre Italia». [726]

Pero a medida que las páginas de Conrad se multiplicaban, también lo hacían las tramas. Guiado sin duda por Graham, leyó a Sarmiento, o a otros como él, que estaban ocupados construyendo una neo-Europa impulsada por el vapor. Releyó A Vanished Arcadia

de Graham, con su elegía por el mundo perdido de europeos e indios viviendo en una paz comunal. Exploró los escritos de otro amigo, el escritor angloargentino W. H. Hudson, que rendía, en las llanuras uruguayas, homenaje a una libertad más honesta, moral y natural que la que la «civilización británica» o sus primos sucedáneos latinoamericanos pudieran ofrecer jamás.[727] Se adentró en libros sobre el Río de la Plata y profundizó en su descripción de la historia y la importancia del activo que definía a Costaguana, una mina de plata. En una de sus lecturas, Conrad se detuvo en la historia de un marino que huyó en una barcaza llena de plata, un episodio que incorporaría en Nostromo. [728]

Cuanto más leía, más escribía. Cuanto más escribía, más se convertía su historia sobre nacionalismo romántico en otra sobre el

«progreso» y sus descontentos. Conrad puso el concepto entre comillas y se lo entregó al lector en el capítulo 5, en el que se describía la ceremonia de colocación de la primera piedra de un nuevo ferrocarril de construcción británica entre Sulaco y la capital.

El autodenominado presidente-dictador de Costaguana anunciaba el proyecto como una «empresa progresista y patriótica» y elogiaba «al excelente grupo de extranjeros de fuertes extremidades que excavaban la tierra, volaban las rocas [y] conducían las locomotoras». El presidente de la empresa ferroviaria prometía transformar aquel «lugar dejado de la mano de Dios» en un eje mundial. «Tendréis más

barcos de vapor, un ferrocarril, un cable telegráfico y un futuro en el gran mundo». [729]

En solo cinco capítulos, Conrad duplicó el número de personajes y temas. Su proyecto de relato corto se alargó al mismo ritmo; ahora preveía una novela corta de ochenta mil palabras.[730] Y a medida

que Nostromo crecía, también lo hacía el esfuerzo imaginativo requerido. «Me muero por culpa de esa maldita Nostromo —se quejaba a Graham en julio de 1903—. Todos mis recuerdos de Centroamérica parecen esfumarse».[731] Graham orientó a Conrad hacia otros libros que podían ayudarle. [732] Así, empezó a leer sobre la guerra de Paraguay. En las memorias de un boticario británico atrapado en la guerra, tituladas Seven Eventful Years in Paraguay, Conrad descubrió escalofriantes historias sobre el sadismo del dictador Solano López: gráficos relatos sobre cómo asesinaba a sus rivales, torturaba a sospechosos y arrastraba a sus prisioneros encadenados detrás de él cuando se marchó. Anotó nombres que luego incorporó a Nostromo: un marinero italiano traidor llamado capitán Fidanza, un joven amante torturado llamado Decoud, un honrado enviado de Gran Bretaña llamado Charles Gould.

Conrad había recurrido a Sudamérica, en primera instancia y en parte, por el color local. Lo que llegó a descubrir en estos relatos, y bajo la tutela de Graham, fue mucho más. Asimiló la idea de que las repúblicas sudamericanas eran víctimas de una trayectoria política única. Las vio precipitarse a través de la historia como carros sobre ruedas de dictadura y revolución. Unos pocos bienintencionados, en su mayoría inversores británicos, intentaron poner freno a aquello.

Otros, hombres fuertes sedientos de poder o los cobardes extranjeros que los apoyaban, se limitaron a empujarlos más rápido cuesta abajo.

El sexto capítulo de Nostromo, tan largo como los cinco anteriores juntos, se convirtió en una lección sobre la historia de Latinoamérica.

Conrad inventó un pasado político para Costaguana, basado en gran medida en sus lecturas sobre Paraguay. Aproximadamente una

generación antes del presente de la novela, escribió, Costaguana había sufrido el poder de un despiadado autócrata. Un recuerdo de aquellos días violentos recorría cada día las avenidas de Sulaco en la forma quebrada de un médico irlandés desfigurado en cuerpo y mente por la tortura y las falsedades que, en su agonía, había confesado. [733] Otro veterano de aquellos años era un noble de pelo blanco llamado don

José Avellanos, «estadista, poeta» y diplomático, que también «había sufrido indignidades indecibles como prisionero del Estado» en tiempos del tirano. Desde entonces, don José había sido testigo de demasiados regímenes en Costaguana como para contarlos. La mayoría no duraban ni dieciocho meses antes de que algún «coronel ocasional del ejército de espantapájaros descalzos» se abriera paso a sangre y fuego hasta el poder. Relató su desesperación en una historia de Costaguana que tituló Fifty Years of Misrule (Cincuenta años de

desgobierno).[734]

En el mismo capítulo, Conrad presentaba a uno de los personajes centrales de la novela. El anglocostaguanano Charles Gould (nombre extraído de Seven Eventful Years in Paraguay) se parecía a Cunninghame Graham hasta en sus iniciales. «Con un bigote llameante, una pulcra barbilla, ojos azules y claros, pelo castaño y un rostro delgado, fresco y rubicundo, parecía un recién llegado del otro lado del mar», escribió Conrad. «Parecía más inglés que la última hornada de jóvenes maquinistas» y «cada vez parecía más inglés, incluso a caballo». Sin embargo, «nadie podía ser más costaguanero que don Carlos Gould». Su abuelo había luchado con Simón Bolívar, un tío suyo había sido presidente y él mismo, nacido en Costaguana, «cabalgaba como un centauro», llevaba sombrero

típico con su abrigo de Norfolk y hablaba español y «el dialecto indio de los campesinos» sin rastro de acento inglés. Gould aceptaba como normales «los continuos cambios políticos, la constante salvación del país», que a su horrorizada esposa Emilia, nacida en Inglaterra, le parecían «un pueril y sanguinario juego de asesinatos y rapiña, y los que jugaban eran… niños depravados». «Querida —le recordaba él suavemente—, pareces olvidar que yo nací aquí». [735]

Gould (al igual que Graham) se tuvo que enfrentar a una herencia problemática. El Gobierno le había concedido a su padre la explotación de la mina de San Tomé, pero a un precio imposible, ya que Gould tenía que entregar unas regalías enormes, muy por encima de lo que la mina podía producir. La mina era para el mayor de los Gould una cárcel con grilletes de plata. «Todos a su alrededor estaban siendo robados por bandas grotescas y asesinas que participaban en un juego de gobiernos y revoluciones… Pero ser robado bajo las formas de la legalidad y los negocios era intolerable para su imaginación». «Dios contemplaba con ira a estos países —

murmuró—, o si no, habría dejado caer un rayo de esperanza a través de una grieta en la espantosa oscuridad de la intriga, el

derramamiento de sangre y el crimen».[736] La declaración se hacía eco de la amarga sátira del imperialismo de Cunninghame Graham,

«Bloody Niggers» (Malditos negros), en la que un hombre blanco se burlaba sarcásticamente de que Dios «debe de haber creado [África]

de un humor de perros», ya que «nadie puede pensar que un Dios omnisapiente [...] sea capaz de crear un lugar para llenarlo de gente destinada a ser reemplazada por otras razas de allende los mares».

[737]

A estas alturas del libro, Conrad sabía que la historia que había

empezado a escribir sobre nacionalistas italianos (capítulos 1-4) era también una meditación sobre el supuesto progreso (capítulo 5) y esta era, a su vez, una historia sobre «la extracción de la valiosa materia prima de la tierra» (capítulo 6).[738] Había incluido en Nostromo más personajes principales y argumentos importantes que en cualquiera de sus otros libros. Sin embargo, a pesar de la diferencia de estructura con todo lo que Conrad había escrito hasta entonces, Nostromo era, desde la perspectiva del tema, la secuela natural de todo lo que había escrito. La inconsistencia de los ideales entre los nacionalistas con los que había coincidido en su juventud, los peligros de la modernización que había visto en el mar, la malignidad de la codicia que había presenciado en África, todo ello desembarcó en Costaguana. De polacos a italianos; de barcos de vapor a trenes, telégrafos y más barcos de vapor; de marfil a plata.

Al verter sus experiencias de Europa, Asia y África en Latinoamérica, Conrad convirtió el pasado en prólogo. El argumento principal de Nostromo no había hecho más que empezar. Tenía que ver con visiones opuestas del mundo —la británica y la estadounidense— y se estaba desarrollando incluso mientras Conrad escribía.

El único lugar al que se puede ir desde una cumbre es hacia abajo.

Con el cambio de siglo, una vez concluida la lucha por África, el Imperio británico abarcaba una cuarta parte del mundo. Era tres veces mayor que el Imperio francés, su rival más cercano, y cinco veces mayor que el Imperio romano. [739] No hacía falta mucha imaginación para predecir su declive. Rudyard Kipling, el poeta

británico más popular por entonces, advirtió de la inminente decadencia en su poema para el Jubileo de Diamantes de la reina Victoria en 1897, «Recesional». Algún día también el Imperio

británico, entonaba, yacería en ruinas, como las de «Nínive y Tiro».

«¡Juez de las naciones, perdónanos todavía / para que no olvidemos, para que no olvidemos!». [740]

Conrad empezó a escribir Nostromo justo cuando Gran Bretaña estaba concluyendo una guerra costosa, difícil y políticamente divisiva contra las repúblicas bóeres de Sudáfrica. Entre los muchos críticos de aquella guerra se encontraba Cunninghame Graham, que la consideraba una apropiación de tierras apenas disimulada, promovida por los capitalistas británicos en connivencia con el Estado. (Rebautizó a Rodesia, llamada así por el millonario expansionista Cecil Rhodes, «Fraudesia»). [741] El economista J. A.

Hobson citó la guerra como un caso flagrante de lo que denominó, en un libro de 1902 así titulado, «imperialismo», un término popularizado por su obra. Para Hobson, el imperialismo era racista,

«agresivo», «despiadado», «calculador, codicioso» y «cínico», alentado por industriales y financieros que hablaban de una «misión de civilización». [742] Aparte de la crítica socialista de la guerra, muchos otros condenaron las brutales tácticas de contrainsurgencia adoptadas por los militares británicos, que incluían el hacinamiento de civiles en los denominados campos de concentración. Observando la escena en Sudáfrica, Conrad bromeaba cínicamente con Graham sobre la opinión de Dios acerca de Gran Bretaña. «Aquí tenemos a las personas elegidas por Él (de denominaciones variadas), que se ponen nerviosas, y ni una sola señal del cielo, aparte de una nevada

y una cruel helada —escribía—. Tal vez el "Recesional" de Kipling (si es que Dios lo entendió, cosa que dudo) le había ofendido».[743]

Los defensores del imperialismo británico, por su parte, dejaron la guerra profundamente preocupados por el grado de preparación militar de Gran Bretaña. Por ejemplo, Robert Baden-Powell, héroe de la guerra de los bóeres, trató de subsanar las deficiencias percibidas en el personal fundando los Boy Scouts. Las preocupaciones sobre la capacidad de la nación parecían especialmente agudas a la luz de un nuevo rival en ascenso, Alemania. Entusiasmado por el extraordinariamente influyente libro de Alfred Thayer Mahan de 1890

Influencia del poder naval en la historia, el káiser Guillermo II patrocinó un enorme aumento de la flota alemana, desafiando el dominio británico en el mar. Mientras Conrad trabajaba en Nostromo, un ávido navegante llamado Erskine Childers publicó una novela de

espionaje titulada El enigma de las arenas, en la que dos amigos británicos que emprendían un viaje en velero se tropezaban con una flota alemana que se estaba reuniendo para invadir Gran Bretaña.

Un nuevo género de ficción tomó fuerza. Los escritores populares escribían como churros novelas de suspense sobre fuerzas alemanas que invadían una Gran Bretaña indefensa y desprevenida. La idea de una invasión germana parecía lo bastante absurda como para que el humorista P. G. Wodehouse la ridiculizara en The Swoop! Or, How Clarence Saved England (1909), donde los boy scouts expulsan a los alemanes con hondas y palos de hockey.[744] Pero fue lo bastante grave como para que el Gobierno británico emprendiera una profunda reforma de la defensa nacional y reajustara las alianzas

diplomáticas de la nación.[745]

Mientras los colegas de Conrad escribían frenéticamente sobre

Alemania, él miraba hacia otro lado y veía surgir un segundo rival en Occidente: Estados Unidos. En 1898, Estados Unidos entró en guerra con España y se hizo con casi todas las colonias españolas. Había nacido un nuevo imperio de ultramar. Kipling compuso otro poema para la ocasión, instando a los estadounidenses a unirse a Gran Bretaña en la ingrata pero necesaria labor de «civilizar»: «Llevad la carga del Hombre Blanco. / Enviad adelante a los mejores de entre vosotros; *vamos, atad a vuestros hijos al exilio* para servir a las necesidades de vuestros cautivos».[746]

Muchos británicos brindaron por la entrada de Estados Unidos como potencia imperial. Los defensores del imperialismo británico, como Cecil Rhodes, veían al país norteamericano como el socio ideal para una Mayor Bretaña de angloparlantes blancos. [747] Por eso concedía becas a estadounidenses blancos para estudiar en Oxford.

Los críticos del imperialismo británico, como el influyente periodista W. T. Stead, también aplaudieron el fortalecimiento de Estados Unidos, aunque por un motivo diferente: esperaban que Estados Unidos sustituyera la hegemonía británica por una alternativa mejor y más democrática. En su libro The Americanization of the World: Or, the Trend of the Twentieth Century (1902), Stead presentaba a los británicos un dilema: podían sentarse y esperar a que Estados Unidos los suplantara, reduciéndolos «al estatus de una Bélgica de habla inglesa», o podían trabajar para lograr una fusión total con Estados Unidos (en la que Gran Bretaña sería el socio más pequeño) y «seguir siendo para siempre parte integrante de la mayor de todas

las potencias mundiales».[748]

Muchos otros, sin embargo, respondieron a los retratos optimistas del poder de Estados Unidos. «Incrementad la carga del pobre —

replicaba un activista obrero estadounidense—: Tus anillos monopolistas *aplastarán al siervo y al barrendero* igual que la mano de hierro de los reyes».[749] «Incrementad la carga del hombre negro —atacaba un clérigo afroamericano—: Vuestras leyes y costumbres de Jim Crow […] / traerán problemas algún día».[750]

Cunninghame Graham escribió que estaba sentado en un hotel de París en medio de una multitud de «yanquis» vulgares y excesivamente bien vestidos que celebraban sus victorias sobre España. «Ahora le toca el turno a Inglaterra —se burlaban—.

Expondremos a Victoria en una jaula y cobraremos un céntimo por un simple vistazo, y enseñaremos a los británicos qué hacer con su

Union Jack».[751]

Escrita en medio de la angustia por el declive británico, con Latinoamérica como escenario y con Graham como principal informante, Nostromo de Conrad se convirtió en una novela sobre el nuevo y complicado imperialismo norteamericano. Se articuló en torno a la historia de la mina de plata de San Tomé, la malograda herencia de Charles Gould.

Gould estudió minería e ingeniería para prepararse para ese trabajo y llegó a la conclusión de que la mejor manera de evitar la ruina que había acabado con su empresa era invertir fuertemente en la modernización de la mina, y se dio cuenta de que el mejor lugar para conseguir esa inversión era Estados Unidos. «Pongo mi fe en los intereses materiales», anunció Gould. Viajó a San Francisco para reunirse con un magnate de la minería llamado Holroyd.

El señor Holroyd era una combinación de toda Europa: una mezcla de alemán, escocés, inglés, francés y danés le convertían en el epítome del estadounidense, con «el temperamento de un puritano

y una insaciable imaginación de conquista». Holroyd pensaba que Costaguana era una propuesta de inversión arriesgada —se podía perder dinero cada vez que estallaba una revolución—, pero Gould le impresionó, tanto como para correr el riesgo. Mientras Gould pudiera mantener el caudal de plata y la paz, Holroyd le facilitaría soporte.

Pero en cuanto algo cambiara, advirtió Holroyd, «sabremos cómo acabar con el trato». «En ninguna circunstancia vamos a consentir en tirar el dinero bueno después de perder el malo».[752]

Para Holroyd la mina de San Tomé era solo un «pasatiempo», un

«capricho de gran hombre». Para Costaguana, la inversión estadounidense era un salvavidas. Bajo la dirección de Gould, la mina se convirtió en un imperium in imperio, un imperio dentro de otro imperio. Gould compró máquinas y hombres —el equivalente de tres pueblos de trabajadores indios— y una lista de funcionarios del Gobierno entraron en la nómina de San Tomé a cambio de su conformidad. La gente empezó a llamarle el «rey sin corona de Sulaco» (como a Cunninghame Graham se le había llamado en broma el «rey sin corona de Escocia»). Dijeron que había financiado el ascenso del presidente de Costaguana, un hombre de «carácter intachable, investido con un mandato de reforma». Cada tres meses,

«un flujo creciente de riquezas» bajaba en convoy de San Tomé a Sulaco y se cargaba en un vapor (bajo la atenta mirada de Nostromo) para enviarlo al norte. La esposa de Gould, Emilia, cogió el primer lingote templado de la mina y supo que estaba tocando algo más que dinero. Estaba tocando «algo de gran alcance e impalpable, como la verdadera expresión de la emoción o la emergencia de los principios». Estaba tocando la paz. [753]

Conrad concluyó la primera parte de Nostromo retomando la

inauguración del ferrocarril. Los grandes de Sulaco, entre ellos y de manera destacada los Gould, se reunieron a bordo de uno de los vapores de la O. S. N. para un almuerzo de celebración. El presidente brindó. El director general del ferrocarril británico habló de sus inversiones: la línea del tren, el préstamo al Estado y un proyecto para la colonización sistemática de la Provincia Occidental, e imaginó un futuro para Costaguana marcado por «la confianza, el orden, la honestidad y la paz». Emilia Gould no pudo dejar de lamentarse, en cierto modo, del hecho de que «el futuro significa cambio» y de la pérdida de los modos de vida tradicionales. Pero incluso ella reconoció que «todo esto aproxima el tipo de futuro que deseamos para el país». Consiguió que la compañía ferroviaria accediera a no derribar la posada de Giorgio Viola, que se encontraba en el trayecto de la obra. Era el poder británico en su máxima expresión, que protegía a los liberales bienintencionados y sus valores.

Esa era, al menos, una de las formas de interpretar la escena.

Otra era que las aspiraciones respaldadas por los británicos para Costaguana podían ser tan anticuadas como los sueños del viejo garibaldino. Porque frente a la visión de los Gould para Costaguana, comprometida con la estabilidad y la justicia, el inversor estadounidense Holroyd ofrecía una «teoría del futuro del mundo»

diferente. Costaguana era «el pozo sin fondo de los préstamos al 10

por ciento y otras inversiones insensatas. Se había tirado en él capital europeo a manos llenas y durante años», le había dicho a Gould. Los estadounidenses estaban dispuestos a «sentarse y esperar» hasta que todos los demás quebraran. «No hay prisa. El tiempo mismo está obligado a esperar la llegada del país más

grande de todo el universo de Dios». Pero, «por supuesto, algún día intervendremos. Estamos obligados a ello. […] Dictaremos las normas de todo: la industria, el comercio, el derecho, el periodismo, el arte, la política y la religión. […] Dirigiremos los asuntos del mundo, tanto si al mundo le gusta como si no». Y Costaguana iba a pagar el precio. [754]

11

Intereses materiales

En agosto de 1903, Conrad envió la primera parte de Nostromo a su agente. La novela había crecido y se había hecho más comprometida que cualquiera de sus anteriores meditaciones sobre el nacionalismo, el imperialismo y el capitalismo. Había ido más allá de sus viajes y observaciones personales, algo que ya había reconocido cuando Conrad decidió escribir sobre Sudamérica. Al introducir a Estados Unidos como personaje, había superado todas las lecturas que había hecho sobre Argentina, Uruguay, Paraguay y Venezuela. Incluso había empezado a superar la imagen de Sudamérica que había recibido de su amigo Cunninghame Graham, con sus apasionadas denuncias del llamado progreso.

Desde luego, al principio Conrad no había previsto tal complejidad.

Sin embargo, seis capítulos después, la historia de la mina de San Tomé y de los «intereses materiales» invertidos en ella no había hecho más que empezar. Conrad había quedado atrapado en la telaraña de su propia trama, y no podía escapar sin desenredar las líneas. Pero, para bien o para mal, los acontecimientos que se desarrollaron en Latinoamérica aquel año le ofrecieron un ejemplo del mundo real —y también en tiempo real— precisamente del tipo de historia que ahora

intentaba contar. Se trataba de la intervención de Estados Unidos en favor de un bien valioso: el proyecto, largamente soñado, de construir un canal en Panamá. [755]

El oro, y no la plata, fue el detonante. Cincuenta años antes, la fiebre del oro de California de 1849 había atraído a millones de buscadores del Atlántico al Pacífico. Para llegar a California, podían pasar semanas recorriendo Estados Unidos por tierra; semanas navegando alrededor de Sudamérica, o, gracias a un paquete organizado por el magnate del transporte Cornelius Vanderbilt, podían embarcar en un vapor hasta Nicaragua, cruzar el istmo, embarcar en otro vapor y llegar a San Francisco, todo ello en cuestión de días. Pronto, Vanderbilt y otros empresarios planearon un canal de navegación permanente que atravesase Centroamérica, consumando la relación entre el Atlántico y el Pacífico.

Si a esto se añaden las ambiciones de las naciones que tenían intereses en el proyecto, el canal tenía el potencial de remodelar las relaciones internacionales. Estados Unidos había reclamado, en virtud de la doctrina Monroe de 1823, que los países americanos «no serán considerados en lo sucesivo como sujetos de futura colonización por parte de ninguna potencia europea». [756] Pero Gran Bretaña seguía siendo una gran potencia en el continente, con territorios en Canadá, el Caribe y América Central y del Sur (Belice, Guyana, las islas Malvinas). Mientras el proyecto del canal cobraba impulso, británicos y estadounidenses firmaron un tratado anticipatorio según el cual ninguna de las dos potencias tendría

«control exclusivo» de una vía navegable en Centroamérica ni haría uso de influencias indebidas para tratar de obtenerlo. [757]

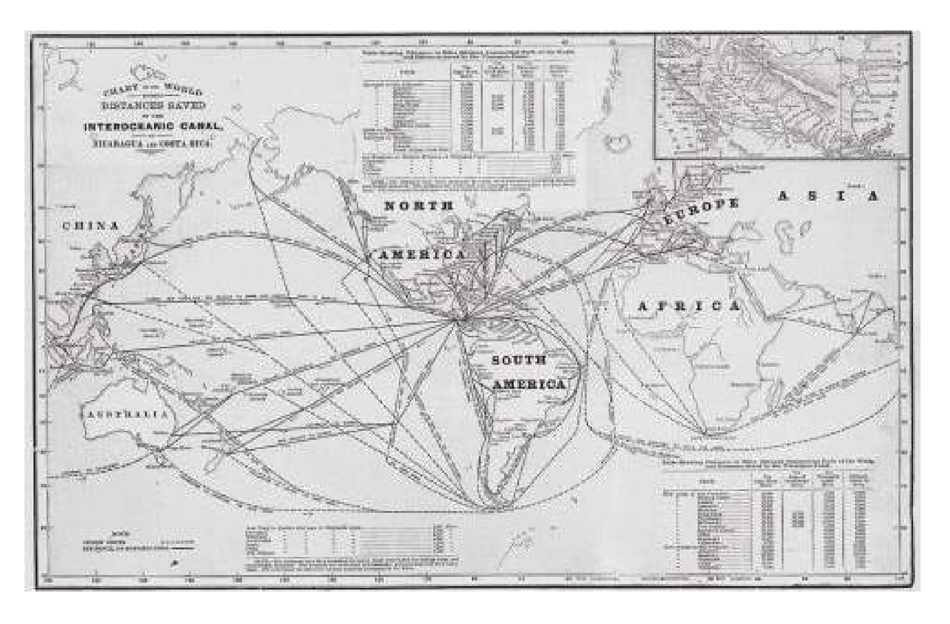
Esa fue en parte la razón de que fuera una empresa francesa, y no una británica o estadounidense, la que empezase realmente a construir el canal en 1881. El consorcio galo, utilizando el proyecto planificado por el hombre que había diseñado el canal de Suez

(inaugurado en 1869), decidió excavar en el punto más estrecho del istmo, en Panamá, una provincia de Colombia. Pero los ingenieros franceses no habían considerado adecuadamente cómo tendrían que modificar los planes desarrollados para el desierto egipcio para adaptarlos al trópico centroamericano. Después de invertir miles de millones de francos, remover millones de metros cúbicos de tierra, de decenas de miles de obreros muertos por enfermedad… y, ni siquiera en el futuro remoto, un canal viable, la Compañía Francesa del Canal de Panamá quebró en 1888, llevándose consigo la fortuna de millones

de ciudadanos franceses.

Mientras tanto, el equilibrio de poder en la región se realineó.

Colombia se vio sumida en una amarga guerra civil. La sucesión en la presidencia de Estados Unidos en 1901, que vio llegar a un nuevo hombre con planes ambiciosos, Theodore Roosevelt, situó el canal en Centroamérica en el primer puesto de la lista de deseos de la política exterior norteamericana. Los británicos, ya desbordados más allá de sus planes en Sudáfrica y preocupados por el ascenso de Alemania, aceptaron derogar el tratado anterior y conceder a Estados Unidos la supremacía en América Central.



Mapa de distancias de navegación reducidas por Centroamérica, 1901.

Cualquier lector de periódicos británicos pudo seguir lo que ocurrió a continuación. En enero de 1903, justo cuando Conrad empezaba a escribir Nostromo, los secretarios de Estado de Estados Unidos y Colombia firmaron un tratado por el que se concedía al primero un arrendamiento renovable de cien años sobre una franja de unos diez kilómetros que flanqueaba el canal. Colombia recibiría a cambio un pago único de diez millones de dólares más una cantidad anual de 250.000 dólares. «Estados Unidos rechaza cualquier intención de menoscabar la soberanía de Colombia —insistía el tratado—, o de aumentar su territorio a expensas de Colombia». [758] El Times de Londres felicitó a «nuestros parientes de la gran república anglófona

[…] por este paso decisivo hacia la realidad de un proyecto que han

acariciado con gran fervor desde hace mucho tiempo». [759]

En la primavera de 1903, mientras Conrad esbozaba un trasfondo para Costaguana, el presidente Roosevelt emprendía una gira

nacional de conferencias para promover una versión de la doctrina Monroe actualizada para el siglo xx. Roosevelt decía a su público:

«No tenemos elección en cuanto a si desempeñaremos o no un gran papel en el mundo. […] Hay un viejo y sencillo refrán que dice:

“Habla suavemente, pero lleva un gran palo, y llegarás lejos”».[760]

Y proseguía: «La doctrina Monroe llegará lejos si la nación norteamericana habla en voz baja y, al mismo tiempo, construye y mantiene una marina de guerra de la máxima eficacia».[761] Esta postura intervencionista terminó por denominarse el «corolario de Roosevelt» de la doctrina Monroe. Esencialmente, era como la afirmación de Holroyd en Nostromo: «Dirigiremos los asuntos del mundo, tanto si al mundo le gusta como si no».

Se sintieran como se sintiesen las potencias imperiales europeas acerca del intervencionismo estadounidense, el corolario Roosevelt no tenía muy buen aspecto para aquellos que lo recibían. En el verano de 1903, mientras Conrad ampliaba la historia de la mina y de su inversor estadounidense, el Senado colombiano votó a favor de rechazar el tratado del canal, que había sido negociado bajo coacción durante la guerra civil colombiana, por un Gobierno que ya no estaba en el poder. Los senadores consideraron que el tratado era totalmente inconstitucional —ningún Gobierno tenía derecho a ceder territorio de esa manera—, y además, demasiado barato.[762]

«Panamá es carne de la carne y sangre de la sangre de Colombia,

[…] el patrimonio de las generaciones futuras de colombianos», declararon los opositores al tratado. «Parece más patriótico pensar que sería preferible no recibir compensación alguna» que «matar la gallina de los huevos de oro».[763] El acuerdo se canceló. Nada de canal en Panamá, al menos según Bogotá.

En septiembre de 1903, las páginas del Times publicaban rumores según los cuales «indignados por la actitud del Congreso colombiano en el asunto del Tratado del Canal, es probable que los habitantes del istmo inicien una insurrección con la esperanza de formar un Estado de Panamá independiente». Si Panamá pudiera liberarse y convertirse en un país soberano, entonces podría llegar a un nuevo acuerdo con

Estados Unidos, concediendo a los norteamericanos derechos sobre la zona del canal y dejando que los panameños se embolsasen el dinero ellos solos: todos saldrían ganando. Los expertos de Washington preveían que la «secesión de Panamá de Colombia» sería «inevitable tarde o temprano». [764]

Mientras los periódicos murmuraban sobre revolución en Colombia, Conrad abría una nueva sección de Nostromo con indicaciones de disidencia en Costaguana. A primera vista, el inversor estadounidense Holroyd apoyaba la gestión de la mina por parte de Charles Gould; Gould, «el signo visible de la estabilidad que podía lograrse en el complicado terreno de las revoluciones», apoyaba al actual presidente de Costaguana, y el presidente apoyaba el progreso y la paz. Pero ninguno de ellos pudo frenar el avance de la dictadura y la revolución. Un general descontento llamado Pedro Montero, un villano de comedia con bigotes caídos teñidos de negro y charreteras doradas que destacaban sus gordos hombros, se quejaba sombríamente de que «el honor nacional» se estaba «vendiendo a los extranjeros». Montero y su hermano dieron un golpe de Estado victorioso en la capital costarricense, «con promesas secretas de apoyo por parte de “nuestra República hermana del Norte” contra los siniestros designios de las potencias

europeas de apoderarse de las tierras». [765] A continuación volvieron su atención hacia Sulaco y el tesoro de San Tomé.

Mientras tanto, en Panamá, había una conspiración en pleno desarrollo. Un grupo de hombres de negocios y líderes cívicos de la ciudad de Panamá, bajo los auspicios del cónsul general de Estados Unidos, la urdieron durante el almuerzo de un domingo de verano.

«Se discutieron libremente planes para la revolución», dijo el cónsul.

Los secesionistas enviaron un representante a Nueva York para conseguir dinero, armas y el apoyo del Gobierno federal de Estados Unidos. Y tenían razón en esperarlo. El presidente Roosevelt ya le había dicho a su secretario de Estado que «no se debía permitir que esas ratas de Bogotá bloquearan permanentemente una de las futuras vías de la civilización». Lo que no esperaban era que uno de los conspiradores cambiase de parecer y revelara el complot al embajador colombiano. [766] Así pues, tanto el Gobierno estadounidense como el colombiano sabían que se estaba gestando una revolución en Panamá.

De vuelta en Costaguana, Conrad planeó una revolución en el ficticio

Sulaco que reflejaba el movimiento secesionista real que se estaba gestando en Panamá. Su arquitecto era un joven costaguanero, recién llegado de París, llamado Martin Decoud.

«Afrancesado», desde su rostro regordete y rubio hasta el brillo acharolado de sus zapatos, Decoud, periodista de profesión y

«diletante inespecífico» de espíritu, se desenvolvía con la misma naturalidad en un salón que el anglosajón Charles Gould lo hacía en una sil a de montar. Con un elegante aire de hastío, Decoud solía describir Costaguana a sus amigos franceses como una ópera bufa de «robos, intrigas y puñaladas ridículas», todo «llevado a cabo con

mortal seriedad». «Convulsionamos un continente por nuestra independencia solo para convertirnos en presa pasiva de una parodia democrática […] Nuestras instituciones son una burla, nuestras leyes, una farsa —decía con un suspiro, repitiendo desafortunadamente un lamento atribuido al gran libertador Simón Bolívar—: "América es ingobernable. Los que trabajaron por su independencia han arado en el mar"». Decoud solo veía una forma de asegurar el futuro de su país frente al general Montero. «La separación, por supuesto… Sí; separación de toda la provincia occidental del resto apacible del país». «El territorio occidental es lo suficientemente grande como para que cualquier hombre lo considere un país. ¡Mirad las montañas! La naturaleza misma parece gritarnos: "¡Separaos!"». [767]

La lucha por Sulaco había comenzado. Los maquinistas del ferrocarril y los cargadores de la naviera levantaron barricadas para impedir el avance de Montero y sus hombres. Nostromo ayudó al viejo presidente a evitar la captura y situarse a salvo fuera del país.

Decoud redactó una «proclama separatista» para pronunciarla cuando las fuerzas del orden recuperaran el poder, se la metió en el bolsillo y se dirigió a las barricadas. [768]

¿Qué sería del mayor recurso de Costaguana? Quien tuviera la posesión de la mina de San Tomé poseía de facto todo el país. Los secesionistas decidieron enviar a Charles Gould a San Francisco para

«presentar el asunto a Holroyd (el rey del acero y la plata) a fin de garantizar su apoyo financiero» y que Sulaco conservara la mina.

Momentos más tarde se enteraron de una decisiva victoria de Montero en las cercanías. Si Montero se apoderaba de Sulaco, los secesionistas tendrían problemas. Si se apoderaba de la plata, su

revolución estaría acabada. Decoud acordó con Nostromo sacar de contrabando la plata del almacén y esconderla en una isla del golfo, la Gran Isabel. [769]

Conrad terminaba la segunda parte de la novela con una escena inspirada en sus lecturas latinoamericanas. Decoud y Nostromo se alejaban de la costa en una barcaza llena de plata. Una vez puestos a salvo los lingotes en Gran Isabel, Decoud se quedó protegiendo el tesoro mientras Nostromo hundía el barco y nadaba de vuelta a la costa. Nadie en Sulaco sabría nunca lo que ocurrió. Supusieron que la plata se había hundido en el fondo del golfo y que ambos hombres se habían ahogado con ella.

Conrad apenas había terminado de esbozar estos episodios de Nostromo cuando la trama de la vida real en Panamá entró en acción. [770] Cuando la ciudad de Panamá despertaba de su siesta en la tarde del 3 de noviembre de 1903, una brigada de guardias nacionales secesionistas apuntó con sus rifles a un grupo de generales colombianos y los hizo marchar hacia la cárcel. Una multitud se congregó en la plaza al grito de «¡Viva el istmo libre!».

Un buque de guerra colombiano lanzó algunos proyectiles contra la ciudad para tratar de restablecer el orden, pero fue respondido por una barrera de fuego y el navío fue ahuyentado. Mientras tanto, un buque de guerra estadounidense había llegado a Colón, en la costa caribeña, y pronto una verdadera flota de Estados Unidos se había reunido en alta mar con instrucciones de impedir el desembarco de tropas colombianas. [771] Los sobornos (canalizados a través de financieros estadounidenses) se encargaron del resto. La fuerza colombiana que permanecía en Colón fue evacuada y cuatrocientos marines desembarcaron en su lugar como ocupantes.

El 6 de noviembre de 1903, el Gobierno del nuevo Estado de Panamá envió un telegrama a Washington declarando su independencia. Estados Unidos reconoció a Panamá mediante un telegrama de respuesta. «Hoy somos libres —proclamó el presidente de Panamá bajo la primera bandera, de confección doméstica—. El presidente Roosevelt ha cumplido. […] ¡Viva el presidente Roosevelt!». [772]

¿Y qué iba a suceder con el recurso más importante del país?

Doce días después, un emisario panameño firmó un acuerdo sobre el canal con el secretario de Estado estadounidense. En términos aún más generosos para Estados Unidos que los ofrecidos por Colombia, la nueva nación de Panamá concedía a los norteamericanos «a

perpetuidad, el uso, ocupación y control» de una zona de unos dieciséis kilómetros que flanqueaba el canal (en lugar de los diez anteriores), junto con una serie de privilegios

asociados.[773] El presidente Roosevelt celebró el acuerdo en su mensaje de fin de año al Congreso. Con cincuenta y tres

«disturbios» en Panamá en cincuenta y siete años, dijo, «Colombia era incapaz de mantener el orden». «El pueblo de Panamá se alzó literalmente como un solo hombre» contra sus lejanos gobernantes, y «el deber de Estados Unidos en el lugar estaba claro». Al ayudar a los secesionistas, promovieron el «honor», el «comercio y el tráfico

[…] de nuestro propio pueblo […] los pueblos del istmo de Panamá y los pueblos de los países civilizados del mundo». [774]

El Times de Londres saludó la postura «firme, luminosa y convincente» de la Administración Roosevelt. «Cualquiera que haya sido la acción de los partidarios estadounidenses del canal de Panamá en el fomento de la rebelión —afirmaban los editores—, no

hay razón alguna para suponer que el Gobierno del presidente Roosevelt haya tomado parte en el derrocamiento del Gobierno colombiano en el istmo». [775] Pero el Manchester Guardian era más suspicaz, y acusó a Estados Unidos de haber logrado por la fuerza lo

que no pudo conseguir por la diplomacia legítima.[776]

Lo que desde fuera se suponía sobre la complicidad estadounidense en la revuelta, desde dentro podía probarse. Uno de estos agentes internos era un intelectual y diplomático colombiano llamado Santiago Pérez Triana. Hijo de uno de los principales liberales de Colombia, había huido a Europa tras la Revolución de 1893 y vivía en aquellos momentos en Londres. [777] Cuando sus contactos en Bogotá le informaron de los tejemanejes estadounidenses en Panamá, Pérez Triana compartió lo que sabía con los liberales británicos, entre ellos su amigo R. B. Cunninghame Graham. Cuando este presentó a Pérez Triana a otros hombres, incluido Joseph Conrad, la cínica realidad sobre la historia de Panamá captó la atención del escritor, justo cuando estaba esbozando la última parte de Nostromo.

Leyendo el diario de viaje de Pérez Triana sobre su huida de Bogotá, Down the Orinoco in a Canoe (publicado en inglés en 1902, con un prólogo de Graham), Conrad podría haber quedado impresionado por la forma en que Pérez Triana conducía a su lector hacia Colombia, como si siguiera el rastro de los conquistadores, de la misma manera

que Marlow había imaginado a los romanos llegando a Inglaterra en El corazón de las tinieblas. «La tierra de Bogotá era en realidad la tierra de El Dorado», decía Conrad. Atraía a los buscadores extranjeros para adentrarlos cada vez más profundamente en una «búsqueda fútil» de un tesoro solo

rumoreado. [778] Con un poco de alquimia literaria, Conrad podía convertir el oro en plata y Colombia en Costaguana.

De Pérez Triana, Conrad debió de conocer tanto los hechos que condujeron a la secesión de Panamá como una convincente interpretación de estos. Pérez Triana era poco tolerante con la inestabilidad de su país de origen, pero la alternativa, una afluencia de estadounidenses como «lobos vestidos de oveja al amparo de la doctrina Monroe», parecía mucho peor. [779] «Por regla general —

creía Pérez Triana—, los ciudadanos de Estados Unidos en su trato con los latinoamericanos son, o bien condescendientes, o bien prepotentes». Cuando los estadounidenses decían que «América debía ser para los americanos, querían decir que América debía ser para los ciudadanos de Estados Unidos».[780]

Todos los colombianos sabían a quién debían culpar de la secesión de Panamá. Una turba en la ciudad costera de Barranquilla apedreó la casa del vicecónsul americano al grito de «¡Muerte a los norteamericanos!». La legación de Estados Unidos en Bogotá tuvo que ser protegida de los manifestantes. El presidente de Colombia hizo un llamamiento a otras repúblicas latinoamericanas para que le apoyaran para aplastar la insurrección, y prometió oponerse al régimen apoyado por Estados Unidos, tan ferozmente como los bóeres habían luchado contra Gran Bretaña.[781] El cónsul de Colombia en Cardiff clamó, airado, que tal «conducta es tan deshonrosa que supera con creces los expolios más atroces que han desacreditado incluso a los conquistadores sin escrúpulos».[782]

Pérez Triana, por su parte, veía lo sucedido a través de un velo de desesperación. Ya era bastante malo que los colombianos hubieran tenido que sufrir a manos de Estados Unidos, pero mucho peor era

lo que la intervención estadounidense presagiaba para el futuro de las relaciones internacionales. Pérez Triana recordaba con nostalgia la época en que la gran república americana «llevaba en su seno las esperanzas de toda la humanidad», y todo el mundo sabía que Estados Unidos prometía «patria, hogar y justicia». En aquellos días, pensaba, un liberal latinoamericano podría haber creído, con razón, que

Estados Unidos, con su rechazo al imperialismo del Viejo Mundo, era un amigo de la libertad incluso mejor que Gran Bretaña. Con su comportamiento en Panamá, Washington demostró que también había sido «infectado con el virus del imperialismo, contaminado con la lepra del militarismo» y desfigurado por un pomposo sentido de superioridad. «Los segundos cien años de la República no se podrán comparar en verdadera grandeza nacional con los primeros», se lamentaba Pérez Triana, y el mundo saldría perdiendo. [783]

Escuchando a su conocido colombiano, había algo que Joseph Conrad sabía con certeza: el futuro sería estadounidense. No le gustaba nada.

Día de San Esteban en Pent Farm, 1903. Conrad escribía cartas en su escritorio. Trabajaba con el manuscrito de Nostromo ante sí, con la espalda encorvada por el esfuerzo de un año difícil. No podía ocultar el cansancio en sus cartas de agradecimiento. «Este año ha sido malo para mí en lo que respecta a mi trabajo». «Mi mente lucha contra una extraña especie de sopor, lucha desesperadamente mientras los granos de arena se agotan». «Ni aunque hubiera escrito cada página con mi sangre podría sentirme más exhausto después de estos doce meses». [784] Necesitaba con urgencia un descanso.

«Pérez Triana se enteró… de mi anhelo por escapar hacia el sur, y me ha escrito la carta más amable que se pueda imaginar —le decía Conrad a Cunninghame Graham—. Y, por cierto, ¿qué piensas de los conquistadores yanquis en Panamá? Bonito, ¿verdad?».[785]

Nostromo había sido adoptado para su publicación por entregas por la revista de izquierdas T. P.'s Weekly a partir de enero de 1904, lo que significaba que Conrad iba a tener que entregar los capítulos restantes con unos plazos muy apretados. Pensaba que ya no le quedaba mucho más libro por escribir, pero la historia no hacía más que alargarse; la última sección de la novela, «El faro», acabaría siendo la más larga.

Nostromo, tras esconder la plata y nadar de vuelta a la costa,

«despertó de un sueño de catorce horas» como «un hombre recién nacido en el mundo». Entró en Sulaco y encontró la ciudad patas arriba. Un coronel renegado había tomado el poder y estaba dragando el puerto en busca de la plata desaparecida. El coronel se enfrentó al capitán británico de la Occidental Steam Navigation Company. «¡Inglés arrogante! —le espetó—. Los extranjeros venís a robar la riqueza de nuestro país. ¡Nunca tenéis bastante!».[786] Los leales al antiguo régimen se concentraron en la plaza y huyeron de la ciudad en convoy, antes de que Sulaco cayera por completo en manos de las

fuerzas rebeldes.

Charles Gould vio cómo los refugiados se esfumaban y cómo Sulaco quedaba enredada en una «tupida red de crimen y corrupción». «Las palabras que uno conoce tan bien tienen un significado pesadillesco en este país —se lamentaba—. Libertad, democracia, patriotismo, gobierno: todas ellas tienen sabor a locura y asesinato». El general Montero soñaba con gobernar Costaguana

como un «emperador. ¿Y por qué no?» y «exigir una participación en todas las empresas —en ferrocarriles, minas, haciendas azucareras, fábricas de algodón, compañías de comercio de tierras, en todas y cada una de ellas— como precio por su protección». Tal vez los villanos y yo no seamos tan diferentes, se dio cuenta Gould, «iguales ante la anarquía de la tierra», agarrándonos a la plata para asegurar nuestro poder. Gould planeaba escribir a Holroyd en San Francisco, pidiéndole que «adoptara abiertamente el plan de una revolución provincial como única forma de situar los enormes intereses materiales [...] de Sulaco en una posición de seguridad permanente». Si eso fallaba, o si el enemigo llegaba antes a la mina, Gould activaría el último recurso: le pediría a su ayudante que dinamitara toda la zona y «volara por los aires [...] en mil pedazos la famosa Concesión Gould, sacándola así de un mundo horrorizado».

[787]

A estas alturas del manuscrito, Conrad también estaba llegando a su límite. Ya había hecho avanzar la novela durante algunos de los meses más duros de su vida como escritor. Y entonces, una visita a Londres en Año Nuevo puso del revés su hogar cuando Jessie resbaló en la calle y se lesionó las dos rodillas, hasta el punto de que parecía que nunca volvería a caminar bien. Además, los médicos descubrieron que padecía del corazón y que necesitaba una cirugía peligrosa y costosa. Por si todo esto fuera poco, el banco de Conrad quebró. «Doscientas cincuenta [libras] perdidas de un plumazo. La preocupación y el exceso de trabajo casi me vuelven loco».[788]

Además de Nostromo, desesperado por conseguir más dinero, Conrad empezó otro proyecto de escritura con esa finalidad, los ensayos que formarían El espejo del mar. Durante el día entero

escribía Nostromo, hasta que le dolían tanto las manos que no podía sostener la pluma. Todas las noches, de once de la noche a una de la madrugada, Conrad se sentaba a dictar El espejo del mar a Ford Madox Ford, como una Sherezade barbuda, evitando la ruina mientras

contaba historias. [789] «La mitad del tiempo me siento al borde de la locura», decía. Otras veces, solo el dolor le decía que seguía vivo.

Y entonces, en una pausa del capítulo, la revolución llegó a su fin.

Conrad contrató a una mecanógrafa para que le ayudara, «una chica muy amable y útil» llamada Lilian Hallowes, a quien dictó los capítulos restantes. [790]

Damos un salto adelante en el tiempo narrativo. El capitán de vapor Joseph Mitchell pasea a los visitantes por la Sulaco de posguerra, orgulloso como un nuevo abuelo, pavoneándose ante las tiendas con fachadas de cristal francés, exhibiendo sus clubes sociales, mostrando expansivamente con gestos del brazo los nuevos muelles del puerto. Mientras, Mitchell rememora la revolución: cómo los monteristas habían apresado a Gould y se preparaban para ejecutarlo; cómo don José Avellanos había muerto en el bosque cuando los habitantes de la ciudad habían huido, y cómo, justo a tiempo, Nostromo había salvado la ciudad cabalgando hasta el campamento del Gobierno y persuadiéndoles para que

reconquistasen Sulaco. El Gobierno entró a la marcha en ella, Gould fue rescatado, el general Montero fue asesinado, y «una demostración naval internacional» de buques de guerra apareció en el puerto para apoyar la independencia de Sulaco como Estado separatista. «El crucero de Estados Unidos, el Powhattan, fue el primero en saludar a la bandera occidental», con una flor del color

del sol en una corona de laurel verde, el color del dinero estadounidense. «La "Casa del Tesoro del Mundo", como el hombre del Times l ama a Sulaco en su libro, se ha salvado intacta para la civilización», afirmó Mitchell. Le encantaba aquella frase, «la Casa del Tesoro del Mundo». Él mismo poseía diecisiete acciones de mil dólares de las Minas Consolidadas de San Tomé.[791]

«¡Terminado!», declaró Conrad el 1 de septiembre de 1904.[792]

Dejó Sulaco en la misma condición que Panamá. Del mismo modo que Panamá había conseguido que Estados Unidos reconociese al instante su independencia y que su economía se viera reforzada por la inversión estadounidense en el canal, Sulaco vio también su independencia reconocida inmediatamente por Estados Unidos y su economía, garantizada por la inversión estadounidense en la mina de San Tomé. Sulaco pudo haber tenido un final mucho peor. El tirano podría haber consolidado su poder en Costaguana y expoliado todo el

país, y la rueda de la dictadura y la revolución habría vuelto a girar.

Pero Conrad sembró de inquietud la conclusión de Nostromo.

Después de todo, había obtenido su información sobre Panamá de un colombiano que se oponía a la independencia, no de un panameño que la acogía con satisfacción. Bajo la pulida superficie de paz y prosperidad en Sulaco, los capítulos finales de Nostromo se hacían eco de una realidad deprimente y ominosa.

Decoud, «el joven apóstol de la separación», que había acompañado a Nostromo a ocultar la plata a los revolucionarios, no había vuelto a ser visto en Sulaco. Aunque muchos supusieron que se había ahogado en el golfo mientras trataba de salvar el tesoro —

que había «muerto luchando por sus ideales»—, la verdad era que

había muerto de soledad… y de la pérdida de la fe, en sí mismo y en los demás». Solo en la isla de Gran Isabel, a Decoud lo había abrumado una sensación de vacío. La ilusión que sustentaba la acción se había derrumbado. La esperanza, el amor, el propósito, hundidos. Remó con su barca hasta el golfo Plácido, se disparó en el pecho y cayó al mar, «tragado por la inmensa indiferencia de las cosas». [793] Se había metido en los bolsillos cuatro lingotes de plata, para que, con el peso adicional, su cuerpo se hundiera mejor.

El demonio «posesivo y devorador» de la mina atormentaba a Charles Gould tanto como lo hizo con su padre. Pasaba la mayor parte del tiempo allí, alimentando las fauces de «los intereses materiales en los que había puesto su fe en la victoria del orden y la justicia». «No hay paz ni descanso en el desarrollo de los intereses materiales —advirtió el médico irlandés lisiado a Emilia, la esposa de Gould—. Se acerca el momento en que todo lo que representa la Concesión Gould pesará tanto sobre el pueblo como la barbarie, la crueldad y el desgobierno de hace unos años». La mina, antaño la brillante esperanza del país, había asfixiado a «toda la tierra, temida, odiada, rica, más desalmada que cualquier tirano, más despiadada y autocrática que el peor de los gobiernos». Emilia vio su vida pasar como un destello ante ella, «la degeneración de su joven ideal de vida, de amor, de trabajo», y como si hablara en una pesadilla,

«balbuceó vagamente las palabras: “Intereses materiales”». [794]

Nostromo prefería ahora usar su nombre real, capitán Fidanza. Se

«enriqueció lenta y prudentemente», llevándose solo un lingote cada

vez de su alijo de plata en la Gran Isabel y vendiéndolo lejos de Sulaco. [795] Para encubrir sus visitas al tesoro, cortejaba a las hijas de Giorgio Viola; el anciano posadero, ahora viudo, había ido a la

Gran Isabel para hacerse cargo del nuevo faro. El engaño de Nostromo sería su perdición. Una noche, confundiendo a Nostromo con otro pretendiente menos respetable, Viola le disparó fatalmente.

«La plata me ha matado», dijo Nostromo a Emilia Gould en su lecho de muerte. Se ofreció a decirle dónde la había escondido. «¿Es que no hay ya suficiente tesoro sin ella para hacer desgraciado a todo el mundo?», gritó Emilia. «No, Capataz. […] Nadie la echa de menos. Deja que se pierda para siempre». Todas las personas, todas las cosas, que se habían acercado a ella habían quedado mancilladas. Conrad terminó la novela con una mirada de despedida a Sulaco, tal y como se podría ver mientras uno se aleja navegando: encorvada sobre el golfo como comprimida bajo «una gran nube blanca que brillaba como una masa de plata maciza». [796]

Una vez terminada la versión por entregas para la revista, Conrad hizo algunas rápidas revisiones y publicó Nostromo en forma de libro en octubre de 1904. El subtítulo de la novela, «Relato del litoral», un relato de la costa, suponía un cambio para el escritor. La costa era algo nuevo en su obra. Frontera entre la tierra y el mar, la costa podía ser a la vez barrera y lugar de encuentro, punto de partida del viajero o lugar de desembarco del invasor. En Nostromo, las historias que Conrad había situado en tierra sobre forasteros, conspiraciones y familias se encuentran con los temas del honor, la comunidad y el aislamiento que había situado en el mar.

Era una novela «maravillosa», opinó Cunninghame Graham, pero el título era totalmente erróneo. [797] «El libro debería haberse llamado Costaguana» y debería haber terminado con la gira del

capitán Mitchell por la recién independizada Sulaco. El personaje de Nostromo era una distracción con respecto a «los asuntos de Costaguana», opinaba Graham, y «los dos últimos capítulos son una equivocación». Edward Garnett y los críticos de libros estuvieron de acuerdo. La novela parecía «confusa», la estructura «informe», el lenguaje «tortuoso», las subtramas exasperantemente enredadas.

«La historia de la regeneración, la revolución y la creación de la República Occidental es el interés principal del libro», según su criterio. «Nostromo solo aparece como un útil deus ex machina».

[798]

Los críticos tenían algo claro, y Conrad lo sabía. El angustioso proceso de redacción de Nostromo y la acumulación de fuentes —los recuerdos de Graham sobre el Río de la Plata, una anécdota perdida sobre una barcaza llena de plata, la revolución de Panamá apoyada por Estados Unidos— suponían un duro camino cuesta arriba.

Conrad dio marcha atrás. «No defiendo a Nostromo en términos generales. La verdad es que a mí tampoco me cae bien —le dijo a Graham—. En realidad, N no es nada en absoluto, una ficción, una vanidad encarnada del tipo marinero, un romántico portavoz de “la gente” que experimenta a menudo (me refiero a “la gente”) los mismos sentimientos que él expresa». [799]

A pesar de sus defectos, todo el mundo reconocía que Nostromo era una obra genial. «Es un libro que recompensará con creces a quienes le presten la atención que merece», concluía su crítico más perspicaz, el joven diplomático John Buchan, que se estaba haciendo un nombre escribiendo novelas de intriga política. Nostromo convenció a Buchan de que Conrad «tiene un mayor ámbito de conocimiento [...] de las extrañas costumbres del mundo que ningún

otro escritor contemporáneo». [800] Conrad había conseguido crear

«el mundo en miniatura», decía otro crítico. [801] «Uno deja Nostromo con un recuerdo tan intenso y lúcido como el de una experiencia real».[802]

Resulta irónico, si no sorprendente, que un lugar que Conrad había inventado de arriba abajo resultara tan asombrosamente real para los lectores. Había forjado sus ideas sobre Latinoamérica precisamente a partir del mismo tipo de libros y periódicos que su público podría haber leído. Nostromo confirmaba así sus estereotipos. Los críticos de Conrad en Estados Unidos, en particular, entendieron Nostromo como una reivindicación de todos sus prejuicios sobre Latinoamérica. «Conrad conoce bien este continente de civilizaciones a medias; la vida crece allí como las malas hierbas», escribió el crítico James Huneker.[803] H. L. Mencken admiró su

«estudio extraordinariamente brillante e incisivo del temperamento latinoamericano [...] de las pasiones perversas y los ideales incomprensibles que provocan que hombres presuntamente cuerdos se acosen unos a otros como lobos».[804]



W. A. Rogers, «The Great American Durbar», ca. 1905. Esta viñeta muestra a Theodore Roosevelt con un pomposo atuendo de virrey de la India, flanqueado por representantes de «intereses materiales», y un panameño portando una pala al frente de la procesión.

Sin embargo, para los lectores británicos de Conrad, Nostromo presentaba una imagen del mundo más preocupante. La profecía de la novela sobre el dominio estadounidense —«Dirigiremos los asuntos del mundo, tanto si al mundo le gusta como si no»—

reflejaba las persistentes y cambiantes inquietudes sobre el declive británico.

Nostromo apareció poco después de que el influyente geógrafo Halford Mackinder hiciera una predicción sobre los asuntos internacionales. Mackinder anunciaba el inicio de una nueva era geopolítica. Durante siglos, las potencias europeas habían

desplegado sus ambiciones en otras partes del mundo. Ahora, de repente, el mundo estaba lleno. Con África dividida, el centro de Asia delimitado, Norteamérica unida por ferrocarriles de costa a costa,

«apenas quedaba una región cuya propiedad reclamar». Casi de la noche a la mañana, las relaciones internacionales se habían convertido en un juego de suma cero: lo que un Estado nación reclamaba, otro lo perdía. Mackinder pronosticó guerras más violentas y de mayor ámbito, y una reorientación de las grandes

potencias.[805] «Otros imperios han tenido su momento, y puede que también el de Gran Bretaña. […] La fase europea de la historia está pasando […] y se está desarrollando un nuevo equilibrio de

poder».[806]

La visión de Mackinder parecía estar ya cumpliéndose. Preocupada por evitar el ascenso de Alemania, Gran Bretaña redujo sus compromisos en el hemisferio occidental en favor de los intereses estadounidenses. En Extremo Oriente, Japón derrotó a Rusia en una guerra en el Pacífico, y el zar tuvo que ceder el poder a un Parlamento recién formado. (Conrad se ufanaba ante el cadáver del ogro de su infancia, «en parte demonio, en parte genio, en parte viejo del mar, con pico y garras y doble cabeza».[807] Un panfleto de 1905 de Elliott Evans Mills titulado The Decline and Fall of the British Empire, escrito supuestamente para uso de las escuelas de Tokio en 2005, imaginaba que Japón sería el siguiente en venir a por Gran Bretaña. «Estaban demasiado ocupados con su comercio y sus cargamentos, sus atletas profesionales y sus caballos de carreras, como para estudiar el pasado y los decretos inalterables del Cielo».

[808]

Para los lectores ocasionales, Nostromo era un ejemplo más de los

cambios en el equilibrio de poder. Pero Conrad descorrió la cortina de la geopolítica para revelar una lógica más profunda. «Il n'y a plus d'Europe», gruñía, algo que ya había murmurado cuando Casement le habló de los abusos en el Congo. [809] Ya no hay más Europa.

«Solo queda un continente armado y comercial, sede de lentas contiendas económicas por la vida y la muerte, y de ambiciones globales proclamadas a bombo y platillo». Más tontos eran todos aquellos librecambistas que esperaban que los pueblos que hacían negocios juntos convivieran en paz. «El industrialismo y el comercialismo […] están listos, casi ansiosos, para recurrir a la espada». [810] En adelante, predijo, «no habrá más guerras por una idea». El dinero lo era todo. [811]

El problema para Costaguana no era que Estados Unidos eclipsara a Gran Bretaña. Era que estadounidenses y británicos unían sus fuerzas al servicio de los «intereses materiales». A través de personajes como el capitán Mitchell, Conrad canalizó las confiadas ideas de los capitalistas que creían que la expansión mundial de las finanzas y la industria occidentales era buena para todos. Miraban los mapas del

mundo en los que las líneas de buques de vapor, trenes y telégrafos estallaban como fuegos artificiales, y se regodeaban en el resplandor del «progreso». Los únicos que salieron vivos y felices de Nostromo fueron el capitán del barco de vapor, el empresario ferroviario y el financiero, las tres Parcas de la globalización que hilaban y cortaban las hebras, hilo del destino de Costaguana. «La plata —explicaba Conrad— es el eje de los acontecimientos morales y materiales, y afecta a las vidas de todos los protagonistas del relato». [812]

Conrad dirigía las simpatías del lector hacia Emilia Gould, que se

asomaba en las sombras y evaluaba los daños. Ella comprendía que las cosas pensadas para hacer Costaguana más próspera, más estable, más «civilizada» tenían un coste moral y social. Acababan con los modos de vida indígenas, vaciaban de sentido los principios liberales, subordinaban el bien a la codicia. El cinismo de Nostromo sobre los «intereses materiales» continuaba donde lo había dejado El corazón de las tinieblas y Lord Jim. Jim había huido al rincón más alejado de Asia, «más allá del final de los cables telegráficos y las líneas de barcos-correo», donde «las macilentas mentiras utilitarias de nuestra civilización se marchitan y mueren». Nostromo mostraba lo que ocurría con la invasión de las líneas, y de las mentiras.[813]

Conrad no estaba ni mucho menos solo en su crítica de los

«intereses materiales». Nostromo se situaba justo al lado de la idea de imperialismo lanzada por Hobson. De hecho, aunque Conrad se habría estremecido ante la comparación, esta ilustraba el imperialismo tal y como lo definió V. I. Lenin, seguidor de Hobson, en su panfleto de 1917 El imperialismo, fase superior del capitalismo, a saber, «la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de las naciones más ricas o poderosas».[814]

Conrad compartía los ideales de Cunninghame Graham, que quería restaurar Arcadias desaparecidas en las que el sentido de la justicia y el bien común prevalecieran sobre el materialismo avaricioso. Pero, mientras que Cunninghame Graham utilizaba la política para pedir cuentas a los amos del poder, Conrad nunca tuvo fe en la acción organizada y se abstuvo de adherirse a ningún movimiento.

Eso puede explicar por qué se quedó con el título de Nostromo, en lugar de Costaguana, como prefería Graham. Nostromo tenía el

aspecto severo de un hombre que nunca te decepcionaría. Como lord Jim, contemplaba el mundo con una «mirada fija en la nada, bajo un

ceño fruncido». Nostromo, «nuestro hombre» —o como diría Charles Marlow, «uno de los nuestros»—, rompió el acuerdo de confianza con sus empleadores británicos en el momento en que escondió la plata y mintió sobre ello. Al igual que Jim, selló su destino al saltar desde un barco, lanzándose al golfo Plácido desde la barcaza que se hundía. Pero cuando Nostromo regresó, no lo hizo vestido con las ropas blancas de un héroe, como Jim, sino con la piel de «una magnífica e inconsciente bestia salvaje». [815] Nostromo era «uno de los nuestros» en el sentido más general: un hombre corriente consumido por el interés propio.

Nostromo no era solo la única novela de Conrad sobre un lugar en el que nunca había estado. Era una novela sobre todos los lugares en los que había estado. Rezumaba el cinismo político del polaco que había visto a sus padres destrozados por ideales nacionalistas inalcanzables. Proyectaba la nostalgia del navegante a vela que veía cómo la tecnología industrial desplazaba el arte al que admiraba. Se estremecía con la conmoción y la repulsión del europeo blanco que observaba cómo los valores de la «civilización» y el «progreso» se convertían en armas de destrucción masiva en África y más allá.

El secreto de la extraordinaria clarividencia de Nostromo era que Conrad incorporó en ella su propia «teoría del futuro del mundo». En el mundo por venir, los mejores valores que Conrad asociaba al poder británico quedarían tan obsoletos como los sueños románticos de Garibaldi. En su lugar, anticipaba el ascenso de un consorcio de

«intereses materiales» liderado por Estados Unidos. Los «intereses materiales» dictarían las fortunas de las nuevas naciones. Harían

que el imperialismo siguiera prosperando, llevara o no aparejada la palabra «imperio». La verdadera cuestión para el futuro del mundo, según la teoría de Conrad, no era qué iba a suceder, sino cuándo y cómo.

12

Tanto si al mundo le gusta como si no

«Este es un momento crítico en la historia del progreso humano», advertía el intelectual estadounidense W. E. B. Du Bois en 1910, en el número inaugural de The Crisis, la revista de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color. «La humanidad entera se está convirtiendo en un solo pueblo». Si la humanidad va en la dirección correcta, «la tolerancia, la razón y la clemencia pueden

hacer que el sueño del viejo mundo de la hermandad de los hombres se acerque hoy a la realidad». Pero si las personas no seguían esforzándose por alcanzar la unidad, descubrirían que «el fanatismo y los prejuicios […] podían hacer que se repitiese la horrible historia del contacto entre naciones y grupos en el pasado».

[816]

Más de treinta años después de que Joseph Conrad saliera por primera vez de la estación de Liverpool Street, los caminos que había trazado a finales del siglo xix como inmigrante y marino se habían ensanchado y convertido en avenidas. Decenas de millones de emigrantes se embarcaban en vapores y trenes baratos hacia un futuro más próspero en Norteamérica y Sudamérica, y en el norte y el sudeste de Asia. Los «intereses materiales» extraían petróleo de las Indias Orientales para los motores diésel diseñados por los alemanes, plantaban palmas aceiteras en el Congo para obtener detergente en polvo fabricado por los británicos y extraían caucho

de Sudamérica para los neumáticos de los automóviles fabricados en Estados Unidos. Los barcos navegaban sobre una telaraña de cables telegráficos submarinos mientras transmitían mensajes a tierra por radio inalámbrica. Había más Londres y más Singapures, ciudades internacionales cuya población políglota vestía estilos de ropa similares para trabajos similares y pasaba su tiempo libre divirtiéndose de formas también similares.

Nunca había existido una interconexión tan global, ni una división tan manifiesta. [817] La era de la migración masiva fue también la era del movimiento regulado, con la introducción de los controles de pasaportes y las leyes de inmigración excluyentes. Una era de libre comercio sin precedentes fue también una época de crecientes llamamientos al proteccionismo. Algunos veían la paz mundial garantizada por la integración económica global; otros veían el auge del nacionalismo militante (en las crisis de Marruecos y los Balcanes) y temían el estallido de la guerra. Aumentó la democracia, ya que las revoluciones liberales desafiaron la autocracia en China, Rusia, Persia y el Imperio otomano, y los movimientos a favor del sufragio femenino ganaron terreno en todo el mundo. Pero el imperialismo se intensificó a medida que un puñado de potencias occidentales consolidaban su dominio sobre la mayoría de la población mundial.

El aumento de la prosperidad vino de la mano de un incremento de la desigualdad. La conversación entre culturas vino acompañada de teorías más elaboradas sobre las diferencias raciales. El mismo año en

que Du Bois publicó The Crisis, unos académicos estadounidenses crearon la primera revista del mundo sobre relaciones internacionales y le dieron un título que, según ellos, describía el quid de la cuestión: Journal of Race Development (Boletín de

desarrollo racial). Más tarde sería más conocida con un segundo título, Foreign Affairs. [818]

Hombres más jóvenes que Conrad cruzaban ahora océanos y desafiaban las desigualdades de un mundo enmarañado. Un camarero de barco vietnamita llamado Ho Chi Minh trabajó entre amarres en Marsella y San Francisco, donde supo acerca del potencial revolucionario del socialismo. Un abogado indio llamado Mohandas Gandhi se encerró en su camarote en un viaje por mar de Londres a Sudáfrica y escribió un tratado sobre cómo la India podía liberarse del dominio británico. Sun Yat-sen, un médico chino criado en Hawái, viajó a Europa, Japón y Singapur para planear el derrocamiento del emperador manchú de China. Un diplomático angloirlandés que había hecho campaña contra los abusos laborales en África y el Amazonas renunció a su cargo para unirse a la lucha por la independencia de Irlanda. Era Roger Casement.

Pero la experiencia del mundo que Conrad había adquirido le había hecho escéptico sobre la posibilidad de cambiar los sistemas o redirigir el destino. Se centró en los individuos vinculados a esos sistemas y puso sus esperanzas de buenos resultados en un sentido de solidaridad humana que animara a los individuos a ser justos y sinceros. Se adentró en la década de 1910 con el cansancio propio de la madurez tardía. «Nuestras ilusiones se empañan un poco y nuestra maquinaria imaginativa empieza a mostrar signos de desgaste. Funciona, pero cruje, lo cual no deja de ser molesto».

[819]

Los Conrad se habían ampliado con John, nacido en 1906. Las deudas de la familia también aumentaron. Aunque Conrad redujo costes trasladándose de Pent a una reducida cabaña de cuatro

habitaciones en Kent, para el año 1910 debía a su agente una suma casi inimaginable (y seguramente impagable) de dos mil setecientas libras, cien veces más que la tarifa media por uno de sus relatos.

[820] Pinker no dejaba de presionarle para que cumpliera sus compromisos; el escritor respondía con cartas agraviadas y a la defensiva, casi como las enviadas a su tío Tadeusz décadas atrás. La

parte posterior de la casa daba a un matadero y, entre chil idos de cerdos moribundos, Conrad trabajó en su novela Bajo la mirada de Occidente. Narrada por «un profesor de idiomas» de Ginebra, hablaba de un estudiante ruso que había delatado a un amigo revolucionario. Comprometido con temas de traición, culpa y desarraigo, con un telón de fondo de intriga en Europa del Este, Conrad sacó el libro de algunos de los rincones más oscuros de su experiencia. Se sentía como si estuviera «sacando mi inglés de una noche negra, trabajando como un carbonero en su mina».[821]

En enero de 1910, Conrad terminó por fin Bajo la mirada de Occidente y viajó a Londres para entregar la última entrega a Pinker en persona. Volvió a la casa, se metió en su pequeña habitación, se hizo un ovillo en el sofá y no se movió. [822] Jessie lo encontró temblando y llorando, con el cuello y la lengua alarmantemente hinchados. Nadie podía entender lo que decía Conrad, porque hablaba en polaco. Durante semanas estuvo delirando,

«conversando con los personajes» de sus novelas, y volviendo al inglés solo para maldecir a Pinker o recitar la misa de entierro en el mar. [823] John, de cuatro años, que había visto a su padre enfermo con tanta frecuencia que solía jugar a «estar enfermo»

envolviéndose en una manta y gimiendo, se asustó tanto que nunca volvió a jugar a ese juego.[824] Jessie descubrió finalmente lo que

había desencadenado la crisis de su marido. Conrad y Pinker se habían peleado por dinero, y el agente, furioso, dijo algo que el autor no podía olvidar. Según Conrad le escribiría: «Me dijiste que

"no hablaba inglés" contigo». [825]

Conrad rara vez volvería a escribir ficción con la misma pasión y visión. Volvió al trabajo «más lisiado mental que físicamente» y retomó una novela titulada Azar, que había empezado a escribir en 1907. [826] Aunque en ella volvía a aparecer Marlow, su autor la hizo deliberadamente menos «complicada» que Lord Jim, «inglesa en personajes y localización, mucho más fácil de seguir y entender».

[827] Marlow, en su madurez, se había vuelto hastiado, gruñón y casi cómicamente misógino. Conrad contrastaba los desplantes dispépticos de Marlow con la única heroína de verdad que había escrito, Flora de Barral, la enérgica hija de un banquero arruinado.

Una foto suya adornaba la sobrecubierta de la novela terminada, que se publicó en enero de 1914.

Y así, el autor de cincuenta y seis años tuvo su primer superventas. Se hicieron cuatro reimpresiones de Azar en pocos meses. Edward Garnett atribuía el éxito del libro al diseño de la portada; otros, a su atractiva heroína y a su relativa sencillez narrativa. Conrad no pudo más que sonreír ante la ironía de la fortuna brillando en el crepúsculo de su imaginación. «No puedo decir cómo me habría sentido hace diez u ocho años. Ahora ni siquiera puedo fingir que estoy eufórico —confesó a John Galsworthy

—. Si tuviera Nostromo, El negro del Narcissus o Lord Jim en mi escritorio o siquiera en mi cabeza, seguro que me sentiría diferente». [828] Tras el éxito de Azar, Conrad vendió los derechos de serialización de su próximo libro a la revista americana Munsey's



Magazine por seis mil dólares (unas 1.225 libras esterlinas), una cantidad de magnitud superior a cualquier otra que hubiera ganado hasta entonces.[829] En Londres, tuvo una jovial reunión con su nuevo editor de libros estadounidense, Frank Doubleday, que estaba preparando una edición de Complete Works (Obras completas) de Conrad para arrasar en el floreciente mercado estadounidense.

Sobrecubierta de la primera edición de Azar.

En medio de este novedoso bienestar material y emocional, unos jóvenes amigos polacos, Józef y Otolia Retinger, invitaron a los Conrad a visitar la casa de campo de su familia cerca de Cracovia.

Jessie estaba encantada con la idea de ver «el país natal de su marido por primera vez», a pesar de la lesión que sufrió en 1903 y que hacía que caminar le resultara doloroso. El momento era propicio para Conrad, que acababa de terminar otra novela, y también parecía un buen momento para viajar con los niños. John,

de siete años, era un constructor empedernido de mecanos, piloto de coches y marinero de maquetas de barcos; con la ayuda de su padre construyó un archipiélago malayo en miniatura y el «pueblo nativo» de Patusan en el estanque del jardín.[830] Borys, de casi dieciséis años, acababa de terminar su periodo de cadete en el buque escuela de oficiales Worcester y, si aprobaba el examen de ingreso, pronto iría a la Universidad de Sheffield a estudiar un curso

de ingeniería.[831]

La perspectiva del viaje a Polonia «provocó tal excitación en la casa que, si no hubiera aceptado inmediatamente, mi mujer y mis hijos me habrían despedazado», escribió Conrad a Galsworthy la mañana de su partida. John «gritaba de la mañana a la noche», Borys «corría en el coche a hacer recados que él mismo imaginaba», Jessie, como de costumbre, lo mantenía todo organizado, mientras que Conrad, de forma igualmente característica, se las arreglaba para liar las cosas: no había puesto «su nombre completo, Korzeniowski», en la solicitud de pasaporte, y los documentos correctos llegaron apenas con un día de antelación. [832] «En cuanto a este viaje a Polonia, parto con sentimientos encontrados», confesó Conrad. Le agradaba la idea de mostrar y compartir los lugares de su juventud, pero le preocupaba que sitios que antes le resultaban tan familiares ahora le parecieran extraños. «En 1874 subí a un tren en Cracovia (el expreso de Viena) de camino hacia el mar, como quien se embarca hacia un sueño. Y aquí sigue el sueño. Solo que ahora está poblado principalmente por fantasmas, y se acerca el momento de despertar». [833] La fecha en la parte superior de la página era 25 de julio de 1914. No tenía ni idea del despertar que le esperaba.



THIS PASSPORT IS NOT IN ANY CIRCUMSTANCES AVAILABLE BEYOND FIVE YEARS FROM THE DATE OF ITS ISSUE. A FRESH PASSPORT MUST THEN BE OBTAINED

We Sir Edward Grey

El pasaporte de la familia Conrad para su viaje a Polonia en 1914.

Llegaron a Cracovia tres noches más tarde, tras una dura travesía por el mar del Norte y una noche en Berlín. Jessie tenía que descansar su pierna mala y John tenía fiebre, pero Conrad estaba demasiado excitado para irse a la cama.

«Voy a dar una vuelta —le dijo a Borys—. ¿Vienes?». Padre e hijo bajaron paseando por la estrecha calle a la que daba el hotel y llegaron a la orilla del Rynek, iluminada por la luna. Las torcidas agujas de la basílica de Santa María se alzaban en lo alto, y el pavimento inacabado y los árboles, que siempre le habían parecido un adorno innecesario, tenían exactamente el mismo aspecto que cuando se había marchado. Los fantasmas titilaban a la luz de la luna. Conrad vislumbró la sombra de un niño que cruzaba corriendo

la plaza para ir al colegio, y la de un chico vestido de negro que seguía el coche fúnebre de su padre.

Aquel mundo ya no existía. No era más que un «extranjero canoso que hablaba en una lengua extraña» con el hijo que tenía a su lado.

—Volvamos —le dijo a Borys—. Se está haciendo tarde.

Así describió Conrad su primera noche en Polonia, unos meses más tarde, pero para entonces otra capa de nostalgia se había asentado sobre la experiencia.[834]

El 31 de julio, tras un par de días de turismo por Cracovia, los Conrad fueron a visitar la casa de campo de Konstantin Buszczyński, antiguo compañero de colegio de Conrad. Estaban tomando el té cuando un golpe en la puerta anunció la llegada de «un grupo de soldados de caballería austriacos», que «procedió a requisar todos los caballos y vehículos del lugar». Solo la conmovedora aparición de Jessie cojeando con sus dos bastones impidió que los soldados se llevaran el coche alquilado por los Conrad.[835] La familia regresó a Cracovia atravesando campos que parecían sembrados con dientes de dragón: por todas partes habían aparecido soldados que detenían carros y carruajes en la carretera y se llevaban los caballos. El Gran Hotel de Cracovia, que esa misma mañana había sido un templo de serenidad, rebosaba de «oficiales armados hasta los dientes y hombres que se tambaleaban bajo enormes fardos de equipaje».

[836] Mientras los Conrad estaban fuera, alguien había iniciado una guerra.

Conrad dijo que no había prestado atención cuando, a principios de julio, un amigo le preguntó qué pensaba acerca del asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de los Habsburgo. A Conrad no le había parecido diferente de cualquier

otro asesinato político sobre los que había leído a lo largo de los años: el presidente de Estados Unidos, el presidente de Francia, dos primeros ministros españoles, la emperatriz austrohúngara, el rey de Italia y el de Grecia, la mayoría de ellos cometidos por anarquistas.

Pero este fue diferente: fue la acción de un nacionalista serbio y provocó una fuerte reacción de Austria-Hungría, deseosa de reprimir tal disidencia antiimperial. Viena decidió tomar represalias y recibió un «cheque en blanco» de apoyo por parte de Alemania para hacerlo. Pero Serbia, a su vez, contaba con la protección de Rusia, que formaba parte de la Triple Entente junto con Gran Bretaña y Francia. Eso significaba que, si Austria declaraba la guerra a Serbia, Rusia declararía la guerra a Austria; si Rusia entraba en guerra con Austria, Alemania declararía la guerra a Rusia; si Alemania luchaba contra Rusia, Francia lucharía contra Alemania, y si Francia era atacada por Alemania a través de Bélgica, Gran Bretaña atacaría a Alemania.

En el periodo de una semana, cada «si» se convirtió en un

«cuándo». El día que los Conrad cruzaron el mar del Norte, Austria-Hungría rechazó la respuesta de Serbia a su ultimátum.[837] El día que los Conrad pasaron por Berlín, Austria declaró la guerra a Serbia (y en ese momento entendieron por qué la ciudad había parecido incómodamente tensa).[838] Los días que los Conrad pasaron haciendo turismo por Cracovia, Rusia se movilizaba para la guerra. El día que visitaban a Buszczyński, Austria, Alemania y Francia se movilizaron. El 3 de agosto, Alemania declaró la guerra a Francia; el 4 de agosto, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. Y los Conrad —todos ellos ciudadanos británicos— estaban en territorio austriaco, en el lado equivocado de las líneas enemigas.

Era como si Conrad y su familia se hubieran convertido de repente en personajes de uno de sus libros, arrinconados por el destino. El escritor describió Cracovia sumida en «un estado de sitio», con las líneas telegráficas y telefónicas cortadas, los periódicos censurados y el lugar hormigueando de soldados, aunque «con el comportamiento más amable que he visto».[839] Sabía que su nombre polaco le ofrecería cierta protección frente a un repentino internamiento como extranjero enemigo, pero salir de Austria-Hungría requeriría ahora pases especiales, por no decir nada del considerable esfuerzo logístico. Conrad aceptó la sugerencia de una prima de apartarse mientras tanto del camino del ejército yendo a alojarse en su hotel de Zakopane, en los montes Tatra, a cuatro horas en tren hacia el sur.

John pasó su octavo cumpleaños en el tren, yendo de una ventana a otra para poder echar un vistazo a la locomotora mientras recorría las colinas. Zakopane parecía una ciudad surgida del bosque, en forma de puntiagudos chalets de madera con tejados de tejas, impregnados del olor oscuro y limpio de los pinos. A pesar de que los Conrad se unieron a una multitud de «refugiados de varias nacionalidades […] aislados de todas las noticias y esperando pasar mucha hambre en poco tiempo», los alrededores del balneario hacían que su retiro tuviese el aroma de unas vacaciones de verano.

Borys, que hablaba bien francés y podía comunicarse con muchos de los polacos que se podían permitir veranear en Zakopane, se unía a los grupos de excursionistas y flirteaba con una chica en la pensión.

Jessie salía de compras por la ciudad con Aniela, la prima de Conrad, y daba pintorescos paseos por el campo con John. Conrad se puso al día con la generación más reciente de ficción polaca, que le prestó

Aniela, y con toda una generación de política polaca, que le describieron sus nuevos amigos en las mesas de los cafés de Zakopane.

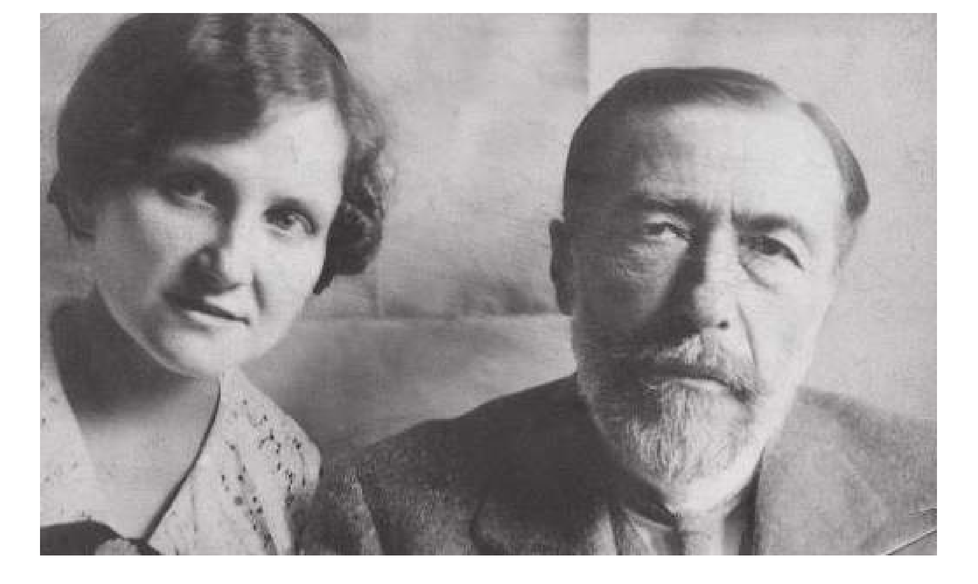
[840]

La guerra atrapó a Polonia, en palabras de Conrad, entre «la barbarie rusa» y «la civilización superficial y opresiva de Alemania».

[841] Los nacionalistas polacos, que ya habían tenido que soportar la partición de su país, veían ahora cómo se convertía en un campo de batalla entre las tres potencias particionistas. Algunos nacionalistas polacos esperaban que, al aliarse con el bando vencedor, obtendrían como recompensa la independencia; otros veían la guerra como una nueva y mortífera etapa en una lucha por el poder que seguiría asolando su país. «La pura desesperación de esta gente, que no veía más que la ruina y la extinción final», decía Conrad a Cunninghame Graham, era «muy difícil de soportar».[842]

Cada semana llegaban más refugiados, que bajaban de carros de caballos con poco más que la ropa que llevaban puesta; en un escaparate, Jessie vio «cientos de anillos de boda puestos a la venta» por emigrantes sin dinero.[843] Conrad se lanzó al reto de organizar la partida de la familia. Escribió a Galsworthy y Pinker para organizar transferencias de dinero. Consiguió que su editor estadounidense pidiera al embajador de Estados Unidos en Viena que expidiera documentos de tránsito. Trazó posibles rutas que podrían seguir hacia el oeste: Viena, Suiza, Burdeos; Viena, Italia, Marsella.

El verano perfumado de pinos se transformó en un otoño húmedo y helado. Los rusos ocuparon el este de la región de Galitzia en septiembre y avanzaron hacia el oeste en dirección a Zakopane. La mano y la rodilla de Conrad estaban rígidas a causa de la gota. Por



fin, a principios de octubre, la familia recibió permiso oficial para partir. Aunque escapaban de la guerra, no había forma de huir realmente de ella. Salieron de Zakopane bajo una intensa nevada, hasta una estación de ferrocarril cercana, en un carrito forrado con pieles de oveja infestadas de bichos, tiritando a pesar de las bolsas de agua caliente y los abrigos de pieles prestados. El viaje a Cracovia, que debería haber durado menos de cuatro horas, duró dieciocho «en un tren que olía a desinfectante y en el que resonaban los gemidos» de los soldados heridos. En la estación central de Cracovia esperaron otras doce horas para tomar otro tren a Viena.

Jessie llevó a John al baño a través de pasillos llenos de soldados heridos; al pasar por un puesto de vendajes, le puso la mano en los ojos al pequeño para que no viera «un enorme cubo lleno de despojos humanos». El viaje a Viena que debería haber durado menos de siete horas duró veintiséis, ya que el tren se detenía una y otra vez para cargar y descargar soldados enfermos y heridos. [844]

Conrad y su prima Aniela Zagórska.

Desde Viena, donde Jessie recordaba una heroica búsqueda por las estaciones de la ciudad para localizar un baúl perdido, tomaron un tren a Italia (John guardó en su memoria el gran coche rojo brillante en el que se montaron para ir a la estación), cruzaron una frontera custodiada por soldados alemanes (Borys recordaba que su padre pareció alcanzar de repente una «gran fluidez» en alemán para abrirse paso) y continuaron hasta Génova.[845] Una oportuna inyección de dinero de Pinker les permitió comprar un pasaje en un barco-correo

holandés —que volvía a casa desde Java— y llegaron a Inglaterra a principios de noviembre, más de cuatro meses después de su partida. Conrad había pasado casi todo el viaje en Polonia pensando cómo iban a volver a casa.

A pesar de que se pueden detectar las fallas, no se sabe dónde ni cuándo se producirá un terremoto. La experiencia de los Conrad en el verano de 1914 ilustró de forma dramática una característica fundamental de la Gran Guerra: casi nadie la vio venir, al menos no a esa escala. Las historias de personas atrapadas por el conflicto se convirtieron en una especie de género en el continente. Conrad recordaba con ironía que algunas personas le aseguraban que la guerra era «una imposibilidad material […] porque significaría la ruina total de todos los intereses materiales», un argumento que esgrimía el activista pacifista británico Norman Angell. [846] Pero en el invierno de 1915, cuando Conrad escribió un ensayo sobre el viaje

familiar, el conflicto se había convertido en una guerra de desgaste devoradora de hombres sin un final evidente a la vista.

El ensayo de Conrad «Poland Revisited» (Polonia revisitada) se basaba en la idea generalizada de que la guerra lo cambiaba todo.

Describía el viaje como si fuera un sueño dentro de otro sueño, anidando recuerdos de su lejana juventud dentro de una bruma de inocencia anterior a la guerra. «Lo que había emprendido era un viaje en el tiempo, hacia el pasado», y cada paso iba acompañado de recuerdos. Cuando abordaron el transbordador ferroviario en la estación de Liverpool Street, Conrad pensó en el día en que había llegado a aquella estación en 1878, «el año de la “Paz con Honor”», y caminó por las calles dickensianas para reunirse con su agente marítimo. [847] «Fue como el cierre de un ciclo de treinta y seis años». Mientras cruzaban el mar del Norte, recordó sus primeros viajes por aquellas aguas y los reconoció como «lo mismo de siempre»: «una extensión gris verdosa de agua sucia» bajo un cielo

«hecho de papel secante mojado». [848] Paseó con su hijo por Cracovia y recordó a su padre muerto.

La guerra dejó caer un velo sobre el rostro de la memoria. Estaba

«el Londres de antes de la guerra», centelleante de luz eléctrica, frente al Londres de la guerra, en penumbra. Estaba el mar del Norte en paz, «el mismo de siempre», frente al mar del Norte en guerra, «un gran campo de minas, sembrado densamente con las semillas del odio».

Estaba la anterior guerra paneuropea (napoleónica), cuando incluso los enemigos acérrimos tenían un sentido de honor y de respeto mutuo, frente al «sigiloso artificio asesino» de la guerra actual, equipada con la tecnología del retorcido «progreso». En la última escena del ensayo, Conrad

describe el momento en que se acerca a los Downs en la travesía de regreso, «lleno de recuerdos de mi vida en el mar», solo para salir bruscamente de su ensueño por la conmoción de la explosión de un proyectil en el continente. Se fijó en Jessie y vio que «ella también había sentido profundamente […] el débil estampido de los grandes cañones disparando en la costa de Flandes, forjando el futuro». [849]

Al igual que el libro de memorias de Conrad Crónica personal,

«Polonia Revisited» presentaba abundantes invenciones y omisiones autobiográficas. Conrad no había caminado por el Rynek de Cracovia solo con Borys, sintiéndose como un «extranjero canoso»; sus amigos polacos, los Retinger, estaban con él, y describieron la unión de manos con Conrad en patriótica solidaridad junto a la iglesia de Santa María para escuchar al corneta tocar el hejnał. Conrad escribió que quería escapar de las «sombras» de la generación de sus padres, «en su empalagoso aire de tumba que sabía a polvo y a la amarga vanidad de las viejas esperanzas», pero no escribió nada sobre la visita a la tumba de Apollo Korzeniowski, donde Borys recordaba haber visto a su padre, por primera y única vez, ponerse de rodillas y rezar.[850] Este tampoco mencionó haber mirado los papeles de Apollo en la Biblioteca Jaguelónica, que en Crónica personal había descrito cómo había visto a su padre quemarlos.

Un efecto obvio de estas maniobras literarias fue convertir «Poland Revisited» en una aseveración de la nacionalidad inglesa de Conrad, y eso en un momento en que algunos polacos luchaban contra Rusia, aliada de Gran Bretaña. En un pasaje prácticamente envuelto en la Union Jack, Conrad describía cómo volvía la vista atrás hacia su casa mientras se marchaban, «enclavada en el que quizá fuese el rincón más apacible de Kent», y cómo se llevó con él, en su mente,

«este pequeño fragmento de Gran Bretaña; unos pocos campos, una colina boscosa […] y aquí y allá un resplandor de pared roja y tejado de tejas […] todo ello envuelto en una suave y pacífica neblina. Y

sentí que todo esto me afectaba muy fuertemente […] que me era querido, no como una herencia, sino como una adquisición», como cuando uno se enamora.[851] No era coincidencia que Conrad hiciera

estas afirmaciones al mismo tiempo que se implicaba más que nunca en los asuntos polacos. A instancias de Józef Retinger, rompió con su práctica habitual de mantenerse al margen de la política al escribir una «Nota sobre el problema polaco» al Ministerio de Asuntos Exteriores en 1917, en la que sostenía que Europa Occidental tenía la «obligación moral» de defender a Polonia de Alemania y Rusia, y abogaba por «un protectorado anglofrancés»

como «la forma ideal de dar apoyo moral y material». [852]

No obstante, un efecto más sutil del ensayo de Conrad fue incluir la llegada de la guerra en una serie de reminiscencias, de modo que resultó ser una nueva página, en lugar de una nueva historia. No dijo casi nada sobre el largo viaje de vuelta a casa (que dominó los relatos de sus parientes), que se entrelazaba en cada etapa con el peligro y el daño del combate. En cambio, la guerra surgió en

«Poland Revisited» del mismo modo en que los acontecimientos críticos —como una explosión en Greenwich o un salto desde un barco— ocurrían tan a menudo en las novelas de Conrad: entre bastidores. A Conrad no le importaba tanto lo que realmente ocurría como la reacción de las personas ante ello. Su decisión, dentro del ensayo, de no hablarle a Borys de los fantasmas que vio revolotear por el Rynek de Cracovia era un eco de la mentira de Marlow a la prometida de Kurtz, una acción emprendida para preservar la

inocencia de alguien, y que se hacía eco de la forma en que tantos soldados eran incapaces de describir «el horror» del frente.

La guerra abrió un nuevo capítulo en la relación de Conrad con la memoria, la edad y el pasado. Un paseo nocturno por aquel apacible rincón de los home counties podía verse ahora interrumpido por «el zumbido de los motores de una aeronave llenando el aire tranquilo de la noche», y el té en el jardín con «el ruido sordo, tenue y constante de los cañones en Flandes».[853] Borys, que había estado loco por los coches desde niño, no fue a la Universidad de Sheffield, después de todo (suspendió el examen de ingreso), sino al Cuerpo de Transporte Mecánico del ejército. Conrad lo llevó en coche al campamento «el día en que tuvo que dejar atrás definitivamente su adolescencia. […] Le vi escurrirse entre un autobús y una furgoneta, y entonces crucé cojeando la calle, sintiéndome más viejo que

nunca».[854]

Conrad volvió al manuscrito que estaba escribiendo, una novela

titulada La línea de sombra. Contaba la historia de entrada en la mayoría de edad de un joven capitán en el golfo de Siam, y se basaba levemente en el periodo en el que Conrad capitaneaba el Otago, el mismo escenario que había adoptado para su obra de 1909 El copartícipe secreto. La tripulación había sufrido una misteriosa enfermedad tropical, y resultó que alguien había cambiado la quinina del botiquín por unos polvos inútiles. Guiar el barco a buen puerto llevó al capitán a cruzar la «línea de sombra»

que separa la juventud de la edad adulta. Excepcional entre sus obras más largas, la novela corta no contenía grandes flashbacks ni saltos hacia delante: una vez cruzada la línea, parecía decir, no hay vuelta atrás. Era tan inquietante y ominosa que algunos leyeron la

dedicatoria —«a Borys y a todos los que, como él, han cruzado al principio de su juventud la línea de sombra de su generación»— y concluyeron que Borys había sido asesinado. De hecho, el adolescente teniente Conrad fue destinado al frente occidental a principios de 1916 y escribió «alegres e infantiles cartas» a casa. Sus padres respondían enviándole «una caja de sorpresas de vez en cuando, como si aún estuviera en el colegio». [855] Aquel otoño, el sexagenario capitán Conrad revivió también un poco de su juventud, cuando aceptó el encargo de escribir algunos artículos de propaganda para el Almirantazgo. Visitó la base naval de Lowestoft y pasó dos días en un dragaminas, para dirigirse luego a Escocia para una travesía de doce días en un destructor señuelo disfrazado de buque mercante para atraer a los submarinos alemanes. Los boletines diarios de Conrad a Jessie —su «Querida Chica», su

«Queridísima Kittywick», su «propia mujer y la mejor de las amigas»— se convirtieron en el más íntimo de los registros escritos de su matrimonio, que ya duraba veinte años. [856] Menos naturales eran los artículos que escribió —«Done», «Confidence»—, que ofrecían versiones refritas de sus alabanzas en tiempo de paz a los

«hombres británicos cuya existencia material y moral está condicionada por su lealtad mutua y su fiel devoción a un barco».

[857] Parecen novelas de época. Y Conrad sospechaba que él mismo se estaba convirtiendo, en cierto modo, en una de estas novelas. En otro ensayo de tiempos de guerra, «Flight», describía un viaje en avión que le había obsequiado uno de los pilotos de la marina.

Durante ochenta minutos mágicos, Conrad se sintió como si lo hubieran congelado «en un bloque de mármol suspendido», paralizado

por la sombra del avión que avanzaba sobre la arrugada



lámina del mar. Desembarcó, dijo, seguro de que «nunca volvería a volar». No porque no le hubiera gustado, sino porque no soportaba la idea de dejarse seducir por el nuevo arte de la aviación cuando se sabía «un hombre demasiado viejo para su gloria».[858]

Conrad a bordo del HMS Ready en 1916.

A pesar de que el comienzo de la guerra le había pillado con el paso cambiado, Conrad no lo perdió a la hora de evaluar los retos de la paz. Sus amigos habían perdido hermanos e hijos. Borys había sido gaseado y bombardeado en las últimas semanas de la contienda y había regresado a casa para convalecer. Nellie Lyons, la criada de la familia durante tanto tiempo, murió de gripe, uno de los millones de víctimas de la pandemia mundial. El Día del Armisticio de 1918, Conrad contemplaba un continente flanqueado al este por los

bolcheviques, que se habían apoderado de Rusia en 1917, y al oeste por Estados Unidos, que había entrado en la guerra en 1917 y se disponía a «ocupar la cabecera de la mesa en la Conferencia de Paz»

de Versalles, mientras que «Europa en general» quedaría «relegada a

un segundo plano».[859] «El gran sacrificio se ha consumado, y el futuro mostrará lo que resultará de ello para las naciones de la tierra

—le dijo Conrad al novelista Hugh Walpole—. No puedo confesar que tenga la mente tranquila. Se han liberado catastróficamente grandes y ciegas fuerzas en todo el mundo». [860]

En Nostromo, quince años antes, Conrad había avanzado una

«teoría del futuro del mundo» que pronosticaba el ascenso de Estados Unidos. Pues bien: ya estaba aquí. El presidente Woodrow Wilson llegó a Versalles con «Catorce puntos», o principios, en torno a los cuales los Aliados estructurarían la paz. «El día de la conquista y el engrandecimiento ya ha pasado», anunció Wilson, y en adelante la autodeterminación nacional —no el imperialismo— debía constituir la base de las relaciones internacionales. Los imperios otomano, alemán y austrohúngaro se dividieron en estados nación aparentes y territorios bajo mandato, que serían gestionados por las potencias aliadas con la supervisión de la Sociedad de Naciones. [861]

El punto trece demandaba el establecimiento de «un Estado polaco independiente», algo que Conrad acogió con satisfacción, pero con una notable ausencia de entusiasmo. «La única justificación para el restablecimiento de Polonia es la necesidad política». (Aunque, incluso entonces, era más comprensivo que el economista John Maynard Keynes, quien se quejó de que «Polonia es una imposibilidad económica, sin más industria que la del hostigamiento a los judíos»). [862] Conrad sospechaba que «la

influencia estadounidense en los asuntos europeos no puede ser buena, debido a la crudeza e ignorancia de esos pueblos, respaldada por una gran fuerza material y un agudo sentido de su poder».[863]

Desde el punto de vista de Conrad, Wilson estaba dando forma a un mundo de Costaguanas: países cuya independencia solo duraría mientras las grandes potencias considerasen que merecía la pena.

La intuición de Conrad era correcta. Los mandatos de la Sociedad de Naciones revestían una forma de imperialismo en el lenguaje del internacionalismo, no muy diferente del Estado Libre del Congo de

1885.[864]

Se convirtió en un lugar común considerar la Gran Guerra como la crisis de un viejo orden. Para los pueblos de todo el mundo, especialmente fuera de Europa, el nacionalismo y el socialismo

democrático prometían la liberación de regímenes imperiales aún más restrictivos. Recurrieron a los principios wilsonianos pueblos tan diversos como el coreano, que buscaba independizarse del dominio japonés; el egipcio, que exigía la independencia de los británicos; el árabe, que esperaba establecer un Estado en el Hiyaz y el Levante, y el sionista, que buscaba el reconocimiento de un Estado judío en Palestina.[865] Ho Chi Minh firmó una carta dirigida a Wilson y al primer ministro francés Georges Clemenceau en busca de mayores derechos para Vietnam dentro del Imperio francés. Mohandas Gandhi organizó su primera protesta en toda la India contra el dominio británico. Los radicales chinos, en la república creada por Sun Yat-sen, trataron de anular los «Tratados de No Igualdad»

impuestos por Occidente.

Pero la evaluación de Conrad señalaba en qué formas la paz marcó una reacción al nuevo orden emergente de la globalización. A

juicio de Conrad, quizá la fuerza más ciega a la que era necesario temer era el bolchevismo, no obstante su promesa de acabar con el dominio de los «intereses materiales». A pesar de su amistad con Cunninghame Graham y otros socialistas, Conrad describió el

«socialismo internacional» como «algo a lo que no puedo atribuir ningún significado definido», por no hablar de esperanza.[866]

Atacó el auge del movimiento obrero en Gran Bretaña. «Para mí, la clase es, por definición, algo odioso. La única clase realmente digna de consideración es la de los hombres honrados y capaces, sea cual sea la esfera de la actividad humana a la que pertenezcan».[867]

También se mostraba escéptico ante un orden mundial emergente organizado en torno al nacionalismo. La creación de nuevos estados autorizó un auge del nacionalismo étnico, que ya se había expresado salvajemente en el genocidio de Armenia. Entre las potencias vencedoras de la guerra, el espíritu de revanchismo parecía obstaculizar las políticas sensatas de reconstrucción.

Así fue como Roger Casement, una vez más, se cruzó en el camino de Conrad. Casement había sido detenido por tráfico de armas desde Alemania en los prolegómenos del Alzamiento de Pascua de 1916, y condenado a muerte por alta traición. Muchos amigos de Conrad firmaron una petición de clemencia, pero el escritor se negó a añadir su nombre; no solo creía que el republicanismo irlandés era «una puñalada por la espalda», sobre todo porque sus viajes por los

imperios de Rusia, Austria-Hungría, Francia, los Países Bajos y Bélgica habían dejado intacta su fe romántica en el Imperio británico como algo mejor y diferente.[868]

«Ya en África juzgué que era un hombre, hablando con propiedad, que carecía de mente —dijo Conrad—. No quiero decir que fuese

estúpido. Quiero decir que era todo emoción. Se abrió camino por la fuerza de las emociones (informe sobre el Congo, Putumayo, etc.) y el puro emocionalismo ha acabado con él».[869] Era como si el fantasma de su tío Tadeusz se hubiera apoderado de la pluma de Conrad para tirar un disparo de despedida a Apollo Korzeniowski.

Conrad conocía de primera mano las opresiones del imperialismo, acerca de la inmigración, del peligro del nacionalismo y del poder del cambio económico y tecnológico. También sabía que el tribalismo no ofrecía ninguna cura para sus males. [870] «Nunca he sido capaz de encontrar en ningún libro ni en ninguna charla de ningún hombre nada lo bastante convincente como para oponerse ni por un momento a mi arraigado sentido de la fatalidad que gobierna este mundo habitado por el hombre —le dijo al filósofo pacifista Bertrand Russell —. Pero sé que usted no esperaría de mí que depositara mi fe en cualquier sistema».[871] Las únicas recetas que Conrad escribía eran para individuos. El capitán de La línea de sombra, sin medicinas disponibles para tratar a su tripulación enferma, busca apoyo en la sabiduría heredada de su «dinastía; continúa no en la sangre, desde luego, sino en la experiencia, en su formación, en su concepción del deber y en la bendita simplicidad de su punto de vista tradicional sobre la vida».[872] Conrad promovió los valores (tal como él los imaginaba) de la szlachta y la navegación a vela; los sueños del depresivo que a la vez dependía de ellos y dudaba de ellos, y la conciencia autocrítica del hombre blanco que viajaba a ultramar y veía los límites de su propia sociedad, aun sin entrar en las posibilidades de otras.

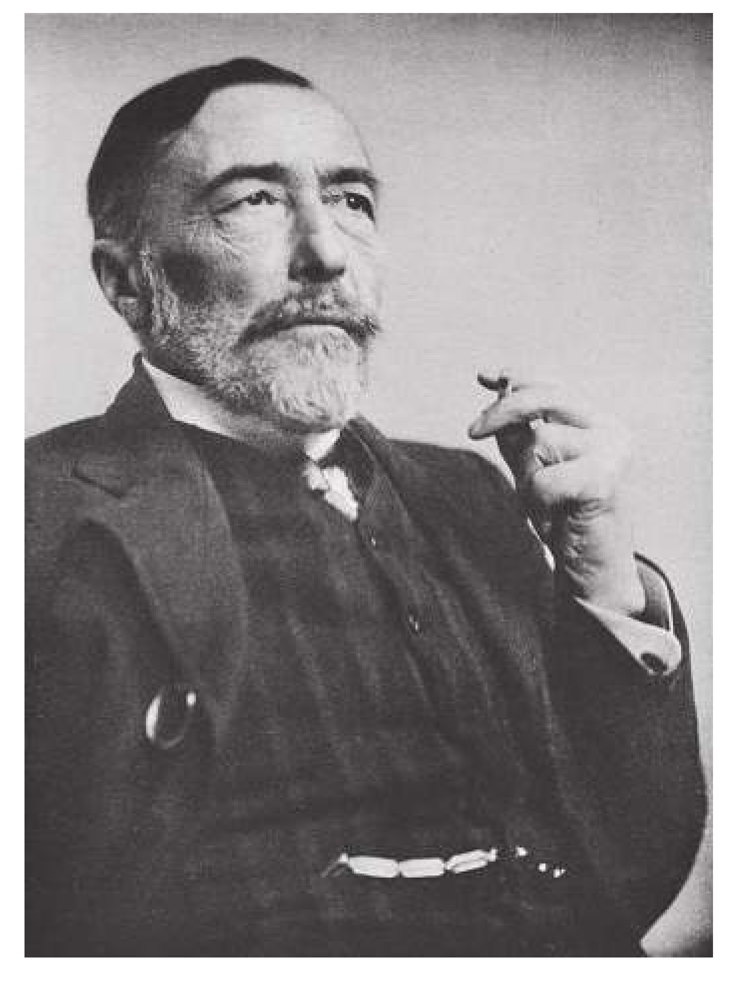
A pesar de que el inoportuno viaje a Polonia había pillado desprevenido a Conrad, la novela que había terminado dos meses

antes adquirió un nuevo impulso con la guerra. Combinando elementos del reino de los «intereses materiales» de Nostromo con la secuencia patusana de Lord Jim, la novela contaba la historia de un sueco llamado Axel Heyst en las Indias Orientales, perseguido por un celoso hotelero alemán y siniestro aventurero llamado Mr.

Jones. Al igual que Brown en Lord Jim, Jones, un «caballero prófugo»,

invadía el escondite de Heyst como un demonio de otro mundo. «Soy el mundo mismo, que ha venido a hacerte una visita», decía amenazadoramente.[873] Todos los personajes principales de la novela fueron asesinados o se suicidaron. ¿El título que Conrad dio a esta convergencia mortal? Victoria.

Conrad, autor superventas en vísperas de la guerra, emergió en la paz como una especie de institución. El primer análisis de su obra en forma de libro lo había publicado en 1914 un joven crítico escocés llamado Richard Curle, quien declaró que Conrad era uno de los escritores vivos más grandes, menos apreciados y más incomprendidos. «La obra de Conrad, de hecho, marca una nueva época» en la literatura, declaraba Curle. Aunque leerlo «exige esfuerzo, y hoy en día eso basta para condenar a cualquiera», Curle estaba «seguro de que el momento de Conrad está cerca y que una vez que su sol haya salido ya no se pondrá. No quiero decir, por supuesto, que llegue a ser popular […] sino que será genuinamente venerado».[874]



Retrato de Joseph Conrad por Alvin Langdon Coburn, 1916.

Conrad contemplaba el florecimiento de su fortuna con un sentimiento ambivalente, considerándolo a la vez demasiado tarde y quizá excesivo. «No tienes ni idea de lo mucho que me han aportado estos esfuerzos de segunda clase», se quejaba a Galsworthy por un relato de 1915 que «ganó ocho veces más que “Juventud” y seis veces más que El corazón de las tinieblas». [875] Ante el rumor de que iba a ser propuesto para la prestigiosa Orden del Mérito, Conrad respondió: «Estoy convencido de que K[ipling] es la persona adecuada y de que la O.M. no sería quizá un honor apropiado para mí que, cualesquiera que sean mis sentimientos más profundos, no

puedo reivindicar la literatura inglesa como mi herencia». Rechazó después los grados honoríficos de Oxford, Edimburgo, Cambridge y Yale, así como la oferta de ser nombrado caballero. El único galardón que le habría gustado aceptar, según dijo a su agente, era el Premio

Nobel, «ya que se trata de algo internacional, y no tiene tanto el carácter de un honor como el de una mera recompensa».

[876]

Conrad se había ganado el elogio de la crítica con sus primeras obras (Curle fue el primero en reivindicar Nostromo, en particular, como su mejor novela), pero las mayores ventas llegaron con una serie de obras, empezando por Azar, estructuralmente más sencillas, ambientadas en gran parte en Europa y protagonizadas por personajes femeninos. Cuando Conrad estaba escribiendo Lord Jim, ningún otro escritor importante había estado experimentando de la misma manera con la forma narrativa, pero cuando James Joyce estaba escribiendo Ulises, estaba escribiendo La flecha de oro, un melodrama de trama complicada centrado en una mujer fatal española y una red de tráfico de armas en Marsella (la madre de E.

M. Forster comentó con humor que hubiera sido mejor titularlo La flecha de plomo).[877] Mientras D. H. Lawrence escribía Mujeres enamoradas, Conrad terminó por fin El rescate, en letargo desde 1898, que se convirtió en un desgarbado híbrido de pesado romance y aventura flácida. Cuando E. M. Forster estaba escribiendo Pasaje a la India, Conrad escribía El pirata, una novela decididamente histórica sobre un viejo marinero francés que regresa a su pueblo durante las guerras napoleónicas. Como era de esperar, Conrad apenas tenía contacto con la nueva generación de escritores británicos de vanguardia, aunque mantuvo una buena amistad con

André Gide —quien supervisó la traducción de muchas de sus obras al francés— y en una ocasión invitó a almorzar a Paul Valéry y Maurice Ravel. (Varias de las novelas de Conrad habían sido traducidas también al polaco, y alguien incluso se ofreció a traducirlo al esperanto, que a él le parecía «una jerga monstruosa», pero si querían hacerlo, no tenía inconveniente). [878]

No había duda de dónde residía la mayor cantidad de admiradores de Conrad, que, irónicamente, era el centro del mundo por venir, Estados Unidos.[879] En 1919, La flecha de oro fue la segunda novela más vendida del país.[880] Los periódicos informaron de que

«en 1920, las ventas de los libros de Joseph Conrad fueron treinta y seis veces superiores a las de 1911» y de que «las ventas de Conrad en 1921 (junio) han alcanzado los trescientos mil ejemplares».[881]

El editor estadounidense de Conrad, Frank Doubleday, le insistía una y

otra vez para que diera una gira de conferencias por Estados Unidos, lo que aumentaría aún más sus ventas. Aquejado de gota, inquieto por hablar en público debido a su acento y reacio a visitar un país de cuyos valores desconfiaba, Conrad aceptó finalmente.

En abril de 1923, embarcó en el nuevo y elegante vapor de Anchor Line, el Tuscania, para realizar su primera travesía oceánica desde sus tiempos de marino («que necesite un billete para embarcarme en un buque en un viaje al extranjero me parece la cosa más absurda del mundo»), la primera del Atlántico hacia el oeste desde aquel «breve vistazo» a Latinoamérica casi cincuenta años antes.[882] Llegó a Nueva York diez días después y, para sorpresa suya, halló que era una celebridad. Nada más bajar del barco fue acosado por los periodistas y «apuntado por cuarenta cámaras que llevaban cuarenta hombres que parecían salidos de los

barrios bajos». Lo siguiente que le sucedió fue que una delegación de polacoestadounidenses «se abalanzó sobre mí en el muelle y me puso enormes ramos de flores en las manos». [883] Doubleday metió a Conrad en un coche que le esperaba y le llevó a la finca de la familia Doubleday en Oyster Bay.

La visita del escritor había sido anunciada en la portada de la revista Time; los periódicos lo aclamaban como «el mejor escritor vivo en lengua inglesa». Conrad dio una lectura privada en Nueva York, habló con periodistas, cenó con políticos y visitó los campus de Columbia, Yale y Harvard (donde «se rio a carcajadas del Museo Germánico», un pastiche de arquitectura medieval alemana, «porque le hacía gracia que el káiser le diera algo a Harvard»).[884] Regresó a Kent tras un mes en Estados Unidos, sorprendido por las personas

«abrumadoramente amables» y «muy humanas» que había conocido. [885]

Dejó a sus fans estadounidenses «borrachos de Conrad».[886]

Sus lectores norteamericanos más sofisticados apreciaron su innovación estilística y la forma en que, como dijo H. L. Mencken,

«no solo ve la aspiración de este hombre o el destino de aquella mujer, sino el abrumador alcance y la devastación de las fuerzas universales». [887] Esos fueron los dones que hicieron que un joven admirador —F. Scott Fitzgerald— estuviera tan ansioso por colarse en una fiesta que Doubleday organizó para Conrad, que bailó una jiga en el jardín delantero con la esperanza de que le invitaran a entrar. [888]

Sin embargo, las mujeres de la alta sociedad que se encapricharon de Conrad con seguridad respondían a la imagen hábilmente cultivada por Doubleday de un «explorador de los siete mares» que

venía a descubrir el Nuevo Mundo. [889] Conrad, en cierta medida, había fomentado la creación de su leyenda: por ejemplo, dejando que se sostuviera la falsa idea de que había participado en el tráfico de armas a España y aportando una serie de episodios autobiográficos en las notas del autor para la edición recopilada de sus obras de Doubleday.

Pero el viaje dejó a Conrad más desesperado que nunca «por liberarme de esa infernal historia de barcos y de esa obsesión de mi vida en el mar que tiene tanta relación con mi existencia literaria, con mi calidad como escritor, como pudo tener la enumeración de salones que Thackeray frecuentaba en su don como gran novelista.

Después de todo», refunfuñaba hablando con Richard Curle, «puede que haya sido marino, pero soy escritor de prosa».[890]

Conrad recurrió a Curle como conducto hacia sus futuros lectores.

El crítico, veinticinco años más joven, se había convertido en el amanuense de Conrad, y casi en un sucedáneo de hijo. Por un lado, Conrad le contaba anécdotas e interpretaciones, a sabiendas de que el joven sería guardián de su legado; por otro, le previno contra las interpretaciones literales. «¿No se te ha ocurrido nunca, mi querido Curle, que yo sabía lo que hacía al dejar en segundo plano los hechos de mi vida e incluso mis relatos? Lo explícito, querido amigo, es fatal para el glamour de toda obra artística, le roba toda insinuación y destruye toda ilusión». [891] Era como si Conrad estuviera haciendo de Marlow para Curle, narrando constantemente versiones de su historia mientras, al mismo tiempo, cuestionaba cuál de los relatos era realmente cierto.

Conrad reconoció que poder anotar un ensayo que Curle estaba escribiendo en 1923, titulado «The History of Mr. Conrad's Books»

(La historia de los libros del Sr. Conrad), representaba «una oportunidad, si no única, sí poco probable de que me vuelva a ocurrir» para corregir el registro de su vida. No obstante, había otro registro que no necesitaba edición; llegó en forma de cartas a su escritorio. La correspondencia de Conrad en los meses posteriores a su regreso de Estados Unidos parecía repetir su vida ante él en sentido inverso. Ahí estaba Ford Madox Ford, que le escribía desde París para organizar la

reimpresión de sus obras en coautoría.

También su «querido amigo» [en español en el original]

Cunninghame Graham, agradeciéndole un ejemplar de The Rover,

«casi digno de ser hermano gemelo de tu inmortal Nostromo».[892]

Una carta de Edward Garnett le recordaba a Conrad que hacía

«treinta años (casi exactamente) desde que desembarqué de forma definitiva. ¡Y al año siguiente comenzó nuestra amistad!

Directamente del mar a tus brazos, por así decirlo».[893] Un anciano anarquista envió a Conrad un panfleto sobre la explosión de Greenwich de 1894. [894] Conrad recibió una carta del capitán James Craig y del segundo maquinista del Fidat, que supusieron que no les recordaría, felicitándole por su éxito. [895] «Seguro que no creerán que haya olvidado mi paso por el Fidat —contestó Conrad—. Es una parte de mi vida en la mar a la que mi memoria vuelve con frecuencia».[896] Después de décadas de silencio, incluso tuvo noticias de una de las hijas de la familia con la que se había alojado en Dynevor Road durante sus primeros años en Londres. «Recuerdo lo bien que me trataron todos —respondió—, y cómo en mi viaje esperaba con impaciencia la calurosa e infalible bienvenida que me esperaba en su casa». [897]



Conrad en el jardín de Oswalds en 1924, con la mano derecha vendada por la gota.

La propia familia de Conrad regresó a Oswalds, una casa georgiana cerca de Canterbury que Conrad había alquilado desde 1919, durante el fin de semana festivo de agosto de 1924. El 2 de agosto John cumplía dieciocho años —diez desde que tomaron aquel tren a Zakopane en tiempos de guerra— y viajó a Kent desde El Havre, donde había estado estudiando francés. Jessie acababa de llegar a casa después de pasar varias semanas en una residencia de Canterbury, recuperándose de otra operación en la rodilla. Curle, casi un miembro más de la familia, se unió al grupo, y lo que era no tan habitual, Borys también, lo que supuso un acercamiento para

todos, ya que, tras años de lucha contra la neurosis de guerra, problemas para encontrar trabajo y acumulación de deudas (de tal palo tal astilla), Borys se había casado en secreto en 1922 con una mujer a la que sus padres no aprobaban. «Ni siquiera era de una buena clase trabajadora» decía Jessie.[898] Por fortuna, Borys acababa de encontrar un nuevo empleo y vino, no solo con su esposa Joan, sino también con el bebé Philip, el primer nieto de los Conrad.

Conrad pasó la mañana del sábado con Curle, hablando de su nueva novela, Suspense, ambientada en Italia durante las guerras napoleónicas. Salieron juntos a ver una casa cercana, con vistas al mar, a la que Conrad estaba pensando mudarse, pero este tuvo un ataque de dolor en el pecho en el coche y se volvieron. Se fue a la cama con lo que el médico diagnosticó como indigestión, aunque pronto empezó a costarle respirar y tuvieron que darle oxígeno. Por la noche se había recuperado lo suficiente como para charlar con los niños en su habitación, «apoyado en un montón de almohadas, con el inevitable cigarrillo humeando entre sus dedos».[899] A la mañana siguiente, se sintió lo bastante bien como para sentarse en la silla y saludar a gritos a Jessie (que estaba acostada en la habitación de al lado). Entonces todos en la casa oyeron un golpe.

Conrad había caído muerto de la silla, solo en su habitación, en una casa llena de familiares y amigos.

La mañana del funeral, en la iglesia católica de la antigua ciudad catedralicia de Canterbury, caía una ligera lluvia. Había un torneo de cricket, y mientras el cortejo fúnebre recorría las calles llenas de banderines y hombres vestidos de blancos uniformes de cricket, Robert Cunninghame Graham deseó que aquello no acabara nunca,

para poder disfrutar de los últimos momentos con Conrad. Pero mientras el coche hacía crujir la grava del camino hasta las puertas del cementerio, Graham vio que el sol se abría paso, sintió una agradable brisa marina y se preparó para despedirse. Llevaron el ataúd hasta la tumba y lo bajaron entre el murmullo de las oraciones en inglés. Graham dejó a su amigo «con las velas debidamente enrolladas, la cuerda colgando y ondeando al viento y el ancla echada en la amable tierra de Kentish». Sobre el lugar de descanso de Conrad, las gaviotas chillarían para siempre noticias del mar. [900]

Epílogo

Para que veáis

Mientras el avión descendía por la espesa selva que rodea Kisangani, por la megafonía sonaban canciones como «Let It Snow» o «Winter Wonderland». Era un día seco y luminoso en la Estación Interior, en el punto navegable más alto del gran río Congo. Una enorme mezquita a las afueras de la ciudad mostraba la influencia de los zanzibaríes, que antaño habían gobernado este lugar. La orilla del río estaba flanqueada por bungalós coloniales belgas con tejados oxidados, y fábricas de ladrillo abandonadas que se hundían en la tierra roja.

Aparte de un puñado de vuelos, prohibitivamente caros para los congoleños, la única forma de viajar entre Kisangani y Kinsasa es en barco, o mejor dicho, en barcaza. Embarcaciones del tamaño de un remolcador empujan flotillas de barcazas río abajo, y los pasajeros acampan en ellas al aire libre durante semanas, equipados con sus propias esteras para dormir, cubos para lavarse y cocinas de carbón.

Dado el escaso número de barcos que hacen el viaje, tuve suerte de encontrar uno que salía en una semana. Pertenecía a la mayor fábrica de cerveza del Congo, Bralima, y se dirigía río abajo con cuatro barcazas cargadas de cerveza Primus. Repleto de cajas de plástico amarillas, el Primus I parecía una versión en miniatura del portacontenedores en el que había navegado por el océano Índico, el CMA CGM Christophe Colomb.

Me instalé en una pequeña cabaña para el viaje de más de mil quinientos kilómetros. Ahuyentaba las moscas tse-tsé mientras releía El corazón de las tinieblas. La silueta del bosque pasaba a mi lado, interrumpida de vez en cuando por aldeas de chozas de paja sobre postes. Por encima de mí, en el puente, el capitán navegaba del mismo modo que lo había hecho Conrad, por experiencia y a ojo; su única ayuda era un libro de dibujos a vista de pájaro del río en franjas de diez kilómetros, cuyas páginas estaban desgastadas por los cientos de pulgares que las habían dejado suaves como franela.

En los tramos poco profundos, dos hombres sentados en la proa utilizaban postes para sondear y medir la profundidad, como había hecho la tripulación de Conrad.

Pero la jungla no se cerraba, no había sensación de amenaza y, en lugar de sentirme alienada por el entorno, me sentí acogida en una auténtica aldea flotante. Mientras Marlow apenas se había relacionado con su tripulación africana, yo pasaba todo el día con mis compañeros de viaje, cotilleando y hablando de política, preparando la comida, jugando al ngola (un juego de mesa similar al mankala), cuidando de los niños y escuchando música. Mientras que Conrad y sus compañeros temían los ataques desde tierra (y viceversa), apenas pasaba una hora sin que una piragua se acercara a nosotros desde las orillas del río. Los aldeanos vendían pescado, plátanos macho, mandioca y una gran variedad de carne de animales silvestres, desde gordos gusanos blancos hasta monos ahumados en estacas, y compraban a su vez lujos urbanos a los pasajeros: pasta de dientes, sal, galletas y pilas. Los sensacionalistas habían hecho que esperase desorden, amenaza e incluso peligro en el Congo; en cambio, lo que vi fue un montón de gente muy

emprendedora ocupándose de sus negocios. Incluso el propio río tenía un aspecto diferente al de la época de Conrad, salpicado de matojos flotantes de jacintos de agua, una especie invasora introducida en la década de 1950.

Había venido al Congo a buscar a Conrad, pero nunca lo había sentido tan lejos. Fue un rudo recordatorio de que, a pesar de todas las analogías, el principio del siglo xxi no es el final del xix. Había leído a Conrad después de la sonora crítica de Chinua Achebe, que me hizo ser consciente de los caducos prejuicios de Conrad y de los riesgos de utilizar mi propia voz de extranjero para decir lo que era

«de verdad» el Congo. Seguí las huellas de la globalización, que ha unido a más personas y lugares que en la época de Conrad, como lo demuestra el hecho de que la mayoría de los que íbamos a bordo habláramos un idioma común (francés) y que el barco se detuviera una noche para que todos pudieran reunirse en torno a un pequeño televisor alimentado por un generador para ver un partido de la Liga de Campeones de fútbol. También vi cómo los avances económicos y tecnológicos han mantenido las diferencias entre los que tienen y los que no tienen. Ninguno de los pueblos en los que nos detuvimos tenía electricidad ni agua corriente viables, por no hablar del acceso a sanidad moderna, carreteras o internet. La historia del Congo de Conrad siempre había hablado de algo más que de un lugar concreto. Su insistencia en el potencial universal del salvajismo y la vacuidad de la civilización explica por qué El corazón de las tinieblas se presta tan bien a la transposición. (A la luz de las propias influencias de Conrad, la reubicación de la historia en el Sudeste Asiático por Francis Ford Coppola en Apocalypse Now fue inusualmente acertada).

Es famosa la descripción que hizo Conrad del propósito del artista como «por el poder de la palabra escrita para hacerte oír, para hacerte sentir: es, ante todo, para hacerte ver». Me di cuenta de que lo que Conrad me había hecho ver era un conjunto de fuerzas cuyas formas quizá hayan cambiado, pero cuyos retos no. Los actuales corazones de las tinieblas se encuentran en otros lugares donde las misiones civilizadoras sirven de tapaderas para la explotación. Los herederos de los marinos tecnológicamente desplazados de Conrad se encuentran en industrias perturbadas por la digitalización. Los análogos de sus anarquistas se encuentran en los foros de internet o en las células terroristas. Los intereses materiales que centró en Estados Unidos emanan hoy también de China.

No es casualidad, dado el alcance global de la ficción de Conrad, que sus herederos literarios se hayan dispersado por todo el mundo.

Cuando Conrad murió en 1924, Robert Cunninghame Graham se sintió consternado por el silencio de la prensa británica ante el fallecimiento de uno de los más grandes escritores del país; incluso tuvo problemas para encontrar un editor para su propio texto de conmemoración. [901] De los escasos obituarios que aparecieron en publicaciones periódicas británicas, el más largo fue el de Virginia Woolf en el Times Literary Supplement. Aunque elogiaba las obras marineras de Conrad como clásicos perdurables, juzgaba sus novelas posteriores poco convincentes y atractivas sobre todo para «niños y jóvenes». [902] En términos que habrían enfurecido a Conrad, Woolf también enfatizaba su extranjería. «Nuestro invitado», le llamaba, destacando su «aire de misterio», su aspecto extraño y su «fuerte acento extranjero».[903]

Pero en otro obituario, Ernest Hemingway, de veinticinco años, recordaba haberse pasado la noche en vela leyendo a Conrad «como un borracho», engullendo cuatro novelas tan deprisa que se sentía

«como un joven que se hubiera cargado su patrimonio». Algunos, se burlaba Hemingway, decían que T. S. Eliot era un gran escritor y que Conrad no lo era. Pero si se pudiera hacer picadillo a Eliot, rociarlo sobre la tumba de Conrad y resucitar a Conrad, «me iría a Londres mañana temprano con una picadora de salchichas». [904] Puede que Hemingway no supiera que Eliot también era fan de Conrad. Utilizó un verso de El corazón de las tinieblas —«Mistah Kurtz-he dead»,

«El siñor Kurtz - s’ha muerto»— como epígrafe de su poema de 1925 «The Hollow Men».

Woolf y su círculo se resistían, pero Hemingway, Eliot, F. Scott Fitzgerald y Wil iam Faulkner interiorizaron a Conrad. Estos jóvenes estadounidenses, ajenos al establishment literario británico, fueron los primeros de una larga serie de autores inusualmente internacionales —junto con André Gide y Thomas Mann— que se inspiraron en Conrad. Como inmigrante, viajero, y, sobre todo, escritor en su lengua no materna, Conrad ha sido a la vez un modelo y una bestia negra para los autores poscoloniales, desde Achebe hasta V. S. Naipaul. Ha aparecido en las páginas de escritores latinoamericanos como Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Juan Gabriel Vásquez. Robert Stone, Joan Didion, Philip Roth y Ann Patchett, W. G. Sebald y John le Carré lo han citado como influencia. Graham Greene incluso eligió a su biógrafo, Norman Sherry, tras leer la obra de este sobre Conrad.

[905]

El propio Conrad podría quedar perplejo al saber que, un siglo

después de la Primera Guerra Mundial, los polacos son el grupo más numeroso de personas nacidas en el extranjero en Gran Bretaña. En Lowestoft, donde tocó tierra por primera vez en Inglaterra, hay una tienda polaca en High Street y un pub frente a la estación de tren llamado The Joseph Conrad. Esta parte de Inglaterra votó mayoritariamente a favor del Brexit en 2016, lo que quizá no sorprendió al inmigrante que había visto cómo oleadas anteriores de xenofobia se sucedían tras un periodo de apertura global.[906]

Un borrascoso día de verano inglés, visité a Conrad en su parcela de Kentish. Dos mujeres polacas habían venido a presentar sus respetos, y alguien había dejado una vela votiva ante la tosca lápida de granito de Conrad. En ella se había grabado un pareado de Faerie Queene, de Edmund Spenser, que Conrad había utilizado como epígrafe de su última novela publicada, El pirata:

Dormir tras el trabajo, puerto tras mares tormentosos,

calma tras la guerra, muerte tras la vida, son magnos placeres.

Sobre el verso estaba inscrito, en pequeñas letras negras, «Joseph Teador Conrad Korzeniowski». Empalmaba el «Joseph Conrad»

inglés con el nombre polaco con el que fue bautizado, «Józef Teodor Konrad Korzeniowski», aunque había un error en «Teodor».

Agradecimientos

Conocí a Joseph Conrad en mi clase de Inglés de undécimo curso, cuando mi profesora Heidi Dawidoff asignó la lectura de Lord Jim, y profundicé el conocimiento leyendo El corazón de las tinieblas en la asignatura de Inglés en cursos avanzados con James Pullman. Vaya a ellos mi agradecimiento inicial por abrirme la puerta al mundo de Conrad.

Fui a la universidad con la esperanza de especializarme en filología inglesa, pero un curso de historia impartido por Mark Kishlansky me despertó al poder de la narrativa histórica. En su lugar, me concentré en el programa de Historia y Literatura de Harvard, y cuando volví a leer a Conrad (El agente secreto) fue en un curso de historia. No es casualidad que la idea de un libro sobre Conrad y su época —un tema de historia y literatura por excelencia— surgiera en 2007, justo cuando regresaba a Harvard para dar clases. Este libro ha madurado al ritmo de mis años aquí.

Mis mayores deudas intelectuales se deben a mis colegas de la facultad, empezando por el propio Mark, fallecido en 2015, pero cuya defensa de la escritura de la historia como literatura sigue siendo una inspiración. Sunil Amrith, David Armitage, Caroline Elkins y Emma Rothschild han refinado constantemente mi perspectiva sobre la historia imperial y global británica. Peter Gordon, Alison Johnson, Mary Lewis y Charles Maier han enriquecido mi comprensión de la historia europea continental. He aprendido mucho

de las conversaciones con Niall Ferguson y Jill Lepore sobre el propósito de la historia y cómo escribirla. De Amanda Claybaugh, Luke Menand, Leah Price y Martin Puchner, he recibido lecciones indispensables sobre cómo leer literatura como un crítico.

Dos magníficos grupos de estudiantes universitarios en mi seminario «Los mundos de Joseph Conrad» me ofrecieron nuevas formas de interpretar y presentar este material. También he tenido la suerte de trabajar con magníficos estudiantes de posgrado —en particular Barnaby Crowcroft, Erik Linstrum y Mircea Raianu— y de aprender de sus nuevas preguntas y de sus originales investigaciones.

El personal del departamento de Historia y del Centro de Estudios Europeos —Paul Dzus, Elizabeth Johnson, Ann Kaufmann, Elaine Papoulias y Anna Popiel— han hecho que ir a la oficina parezca casi un placer. También quiero agradecer a los decanos Michael D. Smith y Nina Zipser, de la facultad de Artes y Ciencias, su generoso apoyo material y moral.

Tuve la oportunidad de poner a prueba partes de este proyecto ante diversos grupos de personas que me ofrecieron comentarios sumamente útiles. Mi agradecimiento a quienes me invitaron y escucharon en la Universidad de Columbia, Davidson College, la Universidad de Duke, la Universidad Johns Hopkins, el Mahindra Humanities Center de Harvard, el National History Center, el New York Institute for the Humanities, la Universidad de Nueva York, la Universidad Northwestern de Pomona, la Universidad de Princeton, la Universidad de California en Berkeley, la Universidad de Constanza, la Universidad de Maryland-Baltimore County, y en reuniones de la Joseph Conrad Society (Reino Unido), la New

Zealand Historical Association y la North American Conference on British Studies. Estoy especialmente agradecida a Peter Brooks, Sarah Cole, Susan Pedersen, Philip Stern y Judith Surkis por sus respuestas.

En el verano de 2013, David Miller me llevó a dar un paseo por los

rincones londinenses de Conrad e iniciamos una conversación sobre el autor que continuó hasta la repentina muerte de David, pocas semanas antes de que terminara este manuscrito. Entre las muchas cosas por las que estoy en deuda con David está el hecho de que me presentase a Keith Carabine, Laurence Davies y Allan Simmons, sin cuya meticulosa erudición sobre Conrad sencillamente no habría podido escribir este libro. Agradezco especialmente a Allan que accediera a revisar el manuscrito y a Keith que me llevara a la tumba de Conrad.

Mi investigación para este libro contó con el apoyo de una beca Guggenheim, y también me beneficié de una beca de investigación de corta duración en el St. John's College de Oxford. Tomasz Blusiewicz y Michael Tworek me proporcionaron una ayuda inestimable con las fuentes polacas; y Robert Foulke, Janet Polasky, Debora Silverman y Eric Tagliacozzo me dieron valiosas indicaciones sobre aspectos de la historia marítima, de Bélgica y de Malasia. No podría completar mi deuda con el mundo académico sin agradecer a Linda Colley su constante tutoría y el modelo de su propia erudición, y a David Cannadine su entusiasmo y aliento.

Aunque comencé este proyecto en archivos de Gran Bretaña y Singapur, asumiendo que el proceso de investigación se parecería al de mis libros anteriores, acabé acercándome más a Conrad a bordo de barcos. Tres viajes moldearon profundamente mi percepción del mundo de Conrad y la forma de escribir sobre él. Al capitán Thierry Robin y a la acogedora tripulación del CMA CGM Christophe Colomb les estoy inmensamente agradecida por una travesía oceánica inolvidable; su buena compañía garantizó que en tan largo viaje apenas hubiera periodo de tedio alguno. Estoy en deuda con el capitán Doug Nemeth, Daniel Brayton, la tripulación y los alumnos del Corwith Cramer C261 por un curso intensivo de marinería. Mi más sincero agradecimiento también a la Sea Education Association por permitirme embarcar en ese buque, y a Joyce Chaplin por sugerirlo.

Agradezco profundamente los consejos y la ayuda de las muchas personas que, con generosidad, respondieron a mis preguntas salidas de la nada sobre la logística de un viaje por el río Congo, como Philip Gourevitch, Nancy Rose Hunt, Michael Kavanagh, Jocelyn Kelly, Max McClellan, Arlette Nyembo, Chris Rosenkrans, Aaron Ross y Anjan Sundaram. Ote Mbili y Gerry Mulcaire fueron guías hábiles y geniales. Al capitán Moïse, a la tripulación y a los numerosos pasajeros que compartieron conmigo el viaje de mi vida a bordo de la ciudad flotante Primus I, les debo mucho más de lo que una simple palabra como «gracias» puede transmitir.

Me ha llevado mucho tiempo decidir cómo estructurar y redactar este libro. He aprendido mucho de las conversaciones con algunos de los autores más inspiradores que conozco: Wil iam Dalrymple, Nicholas Dawidoff, Geoff Dyer y Phyllis Rose. Fue Geoff quien allanó el camino para mi primer escrito sobre Conrad, como parte de una colaboración entre Artangel y A Room for London. También doy gracias al difunto Robert Silvers y a Stéphanie Giry que me dieran espacio en sus páginas para reflexionar sobre Conrad. Escribí gran

parte del libro en Yaddo y en la colonia MacDowell (como becaria de Stanford Calderwood), cuyo extraordinario apoyo a las artes parece poco menos que milagroso.

Numerosos amigos y colegas leyeron partes del manuscrito y ofrecieron sugerencias fundamentales para mejorarlo, entre ellos Jason Harding, Alison Johnson, Luke Menand, Martin Puchner, Marco Roth, Emma Rothschild, Kirsten Weld y Larry Wolff. Deborah y Rachel Cohen se enfrentaron a mis primeros borradores y respondieron con una combinación ideal de consejos y ánimos.

Amanda Claybaugh leyó todo el manuscrito, en algunos lugares dos veces, y me explicó lo que estaba tratando de decir mejor de lo que yo misma había sido capaz. Martin Quinn me proporcionó la corrección más minuciosa y perspicaz que he tenido nunca el privilegio de recibir. Phyllis Rose me ayudó a superar la línea de meta con una revisión indispensable del borrador final.

Aunque escribir este libro ha sido todo un reto, llevarlo a la imprenta ha sido de lo más sencillo, empezando por la experta dirección de Andrew Wylie y Sarah Chalfant. Ha sido un verdadero placer trabajar con Scott Moyers, que se ha mostrado comprometido, receptivo, reflexivo y sabio. También ha sido maravilloso escribir otro libro con Arabella Pike, la mejor defensora que podía esperar y una fuente inagotable de ánimo y consejos.

Estoy igualmente muy agradecida a los magníficos equipos editorial, de producción y de publicidad de Penguin Press, incluida Kiara Barrow, Beena Kamlani y Christopher Richards, y a Wil iam Collins por su compromiso con este libro.

«Escribir», dijo una vez Conrad, tiene lugar «en una soledad casi tan grande como la del barco en el mar». Sin embargo, incluso en

los momentos más solitarios, admitía, un escritor, como un marinero, puede apoyarse en esos «pocos amigos y parientes» que siguen siendo

«siempre distintivos, indudables, los únicos que importan».

He tenido la suerte de tener, dentro de unos pocos kilómetros cuadrados, lo que Conrad perdió tan pronto, a saber, el apoyo y la compañía de mi familia inmediata. Mis padres Jay y Sheila, mi hermano Alan, Luba y la ya no tan pequeña Nina, han contribuido a la concreción de este libro con todo tipo de cosas, desde conversaciones eruditas y asesoramiento profesional hasta comidas caseras, recogidas en el aeropuerto e incursiones en las aventuras de Tintín.

Sin embargo, al pasar tiempo con Conrad, cuya maravillosa capacidad para hacer amigos íntimos significaba que nunca estaba realmente solo, me he hecho especialmente consciente del poder sustentador de la amistad en mi propia vida. Muchos de mis amigos ya han viajado conmigo durante décadas y continentes, incluidos Duncan Chesney, Anna Dale, Michael Dresser, Josiah Osgood, Bahare Rashidi, Marco Roth, Neil Safier, Jesse Scott, Stephanie Snider, Kirk Swinehart, Nasser Zakariya y Julie Zikherman. Otros han ayudado a convertir Cambridge en un hogar, como Nir Eyal, Healan Gaston, Crate Herbert, Andy Jewett, Ian Miller, Kate Monaghan, Megan O'Grady, Leah Price, Martin Quinn, Lisa Randall, Dana Sajdi, Sharmila Sen y Heidi Voskuhl. Con Rachel Cohen y Matt, Sylvia y Tobias Boyle he disfrutado de una espectacular combinación de calidez, inteligencia y gusto por los tigres de juguete. Y con Amanda Claybaugh, Sam Haselby y Martin Puchner he descubierto una

«familia social» de inmenso compañerismo y perspicacia. Os dedico este libro a vosotros, mis amigos, mis anclas y mis velas.

Lista de ilustraciones

(por orden de aparición)

Anuncio aparecido en el Times, 25 de septiembre de 1878

Vista cenital de la City de Londres den 1880

Frontispicio de Hartmann the Anarchist, de Edward Fawcett (1893) Entrada correspondiente al Duke of Sutherland en el Lloyd's Register of British and Foreign Shipping (1867)

El Duke of Sutherland amarrado en el Circular Quay de Sídney, 1871

Certificado de aptitud de Conrad como capitán, 1886

El primer oficial Konrad Korzeniowski con los aprendices a bordo del Torrens, ca.

1893

Una calle de Singapur.

El Boat Quay en el río Singapur

Rutas de navegación en Singapur, ca. 1880

Documento de conocimiento de embarque (bil of lading) del SS Vidar Un río de Borneo en la época de Conrad

El Johnston Quay, Singapur

Noticia del hundimiento del Jeddah en The Pall Mall Gazette, 11 de agosto de 1880

Carta de navegación de Conrad del golfo de Siam

Fuente de Silvio Brabo en Amberes, inaugurada en 1887

Henry Morton Stanley en Londres después de «encontrar» a David Livingstone Tippu Tib en el Congo

Édouard Manduau, La Civilisation au Congo (1884-1885)

El Roi des Belges

Construcción de la vía férrea cerca de Matadi

Porteadores en el camino de Matadi a Léopoldvil e

Pirogues junto al Roi des Belges

Lista de mapas

(por orden de aparición)

África en la época de adulto de Conrad, dividida en colonias europeas
Mapa del Estado Libre del Congo

El Imperio estadounidense, 1904

Mapa de distancias de navegación reducidas por Centroamérica, 1901

Lecturas complementarias

Las notas finales de La guardia del amanecer incluyen una bibliografía de fuentes primarias y secundarias, pero dada la enorme cantidad de literatura publicada sobre Conrad y su época, estas páginas ofrecen algunas sugerencias para los lectores que deseen saber más sobre los temas tratados en este libro.

Casi todas las obras de ficción de Conrad se siguen imprimiendo y están disponibles en edición de bolsillo. Cambridge University Press publica versiones académicas definitivas de los textos en la serie The Cambridge Edition of the Works of Joseph Conrad, cuyos editores generales son J. H. Stape y Allan Simmons. El sitio web Conrad First (www.conradfirst.net), patrocinado por el departamento de Inglés de la Universidad de Uppsala, ofrece una relación autorizada de la historia de las publicaciones seriadas de Conrad.

No hay mejor lugar para conocer a Joseph Conrad fuera de su ficción que los nueve volúmenes de la magnífica obra The Collected Letters of Joseph Conrad (Cambridge, Cambridge University Press, 1983-2008), editada por Frederick R. Karl y Laurence Davies. Cada uno de sus volúmenes, meticulosamente anotados, cuenta con una magnífica introducción de Laurence Davies, que actúa como una biografía continua maravillosamente perspicaz. Dos colecciones editadas por Zdzisław Najder y traducidas al inglés por Halina Carroll-Najder presentan documentos polacos relacionados con Conrad, incluidas todas las cartas existentes de Tadeusz Bobrowski a

Conrad (Conrad's Polish Background: Letters to and from Polish Friends, Oxford, Oxford University Press, 1964) y la correspondencia entre Apollo y Ewa Korzeniowski (Conrad Under Familial Eyes, Cambridge, Cambridge University Press, 1983). Muchos familiares y amigos de Conrad escribieron memorias sobre él, como Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him (Garden City, Nueva York, Doubleday, Page, & Co., 1926 [hay trad. cast.: Joseph Conrad y su mundo, Madrid, Sexto Piso, 2011]); Borys Conrad, My Father Joseph Conrad (Nueva York, Coward-McCann, 1970); John Conrad, Joseph Conrad, Times Remembered: «Ojciec Jest Tutaj» (Cambridge, Cambridge

University Press, 1981), y Ford Madox Ford, Joseph Conrad: A Personal Remembrance (Boston, Little, Brown, 1924). Una buena selección de reminiscencias de amigos de Conrad —entre ellos John Galsworthy, H. G. Wells y Bertrand Russell— pueden encontrarse en el primer volumen de Joseph Conrad: Critical Assessments, editado por Keith Carabine (East Sussex, Reino Unido, Helm Information, 1992).

La primera biografía de Conrad fue escrita, con la colaboración de Conrad, por G. Jean-Aubry (Joseph Conrad: Life & Letters, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page, 1927), y a pesar de sus omisiones estratégicas y minuciosas descripciones románticas, sigue siendo un interesante retrato de Conrad tal como lo vio su primera generación de admiradores. La biografía reciente definitiva de Conrad es la concisa The Several Lives of Joseph Conrad, de J. H.

Stape (Nueva York, Pantheon, 2007 [hay trad. cast.: Las vidas de Joseph Conrad, Barcelona, Debolsillo, 2009]), que es particularmente sólida en los detalles de la carrera literaria de Conrad. Entre sus biografías más antiguas (las de Jocelyn Baines,

Frederick Karl y Jeffrey Meyers, entre otros), mi favorita es Joseph Conrad: A Life (2.ª ed.), de Zdzisław Najder (Rochester, Nueva York, Camden House, 2007), que ofrece el retrato más completo de los primeros años de Conrad y de su entorno polaco.

Desde que Richard Curle, Wilson Follett, James Huneker y H. L.

Mencken publicaron las primeras evaluaciones de la obra de Conrad en la década de 1910, los estudios sobre él han sufrido una caída, un auge y una reinvención, cuidadosamente analizados por John G.

Peters en Joseph Conrad’s Critical Reception (Cambridge Cambridge University Press, 2013). Los críticos de entreguerras tendían a considerar a Conrad demasiado difícil o demasiado simplista, demasiado pesimista o demasiado romántico, demasiado conservador o demasiado exótico. Justo después de la Segunda Guerra Mundial se produjo una importante revisión, cuando el crítico británico F. R. Leavis consolidó la posición de Conrad en el canon al nombrarlo uno de los tres autores de la «gran tradición» de la novela inglesa, marcada por la profundidad moral y la innovación estilística (The Great Tradition: George Eliot, Henry James, Joseph Conrad, Londres, Chatto & Windus, 1948). Morton Dauwen Zabel, contemporáneo de Leavis, situó simultáneamente a Conrad dentro del modernismo europeo.

Durante los treinta años siguientes, los estudios sobre Conrad

florecieron, con numerosos análisis de la psicología, el estilo y la política de su obra. Varios críticos sondearon la relación entre su biografía y su obra literaria. Uno de ellos fue Edward W. Said, que fue más tarde uno de los padres fundadores de los estudios poscoloniales, que escribió una perspicaz tesis doctoral sobre la ficción breve de Conrad, publicada con el título Joseph Conrad and

the Fiction of Autobiography (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1966). Otro fue Ian Watt, cuyo libro Conrad in the Nineteenth Century (Berkeley, University of California Press, 1979) sigue mereciendo la pena leer, tanto por sus poderosas interpretaciones de los primeros trabajos de Conrad como por su resumen de su vida. Y en un par de libros esenciales para el lector de Conrad con inclinaciones históricas, Norman Sherry buscó las fuentes reales de la ficción de Conrad en Conrad's Eastern World (Cambridge, Cambridge University Press, 1966), y Conrad's Western World (Cambridge, Cambridge University Press, 1971).

Conrad siguió siendo una figura importante para los críticos que trabajaban en los nuevos paradigmas teóricos de la década de 1980, entre ellos Fredric Jameson (The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1981) y J. Hil is Miller (Reading Conrad, John G. Peters y Jakob Lothe (eds.), Columbus, Ohio University Press, 2017). Pero el giro más significativo en la recepción de Conrad se produjo a raíz del ensayo de Chinua Achebe de 1977 «An Image of Africa». Casi de la noche a la mañana, Conrad pasó de ser canónico a controvertido, un punto álgido en el incipiente campo de los estudios poscoloniales. Entre las principales pugnas con Conrad como autor del imperialismo se encuentran Culture and Imperialism, de Edward Said (Nueva York, Knopf, 1994), y las monografías de Benita Parry, Conrad and Imperialism: Ideological Boundaries and Visionary Frontiers (Londres, Macmillan Press, 1983); Andrea White, Joseph Conrad and the Adventure Tradition: Constructing and Deconstructing the Imperial Subject (Cambridge, Cambridge University Press, 1993); Christopher GoGwilt, The Invention of the West: Joseph Conrad and

the Double-Mapping of Europe and Empire (Stanford, California, Stanford University Press, 1995) y Linda Dryden, Joseph Conrad and the Imperial Romance (Nueva York, St. Martin's Press, 2000). Terry Collits, Postcolonial Conrad: Paradoxes of Empire (Nueva York, Routledge, 2005), ofrece una panorámica reciente de las reacciones críticas a las novelas imperiales de Conrad.

Los estudiantes de literatura inglesa del siglo xxi se muestran muy

escépticos sobre la noción de canon, y aún más sobre el lugar que ocupa Conrad en él. Sin embargo, en cada año de la última década han aparecido al menos un centenar de libros, artículos y disertaciones sobre el autor. [*] Muchos de los mejores estudios en forma de artículo sobre Conrad se han publicado en Conradiana (Lubbock, Texas Tech University Press, 1968) y The Conradian: The Journal of the Joseph Conrad Society (Lincoln, Reino Unido, Joseph Conrad Society, 1980). Los lectores que busquen una introducción general a los estudios actuales sobre Conrad pueden empezar por Joseph Conrad in Context, editado por Allan Simmons (Cambridge, Cambridge University Press, 2009), o The New Cambridge Companion to Joseph Conrad, editado por J. H. Stape (Cambridge, Cambridge University Press, 2015). Una buena muestra de respuestas recientes se encuentra en Carola M. Kaplan, Peter Lancelot Mallios y Andrea White (eds.), Conrad in the Twenty-first Century (Nueva York, Routledge, 2005). The Oxford Reader's Companion to Conrad, editado por Owen Knowles y Gene M. Moore (Oxford, Oxford University Press, 2000), es una obra de referencia fidedigna e indispensable.

Aunque El corazón de las tinieblas acapara la mayor parte de la atención de los críticos, me han inspirado especialmente los nuevos

enfoques de otras partes de la obra de Conrad. Entre ellos, Conrad and Women, de Susan Jones (Oxford, Oxford University Press, 1999); el innovador enfoque de Margaret Cohen sobre la ficción marítima en The Novel and the Sea (Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 2010) y las nuevas valoraciones de El agente secreto efectuadas por Sarah Cole en At the Violet Hour: Modernism and Violence in England and Ireland (Nueva York, Oxford University Press, 2012) y Rebecca L. Walkowitz en Cosmopolitan Style: Modernism Beyond the Nation (Nueva York, Columbia University Press, 2006). Parece solo cuestión de tiempo que se produzca una oleada de estudios sobre el papel del capitalismo en la obra de Conrad (véase, por ejemplo, Regina Martin, «Absentee Capitalism and the Politics of Conrad's Imperial Novels», Publications of the Modern Language Association (PMLA) 130, núm. 3 (2015), pp.

584-598).

En la época de Conrad, la historia moderna se solía escribir al servicio del Estado nación. Sin embargo, La guardia del amanecer encaja en el floreciente campo de la historia global, que rastrea el movimiento del poder, las personas, el capital y las ideas a través de las fronteras nacionales e imperiales. Una historia sucinta y accesible de la globalización, tal y como yo trato el concepto en este libro, puede

hallarse en Globalization: A Short History (Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 2005) de Jürgen Osterhammel y Niel P. Petersson, pero la síntesis más destacada de la integración mundial en este periodo es, sin duda, The Birth of the Modern World 1780-1914: Global Connections and Comparisons (Malden, Reino

Unido, Blackwell, 2003) de C. A. Bayly. The Age of Empire: 18751914, de Eric Hobsbawm (Nueva York, Vintage, 1989) [hay trad. cast.: La era del imperio, 18751914, Barcelona, Crítica, 2013]

presenta una imagen asombrosamente erudita del mundo del cambio de siglo; mientras que The Empire Project: The Rise and British World-System, 1830-1970 (Cambridge, Cambridge University Press, 2009) [hay trad. cast.: El sueño del imperio, 1400-2000: auge y caída de las potencias globales, Barcelona, Taurus, 2012], de John Darwin, relata de manera magistral el papel del Imperio británico en la configuración de la globalización moderna. Cada año se publican nuevas y excelentes monografías sobre historia mundial; un modelo de los enfoques actuales puede encontrarse en los volúmenes A World Connecting, 1870-1945, editado por Emily S. Rosenberg (Cambridge, Massachusets, Belknap Press of Harvard University Press, 2012) y The Prospect of Global History, editado por James Belich, John Darwin, Margret Frenz y Chris Wickham (Oxford, Oxford University Press, 2016).

Cada una de las secciones de La guardia del amanecer se alza sobre los hombros de gigantescos corpus de erudición sobre lugares y temas. Una excelente introducción a la historia de Polonia en tiempos de Conrad es la de Piotr Wandycz, The Lands of Partitioned Poland, 1795-1918 (2.ª ed.), (Seattle, University of Washington Press, 1996). Timothy Snyder, The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999 (New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2003), sitúa el nacionalismo polaco del siglo xix en un contexto más amplio, y Kate Brown, en A Biography of No Place: From Ethnic Borderland to Soviet Heartland (Cambridge, Massachusets, Harvard University Press, 2005), ofrece

una historia imaginativa de las tierras fronterizas ruso-ucranianas de la juventud de Conrad. Una sólida introducción al anarquismo europeo puede encontrarse en el clásico de James Joll The Anarchists (Cambridge, Massachusets, Harvard University Press, 1964) [hay trad. cast: Los anarquistas, Barcelona, Grijalbo, 1972], mientras que Richard Bach Jensen, en The Battle Against Anarchist Terrorism: An International History, 1878-1934 (Cambridge, Cambridge University Press, 2014), ofrece la primera historia de la vigilancia antiterrorista

internacional. La política de asilo victoriana es el tema de un magnífico (y oportuno) libro de Caroline Shaw, Britannia's Embrace: Modern Humanitarianism and the Imperial Origins of Refugee Relief (Oxford, Oxford University Press, 2015).

La mejor introducción a la historia marítima británica del siglo xix

—aunque naval, no comercial— es The Rise and Fall of British Naval Mastery, de Paul M. Kennedy (Nueva York, Scribner, 1976). No existe una historia «de referencia» de la Marina mercante británica en un solo volumen, pero Masters Under God: Makers of Empire, 1817-1884 (Stroud, Reino Unido, History Press, 1999) y More Days, More Dollars: The Universal Bucket Chain, 1885-1920 (Stroud, Reino Unido, History Press, 2010), de Richard Woodman, hacen las veces de ello y son muy informativos; y para una visión general de la Marina mercante en tiempos de Conrad y posteriores, véase Europe and the Maritime World: A Twentieth-Century History (Cambridge, Cambridge University Press, 2012), de Michael B. Miller. Varias monografías recientes han explorado las actividades de los magnates, las empresas y las prácticas laborales del transporte marítimo, como la de Freda Harcourt, Flagships of Imperialism: The P&O Company and the Politics of Empire from Its Origins to 1867

(Manchester, Reino Unido, Manchester University Press, 2006), Leon Fink, Sweatshops at Sea: Merchant Seamen in the World's First Globalized Industry, from 1812 to the Present (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011), y Frances Steele, Oceania Under Steam: Sea Transport and the Cultures of Colonialism, c. 18701914

(Manchester, Reino Unido, Manchester University Press, 2014). Sobre el mundo marítimo en el Sudeste Asiático, véase la obra pionera de James Francis Warren The Sulu Zone 1768-1898: The Dynamics of External Trade, Slavery, and Ethnicity in the Transformation of a Southeast Asian Maritime State (Singapur, Singapore University Press, 1981), y Secret Trades, Porous Borders: Smuggling and States Along a Southeast Asian Frontier, 1865-1915 (New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2005), de Eric Tagliacozzo. The Longest Journey: Southeast Asians and the Pilgrimage to Mecca (Oxford, Oxford University Press, 2013), también de Eric Tagliacozzo, relata la historia del hajj en la época de Lord Jim, mientras que Channelling Mobilities: Migration and Globalization in the Suez Canal Region and Beyond, 1869-1914 (Cambridge, Cambridge University Press, 2013), de Valeska Huber, explora el mar Rojo como encrucijada mundial.

Los abusos cometidos en el Estado Libre del Congo han sido objeto de

uno de los mejores relatos históricos escritos en las últimas décadas, King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa (Boston, Houghton Mifflin, 1999), de Adam Hochschild [hay trad. cast.: El fantasma del rey Leopoldo: una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial (Barcelona, Península, 2020)], de lectura obligada para cualquier persona interesada en esta cuestión. También merece la pena consultar las

reflexiones de Hannah Arendt sobre El corazón de las tinieblas en la segunda parte de The Origins of Totalitarianism (Nueva York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1973) [hay trad. cast.: Los orígenes del totalitarismo, Madrid, Alianza, 2019] y la creativa reflexión de Sven Lindqvist sobre Conrad y el genocidio, «Exterminate All the Brutes», traducida al inglés por Joan Tate (Nueva York, New Press, 1996)

[hay trad. cast.: Exterminad a todos los salvajes, Madrid, Turner, 2004]. Para situar la historia del Estado Libre del Congo en un contexto más amplio, recomiendo la magnífica obra de David Van Reybrouck Congo: The Epic History of a People, traducida al inglés por Sam Garrett (Nueva York, Ecco, 2014) [hay trad. cast.: Congo, Barcelona, Taurus, 2019] y el clásico de Jan Vansina Paths in the Rainforest: Toward a History of Political Tradition in Equatorial Africa (Madison, University of Wisconsin Press, 1990). Nuevos y fascinantes estudios elaborados por historiadores de Bélgica han explorado las dimensiones metropolitanas del imperialismo belga en el Congo, incluido un trío de artículos de Debora Silverman sobre «Art Nouveau, Art of Darkness: African Lineages of Belgian Modernism», West 86th: A Journal of Decorative Arts, Design History, and Material Culture 18-20 (2011-2013); Guy Vanthemsche, Belgium and the Congo, 1885-1990 (Cambridge, Cambridge University Press, 2012) y Vincent Viaene, «King Leopold's Imperialism and the Origins of the Belgian Colonial Party, 1860-1905», Journal of Modern History 80, núm. 4 (diciembre de 2008), pp. 741-790.

El fenómeno del «imperialismo informal», como los historiadores describen el nexo de poder comercial y político que se presenta en Nostromo, fue esbozado en un artículo fundacional de Ronald Robinson y John Gallagher, «The Imperialism of Free Trade»,

Economic History Review 6, núm. 1 (agosto de 1953), pp. 1-15, y desde entonces lo han retomado varias historias económicas del Imperio británico, entre ellas P. J. Cain y A. G. Hopkins, British Imperialism: 1688-2000 (Londres, Longman, 1993); y Gary B. Magee y Andrew S. Thompson, Empire and Globalisation: Networks of People, Goods and Capital in the British World, c. 1850-1914

(Cambridge, Cambridge University Press, 2010). Sobre la influencia británica en Latinoamérica, véase D. C. M. Platt, Latin America and British Trade, 18061914 (Londres, A. & C. Black, 1972); Rory Miller, Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries (Londres, Longman, 1993); y Matthew Brown (ed.), Informal Empire in Latin America: Culture, Commerce and Capital (Oxford, Reino Unido, Blackwell, 2008). Las maniobras políticas que subyacen a la secesión de Panamá han sido magníficamente relatadas por David McCullough en The Path Between the Seas: The Creation of the Panama Canal, 18701914 (Nueva York, Simon & Schuster, 1977)

[hay trad. cast.: Un camino entre dos mares: la creación del canal de Panamá, Barcelona, Espasa, 2012]. Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910 (Durham, North Carolina, Duke University Press, 1978), de Charles Bergquist, profundiza en la guerra de los Mil Días de Colombia. The Idea of Greater Britain: Empire and The Future of the World Order, 1860-1900 (Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 2007), de Duncan Bell, ofrece un espléndido relato de las actitudes británicas ante el ascenso de Estados Unidos. El cautivador amigo de Conrad, R. B. Cunninghame Graham, ha sido objeto de una magnífica semblanza a cargo de Cedric Watts y Laurence Davies, Cunninghame Graham: A Critical Biography (Cambridge, Cambridge University Press, 1979).

Por último, ninguna sugerencia de lecturas adicionales estaría completa sin mencionar al menos algunas de las muchas novelas inspiradas en Conrad. Entre las cuales, Things Fall Apart (Nueva York, Penguin, 1994), de Chinua Achebe [hay trad. cast.: Todo se desmorona, Barcelona, Debolsillo, 2010]; A Bend in the River (Nueva York, Vintage, 1989), de V. S. Naipaul [hay trad. cast.: Un recodo en el río, Barcelona, Random House, 2009]; The Rings of Saturn, de W.

G. Sebald, traducida al inglés por Michael Hulse (Nueva York, New Directions, 2016) [hay trad. cast.: Los anillos de Saturno, una peregrinación inglesa, Barcelona, Anagrama, 2018], y Juan Gabriel Vásquez, The Secret History of Costaguana, traducida al inglés por Anne McLean (Nueva York, Riverhead, 2011) [Historia secreta de Costaguana, Barcelona, Alfaguara, 2016]. Que la lista continúe.

Abreviaturas

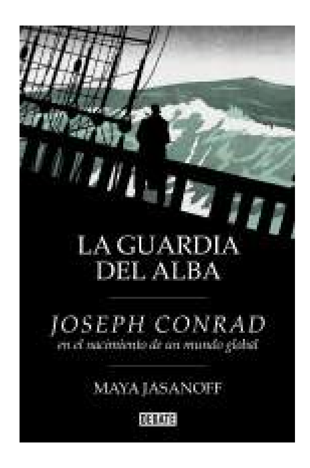
CL: Joseph Conrad, The Col ected Letters of Joseph Conrad, Frederick R.

Karl y Laurence Davies (eds.), 9 vols., Cambridge, Cambridge

University Press, 1983-2008. Vols. 1-6 editados por Laurence Davies, Frederick R. Karl y Owen Knowles. Vol. 7 editado por Laurence Davies y J. H. Stape. Vol. 8 (1923-1924) editado por Laurence Davies y Gene M. Moore. Vol. 9 editado por Laurence Davies, Owen Knowles, Gene M. Moore y J. H. Stape.

CPB: Zdzisław Najder (ed.), Conrad's Polish Background: Letters to and from Polish Friends, trad. de Halina Carrol , Londres, Oxford University Press, 1964.

CUFE: Zdzisław Najder (ed.), Conrad Under Familial Eyes: Texts, trad. de Halina Carrol -Najder, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.



Ganador del Premio Cundill de Historia

Libro destacado de The New York Times Book

Review

En el centenario de la muerte de Joseph

Conrad, una lúcida exploración de su vida y su

época, de la turbulenta globalización que vivió

y de la nuestra.

«Jasanoff es erudita, apasionada e inteligente;

lo tiene todo». Juan Gabriel Vásquez

«Iluminador, humano, extraordinario». John

Le Carré

Las migraciones, el terrorismo, las tensiones entre el capitalismo y los nacionalismos y la revolución de las comunicaciones de principios del siglo xx propulsaron el destino de Joseph Conrad. En esta magistral e innovadora interpretación de la biografía de una de las grandes voces de la literatura moderna, Maya Jasanoff presenta al autor como un auténtico profeta de lo global. Tras emigrar desde Polonia hasta Inglaterra, y en sus múltiples viajes (de Malasia al Congo, pasando por el Caribe), Conrad navegó por un planeta interconectado y lo plasmó en una obra literaria de extraordinaria profundidad. La historia de su vida es también la historia de la globalización y un veraz reflejo de las aspiraciones y los retos del mundo moderno.

La crítica ha dicho:

«Este brillante estudio combina biografía, crítica literaria y comentarios sobre nuestros tiempos. La vida de Conrad le proporcionó una visión única del progreso, el imperio y el capitalismo global».

The Guardian

«En su fascinante libro, La guardia del amanecer, Maya Jasanoff describe el contexto en que se escribieron los libros de Josep Conrad, y explica cómo cada uno de ellos fue una especie de ajuste de cuentas con la conquista occidental y el avance de la globalización

The New York Times

«Una revisión de la vida y obra de Joseph Conrad que se amplía

hasta convertirse en un estudio agudo y original del imperialismo europeo del siglo XIX y un mundo globalizado emergente».

Publishers Weekly

«Con su esclarecedora perspectiva histórica, Jasanoff entrega un relato de la vida que hizo que los inimitables escritos de Conrad no sólo fueran posibles, sino necesarios».

Los Angeles Review Of Books

Maya Jasanoff es catedrática de Historia en la Universidad de Harvard y autora de Edge of Empire: Lives, Culture, and Conquest in the East, 1750-1850 (2005) y Liberty's Exiles: American Loyalists in the Revolutionary World (2011), que recibió los premios National

Book Critics Circle de no ficción y George Washington Book. La guardia del amanecer se llevó el galardón Cundill de Historia y quedó entre los finalistas del James Tait Black de biografía en 2017.

Ese mismo año, recibió el premio Windham-Campbell en reconocimiento a su contribución a la literatura de no ficción. Fue presidenta del jurado del Premio Booker en 2021. Colabora frecuentemente con The New York Times, The Guardian y The New York Review of Books.

Prólogo: Uno de los nuestros

[1] Tom Burgis, The Looting Machine: Warlords, Oligarchs, Corporations, Smugglers, and the Theft of Africa's Wealth, Nueva York, Public Affairs, 2015, capítulo 2; Jason K. Stearns, Dancing in the Glory of Monsters: The Col apse of the Congo and the Great War of Africa, Nueva York, PublicAffairs, 2012; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrol o, Informe sobre Desarrol o Humano 2015: Trabajo al servicio del desarrol o humano, Nueva York, PNUD, 2015, pp. 208-211.

[2] Sean Rorison, Congo: Democratic Republic (2.ª ed.), Chalfont St. Peters, Buckinghamshire (Reino Unido), Bradt Travel Guides, 2012, p. 3.

[3] «Democratic Republic of the Congo Travel Warning», 29 de septiembre de 2016,

en

<https://travel.state.gov/content/passports/en/alerts

warnings/democratic-republic-of-the-congo-travel-warning.html>; Jeffrey

Gettleman, «Kinshasa, Congo, Is Locked Down as Protests Erupt Against Joseph Kabila», The New York Times, 19 de septiembre de 2016, en

<www.nytimes.com/2016/09/20/world/africa/congoprotests-joseph-kabila.html>; Robin Emmott, «European Union Prepares Sanctions over Congo Vote Delay», 17

de octubre de 2016, en <www.reuters.com/article/us-congo-politics-eu-idUSKBN12G0X9>; Aaron Ross, «Congo Security Forces Kil ed Dozens of Anti-Government Protestors: U.N.», 21 de octubre de 2016,

en <www.reuters.

com/article/us-congo-politics-un-idUSK CN12L13D>.

[4] Joseph Conrad [en adelante JC] a Karol Zagórski, 22 de mayo de 1890, CL, vol.1, p. 52.

[5] Chinua Achebe, «An Image of Africa», The Massachusetts Review 18, nún.

4, 1 de diciembre de 1977, pp. 788, 790.

[6] Barack Obama, Dreams from My Father, ed. rev., Nueva York, Three Rivers Press, 2004, pp. 102-103 [Hay trad. cast.: Los sueños de mi padre, trad. de Fernando Miranda Muro y Evaristo Paez Rasmussen, Barcelona, Debate, 2017].

[7] Véase Juan Gabriel Vásquez, «Remember the Future», en A London Address: The Artangel Essays, Londres, Granta, 2013.

[8] V. S. Naipaul, «Conrad's Darkness», The New York Review of Books, 17 de

octubre de 1974.

[9]

«Cosmic

Purposes:

Whitman's

"Passage

to

India"»,

en

<http://exhibitions.nypl.org/treasures/items/show/103> [Hay trad. cast.: «Viaje a la India», en Hojas de hierba, trad. de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán, José Antonio Gurpegui (ed.), Barcelona, Austral, 2011].

[10] La información de este párrafo está basada, entre otros, en: Eric

Hobsbawm,The Age of Empire, Nueva York: Vintage Books, 1989 [Hay. trad. cast.: La era del imperio, trad. de Juan José Faci Lacasta, Barcelona, Crítica, 2013]; A. G.

Hopkins (ed.), Globalization in World History, Nueva York: W. W. Norton, 2002; C.

A. Bayly, The Birth of the Modern World, 1780-1914: Global Connections and Comparisons, Malden (Massachusetts), Blackwel Publishing, 2004; Adam McKeown, «Global Migration, 1846-1940», Journal of World History 15, núm. 2, junio de 2004, pp. 155-189; Jürgen Osterhammel y Niels P. Petersson, Globalization: A Short History, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2005, trad. De Dona Geyer; John Darwin, After Tamerlane: The Rise and Fall of Global Empires, 1400-2000, Nueva York, Bloomsbury, 2009; Mark Mazower, Governing the World: The History of an Idea, Nueva York, Penguin Press, 2012; Jürgen Osterhammel, The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century, trad. Patrick Camil er (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2014); Charles S. Maier, Once Within Borders: Territories of Power, Wealth, and Belonging Since 1500 (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2016).

[11] Citado en Edward Garnett, «Introduction» a Joseph Conrad, Conrad's Prefaces to His Works, Nueva York, Haskel House, 1971, p. 28.

[12] JC a Marguerite Poradowska, ¿18? de agosto de 1894, CL, vol.1, p. 171.

[13] Este ejemplo lo he extraído de Rose George, Ninety Percent of Everything: Inside Shipping, the Invisible Industry That Puts Clothes on Your Back, Gas in Your Car, and Food on Your Plate, Nueva York, Metropolitan Books, 2013, p. 18. Véase también Marc Levenson, The Box: How the Shipping Industry Made the World Smaller and the World Economy Bigger, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2008.

[14] JC a Kazimierz Waliszewski, 5 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, p. 89.

[15] Edward W. Said, Joseph Conrad and the Fiction of Autobiography, Nueva York, Columbia University Press, 2008; Ian P. Watt, Conrad in the Nineteenth Century, Berkeley, University of California Press, 1979.

[16] Norman Sherry, Conrad's Eastern World, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1966; Norman Sherry, Conrad's Western World, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1971.

[17] Jocelyn Baines, Joseph Conrad: A Critical Biography, Westport (Connecticut), Greenwood Press,1975; Frederick Robert Karl, Joseph Conrad: The Three Lives, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1979; Zdzisław Najder, Joseph Conrad: A Life (2.ª ed.), Rochester (Nueva York) Camden House, 2007; John Stape, The Several Lives of Joseph Conrad, Nueva York, Pantheon Books, 2007

[Hay trad. cast.: Las vidas de Joseph Conrad, trad. de Ramon Vilà Vernis, Lumen, Barcelona, 2007]. Como se verá, en este libro me baso sobre todo en Naider, debido a su incomparable investigación sobre los años de juventud de Conrad.

[18] Karl Marx, The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte, trad. de Daniel De Leon, Chicago, Charles H. Kerr & Company, 1907, p. 5 [Hay trad. cast.: El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, Moscú, Progreso, 1969, p. 99].

[19] «Henry James: An Appreciation», en Joseph Conrad, Notes on Life and Letters, Garden City (Nueva York), Doubleday, Page & Co., 1924, p. 17 [Hay trad.

cast.: Notas de vida y letras, trad. de Carlos Sancho Rodrigo, Ediciones B, Barcelona, 1987].

[20] JC a Humphrey Milford, 15 de enero de 1907, CL, vol.3, p. 408.

[21] JC a F. N. Doubleday, 19 de mayo de 1916, CL, vol. 5, p. 589.

1. Ni hogar ni país

[22] A muchos de los lugares en los que Conrad pasó su infancia sus habitantes, de gran diversidad lingüística (polaco, ucraniano, yidis, alemán, ruso) les daban nombres distintos, con distintas ortografías y alfabetos, y es posible que Conrad l amara por sus nombres polacos a emplazamientos que con las fronteras político-lingüísticas de la actualidad se traducen de otra forma. Yo he optado por utilizar la ortografía de estos lugares tal como aparecen actualmente en los mapas, con la excepción de las ubicaciones que tienen un equivalente comúnmente aceptado (por ejemplo, Leópolis para Lwów/L’viv y Varsovia en lugar de Warszawa).

[23] «The Order of Baptism», The Offices of the Old Catholic Prayer-Book,

Oxford y Londres, James Parker & Co., 1876, p. 13; «Conrad’s Certificate of Baptism», CUFE, p. 31. Sobre el lugar de nacimiento de Conrad hay un extenso comentario en Zdzisław Najder, Joseph Conrad: A Life (2.ª ed.), Rochester (Nueva York), Camden House, 2007, pp. 10-12n.

[24] Piotr Stefan Wandycz, The Lands of Partitioned Poland, 1795-1918 (2.ª

impr. corregida), Seattle, University of Washington Press, 1996 (impr. de 1984), p.

17.

[25] Apol o Korzeniowski, «To my son born in the 85th year of Muscovite oppression», CUFE, pp. 32-33. Czesław Miłosz, «Apol o N. Korzeniowski: Joseph Conrad’s Father», Mosaic 6, núm. 4, 1973, p. 125.

[26] Sobre el significado de la expresión polaca «piszna Berdychiv», véase Julian Krzyzanowski (ed.), Nowaksie ‘ga przysłów i wyrażen ‘przysłowiowych polskich, Varsovia, PIW, 1969, vol. 1, p. 75. Mi agradecimiento a Tomasz Blusiewicz por la cita y por su explicación sobre la frase.

[27] Charles W. Calomiris y Larry Schweikart, «The Panic of 1857: Origins, Transmission, and Containment», The Journal of Economic History 51, núm. 4, diciembre de 1991, pp. 807-834.

[28] «Chronicle», The Annual Register, or a View of History and Politics of the Year 1857, Londres, impreso por F. & J. Rivington, 1858, p. 228.

[29] El mes del Hach terminó aquel año a finales de agosto, en <www.

muslimphilosophy.com/ip/hijri.htm>.

[30] Jan Vansina, Paths in the Rainforests: Toward a History of Political Tradition in Equatorial Africa, Madison, University of Wisconsin Press, 1990, capítulo 7.

[31] Robert Louis Gilmore y John Parker Harrison, «Juan Bernardo Elbers and the Introduction of Steam Navigation on the Magdalena River», The Hispanic American Historical Review 28, núm. 3, agosto de 1948, pp. 335-359; Jason McGraw, The Work of Recognition: Caribbean Colombia and the Post-emancipation Struggle for Citizenship, Chapel Hil , University of North Carolina Press, 2014, capítulo 3.

[32] Véase la obra teatral de 1896 Ubú Rey, de Alfred Jarry, que comienza en

«Polonia, es decir, en ninguna parte». Kate Brown retrata la región en la que Conrad pasó su infancia como un «no lugar» en A Biography of No Place, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2004.

[33] Wandycz, Lands of Partitioned Poland, pp. 4-5; Patrice M. Dabrowski,

Poland: The First Thousand Years, DeKalb (Il inois), NIU Press, 2014, pp. 132-135; Tadeusz Bobrowski, A Memoir of My Life, trad., ed. e introd. de Addison Bross, Boulder (Colorado), East European Monographs, 2008, pp. 14-19; Andrzej Walicki, Poland Between East and West: The Controversies over Self-definition and Modernization in Partitioned Poland, Cambridge (Massachusetts), Harvard Ukrainian Research Institute, 1994, pp. 10-11.

[34] Wandycz, Lands of Partitioned Poland, pp. 105-126; Norman Davies, God's Playground: A History of Poland, Nueva York, Columbia University Press, 1982, vol.

2, pp. 202-203, 232-245; Dabrowski, Poland: The First Thousand Years, pp. 319-321.

[35] Bobrowski, Memoir, pp.114-115,148.

[36] Ibid., pp. 272-273.

[37] Ibid., p. 10.

[38] Adam Mickiewicz, The Books and the Pilgrimage of the Polish Nation, Londres, James Ridgway, 1833, pp. 15-20 [Hay trad. cast.: Libros de la nación polaca y del peregrinaje polaco, Madrid, Cátedra, 2018].

[39] Jerzy Zdrada, «Apol o Korzeniowski's Poland and Muscovy» (trad. de Ewa Kowal revisada por REP), Yearbook of Conrad Studies (Poland) IV, 2008, pp. 25, 28. Hay una fotografía de Apol o de joven que, al pie, muestra su nombre escrito en letras árabes, testamento quizá de su época de estudiante de lenguas en San Petersburgo (Caja 16, Joseph Conrad Col ection, Beinecke Library, Universidad de Yale).

[40] Ibid., pp. 27-31.

[41] Bobrowski, Memoir, pp. 240-241; Najder, Joseph Conrad: A Life, pp. 5, 580-581.

[42] Bobrowski, Memoir, p. 237.

[43] Ibid., pp. 18-24.

[44] Roman Taborski, Apol o Korzeniowski, ostatni dramatopisarz

romantyczny, Wrocław, Zakład im Ossolińskich, 1957, capítulo 2.

[45] Apol o Korzeniowski [en adelante AK] a Tadeusz Bobrowski [en adelante TB], 11 de mayo de 1849, CUFE, p. 22.

[46] Buszczyński, citado en Miłosz, «Apol o N. Korzeniowski», p. 123; Bobrowski, Memoir, pp. 280-281.

[47] Bobrowski, Memoir, pp. 238-239, 280-281, 311.

[48] Ibid., pp. 300-303, notas pp. 304-305; Miłosz, «Apol o N. Korzeniowski», pp. 131-132. Cuando los campesinos ucranianos se alzaron en su propia rebelión en 1855, los szlachta huyeron ignominiosamente a la seguridad de las ciudades, dejando que las tropas rusas mataran a tiros a los siervos.

[49] Bobrowski, Memoir, pp. 311-312.

[50] Adam Mickiewicz, Konrad Wallenrod: An Historical Poem, trad. de Maude Ashurst Biggs, Londres, Trübner & Co., 1882, p. 82. Esta traducción al inglés, en concreto, fue realizada por una contemporánea casi exacta de Conrad y refleja el apoyo británico de la época al nacionalismo polaco: la traductora se crio en una familia de importantes reformadores y tradujo a Mickiewicz como parte de la implicación que mantuvo toda su vida en los asuntos polacos. («Maude Ashurst Biggs», en Jonathan Spain, «Biggs, Matilda Ashurst [1816/17-1866]», Oxford Dictionary of National Biography, Oxford University Press, 2004; edición online, mayo

de

2011,

<www.oxforddnb.com.ezp-prod1.hul.

harvard.edu/view/article/59172>).

[51] Adam Mickiewicz, Dorothea Prall Radin, y George Rapall Noyes, «Part III, Sc. II–V, Forefathers' Eve», The Slavonic Review 4, núm. 10, 1925, pp. 48-49.

[52] La hacienda pertenecía a la familia Sobański. Bobrowski, Memoir, pp. 239, 326.

[53] Citado en Zdrada, «Apol o Korzeniowski's Poland and Muscovy», p. 33.

[54] Wandycz, Lands of Partitioned Poland, p. 156.

[55] Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 14.

[56] Citado en Taborski, Apol o Korzeniowski, cit., p. 95.

[57] Ibid., p. 66.

[58] Miłosz, «Apol o N. Korzeniowski», cit., p. 126.

[59] Wandycz, Lands of Partitioned Poland, pp. 159-161; Dabrowski, Poland: The First Thousand Years, pp. 332-333.

[60] Bobrowski, Memoir, cit., pp. 384-389.

[61] JC a AK, [23 de mayo de 1861], CL, vol. 1, p. 3.

[62] Ewa Korzeniowska [en delante EK] a AK, 23 de mayo/4 de junio de1861, CUFE, p. 43; EK a AK, 5/17 de julio de 1861, CUFE, p. 53. Más tarde, John, el hijo de Conrad, señaló que su padre «tendía a ser demasiado generoso, especialmente con los vagabundos y las personas con mala suerte». John Conrad, Joseph

Conrad: Times Remembered, «Ojciec Jest Tutaj», Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1981, p. 201.

[63] EK a AK, 28 de mayo *9 de junio de 1861, CUFE, p. 44; EK a AK, 20 de junio* 2 de julio de 1861, CUFE, p. 51.

[64] EK a AK [n.d.], CUFE, p. 37; EK a AK, 23 de mayo / 4 de junio de 1861, CUFE, p. 41; Taborski, Apol o Korzeniowski, pp. 98-104. Bobrowski, Memoir, cit., pp. 378-395.

[65] EK a Antoni Pietkiewicz, 27 de julio / 8 de agosto de 1861, CUFE, p. 57.

[66] Stefan Buszczyński, Mało Znany Poeta, Cracovia, Drukarnia «Czas» W.

Kirchmayera, 1870, p. 37. Mi agradecimiento a Tomasz Blusiewicz por sus notas y su traducción de esta obra.

[67] Najder, Joseph Conrad: A Life, pp. 16-19; Taborski, Apol o Korzeniowski, p.

104. Los l amados chłopomani («filo campesinos») se vestían con atuendo campesino, se esforzaban por revivir el folklore rural,

etcétera. Bobrowski, Memoir, p. 442n.

[68] Davies, God's Playground, pp. 258-259; Taborski, Apol o Korzeniowski, p.

104; Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 18; Zdrada, «Apol o Korzeniowski's Poland and Muscovy», p. 36-37.

[69] EK a AK, 20 de junio / 2 de julio de 1861, CUFE, p. 51; EK a AK, [s. f.], CUFE, p. 37.

[70] EK a AK, 9/21 de junio de 1861, CUFE, pp. 45-46.

[71] EK a AK, 5/17 de julio de 1861, CUFE, p. 53.

[72] EK a AK, 19 de junio /1 de julio de 1861, CUFE, pp. 48-49.

[73] Wandycz, Lands of Partitioned Poland, pp. 166-167.

[74] Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 18; Zdrada, «Apol o Korzeniowski's Poland and Muscovy», p. 39.

[75] EK al señor y la señora Antoni Pietkiewicz, 19 de noviembre de 1861, CUFE, p. 59; Apol o Korzeniowski, «Poland and Muscovy», CUFE, p. 87.

[76] «The investigation and the court's verdict in the case of Apol o and Ewa Korzeniowski», CUFE, pp. 62-63. Véase también Zdrada, «Apol o Korzeniowski's Poland and Muscovy», pp. 42-44.

[77] Buszczyński, MałoZnany Poeta, p. 37. Las citas son de Apol o Korzeniowski,

«Poland and Muscovy», CUFE, pp. 76-88.

[78] Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 20.

[79] EK a Antoni Pietkiewicz, 7 de enero de 1862, CUFE, p. 61.

[80] Cito de y baso mi descripción de esta escena en EK a Antoni Pietkiewicz, 7

de enero de 1862, CUFE, pp. 60-61.

[81] JC a Wincenty Lutosławski, 9 de junio de 1897, CL, vol.1, p. 358.

[82] «The Investigation and the Court's Verdict in the Case of Apol o

and Ewa Korzeniowski», CUFE, pp. 62-63. Korzeniowski describe la escena en «Poland and Muscovy», CUFE, pp. 76-83. Cf. Buszczyński, Mało Znany Poeta, p. 37: «Se pronunció la sentencia de exilio a Perm. Como la sentencia era demasiado larga, los jueces interrumpieron la lectura y le dijeron que firmara. “Firmaré donde ustedes, señores, dejaron de leer”».

[83] Zdrada, «Apol o Korzeniowski's Poland and Muscovy», p. 44.

[84] En su fervientemente patriótica biografía, MałoZnany Poeta, Stefan Buszczyński cuenta: «El paso de Korzeniowski por Lituania fue un verdadero triunfo. En Białystok se reunió una multitud para saludarlo, pero los gendarmes y los cosacos los dispersaron a golpe de látigo» (p. 38).

[85] Bobrowski, Memoir, p. 396; AK a Gabriela y Jan Zagórski, 15/27 de junio de 1862, CUFE, p. 66.

[86] AK a Gabriela y Jan Zagórski, 15/27 de junio de 1862, CUFE, pp. 66-67; AK

a Gabriela y Jan Zagórski, 2/14 de octubre de 1862, CUFE, p. 70.

[87] AK a Gabriela y Jan Zagórski, 15/27 de junio de 1862, CUFE, p. 67.

[88] Apol o habla del fotógrafo, Stanisław Kraków, en su carta de junio a los Zagórskis. El nombre del estudio aparece impreso en el reverso de la foto.

[89] Wandycz, Lands of Partitioned Poland, pp. 197-199; Davies, God's Playground, pp. 259-266.

[90] Bobrowski, Memoir, p. 401.

[91] En sus memorias habla de veinte pupilos, Konrad Korzeniowski entre el os.

Ibid., p. 442.

[92] AK a Gabriela y Jan Zagórski, 15/27 de marzo de 1863, CUFE, p. 89.

[93] Richard Niland, Conrad and History, Oxford, Oxford University Press, 2010, pp. 27-32.

[94] Apol o Korzeniowski, «Poland and Muscovy», CUFE, pp. 75-84.

[95] AK a Gabriela y Jan Zagórski, 2/14 de octubre de 1862, CUFE, p. 70.

Najder, basándose en un expediente policial, fecha el traslado de la familia a Chernígov en enero de 1863 (pp. 22, 583n). Pero en una carta de mediados de

marzo de 1863, adjuntando una fotografía suya con dos amigos de Vológda, Apol o menciona que están a punto de celebrar el onomástico de un sacerdote polaco en Vológda, prueba de que todavía estaban allí en marzo. (AK a Gabriela y Jan Zagórski, 15/27 de marzo de 1863, CUFE, p. 90). Esto también concuerda con el recuerdo de Bobrowski de que l egaron a Chernígov «en el verano de 1863».

(Bobrowswki, Memoir, p. 397). Véase Zdrada, «Apol o Korzeniowski's Poland and Muscovy», p. 47n.

[96] AK a Kazimierz Kaszewski [26 de febrero de 1865] y AK a Kazimierz Kaszewski, 28 de febrero de 1865, CUFE, pp. 90-94.

[97] Buszczyński, Mało Znany Poeta, p. 40.

[98] AK a Kazimierz Kaszewski, 29 de mayo / 10 de junio de 1865, CUFE, pp.

95-96.

[99] AK a Gabriela y Jan Zagórski, 6/18 de enero de 1866, CUFE, p. 102.

[100] AK a Kazimierz Kaszewski, 6/18 de septiembre de 1865, CUFE, p. 97.

[101] AK a Kazimierz Kaszewski, 19/31 de octubre de 1865, CUFE, p. 100.

[102] AK a Gabriela y Jan Zagórski, 6/18 de enero de 1866, CUFE, p. 102.

[103] AK a Kazimierz Kaszewski, 10/22 de noviembre de 1866, CUFE, p. 105.

[104] AK a Kazimierz Kaszewski, 19/31 de octubre de 1865, CUFE, p. 100.

[105] AK a Kazimierz Kaszewski, 20 de enero / 1 de febrero de 1866, CUFE, p.

103.

[106] AK a Kazimierz Kaszewski, 10/22 de noviembre de 1866, CUFE, pp. 105-107.

[107] AK a Kazimierz Kaszewski, 7/19 de febrero de 1867, CUFE, p. 111.

[108] AK a Kazimierz Kaszewski, 10/22 de noviembre de 1866, CUFE, p. 105.

[109] Una fotografía de Apol o en 1868 se reproduce en Najder, Joseph Conrad: A Life, entre las pp. 360 y 361.

[110] Recuerdos de Jadwiga Kałuska, citada en Roman Dyboski, «From Conrad's Youth», CUFE, p. 138.

[111] AK a Kazimierz Kaszewski, 24 de junio de 1868, CUFE, pp. 118119.

[112] «Morze-Lud», en Taborski, Apol o Korzeniowski, p. 158. Mi agradecimiento a Tomasz Blusiewicz por la traducción.

[113] AK a Stefan Buszczyński, 5/17 de marzo de 1868, p. 113. La línea parafrasea al poeta Wincenty Kasiński (Taborski, Apol o Korzeniowski, p. 129).

Apol o desdeñaba la escena política de Leópolis, aunque la ciudad era en realidad

dos veces más grande que Cracovia y mucho más significativa desde el punto de vista político y cultural. Véase Larry Wolff, The Idea of Galicia: History and Fantasy in Habsburg Political Culture, Stanford, Stanford University Press, 2010, pp. 229-230; Lawrence D. Orton, «The Formation of Modern Cracow (18661914)», Austrian History Yearbook 19, núm. 1, enero de 1983, p. 107.

[114] Buszczyński, Mało Znany Poeta, p. 51.

[115] AK a Kazimierz Kaszewski, 20 de enero / 1 de febrero de 1866, CUFE, pp.

103-104. Muchas décadas después, Konstantin, el hijo de Buszczyński, contó que Stefan había puesto la inscripción «Resucitaré, Señor,

cuando me l ames; Pero déjame descansar, porque estoy muy cansado» sobre la lápida de Apol o. De hecho, en la tumba se lee: «Víctima del martirio moscovita». George Palmer Putnam, «Conrad in Cracow», CUFE, p. 143. (Véase la ilustración en Najder, Joseph Conrad: A Life, entre las pp. 360 y 361).

[116] «Description of Apol o Korzeniowski's funeral», CUFE, pp. 129-130.

[117] Teófila Bobrowska a Kazimierz Kaszewski, 12 de junio de 1869, CUFE, p.

131.

2. El punto de partida

[118] AK a Kazimierz Kaszewski, 24 de diciembre de 1868, CUFE, p. 123.

[119] Teófila Bobrowska a Kazimierz Kaszewski, 12 de junio de 1869, CUFE, p.

131

[120] Ibid. Tadeusz no fue nombrado oficialmente uno de los tutores de Konrad en Cracovia porque vivía en otro país, Rusia. Su única hija, una niña de aproximadamente la edad de Conrad, murió en 1871.

[121] TB a JC, 8/20 de septiembre de 1869, CUFE, pp. 34-35.

[122] AK, «To my son born in the 85th year of Muscovite oppression», CUFE, p.

32.

[123] «Tadeusz Bobrowski's "Document"», CPB, p. 183.

[124] Sus biógrafos no se ponen de acuerdo acerca de si Conrad asistió o no al gimnasio Santa Anne de Cracovia. El propio Conrad así lo afirmó y ofreció algunos detalles relativos a la escuela que corroboran su afirmación, pero Najder no

encontró rastro alguno de su nombre en los registros de estudiantes, ni la escuela figura en ninguna parte del «Documento» de Bobrowski. O bien los registros del gimnasio —por lo demás bien conservados— no anotaron su matrícula y Bobrowski tampoco pagó por el a, o bien, y más probablemente, para Conrad era más fácil (y más distinguido) explicar así su educación. Zdzisław Najder, Joseph Conrad: a life (2.ª ed.), Rochester (Nueva York), Camden House, 2007, pp. 38-39n.

[125] «Tadeusz Bobrowski's "Document"», CPB, pp.188-193.

[126] Recuerdos de Tekla Wojakowska, citada por Stefan Czosnowski en

«Conradiana», CUFE, p. 136.

[127] George Palmer Putnam, «Conradin Cracow», CUFE, pp. 142-143.

[128] Lawrence D. Orton, «The Formation of Modern Cracow (18661914)», Austrian History Yearbook 19, núm. 1 (enero de 1983), pp. 10517; Jerzy Dobrzycki, Hejnał Krakowski, Cracovia, PWM, 1983). Agradezco a Michael Tworek su ayuda con esta fuente en polaco.

[129] El fotógrafo era Walery Rzewuski. John Stape, The Several Lives of Joseph Conrad, Nueva York, Vintage, 2007, p. 22.

[130] Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 49.

[131] JC a Stefan Buszczyński, 14 de agosto de 1883, CL, vol. 1, pp. 7-8. Gustav Morf ha señalado que Buszczyński podría estar haciendo referencia a un poema de Juliusz Słowacki: «Porque sé bien que mi barco, / navegando por el ancho mundo,

/ no navegará hacia mi país». Gustave Morf, The Polish Shades and

Ghosts of Joseph Conrad, Nueva York, Astra Books, 1976, p. 84.

[132] «Poland Revisited», en Joseph Conrad, Notes on Life and Letters, Garden City (Nueva York), Doubleday, Page & Co., 1921, pp. 168-169.

[133] «Geography and Some Explorers», en Joseph Conrad, Last Essays, Richard Curle (ed. e introd.), Londres, J. M. Dent & Sons, 1926, pp. 10-17.

[134] Joseph Conrad, A Personal Record, Nueva York, Harper & Brothers, 1921, pp. 126-127 [Hay trad. cast.: Crónica personal, trad. de Miguel Martínez-Lage, Barcelona, Alba, 1998].

[135] Ibid., pp. 80-81.

[136] Ibid., pp. 82-83.

[137] Ibid., p.10.

[138] «Hacer que la vida polaca entre en la literatura inglesa no es una

ambición pequeña […] Y, sin embargo, se presenta fácilmente debido a la naturaleza íntima de la tarea y a los dos volúmenes de las Memorias de mi tío que tengo a mi disposición para refrescar mis recuerdos y asentar mis ideas». JC a J.

B. Pinker, [7] de octubre de 1908, CL, vol. 4, p. 138.

[139] Joseph Conrad, A Personal Record, pp. 52-53; Bobrowski, Memoir, pp.

280-281.

[140] Joseph Conrad, «Author's Note» (1919), en Joseph Conrad, A Personal Record, Zdzisław Najder y J. H. Stape (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 7.

[141] AK, «Poland and Muscovy», CUFE, p. 80.

[142] JC a R. B. Cunninghame Graham, December 20, 1897, CL, vol. 1, p. 425.

Para saber más sobre este pasaje, véase Edward Said, Joseph Conrad and the Fiction of Autobiography, Nueva York, Columbia University Press, 2008, capítulo 2.

Casi al mismo tiempo, Conrad caracterizó al artista, en el prefacio de El negro del Narcissus, como alguien que «habla con […] la sutil pero invencible convicción de solidaridad que une la soledad de innumerables corazones a la solidaridad en los sueños, en la alegría, en la tristeza, en las aspiraciones, en las ilusiones, en la esperanza, en el miedo». JC, The Nigger of the 'Narcissus': A Tale of Forecastle, Garden City, NY, Doubleday, Page & Co., 1914, pp. 8-9 [Hay trad. cast.: El negro del Narcissus, trad. de Ricardo Baeza, Sevil a, Renacimiento, 2014].

[143] Esta descripción la he tomado de Simon Bense, Les Heures Marseil aises (Marsel a, 1878) y Franciszek Ziejka, «Conrrad's Marseil es», Yearbook of Conrad Studies (Polonia), VII (2012): pp. 51-67. Tadeusz Bobrowski contó que a Conrad lo l amaban «Monsieur Georges», apodo que Conrad le puso más tarde al protagonista de La flecha de oro. TB a Stefan Buszczyński, 12/24 de marzo de 1879, CPB, p. 178.

[144] TB a JC, 27 de septiembre de 1876, CPB, pp. 37-38.

[145] TB a JC, 14/26 de octubre de 1876, CPB, pp. 39-45. «Tadeusz Bobrowski's

"Document"», CPB, pp. 194-195.

[146] TB a JC, 2/14 de septiembre de 1877, CPB, p. 51.

[147] TB a JC, 28 de julio / 8 de agosto de 1877, CPB, p. 48.

[148] Esta confabulación con el capitán del barco, Jean-Prosper Duteil, constituye la única verdad que es posible documentar de una de las historias que Conrad contaba con más frecuencia acerca de sus años en Marsel a, la de que

colaboró en el tráfico de armas para los carlistas españoles. El hecho de que no haya muchos registros sobre su estancia en Marsel a ha instado a algunos críticos a interpretar su novela de 1919, La flecha de oro, como autobiográfica en buena medida.

[149] TB a Stefan Buszczyński, 12/24 de marzo de 1879, CPB, p. 176.

[150] Décadas más tarde, John, el hijo de Conrad, observó en el pecho de su padre unas cicatrices que «parecían haber sido hechas con una espada o un machete». Conrad le contó que se había batido en duelo. John Conrad, Joseph Conrad: Times Remembered, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p.

181.

[151] TB a Buszczyński, 12/24 de marzo 1879, CPB, pp. 176-177.

[152] «Tadeusz Bobrowski's "Document", CPB, p. 198; Najder, Joseph Conrad: A Life, pp. 70-71.

3. Entre extraños

[153] Véase, entre otros, J. Thomson y Adolphe Smith, Street Life in London: With Permanent Photographic Il ustrations Taken from Life Expressly for This Publication, Londres, Sampson Low, Marston, Searle & Rivington, 1877;

«Cleopatra's Needle», Il ustrated London News, 21 de septiembre de 1878, p. 286; Wil iam John Gordon, The Horse-World of London, Londres, The Religious Tract Society, 1893.

[154] The Times, Londres, Inglaterra, 25 de septiembre, 1878.

[155] TB a JC, 26 de junio / 8 de julio de 1878, CPB, pp. 54-55.

[156] Bernard Porter, «The Asylum of Nations: Britain and the Refugees of 1848», y Andreas Fahrmeir, «British Exceptionalism in Perspective: Political Asylum in Continental Europe», en Sabine Freitag (ed.), Exiles from European Revolutions: Refugees in Mid-Victorian England, Nueva York, Berghahn Books, 2003, pp. 40, 43.

[157] Andrea Zemgulys, Modernism and the Locations of Literary Heritage, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 81.

[158] Cifras de población de [London County Council], County of London.

Census of London,1901..., Londres, London County Council, 1903, p. 17.

[159] Herbert Fry, London in 1880: Il ustrated with Bird's Eye Views of the Principal Streets, Londres, David Bogue, 1880, pp. 306-310.

[160] Joseph Conrad, A Personal Record, Nueva York, Harper & Brothers, 1921, p. 71.

[161] Joseph Conrad, «Poland Revisited», en Notes on Life and Letters, Garden City (Nueva York), Doubleday, Page & Co., 1921, pp. 152-154. Deliberadamente o no, hay varios errores fácticos en el relato de Conrad: no l egó a Londres a principios de septiembre sino a finales de septiembre; no era su primera visita a Londres sino la segunda; entonces no tenía diecinueve años, sino casi veintiuno.

[162] JC a Spiridion Klizczewski, 13 de octubre de 1885, CL, vol. 1, p.

12.

[163] British National Archives: HO144/177/A44314.

[164] «Author's Note», en Joseph Conrad, The Secret Agent, Londres, Penguin Classics, 2007, p. 250 [Hay trad. cast.: «Prefacio del Autor», en El agente secreto, trad. de Ana Goldar, Barcelona, Seix Barral, 1983]. (A partir de aquí, todas las citas de esta obra están extraídas de esta edición). «Cinco mil ones» era aproximadamente la población del Greater London a principios de la década de 1880. Cuando Conrad escribió esta nota, en 1920, la población solo del Inner London era de cuatro mil ones y medio, y el Greater London había superado los siete mil ones.

[165] Conrad, The Secret Agent, p. 12.

[166] Ibid., pp. 3-7.

[167] Ibid., pp. 35, 38, 40, 52-54, 56.

[168] Ibid., pp. 14, 22. En esa época, la embajada rusa estaba en realidad en Chesham House, en Chesham Place.

[169] Ibid., pp. 23-30.

[170] Ibid., pp. 56-57.

[171] Ibid., p. 68.

[172] Ibid., pp. 110-111.

[173] Ibid., pp. 117-118.

[174] Ibid., p. 148.

[175] Ibid., p. 166.

[176] Ibid., pp. 167, 179.

[177] Ibid., p. 175. Este «Personaje», como lo l ama Conrad, sir Ethelred, ha sido comparado con lord Salisbury, pero la descripción física («una larga cara

blanca, que remataba en una gran papada y parecía un huevo guarnecido por delgadas patil as grisáceas») tiene más parecido con sir Wil iam Harcourt, que fue ministro del Interior durante los atentados fenianos de la década de 1880.

(Andrew Roberts, Salisbury: Victorian Titan, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1999, p. 520).

[178] Conrad, The Secret Agent, p. 183.

[179] Ibid., pp. 195-197.

[180] Ibid., pp. 208-209.

[181] Ibid., p. 214.

[182] Ibid., pp. 216, 235.

[183] Ibid., pp. 244-246.

[184] Conrad, A Personal Record, p. 110.

[185] Hugh Epstein, «Bleak House and Conrad: The Presence of Dickens in Conrad's Writing», en Gene M. Moore, Owen Knowles y J. H. Stape (eds.), Conrad: Intertexts & Appropriations: Essays in Memory of Yves Hervouet, Ámsterdam, Rodopi, 1997, pp. 119-140.

[186] «The Assassination of the Emperor of Russia», Reynolds's Newspaper, Londres, Inglaterra, domingo 20 de marzo 1881, p. 1.

[187] TB a JC, 11/23 de septiembre de 1881, CPB, p. 79.

[188] Mikhail Bakunin, «Critique of the Marxist Theory of the State», en Sam Dolgoff (ed., trad., e intro.), Bakunin on Anarchy: Selected Works by the Activist-Founder of World Anarchism, Nueva York, Random House, 1971, p. 330.

[189] Mikhail Bakunin, «Letters to a French man on the Present Crisis», en ibid., pp. 195-196.

[190] El relato más completo de ese congreso se encuentra en Max Nettlau, Anarchisten und Sozial-Revolutionäre: Die historische Entwicklung des Anarchismus in den Jahren 1880-1886, Geschichte der Anarchie, vol. 3, Glashütten im Taunus, Alemania, D. Auvermann, 1972 [1931], pp. 187-231.

[191] Citado en Richard Bach Jensen, «Daggers, Rifles and Dynamite: Anarchist Terrorism in Nineteenth Century Europe», Terrorism and Political Violence 16, núm. 1, 1 de enero de 2004, pp. 116-153. Sobre el anarquismo en Londres durante este periodo puede verse: Pietro Di Paola, «The Spies Who Came In from the Heat: The International Surveil ance of the Anarchists in London», European History Quarterly

37, núm. 2, 2007, p. 192; Matthew Thomas, Anarchist Ideas and

Counter-Cultures in Britain, 18801914: Revolutions in Everyday Life, Aldershot, Hampshire (Reino Unido) Ashgate, 2005, p. 6; Alex Butterworth, The World That Never Was: A True Story of Dreamers, Schemers, Anarchists and Secret Agents, Nueva York, Pantheon Books, 2010, pp. 164-169; Bernard Porter, «The Freiheit Prosecutions, 1881-1882», The Historical Journal 23, núm. 4, 1980, pp. 833-856.

[192] Jensen, «Daggers, Rifles, and Dynamite», pp. 129-130.

[193] James Jol , The Anarchists (2.ª ed.), Cambridge, (Massachusetts), Harvard University Press, 1980, p. 109. El manual de Most sirvió de inspiración para el libro de Wil iam Powel The Anarchist Cookbook, de 1971.

[194] John M. Merriman, The Dynamite Club: How a Bombing in Fin-de-Siècle Paris Ignited the Age of Modern Terror, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2009, p. 75 [Hay trad. cast.: El club de la dinamita, Madrid, Siglo XXI, 2020].

[195] «Extraordinary Outrage in Salford», Glasgow Herald, Escocia, sábado 15

de enero de 1881, p. 4.

[196] «Al eged Discovery of Infernal Machines», The Pall Mall Gazette, Londres, Inglaterra, lunes 25 de julio de 1881, p. 8.

[197] «Terrific Explosion on the Underground Railway», Reynolds's Newspaper, Londres, Inglaterra, domingo 4 de noviembre de 1883, p. 4.

[198] John Sweeney, At Scotland Yard: Being the Experiences During Twenty-Seven Years' Service of John Sweeney, Londres, Grant Richards, 1904, pp. 21-22.

[199] «Dynamite Outrages», Il ustrated Police News, Londres, Inglaterra, sábado 31 de enero de 1885, Suplemento.

[200] Citado en Deaglán Ó Donghaile, «Anarchism, Antiimperialism and "The Doctrine of Dynamite"», Journal of Postcolonial Writing 46, núm. 3-4, julio de 2010, p. 293.

[201] Las bombas de los fenianos también atacaron algunos objetivos en Canadá: «Attempt to Blow Up the Court House at Montreal», The

Pall Mall Gazette, Londres, Inglaterra, lunes 5 de diciembre de 1881, p. 8; «The Dynamite Explosions at Quebec», The Pall Mall Gazette, Londres, Inglaterra, lunes 13 de octubre de 1884, p. 8.

[202] Haia Shpayer-Makov, The Ascent of the Detective: Police Sleuths in Victorian and Edwardian England, Oxford, Oxford University Press, 2011, pp. 52-56. Tanto la Ley de Sustancias Explosivas como una versión de la Special Branch (que se fusionó con el Comando Antiterrorista en 2006) siguen en activo.

[203] Sweeney, At Scotland Yard, pp. 31-32; Robert Anderson, The Lighter Side of My Official Life, Londres, Hodder and Stoughton, 1910, p. 109; Robert Anderson, Sidelights on the Home Rule Movement, Londres, John Murray, 1906, p.

127.

[204] El Daily News publicó una entrevista con un anarquista polaco residente en Suiza, que insinuaba la existencia de una gran conspiración terrorista. «Pueden l amarnos anarquistas, nihilistas, socialistas, fenianos, dinamiteros…, como quieran», le dijo el anarquista al periodista, «pero estamos unidos en una fabulosa hermandad» comprometida con «la igualdad y la libertad». El polaco apoyaba a los fenianos porque «Inglaterra trata a Irlanda tan mal como Rusia trata a Polonia; y los irlandeses, al igual que los polacos, tienen justificación para recurrir a cualquier medio para obtener su libertad». «An Interview with a Dynamitard», The Daily News, Londres, Inglaterra, martes 17 de marzo de 1885, p. 7. Este era uno de los diarios más importantes de Londres y es perfectamente posible que Conrad lo leyera en alguna ocasión. A principios de 1900, leyó y colaboró con el Daily News y trabó amistad con algunos de sus reporteros. Véase «The Daily News & Leader (London, UK)», en <www.conradfirst.net/view/periodical?id=91>.

[205] Butterworth, World That Never Was, p. 323.

[206] Merriman, Dynamite Club, pp. 77-86.

[207] Charles Malato, Les joyeus etés del’exil, Mauléon, France, Acratie, 1985, pp. 170-175.

[208] Matthew Thomas, Anarchist Ideas and Counter-Cultures in Britain, 18801914: Revolutions in Everyday Life, Burlington (Vermont), Ashgate, 2005, pp. 10-11; Malato, Les joyeusetés de l’exil, p. 59; Sweeney, At Scotland Yard, pp. 36, 219; W. C. Hart, Confessions of an Anarchist, Londres, E. Grant Richards, 1906, pp. 91-94.

[209] Robert Hampson, Conrad’s Secrets, Basingstoke (Reino Unido), Palgrave Macmil an, 2012, pp. 89-91.

[210] Isabel Meredith, A Girl Among the Anarchists, Londres, Duckworth, 1903, capítulo 6.

[211] «The Anarchists in London», The Pall Mall Gazette, Londres, Inglaterra, martes 13 de febrero de 1894, p. 1.

[212] Edward Douglas Fawcett, Hartmann the Anarchist: Or, The Doom of the Great City, Londres, E. Arnold, 1893, p. 148. (Fawcett era el hermano mayor del

explorador del Amazonas Percy Fawcett). Es posible que Fawcett tomara el nombre de un anarquista real, Lev Hartmann, miembro de La Voluntad del Pueblo, que había estado exiliado en Inglaterra desde 1880 (Butterworth, World That Never Was, p. 156). También es posible que Fawcett se hubiera topado con el poeta medio alemán medio japonés Carl Sadakichi Hartmann, que visitó Londres en 1888 (donde se relacionó, entre otros, con los Rossetti) y, junto con Emma Goldman, lanzó el periódico anarquista estadounidense Mother Earth. (George Knox,

«Sadakichi

Hartmann's

Life

and

Carreer»,

en

<www.english.il inois.edu/maps/poets/g_l/hartmann/life.htm>).

[213] Esta imagen aparece como frontispicio del libro publicado y en una serie de The English Il ustrated Magazine (vol. 10, Londres, Edward Arnold, 1893, p.

741). El ilustrador Fred Jane publicó Al the World's Fighting Ships en 1898, la primera producción de lo que se convirtió en la firma de publicaciones especializadas en inteligencia militar Jane's Information Group.

[214] Meredith, Girl Among the Anarchists, capítulo 5; Hart, Confessions of an Anarchist, p. 18.

[215] Sweeney, At Scotland Yard, pp. 35-36.

[216] Ernest Alfred Vizetel y, The Anarchists, Their Faith and Their Record, Including Sidelights on the Royal and Other Personages Who Have Been Assassinated, Londres, John Lane, 1911, p. 165.

[217] Véase, entre otros: «Explosion in Greenwich Park», The Times, Londres, Ingaterra, viernes 16 de febrero de 1894, p. 5; «The Explosion in Greenwich Park», The Daily News, Londres, Inglaterra, sábado 17 de febrero de 1894, p. 5;

«Anarchists in London», The Standard, Londres, Inglaterra, sábado 17 de febrero de 1894, p. 3.

[218] Norman Sherry, Conrad's Western World, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, pp. 230-231; David Nicol , The Greenwich Mystery: Letters from the Dead, Londres, David Nicol , 1898, p. 379.

[219] Conrad, Nota del autor (1920), The Secret Agent, p. 248.

[220] Conrad dijo más tarde que en esa época no había estado en Inglaterra, aunque sí lo había hecho. Sobre las evasivas de Conrad puede verse Jacques Berthoud, «The Secret Agent», en J. H. Stape (ed.), The Cambridge Companion to Joseph Conrad, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1996, pp.

101-103.

[221] Marie Corel i, The Sorrows of Satan: Or, the Strange Experience of One Geoffrey Tempest, Mil ionaire: a Romance, Londres, Methuen, 1895; Hall Caine, The Christian: A Story, Londres, W. Heinemann, 1897.

[222] Meredith, Girl Among the Anarchists, capítulo 2.

[223] «Bourdin's Funeral», The St. James Gazette, reproducido en Mary Burgoyne, «Conrad Among the Anarchists: Documents on Martial Bourdin and the Greenwich Bombing», The Conradian 32, núm. 1, 2007, pp. 172-174.

[224] Judith Walkowitz, Nights Out: Life in Cosmopolitan London, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2012, capítulo 1.

[225] JC a R. B. Cunninghame Graham, 7 de octubre de 1907, CL, vol. 3, p. 491.

[226] JC a Algernon Methuen, 7 de noviembre de 1906, CL, vol. 3, p. 371.

[227] JC a John Galsworthy, 12 de septiembre de 1906, CL, vol. 3, p. 354.

[228] Conrad, Author's Note (1920), The Secret Agent, p. 249.

[229] Esta descripción la repitió varias veces. Para R. B. Cunninghame Graham:

«una nueva incursión en la escritura de género y […] un empeño sostenido en el tratamiento irónico de un tema melodramático» (7 de octubre de 1907, CL, vol. 3, p. 491). A Marguerite Poradowska: «Creo que he conseguido tratar un tema esencialmente melodramático mediante la ironía. Ese era el objetivo artístico que me propuse, porque, estás en lo cierto, la anarquía y los anarquistas no me interesan apenas. No sé casi nada de la doctrina y nada en absoluto sobre sus hombres. Todo es inventado» (20 de junio de 1912, CL, vol. 5, p. 76). Y en la nota del autor: «Incluso el propósito puramente artístico, el de aplicar un método irónico a un tema de ese tipo, fue formulado […] con la sincera creencia de que el tratamiento irónico por sí solo me permitiría decir todo lo que pensara que tuviera que decir tanto con desprecio y al tiempo lástima» (p. 251).

[230] Wayne Booth, The Rhetoric of Irony, Chicago, University of Chicago Press, 1974, p. 33; Aaron Matz, Satire in an Age of Realism, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 142-145, 166-172.

[231] Nota del autor (1919) en Joseph Conrad, A Personal Record, Zdzisław Najder y J. H. Stape (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 8.

[232] JC a Kazimierz Waliszewski, 5 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, p. 89.

[233] JC a R. B. Cunninghame Graham, 7 de octubre de 1907, CL, vol. 3, p. 491.

[234] JC a Edward Garnett, 20 de enero de 1900, CL, vol. 2, p. 246.

[235] Board of Trade, (AlienImmigration): Reports on the Volume and Effects of

Recent Immigration from Eastern Europe into the United Kingdom, Londres, H. M.

Stationery Office, 1894. Los inspectores no encontraron pruebas claras de que la inmigración judía incidiera en la reducción de salarios, demostraron que las condiciones sanitarias estaban mejorando y desestimaron las quejas sobre la criminalidad judía. Los «prejuicios de raza, religión o costumbres» podrían ser los responsables de la «actitud negativa de la población no judía hacia los inmigrantes extranjeros, independientemente de cualquier cuestión de interferencia económica o social» (p. 136).

[236] Sweeney, At Scotland Yard, pp. 235-238, 279.

[237] Caroline Shaw, Britannia's Embrace: Modern Humanitarianism and the Imperial Origins of Refugee Relief, Oxford, Oxford University Press, 2015, p. 234.

Véase también «Commons Sitting of Monday», 10 de julio de 1905, House of Commons Hansard, serie cuarta, vol. 149, cols. 171-182; «Commons Sitting of Monday», 17 de julio de 1905, cols. 966-971; Alison Bashford y Jane McAdam,

«The Right to Asylum: Britain's 1905 Aliens Act and the Evolution of Refugee Law», Law and History Review 32, 2014, pp. 309-350.

[238] JC a Marguerite Poradowska, 5 de enero de 1907, CL, vol. 4, p. 401.

[239] JC a J. B. Pinker, 6 de mayo de 1907, CL, vol. 3, p. 434.

[240] JC a H. Davray, 8 de noviembre de 1906, CL, vol. 3, p. 372.

[241] JC a Edward Garnett [4 de octubre de 1907], CL, vol. 3, p. 488.

[242] JC a John Galsworthy, 6 de enero de 1908, CL, vol. 5, p. 9.

[243] JC a John Galsworthy, [23 de agosto de 1908], CL, vol. 5, p. 110.

[244] JC a Edward Garnett, 21 de agosto de 1908, CL, vol. 5, pp. 107-108.

[245] Una interesante lectura de la condición inglesa de Conrad y El agente secreto puede verse Rebecca Walkowitz, Cosmopolitan Style: Modernism Beyond the Nation, Nueva York, Columbia University Press, 2006, pp. 40-49.

[246] JC a Wincenty Lutosławski, 9 de junio de 1897, CL, vol. 1, p. 359.

4. Siguiendo al mar

[247] Richard Henry Dana, The Seaman's Manual, Londres, Edward Maxon & Co., 1863, p. 163.

[248] En esta reconstrucción he asignado a Konrad Korzeniowski a esta guardia.

La información sobre el itinerario, la tripulación y la carga del barco se la debo a la minuciosa investigación de Al an Simmons, «Conrad and the Duke of Sutherland», The Conradian 35, núm. 1, primavera de 2010, pp. 101-125.

[249] Sobre el problema de las ratas en el Duke of Sutherland, véase G. F. W.

Hope y Gene Moore, «Friend of Conrad», The Conradian 25, núm. 2, otoño de 2000, p. 25. Sobre los talones, Wil iam Caius Crutchley, My Life at Sea, Londres, Brentano's, 1912, p. 69.

[250] Hope y Moore, «Friend of Conrad», p. 18.

[251] Joseph Conrad, The Mirror of the Sea, Nueva York, Harper & Brothers, 1906, p. 60.

[252] Simmons, «Conrad and the Duke of Sutherland», p. 106.

[253] «Mi marido se lamentaba a menudo de su incapacidad para apreciar la escritura en versos y de su indiferente sentido del olfato». Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, Garden City (Nueva York), Doubleday, Page & Co., 1926, p.

149; David Mil er, «Conrad and Smel : Life, and the Limit of Literature», paper presentado en el 41 Congreso Anual de la Joseph Conrad Society (Reino Unido), Londres, 4 de julio de 2015.

[254] Dana, Seaman's Manual, pp. 31-32, 155.

[255] El suministro de antiescorbúticos estaba ordenado en virtud de las Leyes de Marina Mercante y la escala de disposiciones detalladas en el Acuerdo y las Listas de Tripulación. Board of Trade, A Digest of Statutes Relating to Merchant Shipping, Londres, HMSO, 1875, pp. 150-152.

[256] La descripción de esta ceremonia es un elemento estándar de los relatos de viajes contemporáneos. Véase por ejemplo, Hope y Moore, «Friend of Conrad», pp. 12-13.

[257] Conrad invirtió sus primeros salarios británicos en volúmenes de Shakespeare y Byron. Hope y Moore, «Friend of Conrad», p. 36; Martin Ray, Joseph Conrad: Memories and Impressions: An Annotated Bibliography, Ámsterdam, Rodopi, 2007, p. 1.

[258] «Veían a Conrad como un extranjero por sus dificultades con el lenguaje y, por el o, sentían cierta inclinación en su contra». Hope y Moore, «Friend of Conrad», p. 35.

[259] British National Archives: BT 100/21: Agreements and Crew Lists, Duke of

Sutherland, 1865-1882.

[260] Sobre Baker, véase Conrad, The Mirror of the Sea, pp. 209-215 [Hay trad.

cast: El espejo del mar, trad. de Javier Marías, Madrid, Reino de Redonda, 2005].

Sobre la tripulación véase Simmons, «Conrad and the Duke of Sutherland».

[261] Frank Bul en, The Men of the Merchant Service: Being the Polity of the Mercantile Marine for Longshore Readers, Nueva York, Frederick A. Stokes, 1900, p. 266.

[262] Richard Henry Dana, Two Years Before the Mast: A Personal Narrative of Life at Sea, Nueva York, Harper & Brothers, 1842, pp. 406-407.

[263] Bul en, Men of the Merchant Service, pp. 261-263.

[264] Joseph Conrad, A Personal Record, Londres, Harper & Brothers, 1912, p.

199.

[265] Ibid., pp. 76-78.

[266] Ibid., pp. 212-229.

[267] JC a R. B. Cunninghame Graham, 4 de febrero de 1898, CL, vol. 1, pp. 35-36. Véase también la descripción en Hope y Moore, «Friend of Conrad», p. 35.

[268] TB a JC, 8 de julio de 1878, CPB, pp. 54-56.

[269] «Puede decirse que el velero se encontraba en su mejor momento cuando las grandes economías, y la mayor regularidad vinculada con el vapor, sentenciaron la perdición del tipo de barco más pintoresco y, tal vez, podría decirse, más adorable». Adam W. Kirkaldy, British Shipping, Its History, Organisation and Importance, Londres, K. Paul, Trench, Trübner & Co., 1914, p.

25.

[270] A principios del siglo xx, muchos vapores oceánicos seguían l evando aparejos de vela para ayudar a equilibrar el barco y proporcionar energía auxiliar o de emergencia. Gerald Peter Al ington, «Sailing Rigs and Their Use on Ocean-Going Merchant Steamships, 1820-1910», International Journal of Maritime History 16, núm. 1, junio de 2004, pp. 125-152. El historiador marítimo R. J.

Cornewall-Jones reflexionaba así en 1898: «en estos días de huelgas del carbón en el sur de Gales es reconfortante contemplar el hecho de que, a veces, es posible prescindir por completo del carbón, y que aún hay muchas ramas del comercio en el que los barcos de vela pueden ser más rentables que los barcos vapores», pensamiento que, en una época l ena de ansiedad por el consumo de combustibles fósiles, podemos entender. R. J. Cornewall-Jones, The British

Merchant Service: Being a History of the British Mercantile Marine from the Earliest Times to the Present Day, Londres, S. Low, Marston & Company, 1898, p. 237.

[271] Richard Woodman, Masters Under God: Makers of Empire, 1816-1884, Stroud (Reino Unido) History Press, 2009, p. 319.

[272] Véase el gráfico de «Exports Plus Imports as Share of GDP in Europe, 1655-1913—Our World in Data, with Data from Broadberry and O'Rourke (2010)», en Esteban Ortiz-Ospina y Max Roser, «International Trade», publicado online en OurWorldInData.org, ＜https:// ourworldindata.org/ international-trade＞.

[273] En 1870, esta era Estados Unidos, en 1880 era Noruega. Tabla 11 en Great Britain Board of Trade, Merchant Shipping, Tables Showing the Progress of Merchant Shipping in the United Kingdom and the Principal Maritime Countries, Londres, H. M. Stationery Office, 1908, pp. 46-47.

[274] Woodman, Masters Under God, p. 360.

[275] La construcción naval fue una industria pesada en la que Gran Bretaña mantuvo su ventaja sobre Estados Unidos y Alemania hasta bien entrado el siglo xx. Sin estandarizar, y requiriendo la intervención de una variedad de especialistas, representaba el non plus ultra de la «estructura y técnica arcaicas» en la era de la

producción en masa. Eric Hobsbawm, Industry and Empire: From 1750 to the Present Day, Harmondsworth, Middlesex (Reino Unido), Penguin, 1969, pp.

178179.

[276] «A Brief History», en <www.lr.org/en/about-us/our-heritage/brief-history>.

[277] Lloyd's Register of British and Foreign Shipping, from 1st July,1866, to the 30th June, 1867, Londres, Cox & Wyman, 1866, s. p.

[278] Bul en, Men of the Merchant Service, p. 229.

[279] Hope y Moore, «Friend of Conrad», pp. 18-34.

[280] Joseph Conrad, The Nigger of the 'Narcissus' and Other Stories, Londres Penguin Classics, 2007, pp. 7, 12, 16, 21 [Hay trad. cast.: El negro del Narcissus, trad. de Ricardo Baeza, Sevil a, Renacimiento, 2014]. Cf. Conrad, The Mirror of the Sea, p. 216: «¡Barcos!, exclamó un marino de edad vestido con ropa de tierra muy limpia [...] Los barcos están bien siempre; son los hombres que van a bordo»

[trad. de Javier Marías, El espejo del mar, Madrid, Reino de Redonda, 2012].

[281] Samuel Plimsol , Our Seamen: An Appeal, Londres, Virtue & Company, 1873, p. 30.

[282] Woodman, Masters Under God, pp. 344-346; A. H. Mil ar, «Leng, Sir Wil iam Christopher (1825-1902)», rev. Dilwyn Porter, Oxford Dictionary of National Biography,

Oxford,

Oxford

University

Press,

2004,

en

<www.oxforddnb.com/view/article/34495>.

[283] Plimsol , Our Seamen, pp. 85, 87.

[284] Leon Fink, Sweatshops at Sea: Merchant Seamen in the World's First Globalized Industry, from 1812 to the Present, Chapel Hil , University of North Carolina Press, 2011, capítulo 3; Anita McConnel , «Plimsol , Samuel (1824-1898)», Oxford Dictionary of National Biography, Oxford, Oxford University Press, 2004, edición online, septiembre de 2013, en <www.oxforddnb.com/view/article/22384>; «Parliament-Breach of Order (Mr. Plimsol)», 22 de julio de 1875, en <hansard.mil bank systems.com/commons/1875/jul/22/parliament-breach-of-order-mrplimsol >.

[285] También quedó inmortalizado en el nombre de un zapato de lona con suela de goma, el «plimsol ». Una línea negra alrededor de la goma mostraba el nivel por debajo del cual los pies del usuario no podían mojarse.

[286] Plimsol , Our Seamen, p. 85.

[287] «Replies by Certain of Her Majesty's Consuls to a Circular Letter from the Board of Trade», Command Paper 630, Londres, H. M.

Stationery Office, 1872, p.

3.

[288] Thomas Brassey, British Seamen, as Described in Recent Parliamentary and Official Documents, Londres, Longmans, Green & Co., 1877, pp. 4-8. En 1843

se emitió una circular similar: W. S. Lindsay, History of Merchant Shipping and Ancient Commerce, 4 vols., Londres, Sampson Low, Marston, Low, and Searle, 1876, vol. 3, pp. 42-43.

[289] Royal Commission on Unseaworthy Ships, Final Report of the Commissioners, Minutes of the Evidence, and Appendix, 2 vols., Londres, H. M.

Stationery Office, 1874, vol. 2, p. xi ; Cornewall-Jones, British Merchant Service, p.

265; Lindsay, History of Merchant Shipping, p. 351.

[290] Lindsay, History of Merchant Shipping, pp. 51-52.

[291] Ibid., p. 298.

[292] JC a R. B. Cunninghame Graham, 4 de febrero de 1898, CL, vol. 1, pp. 35-36.

[293] [Junta de Comercio], Report of the Committee Appointed to Inquire into

the Manning of British Merchant Ships, 2 vols., Londres, H. M. Stationery office, 1896, vol. 1, p. 50.

[294] Brassey, British Seamen, pp. 54-58, 69.

[295] «Table 19. Predominant Rates of Wages Paid per Month to Able Seamen for Certain Voyages...», Junta de Comercio, Tables Showing the Progress of Merchant Shipping, Londres, H. M. Stationery Office, 1908, pp. 60-63.

[296] En 1880, un minero de carbón de Glasgow ganaba un promedio de unos veintincinco chelines por semana, y un hilandero de Huddersfield, treinta chelines.

«Average Rates of Wages Paid in Huddersfield and Neighborhood

During the Year 1880», «Average Rates of Wages Paid in Glasgow and Neighborhood During the Year 1880», Junta de Comercio, Returns of Wages, Published Between 1830 and 1886, Londres, H. M. Stationery Office, 1887, pp. 99, 145. Estos salarios se pagaban por semanas de cincuenta y seis y sesenta horas, respectivamente; los marineros trabajaban catorce horas al día, sin descansos de fin de semana.

[297] Brassey, British Seamen, p. 170.

[298] Edward Blackmore, The British Mercantile Marine, Londres, C. Griffin and Co., 1897, p. 169; Report… into the Manning of British Merchant Ships, vol. 1, p.

12; Cornewall-Jones, British Merchant Service, p. 271.

[299] Report… into the Manning of British Merchant Ships, vol. 1, p. 11.

[300] Los lascares firmaban unos contratos que restringían su servicio en aguas europeas, y exigían que se contrataran y desembarcaran únicamente en puertos asiáticos, lo que les impendía establecerse en Europa. Capitán W. H. Hood, The Blight of Insubordination: The Lascar Question, and Rights and Wrongs of the British Shipmaster…, Londres, Spottiswoode & Co., 1903, p. 84. Véase también G.

Balachandran, Globalizing Labour?: Indian Seafarers and World Shipping, c. 1870-1945, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2012.

[301] Cornewall-Jones, British Merchant Service, pp. 270-271.

[302] [Junta de Comercio], Report… to the Royal Commission on the Loss of Life at Sea on the Supply of British Seamen…, Londres, H. M. Stationery Office, 1886, p. 4.

[303] Cornewall-Jones, British Merchant Service, p. 272.

[304] Report... into the Manning of British Merchant Ships, 1896, vol. 1, pp. 10-11.

[305] Hood, Blight of Insubordination, p. 12. Una investigación de la Junta de

Comercio de 1902 sobre el aumento del número de los marineros asiáticos y europeos recogió sus pruebas directamente de los marinos asiáticos, por medio de intérpretes indostaníes, que en general se declararon satisfechos con sus condiciones de trabajo y confirmaron

que estarían dispuestos a servir en los buques de guerra británicos si fuera necesario. El comité concluyó así: «Creemos que además de su derecho como súbditos británicos, también tienen algún derecho a obtener empleo, porque los barcos británicos han desplazado a los barcos mercantes nativos». [Junta de Comercio], Report of the Committee Appointed by the Board of Trade to Inquire into Certain Questions Affecting the Mercantile Marine, 2 vols., Londres, H. M. Stationery Office, 1903, vol. 1, p. vi; vol.

2, pp. 335-341.

[306] Bul en, Men of the Merchant Service, pp. 324-325.

[307] Preguntas 6258, 6298, 6308, Report… into the Manning of British Merchant Ships, 1896, vol. 2, pp. 147-150. También le preguntaron si había

«estado en algún barco extranjero». Conrad dijo que no, lo cual no era estrictamente cierto, aunque «Sé algo sobre la dotación francesa, porque […]

Hablo francés y he estado visitando barcos franceses».

[308] Cornewall-Jones, British Merchant Service, p. 261.

[309] Zdzisław Najder, Joseph Conrad: A Life (2.ª ed.), Rochester (Nueva York), Camden House, 2007, pp. 80-82; John Stape, The Several Lives of Joseph Conrad, Nueva York, Pantheon Books, 2007, pp. 39, 45, 47.

[310] TB a JC, 14-26 de noviembre de 1886, CPB, p. 113.

[311] JC a Karol Zagórski, 22 de mayo de 1890, CL, vol. 1, p. 52

[312] JC a Kazimierz Waliszewski, 5 de diciembre de 1903, CL, vol. 2, p. 89.

[313] TB a JC, 18/30 de mayo de 1880, CPB, p. 62.

[314] TB a JC, 11/23 de septiembre de 1881, CPB, p. 79.

[315] En el certificado de licencia, el capitán califica a Conrad como «Muy bueno» en el apartado de capacidad, pero en «Carácter de conducta» escribió

«Declinar». Beinecke Library: «Original Discharged Issues», Colección Joseph Conrad, Gen. Mss. 1207, Caja 16.

[316] Para barcos de cincuenta toneladas o más véase Blackmore, British Mercantile Marine, p. 168.

[317] Joseph Conrad, Chance, Oxford, Oxford World's Classics, 2002, p. 9 [Hay trad. cast.: Azar, trad. de Emeterio Fuentes, Madrid, Verbum, 2020, p. 16]. Véase

también cómo se lamenta Frank Bul en: «¿Qué […] debe hacer el joven oficial recién ascendido cuando, con su nuevo certificado color crema en el bolsil o, no encuentra otra cosa ante él en su antigua empresa salvo un viaje ante el mástil como un marinero capaz?». «No conozco ocupación más deprimente que la de un marinero capaz que busca un barco como oficial». Bul en, Men of the Merchant Service, pp. 10-12.

[318] Esto puede, quizá, explicar por qué o cómo Conrad pasaba más tiempo en tierra entre atracaderos, en promedio, que sus pares. Alston Kennerley, «Global Nautical Livelihoods: The Sea Careers of the Maritime Writers Frank T. Bul en y Joseph Conrad, 1869-1894», International Journal of Maritime History 26, núm. 1, 1 de febrero de 2014, p. 13.

[319] TB a JC, 3/15 de agosto de 1881, CPB, pp. 72-73. Najder, Joseph Conrad: A Life, pp. 86-87.

[320] «POLICE: At the MANSION-HOUSE, Yesterday, Mr. WILLIAM

SUTHERLAND», The Times, 28 de febrero de 1878; «Police Intel igence», Reynolds's Newspaper, 26 de septiembre de 1880; «Police», The Times, 5 de abril de 1881; «Hughes, Appelant v. Sutherland, Respondent», The Justice of the Peace, vol. 46, Londres, Richard Shaw Bond, 1882, pp. 6-7.

[321] Blackmore, British Mercantile Marine, pp. 76-79.

[322] Kennerley, «Global Nautical Livelihoods», p. 17.

[323] Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 185.

[324] Véase por ejemplo, Crutchley, My Life at Sea; Captain John D. Whidden, Ocean Life in the Old Sailing Ship Days, Boston, Little, Brown and Company, 1909; Walter Runciman, Windjammers and Sea Tramps, Londres y Newcastle-on-Tyne, Walter Scott Publishing Company, 1905, y los muchos volúmenes naúticos de Frank Bul en, empezando por The Cruise of the Cachalot Round the World After Sperm Whales, Londres, Smith, Elder & Co., 1899 [Hay trad. cast.: La

travesía del Cachalote, trad. de Miguel Temprano García, A Coruña, Ediciones del Viento, 2022], y Basil Lubbock, empezando por Round the Horn Before the Mast, Nueva York, E. P. Dutton, 1903. En la mordaz formulación de Lubbock: «La madera y el cáñamo eran cosas del pasado; la lona estaba en sus últimas fases; la antigua raza de lobos de mar, que vivía y moría con dureza, estaba casi extinta, y su lugar lo ocupaba una multitud mestiza de merodeadores de rodil as débiles, que no sabían nada, ni se atrevían a nada ni servían para nada». Basil Lubbock, Deep Sea

Warriors, Nueva York, Dodd, Mead and Company, 1910, p. 254. Sobre las ramificaciones históricas de esta transición, véase Robert D. Foulke, «Life in the Dying World of Sail, 1870-1910», Journal of British Studies 3, núm. 1, 1 de noviembre de 1963, y Frances Steele, Oceania Under Steam: Sea Transport and the Cultures of Colonialism, c. 18701914, Manchester, Manchester University Press, 2011, capítulo 3.

[325] Conrad, Nigger o fthe 'Narcissus', 2007 (ed.), p. 39.

[326] JC a Messrs. Methuen & Co., 30 de mayo de 1906, CL, vol. 3, p. 332.

[327] «The Mirror of the Sea», en Owen Knowles and Gene M. Moore (eds.), Oxford Reader's Companion to Conrad, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp.

262-263.

[328] JC a J. B. Pinker, 18 de abril de 1904, CL, vol. 3, p. 133.

[329] Conrad, The Mirror of the Sea, p. 218.

[330] Ibid., pp. 59, 105.

[331] Esta idea del «arte» se la debo en parte a Margaret Cohen, The Novel and the Sea, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2010, capítulo 1.

[332] Conrad, The Mirror of the Sea, pp. 47-48.

[333] Joseph Conrad, The Nigger of the 'Narcissus': A Tale of the Forecastle, Garden City, Doubleday, Page & Co., 1914, p. xi.

[334] Esta frase, o en variaciones muy similares, aparece en «Juventud», Lord Jim, El espejo del mar y La línea de sombra, entre

otras.

[335] Conrad, The Mirror of the Sea, p. 29.

[336] Conrad, Nigger of the 'Narcissus', 2007 (ed.), p. 22.

[337] Ibid., p. 11.

[338] JC a Spiridion Kliszczewski, 19 de diciembre de 1885, CL, vol. 1, p. 16.

[339] «Youth», en Joseph Conrad, Youth/Heart of Darkness/The End of the Tether, Londres, Penguin Books, 1995, p. 9 [Hay trad. cast.: Juventud, trad. de Vicente Muñoz Puel es, Madrid, Anaya, 1989].

[340] Conrad, «Author's Note» (1917), p. 5. Poco después de su publicación, manifestó su sorpresa porque «algunos críticos […] lo han l amado relato breve».

JC a David Meldrum, 7 de enero de 1902, CL, vol. 2, p. 368.

[341] Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 94; Conrad, «Youth», p. 21.

[342] Las citas de este párrafo son de Conrad, «Youth», pp. 28, 31.

[343] «¿Qué espíritu era el que inspiraba las infalibles manifestaciones de su

sencil a fidelidad? Ninguna fuerza externa los cohesionaba, ninguna compulsión o disciplina los mantenía unidos […] Era muy misterioso. Finalmente l egué a la conclusión de que debía de tratarse de algo en la propia naturaleza de la vida; la vida marina elegida a ciegas, abrazada en su mayor parte accidentalmente […]»

«Wel Done», en Joseph Conrad, Notes on Life & Letters, Garden City, Doubleday, Page & Co., 1921, p. 183.

[344] Todas las citas de este párrafo son de Conrad, The Nigger of the

'Narcissus', 2007 (ed.), pp. 123,128 [trad. de Ricardo Baeza, El negro del Narcissus, Sevil a, Renacimiento, 2014].

[345] Conrad, A Personal Record, p. 192.

[346] Ibid., p. 196.

[347] John Newton, Newton's Seamanship Examiner of Masters and

Mate sat the Board of Trade Examinations (18.ª ed.), Londres, J. Newton, 1884, p. 94.

[348] Wil iam Cul ey Bergen, Seamanship (6.ª ed.), North Shields (Reino Unido), W. J. Potts, 1882, pp. 148-149.

[349] Conrad, A Personal Record, pp. 198-199.

[350] Ibid., p. 201.

[351] Ibid., p. 203. Cf. JC a Kazimierz Waliszewski, 5 de diciembre de 1903, CL, vol. 2, p. 89: «Nunca perseguí una carrera, pero posiblemente, sin darme cuenta, estaba en busca de sensaciones».

[352] Conrad, A Personal record, p. 197.

5. Meterse en el vapor

[353] Joseph Conrad, The Mirror of the Sea, Nueva York, Harper & Brothers, 1906, pp. 81-82 [Hay trad. cast: El espejo del mar, trad. de Javier Marías, Madrid, Reino de Redonda, 2005].

[354] Robert White Stevens, On the Stowage of Ships and Their Cargoes (5.ª

ed.), Londres, Longmans, Reader & Dyer, 1871, pp. 67-68, 77-78, 108-109, 380-381, 643. Conrad refers to this book in The Mirror of the Sea, p. 76.

[355] Todas las citas son de The Mirror of the Sea, pp. 87-89.

[356] Los síntomas que Conrad describe a su tío indican ciática, reuma y

parálisis. TB a JC, 8/20 de agosto de 1887, CPB, p. 117.

[357] Conrad sugirió más tarde que este relato, «The Black Mate», lo había escrito por primera vez en 1886 para Tit-Bits. (Jocelyn Baines, Joseph Conrad: A Critical Biography, Westport (Connecticutt), Greenwood Press, 1975, pp. 84-85).

La coincidencia de estos tres episodios l evó al primer biógrafo de Conrad, Gérard Jean-Aubry, a señalar que «1886 marca lo que equivale a una triple adopción por parte del país de su elección». Gérard Jean-Aubry, Joseph Conrad: Life and letters, 2 vols., Garden City, Nueva York, Doubleday, 1927, vol. 1, p. 90.

[358] JC a Spiridion Kliszczewski, 25 de noviembre de 1885, CL, vol. 1, p. 15.

[359] TB a JC, 8/20 de agosto 1887, CPB, p. 117.

[360] Véase «The End of the Tether», en Joseph Conrad, Youth/Heart of Darkness/The End of the Tether, Londres, Penguin Books, 1995, p. 168 [Hay trad.

cast.: Situación límite, trad. de Emeterio Fuentes, Madrid, Verbum, 2020].

[361] Conrad, Lord Jim, p. 12. Sobre la ubicación del hospital de

Singapur, puede verse Norman Sherry, Conrad's Eastern World, Cambridge, Cambridge University Press, 1966, pp. 28-29.

[362] JC a Spiridion Kliszczewski, 25 de noviembre de 1885, citado en Jean-Aubry, Joseph Conrad: Life and Letters, vol. 1, p. 83.

[363] Sherry, Conrad's Eastern World, p. 182; Roland St. John Braddel , Gilbert Edward Brooke y Walter Makepeace, One Hundred Years of Singapore: Being Some Account of the Capital of the Straits Settlements from Its Foundation by Sir Stamford Raffles on the 6th February 1819 to the 6th February 1919, 2 vols., Londres, Murray, 1921, vol. 1, p. 459.

[364] Joseph Conrad, The Shadow-Line, Oxford, Oxford World's Classics, 2009, pp. 8-9. Sobre el superintendente Charles Phil ips, véase Walter Makepeace,

«Concerning Known Persons», en Braddel , Brooke, and Makepeace, One Hundred Years of Singapore, vol. 1, p. 459.

[365] El templo de Thian Hock Keng, dedicado a la diosa Tao del mar, fue terminado en 1842 por chinos de Fujian en la calle Telok Ayer, no muy lejos de la mezquita Jamae, fundada en 1826 por musulmanes tamiles en South Bridge Road.

[366] Estas observaciones las he extraído de Wil iam Temple Hornaday, Two Years in the Jungle, Nueva York, C. Scribner's Sons, 1885, pp. 293-294; baronesa Annie Alnutt Brassey, A Voyage in the «Sunbeam»: Our Home on the Ocean for Eleven Months, Londres, Belford, Clarke, 1884, pp. 408-412; Ada Pryer, A Decade

in Borneo, Londres, Hutchinson, 1894, pp. 135-138. Las impresiones más detalladas de Conrad sobre Singapur se encuentran en «The End of the Tether», donde el capitán Whalley camina por una ciudad cuya reconstrucción histórica ha elaborado: Sherry en Conrad's Eastern World, pp. 175-181.

[367] Véase Situación límite, en el que el capitán Whalley se detiene sobre el puente Cavanagh desde donde observa que, «medio oculto por el arco, flotaba un prao malayo de navegación de altura, con las verjas bajadas», Conrad, The End of the Tether, p. 171.

[368] Stephen Dobbs, The Singapore River: A Social History, 1819-2002, Singapore, Singapore University Press, 2003, Appendix 1.

[369] Mi imagen de Singapur como centro comercial y migratorio del

océano Índico se ha basado en los relatos de Sunil S. Amrith, Crossing the Bay of Bengal: The Furies of Nature and the Fortunes of Migrants, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2013; Sugata Bose, A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2006; Engseng Ho, The Graves of Tarim: Genealogy and Mobility Across the Indian Ocean, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2006; Rajat Kanta Ray, «Asian Capital in the Age of European Domination: The Rise of the Bazaar, 1800-1914», Modern Asian Studies 29, núm. 3, 1 de julio de 1995, pp. 449-554; Eric Tagliacozzo, Secret Trades, Porous Borders: Smuggling and States Along a Southeast Asian Frontier, 1865-1915, New Haven (Connecticutt), Yale University Press, 2005. Un tratamiento más completo del transporte marítimo europeo de finales del siglo xix en el archipiélago puede encontrarse en J. F. N. M. à Campo, Engines of Empire: Steamshipping and State Formation in Colonial Indonesia, Hilversum (Países Bajos), Verloren, 2002.

[370] Andrew Carnegie, Round the World, Nueva, Charles Scribner's Sons, 1884, pp. 152-154.

[371] Conrad, «Youth», pp. 41-42.

[372] Conrad, «The End of the Tether», p. 154.

[373] George Bogaars, «The Effect of the Opening of the Suez Canalon the Trade and Development of Singapore», Journal of the Malayan Branch of the Royal Asiatic Society 28, núm. 1, 1 de marzo de 1955, pp. 99-143.

[374] The Singapore and Straits Directory for 1881, Singapur, Impr. en la Misson Press, 1881, pp. 57-58, n21-26.

[375] Hornaday, Two Years in the Jungle, p. 291.

[376] Aún durante la Primera Guerra Mundial, resultaba más barato enviar cargamentos entre Europa y la costa americana del Pacífico por barco. C. Knick Harley, «Ocean Freight Rates and Productivity, 1740-1913: The Primacy of Mechanical Invention Reaffirmed», The Journal of Economic History 48, núm. 4, 1

de diciembre de 1988, pp. 863-865; Charles K. Harley, «The Shift from Sailing Ships to Steamships, 18501890: A Study in Technological Change and Its Diffusion», en Donald N. McCloskey y Alfred D. Chandler (eds.), Essays on a Mature Economy: Britain After 1840, Londres, Methuen, 1971, pp. 223-229.

[377] Wong Lin Ken, «Singapore: Its Growth as an Entrepot Port, 18191941», Journal of Southeast Asian Studies 9, núm. 1, 1 de marzo de 1978, pp. 63-66.

[378] W. A. Laxon, The Straits Steamship Fleets, Kuching (Malasia), Sarawak Steamship Co. Berhad, 2004.

[379] Woodman, More Days, More Dol ars, p. 125.

[380] Conrad, «The End of the Tether», p.179.

[381] Sir John Rumney Nicholson, «The Tanjong Pagar Dock Company», en Braddel , Brooke, y Makepeace, One Hundred Years of Singapore, vol. 2, pp. 1-19; Pryer, A Decade in Borneo, p. 143.

[382] Norman Sherry, «Conrad and the S. S. Vidar», The Review of English Studies 14, núm. 54, 1 de mayo de 1963, pp. 157-163.

[383] Conrad, The Shadow-Line, p. 4. Conrad escribió esa descripción en 1917, poco después de que un regimiento exclusivamente musulmán del ejército indio se amotinara en Singapur, en parte respondiendo al l amamiento a la yihad del sultán otomano. Para conmemorar la represión del motín, un miembro de la familia armadora Al Sagoff hizo una aparición pública con el secretario colonial de Singapur como demostración de su apoyo al régimen. Véase Nurfadzilah Yahaya,

«Tea and Company: Interactions Between the Arab Elite and the British in Cosmopolitan Singapore», en Ahmed Ibrahim Abushouk y Hassan Ahmed Ibrahim (eds.), The Hadhrami Diaspora in Southeast Asia: Identity Maintenance or Assimilation?, Leiden (Paises Bajos), Bril , 2009, p. 63.

[384] Sherry, Conrad's Eastern World, p. 31. H. Drysdale, que trabajó como ingeniero jefe en el Vidar en la década de 1870, estimaba que el 90 por ciento de los ingenieros del estrecho eran escoceses (como él). J. H. Drysdale, «Awakening

Old Memories», en Braddel , Brooke, y Makepeace, One Hundred Years of Singapore, vol. 1, p. 539.

[385] Woodman, More Days, More Dol ars, p. 24.

[386] Najder señala que la tripulación estaba formada por doce malayos y un fogonero chino. (Najder, Joseph Conrad: A Life (2.ª ed.), Rochester [Nueva York]

Camden House, 2007, p. 115). En Crónica personal, Conrad habla de un serang malayo y de «Jurumundi Itam, que era nuestro mejor cabo de mar», pero da a entender que había más chinos a bordo, entre el os un «carpintero chino» y «Ah Sing, nuestro camarero jefe» (143-145). Más tarde, el capitán Craig aseguró que Conrad «había aprendido a hablar malayo con fluidez, aunque con un peculiar acento gutural, en un tiempo increíblemente corto» (citado en Woodman, More Days, More Dol ars, p. 128), pero se ha demostrado que muchos de los recuerdos de Craig sobre Conrad y el Vidar no son fiables.

[387] Sherry, Conrad's Eastern World, pp. 29-30.

[388] Sobre la rivalidad angloholandesa durante este periodo véase L. R.

Wright, The Origins of British Borneo, Hong Kong, Hong Kong University Press, 1988; y J. Thomas Lindblad, «Economic Aspects of the Dutch Expansion in Indonesia, 18701914», Modern Asian Studies 23, núm. 1, 1989.

[389] Véase JC a Lady Margaret Brooke, 15 de julio de 1920. «El primer Rajah Brooke ha sido una de mis admiraciones infantiles [...] A pesar de toda mi admiración y familiaridad mental con el Gran Rajá, el único objeto concreto que l egué a ver relacionado con él fue el viejo vapor "Royalist" que en 1887 aún navegaba entre Kuching y Singapur». CL, vol. 7, p. 137.

[390] Véase James Francis Warren, The Sulu Zone, 1768-1898: The Dynamics of External Trade, Slavery, and Ethnicity in the Transformation of a Southeast Asian Maritime State, Singapur, Singapore University Press, 1981, capítulo 10; y James Francis Warren, «The Structure of Slavery in the Sulu Zone in the Late Eighteenth and Nineteenth Centuries», Slavery & Abolition 24, núm. 2, 1 de agosto de 2003, pp. 111-128.

[391] James Francis Warren, «Saltwater Slavers and Captives in the Sulu Zone, 1768-1878», Slavery & Abolition 31, núm. 3, 1 de septiembre de 2010, pp. 429-449.

[392] Warren, The Sulu Zone, pp. 197-200.

[393] J. F. N. M. à Campo, «A Profound Debt to the Eastern Seas: Documentary

History and Literary Representation of Berau's Maritime Trade in Conrad's Malay Novels», International Journal of Maritime History 12,

núm. 2, diciembre de 2000, pp. 116-117.

[394] Beinecke Library, Yale University: Syed Mohsin bin al Jooffree Co., Joseph Conrad Col ection, Gen. Mss. 1207, caja 39.

[395] Conrad, The Mirror of the Sea, p. 76.

[396] JC a Wil iam Blackwood, 6 de septiembre de 1897, CL, vol. 1, p. 382.

[397] À Campo, «A Profound Debt», p. 117; Gene M. Moore, «Slavery and Racism in Joseph Conrad's Eastern World», Journal of Modern Literature 30, núm.

4, 2007, pp. 20-35.

[398] Conrad, «The End of the Tether», p. 152.

[399] Véase la descripción que hace Conrad de Sambir en The Outcast of the Islands, capítulo 6 [Hay trad. cast.: Un vagabundo de las islas, Barcelona, Plaza & Janés, 1996]; Conrad, A Personal Record, p. 130.

[400] À Campo, «A Profound Debt», pp. 95, 97.

[401] Sherry, Conrad's Eastern World, pp. 96-110. La cita pertenece a las memorias ficcionadas de John Dil Ross's Sixty Years: Life and Adventure in the Far East, 2 vols., Londres, Hutchinson & Co., 1911, vol. 1, p. 82.

[402] Norman Sherry ha seguido meticulosamente los movimientos de todos estos personajes históricos (ver Conrad's Eastern World, en particular el capítulo 5), pero À Campo en «A Profound Debt», proporciona algunas correcciones importantes basadas en documentos holandeses: véanse especialmente las pp.

111-115.

[403] Conrad, A Personal Record, pp. 131-142.

[404] Estos cuatro buques atracaron con tres días de diferencia con respecto al Vidar, en septiembre de 1887: Straits Times Weekly Issue, 5 de octubre de 1887, p. 13.

[405] JC a W. G. St. Clair, 31 de marzo de 1917, CL, vol. 6, p. 62.

[406] Conrad, «The End of the Tether», pp. 151-152. Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 121. À Campo sugiere que Conrad podía sentirse

contrariado por la actividad comercial clandestina del Vidar: «A Profound Debt», pp. 124-125.

6. Cuando tu barco te falla

[407] Gérard Jean-Aubry, Joseph Conrad: Life and Letters, 2 vols., Garden City (Nueva York), Doubleday & Company, 1927, vol. 1, p. 98.

[408] Edward Douwes Dekker, Max Havelaar: Or, The Coffee Auctions of the Dutch Trading Company, by Multatuli, trad. del barón Alphonse Nahuÿs, Edimburgo, Edmonston and Douglas, 1868 [Hay trad. cast.: Max Havelaar: o las subastas de café de la Compañía Neerlandesa de Comercio, trad. de Maia Luisa Van Wijk Adan, Anne Van Raemdonck y Malou Van Wijk Adan (eds.), Madrid, Cátedra, 2017]. No parece que Conrad conociera al autor italiano Emilio Salgari, que, en 1883, empezó a publicar una popular serie de libros de aventuras protagonizadas por un pirata malayo l amado Sandokan.

[409] Literary World, Boston, 18 de mayo de 1895, en Keith Carabine (ed.), Joseph Conrad: Critical Assessments, 4 vols., Mountfield, East Sussex, Helm Information, 1992, vol. 1, p. 243.

[410] The Critic, 9 de mayo de 1896, en Carabine (ed.), Critical Assessments, p.

246.

[411] The Spectator, 19 de octubre de 1895, en ibid., p. 245. Véase una reseña de Un vagabundo de las islas publicada en National Observer: «Mr. Conrad no posee la extraordinaria facultad de Mr. Kipling para hacer interesantes a sus nativos […] Es como uno de los relatos de Mr. Stevenson sobre los mares del Sur, que se hubiera vuelto milagrosamente largo y milagrosamente tedioso». Citado en CL, vol. 1, p. 276n.

[412] JC a T. Fisher Unwin, 22 de abril de 1896, CL, vol. 1, p. 276. Los estudiosos de Conrad han podido contar en sus textos sesenta y cinco palabras distintas en malayo: Florence Clemens, «Conrad's Malaysia» (1941), en Robert D.

Hamner (ed.), Joseph Conrad: Third World Perspectives, Washington, DC, Three Continents Press, 1990, p. 25.

[413] JC a Wil iam Blackwood, 13 de diciembre de 1898, CL, vol. 2, p. 130.

Conrad y Clifford l egaron a ser muy amigos.

[414] Hugh Charles Clifford, Studies in Brown Humanity, Being Scrawls and Smudges in Sepia, White, and Yel ow, Londres, G. Richards, 1898, p. ix.

[415] JC a Wil iam Blackwood [6 de septiembre de 1897], CL, vol. 1, p. 382.

Aquí se estaba refiriendo a El rescate, que dejó a un lado para trabajar en Lord Jim.

[416] Joseph Conrad, Lord Jim, Londres, Penguin Classics, 2007, pp. 7-8. Todas las citas de este libro están extraídas de esta edición [Hay trad. cast.: Lord Jim, trad. de Emeterio Fuentes, Madrid, Verbum, 2021].

[417] Ibid., pp. 16-18, 20.

[418] Ibid., pp. 15, 23-25, 68.

[419] Ibid., p. 82.

[420] Los detalles del caso del Jeddah los he extraído de los documentos originales que figuran en el Apéndice C, «The "Jeddah" Inquiry», en Norman Sherry, Conrad's Eastern World, Cambridge, Cambridge University Press, 1966, pp.

299-312. Véase también Eric Tagliacozzo, The Longest Journey: Southeast Asians and the Pilgrimage to Mecca, Oxford, Oxford University Press, 2013, capítulo 5; Michael B. Mil er, «Pilgrims' Progress: The Business of the Hajj», Past & Present 191, núm. 1, mayo de 2006, pp. 189-228; Valeska Huber, Channel ing Mobilities: Migration and Globalisation in the Suez Canal Region and Beyond, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, capítulo 6.

[421] Sherry, Conrad's Eastern World, pp. 57, 62.

[422] Véase el informe sobre la acción de salvamento interpuesta por los armadores del Antenor contra los armadores del Jeddah, en el Straits Times Overland Journal, 22 de octubre de 1881, p. 3. El Tribunal del Vicealmirantazgo concedió a los demandantes seis mil libras esterlinas, de las cuales dos mil debían repartirse entre los oficiales y la tripulación del Antenor.

[423] Sherry, Conrad's Eastern World, pp. 302-305.

[424] Ibid., pp. 304-305, 309.

[425] Citado en Ibid., p. 62.

[426] Sesión de los Comunes del jueves 9 de marzo de 1882, Cámara de los Comunes Hansard, 3.ª ser., vol. 267, cols. 454-455.

[427] Sherry, Conrad's Eastern World, p. 80.

[428] Conrad, Lord Jim, p. 87.

[429] Ibid., pp. 24, 41.

[430] Ibid., pp. 61, 26.

[431] Ibid., pp. 12, 34.

[432] Gene M. Moore sugiere que esto se debe a que Conrad tenía en mente la

pequeña tripulación del Vidar cuando escribió sobre el Patna. Gene M. Moore,

«The Missing Crew of the “Patna”», The Conradian 25, núm. 1, 2000, pp. 83-98.

[433] Conrad, Lord Jim, pp. 37, 64.

[434] Ibid., pp. 6, 150, 169, 273.

[435] Ibid., pp. 179, 182, 193, 290.

[436] Ibid., pp. 209, 250, 187, 245.

[437] Ibid., p. 270.

[438] Ibid., pp. 312, 317-318.

[439] Acerca de la relación de Conrad con esta tradición véase Linda Dryden, Joseph Conrad and the Imperial Romance, Nueva York, St. Martin’s Press, 2000.

[440] JC a J. B. Pinker, 14 de agosto de 1919, CL, vol. 6, p. 465.

[441] Conrad, Lord Jim, pp. 6, 317, 203, 257, 206, 200, 276, 212, 217, 290.

[442] Reseñas en The Pall Mall Gazette, 5 de diciembre de 1900; Manchester Guardian, 29 de octubre de 1900; Critic, mayo de 1901, en Carabine (ed.), Critical Assessments, vol. 1, pp. 281-282, 285-286.

[443] Conrad, Lord Jim, p. 10.

[444] Esta idea de las funciones narrativas la he extraído de Gérard Genette, Narrative Discourse: An Essay in Method, Ithaca (Nueva York) Cornel University Press, 1980), pp. 255-256. Genette cita a Lord Jim como un ejemplo notable de metadiégesis, o la combinación de eventos (lo que sucedió) con la narrativa (contar lo que sucedió). En Lord Jim tal «entrelazamiento alcanza los límites de la inteligibilidad general» (p. 232).

[445] Ford Madox Ford, Joseph Conrad: A Personal Remembrance, Londres, Duckworth & Co., 1924, p. 180. Véase también Ian P. Watt, Conrad in the Nineteenth Century, Berkeley, University of California Press, 1979, p. 290.

[446] El libro esencial sobre este tema es Orientalismo de Edward Said. Said escribió su tesis doctoral y su primer libro sobre Joseph Conrad.

[447] Sobre la deuda de Conrad con Schopenhauer véase, por ejemplo, Owen Knowles, «“Who’s Afraid of Arthur Schopenhauer?”: A New Context for Conrad’s Heart of Darkness», Nineteenth-Century Literature 49, núm. 1, 1 de junio de 1994, pp. 76-78. A finales de la década de 1920, John Galsworthy escribió sobre Conrad que «Schopenhauer solía darle satisfacción hace veinte años o más, y le gustaban tanto la personalidad como los escritos de Wil iam James». Citado en Carabine (ed.), Critical Assessments, vol. 1, p. 141.

[448] La fe de Marlow en «la profunda veracidad oculta de las obras de arte»

coincidía con el himno que Conrad entona al artista —en el prefacio de 1897 a El negro del Narcissus—, y su labor de identificar y representar «la verdad misma»

del «universo visible».

[449] Conrad, Lord Jim, pp. 200, 215, 246-247, 318.

[450] The Critic 28, mayo de 1901, en Carabine (ed.), Critical Assessments, vol.

1, pp. 281-282, 285-286.

[451] Citado en F. R. Leavis, The Great Tradition: George Eliot, Henry James, Joseph Conrad, Nueva York, George W. Stewart, 1950, p. 173.

[452] Conrad, Lord Jim, p. 309.

7. De corazón a corazón

[453] Joseph Conrad, The Shadow-Line, Oxford, Oxford World's Classics, 2009, pp. 24 y 26 [Hay trad. cast.: La línea de sombra, Barcelona, Punto de Lectura, 2024].

[454] Mark Twain, Fol owing the Equator, Hartford, CT, American Company, 1898, p. 619 [Hay trad. cast.: Viaje alrededor del mundo: siguiendo el Ecuador, Barcelona, Laertes, 2012].

[455] Reminiscencias de Paul Langlois, citadas en Zdzisław Najder, Conrad: A Life (2.ª ed.), Rochester, Nueva York, Camden House, 2007, pp. 129-130.

[456] Este cuestionario se describe y reproduce en Savinien Mérédac, «Joseph Conrad chez nous», Le Radical (Port-Louis, Mauricio), 7 de agosto de 1931.

[457] Joseph Conrad, «A Smile of Fortune», en 'Twixt Land and Sea, Nueva York, Hodder & Stoughton, 1912, p. 46.

[458] Miembros de la familia le dijeron a Mérédac que «Joseph Conrad Korzeniowski pasó muchas tardes allí, siempre encantador, meticuloso pero ¡ay!, admitieron, a menudo "ausente" de la conversación».

[459] Joseph Conrad, Chance, Oxford, Oxford World's Classics, 2002, p. 91.

[460] TB a JC, 22 de diciembre / 3 de enero de 1889, CPB, p. 127.

[461] G. F. W. Hope y Gene Moore, «Friend of Conrad», The Conradian 25, núm.

2, otoño de 2000, p. 35. Krieger ha tenido diversas descripciones, desde «nacido

en Prusia» (John Stape, The Several Lives of Joseph Conrad, Pantheon Books, 2007, p. 45 [Hay trad. cast.: Las vidas de Joseph Conrad, Barcelona, Lumen, 2007]) y también como «estadounidense de origen alemán» (Owen Knowles, Gene M. Moore, eds., Oxford Reader's Companion to Conrad, Oxford, Oxford University Press, 2000, p. 219). Barr, Moering & Co. (a veces Mohring) se especializó en importaciones de Alemania, especialmente de plata; al respecto, véase John Culme,

The Directory of Gold and Silversmiths, Jewel ers, and Al ied Traders, 1838-1914: From the London Assay Office Registers, 2 vols., Woodbridge, Suffolk, Reino Unido, Antique Col ectors Club, 1987, vol. 2, p. 32. También actuó como agente de al menos una empresa belga (The Law Journal Reports for the Year 1897, vol. 66, Londres, Law Journal Reports, 1897, pp. 23-24).

[462] Sobre los asuntos financieros de Conrad durante este periodo, véase TB a JC, 19/31 de agosto de 1883; TB a JC, 24 de marzo *5 de abril de 1886; TB a JC, 12*24 de abril de 1886; TB a JC, 8/20 de julio de 1886, CPB, pp. 94, 101, 103, 106-107.

[463] Hope y Moore, «Friend of Conrad», pp. 34-35.

[464] Joseph Conrad, A Personal Record, Londres, Harper & Brothers, 1912, pp.

128-34 [Hay trad. cast.: Crónica personal, Barcelona, Alba, 2016].

[465] Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 118n.

[466] Sobre las instalaciones portuarias y los monumentos de Amberes, véase Notice sur le Port d'Anvers, Bruselas, E. Guyot, 1898; Paul Salvagne, Anvers Maritime, Amberes, J. Maes, 1898, pp. 62-84; Karl Baedeker (empresa), Belgium and Hol and: Handbook for Travel ers, Leipzig, K. Baedeker, 1888, pp. 129-131, 138, 158-160. Estoy en deuda con Debora Silverman por haberme informado de la conexión entre la leyenda fundacional de Amberes y la práctica de la amputación de manos que se hizo notoria en el Estado Libre del Congo. Véase Debora L.

Silverman, «Art Nouveau, Art of Darkness: African Lineages of Belgian Modernism, Part III», West 86th 20, núm. 1, 2013, pp. 26-29.

[467] JC a Albert Thys, 4 de noviembre de 1889, CL, vol. 1, p. 25.

[468] G. C. de Baerdemaecker a Albert Thys, 24 de septiembre de 1889, en J.

H. Stape y Owen Knowles (eds.), A Portrait in Letters: Correspondence to and About Conrad, Ámsterdam, Rodopi, 1996, pp. 5-6. La carta de presentación señalaba, en francés, que «su educación general es superior a la que suelen tener los marineros y es un perfecto gentleman».

[469] La sede de la empresa estaba en la Rue Brédérode; véase The

Congo Railway from Matadi to the Stanley Pool, Bruselas, P. Weissenbruch, 1889.

[470] Guy Vanthemsche, Belgium and the Congo, 1885-1980, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 2012, p. 37.

[471] JC a Albert Thys, 4/28 de noviembre de 1889, CL, vol. 1, pp. 25-27. En 1902, «La antigua y conocida empresa Walford & Co. de Amberes […] se convertiría en una "Société Anonyme" con un capital de 200.000 libras esterlinas»

y «el coronel Thys, el Cecil Rhodes de Bélgica, famoso por el Congo» sería su presidente. The Syren and Shipping Il ustrated 24, núm. 311, 13 de agosto de 1902, p. 279.

[472] Anne Arnold, «Marguerite Poradowska as Conrad's Friend and Adviser», The Conradian 34, núm. 1, 2009, pp. 68-83.

[473] Kazimierówka fue incendiada en la Revolución de Octubre. Estaba situada en el óblast de Vinnyts'ka, cerca del pueblo de Orativ.

[474] Conrad, A Personal Record, pp. 49-50.

[475] JC a Marguerite Poradowska, 14 [15-16?] de febrero de 1890, 1, p. 39.

[476] Sobre esta relación, véase especialmente Susan Jones, Women, Oxford, Clarendon Press, 1999, y Arnold, «Marguerite Poradowska». Ambas destacan la importancia de Poradowska como principal contacto de Konrad con el mundo literario, en el momento en que estaba comenzando a escribir La locura de Almayer.

[477] Najder, Joseph Conrad: A Life, pp. 140-143.

[478] Conrad, A Personal Record, p. 36. Cf. Joseph Conrad, «Geography and Some Explorers», en Last Essays, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page Co., 1926, p. 16: «Un día, señalando con el dedo un lugar en pleno corazón de África, declaré que algún día iría allí».

[479] JC a Marguerite Poradowska, 15 de mayo de 1890, CL, vol. 1, p. 51.

[480] JC a Marguerite Poradowska, 10 de junio de 1890, CL, vol. 1, p. 55.

[481] JC a Karol Zagórski, 22 de mayo de 1890, CL, vol. 1, p. 52.

[482] Makulo Akambu, La Vie de Disasi Makulo: Ancien Esclave de Tippo Tip et Catéchiste de Grenfel , Kinsasa, Editions Saint Paul Afrique, 1983, pp. 15-16. Debo el conocimiento de esta fuente a la espléndida obra de David van Reybrouck, Congo: La historia épica de un pueblo, traducida al inglés por Sam Garrett, Nueva York, Ecco, 2014, pp. 29-45 [Hay trad. cast.: Congo, Barcelona, Taurus, 2019].

[483] Akambu, Vie de Disasi Makulo, p. 18. Una variante sobre Matambatamba: Jan Vansina, Paths in the Rainforests: Toward a History of Political Tradition in Equatorial Africa, Madison, University of Wisconsin Press, 1990, p. 240; Osumaka Likaka, Naming Colonialism: History and Col ective Memory in the Congo, 1870-1960, Madison, University of Wisconsin Press, 2009, p. 102.

[484] Stanley describió su visita al campamento en The Congo and the Founding of Its Free State: A Story of Work and Exploration, 2 vols., Nueva York, Harper & Brothers, 1885, vol. 2, pp. 146-150.

[485] Akambu, Vie de Disasi Makulo, pp. 20-25.

[486] Formas similares de esta palabra significan «hombre blanco» en diversas lenguas en la región de los Grandes Lagos; por ejemplo, en swahili: muzungu. La palabra lingala para extranjero es, por el contrario, mundele.

[487] Akambu, Vie de Disasi Makulo, pp. 29-31.

[488] Ibid., pp. 32-36.

[489] David Livingstone, Dr. Livingstone’s Cambridge Lectures, Cambridge, Reino Unido, Deighton, Bel & Co., 1858, p. 18.

[490] Henry M. Stanley, Through the Dark Continent, Nueva York, Harper and Brothers, 1879 [Hay trad. cast.: Viaje en busca del Dr. Livingstone al centro de África, Madrid, Miraguano, 2007], vol. 2, pp. 95-114.

[491] Ibid., p. 190.

[492] Ibid., pp. 158, 174, 272. Tim Jeal, Stanley: The Impossible Life of Africa’s Greatest Explorer, Londres, Faber, 2007, p. 155. Jeal señala que Stanley exageró deliberadamente sus violentos encuentros para ganar lectores, después de observar que a los estadounidenses les encantaban los relatos de peleas con indios. Le salió el tiro por la

culata.

[493] Alexandre Delcommune, Vingt années de vie africaine, 1874-1893, récits de voyages d'aventures et d'exploration au Congo Belge, 2 vols., Bruselas, Ferdinand Larcier, 1922, vol. 1, p. 89; Stanley, Through the Dark Continent, vol. 2, pp. 454, 466-467.

[494] Stanley, Through the Dark Continent, vol. 2, p. 466; Patrick Brantlinger, Rule of Darkness: British Literature and Imperialism, 1830-1914, Ithaca, Nueva York, Cornel University Press, 1988, capítulo 6.

[495] Jeal, Stanley, pp. 221-228.

[496] Hochschild, King Leopold's Ghost, p. 39.

[497] Vanthemsche, p. 18; Hochschild, pp. 37-38. Sobre la obertura de Sarawak, véase John Brooke a Sir James Brooke, 4 de agosto de 1861, en Rhodes House, Oxford, Basil Brooke Papers, Mss. Pac s90, vol. 5. Steven Press desentierra de manera bril ante las conexiones entre las intervenciones europeas en Borneo y la disputa por los imperios rebeldes de África en Rogue Empires: Contracts and Conmen in Europe's Scramble for Africa, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2017.

[498] Émile Banning, Africa and the Brussels Geographical Conference, trad.

inglesa de Richard Henry Major, Londres, Sampson Low, Marston, Searle & Rivington, 1877, p. 152.

[499] Ibid., p. 109.

[500] H. M. Stanley, The Congo and the Founding of Its Free State: A Story of Work and Exploration, 2 vols., Londres: Sampson Low, Marston, Searle & Rivington, 1886, vol. 1, p. 26.

[501] Ibid., pp. 59-60.

[502] Como señala Eric D. Weitz, esto influyó de un modo significativo en las concepciones del siglo xx sobre los derechos y la protección de las minorías. Eric D. Weitz, «From the Vienna to the Paris System: International Politics and the Entangled Histories of Human Rights, Forced Deportations, and Civilizing Missions», The American Historical Review 113, núm. 5, 1 de diciembre de 2008, pp. 1313-1343.

[503] Vanthemsche, Belgium and the Congo, p. 29; Hochschild, King Leopold's Ghost, pp. 80-87. Para una visión general de la Conferencia de Berlín, véase H. L.

Wesseling, Divide and Rule: The Partition of Africa, 18801914, trad. inglesa de Arnold J. Pomerans, Westport, Connecticut, Praeger, 1996.

[504] Banning, Africa and the Brussels Geographical Conference, p. 153.

[505] Jeal, Stanley, capítulo 19; Hochschild, King Leopold's Ghost, p. 81; Stanley, The Congo and the Founding of Its Free State, pp. 51, 462.

[506] «Antiguo diplomático» anónimo citado en Jesse Siddall Reeves, The International Beginnings of the Congo Free State, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1894, p. 70.

[507] Stanley, The Congo and the Founding of Its Free State, vol. 2, p. 196.

[508] Delcommune, Vingt années, vol. 1, p. 64. Los fusiles de retrocarga europeos eran mucho más precisos que los mosquetes africanos.

[509] George Washington Wil iams, «George Washington Wil iams's Open Letter to King Leopold on the Congo, 1890 | The Black Past: Remembered and Reclaimed», en <www.blackpast.org/george-washington-wil iams-open-letter-king-leopold-congo-1890>.

[510] Sabine Cornelis, Maria Moreno y John Peffer, «L'Exposition du Congo and Edouard Manduau's La Civilisation au Congo (1884-1885)», Critical Interventions 1, núm. 1, 1 de enero de 2007, pp. 125-140.

[511] Delcommune, Vingt années, vol. 1, p. 194.

[512] A. J. Wauters, L'état indépendant du Congo; historique, géographie physique, ethnographie, situation économique, organisation politique, Bruselas, Librairie Falk fils, 1899, p. 431. Historias recientes han rastreado las formas en que la explotación colonial en el Congo se convirtió en una empresa mayormente belga. Véase en especial Vincent Viaene, «King Leopold's Imperialism and the Origins of the Belgian Colonial Party, 1860-1905», Journal of Modern History 80, núm. 4, diciembre de 2008, pp. 741-790.

[513] Delcommune, Vingt années, vol. 1, p. 56.

[514] Jean Stengers y Jan Vansina, «King Leopold's Congo, 1886-1908», en R.

Oliver y G. N. Sanderson (eds.), The Cambridge History of Africa, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1985, p. 330.

[515] Norman Sherry, Conrad's Western World, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1971, pp. 376-377.

[516] Hochschild, King Leopold's Ghost, pp. 133-135.

[517] Este es el relato de Johannes Scharffenberg, un oficial noruego del Florida; véase Espen Waehle, «Scandinavian Agents and Entrepreneurs in the Scramble for Ethnographica During Colonial Expansion in the Congo», en Kirsten Alsaker Kjerland y Bjørn Enge Bertelsen (eds.), Navigating Colonial Orders: Norwegian Entrepreneurship in Africa and Oceania, Londres, Berghahn Books, 2015, pp. 348-349. A Grenfel le contaron algo más pintoresco (y con más probabilidades de parecer «salvaje»). Al ver a un niño y a su madre bañándose en el río, Freiesleben regaló a la mujer un par de mitakos, y el regalo desencadenó la pelea. (Sherry, Conrad's Western World, pp. 18-19).

[518] Citado en Sherry, Conrad's Western World, p. 17.

8. Los lugares oscuros

[519] «Harou (Prosper-Félix-Joseph)», Biographie coloniale belge, vol. 3, Bruselas, Librairie Falk fils, 1952, p. 418; Henry Morton Stanley, The Congo and the Founding of its Free State: A Story of Work and Exploration, Nueva York, Harper & Brothers, 1885, vol. 2, p. 298.

[520] Hochschild, King Leopold's Ghost, p. 115; David van Reybrouck, Congo: la historia épica de un pueblo, trad. inglesa de Sam Garrett, Nueva York, Ecco, 2014, p. 61,

[521] Wauters, L'état indépendant du Congo, pp. 431-432.

[522] Existe cierto desacuerdo sobre si fue el único diario que l evó Conrad.

Najder señala que el capitán Craig, del Vidar, declaró mucho más tarde que «solía encontrar [a Conrad] escribiendo» (véase el capítulo 6) como prueba de que Conrad pudo haber tomado notas en otros

viajes. (Zdzisław Najder, «Introduction»

a Joseph Conrad, Diary and Other Uncol ected Pieces, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1978, pp. 3-4). Sin embargo, no se conservan diarios reales de este tipo, ni ninguna otra prueba que corrobore que existiesen, por lo que la especulación se basa en pruebas de ausencia. Un pasaje de La línea de sombra (que Conrad, hay que reconocer que con considerable exageración, calificaba de

«autobiografía exacta») parece sustentar la idea de que l evar un diario no era su práctica habitual: «Es el único periodo de mi vida en el que intenté l evar un diario. No, no es el único. Años más tarde, en condiciones de aislamiento moral, sí puse por escrito los pensamientos y acontecimientos de una veintena de días.

Pero esta fue la primera vez. No recuerdo cómo surgió ni cómo l egaron a mis manos la libreta y el lápiz». Joseph Conrad, The Shadow-Line, p. 87.

[523] Oscar Michaux, Au Congo: Carnet de campagne: épisodes & impressions de 1889 à 1897, Bruselas, Librairie Falk fils, 1907, p. 67.

[524] Louis Goffin, Le chemin de fer du Congo (Matadi-Stanley-Pool), Bruselas, M. Weissenbruch, 1907, pp. 37-38.

[525] Conrad, Congo Diary, p. 7.

[526] Wauters, L'état indépendant du Congo, p. 334. Dado que un colmil o de elefante africano pesa veintitrés kilos de media, 75.000 kilos podrían representar los colmil os de más de 1.600 elefantes, en <www.britannica.com/topic/ivory>.

[527] E. J. Glave, «The Congo River of To-Day», The Century Magazine 39, núm. 4, febrero de 1890, p. 619.

[528] Henry M. Stanley, The Congo and the Founding of Its Free State, vol. 1, p.

401.

[529] Albert Thys, Au Congo et au Kassaï: Conférences Données À La Société Belge Des Ingénieurs et Des Industriels, Bruselas, 1888, p. 7.

[530] Wauters, L'état indépendant du Congo, pp. 348-349. Wauters calculaba que 50.000 porteadores trabajaban en la ruta en 1893; Lemaire ofrecía la cifra más modesta de 25.280. Charles Lemaire, Congo & Belgique (à propos de l'Exposition d'Anvers, Bruselas, C. Bulens, 1894, p. 162.

[531] Conrad, Congo Diary, p. 9.

[532] Ibid., pp. 7, 10, 14.

[533] Ibid., pp. 8-9, 12.

[534] Ibid., pp. 8-9, 13.

[535] Ibid., p. 15.

[536] TB a JC, 28 de octubre / 9 de noviembre de 1890, CPB, p. 133. La frase de Bobrowski «Tú lo has querido, Georges Dandin» hacía referencia a la comedia de Molière del año 1668 George Dandin o el marido engañado.

[537] Norman Sherry, Conrad's Western World, p. 56.

[538] Conrad, Youth *Heart of Darkness* The End of the Tether, Londres, Penguin Books, 1995, p. 98. En adelante citado como Heart of Darkness.

[539] Conrad, Congo Diary, pp. 17, 20-21, 34, 36.

[540] Conrad, Heart of Darkness, p. 88.

[541] Para la historia de la redacción del manuscrito, véase la edición crítica de Cambridge: Joseph Conrad, Almayer's Fol y, Floyd Eugene Eddleman y David Leon Higdon (eds.), Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1994, pp.

159-165. Citas del capítulo 5, pp. 52-57. Cinco páginas del capítulo 5 están también escritas a lápiz, como el «Up-River Book» pero a diferencia del resto del manuscrito de Almayer's Fol y.

[542] Conrad, Heart of Darkness, p. 90.

[543] Zdzisław Najder, Joseph Conrad: A Life (2.ª ed.), Rochester, Camden House, 2007, p. 156.

[544] Herbert Ward, Five Years with the Congo Cannibals, Londres, Chatto & Windus, 1891, pp. 196-214.

[545] John Rose Troup, With Stanley's Rear Column, Londres, Chapman and Hall, 1890, p. 178. Véase también Henry Morton Stanley, In Darkest Africa: Rescue, and Retreat of Emin, Governor of Equatoria, 2 vols., Nueva York, Scribner, 1891, vol. 1, pp. 64-65.

[546] Sherry, Conrad's Western World, pp. 64-66.

[547] Wauters, L'état indépendant du Congo, p. 401.

[548] Los oficiales de Stanley hicieron comentarios más o menos críticos sobre la impía alianza entre el Estado Libre del Congo y el más famoso de los esclavistas. «El hombre civilizado condena con indignación la barbarie del esclavista árabe, pero si el hombre blanco se detiene a pensar un momento se dará cuenta de lo profundamente implicado que está él mismo. ¿Quién suministra las armas y municiones con las que se l eva a cabo esta persecución, y quién es el que compra el costoso colmil o de elefante?». E. J. Glave, Six Years of Adventure in Congo-Land, Londres, S. Low, Marston, Limited, 1893, p. 231. Véase también Ward, Five Years with the Congo Cannibals, pp. 216-221.

[549] «El atronador murmul o de las cataratas Stanley flotaba en el pesado aire nocturno del último tramo navegable del alto Congo». «Geography and Some Explorers», en Joseph Conrad, Last Essays, ed. e introd. Richard Curle, Londres, J.

M. Dent & Sons, 1926, p. 17.

[550] Camil e Delcommune a JC, 6 de septiembre de 1890, en J. H. Stape y Owen Knowles (eds.), A Portrait in Letters: Correspondence to and About Conrad, Ámsterdam, Rodopi, 1996, p. 10.

[551] Sherry, Conrad's Western World, pp. 78-80.

[552] Marguerite Poradowska a JC, 9 de junio de 1890, en Stape and Knowles (eds.), Portrait in Letters, p. 8.

[553] JC a Marguerite Poradowska, 26 de septiembre de 1890, CL,

vol. 1, pp.

61-63. Conrad escribió a Poradowska en francés; no obstante, resuena con La locura de Almayer, cuyo primer capítulo termina con Nina contemplando «el curso superior del río azotado en blanca espuma por el viento». Joseph Conrad, Almayer's Fol y, Garden City, NY, Doubleday, Page & Co., 1915, p. 17.

[554] TB a JC, 28 de octubre / 9 de noviembre de 1890, CPB, p. 133.

[555] Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 162.

[556] TB a JC, 12/24 de junio de 1890, CPB, pp. 128-129.

[557] Conrad, Heart of Darkness, pp. 54, 56-57.

[558] Ibid., p. 67.

[559] Ibid., pp. 68-69, 76, 84, 106, 126.

[560] Ibid., p. 88.

[561] Ibid., p. 90.

[562] John Thomas Towson (1804-81) fue autor de varias obras de referencia sobre navegación, entre el as Practical Information on the Deviation of the Compass: For the Use of Masters and Mates of Iron Ships (1863), que se utilizó como manual para los exámenes de la Junta de Comercio a los que se presentó Conrad. C. W. Sutton, «Towson, John Thomas (1804-1881)», rev. Elizabeth Baigent, Oxford Dictionary of National Biography, Oxford, Oxford University Press, 2004, edición en línea, mayo de 2010, <https://doi.org/10.1093/ref:odnb/27642>.

[563] Conrad, Heart of Darkness, p. 94.

[564] Ibid., p. 103.

[565] Louis Menand, Discovering Modernism: T. S. Eliot and His Context (2.ª

ed.), Nueva York, Oxford University Press, 2007, p. 111; Conrad, Heart of Darkness, p. 113.

[566] Conrad, Heart of Darkness, pp. 120-121.

[567] Ibid., pp. 111, 123, 125.

[568] Ibid., pp. 132-137.

[569] Ibid., pp. 139-147.

[570] Ibid., pp. 49, 148. Cf. el final de El negro del Narcissus (escrito aproximadamente un año antes), donde una visión de Gran Bretaña surgiendo de las olas como un barco a toda vela degenera en miseria industrial a medida que el Narcissus remonta el Támesis para atracar: «Un enloquecido amasijo de muros tiznados se alzaba con imprecisión entre el humo, desconcertante y lúgubre, como una visión del desastre […] y un enjambre de hombres extraños, trepando por sus costados, tomaba posesión del buque en nombre de la sórdida tierra». (Joseph Conrad, The Nigger of the 'Narcissus' and Other Stories, Londres, Penguin Classics, 2007, p. 130). En un ensayo de 1904 sobre el Támesis, Conrad recapitulaba el inicio de El corazón de las tinieblas, imaginando de nuevo a un romano que se adentra en el río para enfrentarse a sus salvajes habitantes, y comparando el tramo del Támesis desde el puente de Londres hasta Albert Docks con «una jungla», «como la maraña de arbustos y enredaderas que cubren las silenciosas profundidades de una tierra salvaje e inexplorada». (Joseph Conrad, The Mirror of

the Sea, Nueva York, Harper & Brothers 1906, pp. 178-179.) Nicholas Delbanco señala un paralelismo entre la descripción inicial del Támesis que hace Conrad y The Cinque Ports en Group Portrait: Joseph Conrad, Stephen Crane, Ford Madox Ford, Henry James, and H. G. Wel s, Nueva York, Morrow, 1982, de Ford Madox Ford, pp. 103-104.

[571] Wauters, L'état du Congo, pp. 336, 448, 460, 463; A.-J. Wauters, Histoire politique du Congo Belge, Bruselas, P. Van Fleteren, 1911, p. 75.

[572] Wauters, L'état indépendant du Congo, pp. 402-403; Guy Vanthemsche, Belgium and the Congo, 1885-1980, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 2012, pp. 147-149.

[573] Wauters, Histoire politique, pp. 93-96, 120-124; Vincent Viaene, «King Leopold's Imperialism and the Origins of the Belgian Colonial Party, 1860-1905», Journal of Modern History 80, núm. 4, diciembre de 2008, pp. 761-762.

[574] Michaux, Au Congo, p. 218. Michaux admitió que, veinte años más tarde, seguía sintiéndose incómodo por la toma de Nyangwé porque nunca quedó del todo convencido de que la Force Publique

hubiera sido atacada primero (pp. 223-224). Un médico británico adscrito a la expedición celebró otro logro: la eliminación del islam como fuerza política. «Esta gran lucha marca, sin duda, un punto de inflexión en la historia africana. Es imposible siquiera conjeturar cuál habría sido el efecto sobre el futuro de África si se hubiera establecido otro gran imperio mahometano en la cuenca del Congo». Sidney Langforde Hinde, The Fall of the Congo Arabs, Nueva York, Thomas Whittaker, 1897, pp. 24-25.

[575] Sir Harry Johnston, George Grenfel and the Congo..., 2 vols., Nueva York, D. Appleton & Company, 1910, vol. 1, p. 428. Culpaba de el o a los «frenéticos caníbales» que acompañaban a Dhanis como fuerza irregular.

[576] Jan Vansina, Paths in the Rainforests: Toward a History of Political Tradition in Equatorial Africa, Madison, University of Wisconsin Press, 1990, pp.

244-45.

[577] E. D. Morel, The Congo Slave State, Liverpool, John Richardson & Sons, 1903, pp. 13-18; Jean Stengers y Jan Vansina, «King Leopold's Congo, 1886-1908», en R. Oliver y G. N. Sanderson (eds.), The Cambridge History of Africa, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1985, pp. 339-340, 344.

Reybrouck, Congo, p. 86.

[578] Henry Richard Fox Bourne, Civilisation in Congoland: A Story of

International Wrong-Doing, Londres, P. S. King and Co., 1903, pp. 178179; Hochschild, King Leopold's Ghost, p. 162.

[579] Glave, citado en Fox Bourne, Civilisation in Congoland, p. 181.

[580] Wauters, L'état indépendant du Congo, p. 447.

[581] Makulo Akambu, La Vie de Disasi Makulo: Ancien Esclave de Tippo Tip et Catéchiste de Grenfel , Kinsasa, Editions Saint Paul Afrique, 1983, pp. 59-60.

[582] Wauters, L'état indépendant du Congo, pp. 334-341.

[583] Ibid., pp. 104-105; Wauters, Histoire politique, pp. 120-127; Vanthemsche, Belgium and the Congo, pp. 38-39; Viaene, «King

Leopold's Imperialism», p. 770.

[584] Los británicos ya habían empezado a cultivar árboles de caucho en el Sudeste Asiático que, una vez maduros, superarían en producción al caucho silvestre y desplazarían al Congo (y a Brasil) en el mercado internacional. Véase Zephyr Frank y Aldo Musacchio, «The International Natural Rubber Market, 1870-1930», EH.Net Encyclopedia, Robert Whaples (ed.), 16 de marzo de 2008, en

<http://eh.net/encyclopedia/the-international-natural-rubber-market-1870-1930/>.

[585] Charles Lemaire, Congo & Belgique (à propos de l'Exposition d'Anvers), Bruselas, C. Bulens, 1894, pp. 37-38; Morel, Congo Slave State, p. 62.

[586] Robert Harms, «The End of Red Rubber: A Reassessment», The Journal of African History 16, núm. 1, 1 de enero de 1975, pp. 78-81.

[587] E. J. Glave, «Cruelty in the Congo Free State», The Century Magazine 54, núm. 5, septiembre de 1897, p. 709; Reybrouck, Congo, pp. 8796.

[588] Testimonio de Murphy y Sjöblom, citado en Fox Bourne, Civilisation in Congoland, pp. 210, 213-214. Cf. Glave, citado en pp. 198-199.

[589] Véase Debora L. Silverman, «Art Nouveau, Art of Darkness: African Lineages of Belgian Modernism, Part I», West 86th: A Journal Decorative Arts, Design History, and Material Culture 18, núm. 2, 2011, pp. 143-150; Debora Silverman, «Art Nouveau, Art of Darkness: African Lineages of Belgian Modernism, Part III», West 86th 20, núm. 1, 2013, pp. 8-11.

[590] Hochschild, King Leopold's Ghost, pp. 206-207.

[591] Reseña sin firma de Hugh Clifford en The Spectator, en Keith Carabine (ed.), Joseph Conrad: Critical Assessments, vol. 1, Mountfield, East Sussex, Reino Unido, Helm Information, 1992, p. 295. Clifford y Conrad ya eran amigos.

[592] Conrad, El corazón de las tinieblas, p. 9.

[593] Glave, «Cruelty in the Congo Free State», 706. Hochschild señala que Conrad bien podría haber leído esto.

[594] JC a Roger Casement, 21 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, p. 96.

[595] JC a R. B. Cunninghame Graham, 26 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, p.

102.

[596] Hunt Hawkins, «Joseph Conrad, Roger Casement, and the Congo Reform Movement», Journal of Modern Literature 9, núm. 1, 1981, pp. 65-80. Conrad escribió a Casement una carta condenando los ultrajes, que Morel citó en King Leopold's Rule in Africa, Nueva York, Funk and Wagnalls, 1905, p. 117.

[597] JC a Roger Casement, 17 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, p. 95.

[598] Conrad, El corazón de las tinieblas, p. 6.

[599] JC a Edward Garnett, 22 de diciembre de 1902, CL, vol. 2, pp. 467468. F.

R. Leavis, el más importante de los primeros defensores académicos de Conrad, se sintió «exasperado» por El corazón de las tinieblas debido a la «insistencia en la adjetivación del misterio inexpresable e incomprensible» por parte de Conrad. F. R.

Leavis, The Great Tradition: George Eliot, Henry James, Joseph Conrad, Nueva York, George W. Stewart, 1950, p. 177.

[600] Ian Watt explicó, de manera influyente, esta técnica como «decodificación retardada» en Conrad in the Nineteenth Century, Berkeley, University of California Press, 1979, pp. 176-177.

9. Salvajes blancos

[601] JC a Marguerite Poradowska, 30 de marzo de 1890; 14 de abril de 1891; 1

de mayo de 1891; 10 de mayo de 1891, CL, vol. 1, pp. 74-75, 77, 79.

[602] TB a JC, 30 de marzo / 12 de abril de 1891, CPB, p. 139.

[603] TB a JC, 25 de mayo / 6 de junio de 1891, CPB, p. 141.

[604] TB a JC, 30 de marzo / 12 de abril de 1891, CPB, p. 140.

[605] JC a Marguerite Poradowska, 26 de agosto de 1891, CL, vol. 1, p. 91.

[606] Joseph Conrad, Almayer's Fol y, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page

& Co., 1915, pp. 129-130 [Hay trad. cast.: La locura de Almayer, Utrera, Barataria, 2011].

[607] Ibid., p. 108.

[608] Ibid., pp. 146, 151.

[609] Ibid., pp. 87, 132.

[610] JC a Marguerite Poradowska, 8 de julio de 1891, CL, vol. 1, p. 86.

[611] TB a JC, 18/30 de julio de 1891, CPB, pp. 147-148.

[612] TB a JC, 14/26 de agosto de 1891, CPB, p. 149.

[613] Joseph Conrad, Youth *Heart of Darkness* The End of the Tether, Londres, Penguin Books, 1995, p. 79.

[614] JC a Marguerite Poradowska, 16 de octubre de 1891, CL, vol. 1, p. 99.

[615] JC a Marguerite Poradowska, 26 de agosto de 1891, CL, vol. 1, p. 92.

[616] JC a Marguerite Poradowska, 14 de noviembre de 1891, CL,

vol. 1, p. 102.

[617] Citado en Zdzisław Najder, Joseph Conrad: A Life (2.ª ed.), Rochester, Nueva York, Camden House, 2007, p. 182.

[618] John Stape, The Several Lives of Joseph Conrad, Nueva York, Pantheon, 2007, p. 73 [Hay trad. cast.: Las vidas de Joseph Conrad, Barcelona, Lumen, 2007].

[619] TB a JC, 9/21 de febrero de 1894, en J. H. Stape y Owen Knowles (eds.), A Portrait in Letters: Correspondence to and About Conrad, Ámsterdam, Rodopi, 1996, p. 12.

[620] JC a Marguerite Poradowska, 18 de febrero de 1894, CL, vol. 1, p. 148.

[621] JC a Marguerite Poradowska, [29 de marzo o 5 de abril de 1894], CL, vol.

1, p. 151.

[622] Joseph Conrad, Almayer's Fol y, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page

& Co., 1915, p. 259.

[623] JC a Marguerite Poradowska, 24 de abril de 1894, CL, vol. 1, pp. 153-154.

[624] JC a Marguerite Poradowska, [18? de agosto de 1891], CL, vol. 1, p. 170.

[625] JC a Marguerite Poradowska, [25? de julio de 1894], CL, vol. 1, pp. 163-164.

[626] JC a Marguerite Poradowska, [18? de agosto de 1894], CL, vol. 1, p. 171.

[627] JC a Marguerite Poradowska, 23 de octubre de 1894 a [23? de febrero de 1895], CL, vol. 1, pp. 182, 189, 191, 202.

[628] JC a Marguerite Poradowska, [29 de marzo o 4 de abril de 1894] a 13 de

mayo de [1895], CL, vol. 1, pp. 150, 156, 185, 192, 210, 215, 219.

[629] JC a Marguerite Poradowska, 4 de octubre de 1894, CL, vol. 1,

p. 178.

[630] JC a Marguerite Poradowska, 10 de octubre de 1894, CL, vol. 1, p. 180.

[631] JC a W. H. Chesson, [mediados de octubre a mediados de noviembre de 1894], CL, vol. 1, p. 186.

[632] JC a W. H. Chesson, [¿principios de enero?, 1895], CL, vol. 1, p. 199.

[633] El prólogo no se incluyó en la primera edición, probablemente porque Unwin rara vez publicaba prólogos, salvo de autores muy conocidos.

[634] Conrad, Almayer's Fol y, p. 3. Se refiere al ensayo «Decivilized» de Alice Meynel

(que

no

emplea

analogías

africanas),

en

<www.gutenberg.org/files/1434/1434-h/1434-h.htm>.

[635] Véase, por ejemplo, Herbert Ward, Five Years with the Congo Cannibals, Londres, Chatto & Windus, 1891, p. 270.

[636] Conrad, El corazón de las tinieblas, p. 66.

[637] Es muy posible que Conrad leyera la «Note on Cannibalism» en Sidney Langford Hinde, The Fall of the Congo Arabs, Nueva York, Whittaker, 1897, pp.

282-285. Los congoleños también sospechaban que los blancos habían adoptado la práctica: véase Osumaka Likaka, Naming Colonialism: History and Col ective Memory in the Congo, 1870-1960, Madison, University of Wisconsin Press, 2009, p. 96.

[638] Conrad, El corazón de las tinieblas, p. 89.

[639] Para un resumen de lo que se sabe —y, más a menudo, de lo que no se sabe— sobre la vida sexual de Conrad, véase Robert Hampson, Conrad's Secrets, Basingstoke, Reino Unido, Palgrave Macmil an, 2012, pp. 4-11.

[640] JC a E. B. Redmayne, 23 de mayo de 1895, citado en J. H. Stape y Hans Van Marle, «"Pleasant Memories" and "Precious Friendships": Conrad's Torrens Connections and Unpublished Letters from the 1890s», Conradiana 27, núm. 1, 1995, p. 30.

[641] JC a Edward Garnett, 7 de junio de 1895, CL, vol. 1, p. 224.

[642] JC a Marguerite Poradowska, 11 de junio de 1895, CL, vol. 1, p. 229.

[643] JC a *Mme.* Briquel, 7 de marzo de 1896, CL, vol. 1, pp. 264-265.

[644] JC a Karol Zagórski, 10 de marzo de 1896, CL, vol. 1, pp. 265-266.

[645] JC a E. B. Redmayne, 23 de febrero de 1896, Stape y Van Marle,

«"Pleasant Memories"», p. 32.

[646] JC a Nita Wall, 22 de marzo de 1896, Stape y Van Marle, «"Pleasant Memories"», p. 35.

[647] Zdzisław Najder, Joseph Conrad: A Life (2.ª ed.), Rochester, Nueva York, Camden House, 2007, pp. 223-224.

[648] Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Co., 1926, pp. 101-105.

[649] Ibid., pp. 25, 102.

[650] J. H. Stape, «Jessie Conrad in Context: A George Family History», The Conradian 34, núm. 1, 1 de abril de 2009, pp. 84-110.

[651] Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, p. 106.

[652] JC a Edward Garnett, 9 de abril de 1896, CL, vol. 1, p. 272.

[653] JC a Edward Sanderson, 14 de abril de 1896, CL, vol. 1, p. 274.

[654] Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, pp. 30-31.

[655] JC a Edward Garnett, 2 de junio de 1896, CL, vol. 1, p. 283.

[656] JC a Edward Garnett, 5 de agosto de 1896, CL, vol. 1, pp. 295-296.

[657] Sobre la tendencia de Conrad de evitar que uno escribiera a otro, véase John Batchelor, «Conrad's Truancy», en John Batchelor (ed.), The Literary Biography, Oxford, Clarendon Press, 1995, pp. 115-127.

[658] Sherry, Conrad's Western World, pp. 126-131.

[659] «An Outpost of Progress» en Joseph Conrad, Tales of Unrest, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Co., 1920, p. 161 [Hay trad. cast: Cuentos de inquietud, Madrid, Eneida, 2012].

[660] Conrad, «An Outpost Progress», pp. 150, 163, 171, 183, 185, 197198

[Hay trad. cast: An outpost of progress = Un puesto avanzado del progreso, Barcelona, Inuk, 2016].

[661] Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, pp. 109, 139.

[662] Ibid., pp. 153-154. Sven Lindqvist también señala el hecho de que el ensayo satírico de Charles Dilke «Civilization in Africa» apareció en el número de julio de 1896 de Cosmopolis, al que Conrad envió Un puesto avanzado del progreso para su publicación. Pero no está claro si Conrad leyó o no la revista en aquel momento. Sven Lindqvist, «Exterminate Al the Brutes»: One Man's Odyssey into the Heart of Darkness and the Origins of European Genocide, trad. inglesa de Joan Tate, Nueva York, The New Press, 2007, pp. 25-27 [Hay trad. cast: Exterminad a todos los salvajes, Madrid, Turner, 2004].

[663] Conrad, An Outpost of Progress, pp. 178-179.

[664] Louis Goffin, Le chemin de fer du Congo (Matadi-Stanley-Pool), Bruselas, M. Weissenbruch, 1907, p. 73.

[665] Sobre la conexión de Buls con Poradowska, véase Anne Arnold,

«Marguerite Poradowska as Conrad's Friend and Adviser», The Conradian 34, núm.

1, 2009, pp. 72-76.

[666] Goffin, Le chemin de fer, pp. 19, 43-44, 65; Henry Richard Fox Bourne, Civilisation in Congoland: A Story of International Wrong-

Doing, Londres: P. S.

King and Co., 1903, pp. 122-126, 245-246; A.-J. Wauters, L'état indépendant du Congo: historique, géographie physique, ethnographie, situation économique, organisation politique, Bruselas, Librairie Falk fils, 1899, pp. 360-366; A.-J.

Wauters, Histoire politique du Congo Belge, Bruselas, P. Van Fleteren, 1911, p.

162.

[667] Charles François Gommaire Buls, Croquis congolais [par] Charles Buls.

Il ustrés de nombreuses photogravures et dessins, Bruselas, G. Balat, 1899, p. 77.

[668] Buls a JC, 11 de mayo de 1895, Portrait in Letters, p. 16.

[669] Buls destacó en la p. 97 «el deslumbrante esplendor de la naturaleza tropical». En la página 92 de la primera edición de la novela, Conrad describió

«plantas que se disparan hacia arriba, enredadas, entrelazadas en inextricable confusión, trepando alocada y brutalmente unas sobre otras en el terrible silencio de una lucha desesperada hacia la luz del sol que da vida en lo alto, como si sintieran el azote de un horror repentino por la masa hirviente de corrupción que hay debajo, la muerte y la decadencia de la que brotan». Compárese la descripción de Buls de «La selva ecuatorial»: «Todas estas plantas parásitas luchan por ver cuál será la primera en alcanzar la luz; se enredan y trepan unas sobre otras por los medios más ingeniosos: garfios, espirales, lanzas, ventosas, y dan la impresión de una lucha feroz por el aire. […] A nuestro alrededor vemos la consecuencia fatal de este asalto de las plantas trepadoras. Aplastados bajo su mortaja, los árboles no tienen espacio para crecer; mueren asfixiados, sus troncos podridos, devorados por hormigas y ciempiés». (Buls, Croquis Congolais, pp. 88-89; la traducción es mía).

[670] Buls, Croquis Congolais, pp. 204-210.

[671] JC a R. B. Cunninghame Graham, 14-15 de enero, CL, vol. 2, 1898, p. 17.

Cf. JC a Aniela Zagórska, 21 de enero de 1898, CL, vol. 2, pp. 23-24. Conrad sabía

que Borys era un nombre ruso, pero «recordé que mi amigo Stanisław Zaleski dio este nombre a su hijo mayor, así que, al parecer, un polaco puede usarlo».

[672] Stape, Several Lives of Joseph Conrad, pp. 95, 99.

[673] JC a David Meldrum, 4 de junio de 1898, CL, vol. 2, p. 65.

[674] JC a R. B. Cunninghame Graham, 26 de agosto de 1898, CL, vol. 2, p. 88.

[675] JC a E. L. Sanderson, 21 de noviembre de 1896, CL, vol. 1, p. 319. Sobre el préstamo y anticipo: Najder, Joseph Conrad: A Life, pp. 236, 252, 261.

[676] JC a Edward Garnett, 18 de diciembre de 1898, CL, vol. 2, pp. 132133.

[677] JC a Wil iam Blackwood, 31 de diciembre de 1898, CL, vol. 2, pp. 139-140.

[678] Reseña sin firma de Edward Garnett, Academy and Literature 63, núm.

1596, 6 de diciembre de 1902, p. 606.

[679] JC a Wil iam Blackwood, 8 de febrero de 1899, CL, vol. 2, p. 162.

[680] Sidney Langford Hinde, The Fall of the Congo Arabs, Londres, Whittaker, 1897, p. 91. Se trata de uno de los únicos libros ingleses disponibles sobre el Congo. Hinde está particularmente obsesionado con el canibalismo, un tema tratado con cierta extensión en El corazón de las tinieblas, a diferencia de la obsesión de Stanley, la esclavitud, que figura bastante menos en esa obra.

Viajando por el río Congo en 2016 se me acercaron vendedores de monos ahumados en estacas, cuyas cabezas marchitas se asemejaban a los trofeos humanos imaginados por Conrad.

[681] Los rajás de Sarawak se esforzaron especialmente en suprimir la caza de cabezas, como Conrad habría sabido por la lectura de libros como The Malay Archipelago (1869), de Alfred Russel Wallace [Hay trad. cast.: Viaje al archipiélago malayo, Barcelona, Laertes, 2023].

[682] TB a JC, 3/15 de agosto de 1881, CPB, p. 74. 83. En El corazón de las tinieblas el cráneo de Marlow es medido por un médico europeo fascinado por «el primer inglés a quien examino» (Conrad, El corazón de las tinieblas, p. 19).

10. Un nuevo mundo

[683] JC a Roger Casement, 1 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, p. 87.

[684] JC a Harriet Mary Capes, 26 de diciembre de 1903; JC a Mariah Hannah Martindale, 26 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, pp. 9899; JC a Catherine Hueffer, 26 de diciembre de 1903, CL, vol. 9, p. 95.

[685] John Stape, The Several Lives of Joseph Conrad, Nueva York, Pantheon Books, 2007, p. 109 [Hay trad. cast.: Las vidas de Joseph Conrad, Barcelona, Lumen, 2007].

[686] JC a Aniela Zagórska, 12 de diciembre de 1898, CL, vol. 2, p. 131; Borys Conrad, My Father Joseph Conrad, Nueva York, Coward McCann, 1970, pp. 21-24.

[687] JC a David Meldrum, 12 de octubre de 1898, CL, vol. 2, p. 101. Nacido Ford Hermann Hueffer, hijo de un emigrante alemán, el autor se hacía l amar Ford Madox Hueffer cuando Conrad lo conoció. En 1919 cambió su nombre por el de Ford Madox Ford, con el que se le conoce desde entonces. Para evitar confusiones me refiero a él como Ford Madox Ford en todo el libro..

[688] JC a H. G. Wel s, 25 de noviembre de 1898, CL, vol. 2, p. 123.

[689] Nicholas Delbanco, Group Portrait: Joseph Conrad, Stephen Crane, Ford Madox Ford, Henry James, and H. G. Wel s, Nueva York, Morrow, 1982. La relación entre Conrad y Ford ha atraído mucha atención por parte de la crítica. En general, los estudiosos de Conrad desconfían de las numerosas afirmaciones que Ford hizo sobre su relación después de que su amistad se enfriara en 1909. Un análisis estilométrico ha confirmado la sensación de que, de sus tres grandes colaboraciones, Conrad fue el autor dominante de Romance (1903). Véase Jan Rybicki, David Hoover y Mike Kestemont, «Col aborative Authorship: Conrad, Ford y Rol ing Delta», Literary and Linguistic Computing 29, núm. 3, 1 de septiembre de 2014, pp. 422-431.

[690] JC a R. B. Cunninghame Graham, 26 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, pp.

101-102.

[691] R. B. Cunninghame Graham, Hernando de Soto, Londres, Wil iam Heinemann, 1903, p. x.

[692] JC a R. B. Cunninghame Graham, 8 de julio de 1903, CL, vol. 3, p. 45.

[693] JC a J. B. Pinker, 22 de agosto de 1903, CL, vol. 3, p. 55.

[694] JC a John Galsworthy, [¿23 de octubre de 1902?], CL, vol. 2, p. 448.

[695] Para un tratamiento sucinto de las dimensiones literarias de esta relación, véase Cedric Watts, «Conrad and Cunninghame Graham: A Discussion with Addenda to Their CL», The Yearbook of English Studies 7, 1977, pp. 157-165.

[696] Laurence Davies y Cedric Thomas Watts, Cunninghame Graham: A Critical Biography, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1979, p. 269.

[697] JC a John Galsworthy, 2 de julio de 1904, CL, vol. 3, p. 148.

[698] Davies y Watts, Cunninghame Graham, pp. 127, 134.

[699] Ibid., pp. 3-14.

[700] Sir Horace Rumbold, The Great Silver River: Notes of a Residence in Buenos Ayres in 1880 and 1881 (2.ª ed.), Londres, John Murray, 1890, pp. 6-7.

[701] «La Pampa», en R. B. Cunninghame Graham, The South American Sketches of R. B. Cunninghame Graham, John Walker (ed.)., Norman, University Oklahoma Press, 1978, p. 23.

[702] «Paja y Cielo», en Graham, South American Sketches, p. 31.

[703] «The Pampas Horse», en Graham, South American Sketches, pp. 46-49.

[704] «A Vanishing Race», en Graham, South American Sketches, pp. 38-39.

[705] «A Silhouette», en Graham, South American Sketches, p. 106.

[706] «Cruz Alta», en R. B. Cunninghame Graham, Thirteen Stories, Londres, W.

Heinemann, 1900, p. 12. «La Pulpería» y «Gualeguaychú», en Graham, South American Sketches, pp. 63-64, 146.

[707] Lucy Riall, Garibaldi: Invention of a Hero, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2007, pp. 43-45.

[708] Ogilvy, citado en Davies y Watts, Cunninghame Graham, p. 18.

[709] John Hoyt Wil iams, The Rise and Fal of the Paraguayan Republic, 18001870, Austin, University of Texas Press, 1979, capítulo 11.

[710] Sir Richard Francis Burton, Letters from the Battlefields of Paraguay, Londres, Tinsley Brothers, 1870.

[711] R. B. Cunninghame Graham, Portrait of a Dictator, Francisco Solano López (Paraguay, 1865-1870), Londres, W. Heinemann, 1933, p. 241.

[712] Domingo Faustino Sarmiento, La vida en la República Argentina en los días de los tiranos o Civilization and Barbarism, trad. inglesa de Mary Tyler Peabody Mann, Nueva York, Hurd and Houghton, 1868, p. 54. Richard Burton dedicó sus Cartas desde los campos de batalla del Paraguay a Sarmiento «y al homenaje que rinde al progreso».

[713] Ibid., pp. 2, 40.

[714] Ibid., pp. 138-139.

[715] Ibid., pp. 13, 18, 65-66, 187-188, 213-214.

[716] D. C. M. Platt, Latin America and British Trade 18061914, Londres, Adam

& Charles Black, 1972; Rory Mil er, Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries, Londres, Longman, 1993, esp. pp. 149-159.

[717] Rumbold, Great Silver River, p. 8; E. R. Pearce Edgcumbe, Zephyrus: A Holiday in Brazil and on the River Plate, Londres, Chatto & Windus, 1887, pp. 181-189.

[718] Davies y Watts, Cunninghame Graham, capítulos 2-5.

[719] R. B. Cunninghame Graham, A Vanished Arcadia: Being Some Account of the Jesuits in Paraguay 1607-1767, Londres, W. Heinemann, 1901, p. 179.

[720] «A Vanishing Race», en Graham, South American Sketches, pp. 35-42.

[721] Graham, A Vanished Arcadia, pp. 225, 287.

[722] JC a Cunninghame Graham, 9 de mayo de 1903, CL, vol. 3, p. 34.

[723] Joseph Conrad, Nostromo, Londres, Penguin Classics, 2007, p. 26 [Hay trad. cast.: Nostromo, relato del litoral, Madrid, Alianza, 2016].

[724] Ibid., pp. 13, 20, 36.

[725] JC a Ford Madox Ford, 2 de enero de 1903, CL, vol. 3, pp. 3-4; JC a J. B.

Pinker, 5 de enero de 1903, CL, vol. 3, p. 6.

[726] JC a Ford Madox Ford, 23 de marzo de 1903, CL, vol. 3, pp. 27-28.

[727] JC a R. B. Cunninghame Graham, 19 de marzo de 1903, p. 25; JC a R. B.

Cunninghame Graham, [¿9 de junio? de 1903], p. 41; W. H. Hudson, The Purple Land: Being the Narrative of One Richard Lamb's Adventures in the Banda Oriental, in South America, as Told by Himself, Nueva York, Dutton, 1916) pp. 332-338 [Hay trad. cast.: La tierra purpúrea, Barcelona, Acantilado, 2005].

[728] Norman Sherry, Conrad's Western World, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1971, p. 162.

[729] Conrad, Nostromo, pp. 28, 30.

[730] JC a J. B. Pinker, 16 de marzo de 1903, CL, vol. 3, p. 22.

[731] JC a R. B. Cunninghame Graham, 8 de julio de 1903, CL, vol. 3, p. 45.

[732] Sobre las fuentes de Conrad, véase Sherry, Conrad's Western World, capítulos 15-18.

[733] Para una descripción del cepo uruguayano, véase George Frederick Masterman, Seven Eventful Years in Paraguay, Londres, Sampson Low, Son, and Marston, 1869, p. 321.

[734] Conrad, Nostromo, pp. 37, 41, 43, 46, 90, 293.

[735] Ibid., pp. 38-40, 58, 68.

[736] Ibid., pp. 43-45, 68.

[737] R. B. Cunninghame Graham, «Bloody Niggers», The Social Democrat: A Monthly Socialist Review 1, núm. 4, abril, 1897, p. 109.

[738] Conrad, Nostromo, p. 49.

[739] Niall Ferguson, Empire, Nueva York, Basic Books, 2003, pp. 201-202; James Bryce, «The Roman Empire and the British Empire India», en Studies in History and Jurisprudence, 2 vols., Oxford, Clarendon Press, 1901, vol. 1, p. 5.

[740] Rudyard Kipling, «Recessional» (1897), en <www.poetryfoundation.

org/poems-and-poets/poems/detail/46780> [Hay trad. cast. en línea, por ejemplo:

<https://espanol·libretexts.org/Humanidades/Li

teratura_y_Alfabetizacion/Libro%3A_Literatura_Inglesa_-_Victoria
nos_y_Modernos_(Sexton)/9%3A_Rudyard_Kipling_(1865%E2%

80%941936)/9.3%3A_Recesional>].

[741] Graham, «Bloody Niggers», p. 109.

[742] J. A. Hobson, Imperialism: A Study, Londres, James Nisbet & Co., 1902

[Hay trad. cast.: Estudio del imperialismo, Madrid, Alianza, 1981].

[743] JC a R. B. Cunninghame Graham, 19 de diciembre de 1899, CL, vol. 2, p.

228.

[744] P. G. Wodehouse, The Swoop! Or, How Clarence Saved England: A Tale of the Great Invasion, Londres, Alston Rivers, 1909.

[745] Paul M. Kennedy, The Rise and Fall of British Naval Mastery, Nueva York, Scribner, 1976, pp. 216-218.

[746] Rudyard Kipling, «The White Man’s Burden» (1899), en <http://

sourcebooks.fordham.edu/halsall/mod/kipling.asp>.

[747] Sobre la variedad de posiciones que recoge el concepto, véase Duncan Bel , The Idea of Greater Britain: Empire and the Future of World Order, 1860-1900, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 2007.

[748] Wil iam Thomas Stead, The Americanization of the World: Or, The Trend of the Twentieth Century, Londres, H. Markley, 1902, pp. 2, 396.

[749] «The Poor Man’s Burden», en <http://historymatters.gmu.edu/d/ 5475>.

Sobre el contexto y las consecuencias del poema de Kipling, véase Patrick Brantlinger, «Kipling’s ‘The White Man’s Burden’ and its Afterlives», English Literature in Translation, 1880-1920 50, núm. 2, 2007, pp. 172-191.

[750] H. T. Johnson, «The Black Man’s Burden», Christian Recorder, marzo de 1899,

en

<http://nationalhumanitiescenter.org/pds/gilded/empire/text7/johnson.pdf>.

[751] «Victory», en Graham, Thirteen Stories, p. 214 [Hay trad. cast.: Trece historias, Sevil a, Espuela de plata, 2006].

[752] Conrad, Nostromo, pp. 62, 64.

[753] Ibid., pp. 67, 86, 94, 193.

[754] Ibid., pp. 62-63.

11. Intereses materiales

[755] Para una vívida exposición ficticia de la relación entre la trama de Nostromo y la construcción del canal de Panamá, véase Juan-Gabriel Vásquez, Historia secreta de Costaguana (Barcelona, Alfaguara, 2016).

[756] «Monroe Doctrine, December 2, 1823», en <https://avalon.law.yale.

edu/19th_century/monroe.asp>.

[757] «Clayton-Bulwer Treaty, 1850», en <http://avalon.law.yale.edu/19th_

century/br1850.asp>.

[758] «The Panama Canal Treaty», The Times, 24 de enero de 1903, p. 7; 26 de enero de 1903, p. 5.

[759] Leader, The Times, 19 de marzo de 1903, p. 7. Me he centrado en la cobertura del Times porque era el periódico que los miembros del entorno social de Conrad habrían leído de forma regular.

[760] Citado en David McCul ough, The Path Between the Seas: The Creation of the Panama Canal, 18701914, Nueva York, Simon and Schuster, 1977, p. 380

[Hay trad. cast.: Un camino entre dos mares: la creación del canal de Panamá, Barcelona, Espasa, 2012].

[761] «President Roosevelt on the Monroe Doctrine», The Times, 4 de abril de 1903, p. 7.

[762] Abelardo Aldana et al., The Panama Canal Question: A Plea for Colombia, Nueva York, [n.p.], 1904, pp. 9-10.

[763] Raúl Pérez, «A Colombian View of the Panama Canal Question», The

North American Review 177, núm. 560, 1903, pp. 63-68.

[764] «Panama Canal Treaty», The Times, 24 de septiembre de 1903, p. 3.

[765] Joseph Conrad, Nostromo, Londres, Penguin Classics, 2007, pp. 96, 116, 152.

[766] McCul ough, Path Between the Seas, pp. 340-42.

[767] Conrad, Nostromo, pp. 120-21, 135, 145, 147, 170.

[768] Ibid., pp. 177, 220.

[769] Ibid., pp. 189, 247.

[770] JC a J. B. Pinker, [¿7 o 14 de octubre? 1903], CL, vol. 3, p. 67. «Todavía no le envío P IId. Simplemente no tengo tiempo para revisarlo; el drama del P IIId l ena mi mente. No me gusta enviar P II4 si puedo evitarlo». No está claro qué parte de la Parte II había escrito Conrad para entonces. Solo seis meses más tarde envió realmente un trozo de la Parte II a Pinker para su serialización, diciendo que

«La próxima serie que seguirá dentro de unos días contendrá el final de la Parte II. La Tercera Parte no tardará mucho». (JC a J. B. Pinker, 5 de abril de 1904, CL, vol. 3, p. 129).

[771] McCul ough, Path Between the Seas, pp. 359-360; Philippe Bunau-Varil a, Panamá: The Creation, Destruction, and Resurrection, Nueva York, McBride, Nast, 1914, p. 318.

[772] McCul ough, Path Between the Seas, pp. 370-379.

[773] «Convention for the Construction of a Ship Canal (Hay-Bunau-Varil a Treaty),

November

18,

1903»,

en

<http://avalon.law.yale.edu/

20th_century/pan001.asp>.

[774] Citas de «The United States Congress», The Times, 8 de diciembre de 1903, p. 5. Véase también Theodore Roosevelt, «Third Annual Message», 7 de diciembre de 1903, en línea, por Gerhard Peters y John T. Wool ey, The American Presidency Project, en

<www.presidency.ucsb. edu/ws/?pid= 29544>.

[775] Leader, The Times, 10 de noviembre de 1903, p. 9.

[776] Citado en Abelardo Aldana y otros, The Panama Canal Question: A Plea for Colombia, Nueva York, [n. p.], 1904, p. 68.

[777] Eduardo Zuleta, «Elogio de Santiago Pérez Triana» (1919), en

<https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/9028/ elogio_

de_santiago_perez_triana.pdf>; Charles W. Bergquist, Coffee and Conflict in

Colombia, 1886-1910, Durham, North Carolina, Duke University Press, 1978, pp.

44-45.

[778] Santiago Pérez Triana, Down the Orinoco in a Canoe, Londres, W.

Heinemann, 1902, pp. 18, 22.

[779] Ibid., p. 247.

[780] Santiago Pérez Triana, «The Partition of South America», The Anglo Saxon Review 10, septiembre de 1901, pp. 110, 115.

[781] «The United States and Panama», The Times, 12 de noviembre de 1903, p. 3; «The United States and Panama», The Times, 14 de noviembre de 1903, p.

7; «The United States and Panama», The Times, 16 de noviembre de 1903, p. 6.

[782] Aldana et al., Panama Canal Question, pp. 15, 18.

[783] Santiago Pérez Triana, «Canal de Panamá», La Lectura: Revista de Ciencias y de Artes 3, núm. 36, diciembre de 1903, pp. 447-448.

[784] JC a Harriet Mary Capes, 26 de diciembre de 1903; JC a Mariah Hannah Martindale, 26 de diciembre de 1903; JC a David Meldrum, 26 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, pp. 98-100.

[785] JC a R. B. Cunninghame Graham, 26 de diciembre de 1903, CL,

vol. 3, p.

102.

[786] Conrad, Nostromo, p. 262.

[787] Ibid., pp. 279, 283, 298, 305, 314, 320.

[788] JC a Adolf Krieger, 15 de marzo de 1904, CL, vol. 3, p. 122.

[789] JC a H. G. Wel s, 7 de febrero de 1904, CL, vol. 3, pp. 111-112.

[790] JC a David Meldrum, 5 de abril de 1904, CL, vol. 3, pp. 128-129.

[791] Conrad, Nostromo, pp. 376, 379, 382, 385.

[792] JC a John Galsworthy, 1 de septiembre de 1904, CL, vol. 3, pp. 158-159.

[793] Conrad, Nostromo, pp. 393, 396.

[794] Ibid., pp. 403-404, 412.

[795] Ibid., p. 427.

[796] Ibid., pp. 440, 442, 447.

[797] Los periódicos norteamericanos refunfuñaban diciendo que «Nostromo es el título poco esclarecedor que Joseph Conrad ha elegido para su nueva novela».

«Gossip for Readers of Books», Kansas City Star, 18 de febrero de 1904, p. 7.

[798] R. B. Cunninghame Graham a Edward Garnett, 31 de octubre de 1904, en J. H. Stape y Owen Knowles, editores, A Portrait in Letters: Correspondence to and

About Conrad, Ámsterdam, Rodopi, 1996, p. 45. Garnett tuvo la misma reacción en su reseña, publicada dos semanas más tarde: «Lamentamos los dos últimos capítulos que describen la muerte de Nostromo. […] La narración debería haber terminado con el monólogo del capitán Mitchel ». Véase Edward Garnett, «Mr.

Conrad's Art», Speaker 11, 12 de noviembre de 1904, y John Buchan, Spectator 93, 19 de noviembre de 1904, citado en Keith Carabine

(ed.), Joseph Conrad: Critical Assessments, 4 vols., Mountfield, East Sussex, Reino Unido, Helm Information, 1992, vol. 1, pp. 310-311, 314-315.

[799] JC a R. B. Cunninghame Graham, 31 de octubre de 1904, CL, vol. 3, p.

175. Muchos años después admitió a André Gide que «Nostromo te parecerá mal hecho y difícil de leer, incluso aburrido. Era un auténtico fastidio. Siento una especie de ternura por ese vasto artificio; pero no funciona. Es así». JC a André Gide, 21 de junio de 1912, CL, vol. 5, p. 79.

[800] Buchan, en Carabine (ed.), Critical Assessments, p. 310.

[801] Wilson Fol ett, Joseph Conrad: A Short Study, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Co., 1915, p. 58.

[802] Henry Louis Mencken, A Book of Prefaces, Nueva York, A. A. Knopf, 1917, pp. 46-47.

[803] James Huneker, «The Genius of Joseph Conrad», The North American Review 200, núm. 705, 1 de agosto de 1914, p. 278.

[804] Mencken, Book of Prefaces, p. 46. Los críticos también vieron una afinidad con Cabbages and Kings de O. Henry, ambientada en una versión de «ópera cómica» de una república latinoamericana como Costaguana. «Cuentos sudamericanos», Springfield Republican, 1 de enero de 1905, p. 19.

[805] H. J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», The Geographical Journal 23, núm. 4, 1 de abril de 1904, pp. 421-437.

[806] H. J. Mackinder, Britain and the British Seas, Londres, W. Heinemann, 1902, p. 350.

[807] «Autocracy and War», en Joseph Conrad, Notes on Life and Letters, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Co., 1921, p. 93.

[808] El iott Evans Mil s, The Decline and Fall of the British Empire […], Oxford, Alden & Co., Bocario Press, 1905, pp. 55-56.

[809] JC a Roger Casement, 21 de diciembre de 1903, CL, vol. 3, p. 96. La línea es una cita de Adolphe Thiers.

[810] Conrad, «Autocracy and War», pp. 107, 112. Un «el », o cúbito,

era una medida de cuarenta y cinco pulgadas utilizada en la industria de la sastrería, hoy obsoleta.

[811] Ibid., pp. 106-107.

[812] JC a Ernst P. Bendz, 7 de marzo de 1923, CL, vol. 8, p. 37.

[813] Conrad, Lord Jim, p. 215.

[814] V. I. Lenin, Imperialism: The Highest Stage of Capitalism, capítulo 10, en

< www.marxists.org/archive/lenin/works/1916/imp-hsc/>.

[815] Conrad, Nostromo, p. 323.

12. Tanto si al mundo le gusta como si no

[816] W. E. B. Du Bois y otros, «Editorial», The Crisis 1, núm. 1, noviembre de 1910, pp. 9-10.

[817] Para un relato sucinto de las tensiones de esta época, véase Eric Hobsbawm, The Age of Empire, 18751914, Nueva York, Vintage Books, 1989, capítulo 1 [Hay trad. cast.: Trilogía Eras: La era de la Revolución, 1789-1848; La era del capital, 1848-1875; La era del Imperio, 18751914, Barcelona, Crítica, 2014].

[818] Mark Mazower, Governing the World: The History of an Idea, Nueva York, Penguin Press, 2012, p. 165.

[819] JC a John Quinn, 1 de julio de 1912, CL, vol. 5, p. 81.

[820] John Stape, The Several Lives of Joseph Conrad, Nueva York, Pantheon Books, 2007, p. 173. Véase también Zdzisław Najder, Joseph Conrad: A Life (2.ª

ed.), Rochester, Nueva York, Camden House, 2007, p. 424.

[821] JC a Arthur Symons, 29 de agosto de 1908, CL, vol. 4, p. 114.

[822] Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Co., 1926, pp. 57-58.

[823] Parafraseo aquí la elocuente descripción de Laurence Davies en la introducción a CL, vol. 4, p. xxiv; Jessie Conrad citada en Stape, Several Lives of Joseph Conrad, p. 174.

[824] John Conrad, Joseph Conrad: Times Remembered, «Ojciec Jest Tutaj»,

Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1981, pp. 3-4.

[825] JC a J. B. Pinker, 23 de mayo de 1910, CL, vol. 4, p. 334.

[826] JC a Stephen Reynolds, 20 de agosto de 1912, CL, vol. 5, p. 104.

[827] JC a Austin Harrison, 28 de marzo de 1912, CL, vol. 5, p. 45.

[828] JC a John Galsworthy, 19 de marzo de 1914, CL, vol. 5, p. 365.

[829] Stape, Several Lives of Joseph Conrad, p. 195. Para la conversión dólar/

libra, en <www.measuringworth.com/datasets/exchangepound/result.php>.

[830] John Conrad, Joseph Conrad: Times Remembered, pp. 26-27.

[831] Fue descalificado para una carrera profesional marítima debido a su miopía. Borys Conrad, My Father Joseph Conrad, Nueva York, Coward-McCann, 1970, p. 70.

[832] JC a Harriet Mary Capes, 21 de julio de 1914; JC a Warrington Dawson,

[finales de julio de 1914], CL, vol. 5, pp. 398-401; Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, p. 63.

[833] JC a John Galsworthy, 25 de julio de 1914, CL, vol. 5, p. 407. 19. Cf. JC a Harriet Mary Capes, 21 de julio de 1914, CL, vol. 5, pp. 400401.

[834] «Poland Revisited», en Joseph Conrad, Notes on Life and Letters, Garden City, NY, Doubleday, Page & Co., 1921, pp. 164-170.

[835] Borys Conrad, My Father Joseph Conrad, p. 86.

[836] Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, pp. 71-72. Véase también

«First News», en Conrad, Notes on Life and Letters, pp. 174-78.

[837] Conrad había observado «una interminable procesión de

vapores» y la atribuía al «gran cambio en la vida marítima desde mi época». De hecho, la flota mercante había sido l amada de vuelta a aguas alemanas, y la armada ya se estaba concentrando. Conrad, «Poland Revisited», p. 161.

[838] Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, p. 66.

[839] JC a John Galsworthy, 1 de agosto de 1914, CL, vol. 5, p. 409.

[840] John Conrad, «Some Reminiscences of My Father», Londres, Joseph Conrad Society, 1976, pp. 11-12. Borys Conrad, My Father Joseph Conrad, p. 90.

[841] «The Crime of Partition», en Conrad, Notes on Life and Letters, p. 124.

[842] JC a R. B. Cunninghame Graham, 25 de febrero de 1915, CL, vol. 5, p.

446. Cf. «Poland Revisited», p. 171: «a figure of dread, murmuring with iron lips the final words: Ruin—and Extinction».

[843] Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, p. 78.

[844] JC a Mrs. Aniela y Miss Aniela Zagórska, 9 de octubre de 1914, CL, vol. 5, p. 415; JC a Ada y John Galsworthy, 15 de noviembre de 1914, CL, vol. 5, p. 424; Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, pp. 82-85.

[845] Jessie Conrad, Joseph Conrad as I Knew Him, pp. 88-89; John Conrad, Joseph Conrad: Times Remembered, p. 13; Borys Conrad, My Father Joseph Conrad, p. 97.

[846] Conrad, «First News», p. 173.

[847] El primer ministro Benjamin Disraeli utilizaba la frase «Paz con honor»

para describir el resultado de la Conferencia de Berlín de 1878, que estableció las fronteras en los Balcanes tras la guerra ruso-turca. Los lectores de Conrad se habrían dado cuenta de la conexión entre el acuerdo de 1878 y la crisis de los Balcanes que desencadenó la Primera Guerra Mundial. En 1938, Nevil e Chamberlain invocó, de manera tristemente famosa, esa misma frase al regresar de su reunión con Hitler en Múnich.

[848] Conrad, «Poland Revisited», pp. 156, 163.

[849] Ibid., p. 173.

[850] Ibid., p. 170; Najder, Joseph Conrad: A Life, pp. 460-461.

[851] Conrad, «Poland Revisited», p. 148.

[852] «Note on the Polish Problem», en Conrad, Notes on Life and Letters, pp.

137-139. Najder, Joseph Conrad: A Life, p. 482.

[853] JC a Eugene F. Saxton, 17 de agosto de 1915, CL, vol. 5, p. 500; JC a F.

N. Doubleday, 3 de julio de 1916, CL, vol. 5, p. 614. Acerca de estas irónicas yuxtaposiciones, véase Paul Fussel , The Great War and Modern Memory, Nueva York, Oxford University Press, 1975 [Hay trad. cast: La Gran Guerra y la memoria moderna, Madrid, Turner, 2016].

[854] JC a John Galsworthy, 23 de septiembre de 1915, CL, vol. 5, pp. 512513.

[855] JC a John Galsworthy, 29 de marzo de 1916, CL, vol. 5, p. 572.

[856] JC a Jessie Conrad, 14 de septiembre, 15 de septiembre y 1 de octubre de 1916, CL, vol. 5, pp. 661-667.

[857] «Wel Done», en Conrad, Notes on Life and Letters, p. 192; «Confidence», en Conrad, Notes on Life and Letters, p. 203.

[858] «Flight», en Conrad, Notes on Life and Letters, pp. 211-212.

[859] JC a Sir Sidney Colvin, 9 de septiembre de 1918, CL, vol. 6, p. 265.

[860] JC a Hugh Walpole, 11 de noviembre de 1918, vol. 6, p. 302.

[861] «President Woodrow Wilson's Fourteen Points», en <http://avalon.

law.yale.edu/20th_century/wilson14.asp>.

[862] J. M. Keynes, The Economic Consequences of the Peace, Londres, Harcourt, Brace & Howe, 1920, p. 291 [Hay trad. cast: Las

consecuencias económicas de la paz, Barcelona, Crítica, 2002].

[863] JC a Sir Hugh Clifford, 25 de enero de 1919, CL, vol. 6, p. 449.

[864] Para una evaluación definitiva de los mandatos de la Sociedad de Naciones, véase Susan Pedersen, The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire, Oxford, Oxford University Press, 2015.

[865] Véase Erez Manela, The Wilsonian Moment: Self-determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism, Oxford, Oxford University Press, 2007.

[866] JC a Bertrand Russel , 23 de octubre de 1922, CL, vol. 7, p. 543.

[867] JC a Elbridge L. Adams, 20 de noviembre de 1922, CL, vol. 7, p. 595.

[868] JC a John Quinn, 15 de julio de 1916, CL, vol. 5, p. 620.

[869] JC a John Quinn, 24 de mayo de 1916, CL, vol. 5, pp. 596-598. El Gobierno hizo pública la homosexualidad de Casement en un esfuerzo por desprestigiarlo, pero es poco probable que esto hubiera puesto a Conrad en su contra. Conrad tenía varios amigos de los que sabía que eran homosexuales, entre el os el escritor Norman Douglas, que huyó de Inglaterra tras ser acusado de atentado al pudor en 1916, y de cuyo hijo menor los Conrad actuaron posteriormente como tutores. J. H. Stape, «“Intimate Friends”: Norman Douglas and Joseph Conrad», The Conradian 34, núm. 1, primavera de 2009, pp. 144-162.

[870] JC a John Quinn, 16 de octubre de 1918, CL, vol. 6, pp. 284-86. «Yo…

también provengo de una raza oprimida donde la opresión no era un asunto de la historia sino un hecho aplastante en la vida diaria de todos los individuos».

Continuó prediciendo que «la Sociedad de Naciones tendrá mucho trabajo con la pacificación de Irlanda. Será el único estado que no se cansará de luchar, en toda la tierra redonda».

[871] JC a Bertrand Russel , 23 de octubre de 1922, CL, vol. 7, p. 543.

[872] Conrad, The Shadow-Line, p. 45.

[873] Joseph Conrad, Victory: An Island Tale, Oxford, Oxford

University Press, 2004, p. 285 [Hay trad. cast.: Victoria, Barcelona, Punto de Lectura, 2017].

[874] Richard Curle, Joseph Conrad: A Study, Garden City, Nueva York,

Doubleday, Page & Co., 1914, pp. 1-3, 13.

[875] JC a John Galsworthy, [¿marzo? de 1915], CL, vol. 5, p. 455.

[876] JC a J. B. Pinker, 15 de febrero de 1919, CL, vol. 6, p. 362.

[877] Citado en Stape, Several Lives of Joseph Conrad, p. 227.

[878] JC a J. B. Pinker, 10 de marzo de 1913, CL, vol. 5. p. 188.

[879] Para un tratamiento definitivo de la recepción de Conrad por parte de sus contemporáneos estadounidenses, véase Peter Lancelot Mallios, Our Conrad: Constituting American Modernity, Stanford, California, Stanford University Press, 2010.

[880] Estadísticas recogidas en Publisher's Weekly. Véase <www.ocf.berkeley.

immer/books1910s>.

[881] JC a J. B. Pinker, 4 de julio de 1921, CL, vol. 7, pp. 310-311.

[882] JC a Edward Garnett, 10 de marzo de 1923, CL, vol. 8, p. 47.

[883] JC a Jessie Conrad, 4 de mayo de 1923, CL, vol. 8, p. 88.

[884] Ahora Minda de Gunzburg Center for European Studies; este edificio alberga mi despacho.

[885] JC a Borys Conrad, 6 de mayo de 1923, CL, vol. 8, p. 89, Najder, Joseph Conrad: A Life, pp. 553-557.

[886] «Conrad visits Boston», The New York Times, 21 de mayo de 1923, p. 15.

[887] H. L. Mencken, A Book of Prefaces, Nueva York, A. A. Knopf, 1917, p. 63.

Conrad apreciaba el libro del crítico estadounidense Wilson Fol ett Joseph Conrad: A Short Study, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Co., 1915.

[888] Stape, Several Lives of Joseph Conrad, p. 271. Sobre la deuda de Fitzgerald con Conrad, véase más recientemente Jessica Martel y Zackary Vernon

«“Of Great Gabasidy”: Joseph Conrad’s Lord Jim and F. Scott Fitzgerald’s The Great Gatsby», Journal of Modern Literature 38, núm. 3, 2015, pp. 56-70.

[889] Mallios, Our Conrad, p. 41.

[890] JC a Richard Curle, 14 de julio de 1923, CL, vol. 8, p. 130.

[891] JC a Richard Curle, 24 de abril de 1922, CL, vol. 8, p. 456.

[892] R. B. Cunninghame Graham a JC, 4 de diciembre de 1923, en J. H. Stape y Owen Knowles (eds.), Correspondence to and About Conrad, Ámsterdam, Rodopi, 1996, p. 227.

[893] JC a Edward Garnett [1 de septiembre de 1923], CL, vol. 8, p. 167.

[894] JC a Ambrose G. Barker, 1 de septiembre de 1923, CL, vol. 8, p. 165.

[895] JC a Harald Leofurn Clarke, 2 de enero de 1923, CL, vol. 8, p. 4; John C.

Niven a JC, 3 de diciembre de 1923, Portrait in Letters, p. 226.

[896] JC a John C. Niven [5 de diciembre de 1923], CL, vol. 8, pp. 240-241.

[897] JC a Amelia Ward, 24 de mayo de 1924, CL, vol. 8, pp. 363-364.

[898] Jessie Conrad, citada en Stape, Several Lives of Joseph Conrad, p. 252.

[899] Borys Conrad, My Father Joseph Conrad, p. 162. Véase también John Conrad, Joseph Conrad: Times Remembered, pp. 213-215. Sobre los recuerdos de los hijos de Conrad acerca de su padre en general, véase David Mil er, «His Heart in My Hand: Stories from and About Joseph Conrad’s Sons», The Conradian 35, núm. 2, otoño de 2010, pp. 63-95. La novela de David Mil er Today, Londres, Atlantic, 2011, recrea de un modo exquisito el último fin de semana de Conrad.

[900] R. B. Cunninghame Graham, «Inveni Portum: Joseph Conrad»,

Saturday Review 137, 16 de agosto de 1924, en Keith Carabine (ed.), Joseph Conrad: Critical Assessments, 4 vols., Mountfield, East Sussex, Reino Unido, Helm Information, 1992, vol. 1, pp. 425-429.

Epílogo: Para que veáis

[901] R. B. Cunninghame Graham a Edward Garnett, 13 de agosto de 1924, en J. H. Stape y Owen Knowles (eds.), A Portrait in Letters: Correspondence to and About Conrad, Ámsterdam, Rodopi, 1996, pp. 249250.

[902] Como señala Susan Jones, el establishment crítico potenció esta reputación reduciendo el valor literario de las obras posteriores de Conrad, en las que aparecían personajes femeninos más destacados. (Susan Jones, Conrad and Women, Oxford, Clarendon Press, 1999, pp. 6-7, 2426.) Richard Curle, por el contrario, había incluido un capítulo sobre «Las mujeres de Conrad» en su estudio de 1914.

[903] Virginia Woolf, «Joseph Conrad», Times Literary Supplement, 14 de agosto de 1924, en Keith Carabine (ed.), Joseph Conrad: Critical Assessments, 4

vols., Mountfield, East Sussex, Reino Unido, Helm Information, 1992, vol. 1, pp.

420-421. Sugirió una valoración similar en «Mr. Conrad: A Conversation», Nation

(Londres), 1 de septiembre de 1921, en Carabine (ed.), Critical Assessments, vol.

1, pp. 526-529.

[904] Ernest Hemingway, «Conrad, Optimist and Moralist», The Transatlantic Review 2, octubre de 1924, pp. 341-342.

[905] Para un resumen parcial, véase Jeffrey Meyers, «Conrad's Influence on Modern Writers», Twentieth Century Literature 36, núm. 2, 1 de julio de 1990, pp.

186-206.

[906] «Poland Overtakes India as Country of Origin, Studies Show», 25 de agosto de 2016, en <www.bbc.com/news/uk-politics-37183733. «EU Referendum: The Result in Maps and Charts», 24 de junio de 2016, www.bbc.com/news/uk-politics-36616028>.

[*] Según el término de búsqueda «Joseph Conrad» en la MLA International Bibliography.

Document Outline